

Todos a una (y algunos más)

Por Eloy Benito Ruano

Eloy Benito Ruano (Madrid, 1921) es catédrico jubilado de Historia Medieval y secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia. Es autor de un elevado número de trabajos relativos a su especialidad y de diversos libros, entre los que el último aparecido es el titulado *El libro del limosnero de Isabel la Católica* (Transcripción, edición y estudio), 1989.

Fuenteovejuna es un símbolo. Un modelo, un paradigma. Por tanto, también un tópico. Tópico, símbolo, arquetipo no llega a ser en la historia algo o alguien sin una profunda razón de serlo, sin un claro merecimiento de perpetuación. Pero la imagen del tópico, por petrificada, pierde su eficacia al convertirse en objeto de uso vulgar y cotidiano.

En la lengua, el «lugar común» es el acierto expresivo que se ha impuesto por su éxito, por la economía y brillantez con que manifiesta la riqueza de sus contenidos.

Tópico y lugar común no son sino grandes aciertos cuyos valores hace tiempo que dejaron de necesitar ser enunciados por evidentes. Previniéndonos contra el desgaste consuetudinario de las formulaciones geniales y las imágenes consagradas, Unamuno escribió que «repensar los lugares comunes es el mejor remedio para librarnos de su maleficio».

Así sucede con las grandes formulaciones o «categorías» históricas: 1492, Roma, el Cid, el Renacimiento, la Invencible, el budismo, Hitler y Stalin, la Revolución Francesa, la penicilina..., son otros tantos tópicos cargados de virtualidad (de trascendencia) cuyos valores, eso sí, provocan apreciación distinta según el sujeto o el punto de observación desde el que sean considerados.

Hoy son actualidad historiográfica «el reverso de la Conquista», «la voz de los vencidos», «los hombres sin historia», la versión «otra» de sucesos y procesos a cuyo conocimiento accedimos tiempo ha desde las premisas inherentes a nuestro propio observatorio conceptual y axiológico.

La voz «¡Fuenteovejuna!» es apta, por ejemplo, para suscitar las más ardientes adhesiones a cualquier causa que se proclame, con mayor o menor autenticidad, defensora de la libertad. Pero, como las «categorías



JUAN RAMON ALONSO

históricas» antes señaladas, «Fuenteovejuna» es también un hecho además de un símbolo (y un tópico), y como tal invita a ser conocido en su nuda realidad por los historiadores.

A analizarlo, a descubrir la raíz de su sentido, se han aprestado recientemente dos medievalistas de nuestros días. Ya lo hizo con parcial fruto, a principio de la presente centuria, otro historiador, cordobés como los aludidos, Rafael Ramírez de Arellano; y es curioso que, salvo otra iniciativa extranjera, dada en 1934, hayan tenido que transcurrir tres cuartos de siglo (de 1901 a 1974) para que el prurito esclarecedor y actualizador de la investigación histórica no volviera a inquietar recurrentemente a otros colegas nacionales en torno a tema tan significativo para el acervo de nuestras tradiciones y duendes familiares.

Desarrollando, en efecto, observaciones e hipótesis ya apuntadas en trabajos aparecidos durante la década de los 70 (1), los profesores universitarios Emilio Cabrera y Andrés Moros se han enfrentado a la indagación en profundidad de unos sucesos acaecidos en 1476, pero cuyo origen y gestación comprobamos ahora que arrancan de lejanas y muy complejas motivaciones.

«Fuenteovejuna» fue un estallido de cólera popular contra la tiránica opresión de un señor «feudal» que, según Lope de Vega, se disparó al conjuro de la ofensa inferida en la más sensible fibra de un sujeto personal o colectivo del siglo XV: el honor de una mujer.

Sabíamos además que constituyó el ápice del descontento hacia la gobernación de un señorío de la Orden de Calatrava; y se hallaba también de manifiesto, por testimonios del tiempo mismo de los sucesos, que fueron «los alcaldes e regidores» e otras personas principales de la dicha villa... quienes se levantaron e escandalizaron a todo el pueblo» contra el comendador gobernante.

Consentimiento y voluntad

Constaba, pues, que justicias, regimiento y pueblo airado, «de un consentimiento y voluntad», se juntaron «con voz de Fuenteovejuna» para cometer los excesos que culminaron con el linchamiento del odiado señor. Era, pues, lícito deducir la premeditación y aun suponer la planificación cuidadosa del tumul-

to, tal como llegan a suponer los autores arriba citados; aunque, sin duda, los objetivos previstos por sus promotores se vieran desbordados por la desorbitada ferocidad y violencia que la revuelta llegó a alcanzar. El encarnizamiento, en efecto, de hombres, mujeres y niños con la persona del comendador responde al género de excesos en que históricamente desembocaron no pocos movimientos populares espontáneos y reivindicativos. El maltrato cuerpo de la víctima, todavía con vida, fue arrojado desde una ventana a un erizado lecho de picas, espadas y cuchillos que le aguardaban en la calle; y arrancados barbas y cabellos y quebrantados sus dientes, el cadáver fue despedazado y abandonado insensiblemente durante varios días. La muerte de otros catorce criados defensores de su señor y el saqueo de su morada fueron el complemento de la algarada.

Es de notar, sin embargo, que durante lo más álgido de la misma se profirieron gritos de «¡Vivan los Reyes y mueran los traydores y malos christianos!». Y aunque esta clase de apelaciones sean típicos pretextos enmascaradores de la derivación de análogos excesos, cabe preguntarse inicialmente por la posible índole política de la presumida premeditación, inducción o conspiración.

El interrogante ha conducido la nueva investigación hasta la propia condición jurídica de la villa de Fuenteovejuna, entregada en la segunda mitad del siglo XIV por el re-

En este número

Artículos de			
Eloy Benito Ruano	1-2	O. González de Cardedal	8-9
Pedro Laín Entralgo	3	Alberto Galindo	10-11
Miquel Siguán	4-5	Francisco García Olmedo	12
Pedro Martínez Montávez	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Todos a una (y algunos más)

cién instaurado primer rey Trastámara, Enrique II, a la ciudad de Córdoba en calidad de «señorío terminiego»: premio al apoyo que esta última ciudad prestara al nuevo monarca durante la guerra contra su hermanastro Pedro I el Cruel.

Sucesivas transacciones motivadas por razones análogas hicieron ir pasando la villa antes realenga a manos del maestre de Alcántara, a las del de Calatrava y, finalmente (1464), al patrimonio institucional, no personal, de esta misma Orden. Este es el motivo de que Fuenteovejuna se sintiese probablemente vejada y menospreciada al verse permanentemente objeto de involuntarios cambios.

El maltrato inferido a su vez a sus vecinos por el comendador calatravo agravaría —como hemos visto, hasta el paroxismo— los sentimientos de injusticia y opresión de aquéllos, quienes añorarían su antigua dependencia del señorío concejil de Córdoba, sin duda más benigno, como colectivo que fuera, que el de su tiránico gobernante.

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Así permite suponerlo el grito de «¡Córdoba, Córdoba, Córdoba!» que siguió inmediatamente al de «¡Fuenteovejuna!» en las gargantas de los amotinados, apenas atenuado el ardor de la violencia, cuando éstos hubieron de acogerse a un asomo de restablecimiento de legalidad. Petición que encontró la automática y sospechosa aceptación por parte de la ciudad señora, que se apresuró a «recibir» a su antigua villa, cuyos vecinos y representantes le juraron obediencia y sumisión como «vasallos y súbditos naturales». La existencia, una documentada y otra intuita, de toda una correspondencia cruzada entre ambas poblaciones en las fechas previas e inmediatamente subsiguientes al 22 de abril de 1476, y los ulteriores comportamientos de los rectores de los respectivos destinos de ambas, avalan la suposición de que el concejo cordobés conocía anticipadamente la data precisa en que el alzamiento había de producirse. Y, consiguientemente, la certeza de su implicación, en alguna medida, en el mismo.

Los epígrafes últimos de la obra de Cabrera y Moros explicitan claramente el sentido de la tesis que ambos llegan a articular: «Córdoba como motor de la revuelta». «La ciudad de Córdoba esgrime sus derechos». «Los motivos particulares del señor de Aguilar». «La implicación del cabildo catedralicio». «¿Quién financió la empresa?».

Quedan presuntamente implicados, como se ve, en primer lugar el cabildo municipal de la capital cordobesa, cuya composición, por cierto, no es detallada por los investigadores, y habría sido muy conveniente conocer para deducir los probables intereses personales de la oligarquía local en el asunto. Sólo los presumibles de su destacado miembro, don Diego Fernández de Córdoba, señor de Aguilar, quedan en este aspecto manifiestos, como lo está el enfrentamiento directo del cabildo catedralicio cordobés con el comendador calatraveño, a quien había llegado a excomulgar por haberse apropiado de los diezmos eclesiásticos en la villa de su dependencia.

Otra última y dudosa motivación política podría hallarse además, y es la concerniente al enfrentamiento que el propio don Fernán Gómez de Guzmán mantenía dentro de su Orden con el jovencísimo maestre de ésta, don Rodrigo Téllez Girón, adversario de la causa de los Reyes Católicos, a los que —por cierto, contra lo mantenido por Lope de Vega en su drama— sirviera fielmente el comenda-

dor en la contienda sucesoria frente a la Beltraneja. La invocación «¡Vivan el rey y la reina, nuestros señores!», proferida por los amotinados, tendría, por consiguiente, el significado equívoco que antes se ha señalado. Córdoba esperaba, además, de los nuevos monarcas la restitución de su antigua jurisdicción terminiega, vagamente prometida por Enrique IV, aunque poco más firmemente anunciada por el regio matrimonio.

En todo caso, es el cronista contemporáneo de los hechos, Alonso de Palencia, quien denuncia el previo envío de mensajeros a Fuenteovejuna por ambos enemigos de la víctima, antes citados (el señor de Aguilar y el maestre de Calatrava), «para reparar sus dañados fines —dice—, que les excitaron (a los de la villa) a dar muerte al comendador».

Todavía una sutil sospecha cabe añadir acerca de la hipotética aportación económica del pequeño núcleo judeoconverso local a la preparación de la «ínicua conjuración» —como califica Palencia el movimiento—. Lo que acaba de redondear «las múltiples e impensables connivencias que se produjeron en torno a los sucesos de 1476».

La principal consecuencia de éste fue, desde luego, la inmediata incorporación, por espontánea entrega de Fuenteovejuna, a su antigua férula cordobesa: «los señores Córdoba», de quienes se juraron «vasallos y súbditos naturales». Hasta treinta y siete años más tarde, en 1513, el Consejo Real no sancionaría positivamente esta adscripción, compensada por la indemnización de 30.000 ducados de oro a la Orden de Calatrava.

«Todos a una». La respuesta dada al interrogante del pesquisador enviado por la Corona para la averiguación de «¿quién mató al comendador?» fue, como es sabido, uná-

nime en todos los vecinos, incluidos «muchas mugeres y mancebos de poca edad» sometidos indiscriminadamente a tormento. Con su mezcla temática de honra y amor, opresión feudal, inquietud social y banderías políticas, el genio de Lope de Vega supo levantar, en torno a lo que ahora sabemos que fue una consigna, todo un inmarcesible monumento al espíritu popular de libertad.

«No se pretende aquí —escriben los autores de esta nueva versión del hecho de Fuenteovejuna— desmitificar el drama de Lope». «Este partió del idealismo y llegó al mito; aquí, por el contrario, partiendo del realismo, se pretende llegar —cuestión nada fácil tampoco— a la verdad histórica». El grito «¡Fuenteovejuna!», concluimos nosotros, no tiene por qué dejar de ser mito: símbolo, emblema, tópicos, en el mejor de los sentidos. Solamente que los historiadores conocemos ahora mejor las raíces profundas de su origen. Por lo que según los investigadores e intérpretes de esta nueva ilustración, aquella voz respondería históricamente de modo más exacto a lo que de modo real significó con la formulación de «¡Córdoba y Fuenteovejuna, todos a una!».

(1) R. Ramírez de Arellano: «Rebelión de Fuenteovejuna contra el comendador Fernán Gómez de Guzmán». *Bol. R. Acad. H.*, XXXIX (1901), págs. 446 y siguientes.
Claude E. Anibal: «The Historical Elements of Lope de Vega's Fuenteovejuna», *Publications of the Modern Language Association of America*, 3 (1934), págs. 657-718.
E. Cabrera y otros: «La sublevación de Fuenteovejuna contemplada en su V centenario», *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*, II, Córdoba, 1978, págs. 113-122.
Id.: «La sublevación de Fuenteovejuna de 1476: revisión del problema», apud *Andalucía Medieval. Nuevos estudios*, Córdoba, 1979, págs. 147-174.

RESUMEN

«Fuenteovejuna» es algo más que una comedia de Lope. Lope de Vega hizo personal universalmente este nombre, como a través de sus caretas de llanto y risa hacían oír sus voces (representar sus papeles) los personajes, los antiguos actores de la tragedia y de

la comedia. Pero tras esta representación, tras la versión literaria de aquella realidad, hay —además— otros contenidos que los historiadores, autores de este libro, han pretendido desvelar, como explica Eloy Benito Ruano.

Emilio Cabrera y Andrés Moros

Fuenteovejuna. La violencia antiseñorial en el siglo XV

Crítica, Barcelona, 1991. 200 páginas. 1.485 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Todos a una (y algunos más)», por Eloy Benito Ruano, sobre <i>Fuenteovejuna. La violencia antiseñorial en el siglo XV</i> , de Emilio Cabrera y Andrés Moros	1-2
«Saber es poder», por Pedro Laín Entralgo, sobre <i>El poder de la ciencia</i> , de José Manuel Sánchez Ron	3
«Actualidad de las fronteras», por Miquel Siguán, sobre <i>Fronts et frontières</i> , de Michel Foucher	4-5
«¡España, Marruecos!... ¡Marruecos, España!», por Pedro Martínez Montávez, sobre <i>Dos relatos</i> , de Muhammad Zafzaf	6-7
«Mística y metafísica en el cristianismo», por Olegario González de Cardedal, sobre <i>San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística</i> , de Jean Baruzi	8-9
«Número y diosa», por Alberto Galindo, sobre <i>The man who knew infinity: a life of the genius Ramanujan</i> , de Robert Kanigel	10-11
«Milgranos e figueras», por Francisco García Olmedo, sobre <i>Flora agrícola</i> , de Enrique Sánchez-Monge	12

Saber es poder

Por Pedro Laín Entralgo

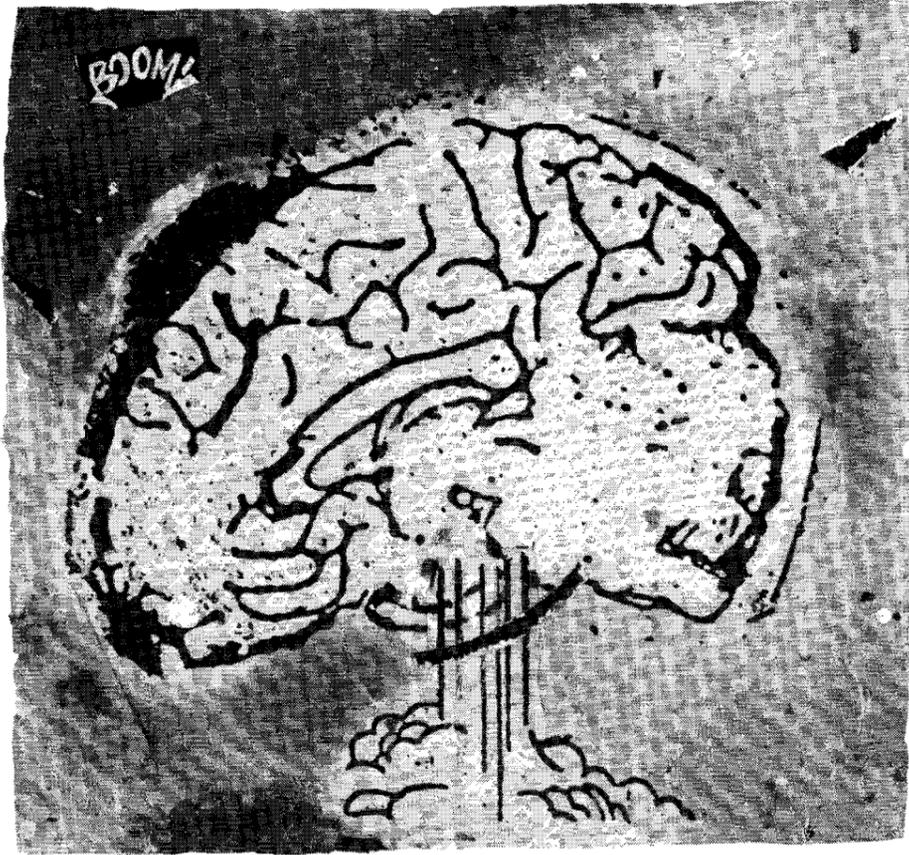
Pedro Laín Entralgo (Urrea de Gaén, Teruel, 1908) es profesor emérito de Historia de la Medicina y miembro numerario de la Real Academia Española, de la de Historia y de la de Medicina. Además de lo tocante a su disciplina universitaria ha estudiado varias cuestiones de carácter antropológico (la esperanza, la relación interhumana, la amistad, la enfermedad) y es autor de numerosos ensayos de tema vario.

En el latín original o en cualquiera de las lenguas cultas, mil veces ha sido repetida la sentencia de sir Francis Bacon: «Tanto podemos, cuanto sabemos». El que sabe, puede, tiene poder sobre las cosas a que su saber atañe. Pero, formulada o no, tal noción era muy anterior al siglo XVII. Bastará la mención de dos nombres: el de otro Bacon, el franciscano Rogerio, que en el siglo XIII compuso su *Res publica fidelium*, y el de Arquímedes, que para resolverle un imperativo problema judicial al tirano de Siracusa descubrió el famosísimo principio que lleva su nombre, y que —según dicen— inventó artefactos ópticos para quemar a distancia las naves enemigas.

En cualquier caso, la sentencia del segundo Bacon ha adquirido creciente vigencia desde entonces hasta hoy —ahí están la bomba atómica y el radar, pasando por el *Discurso del método*—, no sólo por lo que su autor espera de la filosofía propuesta en su libro, también por el decisivo giro que imprimió al sentido del saber filosófico. Con él —Heidegger «dixit»—, la filosofía habría pasado de ser un saber contemplativo (puro conocimiento de la realidad) a ser un saber operativo (instrumento de dominio sobre ella). Para bien y para mal, en Renato Descartes tendría su más ilustre patrono e iniciador la hoy tan invasora tecnificación de la vida.

Bien. Sea de ello lo que se quiera, el hecho, contundente hecho, es que la ciencia y la técnica han llegado a ser en nuestro siglo un formidable instrumento del poder político y económico; del poder por antonomasia. Tal es el tema a que Sánchez Ron ha consagrado el magnífico libro que voy a comentar. Mas no lo haré sin seguir la regla stendhaliana; esto es, sin consignar los detalles exactos del libro mismo.

Tras una oportuna introducción, ocho capítulos lo componen. En el primero —«La institucionalización de las ciencias físico-químicas durante el siglo XIX y comienzos del XX»—, Sánchez Ron estudia cómo el cultivo de esas ciencias ha adquirido en nuestro tiempo nueva forma social, con la creación de instituciones estatales y privadas, en Alemania, Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos; muy especialmente en Alemania, donde tan influyentes habían de ser, a este respecto, el «Physikalisch-Technische Reichsanstalt» y la «Kaiser-Wilhelm Gesellschaft». El segundo capítulo —«De los rayos X a la "gran ciencia"»— muestra la fecunda actividad de tales instituciones en el cultivo de los más importantes temas de la ciencia del siglo XX: rayos catódicos y rayos X, análisis radiográfico de cristales, radiactividad, discontinuidad cuántica, modelos atómicos, mecánica cuántica, física del estado sólido, química cuántica, biología molecular, invención del ciclotrón. Un capítulo especial, «Einstein y la relatividad: revolución científica y fenómeno social», describe minuciosamente el origen, la genial novedad y las principales consecuencias culturales de la física relativista. «Las mujeres y la profesión científica» es el tema del capítulo cuarto. En el quinto se examina «La movilización de la ciencia en favor de la primera guerra mundial», principalmente en Alemania, Gran Bretaña y los Estados Unidos: detección de submarinos, armas químicas, sín-



LILIANA KANCEPOLSKI

tesis del amoníaco; y a continuación, sexto capítulo, las consecuencias socioeconómicas de esa guerra: el internacionalismo de la ciencia y su quiebra, el «Manifiesto de los 93», los Congresos de Física Solvay, la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual, la ciencia en la República de Weimar. «El exilio científico (1933-1945)» es el título del capítulo séptimo, consagrado a la descripción de las consecuencias que para la ciencia alemana —y, por supuesto, también para la ciencia universal— tuvo el régimen nacionalsocialista: antisemitismo oficial, éxodo judío, recepción de los emigrados en Gran Bretaña y los Estados Unidos, grotesca proclamación de una «deutsche Physik» puramente aria, ocaso y relativa reconstrucción de la ciencia alemana. El libro concluye —octavo capítulo: «La militarización de la ciencia: la segunda guerra mundial y la ciencia de la posguerra»— con un documentado examen de las vicisitudes de la investigación científica institucionalizada entre 1939 y 1945 y tras la derrota de Alemania: la fisión nuclear y la llegada de su descubrimiento a los Estados Unidos, el proyecto nuclear británico y el norteamericano (Proyecto Manhattan), Hiroshima, el radar, la aerodinámica, la bomba atómica soviética, la bomba de hidrógeno, las consecuencias políticas y económicas de la fisión nuclear y su utilización bélica.

Basta una rápida lectura de esa serie de enunciados para advertir el enorme interés que el libro de Sánchez Ron tiene para cuantos seriamente quieran entender el tiempo en que viven, sean o no cultivadores de las ciencias de la naturaleza; pero, de muy especial modo, para quienes como investigadores o como docentes las cultivan y para todos los que de un modo o de otro dirigen la política científica. Interés al que darán amplia satisfacción las tres cualidades que brillan en sus páginas: una exhaustiva documentación, la claridad y el rigor con que el autor dice lo que quiere decir y su lúcida delicadeza en la alusión a las conductas personales de los científicos, los políticos y los industriales que desde hace un siglo han protagonizado la fabulosa y terrible coyunda entre el poder y la ciencia. Sin traicionar sus nobles principios morales, Sánchez Ron sabe apartarse del fácil

maniqueísmo en que no pocos han incurrido. Todo lo cual hace que su libro ocupe un destacadísimo lugar en la extensa bibliografía que el tema ha suscitado.

A la luz de lo que Sánchez Ron nos enseña, la relación entre la ciencia y el poder puede ser históricamente entendida en dos direcciones complementarias: la que va de la ciencia al poder y la que desde el poder llega a la ciencia.

Trabajo solitario

Hasta el último cuarto del siglo XIX, el científico investigaba en su laboratorio o en su gabinete de trabajo. Un modesto instituto en la universidad o en tal o cual academia —no contando, claro está, la recoleta comunidad científica de que fuese miembro— era el vínculo que le relacionaba con la sociedad. Se cuenta que un prominente político inglés preguntó a Faraday: «Y todo esto que usted hace, ¿para qué sirve?» «Para que usted o sus sucesores cobren más impuestos», respondió el gran sabio. La anécdota ilustra muy bien la «splendid isolation» en que entonces trabajaba el científico. Como Faraday, Davy, Dalton y Maxwell en Gran Bretaña; Bunsen, Kirchhoff, Helmholtz y Hertz en Alemania; Fizeau, Foucault, Regnault y Berthelot en Francia, y tantos más. Pronto, sin embargo, fue descubriéndose que los resultados a que llegaba el trabajo solitario de los sabios tenían importancia económica y podían tenerla militar. Tras lo cual no se hizo esperar la aparición de instituciones estatales o privadas;

RESUMEN

Desde la antigüedad se ha venido creyendo en el axioma de que el conocimiento proporciona poder a aquel que lo posee. En nuestra época, nos comenta Pedro Laín Entralgo, al ocuparse de un libro del profesor

«Physikalisch-Technische Reichsanstalt», la «I. G. Farben» y la «Badische Anilin und Soda Fabrik» —valgan estos ejemplos— en la entonces adelantada Alemania. Desde sí misma, la ciencia podía dar dinero, poder y prestigio. Con arrolladora evidencia iba a demostrarlo la historia de nuestro siglo.

Ya en él, ¿qué ha hecho ante esa realidad el poder, cualquiera que haya sido el nombre —Guillermo II o Clémenceau, Hitler o Roosevelt, Churchill o Stalin— de quien lo ha ejercido? Nada más evidente, sobre todo ante el evento en que ese ejercicio se hace más apremiante y dramático: la declaración y la conducción de una guerra. A través de instituciones ya existentes o mediante la creación de otras nuevas, el político ha procurado (Roosevelt, Churchill) o ha impuesto (Hitler, Stalin) que los hombres de ciencia pusieran todo su saber y todo su esfuerzo al servicio de la guerra que el poder mismo ha declarado y está conduciendo. Con muy copiosa documentación y gran finura exegética nos lo hace ver Sánchez Ron.

Sólo una mínima observación puedo hacerle, relativa a la indudable e indefendible ola de irracionalismo que tras la derrota de 1918 se produjo en una parte del pensamiento alemán. Pienso que Paul Forman, cuyo análisis histórico de ese irracionalismo expone y sigue Sánchez Ron —«ya clásico» llama a su libro *Weimar culture, causality and quantum theory*, 1971—, no ha distinguido con suficiente precisión mental la causalidad en general y el determinismo causal de la mecánica clásica. Por lo que valga, diré que la recta actitud ante ese problema puede ser esquemáticamente reducida, en mi opinión, a la siguiente serie de proposiciones: 1. Filosóficamente entendido, y sea aristotélica o galileana la manera de concebirlo, el principio de causalidad es compatible tanto con el modo determinista como con el modo indeterminista de explicar científicamente la realidad física. El indeterminismo de la mecánica cuántica no excluye la causalidad; tan sólo se opone al modo de concebirla como pura determinación mecánica. 2. Apelar a este indeterminismo para dar razón del libre albedrío del hombre, como apresuradamente han hecho físicos y no físicos, es un empeño radicalmente equivocado. 3. En consecuencia, y como de pasada sugiere una salvedad de Sánchez Ron —«acausalidad (o mejor, incertidumbre)», escribe—, según las dos anteriores proposiciones deben ser leídos los textos de Von Mises y Nernst que Forman aduce. A mi modo de ver, en modo alguno fue Nernst un irracionalista a la manera de Spengler y Klages. O, yendo más atrás, a la de Brunetière, autor, no pocos años antes, del famoso ensayo *La faillite de la science*. Teniendo en cuenta su antes apuntada salvedad, me atrevo a pensar que Sánchez Ron estará de acuerdo con estas mínimas observaciones mías.

Con su libro, un valioso físico joven muestra ser coautor de una consoladora realidad: que España va recuperando con buen paso la tradición creada a lo largo de tres décadas por la benemérita Junta de Ampliación de Estudios rota en 1936. Tradición que, como es sabido, nadie conoce tan bien como el propio Sánchez Ron. □

José Manuel Sánchez Ron

El poder de la ciencia

Alianza Editorial, Madrid, 1992. 389 páginas. 3.000 pesetas.

Actualidad de las fronteras

Por Miquel Siguán

Miquel Siguán (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Psicología de la Universidad de Barcelona y, desde 1983, presidente de la Sociedad Española de Psicología. Entre otras obras recientes es autor de España plurilingüe y del Informe Oficial de la CEE sobre Minorías Lingüísticas en la Comunidad Económica Europea.

En contra de lo que es habitual en las páginas de SABER/Leer, el libro objeto de este comentario no es una novedad absoluta. Publicado ya hace varios años, su aparición pasó sin pena ni gloria, y han sido los acontecimientos recientes los que han propiciado una segunda edición considerablemente ampliada que ésta sí ha sido acogida con gran interés. Cuando *Fronteras y fronteras* se publicó por primera vez, las fronteras parecían realidades indiscutibles. Yalta no sólo había definido unas líneas fronterizas, sino que había consagrado un «statu quo» que nadie a lo largo de medio siglo de guerra fría y de paz caliente había tenido interés en alterar. Incluso la descolonización en África y en Asia se había hecho respetando escrupulosamente las fronteras coloniales. Y de repente todas las fronteras crujen y todo parece revisable, de modo que un libro que tiene por tema las fronteras se convierte en un libro de plena actualidad.

Se trata de un grueso volumen de cerca de 700 páginas que a partir de unas consideraciones generales emprende un repaso de todas las fronteras del mundo y de los numerosos conflictos ligados a cada una de ellas. Libro de consulta y para especialistas, no tendría sentido proponer aquí un resumen de su contenido. Pero libro también altamente sugerente que propicia muy diversas reflexiones.

Todos los seres vivos, y muy claramente los animales superiores, tienen unos límites espaciales que los definen—definir es, en primer lugar, fijar los límites—, pero que, al mismo tiempo, son el lugar de sus intercambios con el exterior en el doble sentido del medio físico y de los otros animales de su especie. Pero más allá de estos límites físicos, más allá de su piel, cada animal se apropia un espacio externo en el que se desplaza, se alimenta, se reproduce y cuida de sus crías. Un espacio que tiene un centro en el que se siente protegido y unos confines que muchos animales marcan con alguna señal física. A medida que el animal se aleja del centro y se acerca a sus límites, se hace más tímido y más inseguro; el terreno le es menos familiar y más lleno de peligros, y es, al mismo tiempo, el lugar donde

puede aparecer el rival. A menudo la delimitación del espacio implica enfrentamientos con otros congéneres, y es en los límites que tienen lugar los desafíos entre machos que preceden a la reproducción. Y lo dicho para los animales solitarios puede repetirse para los que viven en colectividad. Y puede repetirse también para los hombres, especialmente para los que viven en condiciones primitivas cercanas a la naturaleza, como lo eran las sociedades de recolectores y de cazadores e incluso de los primeros agricultores. Pero es con la aparición de las ciudades que la frontera se hace plenamente significativa.

Los límites de la ciudad

La fundación de una ciudad empieza con el trazado de unos límites que separan un espacio interior urbano de un espacio exterior que sigue siendo puramente natural. El ritual de la fundación de una ciudad es rigurosamente paralelo al de la fundación de un templo, sancta sanctorum de la ciudad, que también comienza por delimitar un espacio sagrado frente a un exterior profano. Frente al espacio natural, el espacio urbano está estructurado y reglamentado—reflejo de la ley y el orden que hacen posible la ciudad—, y en su interior los ciudadanos se sienten seguros, aunque para que esta seguridad sea efectiva los límites de la ciudad han de materializarse en una muralla sin fisuras y en teoría inexpugnable.

Pero la influencia de la ciudad no se acaba en las murallas, sino que se proyecta más allá de ellas por el espacio exterior; los ciudadanos no sólo transitan por este espacio, por los caminos que van y vienen de la ciudad, sino que se procuran su sustento trabajando la tierra o aprovechándola de distintas maneras. Así, el espacio que circunda la ciudad ya no es pura naturaleza, sino espacio cultivado, y en alguna medida organizado y urbanizado. Pero no de una forma regular, sino ajustándose a las incidencias del terreno y decreciendo a medida que se aleja de la ciudad. Más allá de las tierras cultivadas y frecuentadas están los eriales, los bosques, los desiertos, las montañas que marcan los límites de la influencia de la ciudad. Pero también los lugares por donde llegan los extraños, los enemigos potenciales, la influencia de otra ciudad. A los límites de la ciudad estricta, las murallas de la ciudad, se añaden así estos límites de su influencia y de su dominio, no menos importantes para su existencia. Atenas en la época clásica tenía, como las restantes ciudades griegas, una muralla que la rodeaba, pero tenía

también puestos fronterizos en las montañas cercanas, y los jóvenes atenienses pasaban los años de su servicio militar, bien entrenándose en el manejo de las armas en el gimnasio, bien prestando guardia en estos campamentos alejados.

Las ciudades griegas a veces se confederaban, pero nunca constituyeron una unidad política más alta. Otros pueblos antes y después de ellos sí lo hicieron, y los imperios del Próximo Oriente constituían vastos espacios que incluían muchas ciudades dirigidas y controladas desde una capital. Las fronteras tendían a situarse en límites geográficos naturales y a materializarse en puntos estratégicos convenientemente defendidos. Así era el «limes» romano a lo largo del Rin y del Danubio o en los bordes del desierto africano. Y hay al menos un ejemplo de un imperio, el chino, que pretendió rodear su territorio de una muralla continua y sin fisuras.

Frontera y «boundary»

Durante muchos años, los geógrafos americanos distinguían entre la noción europea de frontera y la americana de «boundary». La frontera, emparentada con el frente en sentido militar, es el resultado de una historia secular de enfrentamientos entre dos pueblos resuelta por el acuerdo o la imposición de un límite común. La frontera así entendida es necesariamente una línea definida. En cambio, la «boundary», de la que el primer ejemplo puede ser el «Far West», el lejano Oeste, es el límite constituido por la naturaleza desconocida y salvaje, habitada quizá por gentes extrañas, un límite que es a la vez obstáculo para avanzar y estímulo para superarlo. Una frontera en el sentido en que hablamos de las fronteras del conocimiento. Entendida así, la frontera no es una línea definida, sino un espacio de contornos vagos que está siempre en continuo avance o retroceso.

La diferencia entre las dos nociones es clara, pero no se puede proponer una disyuntiva entre ellas. Para los habitantes de una ciudad griega, como para los de un burgo medieval, las fronteras eran a la vez las dos cosas: el territorio más alejado, y por ello peligroso y arriesgado, y el lugar donde comenzaba la influencia y el poder de otros ciudadanos, de otra autoridad política. Pero si las dos nociones no se oponen, lo que sí en cambio es importante notar es que a lo largo de la historia las fronteras han sido cada vez menos «boundary» y más frente, menos obstáculo natural y más límite entre dos soberanías políticas. Paralelamente, las fronteras han pasado de

ser un rosario de puntos estratégicos a convertirse en líneas continuas.

Se pueden ofrecer distintas razones de esta evolución. La primera y fundamental es la simple densidad demográfica. La «boundary» supone espacios vacíos o poco poblados que ciertamente predominaron en otras épocas, mientras hoy ocurre lo contrario: no sólo la población es muchísimo más numerosa, sino que ocupa espacios en otros tiempos considerados inhabitables. Y cuanto mayor es la densidad de población, más fácil es que el espacio ocupado por una colectividad humana limite físicamente con el ocupado por otra comunidad. Y otra razón podría ser el progreso de la técnica y concretamente de la cartografía. Pues la representación gráfica, el mapa, implica señalar con nitidez dónde termina una autoridad política y dónde empieza otra, y por tanto expresar los límites por líneas continuas sin solución de continuidad. Incluso si el límite está constituido por un desierto o por una cadena de montañas inexploradas, el cartógrafo tenderá a representar el límite por una línea.

Las fronteras de la nación

Pero sería ingenuo considerar que el progreso de la cartografía ha sido el resultado espontáneo del progreso de su metodología. La furia cartográfica del siglo XVIII se puede considerar como un reflejo de la Ilustración, pero es mucho más el resultado de la preocupación de unos gobernantes que necesitaban disponer de mapas para gestionar su política interior y exterior. Y la evolución de la noción de frontera va directamente ligada a la constitución de los estados nacionales. Pues la ideología del estado nacional lleva directamente a dos consecuencias: que el espacio del estado coincide o debe coincidir exactamente con el espacio de la nación y que en el interior del estado debe reinar la plena uniformidad, una misma etnia, una misma tradición histórica, una misma cultura, una misma religión, una misma lengua y una misma ley y una misma administración. Y un solo patriotismo como lazo de unión entre todos los ciudadanos. Naturalmente, esta uniformidad exige una delimitación estricta del territorio del estado para distinguirlo del territorio vecino que corresponde a otro estado igualmente nacional. La frontera es una línea geométrica que no tiene espesor. Entre uno y otro estado no hay términos medios ni zonas vacías de soberanía. Los que nacen a la derecha de la frontera franco-alemana, aunque sólo estén alejados unos metros de la frontera, son



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

alemanes con plenitud de derechos y obligaciones, y los que nacen unos metros a la izquierda son franceses igualmente con plenitud de derechos y obligaciones. La frontera, que fija los límites del estado-nación, constituye así un elemento esencial, definitorio de su propio ser, y no es raro por ello que con tanta facilidad se le atribuya el calificativo de sagrado. Las apelaciones a las sagradas fronteras de la patria forman parte de la retórica nacionalista de cualquier estado.

Unas fronteras cambiantes

Y, sin embargo, basta contemplar cualquier atlas del mundo para concebir dudas sobre este carácter esencial y pretendidamente intemporal. La mayoría de las fronteras africanas y alguna de las de América del Norte son líneas rectas prolongadas a lo largo de centenares de kilómetros que evidentemente no siguen los contornos de una realidad histórica, sino que han sido trazadas en algún despacho diplomático o administrativo. Y a pesar de su aspecto irregular, la mayoría de las fronteras de América Central y Meridional ni han sido heredadas de las culturas precolombinas ni repiten las divisiones de la administración española, sino que tienen orígenes mucho más azarosos.

Se dirá, y con razón, que todos estos ejemplos corresponden a situaciones postcoloniales y, por tanto, traumáticas en su evolución, pero incluso en países con una larga y sólida tradición histórica las fronteras son a menudo recientes. Francia puede considerarse el arquetipo del estado nacional, y, sin embargo... Una parte de la frontera de los Pirineos es resultado del Tratado de los Pirineos, por el que el Rosellón pasó a ser francés. La incorporación de Córcega es de finales del siglo XVIII. La frontera con Italia no sólo es consecutiva a la unificación de Italia a finales del XIX, sino resultado de un referéndum por el que ciertas comarcas de la Saboya, así Niza, optaron por integrarse en Francia y otras en Italia. La frontera con Bélgica es igualmente consecuencia de la fundación del Estado belga en el siglo pasado, y la frontera con Alemania en parte fue fijada en el Tratado de Versalles en 1918. Y Francia no es una excepción; la gran mayoría de las fronteras actuales de Europa fueron fijadas en este siglo o en el pasado. Fronteras más antiguas, con cuatro o cinco siglos de antigüedad, son la excepción y no la norma.

Más todavía, muchas fronteras europeas, y concretamente la mayoría de las fronteras de la Europa oriental, han sido fijadas por tratados internacionales en los que las poblaciones de los países afectados o incluso sus gobernantes no han tenido intervención. Este es el caso de los diferentes tratados que dieron fin a las guerras balcánicas del siglo pasado, unas guerras que empezaron con los procesos de liberación frente a los turcos, pero que degeneraron en situaciones no demasiado distintas de la que hoy vive Yugoslavia, nacida precisamente de estos tratados. Y hay que reconocer que los que redactaron estos tratados, intentando fijar unos límites que resultasen aceptables para todos, no tenían una tarea fácil. La afirmación nacionalista de que a cada nacionalidad histórica le corresponde un espacio claramente definido resultaba en la práctica difícil de aplicar.

Fronteras y reivindicaciones nacionales

Durante varios siglos y hasta mediados del siglo XIX, toda la región de los Balcanes formaba parte del imperio turco. El imperio turco desconocía el derecho civil y la separación de poderes en el gobierno, y por supuesto la separación entre la religión y el poder civil. Era, desde nuestro punto de vista, un régimen tiránico en el que la voluntad del sultán era la autoridad suprema. Pero en cualquier región del imperio turco convivían poblaciones distintas por la raza, la religión, la lengua; cada grupo de acuerdo con sus propios usos y costumbres aunque sometidos a la común autoridad del sultán. Así, en la península helénica predominaban por supuesto los griegos, pero abundaban los turcos, y más al norte los eslavos y los albaneses y los montenegrinos. Y en Salónica los judíos. La guerra de liberación contra los turcos se hizo en nombre de la recuperación nacional helena, y esto significó que a su término varios centenares de miles de turcos tuvieron que huir de Grecia. En contrapartida, y una vez fracasado el intento del nuevo Estado griego de apoderarse de Jonia, el más de un millón de griegos que habitaban en Jonia desde los tiempos clásicos, o fueron masacrados o tuvieron que huir. Y cuando el nuevo Estado logró extenderse más al norte e incorporar Macedonia se reprodujeron los éxodos, compensados en parte por los griegos, que tuvieron que abandonar la recién fundada Bulga-

ria. Historias parecidas o peores se repitieron en todos los nuevos países de la región balcánica. Y, como desgraciadamente sabemos, se están repitiendo hoy.

Es cierto que en el Occidente europeo los procesos de constitución de los estados nacionales han sido mucho más lentos, y aunque sus resultados disten de ser satisfactorios para todos y abundan las minorías que «han sido dejadas de lado por la historia», los conflictos no se plantean con esta virulencia. Pero de todos modos, con conflictos o sin ellos, es cierto que los límites de los estados no coinciden con los de los grupos nacionales, y al mismo tiempo la implantación espacial de estos grupos no es mutuamente excluyente, sino que abundan las inclusiones y los encaballamientos, de manera que en un mismo espacio pueden coincidir grupos nacionales distintos, lo que no sólo hace problemático el trazado de muchas fronteras actuales y problemática su sustitución por otras, sino que pone en cuestión la noción misma de frontera como límite taxativo entre dos sistemas de derecho si se tiene en cuenta que en las regiones fronterizas estas situaciones de convivencia son la regla más que la excepción, y por tanto requieren legislaciones especiales que garanticen el derecho de las minorías que compar-ten el espacio fronterizo.

La frontera como lugar de encuentro

Hasta aquí unas reflexiones inspiradas por el contenido del libro de Foucher. Pero la frontera puede ser contemplada también desde otra perspectiva. El estado nacional, aunque aspira a ser plenamente uniforme e igualitario, tiene un centro —una capital— desde donde se rige y administra y donde se concentra el poder y el prestigio del estado, e in-

cluso en algunos casos la capital está situada en el lugar en que en el pasado empezó a formarse la nación y donde se simbolizan las esencias nacionales. Así se establece una diferenciación y una cierta jerarquía entre la capital y la periferia, y en esta perspectiva la frontera es evidentemente periferia.

Pero la historia puede contarse también al revés. Todos los seres vivos poseen en su interior unos centros vitales, pero todas sus actividades —la alimentación como la reproducción— se inician en sus contactos con el exterior. Y lo que es cierto para los individuos lo es también para los pueblos: la frontera es el límite, pero es también la puerta y la zona de contacto con otros pueblos y otras culturas. España fue a lo largo de muchos siglos frontera entre cristianos y árabes, y por ello campo de batalla, pero también lugar de encuentro y de intercambio biológico y cultural. Y Toledo puede ser el ejemplo paradigmático de esta vitalidad de la frontera como lugar de encuentro y de fecundación cultural.

Frente a la historia de Europa contada como una suma de historias nacionales, cada una justificándose a sí misma encerrada en sus fronteras, es posible contar la historia de Europa como una historia de encuentros fronterizos entre pueblos y culturas cada vez más interrelacionados. El Mediterráneo desde la más remota antigüedad, el Rin y el Danubio desde que los romanos hicieron de sus márgenes los límites del imperio, son ejemplos excelentes de estas zonas de contacto y fecundación que a lo largo de los siglos y hasta nuestros días han hecho que hoy tenga sentido hablar de Europa. Y el esfuerzo actual por unificarla, más que como un intento de eliminar fronteras, quizá podría describirse mejor como un intento de hacer de toda Europa una zona fronteriza, un lugar de encuentro de una pluralidad de tradiciones. | |

RESUMEN

Durante décadas, las fronteras surgidas de Yalta y las herederas del reparto colonial parecían inamovibles. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, las fronteras crujen y todo pa-

rece revisable. Por eso en Francia se ha vuelto a reeditar, con éxito, un ensayo clásico sobre este tema, y de su actualidad y de su oportunidad habla el sociolingüista Miquel Siguán.

Michel Foucher

Fronts et frontières

Fayard, París, 1991. 690 páginas.

¡España, Marruecos!... ¡Marruecos, España!

Por Pedro Martínez Montávez

Pedro Martínez Montávez (Jódar, Jaén, 1933) es catedrático de Lengua y Literatura Árabes de la Universidad Autónoma de Madrid y fue rector de dicho centro (1978-1982). Sus libros y trabajos de investigación versan principalmente sobre literatura árabe contemporánea y las relaciones hispano-árabes.

Aunque se produzca todavía con bastante lentitud y habitualmente como a tientas, sin un conocimiento suficiente y directo a veces del objeto de atención y referencia, cabe apreciar en conjunto una cierta renuncia al funesto empleo de los deformadores procedimientos basados en tópicos, prejuicios y estereotipos, estrictamente, que durante tanto tiempo han constituido la principal característica de las supuestas aproximaciones hispánicas a Marruecos y la no menos supuesta realidad marroquí. De hecho, el panorama no resulta todavía medianamente tranquilizador o satisfactorio —quizá de forma especial en lo que atañe a las variadas manifestaciones culturales—, pero conviene tener en cuenta y valorar objetivamente algunos de los posibles indicios y señales de tal inflexión, aunque sigan siendo aún de naturaleza parcialmente incipiente y tengan todavía una difusión claramente minoritaria.

El lector común español sigue teniendo un desconocimiento total de la literatura marroquí contemporánea, y hasta el interesado en las «literaturas raras» o sistemáticamente excluidas e ignoradas no se halla en mejor circunstancia. La mediocridad de nuestra cultura literaria y la condición claramente dependiente y acomodaticia supeditada a los dictados e intereses de algunos centros extranjeros de la mayoría de nuestro colectivo editorial, muy poco inclinado a la iniciativa innovadora propia, a la selección independiente de títulos y autores y a la asunción del riesgo, son la causa principal de tales carencias y olvidos. La inquietud más o menos consciente, la moda coyuntural, el capricho y hasta el azar permiten tan sólo en ocasiones que se quiebre, más bien débil y fugazmente, esta rígida y funesta norma. Mucho de ello ha intervenido seguramente para que el nombre de algún representante conspicuo de la llamada literatura marroquí de expresión francesa empiece a ser conocido entre nosotros.

Mínimo acercamiento

No pasa lo mismo, sin embargo, con la escrita en lengua árabe, sin duda más autóctona y presumiblemente más representativa. Uno de los alicientes principales, por consiguiente, de los libros que nos inspiran este comentario es el de posibilitar un inicial y mínimo acercamiento a esta literatura ignorada y reclusa, y muy especialmente a alguna de sus manifestaciones en prosa narrativa. Con los inevitables retrasos e intermitencias, se puede ampliar así algo más, en algunos aspectos o motivos concretos, el panorama inicial que trazó alguna publicación claramente pionera, como el volumen *Literatura y pensamiento marroquíes contemporáneos*, que patrocinó el entonces llamado Instituto Hispano-Árabe de Cultura (1981), o la más reciente *Antología de relatos marroquíes*, editada por la Universidad de Murcia (1990). En concreto, los libros ahora objeto de nuestro comentario nos ilustrarán sobre la realidad literaria y social marroquí de nuestro tiempo a través de tres hilos conductores tan expresivos como sugerentes: los marginados, la mujer, la visión de España. Cada uno de ellos, en su proporción y a su manera, nos brindará también posiblemente interesantísimas y reveladoras facetas del Marruecos

menos oficial y aparente, menos gregario y convencionalmente repetido.

Muhammad Zafzaf es, desde hace tiempo, uno de los nombres más representativos de la más inquieta y desinhibida literatura marroquí. Aunque se trata de un autor al que cabe aplicar todavía la asequible etiqueta de «joven» —nació el año 1945 en la ciudad de Kenitra—, su producción aparece ya como especialmente abundante, coherente y sostenida. Ciertamente, este profesor de lengua árabe en un instituto de Casablanca —su lugar habitual de residencia y escenario natural de buena parte de su obra narrativa— fue un escritor precoz: sus primeros relatos datan de 1963, por los años —a los pocos de que el país recobrar su independencia, en 1956, tras la lamentable bi-experiencia colonial— en que empieza a surgir una auténtica literatura joven marroquí que consciente y decididamente se opone, como manifestara nuestro autor, al «romanticismo» huero y ampuloso que caracterizaba a la claudicante y rara producción literaria de entonces, en buena parte, posiblemente, como muestra especialmente desdichada de la torpe y devaluada imitación de algunos modelos egipcios, inevitablemente desvirtuados a su vez por tales mediocres continuadores. La década de los 70 será la de su promoción y reconocimiento, seguramente más a través de los círculos editoriales y culturales del Maxrek —Oriente próximo— que de su propio país. Zafzaf es uno de los pocos escritores magrebíes que cuenta ya con cierto predicamento entre la crítica maxrekí, no siempre ecuánime y objetiva al valorar las literaturas de aquellos países, y escasamente documentada al respecto en no pocas ocasiones.

Realismo directo

Los dos relatos del autor ahora traducidos al castellano, apropiados exponentes de la «nouvelle» marroquí actual, se publicaron en Casablanca, con el intervalo de un año, a mediados de los 80. Para entonces, la narrativa de Zafzaf había seguido ya una indudable evolución consciente en la que cabía apreciar innovaciones técnicas y constructivas, aunque se trate en última instancia de un narrador fiel a su concepción del relato, a su mundo de personajes y problemas y a su propio estilo, nada inclinado a la experimentación por el simple hecho de la experimentación o por la supeditación a modas transitorias y quizá parcialmente inmaduras o poco justificadas. Zafzaf prefiere un realismo directo y sin grandes complejidades mentales ni expresivas, de ritmo vivo habitualmente impuesto mediante traslados o saltos de corte como cinematográfico. Narrador más bien conciso y nada ostentoso, traza con economía y sencillez marcos y personajes de forma tanto discreta como impresionista e intensa, y es poco dado a la lenta y artificiosa delectación descriptiva: los pasajes referidos al mundo del sexo, en los que la connotación erótica suele ser leve y contenida, nos parecen especialmente ilustrativos al respecto y acreditan la profunda y estructural vinculación al personal círculo de lo íntimo que conserva en la cultura y en la educación social musulmanas. Hasta en autor comparativamente tan desinhibido como es Zafzaf, volvemos a señalar, y en otros muchos aspectos tan evolucionado o nada «tradicionalista». Quizá conviene advertir, en todo este peculiar y complejo contexto, que la simple referencia genérica que el autor hace a las mujeres de Essauira —la Mogador de época colonial— en el segundo de los dos relatos traducidos le acarreo abundantes disgustos y sinsabores: «Antes de visitar la ciudad me habían dicho que ellas —es decir, las mujeres— se escondían tras las pa-



redes y las ropas, pero que en la cama hacían cosas que ni la mismísima mujer de Satañás podría hacer».

Los personajes de Zafzaf pertenecen al mundo de la marginación; en este caso concreto, digamos que de la marginación preferentemente «moderna» y casi estrictamente urbana, bien en raíz o en circunstancia. El primero de los dos relatos constituye una ilustrativa, variada y trabada galería de marginados «indígenas», «nacionales», ambientada en la ciudad de Casablanca, aunque a través de las diversas peripecias individuales se deslice también alguna sugerente posibilidad de contraste —y no es uno de los menores alicientes del relato, a juicio nuestro— con otros medios urbanos marroquíes especialmente difundidos y hasta buscados: Marrakech, por ejemplo. El segundo refleja la promiscua relación establecida entre los marginados de fuera —esa heterogénea juventud occidental que «baja al moro»— y los de dentro: como se dice en la brevísima nota que precede a las traducciones, en esta novelita «se reúnen lo pueblerino y lo hippy, que ya desde los años 60 buscaba en ese sur otros nortes». Temas, ambientes, situaciones, no desconocidos por consiguiente en las actuales literaturas occidentales —recordemos a Rafael Chirbes y Emilio Sola como contrapuntos quizá especialmente próximos y pertinentes—, pero los horizontes y perspectivas pueden diferir notablemente cuando la vista se tiende desde dentro. Al margen del consustancial escenario interior en el que droga, sexo y alcohol ejercen su mandato inevitable.

Zafzaf no es precisamente piadoso con la realidad interna marroquí, aunque tampoco se ensañe o se recree en la crítica. A mi entender, pone el dedo en la llaga, pero no suele hurgar en la herida. Refleja primordialmente, prefiere la denuncia escueta y natural, lo que no deja evidentemente de entrañar considerable y seguramente inmediato riesgo «en un país en el que se le acusa de necio a alguien que quiere decir la verdad». Zafzaf emplea ese corbacho con convicción, como disciplinadamente, pero sin obsesión enfermiza ni enfurecida; es más, sencillamente, un ciudadano que reflexiona que un cómitre que fustiga. La denuncia de Zafzaf tiene, evidente-

mente, una intención política e institucional, está dirigida contra los aparatos de control y de poder, pero no posee ese único propósito y dimensión. En definitiva, una sociedad que sufre la represión, una sociedad que practica el fingimiento, ha de asumir la parte de corresponsabilidad que le corresponde en el origen y mantenimiento de esa situación. Esto explica, consecuentemente, que las reacciones de hostilidad y reprobación que ha encontrado el autor con frecuencia en su país no se hayan producido sólo en las diversas esferas del poder político y administrativo, sino también en los sectores sociales más inmovilistas y apegados a la práctica rígida de la obsoleta tradición.

La mujer

Posiblemente sea su indudable coherencia final el principal rasgo característico e identificador de la obra narrativa de Janāta Bennūna, ciertamente no muy extensa todavía, pero sí apreciable y representativa en una doble condición: literatura escrita por mujer y literatura basada en la mujer, en la personal versión de esta autora. Nacer —hacia el año 1940— en el seno de una familia acomodada y de arraigado espíritu nacionalista —como recuerda oportunamente en su introducción la traductora— en esa ciudad tan absolutamente emblemática, de acendrada solera y rancio abolengo, que es Fez, impone tanto una alcurnia como un cuño. Fez, «la prevista», polo opuesto a Casablanca, «la improvisada»: dicotomía sustancial y ontológica de Marruecos. Entre las dos ciudades ha transcurrido la existencia de esta escritora, dedicada profesionalmente a la enseñanza y formación de sus jóvenes compatriotas femeninas.

Los doce relatos que se recogen en la antología (*El espejo acusador*, Universidad de Granada, 1991, 149 páginas) pertenecen originalmente a colecciones publicadas a lo largo de veinte años, entre 1967 y 1987, con ligero predominio de las dos de primera época. Esa distancia cronológica no impide, sin embargo,



Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

que se sitúen, tanto por la temática que suscitan como por su estructura técnica y estilística, en un contexto de suficiente homogeneidad. Se trata a mi entender, en ese doble aspecto, de una especie de literatura a medio camino, como parcialmente suspendida y a la espera, a horcajadas, y precisamente por ello la tengo por sumamente representativa. Es más una literatura de ambición y expectativas que de reales logros. Son relatos cortos embrionarios, con vocación de narración larga.

Bennūna retrata por regla general a la mujer marroquí burguesa o de clase media, con estudios e inquietudes, bastante más liberada e independiente de lo que muchos, tópicamente, podían suponer en lo laboral y en lo vital. Aunque se trate en unos casos de adolescentes o jóvenes y en otros de hembras maduras, el contexto al que pertenecen es, primordialmente, ése. Escasean en su obra, a lo que yo sé, los tipos protagonistas femeninos de extracción humilde o popular, al contrario de lo que ocurre en la producción de otros nombres representativos de la actual narrativa marroquí. Al margen de posibles estrictas apariencias engañosas, la mujer de Janāta es esencialmente un ser bifacético y contradictorio, peculiar mezcla de firmeza y debilidad, por ejemplo, de decisión e incertidumbre, de dureza y ternura, de frivolidad y de ardor, como se titula precisamente uno de sus relatos. Se trata evidentemente de individuos que han contado con el sostén y apoyo familiares, pero que se han hecho también a sí mismos. Esta clase de seres están posiblemente bien definidos para consigo mismos, pero también, por el contrario, aparecen no poco indefinidos en su relación con los demás. No es extraño, por ello, que las mujeres «janāties» encuentren una especie de dificultad insuperable para la comunicación con el otro: el varón —que, en sus diversas facetas o situaciones, se muestra especialmente anodino e inconcreto—, la madre, la amiga... Esta mujer marroquí predominante en sus narraciones está también a medio camino, es un ser transicional, se opone en parte a la tradición y también en parte la acepta; está profundamente desgarrada o escindida, aun-

que difícilmente lo manifieste. Actúa, vive en una agobiante soledad interior, aunque esté externamente acompañada. Contempla, impotente, el progresivo ocaso de su esplendor. Va perdiendo opciones de solidaridad y las va aumentando de soledad. Deseando abrirse al exterior, se va viendo cada vez más obligada a replegarse en sí misma, tanto seguramente por presiones externas como por querencias propias.

Miradas a España

«Hemos salido de al-Andalus, pero no de su historia ni de sus antiguos gustos, ni de los talentos de sus habitantes, ni de la geometría de sus casas, ni de su brillante producción literaria, ni de su lengua de ritmo violento y tono altanero; lo hemos dejado todo allí, no nos llevamos sino nuestros dolores, tristezas y lágrimas», empieza diciendo el primer texto seleccionado por el hispanista y profesor Abdellah Djbilou para su antología de miradas literarias marroquíes hacia España (*Miradas desde la otra orilla. Una visión de España*, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Madrid, 1992, 171 páginas). Es evidente que se trata de un tópico, pero pocos tópicos hay tan absolutamente ciertos y sentidos como éste. La luz propia del fulgor de España en Marruecos es la luz de al-Andalus.

El recopilador del volumen cuenta ya con una notable experiencia en esta clase de trabajos, y se mueve con gusto y soltura en la recuperación de ese espacioso ámbito de contraluz que dibujan las miradas cruzadas entre una y otra orilla del Mediterráneo —aunque haya también su cenefita de Atlántico, cosa que se olvida casi siempre—. Es una tarea tan fascinante como arriesgada. Su buen conocimiento de la literatura en lengua española en el tratamiento del tema lo acreditó hace aún pocos años en sendos volúmenes que recuperaban muchas de esas miradas «desde acá»: *Diwan modernista*, 1986, y *Tánger, puerta de Africa*, 1989. Djbilou pertenece además a una generación de hispanistas marroquíes de ambos sexos —conviene conocerlo y tenerlo en cuenta—, muchos de los cuales completaron

en España su formación académica con provecho, profundamente interesados en la renovación conceptual e ideológica del tema. Lo están poniendo de manifiesto durante estos últimos años en interesantes publicaciones y el fomento de numerosas iniciativas bilaterales que se proponen establecer un clima de mejor comunicación humana y cultural. Constituyen una pieza fundamental en el mecanismo de necesaria clarificación y actualización realista de nuestras mutuas relaciones y específicos ámbitos de entendimiento y colaboración. Línea de actuación que las respectivas administraciones y poderes públicos van aceptando y propiciando poco a poco, pero que aún está trabada por no pocos alifafes.

Esta acertada iniciativa es, de momento, una muy útil aproximación primera al tema. Los autores marroquíes aquí recogidos pertenecen a varias generaciones, desde nacidos en la segunda década del siglo hasta en los años 50. La sucesión cronológica, que recoge situaciones históricas, políticas y vivenciales muy diferentes, permite conocer también las modificaciones que se van produciendo en la mirada, en el objeto de contemplación y en la misma manera de expresarlo literariamente. La inmensa mayoría de los textos seleccionados están originalmente escritos en lengua árabe, aunque hay también alguno que otro en francés y no falte tampoco algún ejemplo de texto escrito directamente en castellano. El antólogo y traductor, consciente del significado y alcance de su labor en esta iniciativa pionera, y animado por ello de

unos postulados de ponderación y objetividad que parecen en tal circunstancia correctos, brinda un panorama equilibrado de atención al ensayo, la narrativa y la poesía. De la simple lectura puede deducirse, y hasta seguramente por parte del lector nada iniciado en la cuestión, la menor entidad, la mayor endeblez, en líneas generales, del primer bloque. Quizá como coherente resultado de que nuestras respectivas miradas entrecruzadas están más asociadas, y tanto para mal como para bien, al impulso de la pasión que al de la razón. ¿Por qué? ¿Hasta cuándo? ¿No cabe la fusión?...

Parte del material que aquí presenta Djbilou se recogía ya en otra antología suya anterior, en árabe, titulada significativamente *al-Andalus wa-l-asīrātān fī-l-ibḍā' al-magribī al-ḥadīthī* [«al-Andalus y las dos cautivas en la creación marroquí moderna»] (Tetuán, 1988), casi totalmente dedicada a la producción poética. Las dos cautivas son, evidentemente, Ceuta y Melilla. El talento de los textos a ellas dedicados puede suponerse. Me parece un error, sencillamente, que nada de esa producción aparezca en la antología que ahora comentamos. No sé por qué razones, pero sospecho que sería ilustrativo conocerlas. Mientras sigamos renunciando desde ambos lados a los testimonios polémicos y dolorosos, ni las miradas serán limpias ni las visiones completas. Seguiremos manteniendo los rincones oscuros. Desde ambas orillas nos veremos obligados a clamar todavía: ¡España, Marruecos!... ¡Marruecos, España!...

RESUMEN

El profesor Martínez Montávez, aun reconociendo que en ocasiones se publica en España alguna muestra de literatura marroquí en lengua francesa, pone el énfasis en subrayar el radical desconocimiento que existe en España, tan cerca

histórica y geográficamente de Marruecos, de la literatura de ese país de expresión árabe. Tres obras recientes que ilustran sobre la realidad literaria y social marroquí le dan ocasión para insistir en ese injustificable estar de espaldas.

Muhammad Zafaf

Dos relatos (El huevo del gallo. El zorro que viene y va)

CantArabia, Madrid, 1992. 198 páginas. 1.100 pesetas.

Mística y metafísica en el cristianismo

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (Lastra del Cano, Avila, 1934) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de *El poder y la conciencia*, *Jesús de Nazaret*, *España por pensar* y *La gloria del hombre*.

Hay fechas en la historia de la humanidad que se convierten en símbolo de una conquista final o una brecha abierta hacia un futuro desconocido. El año 1924 constituye un jalón decisivo en la historia de la espiritualidad, más especialmente en la investigación de la mística y en concreto de San Juan de la Cruz. Ese año es el símbolo de la elevación de la mística a categoría metafísica, de la recuperación y dignificación universitaria de ese fenómeno religioso que hasta entonces había sido situado en la cercanía de la magia, de la enfermedad o de la subnormalidad.

A partir de esa fecha, la experiencia mística pasará a ser analizada con la misma seriedad y mayor pasión que la experiencia ética, estética o metafísica. No será ya sólo cosa de Iglesia, sino también de Universidad.

En 1924 publicaba Jean Baruzi su libro, que previamente había sido una tesis doctoral en la Sorbona y a la que había dedicado cerca de veinte años de estudio y permanencia en España. Ese mismo año ingresaba en la Academia Francesa Henri Bremond, que el año anterior había publicado los primeros tomos de su obra clásica: *Histoire Littéraire du sentiment religieux en France*. Tome I: *L'Humanisme dévôt*. Tome II: *L'Invasion mystique 1590-1620*. Unos años después publicaría el tomo VIII con significativo título: *La Métaphysique des saints*, completándolo con el volumen XI: *Le Procès des mystiques*.

¿Qué proceso previo de transformación de la conciencia filosófica y cultural del siglo XIX, determinada por el positivismo científico en la ladera francesa y por el idealismo trascendental en la ladera germana, había hecho posible devolver tanta dignidad a la experiencia y escritos de los místicos, tras haberlos considerado fenómenos patológicos y en cualquier caso insignificantes? En la secuencia de Hegel, místico era sin más sinónimo de absoluto, y tras Nietzsche el místico es el que ha trascendido todo, es soberano de todo y existe al margen de todo. Por eso pudo decir: «Yo soy místico y no creo en nada».

La obra de Baruzi hay que situarla entre dos puntos extremos dentro de los cuales es inteligible en cuanto recuperación metafísica de la mística, otorgándole una dignidad noética y por ello una significación universal, más allá incluso del místico concreto y de la propia confesión religiosa a la que pertenece. Porque éste es el nervio del libro de Baruzi y de la actitud de pensamiento que él representa. La mística, ¿es un fenómeno particular, glorioso pero intransferible, propio de un sujeto superdotado o infradotado perteneciente exclusivamente al ámbito de la religión o, por el contrario, se revela en ella una estructura de lo humano, que puede incluso ser vivida y desplegada con independencia del contexto confesante, eclesial y dogmático, dentro de los cuales el místico históricamente la ha realizado? ¿Es necesaria la fe para llegar y permanecer en la experiencia mística o, por el contrario, la fe queda superada y trascendida como una fase previa a esa contemplación y unión transformante con el Absoluto? Estas son las cuestiones de fondo que alientan tras toda una constelación de obras filosóficas entre las que se sitúa la de Baruzi.

La obra que desencadena la reflexión en este orden es la tesis genial de M. Blondel, *L'Action. Essai d'une critique de la vie et d'une*

science de la pratique (1893). Más allá de todo positivismo científico, Blondel ahonda en lo que es la matriz de la reflexión y de las ideas, el dinamismo de la voluntad última («volonté voulante») que nunca se agota en la realización de cada uno de sus actos volitivos («volonté voulue»), y que por ello mantienen un remanente de intencionalidad que no descansa en ninguno de sus logros. La vida personal es el esfuerzo inacabable por igualar voluntad radical con voliciones reales.

De esta forma, cava un surco en el duro terreno de la realidad humana, abriéndola a la posibilidad complementadora de una presencia adveniente que no se inserta de manera extrínseca o violenta en la entraña del hombre, sino que responde a ese dinamismo no saciado. La gracia y lo sobrenatural serán como la corriente de agua de un río cuyo cauce había sido previamente diseñado en la naturaleza humana. Abrir el lecho del río no equivale a llenarlo de agua. Pero si existe el lecho, el agua será reconocida como propia. De esta forma, Blondel, elaborando la vida moral y sus dinamos, abre el horizonte filosófico de una experiencia espiritual y legítima la abertura a una posible revelación y agraciamiento que Dios quiera hacer al hombre.

Momento cumbre

La obra que cierra este período, llevándolo a su cumbre tras más de veinticinco años de trabajo en esa dirección, es Henri Bergson, *Les deux sources de la morale et de la religion* (1932). En ella, la mística y los místicos encuentran su real lugar dentro de una comprensión dinámica de la moral y de la religión como el momento cumbre de una apertura a Dios en el que la libertad actúa y es actuada, la libertad mueve y es movida, el amor alienta y es alentado. Los místicos son aquellos hombres que, desde esa inserción en el dinamismo de Dios, participan con él en la creación del mundo, de la realidad, de los valores y de las esperanzas humanas.

Sin Bergson no hubiera sido posible todo este movimiento de recuperación de lo espiritual, de San Juan de la Cruz por Baruzi y de toda la espiritualidad francesa del siglo XVII por Bremond. Bergson, desde una pura preocupación filosófica, transforma el panorama del pensamiento incrustando la cualidad donde sólo existía la cantidad, la memoria donde sólo se veía materia, la experiencia espiritual donde sólo se reconocía comprobación científica. De esta forma rescata a la filosofía del cautiverio positivista y con ella emancipa al hombre para considerar legítima una experiencia de sí mismo como espíritu y de su posible comunicación con el Espíritu.

Nadie mejor que Péguy ha percibido esa significación de Bergson tanto para la filosofía como para la teología. Supuso una liberación fundamental: «Bergson y ningún otro nos ha liberado de esa metafísica del mundo moderno que entendía presentarse como una física. Todo lo que será perdido por Bergson, será reasumido, e instantáneamente, por esta metafísica del mundo moderno, por esta falsa y fraudulenta física que se presenta con las inocencias y limitaciones, y como si se dijera las relatividades de una física, y que es en realidad la metafísica del materialismo y del determinismo, del mecanicismo y del asociacionismo y del intelectualismo» («Note conjointe sur M. Descartes et la philosophie cartésienne», en *Oeuvres en prose 1909-1914*. Pléiade, página 1537).

A su vez, él ha tenido la perspicacia de percibir cómo esa metafísica, que podríamos llamar mecánica y que no es otra cosa que una física elevada a dominación o hegemonía absoluta, era tan mortal enemiga de la filosofía como de la teología. Desde Aristóteles hasta Rahner, desde San Agustín hasta Hegel y

Balthasar, los mejores pensadores han percibido que el destino de la teología y de la metafísica van unidos. No porque para la teología la metafísica sea suficiente, ya que para aquella la historia es igualmente esencial. Pero si no hay fe sin tiempo, no hay tiempo sin ser. Por ello el teólogo se ha querido siempre a la sombra del ser, cuando éste estaba floreciendo y vigiendo. Y se ha querido su vigía y su defensor cuando éste era amenazado. Con Baruzi ante los ojos, diremos que la experiencia mística es experiencia desde la fe, nunca trascendida, y por ello es algo más que experiencia metafísica. Pero algo más, no algo menos. La particularidad de la experiencia mística no niega, sino que presupone la universalidad del espíritu humano, del ser, de la comunicación consumadora entre ambos.

«El recelo con que se persigue a la filosofía es el mismo que el recelo con que se persigue la teología; y recíprocamente, y yo diría que incluso mutuamente. El odio con el que se persigue a la filosofía es el mismo que el odio con que se persigue a la teología. Y recíprocamente y mutuamente. Lo que se está persiguiendo es a la metafísica y al pensamiento; es a ellos a quien se persigue siempre, y a lo espiritual, y a la libertad, y a la fecundidad» (id., página 1534).

Una de las extrañas contradicciones de la historia es que Bergson haya sido puesto en el Índice por alguna de sus obras primeras, cuando a la luz de su obra completa ha podido ser reconocido como uno de los grandes colaboradores en la recuperación de los valores espirituales y en concreto del cristianismo en su dimensión mística. No ha hecho apologética ni ha hablado directamente de temas cristianos, pero ha establecido filosóficamente la validez de ciertos fundamentos sobre los cuales se apoya la fe, y desescombrado la conciencia histórica, mostrando la invalidez de muchas filosofías anteriores. El P. Sertillanges concluye así su obra *Henri Bergson et le catholicisme* (París, 1941): «El motivo esencial de nuestra satisfacción como católicos es la operación de limpieza que ha llevado a cabo Bergson frente al cientismo, como el de Berthelot y Taine; frente al falso intelectualismo de Renan, al semiescepticismo kantiano, al monismo materialista o panteísta en sus formas variadas y con todas sus consecuencias. Muchos ídolos yacen en el suelo que sin él, sin duda, estarían bien enhiestos, y muchas cosas florecen, ya que aún esperarían si él no hubiera echado su semilla o preparado la tierra» (páginas 146-147).

¿Qué ha habido entre esos dos jalones máximos: Blondel, 1893, y Bergson, 1932? El hundimiento del cientismo ha dado paso a un reconocimiento más complejo de los hechos religiosos en general y en particular de la experiencia mística. Todavía por esos años la mística era situada en el área de la psicopatología y de la psiquiatría (Charcot, Janet). Dentro incluso de la Iglesia se otorgaba importancia decisiva a los fenómenos de éxtasis, levitaciones, estigmatizaciones y otros datos psicósomáticos, en la obra clásica del P. Poullain, *Des grâces d'oraison. Traité de théologie mystique* (1901).

En el primer decenio de este siglo, en cambio, se inicia una reflexión sobre el fenómeno de la mística y de los místicos que orienta en la línea de recuperación positiva y de valoración universal de su experiencia. En el comienzo está el maestro y guía de Baruzi, a quien le dedica su libro en 1924, H. Delacroix. Este publica en 1908 sus *Etudes d'histoire et de Psychologie du Mysticisme. Les grandes Mystiques chrétiens*. Aquí se establece la clara línea divisoria entre misticismo general, las múltiples formas y fenómenos extraños que acontecen en innumerables vidas religiosas, y los grandes místicos cristianos. Hay que mirar a las cumbres para saber lo que son alturas, y a los grandes poetas para

saber lo que es poesía, olvidándose de los verificadores.

Señalaremos otros varios nombres significativos en este largo camino que desemboca en el libro de Baruzi y sin los cuales es históricamente incompreensible. El primero es el de un médico filósofo, W. James, con su obra *The Varieties of Religious Experience* (1909), quien al referirse a la mística está pensando más en Santa Teresa de Jesús que en San Juan de la Cruz. La experiencia mística tiene para él estas cuatro notas características: inefabilidad, pregnancia noética, forma transitoria y pasividad. Estamos todavía en el horizonte de la psicopatología, pero abriéndonos a mayor profundidad. Ya por ahora hablar de místicos es hablar de las dos grandes figuras carmelitanas de Castilla.

El primer decenio es, desde el punto de vista interno de la Iglesia y de la teología, el momento crítico del modernismo. Este es una apelación a la exégesis crítica frente al dogma, a la experiencia religiosa frente a la teología escolástica, a la inmediatez de la fe vivida frente a la objetivación del concepto. Uno de los grandes agentes y agitadores del modernismo, especie de correo europeo dada su condición diplomática, su estatuto laical, su conocimiento de múltiples lenguas y su holgura económica, fue el barón Friedrich von Hügel con su obra *The Mystical Element of Religion as studied in St. Catherine of Genoa and her Friends* (1908). Junto al elemento histórico, dogmático, litúrgico, jurídico, moral de la religión y de la Iglesia, aquí se reclama la dimensión mística como igualmente constituyente.

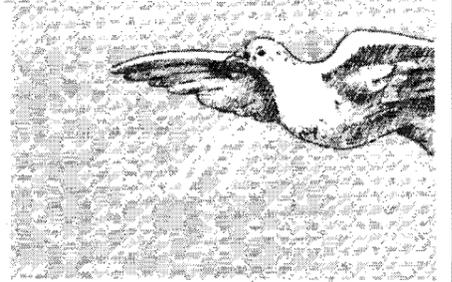
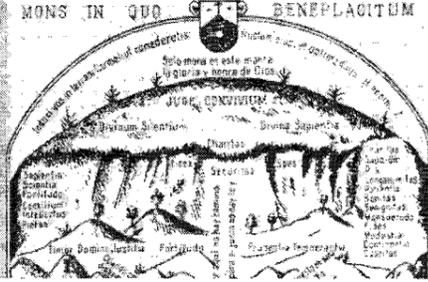
Baruzi pasa largas temporadas en España y en contacto personal con Unamuno, al que escribe cartas de agradecimiento y por quien siente la fascinación de todos los extranjeros ante el rector de Salamanca. Por los años en que investiga textos y fuentes, Unamuno publica su obra clave en la que intenta recuperar los místicos españoles como exponentes de una metafísica concreta, tan valiosa y real como la de Descartes, Kant o Hegel, aun cuando no esté formulada, sino dispersa en obras de literatura y de espíritu. «Pues abrigo cada vez más la convicción de que nuestra filosofía, la filosofía española, está líquida y difusa en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra acción, en nuestra mística sobre todo y no en sistemas filosóficos». Este texto de *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (Madrid, 1912, página 301) no le pasa inadvertido a Baruzi. Desde él establecerá su ecuación: la mística española es su metafísica concreta. Por esos años nuestro genial Asín Palacios redescubre a Ibn Arabi y publica *La escatología* (1919) y el *Islam cristianizado* (1931).

Estudio de la mística

El año 1924 ofrece otros hechos significativos para el estudio de la mística. En los últimos años ya se reconoce como su exponente máximo a San Juan de la Cruz. El jesuita loveniense J. Marechal publica su primer tomo de *Etudes sur la psychologie des mystiques* (1924). El filósofo Blondel vuelve ahora de manera explícita a la cuestión de la validez filosófica de la mística en su volumen *Qu'est-ce-qu'est la mystique?* (1925). Entre tanto ya habían intervenido teólogos dominicos desde la convicción de que San Juan de la Cruz realizaba los principios de la vida espiritual que encontramos enunciados en Santo Tomás, con el peligro de no ver en él sino la aplicación de un sistema teológico previo y olvidando, entre otras cosas, la radical novedad del proyecto. San Juan de la Cruz no estudió nada más que un año de teología en Salamanca, y



Viene de la página anterior



retiene el armazón escolástico sólo como punto de referencia. Aquí aparecen los nombres de A. Gardeil, J. Maritain y, sobre todo, R. Garrigou-Lagrange, *Perfection et Contemplation selon Saint-Thomas d'Aquin et Saint-Jean de la Croix* (Saint-Maximin, dos volúmenes, 1923).

Hemos establecido este marco histórico para mostrar cómo el libro de Baruzi es exponente de una fermentación espiritual, innovación de perspectivas y apertura filosófica al problema de la mística, que duraba ya decenios. Esta es la gloria y el lastre con que él accede al estudio de la experiencia mística tal como ella es seguible e inteligible en la vida, los poemas y los escritos doctrinales de San Juan de la Cruz. Su interés primordial es el de un filósofo que pregunta cuál es el valor noético, el fundamento metafísico, la validez universal, la reproducción posible de lo que fue la experiencia mística en San Juan de la Cruz.

Estas preguntas hacen en un sentido fecundo y lúcido su intento, pero a la vez le ponen en un desfiladero. ¿Y si San Juan de la Cruz hubiera vivido su camino y relación con Dios sin tener en cuenta esas preguntas? ¿Y si todo lo que vivió y escribió fue una pura respuesta a una gracia que le antecede, suscita el amor y la entrega? Al elevar a poema y al formular en sistema su experiencia echó mano de todo el bagaje de humanismo aprendido en Medina, de teología recogida en Salamanca, de literatura popular, de renacimiento vivido, de pasión por la lengua entonces en forja.

Pero ¿tuvo San Juan voluntad de estilo, conciencia de proyecto teórico, interés en recuperar con análisis objetivador y verificador lo que era su propia experiencia? El metafísico está enfrentado al ser, que está más allá de sí y en alguna forma contra sí. El místico es acosado, abrazado, transformado por el Ser, que ya no está más allá de sí, sino adentro en sí, hecho una llama y un aliento con él, sin que por eso pierda su personalidad ni quede anegado en el océano del Absoluto. Para el místico, el intento de objetivar su experiencia preguntando por su verdad y poniéndola para ello entre paréntesis o bajo signo de interrogación sería dudar de sí mismo, dudar del Dios que le ha visitado, llagado, sosegado y traspasado. La pretensión del metafísico, abarcar y dar razón del Ser, está en contradicción con la conciencia del místico: ser amado, sostenido y afirmado gratuitamente en la existencia. La lógica del don funda la experiencia mística frente a la lógica de la recuperación y apropiación propia del metafísico. Para éste, lo esencial es el pensamiento como apropiación; para aquél, el amor como unión.

La obra de Baruzi tiene cuatro partes, y en cada una de ellas hizo en su día obra de pionero: los textos, la vida, la relación de la experiencia a la doctrina, la síntesis doctrinal. Después de estos setenta años han cambiado muchas cosas. Frente a la inseguridad del texto sanjuanista con que se encontró Baruzi, hoy tenemos cinco admirables y seguras ediciones modernas: Editorial de Espiritualidad, BAC, Monte Carmelo, Sígueme, Alianza. A la vez poseemos un excepcional y modernísimo instrumento de trabajo: *Concordancias de los Escritos de San Juan de la Cruz* (Roma, Theresianum, 1990). Sólo quedan los problemas de autenticidad de la redacción B de *Cántico* y de *Llama*, que tras el descubrimiento de un códice de 1593 parece definitivamente zanjada a favor de la autenticidad de B.

La segunda parte está dedicada a la biografía. El rompió con la construcción barroca, los adheridos legendarios y la reconstrucción milagrosa, que se sumó a su figura a partir de la mitad del siglo XVII. Volvió al contexto y matriz de surgimiento, a las fuentes contem-

poráneas, a los testigos que hablaron de él en vida. Frente a la hagiografía barroca, inaugura una biografía crítica tras la que se sigue trabajando hoy, sin que hayamos logrado todavía una reconstrucción que sea tan completa como rigurosa.

La tercera parte analiza la relación existente entre la experiencia, los poemas líricos que la recogen y siguen en alguna manera fundando y la síntesis doctrinal. San Juan de la Cruz es ante todo un poeta: eso es lo primero que podemos verificar de él. Un manojo de poemas que lleva de Toledo tras la salida de la cárcel es su primera obra literaria. Luego fluyen los comentarios. Primero informales, casi prolongando el verso, y luego cada vez más lejanos de la experiencia para preguntarse por su preparación posibilitadora, por sus consecuencias, por su universalidad y por su capacidad para convertirse en itinerario abierto a otros. Detrás queda la experiencia personalísima que no conocemos.

San Juan no hace autobiografía ni escribe un diario. Más aún, todo lo ha escrito mirando hacia atrás desde el final, mirando hacia abajo desde la cumbre. Todos los intentos de comprender sus libros según la actual encuadración como un itinerario, una subida o ascenso en clave ascética, carecen de fundamento. En el origen de su obra está una llamada, una llaga, un incendio de amor, una visitación divina que, arrancándole de sí, le han introducido en Dios. Todo lo que escribe es visto a partir de ahí (*Cántico*) como su preparación (*Noche*) o su consumación (*Llama*).

La lógica real

La cuarta parte es la central para el autor y hacia ella se encamina todo. Ella sigue siendo la más actual a la vez que la más problemática.

Tiene a su vez cuatro fases: la negación inicial, una crítica de las aprehensiones distintas, la experiencia abisal, el estado teopático. Damos sólo los títulos, ya que cada una de estas partes necesitaría un largo y finísimo comentario. Pero la cuestión de fondo es saber cuál es la lógica que Baruzi descubre en San Juan de la Cruz y responder si era la lógica real de su vida. El le ve sobre todo como un caminante dirigido hacia la unión con el Dios sin modos, adentrándose en la desnudez, rechazo de todo y negación de sí mismo hasta el abismo e inmersión en el océano de la divinidad, más allá incluso del Dios trinitario.

Baruzi en realidad traza el itinerario de una marcha hacia el Uno más que el caminar con el Dios de la alianza. Es bien sintomático que privilegie ante todo la *Noche* y la *Subida*, mientras que deja en segundo plano el *Cántico* y la *Llama*. Uno tiene la impresión de que para él lo que está en juego es un proceso de purificación, iluminación y de reintegración al origen en denudación de lo accidental, fantástico, sensible. Por eso privilegia hasta el extremo la *Noche*. Pero en San Juan de la Cruz el quicio para entender su vida y su obra es *Cántico* y la experiencia que refleja: haber sido llamado y herido, transformado y transportado por el Amado Cristo. Es una gracia de enamoramiento que suscita la búsqueda y el clamor, el cántico y el agradecimiento del alma. Todo lo contrario de un proceso puramente ascético o metafísico.

Es sorprendente el silencio y secreto que hace del simbolismo nupcial, cuando la obra sanjuanista es ante todo un eco y reescritura del *Cantar de los Cantares*. Pero aquí entramos en un punto más grave: Baruzi intenta pensar a San Juan de la Cruz como si la historia, la fe, la adhesión eclesial y la formulación dogmática sobre las que se sustenta no existieran. Las reconoce como límite, rémora y en el fondo empobrecimiento que hay que trascender. Detrás de unas magistrales

páginas, de una sensibilidad finísima y de una generosidad admirable, se oculta una tendencia a leer a San Juan de la Cruz desde Plotino y Brunschvicg, haciendo de él un metafísico. Al fin considera la mística como una metafísica que se busca y admira a San Juan de la Cruz místico, pese a no haber llegado al límite de lo que él considera grandeza máxima: la metafísica.

La edición española ha traducido la primera edición francesa de 1924. La segunda, de 1931, ofrece un prólogo de 21 páginas, en el que el autor responde a las duras críticas que ha recibido. Y confiesa que en el fondo el problema radical es saber si la pretendida contemplación de San Juan de la Cruz es real conocimiento, y si el Dios sin modos del que habla es realmente Absoluto. Y cita a un crítico asintiendo a sus palabras: «¿Acaso la contemplación no representa en San Juan de la Cruz más que una ilusión? Esta cuestión, que en un sentido es, desde Kant, todo el problema de la metafísica, el autor de este libro no la ha respondido en ninguna parte, reservando quizá para más tarde su respuesta» (XV, nota 2).

Esta admirable obra nos deja así sumidos en la perplejidad kantiana sobre la realidad del Absoluto previa al hombre y la capacidad humana de conocerle. La pretendida validez metafísica de la experiencia mística ha quedado bajo interrogación, porque las dos preguntas anteriores no han sido respondidas. A ellas querrán responder treinta años después otros dos autores: G. Morel, *Le Sens de l'existence selon Saint-Jean de la Croix* (París, 1960), quien desde la perspectiva hegeliana quiere fundar la universalidad de la experiencia mística, como paradigma de toda experiencia humana profunda. Balthasar, *Gloria. Una estética teológica*, 3 (Madrid, 1987), como teólogo, invertirá el curso de la reflexión al mostrar que el camino por el que lleva Dios a cada hombre es imprevisible, único y no universalizable de antemano. El amor no tiene ley. Sólo después de vivido descubriremos su grandeza humana y como admirable obra de arte su universalidad, no de repetición profundamente posible y sin embargo de real ejemplaridad.

Horizonte filosófico

Baruzi es uno de esos autores a los que uno admira sin adherirse a su pensamiento porque, a pesar de la belleza en que está expresado, no nos parece verdadero. Su libro sobre San Juan de la Cruz es admirable, pero el horizonte filosófico en que lo sitúa como su real matriz, los presupuestos con los que opera, como si la fe, la Iglesia y el dogma no le fueran constituyentes, sino, por el contrario, un límite y resto arcaico, terminan por falsear la figura del Santo. Porque no se le hace más grande elevándole a categoría de metafísico, y juzgándole sobre todo por su validez sistemática, mientras se deja entre paréntesis la verdad específica que sustenta su vida. Esta sospecha de fondo frente a la experiencia bíblica, cristiana y eclesial de Dios, mina el valor de este libro.

RESUMEN

El teólogo Olegario González de Cardedal se ocupa de una voluminosa obra sobre San Juan de la Cruz, editada por un organismo oficial autonómico, y que recupera, en estos tiempos conmemorativos de la vida del

lo a Cruz
responde a la



ARTURO REQUERO

Loisy, en cuyo entorno crece Baruzi y a quien sucede en la cátedra, escribe a propósito de Bremond: «Desde el punto de vista místico en que elaborábamos conjuntamente nuestra filosofía espiritual, la etiqueta confesional no contaba... Yo consideraba que Bremond y yo, francamente instalados sobre el terreno del misticismo, estábamos en la situación y el derecho, teníamos incluso el deber, de situarnos por encima de todas las confesiones, de todas las religiones particulares, para construir nuestra filosofía, ya que era una filosofía general, y de no encerrar esta filosofía en el cuadro de una teología especial, aun cuando fuese ésta la teología católica actual» (A. Loisy: *George Tyrrel et Henri Bremond*, París, 1936, páginas 143-145).

Baruzi estudio como filósofo a San Juan de la Cruz, pero quiso vivir en la cercanía religiosa necesaria para poder sospechar su misterio. «Nadie comprende a un místico cristiano si no intenta vivir con él en el mundo de la Gracia» (2.ª ed., V). Y con una frase aclaratoria a la vez que exculpatoria de su intento: «Yo no he pensado en trasponer el plano místico a un plano metafísico. Pero constantemente he buscado mostrar que hay una metafísica subyacente a la construcción y a la experiencia mística de San Juan de la Cruz» (pág. III).

La edición española merece todo elogio. Pero ¿por qué se ha hecho silencio absoluto sobre la segunda edición y su novedad? ¿Por qué no se ha hecho una historia mínima de su recepción, lugar actual y validez de cada una de sus partes? ¿Por qué se ha eliminado el índice de autores, mientras que se ha conservado el esbozo de un estudio bibliográfico absolutamente insignificante setenta años después? Por otro lado, prólogo y epílogo se mueven bajo el tópico trasnochado de que una lectura no confesional es la que descubre al verdadero San Juan de la Cruz. Un autor desollado de su piel y corazón de origen sigue siendo real, dando que pensar, mas entonces ya no es él, sino un invento que el comentarista elabora con ocasión o a la luz de aquél. La traducción tiene un error que asombrará a todos los lectores de mística y filosofía: traducir «état théopathique», concepto clave y cima en la que desemboca el libro, por «estado teofático».

Jean Baruzi

San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística

Junta de Castilla y León, Valladolid, 1991. 724 páginas. 3.500 pesetas.

Número y diosa

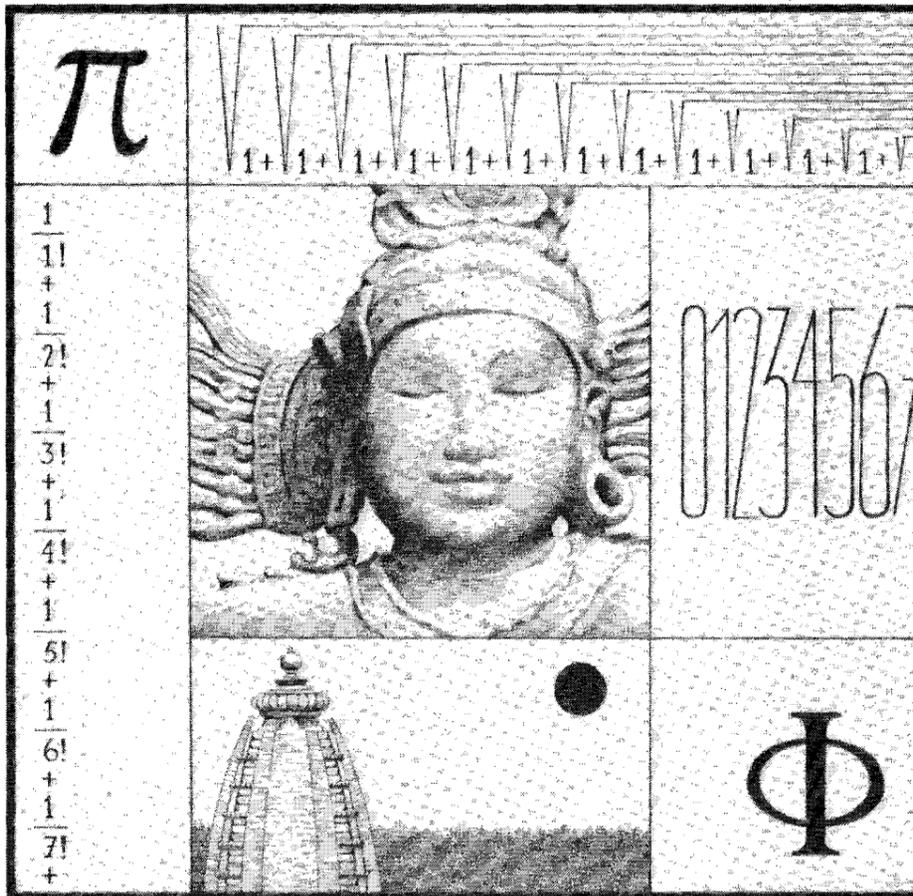
Por Alberto Galindo

Alberto Galindo (Zaidín, Huesca, 1934) es matemático y físico. Catedrático de Física Teórica de la Universidad Complutense. Académico numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Sus campos de investigación actual son los procesos no-lineales y la física cuántica.

Para que la prestigiosa Universidad inglesa de Cambridge removiera cielo y tierra hasta traer a su Colegio Trinidad a un humilde brahmán indio, fracasado universitario en su tierra, algo realmente extraordinario debía darse en éste. La diosa Namagiri de Namakkal, invocada años atrás para su concepción, autorizaba en sueños a este hindú a atravesar los mares que le separaban de Europa. Destacados matemáticos del viejo continente esperaban ansiosos contemplar de cerca, y en acción, al nuevo Euler, al nuevo Jacobi embarcado en Madrás. De genio indiscutible hablaban todos; de mago, algunos. Sus cuadernos recogían ristas de fórmulas extrañas que sorprendían por su originalidad y belleza. En su país de origen nadie podía valorarlas con fundamento. Varias veladas (sin duda más de una, contra lo que C. P. Snow dice) debieron necesitar los afamados G. H. Hardy y J. E. Littlewood, de Cambridge, para analizar con fruición el contenido de seis páginas de una carta con que un oscuro funcionario del puerto de Madrás, autodidacto, sin título universitario alguno, se presentaba ante lo más florido de la ciencia matemática inglesa. ¿Se trataba acaso de un impostor genial? ¿O realmente era su autor un matemático de nivel supremo?

El libro que nos ocupa es una espléndida muestra de biografía de un científico, escrita por un brillante y galardonado periodista, Robert Kanigel, dispuesto, así lo afirma en su prólogo, a narrar la vida de una mente inescrutable y de un corazón sencillo, la romántica historia de Srinivasa Ramanujan Aiyangar (22/XII/1887 - 16/IV/1920). El autor ha conseguido dar con el difícil equilibrio entre la descripción de la vida de este matemático, tan exótica ante ojos occidentales, y la seria consideración de su monumental obra. Acaba sumergiéndose Kanigel en la atmósfera espiritualizadora de la India meridional cuando, para conocer de cerca el escenario de la niñez de Ramanujan, recorre durante varias semanas el distrito de Tanjore, desde Erode, villa natal del biografiado, hasta Kumbakonam, donde transcurre su infancia. Un río sagrado, el Cauvery, «Dashin Gange», marca la espina dorsal de esa próspera región.

Prólogo, ocho capítulos, epílogo, notas, bibliografía, agradecimientos e índice: impecables todos. Reconoce el autor la valiosa ayuda de destacados científicos, como la de los conocidos matemáticos de Estados Unidos G. Andrews, R. Askey y B. Berndt, especializados en la obra de Ramanujan, y que cariñosamente llama «banda de los tres»; la del británico R. Rankin, gran conocedor de las vidas y obras de Ramanujan y de Hardy, y la de F. J. Dyson, famoso físico-matemático de Princeton de origen inglés. No en balde, así, resiste el manuscrito con dignidad el embate de una crítica desde la matemática pura. Gran lección ésta de profesionalidad y buen saber hacer. La ágil obra de Kanigel no sólo no se resiente con la ayuda de expertos en ciencia dura, sino que su pluma mantiene sin aparente esfuerzo la fluidez del texto. ¿Tendremos la suerte de que la traduzcan a nuestro idioma? Pocos lectores podrán sustraerse a la fascinación que produce el acercamiento a este extraño genio, que llegó por sí solo a las más altas cumbres del pensamiento matemático bajo las condiciones más adversas.



FUENCISLA DEL AMO

Comentaré tan sólo algunos aspectos salteados de esta frondosa biografía. No hablaré luego de los años de Ramanujan como empleado en Madrás, ni de su estancia en Cambridge y sus relaciones con Hardy y otros matemáticos ingleses, ni de su frágil estado de salud y paso por diversos hospitales y sanatorios, ni de su tentativa de suicidio en el metro de Londres, ni de las distinciones académicas que recibió, ni de su regreso a la India, ni de sus relaciones familiares, dificultadas por la tensión existente entre su posesiva madre Komalatammal y su joven esposa Janaki, ni de su prematura muerte. Nada puede sustituir al placer de su lectura directa en el libro de Kanigel.

La revelación de un formulario

De niño en la escuela y de chico en el instituto, ya había destacado Ramanujan por sus extraordinarias dotes para las matemáticas. Con memoria prodigiosa, divertía a sus amigos recitándoles decenas de dígitos de los números trascendentales π , e , o las listas de raíces sánscritas. Recibe al terminar sus estudios medios el premio de matemáticas Ranganatha Rao y el elogio público de rebasar cualquier escala de calificaciones. (Años después, su amigo y colaborador Hardy le calificaría con 100, frente a 80 para Hilbert, el matemático más ilustre de aquellos tiempos, y un 25 para él mismo.) Cuando tenía quince años, poco antes de obtener el título de bachiller, un amigo le saca prestado de la biblioteca del Colegio del Gobierno en Kumbakonam el primer volumen de los dos de que consta la obra *A Synopsis of Elementary Results in Pure and Applied Mathematics*, de G. S. Carr, matemático medio de Cambridge, tutor de estudiantes londinenses para el temido examen «Tripos». Es una colección de unos cinco a seis mil teoremas y fórmulas sin demostración, salvo quizá alguna alusión cruzada o sugerencia de algún que otro cambio de variable, etc., sobre los campos tradicionales de las matemáticas: álgebra, trigonometría, geometría analítica, cálculo y ecuaciones diferenciales. Un fascinante mundo se abre de repente ante Rama-

nujan, quien se dispone a probar todas y cada una de esas fórmulas; un mundo que absorberá todas sus energías y del que nunca saldrá, dulce esclavo de su propio genio.

Huida hacia el hambre

Entra becado en 1904, a sus dieciséis años, en el mencionado Colegio del Gobierno, «Cambridge del Sur de la India», pero su desinterés total por lo que no fueran matemáticas le llevará al desastre académico. Falla en su examen de composición inglesa y pierde la beca. A los diecisiete años, profundamente herido en sus sentimientos, ignorado por un sistema docente anquilosado, abandona los estudios y se escapa de casa. Una sensibilidad casi enfermiza a la opinión pública, un excesivo amor propio, sumergían a Ramanujan en profunda crisis cada vez que se sentía avergonzado por el fracaso: antes, había sido por un compañero que casualmente sacó mejor nota que él en un examen de matemáticas; posteriormente, el descubrir que ciertas relaciones trigonométricas habían sido halladas siglo y medio antes que él por Euler; y ahora, era la pérdida de la beca. Pobre genio, que aspira sin éxito a la obtención de un diploma que le facilite el acceso a un empleo decente. Vuelve a intentarlo una y otra vez en el Colegio de Pachaiyappa, en Madrás; ahora será la fisiología animal la que se le atragantará a este vegetariano. En 1907 tira la toalla, regresa a Kumbakonam y a sus diecinueve años pasa a engrosar las filas de los «omedwar» o ilusos menesterosos. Tiempo de penuria, días de hambre, con ocasionales alumnos particulares a los que espantaba con sus ensueños sobre el infinito y los infinitesimales.

Al ir probando las fórmulas del libro de Carr, Ramanujan descubrió muchas otras que empezó a anotar en unos cuadernos. Así nacieron los famosos *Notebooks* de Ramanujan. Tardarían muchos años tras su muerte en ser publicados: primero, en reproducción fotostática, sin comentarios ni críticas, en 1957, y recientemente podemos disfrutar de la admirable y monumental edición dirigida por Berndt, en cinco volúmenes, cuyos tres prime-

ros ya han aparecido en 1985, 1989 y 1991, y que recoge los resultados de Ramanujan en sus tres cuadernos, con aquellas demostraciones que faltaban hasta ahora. El «primer cuaderno» consta de unas 200 páginas llenas de fórmulas, bellamente escritas en tinta verde, sobre funciones hipergeométricas, fracciones continuas, módulos singulares, etc., bien organizadas en capítulos, aunque al final la impaciencia por apuntar resultados que se le agolpaban a borbotones rompiera el equilibrio inicial. En el «segundo cuaderno», el énfasis yace sobre la aritmética, distribución de primos, números de Bernoulli. El tercero y último de los cuadernos, conocido como el «cuaderno perdido», es muy posterior a los dos primeros y recoge sus últimas investigaciones, en los meses precedentes a su temprana muerte, sobre funciones theta «ficticias» (a distinguir de las «falsas» de L. J. Rogers). Una matemática, E. Lehmer, movida por una romántica atracción, compara su hallazgo por Andrews entre los fondos bibliográficos olvidados de la biblioteca Wren, del Trinidad, al que produciría el del borrador completo de una «Décima Sinfonía» de Beethoven. Ilustres matemáticos han dedicado años de su vida a probar afirmaciones que Ramanujan vertiera en sus cuadernos; primero fueron Hardy y Littlewood, luego G. N. Watson y B. M. Wilson, y ahora Berndt.

Dios, Ramanujan y el infinito

Ramanujan frecuentaba los templos locales. Más de una vez se quedó dormido a la sombra de sus columnas, resguardándose del calor exterior, rodeado de losas de piedra rebosantes de ecuaciones que con tiza escribía para ahorrar papel. Decía Ramanujan que la diosa Namagiri, esposa del dios león Narasimha, le revelaba en sueños muchas de sus fórmulas. ¿Hablaban en serio? Así lo creían al menos Rangammal, su abuela materna, que había caído en trance para hablar con la diosa y pedir la fertilidad de su hija, y ésta, su madre Komalatammal, de personalidad más recia si cabe que su voluminoso cuerpo, que era ferviente devota y un tanto astróloga y pitonisa. Ejerció Komalatammal una gran influencia, no siempre beneficiosa, sobre su hijo, al que siempre vio llamado a sobresalir entre los mortales.

Mientras Occidente levanta catedrales y compone fugas en éxtasis espiritual, en Oriente es todo el aire el que está impregnado de religiosidad. Como buen brahmán, Ramanujan creía en la trinidad hindú, Brahma, Siva y Vishnú, poder creador, destructor y conservador respectivamente. Testimonian de él algunos que era místico e intensamente religioso, siempre vibrante al ritmo de la India milenaria. Los infinitos matemático y espiritual parecían fundirse para Ramanujan en abrazo trascendente; podía pasarse horas en monólogo cautivador sobre el cero, el infinito y la divinidad, con ojos chispeantes que parecían traspasar a la audiencia de amigos. En cierta ocasión exclamó: «Una ecuación no significa nada para mí si no expresa un pensamiento de Dios».

Pero no todos comparten esta visión de la religiosidad del genio. Hardy escribía en 1936 al astrofísico indio y premio Nobel S. Chandrasekhar: «And my own view is that, at bottom and to a first approximation, R. was (intentionally) as sound an infidel as Bertrand Russell or Littlewood». ¿Acaso su estancia en Inglaterra pudo imprimirle cierta fría racionalidad? Tal vez tenga razón el propio Chandrasekhar cuando, al expresar sus reservas sobre la legendaria intervención de la diosa Namagiri en el quehacer matemático de Ramanujan, afirma que «it may be stated that among those who were brought in South India during the first two decades of this century, there was... very little correlation



Viene de la página anterior



between observance and belief. In particular, I can vouch from my own personal experience that some of the "observances" that one followed were largely for the purposes of not offending the sensibilities of one's parents, relations, and friends».

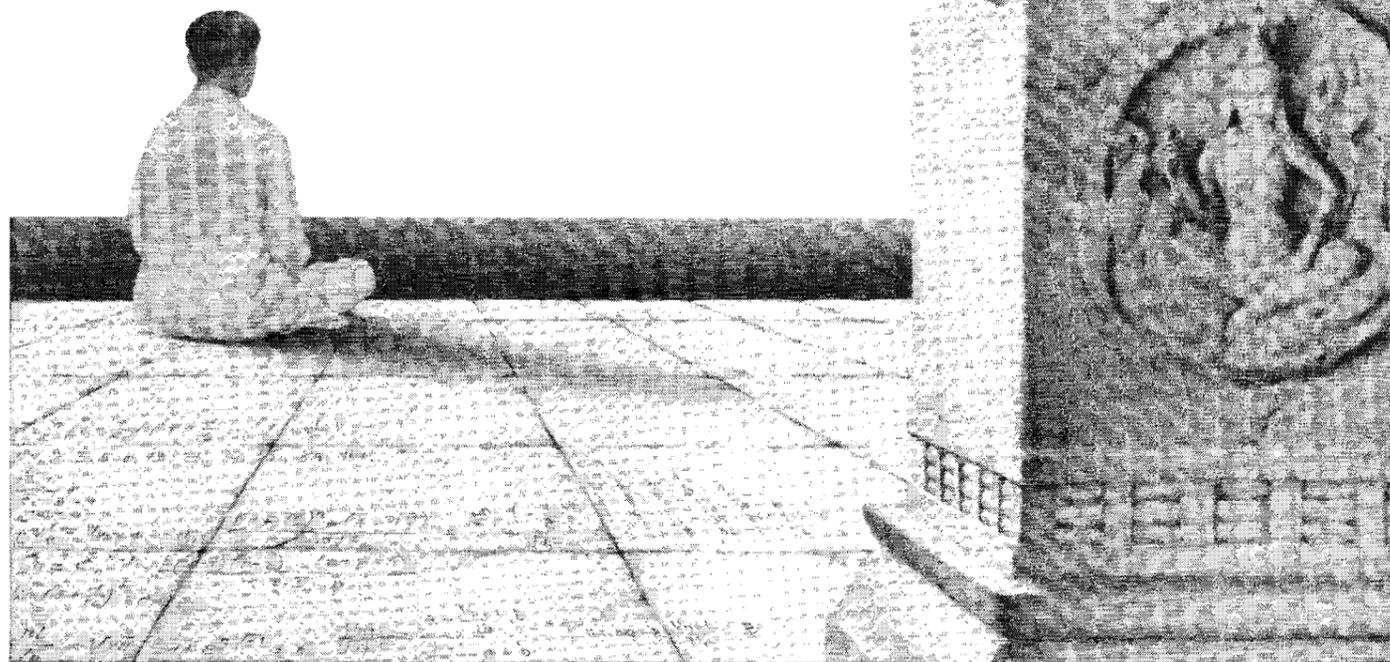
Un amigo en cada entero

«Die ganze Zahlen hat der liebe Gott gemacht, alles andere ist Menschenwerk», decía Kronecker en 1866. Tal es la reverencia con que los grandes matemáticos se acercan a la más vieja rama de las matemáticas. Ramanujan conocía los números enteros como nadie; calculador consumado e infatigable, buscaba sin cesar armonías ocultas para elevarlas a leyes. Al igual que Gauss, «mathematicorum princeps», se acercó a la teoría de los números como si fuera una ciencia experimental. En ocasiones le falló su portentosa intuición, destacando sus erróneos resultados sobre la distribución de números primos. Pero aun en este caso la originalidad de sus argumentos sobresalió con luz propia, siendo una vez más, como decía Einstein, la imaginación más importante que el conocimiento.

Hardy atribuye a Littlewood la afirmación de que «cada número natural era amigo personal de Ramanujan». Célebre es la visita de Hardy a Ramanujan, enfermo en una residencia del suburbio de Putney; el taxi que le lleva tiene como número de matrícula el 1729. «Es un número bastante soso; espero que no sea un mal presagio», comenta Hardy nada más entrar. «No lo creas, es muy interesante, pues es el menor entero expresable como suma de dos cubos de formas distintas», le replica sin pensárselo Ramanujan. A la natural pregunta de Hardy de cuál era el número análogo para el caso de potencias cuartas, tras unos segundos de reflexión responde que lo ignora, pero que sin duda debe ser muy grande. (En efecto, es el número $635318657=59^4+158^4=133^4+134^4$.)

El primer trabajo publicado de Ramanujan, entresacado de sus cuadernos, apareció en el *Journal of the Indian Mathematical Society* en 1911. Diecisiete páginas sobre «Some Properties of Bernoulli's Numbers». Estilo, con el sello inconfundible de Ramanujan: terso, oscuro, con relaciones insospechadas y demostraciones esquemáticas o ausentes. Incluso con una afirmación errónea, la relativa a la presunta primalidad del numerador de la fracción irreducible del Bernoulli de orden n dividido por n . Falla ya para $n=20$. ¡Qué extraño es este error! No sorprendería tanto si el primer fallo ocurriera para $n=40$, pues para este orden ese numerador es -261082718496449122051 , cuyos factores primos (137616929, 1897170067619) cuesta más hallar.

Un original problema de aritmética que Ramanujan se había planteado de joven en la India es abordado de nuevo en su primer año de estancia en Cambridge. Se refiere a lo que llamó números altamente compuestos, antitéticos de los primos. En un largo trabajo de 63 páginas que apareció en los *Proceedings of the London Mathematical Society* en 1915, y que presentó para obtener por investigación el título de licenciado por Cambridge, analiza con su ingenio y originalidad extraordinarios las propiedades de estos números, caracterizados por tener más divisores que cualquier entero menor. Su segundo cuaderno contiene un centenar de ellos, entre los que Ramanujan buscaba, como era su costumbre, alguna regularidad que terminó por encontrar. (Un matemático español, E. de Rafael, S. J., que vivió en Bombay entre los años 1924 y 1932, inició allí una serie de investigaciones sobre estos números, que tradujo al español por números saturados, ampliando la tabla de Ramanujan a varios centenares y generalizando el con-



FUENCISLA DEL AMO

cepto de saturación a órdenes superiores.) A estas alturas del siglo siguen abiertos algunos problemas sumamente complejos concernientes a la distribución de estos números altamente compuestos.

De monumental puede calificarse su trabajo con Hardy sobre particiones o formas de descomponer un entero n en sumandos positivos. La versión completa salió a la luz en 1918, en los citados *Proceedings*. Basándose en el procedimiento inventado por el joven Ramanujan para calcular la distribución de primos, y que allí fallaba por ignorar los ceros complejos de la dseta de Riemann, la fórmula asintótica de Hardy-Ramanujan para estimar el número $p(n)$ de tales particiones es de pasmosa exactitud. Como ilustración diremos al lector que, por ejemplo, $p(1000)$ es un número fabulosamente grande, a saber, 24061467864032622473692149727991, pero que bastan ocho términos de la serie de Hardy-Ramanujan para clavarlo. (En aquellos tiempos heroicos le llevó un mes al mayor de Artillería P. A. MacMahon calcular a pulso ese número $p(n)$ para $n=200$, que media docena de términos de la fórmula de Hardy-Ramanujan se arreglarían de encajar perfectamente.) Por cierto, en los datos numéricos dados en la página 251 del libro que comentamos sobre $p(100)$ se le han deslizado al autor sendos errores en los signos de los términos quinto y sexto.

Ramanujan y π

Ni el mismísimo Isaac Newton fue impasible ante π , y se avergonzaba de confesar el haber calculado sus primeros quince dígitos a falta de mejor quehacer. (Ya en los albores del siglo XV, el persa al-Kashī conocía 2π con 16 cifras buenas, y en los comienzos del XVI, L. van Ceulen ponía el récord en 35 dígitos.) El gran Gauss calculó a mano las primeras 50 cifras de $\exp(-\pi)$. En los círculos universitarios de California es frecuente ver «T-shirts» con π como logotipo, y entre otras fórmulas clásicas bien conocidas para calcular el famoso número exhiben otra serie menos familiar, y un punto extraña, debida a Ramanujan. Se encuentra entre otros resultados logrados mediante ecuaciones modulares en su trabajo de 23 páginas «Modular Equations and Approximations to Pi», publicado en el *Quarterly Journal of Mathematics*, 1914, a su llegada a Inglaterra. Es una síntesis de resultados obtenidos en la India antes de su viaje al continente. Es una serie rapidísimamente convergente cuyos sucesivos términos van añadiendo cada uno ocho dígitos buenos al valor aproximado de $1/\pi$. Fórmulas muchísimo más eficientes incluso, como las halladas por los hermanos J. y P. Borwein, que cuadruplican el número de dígitos significativos tras cada iteración, han sido utilizadas para producir varios centenares de millones de cifras de π con ayuda de superordenadores. Generali-

zación del algoritmo de Gauss, R. P. Brent y E. Salamin, dichas fórmulas aparecen como caso particular de técnicas más generales dadas por ecuaciones modulares de orden superior, y están directamente inspiradas en la obra de Ramanujan. La marca de mil millones de dígitos la han sobrepasado los hermanos D. y G. Chudnowsky con una serie similar a la de Ramanujan, pero mucho más rápidamente convergente aún.

Ramanujan y la nueva física

La influencia de Ramanujan no ha disminuido con el paso del tiempo. Aparte de los que, como Hardy y Littlewood, compartieron el privilegio de la colaboración estrecha, los matemáticos británicos B. M. Wilson y G. N. Watson emprendieron una dura odisea a través de los cuadernos, notas inéditas y cartas de Ramanujan, probando en docenas de publicaciones inspiradas en esas fuentes muchos de los teoremas allí enunciados sin demostración. Casi cuatro décadas después asumiría la tarea el ya citado Berndt, y aún no ha terminado. Matemáticos de la talla del estadounidense L. J. Mordell, que sucedió a Hardy en su cátedra de Cambridge; del noruego A. Selberg y de los húngaros G. Pólya y P. Erdős, no han escatimado alabanzas ni muestras de admiración por este hombre en quien, como dice Kanigel, «the natural and the supernatural, Jacobi and Namagiri, Number and God, found a common home, stood in something like an easy intimacy». Y otro insigne matemático, el belga P. R. Deligne, subiría en 1978 al reducido olimpo de los matemáticos con medalla Fields tras conseguir demostrar en la década de los 70 tres famosas conjeturas de A. Weil sobre generalizaciones de la hipótesis de Riemann a variedades algebraicas de dimensión arbitraria sobre cuerpos finitos, y a su través otra no menos importante de Ramanujan (en versión de Petersson) sobre el comportamiento asintótico de su función aritmética tau.

Decía Hardy en 1920 que «un matemático puro debe dejar a sus colegas más dichosos la gran tarea de aliviar los sufrimientos de la humanidad». Posiblemente bromeaba. Siempre tan extraño, desconcertante, enig-

mático y original, no parecía estimar Hardy en mucho su hallazgo de 1908 sobre transmisión de caracteres mendelianos, y que hoy se conoce y se aprecia en genética como ley de Hardy. Más cierto parece ser que «numero deus gaudet»: desde las divisiones de Cassini en los anillos de Saturno hasta los códigos de seguridad en teoría de comunicaciones, desde la acústica de las salas de concierto hasta la detección del retraso gravitacional de la luz, y desde el tosco átomo de Bohr hasta la sofisticada teoría de supercuerdas, por doquiera, antes o después, termina irrumpiendo el número entero. En el celebrado resultado de R. J. Baxter sobre el modelo estadístico de hexágonos duros, con aplicación directa a películas de helio adsorbido sobre una superficie de grafito, intervienen las famosas y bellas identidades de Rogers-Ramanujan, primeramente halladas por Rogers en 1894, redescubiertas por Ramanujan en 1919 y vueltas a descubrir por Baxter en 1979. Abundan, por tanto, los argumentos para convencer al ciudadano del interés social de la reina de las ciencias, y en especial los trabajos matemáticos más puros de Ramanujan han encontrado aplicaciones en pirometría, criptología, telefonía, plásticos, oncología, materia condensada, física de partículas, etc.

Ramanujan fue un «svayambhu», se creó a sí mismo. «Homme dans la nature», seguramente no pasó de ser, como escribía Pascal tres siglos atrás, «un néant à l'égard de l'infini, un tout à l'égard du néant, un milieu entre rien et tout», pero quiero creer que no estuvo tan «infiniment éloigné de comprendre les extrêmes» como los demás mortales. Desde su mundo, llamó al nuestro; algunos ni le abrieron la puerta, pero Hardy sí, e, invitándole a pasar, le descubrió. De este momento dijo el generoso Hardy que había sido el único incidente romántico de su vida y su mayor contribución a la matemática.

Sólo buscó tiempo Ramanujan para soñar y crear. Sólo vivió para construir su propio mundo de fórmulas y números, para «componer», como dice Berndt, series infinitas con igual arte que Bach en sus fugas y con la intensa devoción que describen aquellos versos de Shelley:

*I vowed that I would dedicate my powers
To thee and thine; have I not kept the vow?* □

RESUMEN

Sorprende al profano la inclusión en el panteón de las figuras del mundo matemático de un humilde brahmán indio, Srinivasa Ramanujan Aiyangar, quien fue autorizado en sueños por la diosa Namagiri de Namakkal a atravesar los mares y maravillar, en la Universidad de

Cambridge, a lo más florido de la comunidad matemática inglesa con sus cuadernos que recogían ristas de fórmulas extrañas, sorprendentes por su originalidad y belleza. El profesor Galindo se adentra en este insólito matemático a través de una biografía que sigue sus pasos.

Robert Kanigel

The man who knew infinity: a life of the genius Ramanujan

Charles Scribner's Sons, MacMillan Publishing Company, Nueva York, 1991. 438 páginas.

Milgranos e figueras

Por Francisco García Olmedo

Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es catedrático de Bioquímica y Biología Molecular en la Universidad Politécnica de Madrid y ha sido profesor visitante en el Departamento de Agronomía y Genética Vegetal de la Universidad de Minnesota. Dirige un grupo de investigación sobre genética molecular de plantas cultivadas. En 1989 obtuvo el premio de la Real Academia de Ciencias.

El mejorador de plantas ha venido ganando nuestro pan con el sudor de su frente desde el mismo origen de nuestra civilización. El es como un corredor de fondo de la experimentación biológica para quien el tiempo es una dimensión que se mide en décadas. No es sorprendente, por tanto, que un mejorador, el profesor Enrique Sánchez-Monge, haya sido el autor de una obra tan ciclópea como la *Flora agrícola* que aquí traigo a colación, libro que ha requerido doce años de esfuerzo y para el que no parece existir precedente en la literatura mundial.

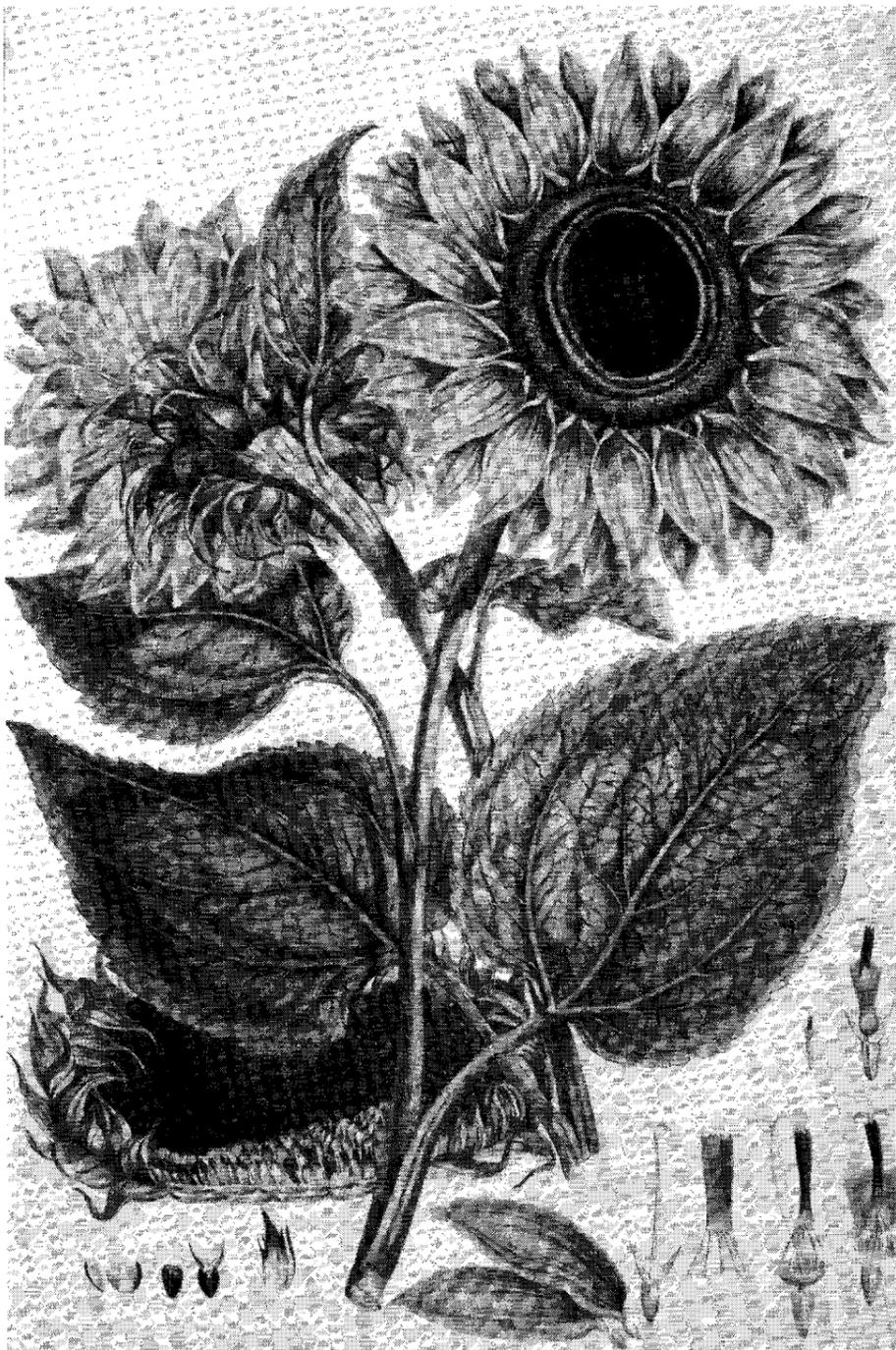
La Revolución Neolítica tuvo como componente esencial la domesticación de plantas y animales. El hombre moderno obtiene directamente de las plantas el 90 por 100 de las calorías y el 80 por 100 de las proteínas que necesita, mientras que el resto de su dieta lo obtiene indirectamente de aquéllas, consumiendo los productos animales que de ellas se derivan.

El proceso de domesticación, iniciado hace unos diez milenios, consistió en la selección de plantas con caracteres apropiados para el cultivo —germinación homogénea, frutos que no se dispersaran en la madurez, etc.— entre la diversidad de tipos existentes dentro de una especie dada. Una vez domesticadas, las plantas cultivadas no han dejado de estar sometidas a un intenso proceso de selección —inconsciente y precientífica al principio, consciente y más sofisticada en tiempos recientes—, que ha dado lugar a que éstas dependan del hombre para su supervivencia en la misma medida en que éste depende de ellas para la suya. En otras palabras, las plantas cultivadas actuales han divergido mucho de sus parientes silvestres más próximos. Esto hace que con frecuencia la descripción de las especies de interés agrícola en las floras de carácter general sea inadecuada y fragmentaria, lo que de sobra justifica un libro especializado como el que nos ocupa.

No sólo de pan

Las principales especies agrícolas han nutrido a las grandes civilizaciones: el trigo ha sido sustrato de Mesopotamia y Egipto, de Grecia y Roma y de nuestra Europa actual, que ahora no sabe qué hacer con sus excedentes; el arroz es y ha sido el sustento de las civilizaciones orientales; el maíz hizo florecer a mayas y aztecas y es el alimento básico de sus herederos.

Estas especies fundamentales, que aportan la mitad de las calorías y proteínas que ne-



Girasol. Grabado de John Miller (1777). (Del libro *Plantas*, de Ed. Libsa).

cesitamos, comparten el protagonismo con casi otras 50 que nos suministran una variada gama de alimentos y productos útiles. Además, el hombre ha cultivado en un momento u otro de su historia más de 3.000 especies vegetales. Las variantes intraespecíficas de éstas, así como sus parientes silvestres más próximos, constituyen un riquísimo acervo genético cuya conservación es vital para la humanidad. La lucha por el control de estos recursos fitogenéticos constituye uno de los grandes motivos de desavenencia entre un Norte ávido de ellos y un Sur que los posee en gran medida, que no tiene los medios para su conservación y que teme ser expoliado. Es este contencioso el que está desestabilizando una organización tan prominente y esencial como la FAO.

La descripción sistemática de este inestimable tesoro natural ha supuesto reunir una ingente cantidad de información bibliográfica dispersa, que ha sido suministrada por varias decenas de instituciones y por casi dos centenares de investigadores. Aparte de una intensa correspondencia, esto ha supuesto al autor un constante peregrinar por los grandes herbarios y bibliotecas agrícolas del mundo durante más de una década: de Lisboa a Ginebra, de Beltsville a los Kew Gardens.

Criterio descriptivo

En el libro se sintetiza toda esta información bajo un criterio descriptivo unificador. Para familias, géneros y especies se incluye la citación de la bibliografía utilizada, la descripción botánica, el número básico de cromosomas, las utilidades, el área geográfica y la clave dicotómica correspondiente. El criterio para la inclusión de un género ha sido el de que incluyera, a su vez, al menos una especie multiplicada artificialmente por el hombre o que, no siéndolo, tuviera un aprovechamiento económico, ya fuera alimentario, forrajero o industrial. Se han excluido las especies de interés exclusivamente ornamental o forestal.

Los nombres vulgares de las especies útiles al hombre aparecen ya en los textos fundacionales de nuestra lengua y han figu-

rado de forma prominente en el idioma vivo común hasta tiempos bastante recientes, pero la erosión de este rico patrimonio lingüístico está siendo aún más rápida, si cabe, que la del patrimonio genético. La considerable aportación de este libro en el aspecto lingüístico lo hace doblemente valioso y lo proyecta más allá del estrecho ámbito especializado. La descripción botánica de cada especie, que se encabeza con su nombre científico en latín, con sus sinónimos y taxones incluidos, termina con la enumeración de sus nombres vulgares en español y sus modismos americanos, así como en catalán, eusquera, gallego, alemán, francés, inglés, italiano y portugués con sus modismos brasileños. Al presentarse las equivalencias de todos estos nombres vulgares bajo el nexo unívoco de los nombres científicos y de las descripciones botánicas, su fiabilidad debe ser superior a la obtenida por otras vías.

Dice el autor en la presentación de la obra: «Este libro es el texto de consulta al que me hubiera gustado tener acceso tanto cuando estudié, hace ya muchos años, Botánica Agrícola, como cuando, a lo largo de mi actividad en el campo de la Mejora Genética Vegetal y de la docencia de la misma, tenía que enfrentarme con programas de mejora de especies vegetales con las que no había tenido hasta aquel momento ningún contacto». Es evidente que el interés del libro es más amplio del que indica el propio autor y que su contenido no sólo atañe al agrónomo y al biólogo, sino que también debería interesar al hombre culto en general.

Ejemplo a seguir

La cultura hispánica moderna presenta enormes lagunas en lo que se refiere a obras sistemáticas y de normalización. Se ha esgrimido a menudo el argumento de que la realización de obras de esta naturaleza requiere aparatosas infraestructuras e importantes ayudas económicas. Este libro es un ejemplo de cuánto camino puede recorrer la voluntad y el tesón de un solo hombre con unos apoyos institucionales muy moderados.

El mejorador de plantas que con tenacidad y paciencia ha protagonizado la Revolución Verde y ha desafiado la maldición malthusiana, logrando en gran medida que el crecimiento de la producción de alimentos se mantenga por delante del de la población, es paradójicamente un héroe anónimo, ya que lo principal de su obra no queda reflejado en la literatura científica, sino que florece en los campos hasta que es superado por nuevas aportaciones. Pocos saben que la cebada «Albacete», seleccionada por Sánchez-Monge, sigue siendo, treinta años después de su obtención, la cebada de secano más sembrada en España y en el Magreb, o que este investigador fuera uno de los pioneros en la obtención del «Triticale», especie suma de trigo y centeno que es la primera gramínea de origen artificial que se cultiva. Con la publicación de esta *Flora agrícola*, el autor ha hecho una aportación que hará recordar su nombre durante muchos decenios y cuya utilidad alcanzará a los hijos de nuestros hijos. □

En el próximo número

Artículos de *Francisco Tomás y Valiente*, *Manuel Alvar*, *José María Martínez Cachero*, *Emilio Lledó*, *Manuel García Velarde* y *Javier Tusell*.

RESUMEN

Enrique Sánchez-Monge, mejorador de plantas (un mejorador de plantas es definido por el profesor García Olmedo como un corredor de fondo de la experimentación biológica), ha escrito una obra ciclópea sobre la

flora agrícola, en donde se sintetiza toda la información existente en este campo tan decisivo para la humanidad: el hombre obtiene de las plantas la mayoría de las calorías y de las proteínas que necesita para sobrevivir.

Enrique Sánchez-Monge

Flora agrícola

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1991. 1296 (tomo I) y 680 páginas (tomo II). 19.000 pesetas.

Misión cumplida

Por Francisco Tomás y Valiente

Francisco Tomás y Valiente (Valencia, 1932) ha sido catedrático de Historia del Derecho en Salamanca y en la actualidad lo es en la Autónoma de Madrid. Es académico de número de la Real Academia de la Historia y ex-presidente del Tribunal Constitucional. Entre sus obras pueden citarse *El Marco Político de la Desamortización en España*, *Manual de historia del Derecho español y Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen*.

El Centro de Estudios Constitucionales ha publicado la totalidad de las obras hasta ahora impresas de García Pelayo (en adelante, MGP) con diligencia y oportunidad, dado el escaso tiempo transcurrido desde el fallecimiento del autor, con esmero y buen gusto. Han intervenido en el cuidado de la edición personas muy vinculadas a MGP por lazos discipulares, y el resultado de esa colaboración entre profesores venezolanos y españoles han sido tres volúmenes de contenido bien ordenado y dotados de los útiles índices de autores y materias habituales en libros de este tipo, más las notas bio y bibliográficas necesarias para situar al autor y cada uno de sus trabajos. La inclusión de la magnífica *Autobiografía intelectual* que MGP publicó en 1986, encabezando el primer volumen, proporciona al lector la mejor introducción posible.

Obras «completas» es un rótulo admisible, pero no del todo exacto. La muerte pone fin a muchas cosas inacabadas. En las expertas y devotas manos de la profesora Graciela Soriano, viuda del autor, se encuentran numerosos trabajos de MGP más o menos inconclusos, pero que en todo caso aquél no entregó a la imprenta. Aquí se recoge la obra impresa de MGP. Por lo mismo, tampoco se incluye su tesis doctoral (*La doctrina del tiranicidio en los tratadistas españoles del siglo XVI. Fundamentos del derecho de resistencia al poder arbitrario o injusto*, 1934), hasta ahora inédita.

Las constantes de una obra científica

El conjunto de todo lo que un científico o un filósofo han escrito (o, como en este caso, publicado) a lo largo de su vida puede constituir o bien una mera agregación de sumandos inconexos, simplemente yuxtapuestos por or-

den cronológico, o bien una obra intelectual integrada, esto es, coherente en sus componentes y dotada de sentido en cuanto en ella sean perceptibles, a modo de raíces o de preocupaciones constantes, unas características permanentes y unitarias. Cuando, como en el caso de MGP, esto último sucede, el lector de la totalidad asiste al diálogo consigo mismo y con la comunidad científica de un pensador que se contesta a través de los años a un número reducido de preguntas, no siempre las mismas, pero encadenadas entre sí. Hay intuiciones radicales que nunca se abandonan, hay temas recurrentes examinados desde perspectivas complementarias, y hay una atención persistente hacia determinados problemas que el autor replantea y resuelve (relativamente) en un proceso donde se combinan lecturas ajenas y reflexiones propias sobre lo leído y lo observado en la realidad.

En la obra de MGP creo percibir cuatro constantes y, tras ellas, una actitud personal invariable.

1. En primer lugar, y probablemente como consecuencia de la temprana influencia de Ortega y Gasset, la atención y la sensibilidad receptiva hacia la historia y hacia la historicidad de las construcciones sociales y políticas. En el Madrid de la Residencia de Estudiantes, entre 1927 y 1934, el ambiente debía de ser muy propicio para que un joven universitario de talante liberal recibiera la influencia de Ortega. MGP, desde los últimos años de su licenciatura en Derecho, comenzó a trabajar con Luis Recaséns Siches, pensador muy vinculado a Ortega. «Al igual que sobre la mayoría de los de mi generación, ejerció sobre mí un gran influjo la obra de Ortega, tanto en lo referente a sus tesis o planteamientos generales» como en temas concretos. Entre los «planteamientos generales» orteguianos, MGP hace suyo el interés por la historia como marco y por la historicidad como dimensión de lo humano singular y de lo humano colectivo. «Las entidades políticas son esencialmente creaciones históricas, y sólo una consideración histórica nos puede mostrar su significado fundamental» (O. C., I, 25). «La realidad cultural y social no sólo se nos revela en la historia, sino que además tiene existencia histórica. Ahora bien, esta [inestabilidad de lo perecedero, Jaspers] es justamente la historicidad» (O. C., III, 2480). Podríamos fácilmente multiplicar citas como éstas. En 1960, ya en Caracas, MGP escribe un trabajo en el que reflexiona precisamente «Sobre la significación de la historia para la teoría política»



TINO GAIAGAN

(O. C., III, 2491-2521). La historia es respecto al saber político lo que la naturaleza para la ciencia física, «es decir, el material, la empirie, sobre la que construye su sistema de conceptos» (O. C., III, 2493). Experiencia, lecciones, raíz del presente, historicidad insoslayable de todo lo humano: el hombre es un ser histórico cuyo pleno entendimiento sólo puede proporcionarlo la historia, por lo que, según Ortega, «la historia es la ciencia sistemática de la realidad radical que es mi vida» (O. C., III, 2496). De ahí se puede desembocar o en la filosofía de la historia o en una concepción de ésta como saber total, pero MGP evita una y otra orientación para, como cultivador de la teoría política o como sociólogo, subrayar el anclaje en la historia de todas las ciencias de la cultura.

Importa señalar que la atención a la historia y la conciencia de la historicidad no son en MGP tan sólo principios proclamados cuando de epistemología o métodos se discute, para abandonarlos u olvidarlos a la hora de la verdad, que es la de la investigación propia. Por el contrario, esta perspectiva histórica está patente siempre en su obra, donde con frecuencia investiga como historiador (o se hace eco de investigaciones ajenas) y conceptualiza como sociólogo o como teórico de la política. La influencia en él de historiadores como E. H. Kantorowicz, Otto Hintze, W. Burckhardt u Otto Gierke es patente en casi toda su obra más que la de filósofos de la historia como Spengler o A. Toynbee.

2. Su interés por el Derecho como «orden jurídico» cuya «ratio» depende de los valores que trata de imponer y de los intereses dominantes en una determinada sociedad, estuvo siempre abierto a otras realidades inseparables del Derecho, hasta tal punto que MGP, más que un jurista o constitucionalista «stricto sensu», es un pensador del Derecho en cuanto trata de esclarecer su articulación con esas otras realidades parciales. Es decir, más que especialista o técnico del Derecho, fue estudioso del Derecho desde perspectivas histórico-filosóficas, sociológicas, politológicas o sociopolíticas. El Derecho positivo de nues-

tra época no le interesa, ni la técnica del jurista actual le apasiona.

Procede inicialmente del campo de la filosofía del Derecho, pero cuando marcha a Viena primero y a Berlín después, su atención se dirigirá más bien hacia la teoría del Estado. En Viena ya no estaba Kelsen (ausente desde 1930), pero MGP no lo lamenta porque «he de confesar que yo estaba en la línea de los que no se sentían totalmente satisfechos con su teoría pura del Derecho», porque «me parecía que el Derecho no puede comprenderse plenamente si no se tienen en cuenta sus orígenes, sus fines y los valores que lo inspiran» (O. C., I, 7). A MGP le interesa el Derecho integrado con lo político. Por eso, «no mayor respeto [que Kelsen], pero sí mayor atracción, me produjo el encuentro con los escritos de Carl Schmitt» (O. C., I, 8), y desde luego con su persona. De Carl Schmitt le llaman la atención su doctrina de la representación, su concepto de garantía institucional, su teoría del decisionismo y de la soberanía, su dialéctica amigo-enemigo y «muy particularmente la autonomía de la política como un logos dotado de su propia dialéctica con independencia de su contenido». De ahí que MGP elogie la *Teoría de la Constitución* de C. Schmitt, porque ve en ella «la primera teoría de la constitución como una rama autónoma tanto del Derecho político como de la teoría del Estado y, consecuentemente —ya que autonomía no es independencia—, en interacción con ambas».

Así pues, Carl Schmitt y no Kelsen. Pero esa opción no implica preferencia por razones de ideología. Por si hiciese falta, MGP lo declara así en 1983: «Yo he mantenido posiciones distintas a las de Carl Schmitt, pero he recepcionado muchos de sus conceptos. Apenas hay que decir que se trata de un frecuente fenómeno: hubo hegelianos de izquierda y de derecha, y ha habido ejércitos en pugna uno y otro inspirados, en mayor o menor medida, en Clausewitz» (O. C., III, 3216).

Carl Schmitt y no Kelsen, opción decidida en los primeros años 30 y mantenida has-



En este número

Artículos de

F. Tomás y Valiente	1-2-3	Emilio Lledó	8-9
Manuel Alvar	4-5	M. García Velarde	10-11
José M.ª Martínez Cachero	6-7	Javier Tusell	12

SUMARIO en página 2



Misión cumplida

ta la década de los 80 (pese al creciente respeto por el genial jurista al menos desde su acercamiento personal y teórico a unos valores que constituyen la esencia de la democracia), significa más en concreto que a MGP no le interesó nunca la dogmática jurídica del Derecho positivo actual o de cualquier ordenamiento jurídico de otro tiempo y lugar, ni la lógica formal del Derecho entendido como sistema cerrado. A MGP le atraía como campo de estudio la articulación de lo jurídico y lo político, la función social del Derecho constitucional; le importaba conocer cuándo, cómo y por qué nace el concepto de Derecho público separado del privado, o por qué la idea altomedieval del Derecho, ligada a una determinada teología y propia de una sociedad inmóvil, cambia en el bajomedio cuando surge el estamento profesional de los juristas, o cómo se pasa del Estado legal de Derecho al Estado constitucional de Derecho, o qué valores protegen los derechos fundamentales. Es decir: el Derecho como orden abierto a la historia, a la política, a intereses sociales, a valores. Por eso le impresionaron de Carl Schmitt «una sólida formación sociológica subyacente a su pensamiento, en la que son perceptibles, a mi juicio, las huellas de Marx y de Max Weber»; sus conocimientos de la historia de las ideas jurídicas y políticas y, quizá sobre todo, «su sentido de la realidad efectiva de las cosas no siempre presente en sus contemporáneos» (O. C., III, 3214).

Esta es la línea de su *Derecho constitucional comparado* (1950), mantenida sustancialmente a lo largo de su vida hasta la época de presidente del Tribunal Constitucional. En aquella obra fundamental, el estudio de los Derechos de Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, etc., va precedido de una parte dedicada a la teoría de la Constitución y del Derecho constitucional. Quisiera aquí tan sólo recordar alguna de sus raíces gnoseológicas y por consiguiente metodológicas, porque en ellas se manifiesta «su modo de interés» por el Derecho y su concepción del Derecho como realidad integrada en estructuras superiores o más amplias. La Constitución (resumen O. C., I, 311-320) forma parte integrante del orden jurídico, del orden estatal y de la estructura política. «Mas todo esto no quiere decir que se trate de tres objetos independientes entre sí, ni que la Constitución signifique, por tanto, una denominación que cubra tres tipos de realidades. Se trata, por el contrario,

de tres momentos de una misma realidad, que como tales no sólo se suponen, sino que se condicionan mutuamente». Y más adelante: «Así pues, la Constitución es la estructura jurídico-política de un Estado concreto que, a su vez, se integra como momento en la estructura total del Estado y la sociedad. Ahora bien, puesto que estructura significa un sistema de conexiones y relaciones necesarias de las partes entre sí y de éstas con el todo mediante la cual la pluralidad de las partes componentes se convierte en unidad, es claro que ha de producirse una correlación recíproca, condicionadora y condicionante, entre la Constitución y los demás componentes de dicha estructura total del Estado y de la sociedad en que está inserta la Constitución» (O. C., I, 327-328). Más de treinta años después, al ocuparse en un escrito colectivo de divulgación democrática-constitucional (era en 1982) de un breve concepto de Constitución, MGP simplifica algo su visión de estructura jurídico-política constitucional, para atenerse «en términos simples» a definir la Constitución como «un conjunto sistemático de normas jurídicas dotadas de mayor estabilidad que las restantes»; pero en el apartado siguiente se ocupa de las funciones de la Constitución, entendiendo por tales sus aportaciones: «i) a la integración nacional; ii) a la fundamentación de la legitimidad; iii) a la estabilización del sistema político, y iv) a la ordenación del sistema jurídico» (O. C., III, 2919). En cierto modo, el funcionalismo ha desplazado al estructuralismo inicial.

3. MGP quedó tempranamente marcado por la profunda influencia de la sociología alemana entendida como ciencia de la realidad, como ciencia interpretativa de lo que han sido y son las formaciones sociales dadas en la historia, su estructuración y desestructuración, sus formas de organización, sus elementos componentes y dominantes. Lo que él llamó después (en 1986) «mi inclinación sociológica» aludiendo a opciones tomadas en los años de maduración en Viena y Berlín, comenzó como viaje intelectual desde la filosofía del Derecho hasta la «sociología como ciencia de la realidad». La filosofía del Derecho fue tiempos atrás (Pufendorf, Wolff, Kant, Hegel e incluso Stahl) parte del sistema de la filosofía general. Después del positivismo las cosas ya no son así, y para superar el positivismo jurídico, MGP, como otros hombres de su generación o de la anterior (el mismo Recaséns, Gómez Arboleya, Medina Echavarría), desvían su atención hacia la Sociología. Esa orientación o intuición ra-

dical lo lleva a ponerse en contacto con el pensamiento de Lorenz von Stein (sobre cuya teoría de la sociedad escribirá después, en 1949, un excelente estudio sobre el que volveremos luego), con el del joven Marx y, en especial, con el de Max Weber, el autor que más le impresionó, «y que desde entonces ejerció una duradera influencia sobre mi pensamiento» (O. C., I, 11).

Hablar de sociología alemana es una simplificación (incluso lo es hablar de «la» sociología, porque hay muchas formas de entenderla y practicarla), pero prefiero no proceder a ulteriores concreciones en relación con lo que conoce MGP en los años 30 y 40, porque él no se adhirió a ninguna escuela u orientación definida, y menos aún definible por criterios ideológicos como podría ser la dialéctica marxismo-antimarxismo. MGP lee todo y se deja influir por muchos, pero elige modelos, métodos y temas, y si en el campo del Derecho, Teoría del Estado y Teoría de la Constitución se deja influir sobre todo por Carl Schmitt, Herman Heller y Rudolf Smend, en Sociología serán Marx, Lorenz von Stein y Max Weber los autores más influyentes en él, bien entendido que se trata siempre de influjo crítico y de recepción selectiva, nunca total y pasiva.

Estado y Sociedad

Esa juvenil «inclinación sociológica» será permanente en MGP. De Max Weber ha escrito Ferrater Mora que en sus estudios sociológicos hay siempre riqueza de datos y de conceptos. «El conocimiento de la sociedad es, para Weber, un conocimiento empírico y objetivo. No es ni una mera descripción ni tampoco una simple conceptualización, sino una mezcla de ambas adecuada al tipo de objetos considerado. La conceptualización incluye los que Weber llama tipos ideales» (José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, 5.ª edición, Alianza, 1984, III, 3477). Como Weber, MGP no se quedó nunca en la simple descripción de datos ni se alejó del material empírico para conceptualizar en abstracto. Todo ello dentro de la tradición de Windelband, Rickert, Dilthey, esto es, de la metodología de las ciencias del espíritu, de la cultura o ciencias sociales, para comprender y no sólo explicar la realidad social. Esa fue la sociología que cultivó.

En ocasiones, muchas, MGP extrae los datos de la sociedad actual, como cuando estudia el tránsito de la burocracia a la tecnocracia o como cuando, en un trabajo menor,

traza un *Esquema de una sociología de las chicas de servir* (O. C., III, 2369 y ss.). Casi siempre, incluso cuando desemboca en problemas de nuestro tiempo, MGP arranca de la historia. Así sucede, por no salirnos del mismo ejemplo, con *Burocracia y tecnocracia* (O. C., II, 1387 y ss.), donde para determinar «las razones históricas del nacimiento de la tecnocracia» se remonta, de la mano de Max Weber, por cierto, y de Otto Hintze, a los primeros tiempos del Estado moderno. En otros trabajos, MGP, por así decirlo, no sale de la historia, esto es, conceptualiza realidades sociales del pasado.

Si la obra quizá principal de Max Weber pudo soportar como título el binomio *Economía y Sociedad* como esbozo de una sociología comprensiva de las relaciones entre esas dos realidades (véase a este respecto el prólogo de Johannes Winkelmann a la cuarta edición alemana en 1955, reproducido en la 2.ª española del Fondo de Cultura Económica, México, 1964, I, VIII-XVI), no sería tampoco disparatado colocar buena parte de la obra de MGP bajo el rótulo «Estado y Sociedad». Recordemos estos dos párrafos suyos: «El problema de la relación Estado y sociedad es uno de los temas subyacentes en la dialéctica política desde fines del siglo XVIII hasta el presente» (1961, O. C., III, 2531). «... la dialéctica de las relaciones entre el Estado y la sociedad..., buscando así los fundamentos históricos de un tema que ha sido objeto de mi constante atención y que he considerado esencial para la construcción de la teoría política de nuestro tiempo» (O. C., I, 10). El problema lo encuentra planteado en Lorenz von Stein y, antes, en Robert Mohl, en ambos ligado al nacimiento de la ciencia social y a la delimitación sistemática entre ciencias políticas y ciencias sociales (cfr. el ya citado trabajo sobre *La teoría de la sociedad en Lorenz von Stein*, 1949, O. C., III, 1213-1240, y *Robert von Mohl y el nacimiento de las ciencias sociales*, 1951, III, 2405-2420). Lo vuelve a replantear temáticamente en varias ocasiones; así, en su artículo «Sociedad» (1961, O. C., III, 2533-2551) o en las voces «Estado» y «Estado y sociedad» de un *Diccionario de ciencia política* (1984, O. C., III, 2947-2990), pero en realidad es una preocupación que atraviesa casi toda la obra de nuestro autor. Incluso, y ya que el Estado es una forma histórica determinada de organización del poder político, el par de conceptos Estado-Sociedad puede reformularse en cuanto pre-



SABER *Leer*

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	<i>Págs.</i>
«Misión cumplida», por Francisco Tomás y Valiente, sobre <i>Obras completas</i> , de Manuel García Pelayo	1-2-3
«García Lorca y Freud», por Manuel Alvar, sobre <i>Lorca y sus símbolos</i> , de Inés Marful Amor	4-5
«Todos los cuentos de Medardo Fraile», por José María Martínez Cachero, sobre <i>Cuentos completos</i> , de Medardo Fraile	6-7
«El papel actual de las Humanidades», por Emilio Lledó, sobre <i>Geisteswissenschaften heute</i> , de autores varios	8-9
«¡Oh, fortuna, cruel, injusta y voluble!», por Manuel García Velarde, sobre <i>La roue de la fortune</i> , de Christian Morin	10-11
«La transición ingresa en la historia», por Javier Tusell, sobre <i>Transición y democracia (1973-1985)</i> , de autores varios	12

Viene de la página anterior



ocupación axial en la obra de MGP en los términos más amplios de «Poder político-sociedad» o «Poder político-cultura».

4. Esto nos lleva a formular la cuarta constante en la obra de MGP: su dedicación al estudio de lo que sucesivamente llamará «saber político», «teoría política» o ciencia política («political science»). Puesto que su teorización sobre el poder político nunca concibe éste aislado, sino en sus conexiones, sería muy difícil y en todo caso tarea bizantina catalogar no pocos de sus trabajos dentro del marco de la sociología o de la ciencia política. Poco importa. Historia, realidad social, ideas políticas y configuración del poder son justamente los elementos parciales que MGP relaciona bajo esquemas conceptuales propios. A veces el esfuerzo es tan ambicioso que le lleva a estudiar *Las formas políticas en el Antiguo Oriente* (1969) (O. C., II, 1241-1387), en donde ensaya «una exposición conjunta de sus formas políticas [las de Mesopotamia, Egipto y el Imperio Aqueménida] que integra en una unidad las subestructuras ideológicas, organizativas y económicas». En la mayoría de sus trabajos se refiere, sin embargo, a la historia de Occidente o, en presente, a nuestra realidad actual.

MGP era un excelente conocedor del pensamiento político desde Platón y Aristóteles hasta Marx, Engels y Lenin, pasando por Santo Tomás y Maquiavelo, por Bodino y Botero, por Hobbes y por Rousseau, por Montesquieu y Benjamín Constant y tantos otros. No obstante, en su obra no hay estudios monográficos dedicados a la exposición de las ideas de unos u otros. Fiel también en este punto a sus convicciones radicales, MGP articula el pensamiento político con el ejercicio del poder y la organización del mismo en la sociedad de un momento histórico dado. Bajo el concepto de «formas políticas» integra en cada caso todos estos elementos.

El reino de Dios, arquetipo político (1959) (O. C., I, 735 a 906) es un estudio sobre las formas políticas de la Alta Edad Media. En él fija su atención en la creencia altomedieval «en que el orden político había de ser un intento de realización del reino de Dios en la tierra». Esta creencia «dio origen a un conjunto de «ideas», de «normas» y de «instituciones» constitutivo de una realidad en la que no se hallaban nítidamente diferenciados los aspectos rigurosamente políticos de los estrictamente religiosos» (O. C., I, 741). Esta correlación es la que apasionaba a MGP.

En la serie de estudios iniciada con *El reino...* hay una dimensión nueva y muy sugestiva, presente también en otros libros de MGP: su atención al pensamiento político-mítico, a las representaciones simbólico-míticas. Mitos y símbolos políticos, ideología e iconografía, constituyen, de manera intermitente pero duradera, temas de reflexión para MGP, llevado inicialmente de la lectura de Sorel, Jung, Mircea Eliade y, sobre todo, de Ernst Cassirer, otro de los grandes cultivadores alemanes de las ciencias de la cultura, cuya *Filosofía de las formas simbólicas* se publica en tres volúmenes entre 1923 y 1929 (*Philosophie der symbolischen Formen*. I. *Die Sprache*, 1923; II. *Das mythische Denken*, 1925; III. *Phänomenologie der Erkenntnis*, 1929), es decir, poco antes de la estancia de MGP en Viena y Berlín. Parece que su familiarización con el pensamiento de Cassirer se produjo en los años 50 (O. C., I, 12). Sin embargo, es claro que en Alemania pudo conocer esta obra capital de Cassirer, y por otro lado me consta que en 1934, cuando fue a Viena, conocía ya *Die Philosophie der Aufklärung* de Cassirer en la edición de Tübingen, 1932.

Esta dirección del trabajo científico de MGP da como fruto *El reino...* y otros estudios agrupados en *Mitos y símbolos políticos* (Madrid, 1964, ahora en O. C., I, 907-1031). Pocos años después (Madrid, Revista de Oc-

cidente, 1968) aparece otro libro hermano de los anteriores y, a mi juicio, el más sugestivo y brillante de MGP: *Del mito y la razón en la historia del pensamiento político*, donde se recogen varios estudios «unidos entre sí por algunas notas comunes, tales como el paso de formas míticas del pensamiento político a formas racionales, el proceso de secularización de ideas, representaciones y conceptos que, siendo originariamente eclesiásticos, son transferidos al campo político, así como el desarrollo de tendencias ideológicas e institucionales destinadas a contribuir a la configuración del Estado moderno» (O. C., II, 1039-1249). Trabajos como el destinado a *La Corona*, a *La idea medieval del Derecho*, a *Federico II de Suabia y el nacimiento del Estado moderno*, o a *Las razones históricas de la razón de Estado*, sencillamente magistrales, muestran la madurez de una orientación metodológica aquí ya expuesta con reiteración (la reducción a unidad de aspectos parciales de la realidad sociopolítica) y la inteligencia para integrar en construcciones conceptuales una vastísima información, siempre ordenada en categorías conceptuales, nunca agobiante en su diversidad.

MGP, que se reconoció a sí mismo poco amigo de las construcciones innovadoras o vanguardistas («nunca he sido inclinado hacia la novomanía», O. C., I, 14), tampoco se cerró a nuevas orientaciones de la «political science»: la teoría de los sistemas, el funcionalismo y ciertas ideas de Parsons, Toynbee y W. Eucken están presentes en la última etapa (años 60 y 70) de su obra como teórico de la política o «político». Algunas páginas de *Burocracia y tecnocracia* (1974), ya citado, y los cinco densísimos trabajos incluidos en *Las transformaciones del Estado contemporáneo* (1977) (O. C., 1585-1756), son las principales expresiones de su última etapa como profesor dedicado «full-time» al estudio y la escritura.

Viejas y nuevas orientaciones, nuevas y viejas preocupaciones se reflejan también en el mejor trabajo de MGP en estos años de 1980 a 1986 (los tiempos de su presidencia en el Tribunal Constitucional); me refiero a su artículo aparecido en el primer número de la *Revista Española de Derecho Constitucional* (1981) sobre «El status del Tribunal Constitucional» (O. C., III, 2893-2914). El cultivador teórico de la ciencia política pasa a ser una de las máximas autoridades de un Estado social y democrático de Derecho. El juvenil constitucionalista renace en estas páginas o en las de su magistral «Discurso» en el acto de inauguración del Tribunal Constitucional (O. C., III, 3223-3227). La lucidez intelectual le permitió teorizar sobre el órgano constitucional que presidía.

Contra «la barbarie del especialismo»

En el conocido capítulo XII de la primera parte de *La rebelión de las masas* (1930 en su primera edición como libro), Ortega arremete contra la exageración del especialista, quien en su caricatura es aquel que «sabe muy bien su mínimo rincón de universo, pero ignora de raíz todo el resto». El problema estriba, sin embargo, en que el saber enciclopédico por un solo hombre dejó de ser posible a finales del siglo XVIII, mientras que el especialismo «ha hecho posible el progreso de la ciencia experimental durante un siglo». ¿Qué hacer, pues? ¿Cómo conseguir hombres de ciencia auténticos que sean al mismo tiempo hombres cultos?

En 1986, MGP reconoce que *La rebelión de las masas* fue una de las dos obras de Ortega que ejercieron en él mayor influjo. En su *Autobiografía* escribe también que nunca «he dedicado permanentemente mi atención a un solo tema», razón por la cual «nunca he

caído en la especialización» (O. C., I, 17: la conexión causal entre ambas frases la pongo yo). Lo cierto es que, fuese o no como reflejo del texto orteguiano, MGP trabajó siempre, como en parecido contexto escribió Lucien Febvre: «contra el espíritu de especialidad», despreció las guerras fronterizas entre especialistas y las superó por elevación construyendo categorías conceptuales que permiten comprender partes sin sentido en unidades de sentido.

Decir que la realidad social es un todo y que en ella cada elemento está relacionado con los demás no es sino un lugar común. El cultivador de las ciencias sociales que no sea un especialista bárbaro tiene como tarea hallar en qué consisten esas relaciones y conceptualizarlas. Ese fue el enfoque constante en la obra de MGP. Nunca fue «sólo» constitucionalista, o sociólogo, o historiador, o político, porque partía de la convicción radical (la ontología es anterior a la metodología) de que el objeto de su estudio era uno y múltiple y siempre tuvo más interés por el todo que por las partes. El suyo no es un pensamiento analítico y descriptivo, sino interpretativo y conceptualizador, comprensivo y comprensivo. Por eso en sus obras abundan categorías tales como sistema y subsistema, estructura, tipos y tipología, totalidad, coordinación, unidad, integración, ordenación y organización, etc.

El resultado son estos tres volúmenes interesantísimos para historiadores, juristas de alto vuelo, teóricos de la política y cultivadores o lectores de una sociología intelectualmente ambiciosa, no paralizada en la empirie y en un nuevo positivismo.

La actitud es la predisposición para la acción: según cuál sea aquella así será ésta. Cuando una determinada actitud obedece a convicciones éticas y se mantiene a lo largo de la vida contra vientos y mareas más o menos hostiles, la actitud se convierte en virtud.

Max Weber, en su famosa conferencia sobre «la ciencia como vocación» (1919, cfr. *El político y el científico*, Alianza, Madrid, 1967, páginas 180-231), defiende para el profesor y el científico el sentido de la autolimitación y de la probidad intelectual, que consiste fundamentalmente en no aprovechar la posición de superioridad del docente para convertir al maestro en demagogo, y al científico en predicador. Hay dos vertientes de problemas que importa no mezclar: «de una parte, la constatación de los hechos, la determinación de los contenidos lógicos o matemáticos o de la estructura interna de los fenómenos culturales; de la otra, la respuesta a la pregunta por el «valor» de la cultura y de sus contenidos concretos y, dentro de ella, de cuál debe ser el «comportamiento» del hombre en la comunidad cultural y en las asociaciones políticas». La probidad intelectual consiste en no mezclar ambos órdenes de problemas, para no confundir a alumnos o lectores. MGP aprendió muy bien esta lección de Max Weber, si no la llevaba ya sabida por su cuenta y riesgo, y la practicó durante toda su vida y en toda su obra.

No es que ésta no tenga nada que ver con aquella. Quien lea su autobiografía intelectual

puede convencerse de lo contrario, y a un nivel más íntimo basta leer las dedicatorias de cada uno de sus libros para conocer hitos personales en su vida más recoleta. Hay unidad entre vida y obra porque hay coherencia entre creencias y trabajo, entre convicciones y compromisos, por un lado, y sustrato ideológico de sus libros. Pero MGP nunca confundió los campos. Se comprometió políticamente como ciudadano cuando y hasta donde creyó que debía hacerlo, pero mantuvo su independencia intelectual en todo momento porque «no he suscrito nunca la idea del «intelectual comprometido», que en la práctica se ha mostrado como el intelectual alineado, con frecuencia arrepentido, y cuyo resultado ha sido la pérdida de «auctoritas» de la que gozó en tiempos no tan lejanos» (O. C., I, 17). No hay neutralismo, sino separación entre el ciudadano y el científico.

Independencia intelectual

Mantuvo su lealtad hacia amigos y enemigos, pero respecto a éstos no puede leerse una sola página entre estas tres mil, y cuando por escrito se refiere a los primeros lo hace en artículos de prensa tan elegantes y sobrios como los dedicados al general Vicente Rojo o a Ortega y Gasset (O. C., III, 3155 y 3183).

MGP se consideraba «como ejemplar de una especie histórica, de una forma de vida intelectual... hoy en curso de extinción» (O. C., I, 17). Antes del mundo moderno, el saber era corporativo; desde finales del XVII, en el XVIII sobre todo y también durante el XIX, el intelectual se individualiza, es dueño de sus propios instrumentos de trabajo (tiene su propia biblioteca suficiente), compite con otros colegas normalmente desde su sede universitaria: tiene una independencia reconocida. Hoy ese «status» se ve amenazado: «Hoy el intelectual no es dueño de los instrumentos de trabajo. Nadie puede tener la biblioteca que necesita» (O. C., III, 3295-3296), y el profesor ha de luchar para mantener su independencia y la de los centros que dirige frente a la tentación del poder por instrumentalizar su obra (O. C., I, 13). No sé si, en contra del parecer de MGP, sea hoy más difícil o no mantener la independencia del intelectual, del científico, que en otros tiempos: eludo la digresión. Sólo es pertinente aquí dejar constancia de que MGP fue consciente de esa exigencia ética y la mantuvo en todo momento.

En 1983, en el epílogo a la reedición española de la *Teoría de la Constitución* de Carl Schmitt, MGP cuenta la siguiente anécdota (O. C., III, 3216): «En el verano de 1936 yo estaba en Berlín, y antes de mi regreso a España en aquella trágica circunstancia, fui invitado a cenar por Carl Schmitt en su acogedora casa de Dahlen. Al despedirnos, el profesor me invitó a bajar a su biblioteca, de la que tomó un libro sobre Scharnhorst, en una de cuyas primeras páginas escribió este aforismo de Jünger: «Nadie muere antes de cumplir su misión, pero hay quien la sobrevive»».

El gesto de Carl Schmitt aplicando a Manuel García Pelayo las palabras de Jünger constituyó una auténtica premonición. |

RESUMEN

El Centro de Estudios Constitucionales ha editado en tres volúmenes las obras «completas» —el reseñador prefiere entrecomillar la palabra, porque obras de este tipo nunca son completas del todo— del profesor Manuel García Pelayo, primer presidente que

fue del Tribunal Constitucional. Francisco Tomás y Valiente, que lo ha sido también hasta hace poco, se ocupa de analizar con detalle y atención el contenido de estos volúmenes, que acogen un trabajo intelectual integrado y coherente.

Manuel García Pelayo

Obras completas

Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1991. Tres volúmenes, 3380 páginas. 12.000 pesetas.

García Lorca y Freud

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) es catedrático de universidad, académico y ha sido director de la Real Academia Española. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del Español.

La bibliografía de Lorca es abrumadora y, sin embargo, no parece estar exhausta: tantos frentes se abren al panorama de la creación. Estamos ahora con un libro sorprendente no porque diga cosas jamás probadas, sino por la coherencia doctrinal que manifiesta y el sistema implacable que rige esa coherencia. Traer el psicoanálisis a colación tal vez no sea absolutamente nuevo; sí lo es montar la teoría y ahorrar dentro de ella un mundo de oscuros sentimientos que se hacen luz y que tanto aclaran la obra del gran poeta.

Inés Marful Amor (que los exégetas iluminen la sombra) habla de sus propósitos al iniciarse el libro: «¿Por qué el personaje masculino [...] no se producía nunca desde un discurso sexual?» Lo que ha salido a la luz son los contenidos de unos textos; digamos el análisis intrínseco de la creación y no los esquemas previos para explicarla. Entonces poca cuenta la biografía, pues el relato dramático o el dibujo es lo que vale por sí mismo, con independencia de que el talante del autor sea uno y no otro.

Qué duda cabe que la condición del ser podrá determinar un discurso, pero ahora no es éste el caso: hay que buscar la reiteración de motivos, el subconsciente que asoma de un modo hasta que alcanza plenitud en otro, el encadenamiento de fórmulas estilísticas, todo lo que a pesar suyo (y no quiero decir que pudiera pesarle) sale a la luz cuando la lectura es intensa y no superficial.

Consta con claridad: «Todo individuo es un individuo en situación, de tal modo que determinados acontecimientos de la vida del autor pondrían en pie ciertos resortes de la dinámica inconsciente que habían de tener su repercusión en la obra escrita. Pensamos, por ejemplo, que de no haberse producido la unión sentimental que impulsa a Lorca a marcharse a Nueva York [...], nunca hubieran sido compuestas sus *Comedias imposibles*». Queda, pues, la biografía como sustento de una cronología, y nada más, mientras trata de analizarse el inconsciente de donde saldrán los Edipos directo e indirecto que se manifiestan en la creación teatral.

Hombre y mujer enfrentados

Marful señala una constante: la mujer es el vértice de un conflicto en el que se enfrentan «un varón débil, eróticamente inexperto, y un Ideal viril sostenidamente ecuestre» y la castración, simbólicamente reiterada por instrumentos constantes (degollaciones, interdicciones eróticas, etc.). Con estos planteamientos tan esquemáticamente enumerados se puede ver cómo se encadenan las creaciones lorquianas, desde *La viudita*, *Cristo* y *La carbonerita* (pág. 4) hasta *Don Perlimplín* (pág. 98), *Bodas de sangre* (pág. 185) o *Yerma* (pág. 191). El varón joven es definido por el agua que, no lo olvidemos, se manifiesta como una creación edípica (el Fernando de *Mariana Pineda*), mientras que el hombre viril será siempre anunciado por la fogosidad del caballo. Los planteamientos me parecen evidentes y quisiera añadir un hecho histórico que ha tenido no pocas desviaciones folclóricas.

Recuerdo a Pedro II de Aragón: se casó con María, hija de Guillermo VIII de Montpellier, y pronto la abandonó. Pero un día de



Federico García Lorca (al fondo) con Pedro Salinas, Ignacio Sánchez Mejías, Jorge Guillén (abajo), Antonio Marichalar, José Bergamín, Corpus Barga, Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso.



Con Margarita Xirgu (intérprete de *Yerma*).

FOTOS CORTESÍA DE LA FUNDACIÓN GARCÍA LORCA

1207 quiso ver el hato de caballos que tenía en Lattes; los cónsules de Montpellier quisieron satisfacer sus deseos y lo hicieron descansar en Mireval, donde una hermosa muchacha ardía por el rey, pero exigía que la oscuridad más absoluta reinara en el cuarto.

Cuando ambos se encontraron, el rey cayó en la trampa y subió al lecho: gozó de la mujer, que no era otra que la suya propia. Nueve meses después nació Jaime I. Al día siguiente de la noche de la reconciliación, el rey, que quería ver sus manadas de caballos salvajes, llevó en la grupa del suyo a la mujer reencontrada. En 1239, las gentes de Montpellier presentaron a Jaime I un caballo de paja en recuerdo de unos amores logrados.

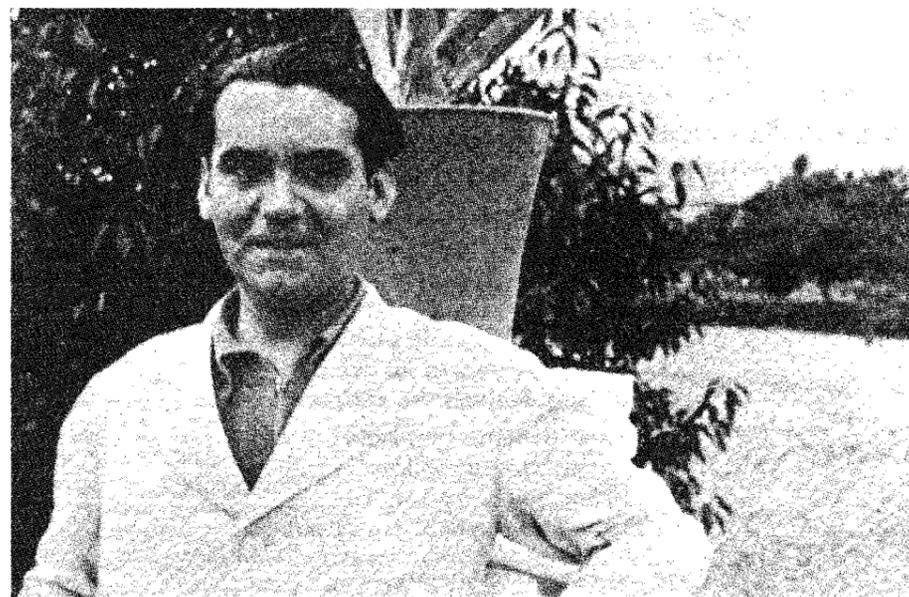
Desde entonces se celebran en la ciudad fiestas en las que el caballo danza y veinticuatro escuderos bailan en torno suyo y cantan una canción: «Dona la cibada au pauvre chivalet», etc. Encuentros en alcobas oscuras con mujeres ardientes están en relatos orientales, en Boccaccio, Margarita de Navarra o John Gower, por no citar sino los bien sabidos, pero los bríos de Pedro II (por su culpa dicen sucumbió en Muret), sus caballos salvajes y la reconciliación matrimonial en la grupa de otro bien merecían ser traídos a cuento de lo que Federico ha reiterado tantas veces en su teatro.

El tema de Edipo

En 1928 tuvo lugar la crisis que llevó a García Lorca a Nueva York, y el Edipo invertido aflora de modo que se manifestará en su producción posterior. Las *Canciones* suelen datarse entre 1921 y 1924; sin embargo, las *Canciones para niños* son posteriores, pues Colomba Morla Vicuña, a quien se ofrecieron, murió en 1928. ¿Y los *Juegos*? En ellos hay dedicatorias a Buñuel y a Ana María Dalí. Dalí y Buñuel, que tanta decisión tuvieron en el paso del *Romancero gitano* a *Poeta en Nueva York*. Esos *Juegos* fueron fechados en 1925 (*Eros con bastón*); entre ellos está la «Canción del mariquita»:

El mariquita se peina
en su peinador de seda.
Los vecinos se sonríen
en sus ventanas postreras.

Creo que en ella hay algún elemento del romance de «Thamar y Amnón», como los cantos de la muchacha en la terraza, parejo del «¡Los mariquitas del Sur / cantan en las azoteas!». Romance éste, de Thamar, lleno



En la Huerta de San Vicente. Granada, 1935.

de los elementos que Inés Marful analiza en su libro: «luna», «agua», «flauta», «peces», «caballos». Acaso haya que adelantar algo la conversión del poeta; no en su viaje hacia el surrealismo, sí en cierta desnudez temática. Se ha dicho que tal vez sea el de «Amnón y Thamar» el más complejo, o difícil, de los poemas del *Romancero gitano*. Para mí, a cuanto se señala en este libro hay que añadir la fusión de dos tradiciones orales diferentes: la descriptiva del romancero y la lírica de las «alboreas» gitanas. Unidas ambas, Lorca creó un texto singular en el que —según creo— no se inspiró en las versiones bíblicas (*Libro segundo de los Reyes*) ni en los escritores de la edad de oro (Lope, Tirso, Calderón), sino que recogió la tradición popular granadina (incitado por Menéndez Pidal) y el cante jondo (su colaboración con Falla), produciendo, como en otras ocasiones (*Diálogo del teniente coronel de la Guardia Civil*, por ejemplo), un caminar desde el discurso hasta el canto lírico, que en el *Romancero* tuvo su más alta y estilizada manifestación.

Temas y funciones

La ilustración del teatro de Federico con las doctrinas de Freud da no pocos resultados para la interpretación literaria de los textos. El psicoanálisis permite investigar desde perspectivas diferentes: la metodología (solidaridad de los medios de expresión), los temas

(la interdicción amorosa y el inconsciente que lo genera), las funciones (mujer, varón edípico y varón viril). Ciertamente que no se resuelven así todos los problemas que plantea una obra llena de complejidades, pero es un camino hacia la comprensión. Un camino, sin cerrar las vías que a ella conducirán desde otros intentos.

A partir del dilema pureza/tentación, «la angustia lorquiana ante un texto casi siempre aludido como ensoñación será la que determine uno de los ejes dialécticos más importantes del teatro juvenil, teatro por antonomasia de la culpa sexual». La ley de la castidad es la ley del Padre, que «desata su ira desde el cielo sobre un hijo finalmente entregado a su delirio báquico», hasta que en el final de su obra «la carnalidad atormentada adquiere su definitiva expresión en *El público*».

Los símbolos a los que Lorca recurre son representaciones indirectas de una realidad sensible. Entonces surgen los pájaros (gorriónes, en *Cristo*), que podrán no ser comprendidos, pero cuya presencia no puede ser silenciada porque cumple un fin: surgen también las serpientes, símbolos complejísticos en la doctrina de Freud, según mostró hace muchos años Jan Kélévitch y que —aparte su archisabido valor fálico— son símbolo del «órgano genital femenino castrado» (en la Gorgona, por ejemplo); la estrella «que simboliza el interdicto sexual», las rosas y las amapolas.



Viene de la página anterior



Sigmund Freud.

las flautas y las trompetas, los peces... Todo un mundo que converge en unas figuras que irá repitiendo a lo largo de su creación dramática y que tendrán su contrapunto en multitud de dibujos.

De todas estas figuraciones, probablemente ninguna tan reiterada como la estrella (=mujer) y el pez. Es posible que todos vivamos en el interior de unas estrellas, casi siempre de tristeza y de sangre casi siempre. En cuanto a los peces, el simbolismo freudiano es ostensible y en Lorca cobra el sentido de «la relación maternofamiliar, inclusiva, no copulativa, que se establece siempre entre la mujer y el Edipo [...] en una cópula simbólica» (testimonio del pez-luna), en la obscenidad de Belisa (*Amor de don Perlimplín*), en los dibujos, en el hombre débil (guion cinematográfico del *Viaje a la luna*).

Inés Marful apostilla unos comentarios sobre la iconografía de los símbolos: «Hay en toda la producción gráfica de Lorca una innegable y constante vinculación entre el hombre débil -arlequín, payaso-, la copa, la pecera en que el pez se anega, la taberna y el desdoblamiento de unos rostros escasamente masculinos que descansan sobre la insistida espiral de una golilla (...) que parece estrangularlos. La luna, femenino siniestro complementario del agua, preside la mayoría de los dibujos».

La interpretación de estos motivos lleva al acercamiento de creaciones literarias de apariencias tan poco afines como *La zapatera prodigiosa* y el *Amor de don Perlimplín* y *Belisa en el jardín*: el hombre es en ambas obras el niño que padece del complejo de Edipo frente a una esposa-madre que lo eliminará de cualquier acción erótica. Por eso la apariencia de un varón senil no es otra cosa que «una de las refracciones psíquicas en que el joven proyecta su terror a la hembra»; como luego aparecerá, descaradamente libre, en *Poeta en Nueva York*. Es el terror que lleva a sus figuras masculinas al estatismo sexual.

Significado de *El público*

El análisis de *El público* resulta de singular perspicacia: «El varón edípico lorquiano sufre una perenne escisión entre su pasión homófila y una tendencia a la mujer que, de manera tan tenaz como invariable, lo conduce a la muerte». Los procesos de esta vuelta a estadios elementales del erotismo se ven con toda la fuerza de su dramatismo, y desde la formalización surrealista vuelven a estudiarse los problemas del teatro en conexión con



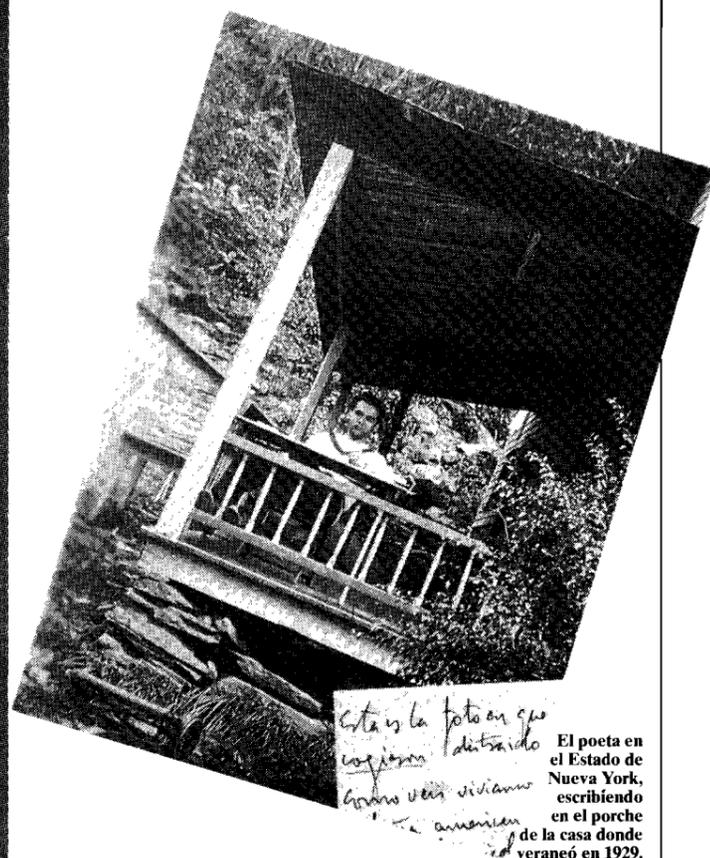
En su casa de Granada, 1923.

Poeta en Nueva York. Los textos adquieren nueva luz, si no una explicación definitiva, y el «sexo culpable» (...) es castigado «por la luna desde su atalaya cósmica».

Una vez más debemos pensar en el destino de Amnón y Tamar, que -a mi modo de ver- tantas cosas prelude de la creación de Federico. Lorca ha ido buscando, de acuerdo con Freud, unas figuras sustitutivas del padre en las que intenta conciliar -armonía imposible- al hombre y a la mujer, a su hombre y a su mujer. Entonces desaparece el Edipo del teatro porque ha desaparecido también su contrafigura (desde *Doña Rosita la soltera* hasta *La casa de Bernarda Alba*): queda el símbolo del «caballo garañón (que) estaba en el centro del corral ¡blanco! Doble de grande, llenando todo lo oscuro», según lo vio Adela y confirmó aterrada Amelia. Al final, el suicidio de Adela culmina la trayectoria dramática del «sexo interdictado», que recae en el cuello de la ahorcada.

El libro merece la pena. A veces el lenguaje se hace difícil y no siempre por culpa del psicoanálisis (o, tal vez, por un antecedente que obsede). Como la serpiente de los símbolos que en el estudio se analizan, esos amores oscuros están en las entrañas de la humanidad hasta que se hacen visibles desde un universo soterrado y ciego. Sombras que se deslizan desde la noche para prefigurar la muerte.

En el museo de los Agustinos de Toulouse hay un bajorrelieve escalofriante; procede de la iglesia pirenaica de Ode y, en su tosquedad, nos ilustra muchísimas páginas de Federico: del sexo de una mujer emerge una cullebra que llega a succionar el pecho de la hembra. La mujer es la madre del reptil. Las interpretaciones son muchas: poder seductor de la mujer, carácter negativo de la procreación («si culpa, el concebir; nacer, tormento», dijo un poeta nuestro), culto ofídico a la serpiente (s. III). Llegaríamos muy lejos, acaso a la Melusina de Lusignan. La leyenda ha sido puesta en español por Carlos Alvar: Melusina



El poeta en el Estado de Nueva York, escribiendo en el porche de la casa donde veraneó en 1929.

Con Pura Maórtua de Ucelay (directora del Club Anfístora) y Valle-Inclán. Año 1934.



prohibió a su esposo que la viera desnuda la noche de los sábados. El marido quebró el juramento y la contempló por el ojo de la cerradura. Melusina era mujer en el torso y serpiente en la parte inferior de su cuerpo. Descubierta la desconfianza, Melusina se transformó en pájaro y huyó por las almenas de su castillo.

Añadamos: en la simbología cristiana, el calcañar de la Virgen pisa la cabeza de la serpiente y tiene por escabel una media luna. No

sería ajeno todo esto a los símbolos ancestrales que García Lorca acepta, como acepta otros muchos motivos de una antropología cultural que, conociera o no, queda admirablemente intuida en su creación. El gran poeta no escribe con unos libros abiertos, sino con una prodigiosa intuición. No necesita saber más de lo que sabe (y no es poco); somos nosotros, quienes no creamos, los que pretendemos explicar lo que de otro modo se nos quedaría en el misterio. []

RESUMEN

Una figura humana y literaria como la de García Lorca es poliédrica y casi inabarcable; de ahí que la bibliografía sobre el poeta granadino no deje de crecer y crecer. A ella se suma este libro, que comenta Manuel Alvar, y que re-

sulta sorprendente no tanto por echar mano del psicoanálisis para entender los textos de Lorca, sino por montar una teoría y ahormar dentro de ella un mundo de oscuros sentimientos que se hacen luz y que aclaran la obra del poeta.

Inés Marful Amor

Lorca y sus símbolos. Interpretación psicoanalítica de la obra dramática y dibujística

Kurt und Roswitha Reichenberger, Kassel, 1991. 210 páginas.

Todos los cuentos de Medardo Fraile

Por José María Martínez Cachero

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) es catedrático jubilado de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y, desde 1989, emérito de la misma. Académico correspondiente en Asturias de la Real Academia Española de la Lengua y profesor visitante en las universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en «Clarín» y en la novela española contemporánea, es autor de La novela española entre 1936 y 1980.

Destacadamente figura Medardo Fraile (Madrid, 1925) entre los cultivadores del género cuento que en los años 50 y 60 lograron con su actividad un inigualado momento esplendoroso de esa modalidad narrativa, como lo demuestran cumplidamente libros, colecciones editoriales, premios y el interés de los lectores, acaso una escogida minoría; en el número 18 de SABER/Leer señalé ya posibles etapas y tendencias dentro de tal conjunto, cuya existencia indicaba a las claras riqueza y variedad, dos caracteres que convenían a la cuentística de Medardo Fraile, dispersa entonces en unos cuantos volúmenes—cuatro en total: *Cuentos con algún amor* (1954), *A la luz cambian las cosas* (1959), *Cuentos de verdad* (1964) y *Descubridor de nada y otros cuentos* (1970)—y reunida ahora de modo casi completo, pues sólo faltan aquí tres relatos infantiles cuya extensión coincide aproximadamente con la propia de la novela corta. Galardones como el Premio de la Crítica en 1964 a *Cuentos de verdad*, el Sésamo (1956) al cuento *La presencia de Berta* o el Hucha de Oro (1971) para *El mar*, abonan públicamente su calidad.

La verdad de unos cuentos

Acaso el título *Cuentos de verdad* tuviera en la intención del autor el propósito de marcar la índole preferentemente narrativa de esos relatos, provistos de una indispensable anécdota-base o (dicho con otras palabras) donde pasaban cosas, a diferencia de aquellos otros cuentistas que por entonces se complacían entre nosotros, con desigual acierto, tanto en virtuosismos líricos o técnicos como en pretenciosas trascendencias. Fue también la década de los 60 (y aun la anterior) tiempo propicio para el cultivo de una narrativa social fuertemente politizada en la que casi todo se ponía por sus fieles al servicio de una intención denunciadora muy concreta y harto efímera. Diríase que, por lo peligrosas, eran semejantes actitudes a manera de Escilas y Caribdis, en los cuales Medardo Fraile nunca fue apresado. Y sin embargo, pero de otro modo más comedido, sus cuentos poseen ingredientes puramente sociales—como traslado que son de ambientes, sucesos y gentes de la sociedad en torno—y el autor acoge, sin desmesura, la novedad técnica y presta con las palabras halo poético a ciertos personajes y situaciones.

Dentro de la apuntada verdad narrativa, ayudada de ordinario por la práctica del realismo, hay en estos cuentos completos una relativa variedad de tonos y argumentos que permite referirse a, v.gr., cuentos morales—llamémoslos así en razón del aleccionamiento o enseñanza que brindan algunos de ellos de manera explícita (cuento *Yeyo Pumba*) o por vía del simbolismo (cuento *Libre 206*)—. En un orden de cosas meramente temático, cabe referirse a los cuentos de asunto escolar o protagonizados por estudiantes y profesores (como *La cabeza* y *Punto final*), recuerdos de adoles-



FRANCISCO SOLE

cencia sin duda y en los cuales el humor bienhumorado es característica relevante. Otro es el caso de los cuentos ingleses que aparecen en la obra de Fraile a partir de *Descubridor de nada...*, consecuencia de su establecimiento como profesor de español en universidades del Reino Unido, y que suponen una nueva faceta; personajes, escenarios y costumbres son ahora distintos a los más habituales suyos—españoles, pero, sobre todo, madrileños—, aunque la fidelidad en el tratamiento resulte análoga en ambos casos. Un reparo estrictamente genérico podría formularse respecto de la entidad narrativa de algunas piezas, sustituida por otra cosa—como sucede en *El coche*, evocación de un artefacto mecánico exento al que dan alma sus usuarios, y dotado de sentido simbólico—.

Espacio, tiempo, personajes

La España y la Inglaterra presentes en las narraciones de Medardo Fraile son, referidas al tiempo de la acción, países contemporáneos o del siglo XX, como delatan al paso algunas indicaciones; en el caso español se encuentran algunas alusiones—cuatro en total, brevísimas todas ellas— a la guerra civil de 1936-1939. No durante ella—lo que constituye una nota diferencial entre Medardo y algunos colegas de género como Jorge Campos o Jesús Fernández Santos—, sino antes y después de esos tres trágicos años, está situada la acción de estos cuentos, un segmento temporal coetáneo o inmediato al autor—quiero decir: conocido por él directamente o merced a noticias recibidas de compatriotas mayores en edad—, lo que afianza el ya advertido realismo. Tanto como ese modo de localización, importa el paso del tiempo (¿convendría escribirlo ahora con inicial mayúscula?) a lo largo de relatos tan breves y su peso en la vida y talante de ciertos personajes—como la Micaela de *El retrato*, en cuya memoria, «cada día más oscura y titubeante, más débil y apagada», permanece vivo, después de muchos 27 de julio (aniversario de su muerte), el recuerdo del señorito Rafael.

Son más bien escasos los «señoritos»—entiéndase las personas de muy desahogada posición económica— que aparecen en los relatos de Fraile, burguesía propicia para ser contrastada negativamente con los humillados y ofendidos de toda la vida, tal como gustaron hacer algunos de sus coetáneos; las preferencias de nuestro escritor se dirigen claramente hacia la clase media modesta y el pueblo obrero o campesino, cuya lucha por la vida, dura y triste, de fracaso más que de éxito—como Juan (protagonista de *Cuento de estío*), cuya vida «no tenía un sentido preciso» porque «no había tenido ánimo o tiempo para hacer lo suyo [...]»—, es presentada con humor que no flagela e incluso con amor, pues, por encima de todo, el autor ama a sus criaturas aunque, con alguna frecuencia, le hayan salido torpes y feos. Ejemplifica cabalmente lo apuntado el libro *A la luz cambian las cosas* (son los cuentos que van de la página 89 a la página 165), protagonizados por gentes como hay muchas, pobres gentes de larga tradición literaria, pero como puestas al día; así: el pintor-rotulador del Metro, la caja de bar, los tres reclutas encogidos ante el tremendo nombre de Hungría, el vendedor a domicilio de espuma, a quienes el autor deja ir y venir, afanarse, dolerse, esperar acaso vanamente en tanto los contempla con evidente simpatía.

Estos y sus camaradas viven más frecuentemente en Madrid, dedicados a mo-

Viene de la página anterior



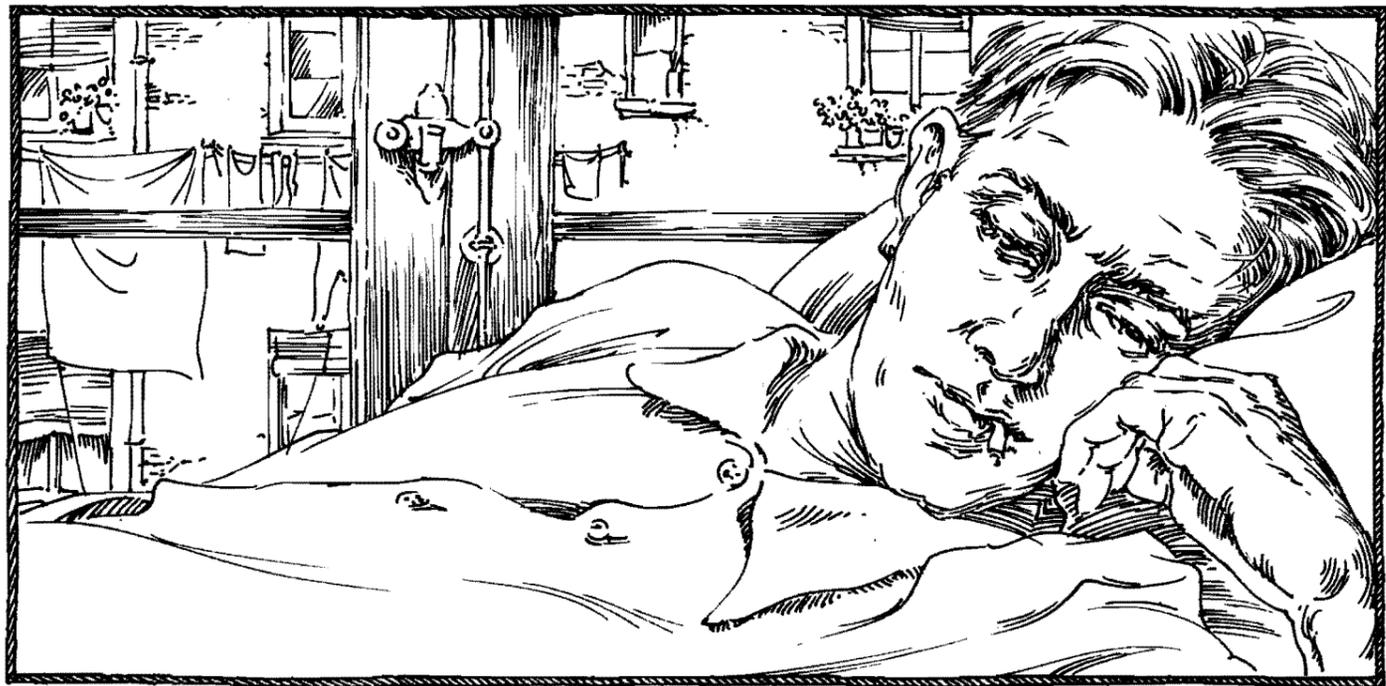
destos quehaceres cuyo desempeño no permite esperar sustanciales cambios de posición; pero también en lugares menos populosos y en el campo, con la ciudad a veces como una referencia seductora. En tales casos no repite Medardo la conocida oposición alabanza de aldea/menoprecio de corte, y tampoco, porque tal vez no se había producido aún masivamente, trata del desarraigo ocasionado por la emigración campesina a la urbe, tema dilecto, por ejemplo, para Rodrigo Rubio. Ni en ellos, ni tampoco en los demás cuentos que tienen como personajes a gentes de la misma condición social, aprovecha Medardo Fraile para hacer la loa del oprimido o componer una diatriba antiburguesa; distinta es la naturaleza social de sus cuentos.

Como cuentos «a noticia» podrían ser definidos globalmente los debidos a Fraile, cuya capacidad de invención parece tener su arranque en sucesos que fueron reales o que resultan verosímiles tanto como si hubieran en efecto acaecido, y a ellos dispensa un tratamiento realista si por tal entendemos el deseo de ajuste con la realidad, así externa como íntima y constituida lo mismo de hechos que de sentimientos y pensamientos. Ha de matizarse advirtiendo que semejante práctica alterna con el uso de aleccionamientos, simbolismos o de lo fantástico, componentes éstos con los que se opera algún desajuste de la nuda realidad.

El libro *Descubridor de nada...* llevaba en su primera edición una significativa dedicatoria: «A la memoria amiga de Ignacio Aldecoa», colega, compañero de promoción (estricto coetáneo suyo) y cuentista de reconocido mérito al que distinguen, por ejemplo, un bien entendido afecto por los humildes —piénsese en el cuento *Seguir de pobres*— y una capacidad expresiva a la que quizá no resulte ajena su inicial condición de poeta en ejercicio; cuentos de Medardo como *Bar «El Alamein»* tienen, sin mengua de su originalidad, cierto regusto a Aldecoa.

Viejo se nace, joven se llega a ser

Puestos ahora a buscar parecidos magistrales (que no fuentes, ni casos de imitación), tal vez nos saldrían nombres como Unamuno —el problema de la personalidad auténtica del individuo concreto que se debate narrativamente en *Las equivocaciones*— y Samuel Ros, literato muy dilecto para Fraile, que lo estudió en su tesis doctoral —la extraña verosimilitud argumental de piezas como *Las profesiones*—. Más reiterado respecto de parecidos podría ser el nombre de Ramón Gómez de la Serna, cuya arrolladora boga de maestro indiscutible quedaba algo lejana en el tiempo —anotemos ese cosismo minucioso en cuya mención se complace nuestro autor, o pormenores de expresión como asociaciones y comparaciones nada usuales—; impregnación ramoniana considero un par de ingeniosidades expresivas más bien inconvenientes, a saber: llamar botica a una biblioteca (tal vez por incitación de la palabra «antídoto») —«como antídoto se cogían firmas de textos franceses para tomar en la misma botica; es decir, en una biblioteca»— y fábrica al mar —«[...] Fermín era pescador. Iba, a diario, a esa gran fábrica de aceite de hígado de bacalao; al mar; a esa gran fábrica de fósforo»—. Es en el primer libro de Medardo donde registro esos parecidos que, con el paso del tiempo y la consiguiente llegada de la madurez, se atenúan hasta desaparecer. Tenía razón Nadeau cuando proclamaba como regla general estética el postulado «viejo



FRANCISCO SOLÉ

se nace, joven se llega a ser», pues hubo además otros estímulos para el primer Medardo Fraile; según propia confesión contaron («para mí una revelación») varios libros de Katherine Mansfield y el lirismo, un tanto diluido a veces, de William S. Royan, a quien por entonces también rendían tributo algunos colegas españoles de género.

Se corrobora la ya indicada verdad de los cuentos que nos ocupan porque, estructuralmente hablando, su autor, colocado ante la que será anécdota-base del relato, no se pierde en otras laterales, ni se permite elucubraciones que distraigan al lector, ni acumula sin más detalles descriptivos personales, de paisaje y de ambiente. Obligada sobriedad, pues, compatible con abundancias lujosas que luce de vez en cuando la expresión y que pueden consistir ya en la numerosa suma de acciones —así en el comienzo de *Nelson Street, cul de sac*, de cuyo anónimo protagonista (el hombre del restorán) sabemos que «entró arrastrando los pies ligeramente», y desde aquí hasta «volvió la cabeza despacio hacia la puerta [...]» (un total de diecinueve líneas)—, encontrará el lector nada menos que otros veintidós pretéritos indefinidos —singular, tercera persona; repetido alguno de ellos— que defécticamente informan o señalan; ya en la frecuencia de epítetos que califican realidades muy diversas —sintagmas formados por lo común de un trío adjetival, precedido o seguido de una comparación con nexo «como»: de una música trivial, musiquilla más bien, se dice que era «como humo en bocanada, subrepticia, larga, silenciosa» (cuento *Ojos inquietos*)—; ya, por último, en el empleo numeroso (tanto que a veces coinciden en el mismo párrafo dos o más ejemplos) de la comparación, cuyos términos, no insólitos, se relacionan de ordinario merced a un «como»; el procedimiento comparativo tiene en este caso más de embellecedor del conjunto que de aclarador de alguno de sus miembros.

No se parecen a ningún otro

La tercera y la primera personas son las utilizadas como voces que narran; explícitamente a menudo —«Heliodoro estaba de reparto [...]» (cuento *La jaculatoria*), o «Quiero rendir homenaje [...]» (cuento *El coche*)—, implícitamente otras veces, queda constancia de quién sea el narrador: ya un

personaje contemplado desde afuera por quien ha tomado a su cargo presentárnoslo, ya (al mismo tiempo) protagonista y narrador. Se produce en virtud de semejante diversidad un juego de perspectivas —a modo de acercamientos y alejamientos de una cámara— que suponen igualmente una diversidad de tonalidades en la expresión, objetiva y algo distante o, por cercana, más entañada. En uno y otro caso puede darse el diálogo como medio informativo y presentativo sobrio y eficaz, como pudiera esperarse de quien tuvo sus comienzos literarios en el teatro.

Diálogo, descripción y narración son los componentes de la estructura de los cuentos de Fraile, donde aparecen convenientemente proporcionados y repartidos, tal como lo acreditan muchos de ellos, en los cuales se pretende «contar algo concreto». Ello se hace, referido a un momento o momentos, de manera lineal, esto es: en el orden que marcan los naturales principio y fin del caso narrado, aunque no faltan ejemplos de retrospectión y de otros manejes del curso tempóreo. Las sorpresas argumentales suelen estar en el fin del relato, pues un desenlace imprevisto, lejos de lo normalmente esperable, le presta un interés suplementario; desenlaces de ese tipo hay en determinados cuentos porque ¿qué lector esperaría la muerte repentina del alumno Ricardito en la clase de filosofía? (cuento *La hora*). El final es en otros casos lugar apropiado para la consideración aleccionadora en boca de algún personaje —Roque Mancera en el cuento a que da título— o a cargo del autor —*Las personas mayores*—. En el final o desenlace puede surgir también ese elemento maravilloso —por su extraña naturaleza— que contrasta con el habitual realismo dominante en este conjunto: no otra cosa son el repentino y catastrófico salto de un profesor (cuento *Señor Otaola*,

ciencias) o la inexplicable desaparición del abuelo en una familia «incolora» hasta no más (cuento *Tránsito*).

Semejantes finales maravillosos algo tienen que ver con el humor que acá y allá, frente a personajes o situaciones, hace repetido acto de presencia en los cuentos de Medardo Fraile, quien prescinde casi por entero de la ironía impiadosa y del esperpento ridiculizador para ofrecernos —como en *El camino más corto* (que protagoniza un fundador de religiones), *Yo no soy un ovambo* (la confusión que debe evitar el anónimo protagonista-narrador empleado de la Sociedad para el Cumplimiento de los Derechos del Hombre) o *La conferencia* (desalentadora experiencia de un novel congresista en una reunión literaria)—, entre apacibles y verosímiles burlas y veras, un momento o suceso singular en la vida de un individuo o grupo de individuos. Los ejemplos mencionados corresponden a la sección de los que antes llamé cuentos ingleses, cuya composición pertenece a una etapa más reciente del autor que, sin embargo, nunca se dejó llevar por lo que pudiera decirse tendencia ibérica al malhumor, que (claro está) no quiere decir humor de baja calidad.

Resulta justo y era necesario que tuviéramos agrupadas en volumen las narraciones breves del cuentista Medardo Fraile, también historiador, antólogo y teórico del género. Convengamos o no con su autocomplacencia al declarar, aunque se apoye en algunos testimonios de la crítica, que sus cuentos, antes de 1964 —a su marcha de España— y aun después, «no se parecían a ningún otro», mientras que «no pocos cuentos de otros, de ayer y de hoy, se parecen a ellos», verdad es que sus excelencias pedían desde tiempo atrás la edición en una serie donde le acompañan muy ilustres colegas coetáneos.

RESUMEN

El profesor Martínez Cachero se ocupa por extenso de los cuentos de Medardo Fraile, figura destacada entre los cultivadores del género que en los años 50 y 60 lograron un inigualado momento esplendoroso de esa modalidad narrativa,

e historiador, antólogo y teórico él mismo del relato breve. Diálogo, descripción y narración son los componentes de la estructura de las historias de Fraile, muchas de las cuales analiza y valora Martínez Cachero en su artículo.

Medardo Fraile

Cuentos completos

Alianza Editorial, Madrid, 1991. 426 páginas. 925 pesetas.

El papel actual de las Humanidades

Por Emilio Lledó

Emilio Lledó (Sevilla, 1927) es catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad a Distancia, ha sido docente en las universidades de La Laguna, Barcelona y Heidelberg y «fellow» del Wissenschaftskolleg, «Institute for Advanced Study», de Berlín. Premio Nacional de Ensayo 1992, entre sus libros se encuentran *Filosofía y Lenguaje*, *El epicureísmo* y *La memoria del Logos*.

La transformación del mundo que está aconteciendo a finales del siglo XX ha llevado a plantearse, con una cierta urgencia, una serie de problemas relacionados con el lugar que pueden ocupar las «Ciencias del Espíritu», las «Humanidades». La urgencia de ese planteamiento se debe, entre otras cosas, a la amenazante marginación que, en el territorio de los saberes y conocimientos actuales, pueden sufrir las también llamadas «Ciencias Humanas». Ya la misma denominación es problemática e indica la ambigüedad en la que, desde siempre, se ha movido ese inmenso conglomerado de conocimientos e informaciones. Porque, efectivamente, limitar el «espíritu» al dominio de la Literatura, del Arte, de la Historia, de la Filosofía, no deja de constituir una arbitrariedad, lo mismo que lo es llamar únicamente «humanidades» o «ciencias humanas» a esas «formas» de conocimiento, como si no fueran humanos esos otros saberes que se agrupan bajo el escueto nombre de «ciencias» o, con una leve connotación indudablemente equívoca también, «ciencias de la naturaleza», y como si no fuera naturaleza, a su vez, ese ser que construye teorías «científicas», que escribe historia, que compone poemas. Estos equívocos, aparentemente triviales, son muestra, en un nivel muy elemental, de un problema de fondo que hace suponer un viejo y confuso planteamiento.

El hecho de que esos problemas hayan inspirado, sobre todo en Alemania, un considerable número de estudios, no se debe sólo al interés por justificar, desde nuevas bases, el lugar de los supuestos saberes humanísticos. La mayoría de estas investigaciones nos proyectan a un dominio en el que hay que plantear, más que una delimitación «topológica», una cuestión «ontológica»: el sentido, pues, de esos saberes en sí mismos, sin relación, incluso, con la simple coyuntura histórica.

La crisis que las ciencias «humanas» parecen sufrir en nuestros días se agudiza por la aceleración en la que está inmersa la historia contemporánea, una parte de cuyos productos viene marcada por una insuperable consunción. El carácter efímero que, en consecuencia, los alienta exige también una incesante renovación en la que apenas hay tiempo para percibir «objetos», sino tan sólo el ritmo en el que tales objetos se desplazan. Para ello es preciso que esos productos estén atados a la estructura misma de esa acelerada evolución, en la que la proximidad entre el nacer y el perecer ha hecho esfumarse, en cierto sentido, los períodos de desarrollo, de florecimiento, de gozo. Un tiempo acelerado quiere decir que, en la esencial apertura hacia el ser con que todas las criaturas y, por supuesto, los productos culturales nacen, la inminente presencia de su aniquilación, de su nada, vuelve más febril el ansia de «tener» y más acuciante la producción de «otra» cosa, para compensar el vacío de aquello en cuya posesión está ya insinuada y necesitada su pérdida.

Pero las «Ciencias del Espíritu», precisamente porque están sustentadas en una cadena temporal, al otro lado del tiempo de los latidos y del ansia de lo inmediato, acaban por constituir, en su propia temporalidad sin tiempo, en su teórica sucesión sin mudanza, en su presencia paradójicamente nutrida de pasado,



ALFONSO RUANO

una serie de constelaciones ideales y, aparentemente, «anacrónicas». Su anacronismo consiste, sobre todo, en que los saberes de la memoria no urgen y acosan en el tiempo de la consunción inmediata, en el suceder de la materia fungible. Por ello se quedan, al parecer, situados en una prescindible constelación que, saturada de memoria, es, sin embargo, pasto fácil del olvido. El espejo de ese universo sin otro aliento que el que el hombre y su vida pudiera poner en ellos, acaba por desaparecer si ya nadie se acerca a esa contemplación, que precisa otro tiempo más lento y más silencioso que el horrisono vendaval sin rostro de los días presentes.

Carta de ciudadanía

La preocupación por la posibilidad de esos saberes «ideales» tiene a lo largo de la historia, y ya en la misma filosofía griega, uno de sus primeros planteamientos en la famosa anécdota sobre Tales de Mileto. El físico y astrónomo Tales tuvo que soportar las risas de una «bella y graciosa muchacha tracia» porque, mientras andaba mirando a las estrellas, se cayó en un pozo (Platón, *Teeteto*, 174a). Es verdad que estas risas se habrían hoy mitigado muchísimo, ya que lo que andaba investigando Tales era nada menos que esos saberes que han adquirido privilegiada carta de ciudadanía entre las ciencias de la «naturaleza». Pero, por lo visto, en la época de las risas de la joven tracia, las ciencias de la «naturaleza» no se habían investido aún de la suficiente seriedad.

En época mucho más reciente hubo un momento de esplendor indiscutible para las «Ciencias del Espíritu», que encontraron su ámbito institucional adecuado en la Universidad de Berlín, fundada por W. von Humboldt en 1810. Algunos años antes había tenido lugar una seria y renovadora reflexión en la que tomaron parte el mismo Humboldt, Fichte, Schleiermacher y algunas de las figuras más importantes de la vida académica berlinesa. De las muchas propuestas revolucionarias en relación con la Universidad y con su misión, destaca la preeminente importancia que se da a las «Ciencias del Espíritu» y a las «Humanidades». Se convierten, así, en un saber puente en el que se establece la conexión entre ciencia y «formación» («Bildung»). En uno de sus escritos preparatorios para la fundación de la Universidad, escribía Humboldt: «La esencia de la Universidad consiste en anudar íntimamente la objetividad de la ciencia con la subjetividad de una formación... que es capaz de crear cultura moral». Toda la filosofía alemana de la época romántica moduló, en diversos tonos, esa obsesiva sinfonía en la que el tema repetido es el saber

que no sólo crea ciencia hacia el mundo de lo real, sino que configura la idealidad, la persona y, a través de esa configuración, transforma la sociedad.

Es cierto que antes de la reforma de Humboldt, ya Rousseau había prevenido de la, para él, radical separación entre el saber y la moral, y había manifestado sus dudas sobre la «racionalidad» de esos saberes que apartaban al hombre de la única raíz que, verdaderamente, le sustenta: la naturaleza.

La reforma de Humboldt intentaba, sin embargo, con su lema de «soledad y libertad» («Einsamkeit und Freiheit») para las instituciones universitarias, una forma de incorporación en la «naturaleza del saber». La idea de un estudio en libertad y soledad era necesario para que el alumno, más allá de la sociedad depravada y libre de las trabas de la existencia burguesa, pudiera cultivarse como individuo autónomo, como un ciudadano ilustrado, y no precisamente en la soledad de la educación natural, como Rousseau pretendía, sino «en la comunidad de profesores y alumnos a través de la experiencia de un saber que es formación de la persona» (pág. 63).

La posterior historia de las Ciencias del Espíritu y de la Naturaleza, en el ámbito universitario donde se determina el lugar concreto que crea y fecunda esos saberes, ha presentado una incansable transformación. Ya entrado el siglo XIX, el ideal de Humboldt se quiebra en la misma Universidad para la que había nacido. Con el importante desarrollo de los saberes empíricos, Justus von Liebig y, sobre todo, Rudolf Virchow, piensan que ha pasado la época «filosófica» de la Universidad y se ha entrado en una época científica. La necesidad de especialización, el impacto de la ciencia en la naturaleza a la que transformaba y utilizaba, fue desmontando el ideal de Humboldt. Ese ideal, surgido en una época «filosófica», ya no era válido para la época «científica». El «humanismo» se presentaba, además, no sólo como un producto filosófico, sino como una «profesión filológica». Una oposición, pues, a lo concreto «real», al «realismo» materialista, «como si el mundo de los sentimientos y las ideas no perteneciese ya a la realidad» (pág. 78).

Este es el marco general en el que los autores del libro han planteado el problema de la actualidad de las Humanidades. Por supuesto, este trabajo no es más que una muestra de los centenares de publicaciones que, sobre estos temas, han aparecido en Alemania durante los últimos años. Precisamente la misma editorial Suhrkamp acaba de publicar también dos voluminosas investigaciones en las que se exponen las perspectivas «exteriores» —tablas estadísticas del estudio de Humanidades en las universidades alemanas, acompañadas

de comentarios, análisis, valoraciones— y las perspectivas «interiores», donde algunos profesores plantean el sentido, finalidad y futuro de los saberes que cultivan (W. Prinz, P. Weingart y otros: *Die sog. Geisteswissenschaften, Innenansichten*, Frankfurt a. M., 1990, 487 páginas, y *Aussenansichten*, 1991, 436 páginas). Todo ello da idea del interés con que ha vuelto a abordarse el viejo problema de los saberes «humanos».

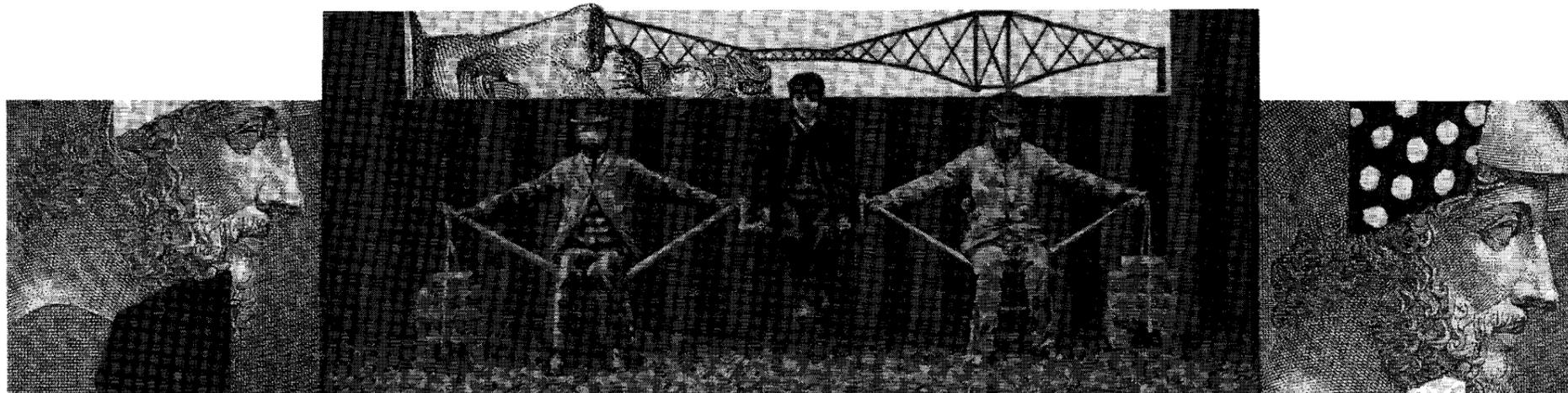
Las dos culturas

De las múltiples cuestiones del libro reseñado comentaré sólo alguna de las que considero centrales. La primera de ellas, que aparece en las páginas de Mittelstrass, nos lleva a la ya famosa distinción de las «dos culturas», popularizada en cierto sentido por Ch. P. Snow (*The two Cultures...*, Cambridge, 1964²). La peculiar separación que ya en los años 50 estableció el físico y novelista inglés entre las ciencias de la naturaleza y las del espíritu, señalaba radicales diferencias, entre las que se destaca su hipótesis de que el futuro pertenece a las Ciencias de la Naturaleza, mientras que las Humanidades podían quedar reducidas a un cultivo, más o menos nostálgico, del pasado. Sin embargo, a pesar de las simplificaciones de tan tajante separación, Mittelstrass cita (pág. 24), oportunamente, un texto del mismo Snow en el que se sitúa el problema en un campo mucho más interesante que aquel que sólo sirve para marcar límites y establecer marginaciones. Las Humanidades «se consideraban como si la tradición fuera sólo la única cultura, como si no existiera el reino de la naturaleza...», como si el edificio científico del mundo físico, en su profundidad, no fuera el más maravilloso logro colectivo del espíritu humano. Pero a pesar de esta reivindicación «humanista» de las ciencias de la naturaleza, lo decisivo en estos planteamientos parece ser el hecho de que se ha perdido, en la actualidad, la cultura común y sólo es posible una cultura partida en la que podrán desarrollarse aquellos saberes que se aproximan a lo «real» y en los que sea la utilidad la que, en buena parte, los justifique. Esta tesis de la utilidad no es tanto manifestación de la practicabilidad de los saberes y, por consiguiente, de su adecuación a la naturaleza, cuanto la expresión de una forma distinta de humanismo en la que se facilita al hombre su instalación y acomodo en el «mundo ancho y ajeno».

Efectivamente, la cuestión de la utilidad puede parecer decisiva en la demarcación de los conocimientos y en su consiguiente empleo. Sin embargo, el proyecto utilitario apenas tiene hoy ya sentido como argumento definidor del «uso» que pudiera justificar a las Ciencias del Espíritu. La cultura contemporánea no creo que pueda apoyarse en el principio de la utilidad para delimitar el objeto y la finalidad de las Humanidades. Resultado de la inmensa capacidad de producir que tiene la sociedad y el capitalismo que la mueve, nunca ha habido mayores posibilidades de promover, precisamente, lo inútil, ni nunca, junto al imperio indudable de ciertas «utilidades», se ha desplazado, paralelamente a ellas, ese otro universo de la más absoluta inutilidad y sinsentido. La razón de esa fabricación y publicidad de lo inútil podría encontrarse, quizá, en el hecho de que con la misma fuerza que lo útil, lo inútil produce también «riqueza» y, en muchos casos, esa riqueza puede aplicarse a la investigación y al abono de la supuesta utilidad. Pero éste es un argumento capcioso. La posible «utilización» de la inutilidad provoca, en parte, una creciente agresión al entorno natural, un olvido y ofuscación de las «raíces». Sin ese suelo que le nu-



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

tre, el hombre no sólo se «deshumaniza», sino que se convierte en el esperpento de sí mismo.

Ante el paisaje del liberalismo capitalista, maleducado en la ganancia y los «intereses», la incultura y miseria mental confunde los horizontes, y bajo el desasosiego de la avaricia se tergiversan los objetivos del desarrollo y el progreso. La utilidad es, por consiguiente, un criterio problemático, y los contenidos que tal palabra encierra necesitan hoy una profunda revisión. Precisamente, bajo la tesis de esa engañosa utilidad, se están modificando criterios en la organización de la enseñanza y en el centro mismo de la educación. Una supuesta modernización de planes de estudio, de nuevas «carreras», se presta también a esa ciega promoción de lo inútil y vacío bajo el estandarte de unas exigencias que parecen coordinarse con las pretendidas necesidades y retos de nuestro tiempo. Sin embargo, es la revisión y el replanteamiento de esas falsas «necesidades», el revolucionario análisis del hueco mundo de la inutilidad, lo que podría liberarnos, a su vez, de cargar con una educación tan inútil e inutilizadora como los vanos productos que pretende digerir y asimilar. La adecuación con los tiempos presentes, la actualización del saber y la construcción inteligente del futuro, no se hace desde esos puntos de absorción desde donde nos arrastran las «necesidades innecesarias», sino desde proyectos entre cuyas líneas puedan trazarse la crítica y la eliminación de las pseudorealidades.

Compensación-racionalización

Aceptando el imperio de las Ciencias de la Naturaleza como posible estructura que tiene que ver con lo real, con su desarrollo y elaboración, se ha pensado, recientemente, que un buen argumento para seguir justificando a las Ciencias del Espíritu, sería considerarlas como una especie de «compensación» frente a la radical «racionalización» de la modernidad. Una compensación, pues, que se fundase en la revitalización de lo particular, de lo histórico, de las tradiciones. Sin embargo, mal servicio podría prestarse a tales ciencias, que con esta teoría de la «compensación» quedan reducidas a aposentarse en los márgenes de la «realidad presente» y a olvidarse de su originario carácter crítico y «teórico». Tugendhat ha visto con agudeza el error que encierra ese papel compensatorio asignado a las Humanidades (Ernst Tugendhat: *Philosophische Aufsätze*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1992, pág. 453 y ss.): «Las Ciencias del Espíritu no surgen de una reacción ante las Ciencias de la Naturaleza..., sino que emergen de la misma idea de conocer objetivamente, bajo puntos de vista empírico-críticos, la totalidad de lo real, tanto de la naturaleza como de las construcciones espirituales» (Tugendhat, pág. 454).

Las Ciencias del Espíritu rompieron ya con esa idea arcaizante de la tradición, y en los momentos capitales de su desarrollo han puesto de manifiesto el carácter «ilustrado» y crítico que las orienta. Un rasgo esencial

de esta forma de saber consistió en «Lógon didónai», en dar razón, manifestada en esa estructura «refleja» de la verdadera cultura que pretende, por ello, analizar, entender y asimilar sus propios productos en función de la coherencia y justificación del contexto en el que surgen. Ese «dar razón» permite conservar el aspecto más fecundo de esas ciencias, que no se limitan a ponernos ante los ojos el remoto pasado —como tal pasado— que a través de los textos y de los «restos» se descubre, sino que alimenta, en su perspectiva pedagógica, una formación crítica, abierta a la posible actualidad de todo legado histórico y a la voz de todas esas experiencias que continuamente tienen ecos en el presente.

Esto nos lleva al planteamiento que, en su contribución a esta obra, desarrolla Jauss. La filosofía ha sido, desde los griegos, un saber iniciador y estimulador de otros saberes. En el seno de la filosofía, y antes de convertirse en ciencias independientes, se nutrieron y vivieron otras formas de conocimiento. Algo así como si el lenguaje filosófico fuera capaz de promover esos «cambios semióticos» desde los que se constituye el llamado conocimiento científico. Las Ciencias del Espíritu son, por naturaleza, «dialógicas», o sea, incitan continuamente a una reflexión sobre el lenguaje que las constituye y, por consiguiente, sobre todo lenguaje. Este «paradigma semiótico» nos lleva a descubrir, en los signos de cada cultura y, sobre todo, en la cultura contemporánea, la necesidad de integrar de nuevo los conocimientos en una «antropologización» del saber desde el que reconstruir el centro integrador, aparentemente perdido. La perspectiva antropológica conduce necesariamente a destacar esa «forma» dialógica de la vida humana, del conocimiento y de su comunicación.

Tal vez, por ello, el lema de la «soledad y libertad» que presidió la creación de la Universidad de Berlín a comienzos del siglo XIX no pueda ya sostenerse tal como Humboldt lo había concebido. La estructura dialógica del lenguaje y los conocimientos que transmite obligan a una continua controversia entre los distintos saberes y abre la perspectiva hacia sus condiciones de posibilidad. Pero esa controversia encuentra hoy especiales dificultades. Jauss insiste en la tesis de Rousseau de que el saber y la moral no han avanzado conjuntamente. El desarrollo de la ciencia ha sido orientado por intereses que no se plantean esos problemas que tienen que ver con la ética, cuyos principios podrían incluso ser obstáculo al «liberal» despliegue de la ciencia. Sin embargo, sólo una visión que integre antropológicamente ambas perspectivas ofrece al desarrollo científico, a la cultura moral, el único camino transitable. Las Ciencias del Espíritu pueden representar en esta «integración» un papel importante. Es posible que su «forma» de conocimiento no sea, fundamentalmente, «científica», porque no pretenda tanto precisar y delimitar respuestas cuanto ampliar el contexto de las preguntas. Y las preguntas pueden parecer muchas veces «no científicas», porque se hacen en esa frontera que los saberes científicos han establecido con claridad. Preguntar es aceptar, más allá de esos límites, la posibilidad de seguir pensando, aun a riesgo de tener que habérmolas con la inseguridad.

Por supuesto que no sólo son las ciencias empíricas las que parecen cerrarse, a veces, en la claridad y rotundidad de sus sistemas conceptuales. Ha habido en las «Humanidades» clausuras mucho más graves que han convertido a un lenguaje anquilosado y hierático en falsas fórmulas humanísticas, en palabras vacías y sin sustancia semántica alguna; pero que eran utilizadas desde oscuros rincones ideológicos.

Los mismos grandes nombres de escritores y filósofos que se manejan, un poco grandilocuentemente, en la farmacia pedagógica, pueden quedarse convertidos en banderolas sin viento, en nombres endurecidos, como almenas insensibles en el amurallado y vacío territorio de la cultura aparente. Una imprescindible revolución pedagógica tiene que mostrar, con esa vitalización crítica de las ciencias humanas, la imprescindible función que todavía tienen.

Magnífico es el resumen que Frühwald hace de los problemas del enfrentamiento entre la formación humanística y técnica en el siglo XIX, a la que he aludido anteriormente. Surge aquí la terminología weberiana a propósito de la *Zweckrationalität* que recogerá también Koselleck en su estudio sobre el sentido y la «sociología» del concepto de «Espíritu» («Geist») y de los distintos contextos que lo han engendrado. En función de esta evolución del «Geist», Koselleck plantea además el tema de la «Rationalität» que Max Weber había destacado ya, en los años 20, como lema determinante de la cultura contemporánea. La racionalidad y la adaptación a una serie de fines concretos ha influido en la configuración del mundo presente. El encontrar, por ello, un lugar, también con finalidad y racionalidad, para las Ciencias del Espíritu, constituye un reto, porque cada día es más evidente que, a su vez, el concepto de racionalidad puede volverse irracional si los fines que lo dinamizan atienden exclusivamente al complejo principio de la utilidad. El obsesivo cultivo, en las escuelas y universidades, de un saber meramente acumulativo y orientado sólo por la pobre racionalidad de sus inmediatos y aparentes logros, produce también, como la utilidad,

su propia contradicción. En el momento en que la racionalidad se despegaba de esa «antropología integral» en la que el hombre descubre fines y sentidos al otro lado del mero desarrollo material, va surgiendo la sombra de una irracionalidad que no sólo frena la auténtica razón de ser del desarrollo, sino que lo convierte en algo pernicioso para la misma naturaleza bajo cuya bandera pretende justificarse.

En las páginas finales de esta obra, Steinwachs expone la situación de las Ciencias del Espíritu en una sociedad dominada por los llamados «medios de comunicación de masas». Es difícil, sin caer en rechazo sistemático y elitista de esos medios, descubrir, a pesar de todo, el poder de las Humanidades y la imprescindibilidad de su cultivo. Steinwachs recoge las usuales y, tal vez, ciertas críticas a la televisión y expone las distintas tesis desde las que se analiza: la tesis de la «manipulación», la tesis de la «imitación», la tesis de la «estupidización», la tesis de la «simulación». Pero estos «instrumentos» de nuestro tiempo están ya ahí y tenemos, de alguna forma, que aceptarlos. Porque en lugar de máquinas de entontecimiento y alienación podrían ser, en muchos momentos, instrumentos de libertad y progreso. Bastaría sólo con que sus «señores» y dueños llegasen a convencerse de que la infame violencia, crueldad, degeneración mental que transmiten y subvencionan acabará devorándolos a ellos o, casi seguro, a sus descendientes. Desde ninguna perspectiva, y menos aún la de los sonoros dividendos de empresas controladoras de tales medios, puede justificarse esa creciente producción de basura. Hablar de derechos humanos, de esas palabras sonoras y vaciadas de sus verdaderos contenidos (educación, arte, solidaridad, justicia, bondad, etc.), mientras se emiten productos que describen el horizonte de la monstruosidad, es una de las más sangrantes contradicciones en que la hipocresía y la doble moral se manifiesta. Por ello, es hoy necesario el cultivo del lenguaje, del diálogo, de la «actividad» intelectual en la escuela y en las universidades, el fomento de la consciencia crítica y el de la «ilustración», frutos imperecederos de las verdaderamente «útiles» Ciencias del Espíritu.

(Una bibliografía de casi mil títulos cierra esta estimuladora y oportuna publicación.)

RESUMEN

Las mudanzas que está sufriendo el mundo en este final de milenio alcanzan también a las tradicionalmente llamadas «Ciencias del Espíritu» o «Humanidades». El profesor Lledó ha detectado el interés que está suscitando esta cuestión en Alemania, en donde,

en realidad, tal como explica en su comentario, se está cuestionando el sentido último de esos saberes «humanísticos» en sí mismos, sin relación, incluso, con la coyuntura histórica en la que vivimos y que parece producir ese cambio.

Autores varios

Geisteswissenschaften heute

Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1991. 209 páginas. 16 marcos alemanes.

¡Oh, fortuna, cruel, injusta y voluble!

Por Manuel García Velarde

Manuel García Velarde (Almería, 1941) es catedrático de Mecánica Estadística y miembro de diversas comisiones internacionales (IUPAP, EPS, NATO, ESA, CCE). Fue Premio 1991 de la Real Academia de Ciencias (Madrid), Premio CAPIRE 1992 a la Creatividad y autor de más de doscientas cincuenta publicaciones científicas y de divulgación, relativas a física de fluidos, transiciones de fase y caos en sistemas disipativos no lineales.

Azar y determinismo coexisten y condicionan la naturaleza y su evolución. Ya se reconoce en el *Eclesiastés* (9, 11-12): «Tórname y vi debajo del sol que no es de los ágiles el correr, ni de los valientes el vencer, ni aun de los sabios el pan, ni de los entendidos la riqueza, sino que el tiempo (lo determinado) y el acaso (el azar) en todo se entremezclan y que ni aún su hora conoce el hombre».

También Epicuro y sus seguidores hablaron del azar como causa de lo que a veces nos ocurre. Pero Epicuro subrayó que el azar no es un «dios» y sostuvo que el comportamiento humano no es algo aleatorio, sino más bien que el azar provee oportunidades de las que podemos usar o no, adelantándose siglos a la ideología darwinista. Es como la «chiripa» de un descubrimiento científico, según señalaron Réaumur y Pasteur: el azar puede dar la ocasión de hacer un inesperado descubrimiento a aquellos que «juegan», están preparados y saben aprovecharse de esa «lotería».

Razón y sinrazón

Autores hubo que ensalzaron los frutos del azar y otros que lo denostaron. Ovidio, en una de sus elegías, acusa a la fortuna de cruel, injusta y voluble. G. B. Shaw, satírico pero irracional, clama: «¿Qué esperanza de mejora le queda al hombre? Ninguna según los darwinistas, porque cualquiera que pudiera tener lugar sólo podría ocurrir mediante un arbitrario "accidente" que al tomar la media estadística sobre todos los posibles "accidentes" es tan despreciable como cualquier otro igualmente arbitrario accidente» (poco sabía de la insistencia de Emile Borel -*Le Hasard*, Alcan, París, 1928- sobre la realizabilidad de un suceso poco probable, pero no imposible). En notas autobiográficas, la fascinante y desenvuelta actriz del cine «mudo» Louise Brooks, al recordar, afectuosamente, el impredecible comportamiento del director G. Pabst, con quien rodó, en-

tre otras, *Lulú, La caja de Pandora, Tres páginas de un diario...*, se refiere a que «en cada instante nuestra vida se nos presenta como un "extraño" en la noche. ¿Quién de entre nosotros sabe dónde irá mañana?» (Proust). Sobre ello también insistió Buñuel, quien en sus memorias, aparte de jactarse por la suerte de haber vivido su infancia como en la Edad Media -dolorosa en la parte material y exquisita en la espiritual-, señaló que «el azar es el gran señor de todo; la necesidad sólo viene detrás y no tiene la misma pureza», tema que abordó en *El fantasma de la libertad* y que soñó continuar (con escenario plagiado de J. Monod: *El azar y la necesidad*, Tusquets, Barcelona, 1973): Un mendigo pasea por la calle y se ve asomar por la ventanilla de un «haiga» la mano de un ricachón que tira la colilla de un puro habano. El mendigo se para en seco y se abalanza sobre ella al tiempo que otro coche, inesperadamente, pasa, le atropella y mata. Tuvo mala suerte por ese «encuentro fortuito de dos vidas, dos series causales independientes».

Ni el «sentido común» ni una demostración matemática nos asegura contra la «mala» suerte, y, por tanto, ridícula consolación la de aquel que piensa que la probabilidad de su mala suerte era pequeña si le ha tocado fastidiarse, o insensato pesar si se obsesiona con aquello de siendo tan improbable, ¿por qué a mí? No es imposible, sino únicamente muy poco probable, que el agua hirviendo de pronto sin más se congele, como que la escritura de todos los volúmenes de una biblioteca o la pintura de todos los cuadros de un museo lleguen a ser hechos por cualquier idiota o sin talento. Por supuesto, lo que hace «maestra» una obra no es el conjunto de sus elementos, sino la combinación de los mismos, al igual que ocurre con la vida misma, con los seres vivos («el hombre ya sabe que ha emergido por azar de la inmensidad indiferente del Universo y que su destino no está escrito en parte alguna», subrayan tanto Monod como F. Jacob, *El juego de lo posible*, Grijalbo, 1982, o «la aparición del hombre es probablemente el resultado de una anomalía cromosomática», una copia errada pero darwinistamente exitosa, fruto de una ancestral madre no humana, como dice con humor L. Thomas, *The wonderful mistake - Notes of a biology watcher*, Oxford, 1988). Es probable aunque no cierto, es incluso poco probable pero no imposible, que ocurran tales «milagros», por lo que indebidamente asimilamos tan baja probabilidad a la «certeza» de su imposibilidad. Pero, ¡cuidado!, es como en nuestra vida la libertad... por pequeña que la tengamos, hay un abismo entre un mundo donde esa porción existe y una dictadura.

Parece ser que «azar» viene del nombre de un castillo en Siria, El Azz-har, cuyo sitio durante la primera cruzada, a principios del siglo XII, fue tan largo que en vez de matarse mutuamente los soldados enemigos jugaban a los dados (hay quien sostiene que azar viene etimológicamente de la palabra árabe que designa, precisamente, el juego de los dados). Ya el general griego Palamedo, durante el sitio de Troya se entretuvo (re)inventando el ajedrez, amén de realizar numerosos descubrimientos relativos a mareas y otros asuntos científico-técnicos. Aunque se dice que los chinos ya jugaban al ajedrez desde el 2300 a. C. y que el juego de los dados ya era usado en la India desde el 4000 a. C. (el maravilloso códice *Juegos de ajedrez, dados y tablas*, de Alfonso X el Sabio -1283-, donde se justifica el juego en una visión optimista de la vida, está en el monasterio de El Escorial).

Octavio Augusto, Agripina, Nerón, Helio-gábalo, Calígula... inventan loterías públicas para bien o mal de sus súbditos, manifestando en ocasiones su sadismo. Felizmente, en tiempos más recientes loterías públicas han sido usadas para claro beneficio público, tal y como ya en 1527 ocurrió en París con la construcción de un hospital.

¿No es delicioso que San Francisco de Sales (canonizado en 1665) trapease en el juego (un tramposo es simplemente alguien que rompe un pacto libremente aceptado con el azar)... para sacar beneficios que luego daba a los pobres, como -en otra forma de niveladora justicia económico-social- hiciera más tarde con el fruto de sus «asaltos» José María «el Tempranillo»?

¿No es asimismo emocionante que Jean le Rond, abandonado por su madre, pudiese, gracias a la educación recibida en un hospicio fundado en 1648 por San Vicente de Paúl, que subsistía con los beneficios de una lotería anual, convertirse en el gran científico D'Alembert, usando luego su celebridad e influencia para promocionar la lotería que proveyó los fondos con que construir la Ecole Militaire cuando, al mismo tiempo, junto con sus «enciclopedistas» amigos, criticaba toda otra lotería y juego de azar?

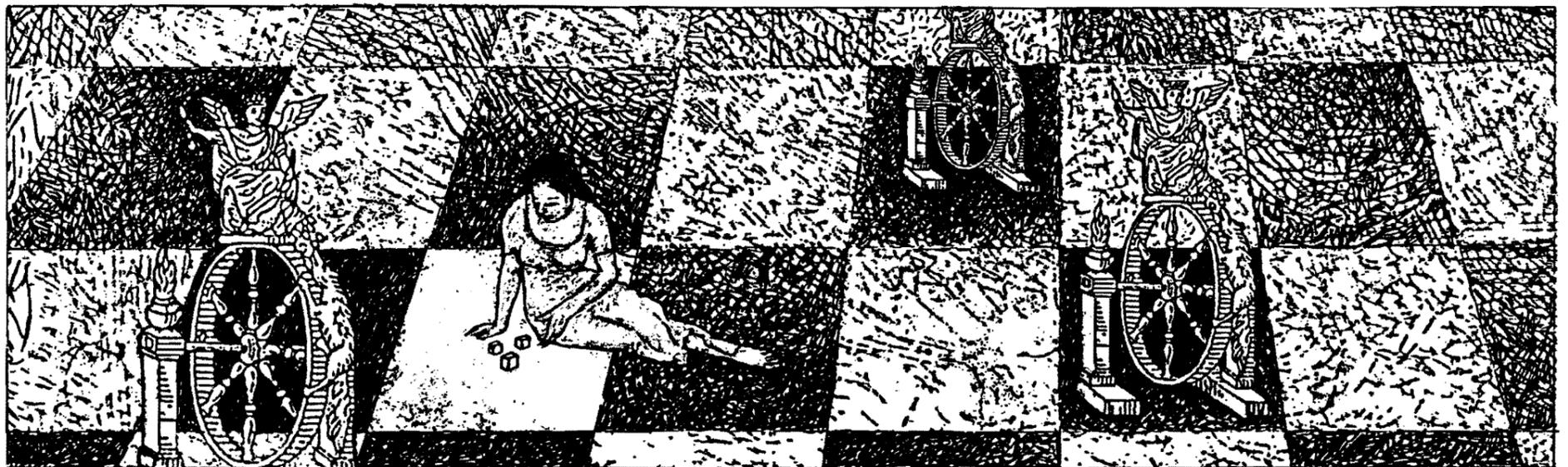
¿Y lo divertido que resulta saber que varias obras literarias, como *Turcaret* (sátira de las gentes de negocios, sus sirvientes y aduladores, en que el dinero es el principal personaje) y *L'histoire de Gil Blas de Santillana* (voluminosa narración psicológica sobre el hombre en el mundo, solo con su inteligencia, su prudencia...), fueron escritas por A.-R. Lesage en el reverso de cartas de barajas?

¿Cómo no van a fascinar el juego y la lotería si librarse de la «mili», construir hospitales, puentes o la vida misma, como en la «ruleta rusa», del azar se hacen depender?

La lotería actual, donde el jugador sólo actúa pasivamente, se desarrolló durante el siglo XVIII. Por ejemplo, en Francia, el 11 de mayo de 1700, Luis XIV estableció la lotería «estatal». Abolida por la Revolución francesa el 15 de noviembre de 1793 (antes ya Mirabeau había criticado «ese impuesto cuyo beneficio proviene de la locura y la desesperación»), fue restablecida en el Directorio el 8 de septiembre de 1797 gracias al vibrante apoyo de uno de sus anteriormente celeberrimos detractores, un llamado Sebastián Mercier. Desapareció en 1990 en beneficio del Loto y otras loterías «activas» en las que el jugador escoge los números, como en nuestra «Primitiva», aun cuando la probabilidad de ganar es muy inferior.

¿Y aquello de que -dicen- durante varios años seguidos el premio «gordo» de la lotería de Navidad ha sido repartido por la lotería X o el lotero Y? Pues bien, «porque vende más números», la probabilidad de que X reparta el «gordo» es mayor que la que tiene la lotería Z de un pueblo perdido de Palencia o de Huesca (¡vaya iglesias, joyas del arte románico, que poseen!). Pero la probabilidad de que a usted o a mí nos toque -si compramos un número, cualquiera que sea la administración a la que acudamos- sigue siendo la misma: un sesentaseismilavo si hay sesenta y seis números. No me diga que su número ha de ser «alto» o, al contrario, lo quiere «bajo»; o que como ha soñado con el 7, o de religión el 13 le viene, o incluso le gustan los «dos patitos» (el 22), por esas cifras ha de jugar, que «seguro» le va a tocar. Si ello le da placer, juegue a esos números, pero créame, hágalo a conciencia y consciente de que da lo mismo. Difícil es sustraerse, cuando del azar se trata, de mezclar lo objetivo con lo subjetivo y, si me apuran, supersticioso, o de establecer correlaciones infundadas o simplemente falaces.

Al menos en las televisiones de Estados Unidos (país donde comenzó), Francia, Alemania..., y España, existe el programa-concurso, con premios inmediatos, cuyo título es «La rueda» o «Ruleta de la fortuna». Frente a los numerosos concursos existentes, de éste lo que me agrada, cuando en cualquiera de esos países lo veo, es su sencillez, ausencia de primitivo machismo, relativa alta calidad de las preguntas e incluso elegancia, tal y como en el caso francés. No es, pues, extraño que Christian Morin, presentador de este último, sea el autor de *La roue de la Fortune*. A Morin, según dice en el prefacio, el tema le espantaba por lo arduo de la recopilación de material para contarnos «esa constante en el comportamiento de los individuos y de los gobernantes, cualquiera que sea la época, el



VICTORIA MARIOS

Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

régimen político, el país y el medio social». Fascinado por la «tentación que corroe al hombre de esperar del azar tanto la fortuna como acceder a un «sueño» y la emoción», acabó escribiendo un volumen de 19 capítulos, 16 ilustraciones en huecograbado (pinturas y fotos relativas a diversos «juegos» y entretenimientos) y más de 300 páginas; documentado (por los detalles como por la lista bibliográfica de dos páginas, lo que no suele ser común en un libro de «kiosko» para el «gran público»), ameno y de «actualidad».

Ya en el capítulo primero, Morin habla de la «rueda que gira desde tiempo inmemorial», empezando con la celeberrima anécdota de Cristo en la Cruz y unos soldados jugando a su túnica, escena ilustrada con la reproducción en blanco y negro de una pintura de Fouquet. Más adelante, en el capítulo tercero, recuerda que la sustitución de Judas por Matías, tras el suicidio de aquél ahorcándose, se resuelve cuando la supuesta «inocente» mano de un niño saca su nombre de entre 72 candidatos (Matías fue mártir y santo). Parecido es lo que cuenta, pero quizá sólo sea leyenda, que Crotona es ciudad célebre no sólo porque allí vivió el filósofo y científico Pitágoras, así como su yerno el atleta Milon, sino porque se casaba la gente mediante lotería. Cada año se seleccionaban doce casaderos muchachos y muchachas y, echada la suerte, machista y secuencialmente, el primer agraciado podía elegir entre las doce féminas y sucesivamente los demás con las restantes, como cuando en un colectivo los individuos reciben personal «destino» sacando un número de una urna o de un bombo.

Tras empezar siendo representada con los ojos vendados y repartiendo caprichosa y ciegamente favores al azar, Morin recuerda que los romanos edificaron al menos 26 templos a la diosa Fortuna bajo muy diversas apelaciones (estatal, privada, hembra, viril...), de modo que Trajano decidió aunar la dispersión e inventó la «Fortuna Universalis». Servio Tulio (550 a. C.), cuando dota de «constitución» a Roma, colocó al Estado bajo la protección de la Fortuna, encarnación del favor de los dioses. Los juegos de azar hicieron furor entre los romanos, aunque sus autoridades nunca gravaron impuestos; ¡hélas!, en Francia ya en el siglo XVII imperaba la fiscalidad en el juego.

Frente a Fortuna, que da favores a diestro o siniestro sin discriminar a buenos de malos, se inventa Némesis, que sólo favorece a quienes desprecian los bienes de este mundo, aunque curiosamente sus representaciones escultóricas son similares.

Morin repasa, amena y detalladamente, cómo nacen y se desarrollan diversos juegos, inventados y reinventados como entretenimientos o negocios, desde el Extremo Oriente

hasta nuestros lares, pasando por el Oriente Medio, Egipto..., los griegos, romanos, os-trogodos, visigodos... Con numerosas anécdotas nos presenta facetas de religiones, instituciones y personajes célebres, viciosos, aficionados (hay quien juega por afición y quien lo hace para ganar) o detractores del «juego»..., políticos, literatos, artistas..., «santos», que cabía imaginar, ilustrándonos así la naturaleza humana. Descubrimos así cómo «a la larga pequeñas causas han llegado a generar, individual o colectivamente, grandes efectos».

En el capítulo 17 de su libro habla Morin de los juegos radiofónicos y televisivos, lo que nos trae al tiempo presente y a su experiencia personal. Desde 1958, más de treinta y tres años, dice que dura «Le jeu des mille francs», creado por Henri Kubnick (Paris-Inter, France-Inter). El oyente es el objeto deseado (niveles de audiencia e inversiones en publicidad). Surge el «especialista en juegos televisivos» y la búsqueda del éxito acudiendo a «sintonizar» con las cuerdas de la mayoría, de modo que la televisión ha enviado en el «juego» a una multitud de gentes que de otro modo habrían permanecido ajenas al mismo. Delicioso es, sin embargo, leer que entre las cartas de potenciales concursantes que Morin ha recibido haya habido la de una madre de familia, de profesión sus labores (!), cuyo deseo era ganar el concurso para marcharse una semana, sola, de vacaciones a una isla desierta y dedicarse a la pesca con caña. «La roue de la fortune», en la cadena TFI, desde 1987 sale durante la media hora que precede al telediario, de siete y media a ocho de la tarde. En 1990, su nivel de audiencia se situó entre diez y quince millones de telespectadores, o sea más del cuarto de la población francesa.

La lotería de la vida

En un capítulo titulado «Anatomía del jugador» trata de diversas cuestiones y, en particular, de España. Antes, de Francia comenta que en las últimas elecciones presidenciales hubo apuestas por doquier sobre si ganaría Mitterrand o Chirac, como ya en la Edad Media se hacía sobre si tal o cual cardenal sería el próximo Papa. De España señala que somos uno de los países que más juega a la lotería y otros juegos de azar. Parece ser que, en media, el español se gasta casi 20.000 duros al año. Habla y da detalles de la experiencia «insólita» de una consulta introducida por dos médicos en Barcelona para «desintoxicar» viciosos del juego como si de drogadictos se tratase. También habla de cómo ante la falta de donantes de sangre, voluntarios netos, hay otro médico que en Madrid ha creado una

«rifa» de tal modo que, tras donar sangre, el «voluntario» se puede hacer con una cadena hi-fi (dice que con ese aliciente han llegado a presentarse hasta 160 voluntarios por semana). Y concluye su libro con una frase humorística de Tristan Bernard: «Juego, luego existo».

Aprovechemos para traer a colación el librito compilado por Emile Noël (*Le hasard aujourd'hui*, Seuil, París, 1991) con las entrevistas radiofónicas de quince doctos sabios de variadas disciplinas, emitidas por France-Culture (subrayemos D. Ruelle, autor de *Chance and chaos*, Princeton, 1991). El «juego», la lotería..., el azar, permean toda labor humana. Pertenece a lo más profundo del hombre (Schiller), pero curiosamente, como el psicólogo S. Moscovici señala, se juega diferentemente al actuar individual o colectivamente; así, cuando hay que elegir entre una solución «arriesgada» y otra «prudente», los grupos optan por la primera, mientras que el individuo lo hace por la segunda: las decisiones colectivas tienden a irse más por los extremos (de ahí que un líder «fascista» sólo se desarrolle cuando una camarilla sintoniza con él). Los argumentos estadísticos, probabilistas, los conocimientos que tenemos del azar, apenas son usados en la vida «corriente», por lo que tanto cuando jugamos a la lotería, a la ruleta..., o actuamos sociopolíticamente, domina la tendencia a establecer correlaciones infundadas o simplemente falaces, dando como consecuencia que la difamación y otras corrupciones tengan terreno abonado (sabia reflexión la de E. Canetti en *Masa y poder*, Alianza Ed., Madrid, 1977). Por otro lado, el desarrollo de las «modas» frente a la «costumbre» parece tener el mismo fundamento: la gente no escoge un objeto, tal un coche, entre sus ideales, sino entre los que va a escoger la mayoría, que a eso lleva la especulación, como ya dijera J. M. Keynes (*The General Theory of Employment, Interest and Money*, capítulo 12, Macmillan, Cambridge, 1936) y como el politólogo J.-L. Boursin (*Les dés et les urnes. Les calculs de la démocratie*, Seuil, París, 1990) nos recuerda.

RESUMEN

El profesor García Velarde, catedrático de Mecánica Estadística, hace un recorrido por las variadas formas que tiene el ser humano para jugar con el azar y el destino, y de la fascinación que el hecho impredecible le

El artista C. Faure asocia —temporalmente— la gran revolución en física con la mecánica cuántica y la relatividad y el azar a Duchamp, al arte Dada (Arp., Tzara...), al su(pe)rrealismo (Dalí..., coleando hasta tan tardío como *Le hasard objectif* de Breton en 1959), expresionismo abstracto (Dubuffet)..., D. Spoerri (*Topographie anecdote du hasard*, Pompidou, París, 1962), F. Morellet, Cournot («el azar es el encuentro fortuito de dos series causales independientes»). El compositor J.-Cl. Risset recuerda que ya en la China antigua se escribían poemas y se componía usando el resultado del juego de los dados, pero, al igual que hoy, tratando de diferenciar entre «sonido» y «ruido» (Mozart también jugó a ello y, por otro lado, imaginó un vals que admite variaciones jugando con los dados). Asunto éste difícil, a veces, por cuestiones semánticas tanto en poesía como en música (pues ruidos haylos de diversa naturaleza). Piénsese en el irónico poeta y narrador Raymond Queneau (*Cent mille milliards de poèmes*, 1961), algunas obras de J. Cage (usando pianos trucados; y la sin par no-obra *4'33" de silencio*), de Xenakis (de origen ingeniero-arquitecto), de C. Halffter, de T. Marco (explícitamente en *Las moradas del caos*, tercera parte de su *Sexta Sinfonía*, creada en Madrid en octubre pasado), de K. Stockhausen (*Hymnen, Mantra* —creada en 1970 por los maravillosos hermanos pianistas Alfons y Aloys Kontarski..., de las que muy detalladamente habla con J. Cott en *Entretiens*, Lattès, París, 1988), de Hiller y Barbaud, que usaron el «método de Montecarlo», técnica de la mecánica estadística relacionada con la «experimentación» en el célebre «laboratorio»-casino.

Finalmente, pensemos que no en vano es consecuencia del «juego amoroso» y subsecuente «carrera-lotería» que un espermatozoide, uno solo entre centenares de millones..., fecunda el único óvulo que inicia cada uno de nosotros que, general e insensatamente, llegamos a imaginarnos como el «centro» del universo. ||

provoca. La ocasión se la da un libro divulgador y de «kiosko», en el que un presentador de la televisión francesa cuenta su experiencia en los concursos de azar, que tanto impacto causan en la audiencia.

Christian Morin

La roue de la fortune

Perrin, París, 1991. 325 páginas. 98 francos franceses.

La transición ingresa en la historia

Por Javier Tusell

Javier Tusell (Barcelona, 1945) es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Ha publicado más de una veintena de libros sobre la historia política española del siglo XX, obteniendo, entre otros, los Premios Nacionales de Literatura (en sus modalidades de Ensayo y de Historia), el Premio Espejo de España y el Premio Mundo.

El último tomo de la *Historia de España* de la Editorial Labor representa, más que un acontecimiento editorial, un suceso de carácter intelectual y cultural de primera importancia, por lo que no basta examinarlo por sus propios valores tan sólo, sino también por el significado de la aparición de un libro como éste. En efecto, por vez primera aparece un estudio de la etapa más reciente de nuestra historia elaborado no por especialistas en ciencia política o sociólogos, sino por historiadores. Es cierto que se ha publicado ya algún libro de estas características, pero o bien es de carácter muy general, o ha estado dirigido a un público extranjero o había aparecido fuera de una de esas grandes series de historia de España, tan habituales en el mercado editorial. Ahora, en el tomo de Labor, tenemos, como suele ser habitual en esas grandes colecciones ya mencionadas, un estudio elaborado por varios historiadores que abordan este período desde su propia especialización temática.

Lo primero que es preciso preguntarse respecto de este libro es si tiene sentido hacer historia de acontecimientos tan recientes. Es habitual decir, cuando se intenta abordar históricamente el pasado más cercano, que se incumple ese requisito previo que suele considerarse como imprescindible para desarrollar la tarea del historiador, es decir, el haber dejado pasar un imprescindible espacio de tiempo, con lo que la historia queda reducida a la condición de periodismo, sin que se pueda conseguir la objetividad ni agotar las fuentes, ese requisito considerado imprescindible por todos los historiadores. En el fondo, lo que tal cuestión pone sobre el tapete es la misma posibilidad de la historia del tiempo presente.

La verdad es que la idea de que no se puede tratar de los acontecimientos más próximos en el tiempo desde una perspectiva histórica es propia de los tiempos modernos, porque una gran parte de los historiadores de la antigüedad clásica fueron testigos, cuando no protagonistas activos, del proceso que narraron. La Historia no es la ciencia de los hombres en el pasado remoto, sino que versa sobre los hombres en el tiempo y en el proceso de cambio. Por eso es admisible escribir historia de un tiempo fluyente que todavía no ha agotado sus últimos desarrollos y del que no conocemos el final.

Pero no sólo es lícito, sino que existe una auténtica ansia y una demanda social para llegar a este conocimiento histórico del presente. Gracias al tratamiento histórico del pasado más inmediato es posible descubrir el espesor y las raíces del presente, llegar a comprender sus ejes fundamentales, lo verdaderamente esencial y las causas decisivas que alientan en



«... la cultura en la vida cotidiana.»

FUNDACION JUAN MARCH, 1977.

el hoy. La actualidad se presenta, si es tratada desde esa óptica, al mismo tiempo como un punto de llegada y como engendradora de posibilidades respecto del futuro.

La historia del tiempo presente, por otro lado, es capaz de una interpretación más adecuada y aquilatada que la habitual en otras ciencias, como por ejemplo la sociología y la ciencia política. Otras interpretaciones de la transición española a la democracia han partido de una enumeración de cuestiones, lo que priva a la explicación dada de algo que resulta esencial: se trató de un proceso desarrollado en el tiempo y sólo susceptible de ser explicado mediante el procedimiento narrativo. La Historia se presenta, de esta manera, como una ciencia capaz de hacer la síntesis entre las aportaciones de ciencias sociales distintas; además proporciona un enfoque tan decisivo como es el sentido del tiempo, de la cronología o sucesión de los acontecimientos, y parte del rigor del método positivista en la acumulación de todos los datos previos que resulten necesarios, utilizando a la vez unas fuentes tradicionales, como la documentación oficial y la estadística, pero teniendo también en cuenta al testigo presencial o, lo que es lo mismo, la llamada historia oral. Además es habitual en esta historia del tiempo presente la comparación bien con momentos pasados de la trayectoria del país que se trate o con los comportamientos que se han producido en países con circunstancias culturales o sociales distintas. De esa manera, el tratamiento histórico del presente logra unos resultados que pueden considerarse más positivos, decantados y completos que los de la ciencia política y sociología, a menudo demasiado atenuadas a esquemas conceptuales en exceso formalistas en los que se pretende embutir los acontecimientos pasados.

Por supuesto, esto no evita el peligro de que las interpretaciones de esta historia presente puedan ser a veces más arriesgadas que las de las otras épocas. Una nueva fuente puede permitir conocer mucho mejor un aspecto hasta ahora insuficientemente conocido del pasado, pero el carácter cada vez más público que tiene la vida colectiva ha contribuido a acortar la distancia entre los acontecimientos

y el momento en que resulta posible enjuiciarlos con independencia. Por otro lado, la propia participación en los acontecimientos no es, de modo necesario, un factor que implique subjetividad, sino que puede añadir a la explicación histórica la vivacidad de la experiencia biográfica.

El intento de hacer historia del pasado más reciente en España por Santos Juliá, José Luis García Delgado y José-Carlos Mainer, principales redactores de este volumen, concluye en un resultado más que aceptable; así se descubre, en particular, comparando este libro con los otros que han aparecido sobre la misma etapa. Por supuesto, hay aspectos criticables en lo que han escrito, pero el presente volumen, con sus insuficiencias e interrogantes no eliminados, mantiene un nivel que puede hacerle servir de punto de referencia en el futuro, cuando el número de monografías aparecidas sea mucho más abundante que en el momento actual.

Política, economía, cultura

Santos Juliá ha redactado la parte del libro dedicada a los aspectos sociales y políticos. Es opción plenamente defendible que sea esta temática la que abra el libro, porque la transición, que no puede explicarse sino partiendo de los cambios sociales experimentados en España, fue un acontecimiento esencialmente político y como tal sólo inteligible desde esta perspectiva. Eso justifica, además, el tratamiento por un mismo autor de ambas vertientes del cambio histórico acontecido. La desaparición del mundo rural tradicional, el desarrollo de un régimen capitalista desde hacía ya el tiempo equivalente a un período intergeneracional y, en fin, la existencia de una Administración estatal nutrida de unas clases burocráticas relativamente autónomas, fueron otras tantas pruebas de una transformación social decisiva de España que tuvo su correlato político con el advenimiento de un régimen democrático. Respecto del proceso mismo de la transición, Juliá hace una interpretación correcta, pero sin duda bastante menos brillante y sugerente: da la sensación de que le falta esa facilidad de captación de cada momento preciso que caracteriza a los grandes historiadores de la política y que él ha demostrado, por ejemplo, en su biografía de Azaña. Quizá allí, donde parece más insuficiente su interpretación es acerca del paso por los organismos del régimen destinado a desaparecer de las grandes disposiciones relativas a la reforma política. El libro recupera de nuevo su ritmo con el tratamiento de aquellos cambios sociales que se produjeron en España al mismo tiempo que la transición y, en parte, como consecuencia de ella: una disminución de la fecundidad, el creciente papel del Estado sobre la sociedad

y la llegada al trabajo de centenares de miles de mujeres.

El enfoque dado en el libro por José Luis García Delgado resulta, como no podía menos de ser, coincidente con el que en su día hizo en trabajos más extensos. En consecuencia, no tiene sentido resumirlo aquí de manera pormenorizada, sino de explicar sus rasgos fundamentales, en especial aquellos que tienen que ver más directamente con el resto de los aspectos temáticos abordados en el libro. La tesis de García Delgado, ampliamente probada en el texto, consiste en afirmar el entrecruzamiento entre sintonía y disparidad a la hora de apreciar la significación de la crisis económica para nuestro país. Por una parte, el impacto fue semejante e incluso más grave que en otras latitudes, dadas nuestras carencias energéticas, pero, al mismo tiempo, no hubo una reacción tan rápida ni tan eficiente como en otras naciones europeas, indicio evidente de que lo político primaba sobre cualquier consideración de tipo económico. Merece la pena destacar la independencia de criterio de García Delgado, que no duda en criticar aspectos de la política económica de todos los gobiernos que se han sucedido en España, y lo hace siempre con razones muy ponderadas.

La última parte del libro que comentamos está dedicada a la evolución de la cultura, y respecto de ella hay que alabar el esfuerzo de síntesis llevado a cabo por José-Carlos Mainer. El tratamiento de la evolución de la cultura bien puede quedar reducido, en un libro de las características del que comentamos, a algunas apostillas que pongan en relación lo sucedido en la política con la evolución de la novela o el cine. El tratamiento hecho por Mainer resulta, en cambio, muy completo y brillante; con él se ha convertido, sin duda, en el principal historiador de la cultura en la etapa contemporánea más inmediata: no enumera tan sólo unas cuantas obras significativas, sino que pone en relación los diferentes campos de la creación y, sobre todo, intenta describir un ambiente. Su diagnóstico es que este tiempo de transición a la democracia fue de recuperaciones sucesivas, «privatización», y de muy superior relevancia de la cultura en la vida cotidiana a la de cualquier otra ocasión histórica anterior. Quizá, sin embargo, hubiera sido bueno señalar el momento en que se produce una auténtica renovación de la creatividad cultural.

Una última cuestión digna de comentario es la que se refiere a la fecha final del libro, 1985. En este aspecto los autores dan toda la sensación de haberse plegado más al mercado editorial que a razones de más peso estrictamente históricas. Sin duda, los autores han querido que el libro se acercara lo más posible al momento actual, pero la fecha de 1985 no tiene significación especial ninguna y, por tanto, no debiera haber servido como punto de conclusión del libro: no hay razones de historia política que lo justifiquen, aunque sí se pueden encontrar en otros terrenos, como el cultural o el económico. Lo lógico hubiera sido concluir un libro de historia de España comprometido con la narración del tiempo presente en 1982 o bien arriesgarse a hacerlo en 1991. Pero desde el punto de vista estrictamente historiográfico, lo mejor sería incluso esperar a 1992 para tratar globalmente todo el período posterior a la muerte de Franco. □

En el próximo número

Artículos de Ramón Barce, José Juan Toharia, Julián Gállego, Francisco Ynduráin, Domingo García-Sabell, José Luis Pinillos y Sixto Ríos.

RESUMEN

El historiador Javier Tusell subraya la importancia simbólica que tiene, entre otras valoraciones, la publicación del último tomo de la *Historia de España de Labor*, un volumen que abarca unos años muy recientes y que se

conocen como el período de transición a un sistema democrático en el que vivimos. Y está hecho este estudio no por sociólogos y politólogos, como hasta ahora era normal, sino por historiadores.

Autores varios

Transición y democracia (1973-1985). [Tomo X de la Historia de España]

Labor, Barcelona, 1991. 542 páginas. 2.400 pesetas.

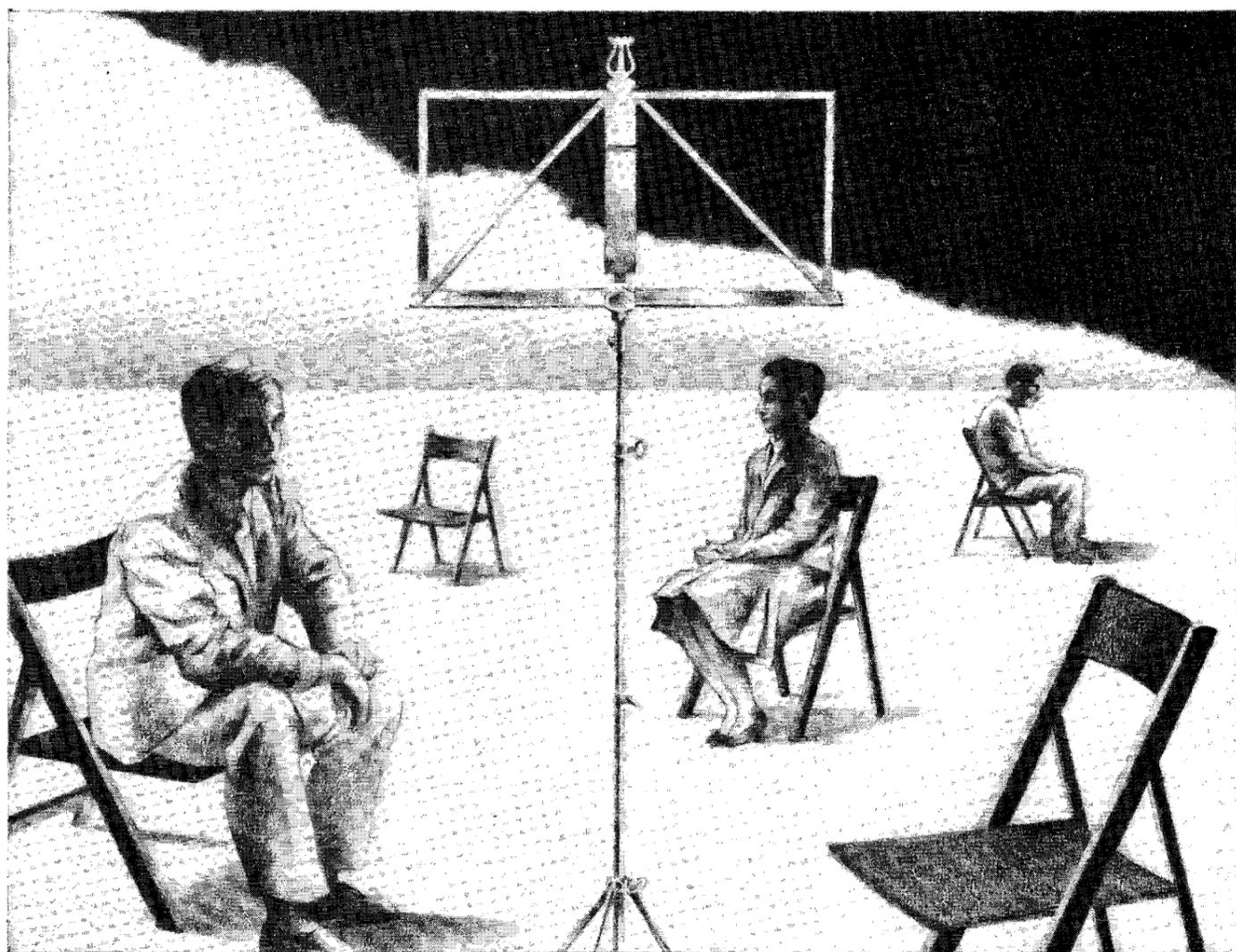
Alienación y música contemporánea

Por Ramón Barce

Ramón Barce (Madrid, 1928) es compositor y autor de un centenar de obras con un nuevo sistema de organización musical, el «sistema de niveles», y con diversas manifestaciones de la «música abierta». Su obra más reciente: Tres quintetos sobre ritmos autónomos. En 1985 apareció su libro *Fronteras de la música*. Es premio de la Comunidad de Madrid 1991.

La publicación por Roberto Favaro de los ensayos y artículos críticos de Luigi Pestalozza referidos a la música del siglo XX y fechados de cuarenta años acá, es un hecho de singular importancia. No sólo porque se pasa revista, a través del prisma italiano, a toda una época de candente movilidad estética, sino porque, al hilo de estos ensayos y de su admirable y profunda coherencia intelectual, se plantean algunos de los problemas básicos de la música de nuestro tiempo. Recuerda Pestalozza las palabras de Walter Benjamin: «Los productos artísticos deben poseer una función organizativa, además de su carácter de «obra». Esa «función organizativa» se trasluce o trasparece como adhesión o rechazo, como enfrentamiento o aceptación de unas directrices no sólo estéticas, sino sociopolíticas, que en cada época y en cada región cultural imponen su ley.

Y ciertamente que el trasluz de ese contenido de la obra de arte no se queda en la mera exposición de una actitud teórica individual por parte del compositor, sino que manifiesta, queriendo o sin querer (¡esto es importante y, en muchos casos, trágico!), su valor con relación a la praxis; o, si se quiere, revela la cantidad y calidad de carga intencional que subyace «realmente» en la obra. Calidad en cuanto que, por ejemplo, no toda rebeldía tiene el mismo sentido: hay rebeldías que son meras rabietas, otras que son gritos descompuestos, algunas que son cobertura de conformismos, no pocas que malocultan la hipertrofia de la ambición insatisfecha. Así, Pestalozza habla en una ocasión del «pacifismo desconsolado» de John Cage como motor y resultado último de su estética; o de la «utopía conformista» de Stockhausen a propósito del simbolismo (no exento de cierto folklorismo convencional y «exótico») de los himnos nacionales en *Hymnen*.



FUENCISLA DEL AMO

La aceptación de las directrices que rigen en Europa la creación musical origina un tipo de alienación que a menudo el compositor quiere eludir recurriendo a esas rebeldías aparentes, o bien llegando en ocasiones casi masoquistas a dramáticos callejones sin salida ensombrecidos por el nihilismo. Señala Pestalozza cómo Theodor W. Adorno —en quien falta la necesaria cohesión entre teoría y praxis— valora muy especialmente a Arnold Schönberg por haber alcanzado ese heroico y subjetivo callejón

sin salida en la lucha contra la alienación. Pero la solución que ve Adorno está ya de por sí alienada por el planteamiento mismo: contra la mercantilización de la obra de arte, su autoaniquilamiento.

El centroeurocentrismo

Pido perdón a mis lectores por utilizar esta palabra, creo que hasta ahora inexistente y un poco trabalenguas, pero que evita el fraude de llamar eurocentrismo a directrices y dominaciones (así, por ejemplo, en América Latina) de las que no es responsable sino «una parte» de Europa. El centroeurocentrismo surge, como tantas cosas tópicas, a partir de una realidad: la mayor actividad musical de algunos países centroeuropeos: Alemania, Austria, Francia, Italia; después esta realidad se fetichiza y sigue siendo vigente aun cuando ya no responda a la actividad actual y real. Por último, el núcleo fetichizado se desplaza en el sentido del poder fáctico: dinero, tecnología, organización, canales de difusión. Los países que están al mismo nivel creativo, pero que no tienen tal poder (o en

ocasiones por decisión política), son minusvalorados. Los que están a inferior nivel, pero poseen grandes medios económicos y poder militar (es decir, los «fuertes»), son incorporados al grupo de cabeza aunque no produzcan sino basura. Finalmente, los que están a inferior nivel y no poseen tales medios son relegados a una tercera fila a la que en ocasiones puede llegar alguna graciosa concesión. Hablamos, claro, de lo que los propios países llaman, con manifiesto optimismo, «mundo civilizado». El resto del mundo es, para ese centroeurocentrismo, desde el punto de vista de la creación musical «válida», algo risible, indigno de mayor atención, salvo como curiosidad exótica.

Esta es la primera y gran alienación de la música: un grupo de poder difuso, pero consistente, incardinado en ese grupo de países, decide en cada momento qué tipo de música debe hacerse. Esa música es editada, grabada, difundida y hasta glorificada en algunos casos a través de festivales especializados. El compositor que en algún aspecto se aparta profundamente de tales directrices



En este número

Artículos de

Ramón Barce	1-2	Domingo García-Sabell	8-9
José Juan Toharia	3	José Luis Pinillos	10-11
Julián Gállego	4-5	Sixto Ríos	12
Francisco Ynduráin	6-7		

SUMARIO en página 2



Alienación y música contemporánea

será sistemáticamente marginado y no gozará de las ventajas de la admirable organización centro-eurocéntrica. Y esto vale más aún para las naciones que para los individuos. Pues el caso particular, dependiente de condicionantes internos y externos de toda índole, puede prevalecer contra esta sistemática. Pero nos importa el carácter alienante de esa estructura, su conformismo, que puede ser tonal, atonal, folklorista, serial, electrónico, quién sabe ni qué importan las formas estéticas que adopte; por descontado que lo prohibido ayer será quizá obligatorio mañana, y que las mismas personas que ridicularizaron la vanguardia hace treinta años, hoy, viéndola incorporada al repertorio, no sólo la admiten, sino que tratan de imponerla. Pero lo grave para el compositor no es el mañana, sino el «hoy», la disyuntiva angustiada de ceder o no ceder, de ponerse a la moda o tratar de ser uno mismo, aun a riesgo de estar fuera de toda moda, de todas las posibilidades de la moda. Porque, naturalmente, hay por así decirlo un «surtido»

de modas posibles en esta abundosa civilización del supermercado.

Y este dilema, que para el compositor europeo es dramático, lo es mucho más para quien escribe música fuera de lo que se ha dado en llamar «los circuitos». Los festivales de música contemporánea que se han sucedido y se suceden en diversas ciudades europeas no dejan de ser, en el fondo y examinados con perspectiva, altamente ridículos. Se presenta en ellos lo que se supone «que debe ser» siempre que proceda de los países musicalmente «civilizados»; es decir, del circuito de los poderosos, a lo cual se añade, por vía de condescendencia y para justificar la magnificente titulación de «internacional», algún espécimen de la segunda fila y quizá de la tercera. En cuanto a los alienígenas, sólo pueden aparecer como producto exótico o como loable (aunque siempre fallido) intento de acercarse humildemente a los modelos válidos. He asistido a muchísimos festivales internacionales de música contemporánea, pero sólo recuerdo uno verdaderamente internacional: el de Moscú de 1984, donde se escuchó música de todos los países que jamás pueden hacerse escuchar.

quizá tan antiguo como la música misma, como la obra de arte misma en cuanto dejó de ser institucionalmente portavoz sacral de unos contenidos dogmáticos: no se trata puerilmente de adscribir ninguna estética determinada a actitudes éticamente definidas, sino de una cuestión de «autenticidad». El hecho de adoptar una estética (si puede hablarse así) no dice realmente nada de la real modernidad o adecuación profunda a su tiempo del compositor; por descontado que está mucho más en su época Chostakovich, con sus sinfonías tonales y en cierto modo postrománticas, que cualquier forzado dodecafonista. Y un folklorista como Bartók puede vivir hondamente su tiempo y hacérselo sentir mucho más allá de toda su preocupación popularista.

Uno de los grandes obstáculos para la autenticidad en la música es, sin duda, la falsificación constante de la historia contemporánea efectuada no ya por los grupos interesados y prepotentes, sino por la pasiva colaboración de los que repiten servilmente lo que creen estable. En cada momento de la historia cristaliza una a manera de constelación de nombres y valores que se constituyen en símbolos irrenunciables y aparentemente obvios de la época. Los círculos de poder, que en cierta manera son infinitos, aun sin una sincronización intencionada en muchos casos, respetan y propalan esa constelación al mismo tiempo que procuran una defensa de sus propios intereses a nivel local o nacional. Voceros de la cultura no precisamente especializados ni sabedores repiten sin conocimiento directo alguno el esquema que les brindan, ya enteramente perfilado, esos círculos. Y así, du-

rante algún tiempo, se esclerosan ideas y tentativas y se crea una falsa imagen del «instante» musical (y en este sentido habla Pestalozza de una «oposición» a lo establecido, de una necesaria fuerza «centrífuga» en la materia musical misma, de un abrirse a otros horizontes y otras ideas). Es así como el fantasma de la alienación gravita sobre la creación musical como una amenaza y un gesto conminatorio, y obliga al compositor a «tomar partido» ante la situación. Pero ese «tomar partido» no debiera haberse producido jamás, porque sustituye el verdadero proceso interno e incluso el libre juego de influencias que actúa en cada caso por una imagen que de por sí es ya, ella misma, alienada, engañosa, falaz escenografía deformadamente historicista.

Y si descendemos un peldaño en la categoría de las motivaciones, aparecen entonces todos los demonios de la ambición personal y de las patológicas carencias individuales, y todo ello casa bien con esa acomodación a los mecanismos de obediencia (o de fingida rebeldía) exigidos por esa estructura alienante. Para rechazar tal mixtura invasiva de soborno y de amenaza se requerirían hechuras de héroe, algo demasadamente difícil para ser exigido como condición necesaria (y no suficiente). ¿Es nuestro tiempo tan crítico que requiere casi una actitud heroica sólo para dar unos pasos correctos por el mundo? ¿O quizá fue siempre así y no somos capaces de ver con claridad en la historia pasada? Al menos hoy, y analizada en profundidad, la creación musical se ve constantemente agredida por unos planteamientos equívocos e inertes en los que es fácil naufragar en la mentira o en la acomodación.

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

La falacia de los regresos

La alienación producida por la música «oficialmente instituida» ha obligado a muchos compositores, contra su voluntad y para no sentirse obsoletos, a escribir música atonal, serial, abierta o de cualquier otro modelo pretendidamente vanguardista y arriesgado. Pero el hastío y la falta de convicción han empujado después a muchos de esos compositores a buscar una coartada en la también pretendida modernidad de los «regresos». A esa corriente, denominada a veces púdicamente «postmodernidad», se apuntan, total o parcialmente, compositores que por otra parte —y ésta es una buena razón práctica— quieren además recuperar el favor del público. Pero este giro, y más gravemente aún que la huida hacia la autodestrucción, está igualmente alienado; pues alienación es todo lo que falsifica o puede falsificar lo profundamente humano y su progreso hacia una mayor dignidad. El problema, que hoy se reviste de argumentaciones sociopolíticas, es en el fondo muy antiguo,

RESUMEN

Tras leer los ensayos de Luigi Pestalozza sobre la música de este siglo, el compositor Ramón Barce plantea algunos de los problemas básicos de la música moderna. Uno de ellos es el centroeurocentrismo, esto es: cómo un bloque de poder difuso, pero consistente,

incardinado en un bloque de países centro-europeos, a la cabeza de la composición y de la audición, decide en cada momento qué tipo de música debe hacerse. De ésta y de otras cuestiones prioritarias trata el artículo de Barce.

Luigi Pestalozza

L'opposizione musicale

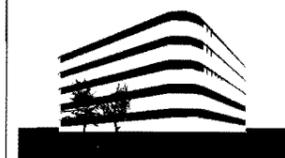
Feltrinelli, Milán, 1991. 335 páginas. 50.000 liras.

SUMARIO

	Págs.
«Alienación y música contemporánea», por Ramón Barce, sobre <i>L'opposizione musicale</i> , de Luigi Pestalozza	1-2
«La Sociología del Derecho en España», por José Juan Toharia, sobre <i>Introducción a la Sociología del Derecho</i> , de Roger Cotterrell	3
«Felipe II y las Bellas Artes», por Julián Gállego, sobre <i>Felipe II, mecenas de las Artes</i> , de Fernando Checa	4-5
«Francisco Ayala, tempestivo y mundano», por Francisco Ynduráin, sobre <i>El tiempo y yo, o el mundo a la espalda</i> , de Francisco Ayala	6-7
«Un joven encolerizado», por Domingo García-Sabell, sobre <i>Bajo el signo de Marte</i> , de Fritz Zorn	8-9
«Modernos contra postmodernos», por José Luis Pinillos, sobre <i>Post-modernism and the Social Sciences. Insights, Inroads and Intrusions</i> , de Pauline Marie Rosenau	10-11
«La revolución probabilística», por Sixto Ríos, sobre <i>La domesticación del azar</i> , de Ian Hacking	12

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

La Sociología del Derecho en España

Por José Juan Toharia

José Juan Toharia (Madrid, 1942) es catedrático de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Doctor en Sociología por la Universidad de Yale (USA), es autor de varios libros del área de Sociología del Derecho, como *El juez español* y *Pleitos tengas*. Introducción a la cultura legal española.

La Sociología del Derecho en España es un área de estudio que cuenta, proporcionalmente, con más manuales que monografías. Si la función del manual no es otra que la de ofrecer una síntesis organizada y sistemática del nivel de conocimientos que las distintas investigaciones de carácter monográfico y especializado hayan permitido alcanzar en un determinado campo del saber, ¿cómo puede ser eso posible? ¿Cómo podemos tener buenos manuales de Sociología del Derecho sin la existencia, al mismo tiempo, de una fronda amplia y espesa de estudios sociológico-jurídicos que les sirvan de sustentación? Sencillamente, porque los manuales a que aludo son extranjeros, son textos traducidos y están cimentados o bien en estudios especulativo-teóricos (de validez, por tanto, en principio universal) o en estudios monográficos referidos a realidades socio-jurídicas distintas de la española. Vaya por delante que son también, por lo general, manuales de calidad cuya utilidad resulta innegable en la medida en que vienen a cubrir una carencia. Es el caso, por ejemplo y sin lugar a dudas, del clásico de Renato Treves (1), quizá el más conocido e influyente en nuestro país. También lo es, incuestionablemente, el último de los manuales de Sociología del Derecho hasta ahora traducidos, obra del británico Roger Cotterrell, y que sirve de pretexto a estas líneas.

Pero la incuestionable calidad de estos manuales no les impide estar al mismo tiempo lastrados por una cierta, limitada pero significativa, dosis de irrelevancia aquí y ahora. Quiero con ello decir que quien se acerque a esos textos adquirirá una buena idea básica acerca de lo que es la Sociología del Derecho como área general de estudio; pero en poco verá mejorada, en cambio, su comprensión de la organización y funcionamiento de «nuestro» concreto y específico sistema jurídico. Por ejemplo —y por referirme al serio, claro y bien documentado texto de Cotterrell—, el lector descubrirá en él, entre otras cosas, que el sistema jurídico constituye un subsistema social en estrecha interdependencia con otros subsistemas a los que influye y que, a su vez, le condicionan. O bien tendrá noticia de los llamados estudios KOL («Knowledge and Opinion about Law»: conocimiento y opiniones sobre el Derecho), que indagan acerca del grado de conocimiento que la población tiene acerca del sistema normativo vigente. Aprenderá también lo que los estudios realizados en Estados Unidos permiten saber sobre la organización y funcionamiento en dicho país de la abogacía. Se enterará de las pautas seguidas por la litigación en Gran Bretaña y Estados Unidos, así como lo que los estudios disponibles permiten saber sobre la judicatura británica y estadounidense, o sobre la organización y funcionamiento de la policía en una serie de países.

Todos estos datos concretos aparecen engarzados, como ilustraciones o ejemplos, en un marco teórico más amplio, a cuya mejor y más fácil comprensión sin duda contribuyen. Pero en sí mismos tienen obviamente el interés suficiente como para provocar en el ánimo del lector español una pregunta automática: ¿y qué sabemos al respecto para el caso de España? Desgraciadamente, y pese a sus otras cualidades, la obra de Cotterrell no puede aportar una respuesta a este interrogante. El



G. MERINO

lector español, que ha aprendido en las páginas de este manual a enfocar de una forma nueva el mundo de lo jurídico, queda así frustrado cuando intenta prolongar la nueva visión adquirida a la realidad que sin duda más le importa: la de su país. Obviamente, de ello no cabe culpa alguna a Cotterrell, que basa su esfuerzo de síntesis en un amplio arsenal de monografías referidas fundamentalmente a los países anglosajones o del centro y norte de Europa. Tampoco cabría, en justicia, hacer responsable de tal carencia al traductor del texto, que ha realizado una tarea pulcra y meritoria: esperar que, además, hubiese incrustado en el texto que vertía al castellano las referencias pertinentes a las monografías españolas disponibles supondría exigirle un esfuerzo adicional casi equivalente al de escribir un manual paralelo al que traducía. Quizá la casa editorial habría podido solicitar a alguno de nuestros expertos en el área un apéndice que «españolizase», en la medida de lo posible, el manual. Sin duda habría merecido la pena.

Pero a qué darle más vueltas: la verdadera cuestión radica en que tenemos que recurrir a traducir manuales de Sociología del Derecho sencillamente porque aquí no los producimos. Y esta carencia de oferta no cabe pensar que se deba precisamente a una escasez de demanda: de otro modo no se entendería la regular aparición, en los escaparates de nuestras librerías, de nuevos textos traducidos sobre la materia. Si no producimos manuales de Sociología del Derecho es porque, en las actuales circunstancias, no existen aún los materiales precisos para intentar una tal tarea de síntesis. Derecho y Ciencias Sociales viven todavía, en nuestro país, existencias sólo esporádicamente convergentes. Juristas y sociólogos trabajan, por lo general, de espaldas unos a otros. Para los sociólogos, el mundo del Derecho resulta demasiado complejo: desde el lenguaje hasta la organización y funcionamiento de las instituciones, todo en él les resulta hermético y difícilmente aprehensible. Los juristas, por su parte, aun cuando interesados por la aportación que las Ciencias Sociales puedan realizar al mejor análisis y comprensión de fenómenos y procesos que les

preocupan, tienden a considerar que no es competencia de ellos promover el desarrollo de ese campo de estudio (2). Así, ni se ha producido la recepción de la Sociología del Derecho en las facultades de Derecho (pese a los denodados y generosos esfuerzos de muchos filósofos del Derecho, entre los que sería injusto no destacar a Elías Díaz, quizá el primero en reclamarla, hace casi ya dos décadas) ni ha pasado de tener una presencia meramente tangencial, en el mejor de los casos, en las de Sociología.

Falta de monografías básicas

Tampoco ha surgido la que hubiera podido ser una vía intermedia: la creación de institutos de investigación sociológico-jurídica. Así las cosas, resulta difícil que un/a graduado/a en Derecho o en Sociología se sienta incentivado/a, a la hora de abordar la realización de una tesis doctoral, a escoger un tema sociológico-jurídico: ¡resulta tan obvio que, de cara a su futuro académico, ello, más que abrirle puertas, puede cerrárselas, al encasillarle en un área de estudio que no encuentra fácil acogida ni en las facultades de Derecho ni en las de Sociología! El resultado inevitable es la baja productividad académica de monografías básicas de corte sociológico-jurídico.

Con todo, y de forma sorprendente, vamos contando ya, poco a poco, con un repertorio estimable de estudios empíricos sobre nuestra realidad jurídica. De hecho, para mu-

chas de las cuestiones que toca Cotterrell, y que a modo de ejemplo quedaron enumeradas algo más arriba, sí disponemos ya en España de información de calidad. Santos Pastor, por ejemplo, ha realizado un primer, brillante y altamente estimulante intento de relacionar el subsistema jurídico con el económico (3). Tenemos también abundantes datos sobre nuestra judicatura o sobre los estados de opinión prevalecientes en nuestro país respecto de normas, instituciones y profesiones jurídicas (4), y varias buenas monografías sobre la policía (5). Hay ciertamente más cosas... pero no muchas más. En todo caso, no las suficientes —todavía— para permitir la elaboración de manuales basados fundamentalmente en nuestra realidad socio-jurídica.

La Sociología del Derecho dista mucho de constituir un «divertimiento», una suerte de «filosofía perezosa» (por utilizar la conocida caracterización que hiciera Gómez Arboleya de cierto tipo de reflexión sociológica) sobre lo jurídico. Su utilidad está tan bien probada como su necesidad sentida. Basten dos ejemplos recientes, y significativos, en apoyo de esta afirmación. La sección especial de la Comisión General de Codificación, encargada de preparar el libro blanco sobre la reforma procesal, incorporó hace dos años entre sus miembros, y por primera vez en su historia, a científicos sociales. Siguiendo en esa misma línea de apertura al mundo de la investigación sociológica aplicada, determinadas iniciativas del Ministerio de Justicia, cuyo objetivo es promover cambios legislativos o estructurales (como, por ejemplo, la puesta en marcha de los Juzgados de lo Contencioso), han estado acompañadas en estos últimos meses de estudios previos de carácter sociológico-económico.

Poco a poco, entre el incentivo de determinados organismos públicos y el esfuerzo aislado, pero por ello más valioso, de jóvenes investigadores, vamos amasando un caudal de datos que en un futuro quizá cercano permitan la eclosión de un buen manual español de Sociología del Derecho. Entre tanto, los interesados en el área habremos de contentarnos con saludar la aparición en lengua castellana de textos de calidad como el del profesor Cotterrell.

- (1) Renato Treves, *La Sociología del Derecho* (Barcelona, Ariel, 1988).
- (2) Para una exposición clara y bien argumentada de esta postura véase, por ejemplo, Ferreiro, J. J.; Miquel, J.; Mir, S.; y Salvador Coderch, P. (eds.), *La enseñanza del Derecho en España* (Madrid, Tecnos, 1987).
- (3) Santos Pastor, *Sistema jurídico y economía. Una introducción al análisis económico del Derecho* (Madrid, Tecnos, 1989).
- (4) Ver, por ejemplo, Angel Zaragoza, *Los abogados y la sociedad industrial* (Barcelona, Península, 1982); M.ª Angeles Cea D'Ancona, *La justicia de menores en España* (Madrid, CIS/Siglo XXI, 1992); y José Juan Toharia, *El juez español: un análisis sociológico* (Madrid, Tecnos, 1975), y del mismo autor, *Pleitos tengas. Introducción a la cultura legal española* (Madrid, CIS/Siglo XXI, 1987).
- (5) Véase al respecto Manuel Martín, *La profesión de policía* (Madrid, CIS/Siglo XXI, 1990), y el resumen de publicaciones sobre el tema contenido en J. L. Domínguez Figueirido, «Una propuesta para el estudio del sindicalismo policial español», en R. Bergalli (ed.), *El Derecho y sus realidades* (Barcelona, PPU, 1989).

RESUMEN

El profesor Toharia, especialista en el área de Sociología del Derecho, al reseñar la traducción de un manual de esta especialidad, subraya el hecho de que los profesionales españoles en este campo deban recurrir a manuales vertidos

de otro idioma, dado que no existen en España. A su juicio, esta carencia de oferta original no se debe a la falta de demanda, sino a que aquí no existen todavía los materiales precisos para intentar tal tarea de síntesis.

Roger Cotterrell

Introducción a la Sociología del Derecho

Ariel, Barcelona, 1991. 317 páginas. 2.400 pesetas.

Felipe II y las Bellas Artes

Por Julián Gállego

Julián Gállego (Zaragoza, 1919) fue profesor de las universidades de la Sorbona (París), Autónoma y Complutense (Madrid); en esta última fue catedrático y actualmente es profesor emérito de Historia del Arte. Es académico electo de Bellas Artes de San Fernando y autor, entre otros, de los siguientes trabajos: El cuadro dentro del cuadro, Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro y El pintor, de artesano a artista.

Si siguiendo una expresión ya corriente en castellano, aunque sea directamente importada del inglés, diríamos que urge «re-visitarse» a Felipe II. De hecho, yo no sé si lo hemos visitado nunca, ya que su leyenda se alzaba como una de esas rejas carcelarias de las prisiones de su época... y de la nuestra, y si alguna vez nos llegáramos a verle, pronto se interponían sus carceleros en forma de lugares comunes y de ideas recibidas de sus enemigos políticos y religiosos, hasta darle el aspecto de un ogro.

Y, sin embargo, las noticias que nos han dejado algunos contemporáneos suyos, como Cristóbal Calvete de Estrella, Baltasar Porreño o Fray José de Sigüenza, no se comparan en absoluto con esa fantasmagórica visión de hielo y hierro. A esa visión contribuyeron no poco los cronistas y escritores de los países enemigos de «un imperio donde no se ponía el sol», que le tocó en suerte —o en desgracia— por herencia de su amadísimo y respetado padre, Carlos I. La parte de Carlos V la heredó, por fortuna, su hermano, que se encontró en 1554 emperador de Alemania. Pero la abdicación del rey de España llevaba una larga cola de obligaciones para Felipe: Nápoles, Sicilia y las Américas o Indias Occidentales, más algunas otras pequeñeces, como los derechos a la corona de Portugal y a la de Inglaterra y, en cierto modo, a la de buena parte de Francia.

En 1566, Carlos se retiró al monasterio de Yuste, donde se dedicó al negocio de su salvación eterna y, como «hobby», a la relojería, y su hijo Felipe a los veintinueve años de edad se encontró a las espaldas con el imperio de ambos mundos. Previamente había recibido los Países Bajos, el Franco Condado y el ducado de Milán. Con tal cúmulo de obligaciones, siempre pendiente de las llegadas de navíos propios o ajenos, de las cartas tardías y mendaces que le venían de las Indias, de los movimientos de tropas por la guerra heredada con Francia, y que concluiría, de momento, en Cateau Cambresis en 1559, y más adelante la rebelión y pérdida de las provincias del norte de los Países Bajos, proclamado rey de Portugal en 1580, a la muerte de Enrique II sin sucesión, atacado por los corsarios británicos, que favorecían la independencia neerlandesa y llegaron a la ocupación del puerto de Cádiz por Francis Drake, Felipe se vio casi forzado a organizar una armada desgraciadamente llamada Invencible para conseguir la corona de Inglaterra, que no había logrado en la boda con su vetusta tía Mary Tudor, armada destruida por los elementos, por los ingleses o por ambas causas, en 1588. Su mayor presa colonial fueron unas bellas islas del Pacífico que por él se llamaron Filipinas.

En sus cuatro casamientos dispuso la razón de estado: con María de Portugal, para asegurar la unión peninsular perdida en Aljubarrota; con María Tudor, reina de Inglaterra y católica como su madre Catalina de Aragón, esposa repudiada de Enrique VIII, lo que dio origen al cisma de Inglaterra, que Felipe contaba remediar casándose con su tía, que le llevaba once años, y a la que contagiaba el apodo de «Bloody Mary»; con Isabel de Valois, a la que al parecer, y pese a la leyenda,

amaba tiernamente (dentro de un orden, como suele decirse) y cuya salud delicada habría sido una de las razones de abandonar Toledo y establecer la corte en Madrid, villa famosa por la limpidez de sus aires y sus aguas; y con Ana de Austria, pariente esta vez por línea paterna como hija del emperador Maximiliano II, con lo que se inició una política de matrimonios consanguíneos que había de ser fatal para sus sucesores hasta Carlos II «el Hechizado». A las cuatro respetaba y quiso que sus efigies figurasen, junto a él y a su rebelde hijo Don Carlos, en el monumento funerario de la basílica de El Escorial, frente por frente al de sus venerados padre y madre, en la versión robusta y majestuosa de Leoni.

En esos reiterados matrimonios Felipe II aumentó su cultura cosmopolita, iniciada en el terreno español y en el extranjero (por decirlo así), comenzando por Bruselas, como señala el profesor Fernando Checa en su libro *Felipe II, mecenas de las Artes*, que da motivo a esta crónica. Ya en el capítulo 1 señala su educación como «una de las mayores preocupaciones de su padre», consciente de la importancia de la misión política que pronto recaería sobre su primogénito, nacido en 1527; para ello Carlos V buscó los mejores maestros y preceptores que, como Silíceo o Cristóbal Calvete de Estrella, pudieran proporcionar a su hijo una formación completa de acuerdo con los ideales humanistas todavía vigentes en Europa...

Carácter itinerante

A esta educación, completada por los ejercicios físicos y la lectura, colaboran las colecciones de libros y estampas, relojes (pasión del emperador) y medallas, joyas, imágenes sacras, tapices, objetos «de vertu», como todavía se nombran esas suntuosas y escasas curiosidades, y hasta algunos cuadros, entre ellos retratos y una cacería de Cranach, probablemente una de las dos que expone el Museo del Prado. Apunta Checa que el «carácter itinerante de la corte de Carlos V hace muy difícil... el determinar la existencia de un conjunto de obras de arte que pueda calificarse de colección»; la afición del emperador a la gran pintura se demuestra en la galería de retratos familiares, obras de Moro y de Tiziano, y también religiosas, que hizo llevar al monasterio de Yuste al retirarse allí en 1566, entre ellas la llamada *Gloria* (Museo del Prado), que representa a los escogidos acudiendo a las plantas de la Trinidad, entre los que el oficioso Tiziano ha representado a Carlos, a su esposa Isabel y a su hijo Felipe, destinada al altar mayor de la iglesia.

El profesor Checa tiende a quitar importancia al coleccionismo del emperador comparado con el de su hermana doña María de Hungría, que había reunido en su palacio de Bruselas un conjunto brillante de pinturas que más tarde, al retirarse, traería a España: 42 cuadros, entre los que se contaban el *Retrato ecuestre de Carlos V en Mühlberg*, un *Felipe armado*, una *Venus con Cupido*, dos gigantes de los llamados *Furias* (Tántalo e Ixión) y ese *Noli me tangere* del que se conserva un fragmento, todos ellos de Tiziano; y todavía quedaban más obras de Tiziano, de Antonio Moro y otros flamencos, entre los que destaca un alumno aplicado de Van Orley, Michel Coxcie, en mi modesta opinión bastante inferior, pero al que doña María y su sobrino tomaron gran afición, acaso porque era capaz de hacer buenas copias de tablas de primer orden, como el políptico del *Cordero místico* de los Van Eyck o del *Descendimiento* de Van der Weyden, que estuvo expuesto en el Prado hasta que se permutó por el original de El Escorial.

Esta educación se completa con los «años de viaje», que (antes que el Wilhelm Meister

de Goethe y que los compañeros franc-masones) sirvieron a Felipe para formarse en su oficio y en su gusto. A ellos se refiere el capítulo 2 del libro comentado aquí, que se basa, en parte, en otro cuya amena lectura y acopio de noticias regio-pintorescas hicieron mis delicias en la inagotable biblioteca que Menéndez Pelayo legó a su ciudad natal, Santander: *El felicísimo Viaje del muy alto y muy Poderoso Príncipe Don Phelippe, Hijo d'el Emperador Don Carlos Quinto Máximo, desde España a sus tierras de la baxa Alemania: con la descripción de todos los Estados de Brabante y Flandes*, escrito (en cuatro libros) por Juan Cristóbal Calvete de Estrella, el ya citado preceptor del príncipe. Génova, Milán, Mantua, Trento, Innsbruck, Munich, Heidelberg, Lutzeburg, Bruselas —donde posa un trimestre—, Lovaina y regiones de Flandes, Artois y Hainaut, Gante, Brujas, Lille, Arrás, Bins, hasta Maastricht, son objeto de descripciones de fiestas y arcos de triunfo que llenan, tan sólo, parte de este libro monumental. He dicho en otra ocasión que Felipe debió de quedar tan indigesto de recepciones que, llegado, ya rey, a Sevilla por el Guadalquivir, al ver en las orillas tanta máquina, polvo y gentío, hizo retroceder la travesía hasta la isla de la Cartuja (que no hubiera dejado de espartarle todavía más de haber llegado en 1992...).

En 1553, según inventario de Gil Sánchez de Bazán, Felipe puede presumir de su primera colección propia. Ya cuenta con varias obras de Tiziano, como la *Venus del espejo* (hoy perdida para España) y la *Danae* que el veneciano acababa de pintar y es una de sus obras más hermosas (Museo del Prado). Es interesante señalar que Felipe de Guevara, autor de los *Comentarios de la pintura*, cuyo manuscrito imprimió Antonio Ponz por vez primera (Madrid, 1788) y por segunda mi recordado amigo Rafael Benet (Barcelona, 1948), fue, según Checa, consejero de Felipe para la dirección flamenca de su colección, en la que, junto al inevitable Coxcie, hallamos a Moro y a El Bosco, con el mejor Van der Weyden: a la vez, devoción e imitación naturalista. A propósito de los retratos de Felipe con armadura, a la vez físicamente parecidos y ejemplarmente representativos, se nos recuerda que este momento clásico (que ha estudiado Kantarovitz) obedece a la influencia del retrato escultórico del emperador Augusto de *Prima Porta*.

El capítulo 3 trata de «La definición del lenguaje artístico de la Corte» entre 1559 y 1561. Los grandes artistas áulicos serán Tiziano Vecellio, Antonio Moro y los Leoni en escultura. Van llegando a El Pardo las «poesías» mitológicas que Felipe II espera con impaciencia impropia de la calma inmutable con que sabía aceptar las inconveniencias de la vida. Eso me recuerda algo que cuenta Baltasar Porreño en sus *Dichos y hechos del Señor Rey don Philippe Segundo el prudente*, editado en Cuenca en 1628, después de muerto el protagonista, en el capítulo 2.º, que trata de «Su gravedad, severidad y mesura».

Cuando recibió la noticia de la victoria de Lepanto «no hizo su Magestad mudanza ni sentimiento más que si fuera de piedra, como quien jamás perdía la serenidad de su ánimo y rostro y la gravedad de su imperio por ningún caso» (pág. 18). «Con los grandes de su Reyno guardó soberana autoridad, aplicando como el rayo la fortaleza a lo fuerte y la benignidad a la popular submisión» (f. 19 vt.º). Y «fue su severidad de manera que temblaban todos en su presencia, aun los más validos» (f. 21 vt.º)... «A éstos, estando turbados y desalentados, los animaba diziéndoles: Sosegaos» (f. 23). Porreño cuenta otros detalles muy reveladores, como que esperó su turno en Zaragoza para tomar la ceniza al comienzo de Cuasmasma, «y llegando hasta la inferior grada del altar, donde llegaban los otros, sin permitir le pusiessen almohada para

arrodillarse» (f. 46), y que «por su gran modestia introduxo el cortarse el cabello y barba, que es de mucha policía [limpieza] y más seguro en la guerra» (f. 10).

Añade Porreño que fue fundador de las casas de Aranjuez y El Pardo, y que «antes que se quemara esta casa había en ella famosos tableros y lienzos de pintura del Tiziano, Antonio Moro, Gerónimo Bosco, Antonio de las Villas Flamenco y de otros: entre los quales tiene excelente lugar el Pelegrin», es decir, Tibaldi (f. 117). Y también «aumentó el Alcazar de Madrid... perficionándolo con pinturas y jardines de recreación y maravillosos estanques»... No deja de ser asombroso que varón tan mirado que, según cuenta fray José de Sigüenza en su *Historia de la Orden de San Jerónimo* (Madrid, 1605, dos de cuyos libros dedica a la fundación del monasterio de El Escorial), tapaba con el pañuelo las partes pudendas del crucifijo desnudo de Benvenuto Cellini si las niñas infantas habían de pasar (la actual dirección del Patrimonio lo ha resuelto con un lamentable paño de pureza de tela que contrasta con el mármol de la escultura), esperase con tanta naturalidad la llegada de la eróticas «poesías» ticianescas.

Pero, como apunta Checa, éstas no habían de ser vistas por gente carente del necesario criterio..., lo que ha permitido a príncipes y hasta prelados tener desnudos en sus palacios, donde no harían pecar a nadie. Con la *Danae*, llegaron *Venus* y *Adonis* (que, por su coincidencia con los años del proyecto de matrimonio inglés del rey y el parecido que con sus retratos tiene la cabeza de Adonis, sospecho que sea una alegoría nupcial), *Diana* y *Calisto*, *Venus recreándose con la música*, *El rapto de Europa*, etc., además de *Los Amores de Júpiter*, por Correggio, del que no queda ni uno en España. Evidentemente, Antonio Moro seguía proveyendo de severos e impecables retratos por influencia, cree el profesor Checa, del cardenal Granvela, que enviaba a Madrid los pintores flamencos que podía. Respecto a la decoración al fresco, Gaspar Becerra se encargó (pienso que con alguna pesadez) de los muros y techos de El Pardo.

Inventario real

En las páginas 142 y siguientes de este *Felipe II, mecenas de las Artes* se enumeran los cuadros que el rey colgó en El Pardo y en el Alcázar de Madrid. Entre los primeros figuraba la llamada *Venus del Pardo*, en realidad *Júpiter* y *Antíope*, hoy en el Louvre (que dio motivo a la repetida frase de Felipe III, al enterarse de que no había sufrido daño en el incendio del real sitio: «Lo demás no importa», digna del estoicismo paterno), con el *Descendimiento* de Van der Weyden y, en el salón de retratos, nada menos que 18 de Tiziano y 15 de Moro, de personajes relacionados con la Casa Real, más otros 10 de Sánchez Coello, etc. El Alcázar de Madrid rebosaba asimismo de buenas pinturas, como el *Retrato ecuestre de Carlos V*, las alegorías de Baldung Grien, unas *Tentaciones de San Antonio* (perdido) de El Bosco, pintor al que Felipe tenía también gran afición, el *Adán* y *Eva* de Tiziano y una copia de Coxcie del políptico de los Van Eyck, etc.

En la época de Ana de Austria, última esposa de un Felipe maduro, aparecen la italiana Sofonisba Anguisciola, el portugués Sánchez Coello, discípulo de Moro, y Juan Pantoja de la Cruz, siendo la rigidez y frialdad de esos retratos signo de majestad y de poder. Con el nacimiento del príncipe don Fernando se encarga a Parrasio (que más que al pintor griego de ese nombre imita con aplicación al Veronés) una complicada alegoría manierista



Viene de la página anterior



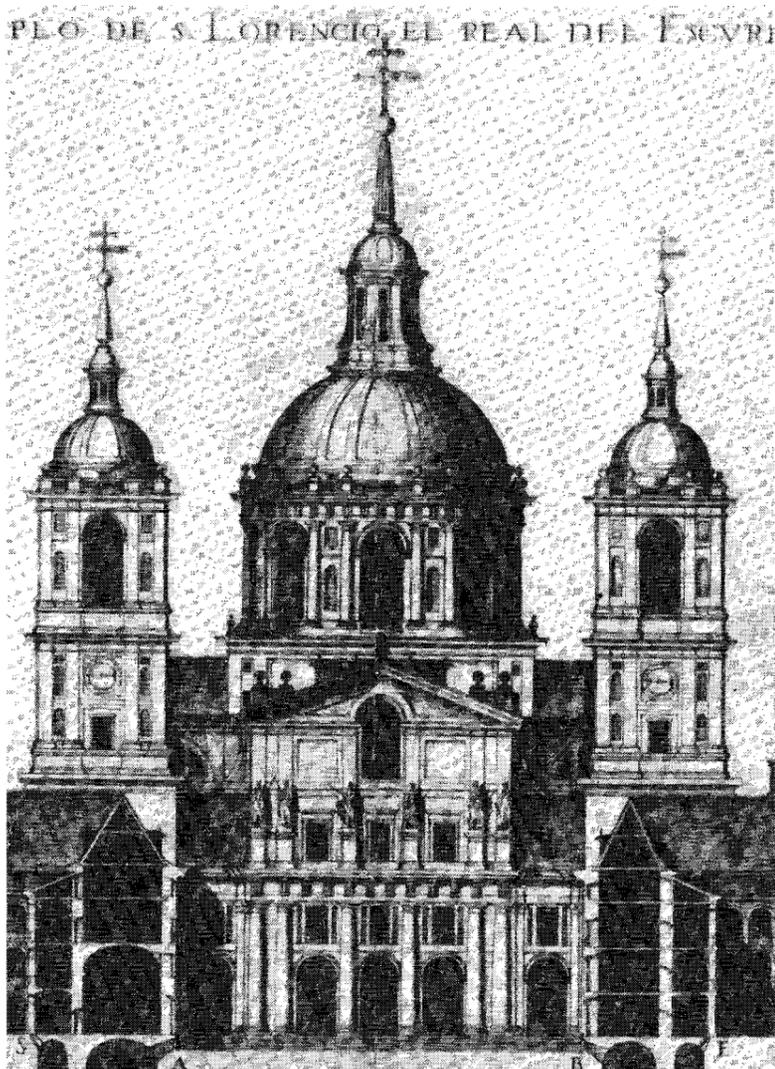
y pagana; pero llega Tiziano a remediarlo con un gran lienzo, también manierista pero sumamente bello (estas calificaciones son mías: el profesor Checa evita en lo posible el aspecto personal de sus gustos, acentuando lo objetivo): *Felipe II ofreciendo su hijo al cielo en muestra de gratitud por Lepanto*. He dicho en alguna ocasión que el cielo le tomó la palabra, pues el niño murió meses después. El cuadro es uno de los más hermosos del Museo del Prado (1571).

El capítulo 5, «La gloria del rey», completa los datos, excelentemente analizados en el anterior, sobre «Los inicios de la construcción de El Escorial». Este monumento, uno de los más grandiosos y complejos en su tan sólo aparente sencillez, ha sido estudiado repetidas veces por el profesor Checa Cremades tanto en libros y ensayos precedentes como en una interesante exposición celebrada en el Palacio de Bibliotecas y Museos de Madrid. Este templo-panteón-monasterio-palacio-centro de estudios y de explotación agrícola y pecuaria- y eje del gobierno de ambos mundos, «a mayor gloria de Dios» (pero sin influencia jesuita), me recuerda una metáfora de Porreño: «Edificó este gran rey y labró como el gusano de la seda su capullo y quedóse muerto dentro dél» (f.º 10). Después del segundo viaje a Flandes del rey, en 1559, quería realizar este retiro y palacio, a la vez que cumplía con su gratitud a San Lorenzo, en cuya fiesta se ganó la primera victoria de su reinado: la batalla de San Quintín, el 10 de agosto de 1557. Al mismo tiempo ofrecía a los restos de su padre, muerto en 1558, el panteón que merecía, olvidando Granada y Yuste.

Checa nos hace asistir a la elaboración del proyecto, en que entran Felipe, su arquitecto Juan Bautista de Toledo y la Orden de San Jerónimo, en cuyo capítulo de 1561 en su primer monasterio, el de Lupiana, el monarca comunica su intención a los frailes. Las obras avanzan hasta que en 1564 el proyecto varía sustancialmente, y en este libro se examina esta modificación con todo detalle; será Juan de Herrera quien lleve la obra a su término. Fernando Checa concede especial atención a la casa del rey, estratégicamente situada, a la vez sin ostentación externa, pero con ejes visuales hacia el interior (iglesia) y el exterior. Un magnífico dibujo atribuido a Fabricio Castello muestra el carácter independiente de la casa real respecto al monasterio en cuya entraña se acomoda. Felipe II, amante de la naturaleza, no descuida ni los jardines ni las vistas en los alrededores «naturalistas» de la colosal construcción.

Decoración y amueblamiento

Con «La gloria del rey» (capítulo 5) alcanzamos la fase de perfeccionamiento de esta obra: su decoración y amueblamiento. Tan sólo once años desde el inicio de los trabajos llega ya la primera «entrega» de cuadros (1574) con más de doce Tizianos y copias por Sánchez Coello, Van der Weyden y otros flamencos, entre los que no puede faltar el imprescindible Coxcie. El palacio se cubre de mapas y paisajes, dibujos de animales por Durero y un *Cristo con el Cireneo* para el oratorio privado del rey. Las relaciones de éste con los artistas se examinan en el capítulo 6. Este monarca, ocupadísimo en grandes cuestiones de religión y política, trata familiarmente a sus artistas, escribe a Tiziano cartas llamándole «mío amado», busca cuanto cabe encontrar del fallecido Bosco, protege a Navarrete «el Mudo», pintor riojano en quien se concilian la gran manera tizianesca y la austera devoción. Y estima en grado sumo a su arquitecto definitivo, Juan de Herrera, que también ha sabido conciliar la majestad y la sobriedad en su católico neoplatonismo.



Fachada de la basílica de El Escorial, grabado de Perret a partir de un dibujo de Juan de Herrera.

Los capítulos 7 y 8 revelan el alcance de la fábrica escorialense, un humanismo contra-reformista que busca a la vez la gloria de Dios y la devoción de su siervo Felipe. En su vasto programa, el monarca ha tropezado con el poco interés de Tiziano y de Veronés en dejar a sus clientes venecianos para emigrar a Castilla, como hacen los romanizantes Luquetto, Federico Zuccaro, que no gustó; el Greco, que fue estimado por su arte, pero no por su asecurabilidad devota, como bien explica el P. Sigüenza; y Tibaldi, el que mejor acertó con las intenciones edificatorias (propias y figuradas) del mecenas. Granello y Castello no llegan a su altura, que hace de la sentenciosa simbología de la Biblioteca una pieza capital del Manierismo. Para la iglesia, el retablo mayor, entre los panteones de Leoni, ofrece un buen aspecto pese a Zuccaro; los altares menores, cuyas «palas» recogen en general parejas de santos, logran con «el Mudo» una grave hermosura que su sucesor Sánchez Coello alegra y enoja un tanto, y que mantienen como pueden Urbina y Carvajal con devoción y naturalismo.

«Doctrina e invención» es el título del capítulo 9, que analiza los grandes conjuntos de frescos y cuadros de sacristía (luego reformada), capitulares, celdas priorales y claustros, galerías, con grutescos al fresco y escenas murales, y gran cantidad de lienzos y tablas de las «entregas» de 1584-88, con los pinceles de Veronés, Tintoretto, Rafael, El Greco, El Bosco, Patinir, Massys, Navarrete, Van Orley, Gossaert y el ineludible Coxcie. Cabe afirmar que El Escorial fue, para los pintores que pudieron visitarlo en el siglo XVII (como Rubens, acompañado por Velázquez), un anticipo del repertorio pictórico que será el Museo del Prado a partir del XIX. El afán coleccionista y el generoso mecenazgo del rey Felipe II han logrado un monumento primordial en la Europa cristiana, una suerte de res-

petuosa réplica española a las grandezas de la Roma papal. El libro acaba recogiendo en su capítulo 9, la conclusión de la obra, el fin del reinado y la muerte del rey.

En un breve epílogo, Fernando Checa alude a las interpretaciones y discusiones a que, en los años siguientes, dio motivo este nuevo templo de Salomón, panteón dinástico, trono de la divinidad, símbolo de la gloria de la Casa de Austria que no será tan apreciado al reinar la Casa de Borbón. Pero los peores momentos le esperan en el siglo XIX, durante el cual se le despoja de muchas de sus riquezas, que, por fortuna, no se pierden totalmente, sino que van a prestigiar los palacios y museos de Madrid, aunque otras se esfumarán para siempre. A ojos de los extranjeros del tardo romanticismo, este Escorial, abandonado por sus monjes y príncipes, es un triste recuerdo de épocas opresivas, un «Leviatán de arquitectura», según frase de Gautier, que no encuentra en esa austera mole ninguno de los encantos moriscos que va buscando en su viaje por España (por lo demás, delicioso).

La segunda mitad del ochocientos contempla cierta revitalización de ese edificio,

RESUMEN

Este libro, escribe Julián Gállego, trata de mostrar —y lo consigue— una visión de Felipe II más amable y cercana a la realidad histórica que la legendaria de Schiller y de Verdi. Su autor, profesor de Historia del Arte en la Universidad Complutense, se ha dedicado primordialmente al Renacimiento y Manierismo

Medalla alegórica de Felipe II, de Poggini.



«Felipe II defendiendo la Religión», frontispicio del libro de Cabrera de Córdoba.

en especial desde que se entrega a la Orden de San Agustín, a falta de Jerónimos. Los reyes e infantes vuelven a sus capillas y a sus tumbas, los arqueólogos y arquitectos se asombran de sus audaces soluciones, y la Generación del 98 ya no le trata con antipatía, sino con curiosidad y respeto. Su boga no hace sino aumentar en los avatares de nuestro siglo. Ya Felipe II no parece un vampiro, ya Juan de Herrera, confortado por el respeto de Juan de Villanueva en la época «de las Luces», empieza a apasionar a los estudiosos.

El estupendo tomo de Fernando Checa ha merecido, por su rigor y por la amplitud de su enfoque, una magnífica edición. Bello formato, excelente papel, numerosas ilustraciones en color y negro, una composición amplia y elegante, una tipografía plantiniana, hacen de este grueso libro algo que no asusta, sino atrae. No le falta ni el «Nihil Obstat» del hispanista americano Jonathan Brown, que ya parece tan oportuno como las favorables censuras y loas de la época de Felipe II. El editor (Nerea) y el autor se complementan en este magnífico volumen, de obligada referencia en adelante. □

en España, y fue el organizador de la muestra «Reyes y Mecenas», que viene a coincidir con la problemática que Fernando Checa lleva años estudiando. Aquí vemos un rey humanista y contrarreformista, con afición y generosidad pocas veces igualadas en la promoción de las Artes.

Fernando Checa

Felipe II, mecenas de las Artes

Ed. Nerea, Madrid, 1992. 512 páginas. 9.990 pesetas.

Francisco Ayala, tempestivo y mundano

Por Francisco Ynduráin

Francisco Ynduráin (Aoiz, Navarra, 1910) ha sido catedrático de Lengua y Literatura Españolas en las universidades de Oviedo, Zaragoza y Complutense de Madrid, además de rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander. Se ocupa de distintos temas y autores, desde los del Siglo de Oro a los contemporáneos.

En Ayala han concurrido y siguen actuantes inventiva literaria y disciplina científica, ahora desde sus tratados de sociología y teoría política. Si algo nos marca y distingue básicamente es el ser seres sociales: «zoon politicon». No hará falta seguirle en su evolución dentro del género narrativo ni en sus ensayos y artículos para la prensa diaria, pero no me resisto a recordar lo que nos dijo en un encuentro de novelistas y profesores de Literatura: «El fondo sociológico y las singularidades de cada carácter no están explicados, sino que aparecen a través de sus actos, tal cual ocurre en las peripecias de la vida cotidiana, donde solemos movernos de manera espontánea, sin darnos cuenta de nuestros condicionamientos respectivos» (*Prosa novelesca actual*, Madrid, 1969, donde se recogen las ponencias y comunicaciones del verano 1968 en la UIMP, Santander). Ayala ha sabido y sigue sabiendo mantenerse en respuesta positiva a la pregunta: «Cómo ser simultáneamente desapasionado y no indiferente, sereno como un anciano y activo como un joven», que sueña con un Goethe al fondo. Insistiré, recordando algo que ya publiqué sobre el autor y que señala un rasgo que me parece caracterizador de su pluma y mente: «Ayala entrevera la anécdota, incluso hasta las minúsculas, con la reflexión y el juicio, si bien lo característico de cada anécdota lleva implícita su correspondiente moraleja». He aquí, en anticipada expresión, un rasgo medular en su escritura.

No voy a entrar en su biografía, dilatada y densa, con prospectiva de nuevos logros, como nos hace esperar el último escrito que le he leído, «Realidad de la literatura» (*El País*, Madrid, 7-10-92), muy próximo si no incide en el «ensayo», donde revisa y puntualiza lo que término tan abierto ha valido

para la crítica literaria y de otras artes. Después de habérselo perdido en el exilio forzoso, la recuperación de Francisco Ayala ha ganado un gran eco literario y de pensamiento. En el personaje se han fundido tanto la invención literaria como sus estudios e investigaciones, de sociología especialmente, como ya se ha dicho. Su afición a las letras se manifestó precozmente, para luego simultanear su cultivo con estudios tan ligados a la conducta humana. También compartió su tiempo con atenciones a gestión política nacional e internacional en misiones diplomáticas, en fugaz paso. El exilio le ofreció ocasiones de residencia y trato con intelectuales en ambas Américas, sin olvidar la Central, en la Universidad de Puerto Rico. Casi toda Europa, Oriente Próximo y Medio acrecieron sus horizontes físicos y mentales.

Coincidencias ineludibles

La coincidencia de escrito literario y análisis de lo social en el hombre resultan ineludibles, broten desde un criterio previo y programado o de intuición más o menos deliberada y consciente, porque somos, estamos sometidos a condicionamientos de varios grupos sociales, ya sea por admisión, ya por rechazo, en diversas proporciones. Familia, profesión, amistades y enemistades, etc., nos insertan con resultados que en cada caso broten. Ya hace siglos que la literatura —por no mencionar otras artes— acudió a darnos el tipo más que el individuo, es decir, el papel que elige o se le impone al individuo en el entorno social: el avaro, el hipócrita, etc., tienen remota ascendencia y sólo adquieren sentido en su actuación social, sentido pleno quise decir. Hasta el más desviado de la realidad en torno, nuestro don Quijote, necesitó del contexto literario, que tomó por verdad social, para lanzarse a sus aventuras. Al final se reinsertó en el medio religioso de su sociedad al pasar al más allá, si bien con la fórmula más convencional y tópica, nada individual exclusivo. Sus familiares y Sancho también reaccionan con la habitual complacencia de quienes heredan, ahora sin cuidarse del legatario. Lo social ha primado sobre el individuo.

Volviendo más próximo a nuestro Ayala, parece ocasionado recordar algunos detalles de su vida. Hay vidas cuya trayectoria ocurre en tiempos y lugares propicios, o entre ásperos conflictos que no es fácil eludir, y en los que la solicitud partidista exige compromiso hasta el último límite. Ayala vivió un primer ambiente familiar de alta burguesía en primera línea de su Granada. Tuvo oportunidad para dedicarse al estudio, ampliando su saber en su ciudad natal, en Madrid, más el entonces obligado viaje y estancia en Alemania para ampliación de estudios. Precoz vocación literaria, después de haberse asomado a la pintura, escribió y pudo publicar un cuento a los dieciocho años. Traductor años más tarde, nos dio la versión nada fácil y muy fina de *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, de Rilke (Losada, Buenos Aires, 1953), o de *La Romana*, de Moravia.

Me arriesgo a proponer algún rasgo que caracterice y marque la copiosa literatura de Ayala, empresa no fácil, aunque he tenido el placer y aprendizaje de muchas lecturas. Que mis proposiciones valgan para otros, es ya otra cuestión: allá voy con mis resultados, dispuesto a modificarlos si se me convence de error o de inexactitud.

Fecundidad y precisión en su estilo, pues en cada página tenemos una condensación, sin permitirse evasiones dispersas ni eliminaciones como efugio para no comprometerse. Su admirado Ortega y Gasset nos dejaba, a veces, con el deseo expectante cuando se le abrían interrogantes en bandada llegado al punto álgido de su empresa: cierto que ya nos había dado algo y más.

En Ayala advierto una mente analítica que le vale para la fina disección de temas y de asuntos, con mirada que lleva la marca de visión al sesgo —expresión suya, no rara— que también podría calificarse de irónica. Sí, ya se sabe que «ironía» ha necesitado de muchas definiciones, lo que supone diferentes criterios, aunque no siempre se haya tenido en consideración el contexto social y ocasional del dicho en tal clave. Como resumen, y por tanto insuficiente, me atrevo a proponer para el Ayala en trance y expresión irónicos esta definición: inteligente mirada que penetra hasta el trasfondo del caso, sin malevolencia, en espera de abrir y compartir una disposición congruente. Uno de sus artículos lleva el título «Ironía indulgente». ¿Habría algo de andaluz, granadino, como último trasfondo?

Desde otro ángulo advierto una predisposición mental y afectiva, exenta de ren-

cores cerrados. Me bastan dos citas, que acaso puedan contradecirse con textos que son mucho más raros. Una opinión retrospectiva sobre el general Primo de Rivera, su contrario en ideas y acción política: «Era un hombre de buena fe, bondadoso, caballeresco y humano, un andaluz simpaticón, un señorito castizo aficionado a los placeres sensuales...» (ver *Recuerdos y olvidos*, Madrid, 1988, páginas 130-131). O el elogio que dedicó al general Rojo, del ejército de los «rojos», en *Contra el poder y otros ensayos* (1990): «El general Rojo fue un hombre lo que se dice cabal, hombre de una pieza... En mi recuerdo, una aureola de noble patetismo envuelve y adorna su figura» (pág. 186). Son, sí, ejemplos insuficientes para prueba, pero no será difícil ampliar citas de quien tuvo y mantuvo un recelo, si no algo más, respecto del Poder, de los poderes. Su definición del mando, de quien lo ejerce, suele ir restringida por el verbo «detentar», que supone poca o ninguna legalidad y derecho. Y vuelvo a citarle: «El abyecto respeto que el poder concita por sí mismo, no importa quién lo detente» (*Op. cit.*, pág. 137).

En tan copiosa obra (ensayo, novela, autobiografía, teoría literaria) encontraremos algunas repeticiones parciales al menos, y es lo que ocurre con el libro más reciente, *El tiempo y yo o el mundo a la espalda*, donde recoge artículos de la prensa, nacional y de Nueva York y Buenos Aires. Si ya habíamos leído algunos artículos en *El jardín de las delicias. El tiempo y yo* (Austral, 1978), son más los nuevos.

Visión personal y sincera

Ayala no se limita a juzgar desde posiciones partidistas cerradas previamente algo en lo que se suele incurrir con demasiada frecuencia. Su formación primera nos ha recordado que fue de un liberalismo practicado



Ayala, diciembre 1991.



Ayala con su nieta.

Francisco Ayala en 1939.



CORTESÍA MINISTERIO DE CULTURA

Viene de la página anterior



en la burguesía. Tomo de Estelle Irizarry una opinión que suscribo: «Su visión del mundo es personal y sincera, nunca impuesta desde fuera. Ayala rehúsa todo partidismo, y sus cuentos acerca de la guerra civil española, en *La cabeza del cordero*, rechazan enfoques políticos, buscando los motivos y las pasiones que nutren tales crisis, y no las justificaciones o censuras políticas» (en el libro *Francisco Ayala*, del poeta y novelista aragonés Ildelfonso-Manuel Gil, Ministerio de Cultura, Madrid, 1982, pág. 146). Por mi parte, añado que nuestro escritor se suele remontar desde la anécdota hasta la categoría, apelando a las más hondas raíces y levantados fines en la conducta humana.

Pero es tiempo ya, si no me lo he sobrepasado, de llegar al libro que, de momento, requiere mi atención y análisis, por si alcanzo una estimación crítica valedera para otros lectores. Y ya se sabe que cada encuentro de texto y lector tiene un muy variable margen de aventura. Trataré del libro más reciente, *El tiempo y yo o el mundo a la espalda*, título que me lleva a recordar otro volumen del mismo autor, *El jardín de las delicias*. *El tiempo y yo* (1978), con muy informativo prólogo de C. Richmond. Hecho un rápido cotejo entre ambas publicaciones, resulta que en la más reciente se incorporan algunos capítulos del anterior, del que también se inserta el prólogo: más de las dos terceras partes de los textos son novedad en libro al menos, pues proceden de artículos aparecidos en la prensa de Buenos Aires, Madrid, Nueva York.

Ambigüedad deliberada

El título del libro que comento, el más reciente, ofrece una ambigüedad deliberadamente suscitada (?): ¿la conjunción «o» hemos de entenderla en sentido disyuntivo o cumulativo, de equivalencias? Por de pronto, uno se inclina a no cerrarse y esperar lección y reflexiones. Ya sabemos que el dicho



En su casa madrileña de la calle Marqués de Cubas.



«El tiempo y yo» tiene su complemento, meramente sugerido, en «para otros dos», y que tiene remota ascendencia en la lengua hablada, como demostró mi amigo y paisano José M.^a Iribarren en su libro *El porqué de los dichos* (Madrid, 1955, entre otras ediciones), donde se atribuye a Carlos V y a Felipe II. No veo otra atribución que a Felipe II en la excelente edición del *Vocabulario de refranes* de Correas, que debemos al hispanista francés M. Louis Combet (Bordeaux, 1967: «dando a entender lo mucho que uno puede hazer kon vida i tiempo» (*sic*), pág. 111; es la edición hoy más fiable).

Volviendo al libro que me ocupa ahora la atención, hay que empezar por datar los artículos, no siempre fechados aquí ni con indicación de dónde aparecieran. Se supone que los no datados pueden ser los más recientes, y sabemos que Ayala sigue colaborando en los dos diarios de más circulación de Madrid. Cuando se nos dan fechas, vemos que hay uno de 1937, un artículo; algunos de 1948, otros de 1982 y 1990. Esto es, que la cronología, tan necesitada para un estudio a fondo de letra y pensar, nos resulta imprecisa e insuficiente, aunque el hecho de haberlos recogido a esta altura del tiempo nos permita suponer la identificación persistente del autor con su pluma. Y me parece oportuno mencionar, por de pronto, el texto de «Novelista y profesor», leído en los coloquios organizados por la Fundación Juan March, en su sede madrileña, del 2 al 7 de junio de 1975, sobre «La novela española actual». Repasa lo que ha vivido en años tan fecundos y de varias orientaciones, y sobre sí mismo nos dijo: «Ciertamente, desde mis intentos literarios más remotos, el estímulo íntimo de donde mis relatos brotaron fue el puro placer de narrar, de darle forma a algo que para mí tenía un sentido, y un sentido susceptible de ser comunicado a otros» (pág. 52).

Valor autobiográfico

En el fondo, y sin propósito expresamente declarado, cada libro tiene un valor de autobiografía, con las reservas y aumentos que cada uno requiera.

Para exponer lo que este libro me ha venido enseñando en su lectura necesitaría resumir los temas aquí expuestos; pero es tal su diversidad que no resulta fácil hacerlo. No he preguntado a su autor por qué ha reunido en volumen esta colectánea de artículos de prensa, no siempre fechados y localizados. Lugar y momento de publicaciones volanderas como las de la prensa diaria nos ayudarían a explicarnos rasgos que en el bloque libresco suelen pasar inadvertidos. En cual-

quier caso, y obviadas algunas imprecisiones que advierto y que, salvadas, nos ayudarían a leerle mejor, me intereso en lo que tienen de voluntad y resultado de estilo. No se trata sólo de gustos personales ni generales, sino de ver cómo lo más llano puede servir para un mensaje memorable y lo más requintado para oquedades que se lleva el aire, aun sin ayuda del viento. En la prosa de Ayala, aunque no falten y con motivo efectos de marcada sonoridad, creo notar que se rige y acomoda a la marcha del pensamiento discursivo, siguiendo ampliaciones, restricciones, matices que se le van ofreciendo a su mente al analizar hechos y opiniones, personas y grupos sociales. Hay un trasfondo de mente analítica con aspiración a formulaciones de valor científico. El mismo autor reconoce que su mente le conduce a las abstracciones.

Raíces comprobables

La variedad de asuntos aquí tratados no deja de tener raíces más o menos ostensibles y comprobables. Según nos ha contado al recordar su primer asomo al mundo del arte, fue precisamente por la pintura. Llamada o vocación que es bien explicable en un granadino. De aquí pasó muy joven, según ya se dijo, a la letra, y en el libro que comento hay páginas dedicadas a lo figurativo, como por ejemplo saliente en «Pintura, pensamiento, poesía», cuando desde María Zambrano, pasando por Alberti, acude al Museo del Prado para ver la *Santa Bárbara*, del maestro Flemalle. Durante su estancia en los Estados Unidos fue asiduo visitante de museos en Chicago y Nueva York. Por aquí creo que se llega a un rasgo de su imaginaria literaria

en la que veo predominio de lo visual, sensaciones las más obvias y frecuentes. Otro rasgo, si no muy reiterado tampoco infrecuente, diré que es el de la mirada irónica, que supone distanciamiento inteligente y desapasionado. Así y muy pronto, en *La cabeza del cordero* (Buenos Aires, 1962) señala Keith Ellis que el tema recibe un tratamiento oblicuo, al sesgo, estilización que aplica nada menos que a nuestra cruenta guerra civil, y Ayala nos explica su mirada y toma de contacto para llegar a una proposición de rigurosa ética. Así lo leo en *Mis páginas mejores* (Madrid, 1965, págs. 14 y 15 especialmente): «Que los ideales por los que uno mata y muere resulten ser a la postre retórica vana, es una terrible burla de la vida. De haberme propuesto dotar a mis novelas de pugnacidad política, me hubiera bastado dar cabida en ellas a los ideales que movieron a la gente para que, sin necesidad de subrayarlo siquiera, el contraste con los resultados prácticos fuera sarcástico».

No llega al sarcasmo, y, reitero, la ironía suena más frecuente en talante y escritura, claro, cuando el asunto resulta adecuado al tono. Como en un artículo, «Sobre el trono» (sin data), que acoge como lema un texto de Montaigne: «...princes, qui pour despecher les plus importants affaires, font leur throne de leur chaire percée...» (Montaigne, *Essais*, liv. V, chap. III).

Y nuestro autor sigue la ruta escatológica con no menos humor y gracia que el señor de Montaña, como denominaba Quevedo al gran escritor galo.

Humor y ética —nunca moralina—, variadísima curiosidad por personas y temas, hacen de este libro, como de sus análogos y demás, lectura que enseña y deleita. ||

RESUMEN

Fecundidad y precisión de estilo, mente analítica para la disección de temas y asuntos, son características, a juicio de Francisco Ynduráin, que definen a Francisco Ayala, en quien concurren y siguen actuantes inventiva literaria y disciplina científica. Todo

esto puede percibirse en un conjunto de artículos de prensa, cuyo agrupamiento editorial le da ocasión a Ynduráin para detenerse gustoso en la vida y obra de Ayala, de esbozar al hombre desmenuzando su quehacer intelectual.

Francisco Ayala

El tiempo y yo, o el mundo a la espalda

Alianza Editorial, Madrid, 1992. 336 páginas. 1.950 pesetas.

Un joven encolerizado

Por Domingo García-Sabell

Domingo García-Sabell (Santiago de Compostela, 1908) es doctor en Medicina, académico de número y presidente de la Real Academia Gallega, además de delegado del Gobierno en Galicia. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

Hace ya bastantes años leí un libro extraño e inquietante que me produjo una fuerte impresión. Se titulaba *Mars*. Su autor, Fritz Zorn.

¿De qué se trataba? Sencillamente, de la autobiografía implacable de un joven que padecía un terrible cáncer, que lo sabía y que, a fuerza de penetración psicológica, iba estudiando sus causas profundas, el significado de la fatal condena y, sobre todo, el radical fundamento humano de sus padeceres. Eran doscientas y pico de páginas lúcidas, crueles y frías, atiborradas de pasión analizadora. En suma, estaba yo ante un texto de primera magnitud por su autenticidad y su íntimo desgarrado. ¿Nada más? Sí, algo más. Y algo que, sin sospecharlo, de repente, iluminaba con cruda luz los complejos entresijos antropológicos de la juventud actual. Una juventud sobre la que se han vertido lugares comunes a porrillo, toda clase de invectivas y no pocas arbitrariedades.

Es la de ahora, siguiendo los cánones admitidos, una mocedad díscola, protestataria, dada al goce indiscriminado, universal negadora y, ciertamente, irresponsable. Dejando a un lado lo que de exageración pudiera haber en esta caricatura —porque se trata de una caricatura y no de un retrato—, dejando esto a un lado, digo, ¿está por ventura justificada la deformación? Quiero decir, ¿ocultan los distorsionados perfiles un átomo, siquiera un átomo, de verdad? Jamás creí en tales exageraciones. La realidad nunca es excesiva. Los excesivos somos nosotros cuando, movidos por pequeñeces doctrinales, esto es, por anteojeras ideológicas, no acertamos a columbrar lo objetivo y, en su lugar, metemos de contrabando mezquinas valoraciones. Dicho de otra manera: cuando estamos dispuestos —como es costumbre— a dar gato por liebre. Posiblemente sea ése uno de los máximos vicios de la cultura de nuestro tiempo, a saber, el de infravalorar el mundo y su entorno valiéndonos de trampas disfrazadas de sistemas conceptuales. Estamos ante uno de los rostros del nihilismo contemporáneo que tanto daño nos ha hecho y nos hace a todos. Negamos acentuando las negatividades y no admitimos, ni por asomo, que detrás de esas oscuridades pueda ocultarse el brillo de otra realidad distinta, valiosa, respetable, seria y, en definitiva, considerable, literalmente considerable.

Hasta aquí lo que, desde los escolásticos, se llama «una composición de lugar». Y hasta aquí mi propio sentir, sin que a su favor yo pudiera depositar algún testimonio irrefutable y objetivo sobre los mozos actuales. Y ése fue el momento en el que llegó a mis manos el estremecedor libro de Fritz Zorn. Ahora, por fin, se ha traducido al castellano. A esta traducción antecedió la francesa, aparecida bajo el sello de Gallimard. Indico esto porque ello denuncia el grado de interés que la obra suscitó en Europa.

El libro

Pero vayamos al libro mismo. Un joven universitario cuya verdadera identidad desconocemos —Fritz Zorn es un seudónimo, y no olvidemos que en alemán Zorn quiere decir ira, cólera—, profesor de castellano y por-

tugués, educado en el más estricto estilo suizo en una familia acomodada, practicante absoluta del respeto a los demás llevado a extremos ridículos y deshumanizadores, una familia en la que no se habla si no es de cosas banales y que a nada comprometen, moradora de la «Costa Dorada», la orilla derecha del lago de Zurich, se entera de que padece un linfoma maligno. Va a morir a los treinta y dos años. Lo sabe. La suerte está, pues, echada.

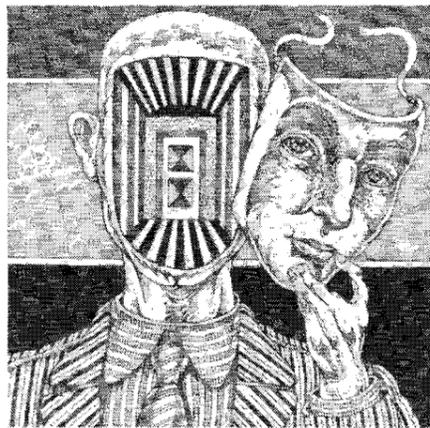
El libro (en la traducción castellana que ahora comento se titula, con acierto, *Bajo el signo de Marte*) constituye una especie de acta notarial, implacable y acusatoria, de dos cosas. Por una parte, del ambiente familiar esterilizador, despersonalizante, obra de unos padres «castradores», como diría un psicoanalista. Todo en la casa respira contención, todo está prohibido o, cuando menos, «mal visto». Todo, en suma, se resuelve en no tomar partido por nada, en inhibirse, en dejar que los demás hablen, pero nunca en comprometerse a formular juicio alguno por leve o intrascendente que pueda ser. Zorn se forma pues, y respira, como en el interior de una campana neumática. El aire que le viene de fuera está administrado en contadas y bien medidas dosis.

Los entresijos psicológicos

Pero el protagonista de esta historia es una persona inteligente, sensible, inquieta, aficionada al estudio y a la lectura. Cuando, por obligación pedagógica, entra en contacto con los demás, y ya desde el principio, se da cuenta de que es incapaz de comunicación humana auténtica, profunda y enriquecedora. Está como enquistado. Trata de vencer estas limitaciones, pero no lo consigue. Desde entonces se encontrará forzado a la incomunicación, al aislamiento y, en consecuencia, a la introspección continua. Por eso, al comienzo, se sentía demasiado joven para ser él mismo. Cuando la enfermedad lo atenaza, ya se siente muy viejo: «Lo único que me resultaba imposible era tener, justamente, mi edad». Y llega a la desoladora conclusión: «Soy el hijo neurótico de un padre neurótico y de una madre neurótica». Consecuencia: el autodiagnóstico de «idiotez emocional». Pero, con todo, esa supuesta minusvalía no le impide dar clases. Nada, pues, de psicosis. Simplemente, neurosis y nada más que neurosis. Que no le estorba para enseñar a sus alumnos de la escuela secundaria estatal «el subjuntivo español», cosa que lo mismo podrían aprender tanto «de un maestro neurótico como de un maestro normal».

Hasta este momento, el primer bloque de negatividades, a saber, el del perimundo familiar y social, y la propia, específica impotencia para integrarse en el entorno ajeno. Pero, a partir de este momento, una nueva serie de oscuras oquedades van a instalarse en el alma del sufridor.

La primera, y según yo pienso la fundamental, porque es, en el fondo, el eje sustantivo del libro, consiste en un deslizamiento conceptual a cuyo favor una educación equivocada puede dar lugar, sin duda, a la neurosis y ésta, a su vez, y aquí está el deslizamiento, al cáncer. Y como su caso, según el autor, es posible generalizarlo, de ahí que pueda considerarse como «una historia representativa y general». Como lo fue el hecho de que en la adolescencia, y ya mezclada con la neurosis, apareciese la depresión con sus «dos características principales, la soledad y la desesperación». Zorn se convierte, a partir de ese momento, en un comediante de sí mismo. No quiere que nadie note nada de su íntima desnudez, y se presenta como el hombre de los buenos modales, bien abastecido con su «máscara de eufemismos». Así, de ese



JORGE WERFFELL

modo sutil y ciertamente enrevesado, se muestra a los demás. «Yo era, sin lugar a dudas, un mentiroso y un hipócrita». Tonio Kröger, el protagonista de la novela de Thomas Mann —otro melancólico crónico—, era, por aquel entonces, el héroe admirado y hasta imitado.

Es muy típico de estos deprimidos que no se interesen de verdad por nadie. Al muchacho Zorn los romanistas de su grupo no le interesan particularmente y sí sólo como miembros de un colectivo investigador: «Ninguno me era tan querido como para que lo prefiriese a otro». Y llega un momento en que el protagonista es afectado por una hepatitis. He aquí, ya, el gran pretexto, el de buscarle a la enfermedad un rendimiento condigno. «Lo que me dejó la hepatitis fue una ligera tendencia instintiva a especializarme en las cosas tristes, pues sentí que éstas servían a mis maniobras». Entre ellas está la vivencia, cada vez más patente, de la soledad. Una soledad que el autor de *Mars* encuentra expresada de manera perfecta en los versos de Martin Codax: «¡Ai, Deus!, se sabe ora meu amigo / como eu senheira estou en Vigo?».

El enquistamiento existencial produce otra secuela no menos significativa: la de la abstinencia sexual. Fritz Zorn vive sin probar mujer y así muere. Observemos esta frase: «Y en cuanto a las relaciones sexuales, tampoco las había tenido, naturalmente». Me parece que ese adverbio, ese «natürlich» del texto alemán, da cuenta muy exacta y muy ceñida del talante de quien lo formula. Pero poco a poco, en el alma del sujeto va instalándose otro vector, a saber, el de la resignación. Es el resultado de la machacona persistencia en el malestar corporal y espiritual que hace que se concluya por no sentir nada. La conciencia lúcida va por un lado. El sufrimiento, por otro. Entonces el individuo se transforma en espectador de sí mismo. O quizá más exactamente dicho: en actor y espectador de sí mismo. He aquí la máxima ambigüedad de la tristeza inmotivada. ¿Inmotivada?

La protesta

No parece. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque en este instante surgen dos acontecimientos en la vida del personaje que van a ser decisivos. Uno, la muerte repentina de un vecino con el que Zorn ha charlado la noche anterior. «Ahora la muerte está en la casa», escribe. Asistimos a un anuncio o, mejor aún, a una premonición que cae, fecundadora, sobre el propicio terreno de la melancolía del paciente.

La otra novedad ya es definitiva. Ya es el fenómeno que cierra el arco toral de la vida del escritor y, por ende, lo que otorga sentido y lógica estructura a todo lo demás. A Zorn le aparece un bulto en el cuello. Un bulto que no cesa de crecer y le obliga a ir al médico. Pero antes de saber el diagnóstico correcto —linfoma maligno—, el autor elabora su propia

teoría explicativa. Los sufrimientos que una educación exquisita no permitía exteriorizar, produjo llantos que jamás salieron al exterior. El bulto, la excrescencia del cuello, era, simplemente, la concreción de lágrimas jamás lloradas, de «lágrimas tragadas», «verschluckte Tränen», en el original teutón. Lágrimas, pues, tragadas, o atragantadas. Ahora comienza nuestro escritor a elaborar una doctrina etiológica de los tumores malignos. Como los médicos «no saben qué es en realidad» el cáncer, Zorn admite que se trata, en todos los casos, de una enfermedad del alma «que hace que aquel que devora toda su pena sea devorado a su vez, al cabo de un cierto tiempo, por esa misma pena que vive en él». Cualquier tumor maligno es, por tanto, la consecuencia concreta, orgánica, material, de «una enfermedad moral». Zorn se sintió toda su vida desgraciado, pero jamás se atrevió a decirlo, pues eso «no se hace».

Y ahora viene lo atroz. Ahora viene la protesta, la inmisericorde protesta envuelta en feroz sarcasmo, en duro latigazo que cae, retrospectivamente, sobre las espaldas de los padres difuntos: «Toda mi vida fui bien educado y gentil, y ésa es la razón de que pescara un cáncer. Y está bien así. Yo creo que cualquiera que haya sido toda su vida bien educado y cortés no merece otra cosa más que contraer un cáncer. No es más que el justo castigo». El cáncer del alma aparece, desde este momento, trasplantado al cuerpo. La tradición familiar produjo, a la larga, el fatal tumor. Pero Zorn, heroicamente y autocruelmente, admite esa fatalidad y hace de ella una realidad sublimada, hipostasiada. Detrás está la súbita iluminación, la aguda conciencia de que su vida ha sido hasta entonces sencillamente intolerable, y decide liberarse, por fin, de la resignación, de esa constante paralizadora de todo movimiento noble y altruista. El cáncer es menos pesado o es más llevadero «que la infelicidad que me depararon los treinta primeros años de mi vida».

Aún hay más. Por una parte, la callada desesperación de sentirse atrapado por la muerte «sin haber sabido jamás cómo es la vida». Pero, ¿es en verdad la culpa de los padres? Este lado del problema ya no le interesa. Le interesan, en cambio, los resultados, las secuelas, de la destrucción de la propia, específica persona. Pasa Zorn revista, en ese instante de sus reflexiones, a los progenitores. «Con respecto a mi padre, ahora muerto, tenía la impresión de que siempre había estado muerto y de que en realidad no había existido nunca.» Estamos, sin lugar a dudas, frente al archisabido asesinato del padre, al que se aniquila para alejarlo del propio horizonte existencial, al que se da por no válido. Para reafirmar esta anihilación he aquí su duro, inflexible testimonio. Si alguna vez visita su tumba, estima que ante ella debiera decir lo siguiente: «¡Mira esto! Aquí hay uno enterrado que en vida llevó el mismo apellido que yo. ¡Qué casualidad!». Esto, esta tremenda tirada, esta trágica tirada, no fue formulada en la rebeldía casi biológica de la adolescencia, sino a los treinta y tantos años. Y, además, cuando se tiene la certeza de que también se va a morir, esto es, «darse la casualidad» de desaparecer tragado por las potencias roedoras de la tierra.

La estatua

Asistimos, por consiguiente, a una forma extrema y contradictoria de autoafirmación negadora, de cruel reconstrucción, de desesperada reconstrucción, de una persona que pronto va a dejar de serlo. Fritz Zorn levanta una estatua y comienza por asentar, trágicamente, el zócalo, el pedestal. Por eso, si ima-



Viene de la página anterior



gina por un momento que los médicos pueden curarle el cáncer, no se hace ilusiones —que sería lo normal— ni ello le produce satisfacción alguna. Por el contrario, supone que, indefectiblemente, el mal habrá de reproducirse, «conservando así siempre una ventaja sobre los médicos». El por encima de todo.

Pero quizá por eso mismo, por esa egocéntrica oportunidad viviente, aparecen algunas positivities, por ejemplo, la desaparición de los estados depresivos y su directa consecuencia, la alegría. Eso que, con anterioridad, él valoró como puro «bluff», como engaño ante el prójimo. ¿Por qué? Pues, simplemente, porque Zorn jamás conoció el amor, esto es, la entrega incondicionada al otro. ¿Amor, sexualidad? ¿Qué importa! Una y otra palabra indican, en el fondo, lo mismo. Fritz Zorn no tuvo relaciones eróticas con nadie, pero tampoco quiso a nadie. Su mundo cordial estuvo vacío y fue, en consecuencia, estéril. No se consideraba loco, lo que se dice loco, pero sí neurótico. Con todo, hay ahora un matiz psicológico altamente revelador. Al valorarse como víctima de una neurosis, al valorarse como neurótico, aclara que lo hace «para utilizar una vez más este eufemismo bien educado». Y por eso, por esa morbosa consecuencia, califica a la ausencia de amor como una «carencia esencial».

Como vemos, la progresión del mal orgánico, la innegable conciencia de que el fin se aproxima, hace que el sujeto vaya tomando contacto más o menos nítido con la realidad circundante. Poco importa que a esas alturas de su biografía el autor eche mano de las ideas (¿se las puede llamar ideas?) de Wilhelm Reich y la función del orgasmo, el «orgon», la familia coercitiva, etc. Y llega un momento en el que, para el autor de *Bajo el signo de Marte*, neurosis y cáncer son una y la misma cosa, «una sola y única enfermedad». Lo que todo esto revela es que en el fondo, allá en el fondo del fondo, Fritz Zorn aún espera ser curado.

Pero sigamos el desarrollo del proceso espiritual. Cuando ya ni eso es admisible, cuando toda posibilidad de recobrar la salud se desvanece, la vida y la muerte son absurdas, sin duda. Pero la muerte para algo le servirá en definitiva, a saber, para «el reconocimiento y conocimiento del mal», ya que resulta menos difícil «soportar un mal reconocido y llamado por su nombre que un mal no conocido y no comprendido». El «mejor no saber» del trágico griego es ahora, y en este instante crucial, negado. Es heideggerianamente el paso de la angustia inconcreta, difusa e intolerable, al miedo bien definido y, por eso mismo, superable.

Así concluye la primera parte del libro que comento. Una primera parte que es, en realidad, la mayor parcela de la obra. Mas no sin que antes el autor deje de hacer referencia al título. ¿Por qué Marte? Marte es el dios de la guerra, de la agresión, pero también de la fuerza creadora. Es «el dios de la renovación y del principio creador, y en realidad el dios de los creadores y de los artistas». Los que le pertenecen son agresivos y, por supuesto, creadores. Pero Zorn ha resultado todo lo contrario. ¿Por qué? Pues porque esas criaturas «necesitan un punto de apoyo para poder ejercer su acción y afirmarse». Si eso falla, «entonces vuelve su agresividad natural hacia dentro y se destruye a sí mismo».

Enseñanza final. «Con esto quiero llegar a la moraleja de esta historia: Antes el cáncer que la armonía. O en español: ¡Viva la muerte!»

La segunda parte lleva el título genérico de «Última necat». Allí nos describe Zorn cómo el mal va invadiendo todo su cuerpo, los dolores que le atenazan, los insomnios, la rabia desesperada que le domina. Ya no es el miedo a la muerte lo que le tortura, sino más



JORGE WERFFELI

bien lo que él llama «las crisis emocionales». Se suceden los obsesivos recuerdos: «Mi familia es para mí la quintaesencia de todo lo que yo abomino». ¿Estamos aquí frente a una versión soliviantada del *Famille, je vous hais!*, de Gide? No lo creo. Lo de Zorn es mucho más hondo y, sobre todo, mucho más trágico en su innegable autenticidad.

La conclusión se nos torna evidente en una especie de tesis bien articuladas: «La facultad de ser feliz está destruida en mí». «No puedo reír porque no hay nada (el subrayado es del autor) que ría en mí». En la vida no todo tiene sentido. También hay un «sin-sentido». Su nacimiento y su vida han consistido en eso, en un contrasentido. ¿Y la claridad? ¿Dónde está? Sencillamente, en esta secuencia terrible: Padres neuróticos-neurosis del hijo-vida desgraciada-cáncer-muerte. He aquí la nitidez suprema: «Es así, así y no de otra manera». Y esta dramática evidencia no conduce, finalmente, a ninguna ilusión: «Mi vida es un infierno: lo sé y afronto este hecho sin maniobras de encubrimiento». La victoria última consiste en no haber sido traidor a sí mismo.

Con todo, una última esperanza. Linfoma es una cosa, cáncer otra, por lo menos desde el punto de vista «estilístico». ¿Podría recuperar la salud? No lo sabe. Pero hay que llamar a las cosas por su nombre exacto. Y reconocer la fuerza inmensa de la vida: «La necesidad de vivir fue para mí, a pesar de todo (el subrayado es mío), más fuerte que el mal de la vida».

La tercera parte del libro es muy breve. Continúan las digresiones obsesivas en torno a los padres, algunas descarnadas teorizaciones religiosas, divagaciones literarias, musicales, etc. El enunciado de este capítulo, «El caballero, la muerte, el diablo», lo explica todo.

¿Retrato generalizable?

No en cierto sentido. Y sí en otro. Vayamos primero con lo negativo. Hay en las páginas de *Bajo el signo de Marte* una especie de furor incoercible que lo arrasa todo y que no deja en pie nada, absolutamente nada. Es la extremosidad vivencial llevada a sus límites máximos. Es la hipóbole emocional pura. Es la valoración ultrasensible de los acaceres y de las personas a las que se coloca bajo el microscopio con minucia exigente y despiadada. Fritz Zorn ve la vida con pupilas de espectador apasionado. ¿Apasionado de qué? Simplemente, de lo oscuro, de lo que aísla, de lo que cohibe, de lo que nos aplasta y concluye por destruirnos. Zorn no es impar-

cial. Toma partido desde el principio a favor de la negación por la negación.

Quiero decir con esto que nuestro hombre no lucha. Sus resistencias al agobio del medio familiar y social son simples escaramuzas y nada más. Dicho de otro modo: no existe en el protagonista voluntad de afirmarse, de plantar su huella en el espeso entramado de la vida íntima o de la vida comunitaria. Y esto, en el fondo, lo que revela es la vocación por autodestruirse, tan típica de los sujetos neuróticos. Hay en este joven una especie de potencia tanática que es un refugio. Al arrojarse, al encubrirse con el falso manto de la incomprensión y de la obediencia a cánones de conducta que no son los suyos, lo que consigue es disculparse ante sí mismo. Más que una batalla, lo que lleva a cabo es una huida hacia delante, un ofrecer la espalda antes que el rostro. Pero el rostro es el testigo más pavoroso e inclemente de todos nosotros. Lo que uno tiene de persona está grabado, aparece burilado en las facciones. Y, sobre todo, en la mirada.

Obsérvese esto: no nos habla Zorn explícitamente de los ojos, de sus ojos. Me imagino que debió ser la suya una mirada oblicua. Una de esas miradas que rehúyen todo contacto humano. Desconfiamos siempre de aquellas personas que, al hablarnos, dirigen sus pupilas hacia otra parte. Si en algunos casos puede ello ser síntoma de timidez, no cabe duda que en muchos otros está sostenida la maniobra por una oculta aspiración a no descubrirse, a no denunciarse.

Ahora bien: como Fritz Zorn era, a no dudar, una inteligencia fuera de lo común y, al tiempo, un espíritu cultivado, he aquí que la suma de estos dos factores tenía por fuerza que dar el resultado que dio, a saber, una extraña, una inquietante mezcla de autenticidad existencial y de artificiosa conceptualización analizadora. Pero justo esa forzada conceptualización —recuérdese su distorsionada doctrina de la neurosis y el cáncer como entidades patoló-

gicas unitarias— fue el disfraz de su impotencia, de su insuficiencia para luchar bravamente con los demás y para construirse a sí mismo contra viento y marea. Y por eso él habla de maniobras y de máscaras distanciadoras.

Leamos, pues, este terrible libro de Zorn como un alegato «pro domo sua», como una hábil intriga intelectual que aspira —quizá esto sea lo más notable del texto— a encauzar, a represar la avalancha, el alud de feroces, incontenibles sacudidas emocionales en que consistió, en último término, la vida del protagonista. «Imbécil» es aquel que necesita el báculo en que apoyarse para caminar. El lo buscó infructuosamente año tras año. Y por eso se autodefinió como «imbécil emocional».

Pero nada de esto es trasplantable a la juventud actual. Estamos más bien frente a una conducta torcida que no casa, ni remotamente, con los ejes existenciales de nuestros mozos. Que *Bajo el signo de Marte* no sirva de pretexto para desviaciones de la realidad, para caricaturas que nada dicen de la verdadera sustancia moral de los jóvenes. Por eso, ya llegados a este tramo de la mostración, cumpliría hurgar al escritor en sus más recónditos recovecos para levantar su lado positivo. Su costado aceptable. ¿Dónde está? A mi modo de ver, en la última y evidente autenticidad de la obra. Más allá de las trampas divagatorias, más allá de las autodisculpas interesadas, más allá del recurso a la literatura, más allá de todo esto, nos encontramos con una radical, estremecedora verdad: la de dibujar con rigor casi cínico y la de aceptar impávido, como en el verso de Horacio, el derrumbe de su mundo y, en consecuencia, el derrumbe de la propia persona. Y este afán de autenticidad, este enérgico deseo de exhibir las debilidades y de intentar entenderlas, esto sí que es definitorio de *Mars* y de la juventud de nuestro tiempo. Para mí, si hay algo que me impresione como línea de fuerza del campo existencial de los jóvenes, es eso, precisamente eso, su enérgico, ferviente, decidido deseo de caminar hacia la realización personal, sin tapujos y sin disculpas. Hay ahora en el mundo una juventud seria, ilusionada, trabajadora, responsable, que, como a tientas, conmovedoramente, busca su propio, su autónomo horizonte. Estoy seguro que habrá de encontrarlo. Pero con una inexcusable condición, con una condición que es menester realzar una y otra vez porque, de lo contrario, ese horizonte corre el riesgo de desvanecerse, tan sutil y tan sensible es su lejano perfil. Esa condición se cifra en estas tres palabras: capacidad de amar. Capacidad de amar todo lo que la vida nos ofrezca, grato o ingrato, agradable o desagradable, atractivo o repulsivo, abierto u hostil. O lo que es lo mismo: habrá que potenciar al máximo la humana disposición de entrega a los demás. Y no nos disculpemos con resistencias, con dificultades innegables, como le ocurrió a Fritz Zorn, joven encoleccionado y denostador.

Recordemos la carta que San Juan de la Cruz escribió a la madre María de la Encarnación: «Y a donde no hay amor, ponga amor y sacará amor». He aquí el secreto, el radical, fecundo secreto.

RESUMEN

Domingo García-Sabell, médico humanista, leyó hace muchos años, en su original alemán, este libro de un joven escritor suizo, que en España aparece traducido en una colección de narrativa. Este hecho le da ocasión para volver a meterse en el alma de ese autor, que

emborriona una especie de diario de enfermo en donde se mezclan, íntimamente ligadas, una enfermedad moral —un malestar existencial— y una enfermedad real —un linfoma maligno—. Para el joven suizo, herido por la enfermedad, una cosa es consecuencia de la otra.

Fritz Zorn

Bajo el signo de Marte

Anagrama, Barcelona, 1992. 281 páginas. 1.900 pesetas.

Modernos contra postmodernos

Por José Luis Pinillos

José Luis Pinillos (Bilbao, 1919) es catedrático emérito de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia Española, de la de Ciencias Morales y Políticas y pertenece al Colegio Libre de Eméritos. Es autor de Principios de Psicología, La mente humana y Psicopatología de la vida urbana. Actualmente prepara un libro sobre la postmodernidad.

Hace un par de decenios, unos intelectuales y artistas que se autodenominaban postmodernos emprendieron una ofensiva crítica contra la modernidad, sin que ésta mostrara en principio demasiada capacidad de respuesta: con la excepción, claro es, de Habermas, el Amadís de Gaula de la Ilustración, y alguna que otra reacción más o menos esporádica. Ultimamente, sin embargo, hay señales de que la modernidad se dispone a contraatacar. En esta línea, Pauline Marie Rosenau, profesora de Ciencia Política en la Universidad de Quebec, ha publicado recientemente un libro de singular interés que recoge el guante postmoderno en un aspecto importante del problema —el cubierto por las ciencias sociales—, aspecto que, aunque importante, no es, sin embargo, el decisivo de la cuestión. De hecho, el duelo iniciado allá por los años sesenta entre el postmodernismo y la modernidad constituye un debate de amplio espectro que cubre prácticamente la totalidad de la cultura de nuestra época, y no sólo el campo de las ciencias sociales.

Ahora bien, la naturaleza de este debate —al que en este país, conviene recordarlo, se le ha prestado escasa atención— no se entiende si uno se olvida de que el adjetivo «moderno» significa dos cosas muy distintas. Durante la Antigüedad, moderno quiso decir sólo «reciente», acabado de ocurrir, sin que la cualidad de reciente implicara una especial valoración positiva de lo ocurrido. Antes bien, durante mucho tiempo, mientras tuvo vigencia el mito de la Edad de Oro, se supuso que lo nuevo era peor que lo antiguo o, en el mejor de los casos, igual. No hay más que recordar lo que Marco Aurelio, el filósofo emperador de Roma, dejó dicho ya acerca de esto en el siglo II de nuestra era: «Los que vengan detrás de nosotros no verán nada nuevo..., pues por poco inteligente que sea, el hombre que haya vivido cuarenta años ha visto ya cuanto hay que ver, todo lo que ha sido y todo lo que será, porque siempre es lo mismo».

Por supuesto, el término «moderno» tiene una historia mucho más dilatada que la Modernidad. Comienza por significar «re-

ciente», o nuevo, sin plus valorativo alguno. Luego la palabra «moderno», derivada de «modo» (en este instante, ahora), empieza a connotar también una superioridad de lo reciente sobre lo pasado. Koselleck es de opinión que el uso valorativo de lo moderno como nuevo comienza en el Renacimiento, pero eso parece dudoso. Ernst Robert Curtius, el gran romanista alemán, afirma que la tensión entre antiguos y modernos representa una constante en la historia de la cultura europea. Es cierto que el adjetivo «modernus», relacionado con el adverbio latino «modo», «poco ha», «ahora», no parece haberse utilizado hasta finales del siglo V de nuestra era; concretamente, el Papa Gelasius es quien usa el término en una encíclica del año 494 para distinguir lo cristiano de lo pagano. Sin embargo, Curtius cree que la controversia entre el «aticismo» y el «orientalismo» en la literatura helenística —un fenómeno que tiene paralelos muy próximos en la pintura y la escultura paleocristiana— podría considerarse como un momento anterior de la misma tensión básica que, en el siglo XVII, provocó la célebre *Querrela de Antiguos y Modernos*. Y en el XX, añadiríamos nosotros, el debate de la postmodernidad.

Tono polémico

Como quiera que sea, eso no debe hacernos olvidar que cuando el Papa Gelasius llamó modernos a los cristianos, eran también modernos los sabios de la época y el resto de los contemporáneos. El término empezó a cobrar un tono polémico a principios del siglo XII, principalmente en el campo de la lógica, donde se usaba para señalar a los nominalistas, esto es, a los que no reconocían ninguna realidad objetiva a los conceptos universales. En su *Geschichte der Logik im Abendlande*, Prantl cita un pasaje en el que los nominalistas son llamados «modernos in voce» por un obispo de Cambrai llamado Othon. Pero fue en el siglo XIII, y sobre todo a partir del XIV, cuando algunas universidades se decantaron por la «via modernorum» que representaba Tomás de Aquino en la teología y Ockam y los nominalistas en la lógica; fue entonces cuando el tema de la modernidad comenzó a dividirse en serio a las gentes. Lo moderno se les antojaba a algunos muy peligroso, mientras otros veían en ello la esperanza de una renovación.

En el Renacimiento, el adjetivo «modernus» designa ocasionalmente a los humanistas, a los «poetae moderni». Pero es como resultado de la Reforma, del descubrimiento del Nuevo Mundo y del triunfo de la nueva cien-

cia cuando en Occidente surge la conciencia histórica de la modernidad, no sólo porque el mundo está viviendo un tiempo nuevo, es decir, reciente, sino porque ese tiempo nuevo, moderno, es distinto y superior a todos los anteriores. No es por azar, pues, por lo que en la segunda mitad del XVII, cuando la nueva física de Galileo ha sacudido ya la conciencia europea, en el seno de la Academia Francesa estalla la famosa *Querrela de Antiguos y Modernos*. Con ella, de alguna manera se consagra la superioridad de la nueva época y se confiere definitivamente al vocablo «moderno» el significado histórico que fija luego la Ilustración y hoy está en crisis.

A partir de la Revolución Francesa, la euforia que acompañaba a la idea de progreso fue siendo reemplazada por la sospecha de que algo andaba mal en el proyecto de mundo feliz que se había trazado la Modernidad. Las críticas —Baudelaire, Dostoievsky, Burckhardt, Marx, Weber, Spengler, Freud, Toynbee— fueron cada vez a más hasta que, con la chispa del mayo francés, la sospecha generalizada cristalizó en la tesis de la postmodernidad. Según ella, el mundo moderno iniciado en torno a 1500 habría fenecido en 1900 para dejar paso a una nueva etapa histórica que, a falta de un nombre mejor, habría dado en llamarse postmoderna.

Partiendo de esta base, hay que decir desde el principio que la obra de que vamos a hablar, aunque no es proclive al postmodernismo, posee una base informativa muy considerable —alrededor de 600 artículos y libros especializados— y está escrita en un tono imparcial. Se ve que la profesora Rosenau se ha esforzado de verdad por mantener en todo momento una actitud de escrupuloso «fair play» respecto a las dos partes del debate, aunque el trabajo —esto también es menester decirlo— está concebido desde la perspectiva de buena profesional de la Ciencia Política. Lo cual, por lo demás, lejos de constituir un defecto, agrega al libro, como ya he dicho, el valor añadido de carecer de un sesgo postmodernista que lo haría sospechoso a los ojos de muchos. Por ello celebro que, puesto a cojear de algo, la obra no lo haga del lado de la postmodernidad. Pienso, ingenuo de mí, que quizá así se acepten mejor las valoraciones positivas que, aquí y allá, este libro hace del pensamiento postmoderno.

La obra arranca denunciando la profusión o, mejor dicho, la inabarcable diversidad de sentidos en que se ha usado durante estos años el vocablo «post-moderno». Término que, sin embargo, la autora define con rigor y escribe con un académico guión intercalado entre lo post y lo moderno, para marcar así su distanciamiento crítico frente al tema. Al

vocablo trata de despojarlo, en la medida de lo posible, de las connotaciones al uso, esto es, intenta disociarlo de las alabanzas y de nuestros más frecuentes, para referirlo en exclusiva a una perspectiva filosófica «sui generis». En opinión de la autora, el pensamiento postmoderno abunda en supuestos epistemológicos, preferencias metodológicas y núcleos teóricos que están pidiendo a gritos una justificación explícita, un debate clarificador, que legitime su introducción en el discurso.

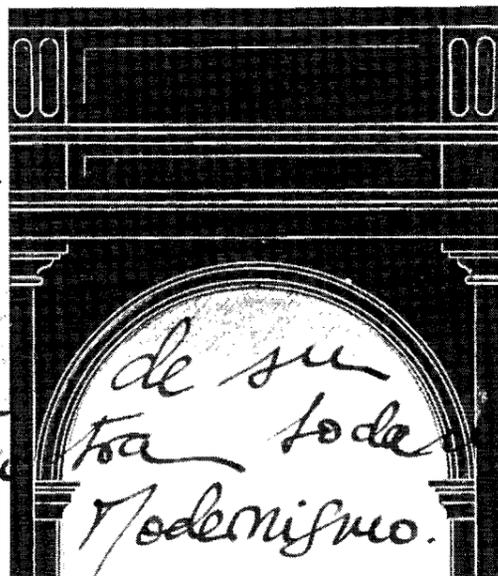
En este punto, no hace falta decirlo, las preferencias de esta profesora de Ciencia Política se decantan hacia el paradigma de las ciencias sociales, que abiertamente equipara al de la ciencia natural clásica. Hechas éstas y otras aclaraciones preliminares, entra sin más en el tema, prestando considerable atención a las aportaciones que Derrida y otros intelectuales postmodernos han realizado en el campo de la literatura y la filosofía, de la historia, la geografía, la ciencia política, la sociología, la antropología y, en general, en el ámbito de las ciencias sociales. Sorprende un poco la práctica ausencia de la arquitectura en este elenco, así como la escasa presencia que tienen la psicología y la economía, disciplinas que al parecer han sido más reacias que el resto de las ciencias sociales a entrar en el juego postmoderno.

En cualquier caso, hay que reconocer que desde el primer momento se analiza con especial cuidado la importante revisión postmodernista de las nociones tradicionales de autor, de texto y de lector. En mi opinión, este análisis de la escritura no es en modo alguno superfluo. Muy al contrario, el revisionismo postmoderno de este tema tiene un alcance y unas implicaciones profundas que desbordan el ámbito de la literatura «qua tale», para incidir de lleno en el meollo de la moral, en la esencia del dogmatismo, en el fundamento del discurso político, en la estructura de la teoría científica, en la justificación de los puntos de vista filosóficos o teológicos pretendidamente universales, hasta desembocar en el problema de la muerte del sujeto. Bien entendido, eso sí, que el autor es una clase de sujeto, pero que no todos los sujetos son autores.

Sujeto renovado

Las páginas dedicadas a esta temática constituyen, a mi entender, una buena aproximación crítica al pensamiento «post» en lo que tiene de incitante y también de desalentador. Según la autora, lo más importante de este asunto para las ciencias sociales no sería tanto el tema de la democratización del texto y del lector frente a la noción tradicional de autor, ni tan siquiera la deconstrucción del concepto clásico de sujeto como entidad apropiada racional y volitivamente de sí misma y de su proyecto vital. Antes bien, lo decisivo a su juicio tendría más que ver con el nacimiento histórico de un individuo postmoderno, con el «retorno de un sujeto renovado», tal como apuntan, por ejemplo, casi todos los estudios sociológicos, psicológicos, antropológicos y políticos que se ocupan de la mujer contemporánea. En otras palabras, lo que en el fondo parece preocuparle a esta profesora es la irrupción masiva de lo que hace treinta años, en 1961, anticipó brillantemente Susan Sontag en un extraordinario artículo, postmodernista «avant la lettre», que se titulaba «One culture and the new sensibility». No sé si la profesora Rosenau ha extraído de este trabajo —que conoce— las conclusiones favorables al postmodernismo que podía haber deducido; pero ésta es una historia que no cabe aquí.

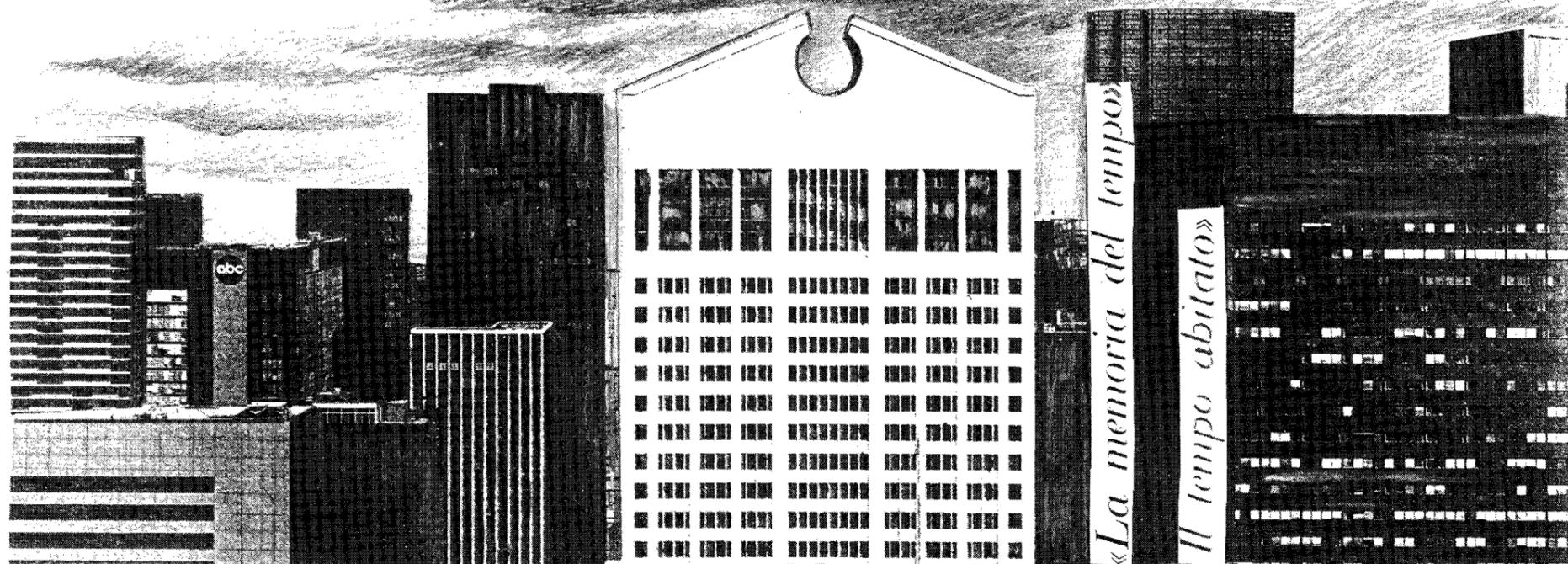
El post-
de puede
este biza
sublime
la nostalgia
que se encuen
en el



modernismo,
de una
de lo
aunque soy
bello opuesto
al mundo

STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



ABITARE IL TEMPO

STELLA WITTENBERG

Otro de los temas que el libro analiza es la crítica que el postmodernismo ha lanzado contra la historia y la geografía convencionales. La revisión postmoderna del concepto de historia y de las nociones convencionales de tiempo y espacio se entiende que «plantea retos básicos a las ciencias sociales... En la medida en que el tiempo y el espacio se disuelven, nada puede ser asumido como enteramente presente o ausente. Lo inexplicado está a la orden del día» (págs. 21, 22). Expresado de otra manera, esto quiere decir que los postmodernistas constructivos —pues a juicio de la autora no sólo los hay deconstructivos— insisten en la necesidad de operar críticamente sobre los aspectos que consideran más represivos del tiempo, el espacio y la historia clásica; pero dirigen en cambio su mirada a la Nueva Historia y a las micro-narrativas en busca de inspiración para hacer frente a los riesgos que entraña el actual cambio de época.

La profesora Rosenau concede mucha importancia al hecho de que los intelectuales postmodernos sean extremadamente suspicaces respecto a la «inocencia» del sujeto, es decir, no crean en la purísima percepción ni en la neutralidad de las teorías objetivas. Para la rama escéptica del pensamiento postmoderno esto supone el abandono de la idea de verdad en aras de un relativismo filosófico generalizado. Mas para los postmodernos menos radicales, y por ello tal vez menos postmodernos, la ausencia de verdad significa otra cosa: quiere decir humildad intelectual, tolerancia y crítica del dogmatismo dondequiera que se encuentre. La autora reconoce la relevancia que este punto de vista —que no es sólo postmoderno, pero ha sido elaborado a fondo en la postmodernidad— posee para las ciencias sociales cuando se trata de la investigación del racismo o de los problemas socioculturales y económicos de la mujer, del análisis de la administración pública, de trabajos antropológicos y de una retahíla de etcéteras muy considerable. En definitiva, pues, tampoco en este punto aparece el postmodernismo como un mero juego de palabras ya «superado», tal como dieron en decir hace unos años nuestros listillos de turno, dispuestos siempre a estar de vuelta antes de haber ido a engrosar las tristes filas de quienes desprecian cuanto ignoran.

En cualquier caso, la «representación» es otro de los asuntos que se consideran importantes. En general, los postmodernos rechazan la noción moderna de representación. Los más radicales llevan su repudio hasta el extremo de considerarla fraudulenta en todos los sentidos, tanto desde el punto de vista epistemológico y metodológico como onto-

lógicamente. A la postre, arguyen, lo más grande, o sea lo único, lo excéntrico —lo «sublime», dirá Lyotard—, no puede ser representado. En consecuencia, pues, el llamado «orden de la representación» debe anularse por entero, sin vacilaciones, ya que lo que conlleva es nada menos que la negación de la diferencia y el cierre de las situaciones. Lo cual, hace notar Rosenau, no sólo mina los cimientos de las ciencias sociales, sino que socava el fundamento de los sistemas políticos representativos, los cimientos de la democracia. Rosenau salva, no obstante, la postura de los postmodernistas más dispuestos a con-temporizar con el punto de vista clásico. Para ellos, lo que hay en el fondo del asunto no es sino la búsqueda de modos de representación más personales que los actualmente en uso.

Todo es no causal

Entre las cuestiones consideradas más atentamente en la obra hay que anotar también las alternativas epistemológicas y metodológicas preferidas por los intelectuales postmodernos, a saber: la deconstrucción o desmontaje de los sistemas y conceptos establecidos y la interpretación intuitiva. Todos los postmodernos, tanto los radicales como los más moderados, cuestionan esa versión de la ciencia social que «se reclama de», esto es, que utiliza confiadamente las nociones de objetividad, causalidad, realidad materialista y reglas universales de investigación. Los más escépticos alegan que la realidad es ilusoria, y que en última instancia todo es intertextual, o sea no causal: sus métodos son, por tanto, anti-objetivos y deconstructivos, y sus puntos de vista se caracterizan por el relativismo y la incertidumbre. Los menos radicales se inclinan por el contextualismo, la teleología y ciertas metas normativas de la acción, sin llegar, no obstante, al abandono total del método científico.

Ahora bien, como resultado de esta dualidad de posiciones básicas, hay postmodernos pesimistas, indiferentes, vueltos de espalda a la revolución y a toda esperanza de cambiar la sociedad, a la vez que los hay también que consideran la actitud lúdica y la euforia como la mejor alternativa a la fracasada acción política convencional de las actuales democracias. El hecho de que los que Rosenau llama postmodernistas afirmativos sean políticamente más optimistas que los radicales, constituiría una prueba de que la mentalidad postmoderna es tan plural que resulta punto menos que imposible juzgarla en bloque, o sea descalificarla o aceptarla por completo.

Un ejemplo de semejante dificultad es, en concreto, lo que acontece con el racismo o con los movimientos feministas. De una parte, es obvio que la deconstrucción, el desmontaje conceptual que la postmodernidad hace del punto de vista occidental clásico, considerado hasta hace poco como la perspectiva áurea de la razón humana, favorece la justificación de la diferencia y pone en pie de igualdad a las distintas razas y a los sexos, al menos por lo que toca a la calidad de sus razonamientos y a la legitimidad de sus pretensiones. De otro lado, resulta igualmente claro que el rechazo que los postmodernos hacen de los grandes relatos y de sus respectivos mensajes de salvación —la Ilustración, el marxismo o los fundamentalismos, pongamos por caso—, lo que fomenta es la apatía, la indiferencia, pero no el entusiasmo necesario para movilizar a la gente en apoyo de causas como el feminismo o la lucha contra el racismo. De forma que el postmodernismo favorecería la causa de la tolerancia, a la vez que debilitaría el impulso necesario para hacerla triunfar.

Toma de postura

Por descontado, no todos los aspectos básicos del postmodernismo se analizan en esta excelente obra, cuyo objetivo es deliberadamente limitado. Sin embargo, dado el carácter central de las cuestiones que aborda, su propio planteamiento fuerza a la autora a tomar posición frente al posible desenlace de esta nueva versión de la vieja *Querrela de Antiguos y Modernos*, que es lo que representa, en el fondo, el debate de la postmodernidad. A última hora, en él anda en juego nada menos que el futuro de nuestro modo de ver la vida. Si esto no importa, es que la modernidad está muerta.

En definitiva, la profesora Rosenau no quita ni pone rey, pero intenta salvar a su se-

ñor. Piensa que el postmodernismo sitúa al hombre en un callejón sin salida, puesto que falla a la hora de establecer criterios para evaluar los textos, es decir, todo, o para elegir entre interpretaciones incompatibles que afectan a cuestiones graves. La verdad es que en el seno de la cultura postmoderna no hay lugar para la verdad, y ello tiene como consecuencia que las operaciones de evaluar y de enjuiciar carecen finalmente de sentido. Lo cual es demasiado fuerte para la mayoría. A la sensibilidad postmoderna, eso no parece en principio importarle demasiado; a la autora de este libro, y a bastante más gente, sí. De ahí que, ante la impotencia, ante la carencia de recursos en que el postmodernismo deja al ser humano para saber a qué atenerse respecto de su vida, esta profesora de Ciencia Política recurra en último extremo a los únicos criterios de que dispone, que no son otros que los de la modernidad. Recursos que, como ya hemos insinuado, quizá no sean los más adecuados para entender lo que pudiera dar de sí la postmodernidad, pero son los únicos de que cree disponer.

Quizá los haya aunque ella no lo crea. Pero de todos modos, aunque sólo fuera por haberse hecho cargo seriamente del problema, es decir, por no haber echado a barato la cuestión de la postmodernidad, Pauline Marie Rosenau merecería la gratitud de muchos: por lo menos, cuenta con la mía. Mas por si ello fuese poco, reconoce también —noblemente obliga— que esta actitud suya no debe confundirse con una aceptación ciega de lo moderno. Su actitud, así lo declara, significa exasperación y el reconocimiento de que un paradigma imperfecto es preferible a una prisión postmoderna, donde lo que impera es el silencio.

A la postre, todo ello me hace pensar que tal vez la postmodernidad no sea una modernidad que se ha vuelto loca, sino una modernidad que ha empezado a tomar conciencia de su propia locura. □

RESUMEN

Aunque, a juicio de Pinillos, al duelo iniciado entre el postmodernismo y la modernidad se le ha prestado en España escasa atención, constituye éste un debate de amplio espectro que cubre prácticamente la totalidad de la cultura de nuestra época. Como nos

recuerda Pinillos, hace unos años intelectuales postmodernos emprendieron una ofensiva crítica contra la modernidad sin que ésta diera señales de respuesta. De estas cuestiones trata la obra leída por Pinillos, que en cierto modo recoge el guante postmoderno.

Pauline Marie Rosenau

Post-modernism and the Social Sciences. Insights, Inroads and Intrusions

Princeton University Press. Princeton, 1992. 229 páginas. 12,95 dólares.

La revolución probabilística

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

Durante el curso académico 1982-83, la Fundación Volkswagen y el Centro de Estudios Interdisciplinarios de la Universidad de Bielefeld iniciaron un importante seminario en el que, durante cuatro años, trabajaron una treintena de filósofos de la Ciencia (probabilistas, estadísticos, físicos, biólogos, sociólogos...) para estudiar en profundidad la llamada Revolución probabilística, que comprende, según es sabido, el conjunto de hechos que en el intervalo 1800-1950 convirtieron la probabilidad en un elemento básico de la filosofía, las teorías científicas, la técnica, la vida diaria... Uno de los filósofos más activos en este trabajo multidisciplinario fue el profesor Ian Hacking, autor del notable libro *La domesticación del azar*, cuyo comentario es objeto de este artículo.

Thomas Kuhn ha sido el filósofo de la ciencia que, en su famoso libro *The Structure of Scientific Revolutions*, ha propuesto algunos criterios para clarificar la distinción entre épocas de desarrollo científico normal y revoluciones científicas, mientras el libro *Revolution in Science*, de Bernard Cohen, distingue las épocas de desarrollo evolutivo y las de emergencia de las revoluciones científicas.

Importantes trabajos de Ian Hacking, anteriores al libro que nos ocupa, se preocuparon de ver si se puede hablar de Revolución probabilística en el sentido definido por alguno de los autores anteriores o bien introduciendo una nueva interpretación o sentido de dicha locución.

Comencemos por observar que el concepto básico de «revolución en la ciencia» de Cohen es distinto de la idea de «revolución científica» de Kuhn. Las tres características que exige Kuhn para que se pueda hablar de una «revolución científica» implican: primero, «una descomposición y recomposición de las piezas del conjunto de los conocimientos». En segundo lugar, «un ajuste no sólo de los criterios relevantes a la categorización, sino de la manera en que objetos dados y situaciones se distribuyen entre categorías pre-existentes». Como tercera característica considera «un cambio central del modelo», metáfora o analogía —un cambio en el sentido de precisar qué es similar a qué y qué es diferente.

El análisis detallado que ha hecho Hacking de la posibilidad de considerar la «revolución probabilística» como una revolución científica a la luz de los criterios anteriores le conduce a plantear que el período 1800-1950 representa para la ciencia estadística un conjunto de revoluciones parciales de las que cabe destacar, al menos, las siguientes realidades:

1.^a En 1823, con la publicación por Fourier de las *Recherches statistiques sur la ville de Paris et le département de la Seine*, se inicia el estudio de un vasto campo de fenómenos humanos mediante leyes de carácter probabilístico.

2.^a El estudio por Quetelet (1844) de datos antropométricos de los reclutas permite considerar sus distribuciones como análogas a las que se presentan en la distribución de errores de las medidas alrededor de una media ideal, con lo que se inicia el inmenso horizonte de la biométrica.

3.^a El descubrimiento por Galton (1888) de la correlación y la regresión, que él utilizó como explicación de las pautas de la herencia del genio, reafirma y prolonga el enfoque precedente.

Ciertamente, la teoría de la evolución no percibe en sus primeros tiempos el influjo probabilístico, pero a partir de los años 1930 fue reconstruida sobre fundamentos probabilísticos que constituyen hoy su enfoque normal.

4.^a La obra de Fisher (1920) sobre inferencia estadística, reformada y perfeccionada por Neyman-Pearson (1933) con el nuevo paradigma del «comportamiento inductivo», que se prolonga hacia el estudio de los grandes problemas de la inducción como medio general de adquisición de nuevos conocimientos.

Estos métodos, impulsados por varias escuelas de diseño de experimentos (bayesianos, no bayesianos, neobayesianos...), han originado progresos recíprocos de las ciencias experimentales y de las necesidades de las nuevas técnicas adaptadas a ellas. Los campos más importantes han sido la biología, la medicina... y, en general, las ciencias experimentales. Pero el uso de los métodos de la inferencia estadística basada en la teoría de la probabilidad tuvo también un impacto fundamental en ciencias como la economía, en que los datos no son generalmente el resultado de experimentos controlados.

5.^a Curiosamente, la física se considera por muchos una excepción histórica en el funcionamiento de la probabilidad para obtener inferencias a través del análisis de datos. Puede decirse que la probabilidad penetra en la física a dos niveles: el de las medidas y el de la modelización de teorías. En el primer nivel funciona como el concepto central de la teoría de errores de observación desarrollada entre 1795 y 1840.

A nivel de concepto básico, en las modelizaciones se debe considerar: el nacimiento de la mecánica estadística clásica alrededor de 1870, que Maxwell consideró como una nueva clase de conocimientos, y el establecimiento de la interpretación probabilística de la mecánica cuántica alrededor de 1926.

Otros fenómenos físicos importantes que llevan a la introducción del método probabilístico son el movimiento browniano, la desintegración radiactiva..., que condujeron al estudio de los sistemas dinámicos abstractos, problemas ergódicos...

6.^a En psicología, teorías de la percepción, memoria, decisión, aprendizaje, pensamiento inductivo..., son fundamentalmente construidas con el concepto de probabilidad como elemento esencial. Con ellas se inicia

la llamada revolución cognitiva (1950), con la nueva metáfora cognitiva del hombre como «estadístico intuitivo».

7.^a La obra de Ramsey (1926), que representa el primer enfoque serio de la decisión subjetiva, a través de la probabilidad y la utilidad, para tratar de clarificar, matematizar y resolver los problemas complejos de decisión que van de los juegos y negociaciones al control de las trayectorias de los satélites artificiales, de los sistemas económicos, la investigación operativa...

Pero recordemos que, a pesar de los años transcurridos desde el nacimiento de la probabilidad en Pascal (1623-62) y de la estadística en John Graunt (1662), el determinismo newtoniano clásico es la postura científica al comienzo de la época, como reflejan las frases de Laplace (1812):

«Une intelligence qui, pour un instant donné, connaîtrait toutes les forces dont la nature est animée, et la situation respective des êtres qui la composent, si d'ailleurs elle était assez vaste pour soumettre ces données à l'analyse, embrasserait dans la même formule les mouvements des plus grands corps de l'univers et ceux du plus léger atome: rien ne serait incertain pour elle, et l'avenir comme le passé serait présent à ses yeux. L'esprit humain offre, dans la perfection qu'il a su donner à l'astronomie, une faible esquisse de cette intelligence».

Revolución científica

Parece clara, frente a esta postura determinista, la revolucionaria concepción que representan los puntos de vista de los relevantes ejemplos citados, que sin duda llenan cada uno las características de la definición de Kuhn y, como dice Hacking, llevarían a hablar de varias revoluciones probabilísticas en las ciencias biológicas, físicas, humanas, en distintas épocas históricas.

Pero aún quedaría considerar si estos segmentos suman una «revolución científica». No se trata en este caso sólo de una revolución en las aplicaciones, pues son evidentes los cambios en la ontología y en nuestra visión del mundo en que vivimos.

Las cuatro pruebas que fija Cohen para asignar el nombre de revolución científica al conjunto de los hechos nuevos surgidos en una cierta época son los siguientes: primero, el testimonio de científicos y no científicos activos en aquella época, en la cual comprende a filósofos, historiadores, periodistas..., el hombre de la calle. Un segundo test es un examen crítico de la historia documental del tema a que se refiere la revolución que se piensa ha ocurrido. Una tercera prueba se refiere a la opinión de historiadores competentes, especialmente historiadores de la ciencia y la filosofía. La exposición de argumentos que hace Cohen le conduce sin dificultad a que se pueda hablar sin objeción posible de la revolución newtoniana, de la revolución de Lavoisier, de la darwiniana, aunque resulta más difícil admitir que se pueda hablar de una revolución copernicana que verifique sus tests. En el caso de la probabilidad es difícil aplicar los anteriores tests teniendo en cuenta la sorprendente escasez y pobreza de los estudios históricos en estos campos, por lo que Cohen sugiere un cuarto y final test, que sería la opinión general de los científicos de nuestra época. En esta óptica puede decirse sin rodeos que la opinión general de los científicos de nuestro siglo es que la física ha experimentado una auténtica revolución al sustituir los viejos conceptos deterministas de la causalidad newtoniana por el paradigma estadístico-probabilista que alcanza en el primer tercio de nuestro siglo una culminación con la mecánica cuántica, apareciendo un movimiento similar en la biología, la genética, la sociología, la economía, etc.

Esta revolución en las aplicaciones que subraya Borel en su libro *Azar* (1914), debe ser considerada como «una genuina revolución científica», pues justamente tales cambios, como dice Cohen, satisfacen los tests que él propone, y por esto la califica como «revolución probabilizante», es decir, «una verdadera revolución de fantásticas consecuencias con la introducción de las probabilidades y estadísticas en áreas que han experimentado como resultado cambios revolucionarios».

Pero Hacking va más lejos cuando afirma: «La domesticación del azar y la erosión del determinismo constituyen uno de los cambios revolucionarios en la historia del pensamiento humano. Utilizo la locución revolucionaria no como un científico, sino como un hablante del inglés común. Si este cambio no es revolucionario, nada lo es. Esta es la justificación real para hablar de una Revolución probabilística 1800-1950».

Justamente, el libro de Ian Hacking trata de ilustrar de una manera amena y estimulante, con ejemplos históricos, el desarrollo del cálculo de probabilidades y sus aplicaciones en el siglo y medio que representa el curso de la Revolución probabilística.

Lástima que el atractivo señuelo del «caos» que figura en el subtítulo del libro («La erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos») no aparece reflejado en ningún capítulo del mismo. Y es sensible que este conjunto de teorías científicas recientes que se abarcan actualmente con el llamativo nombre del «caos», que constituye un nuevo paradigma apoyado en los sistemas dinámicos no lineales y la teoría de probabilidades, no tenga una referencia más explícita en el libro, cuyo «leit motiv» es la «erosión del determinismo».

Es bien sabido que Hadamard, a finales del siglo XIX, demostró que en ciertos sistemas dinámicos (movimiento de bolas de billar sobre ciertas superficies) cuya formulación matemática es sencilla, un pequeñísimo cambio en las condiciones iniciales puede conducir a un cambio en la evolución posterior del sistema que hace prácticamente imposibles las predicciones a largo plazo. Sus trabajos, prolongados por H. Poincaré, que se preocupó de relacionarlos con los fenómenos de azar que se presentan en la cinética de los gases, meteorología, etc., quedaron prácticamente olvidados muchos años hasta los trabajos que en época reciente se refieren a la teoría del «caos» como estudio de evoluciones temporales con dependencia sensitiva de las condiciones iniciales. En ellos se observan oscilaciones irregulares de apariencia aleatoria, pero de génesis determinista, es decir, que en tales sistemas el orden determinista crea el desorden del azar.

Y nos gustaría que en una nueva edición de este excelente libro o en otro viniera Hacking a la historia más reciente del indeterminismo y tratara de las consecuencias del estudio de las evoluciones caóticas y de las evoluciones estocásticas (menos diferentes de lo que se creyó, ya que unas y otras van siendo abarcadas en modelos generales de Kolmogorov, Uspenskii, Vovk...) y su papel en el conocimiento de los fenómenos económicos, sociológicos, históricos...

En el próximo número

Artículos de *Francisco Rodríguez Adrados, Miguel de Guzmán, Juan Ortín, José Luis Barrio-Garay, Antonio López Gómez, Enrique Llovet y Juan Perucho.*

RESUMEN

Hace una década, un equipo de filósofos de la ciencia, probabilistas, estadísticos, biólogos, etc., estudiaron en un seminario que duró cuatro años la llamada Revolución probabilística, esto es, el conjunto de hechos que entre 1800 y 1950 convirtieron la pro-

habilidad en un elemento básico de la filosofía y de las teorías científicas. El matemático Sixto Ríos la recuerda al reseñar un libro sobre la domesticación del azar, del que es autor uno de los participantes de aquel seminario.

Ian Hacking

La domesticación del azar

Gedisa, Madrid, 1991. 363 páginas. 3.493 pesetas.

Una meditación sobre el tiempo

Por Francisco Rodríguez Adrados

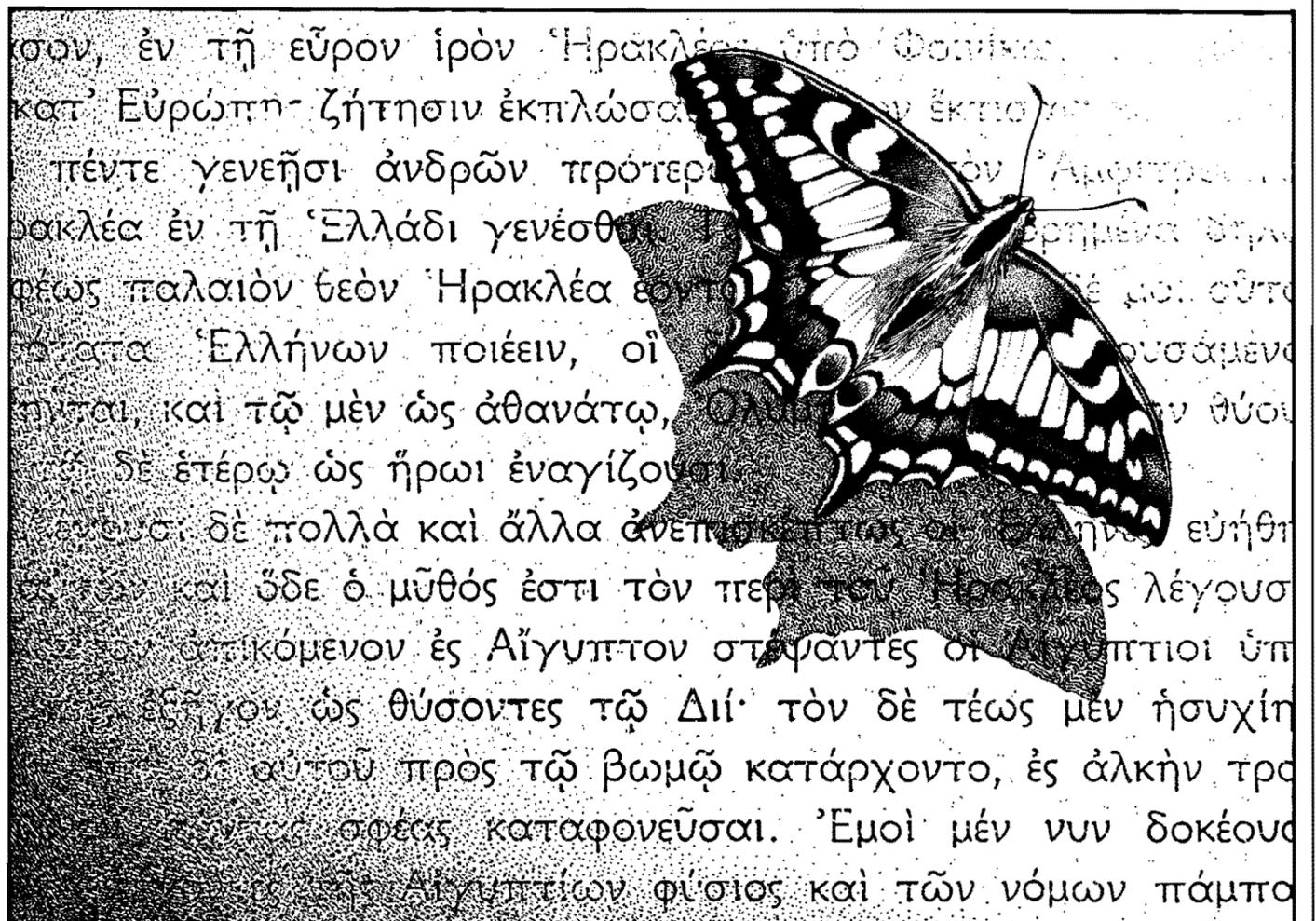
Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas Emérita y Española de Lingüística, el Diccionario Griego-Español y la Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos.

Emilio Lledó es bien conocido como helenista, como filósofo y como cultivador de la teoría del lenguaje. En este libro une, una vez más, ambas dedicaciones en un estudio que se ocupa del lenguaje oral y el escrito y, en conexión con ambos, de la memoria y el olvido y de la función de la palabra en la creación de la personalidad individual y de vínculos sociales y otros a través de los tiempos. Porque contiene también, y muy primordialmente, una meditación sobre el tiempo.

Lledó se ocupa también de otros temas más conexos con éstos: habla de la fama y la inmortalidad, de la verdad, de la educación, de la función del filósofo, del diálogo. Todos estos temas van saliendo, unos tras otros, como salen las cerezas cuando se tira de una de ellas; o como ocurre, precisamente, en diálogos platónicos como el *Fedro*, que es el punto de partida de estas meditaciones.

Aunque hay otro innegable punto de partida también: la conciencia del oscurecimiento de la memoria colectiva, la memoria histórica, en nuestras sociedades: una memoria que es el fundamento de toda cultura. Situación peligrosa, pero innegable. Hoy, para tantos sedicentes pensadores, el mundo empezó ayer, con lo que volveremos a tropezar en las mismas piedras y a carecer del auxilio del pasado cuando queramos interpretar el presente. Lledó aplica muy oportunamente el símil de los lotófagos.

Pero volvamos a Platón. El punto de partida de Lledó es el conocido pasaje del *Fedro* (274 c-277 a) en que el rey Thamus de Egipto critica el invento de la escritura, obra del dios Teuth: es sólo, dice, un fármaco o medicina de la memoria y la sabiduría. Frente al lenguaje oral, el escrito es mudo: dice una cosa fija, no contesta. Y Sócrates añade que el discurso vivo debe sembrarse



FRANCISCO SOLE

en almas adecuadas para que crezca, y concluye pidiendo al dios Pan «que llegue a ser bello por dentro y todo lo que tengo por fuera se enlace en amistad con lo de dentro». El extenso pasaje es transcrito íntegro en páginas 17-23, en traducción del propio Lledó.

Pero el libro dista mucho de ser una mera exégesis del pasaje, que ciertamente ilumina desde diversos puntos de vista. En realidad, el pasaje es tan sólo un punto de partida, a veces casi un pretexto, muchas veces rebasado. Hay algo de paradoja en el hecho de que, a partir de un texto que desvaloriza

la escritura y con ayuda de pasajes diversos de Platón sobre el «lógos» hablado, el diálogo, la educación, la verdad y la «philía», se haga un tan hermoso elogio de la escritura como en el libro se hace.

No siempre son claros los límites entre la interpretación platónica y la aportación personal del autor. Se trata, en todo caso, de un ejemplo de la función de la escritura de que en el libro se habla: Lledó conversa con Platón desde circunstancias históricas diferentes; de ahí sale una nueva lectura. Es ésta la que nos interesa, la que vamos aquí a comentar.

Títulos simbólicos, alusivos

Es lo más práctico dar una relación de los capítulos que siguen a un prólogo y a una extensa introducción. Se titulan: «Medicina para el recuerdo», «En el origen de la consciencia», «Las encinas de Dodona», «El silencio de las imágenes», «Los jardines de Adonis», «Textos vivos», «Frutos inmortales», «El futuro de la memoria». Títulos a veces simbólicos, a veces alusivos, que van desarrollando sucesivamente los temas de la escritura, de la memoria, de la oralidad

(muy de moda hoy en historia literaria), de las limitaciones de la escritura otra vez, de la función del lenguaje en la creación de la ciencia, la moral y la educación y de su relación con la inmortalidad y la vida humana.

La introducción deja ya clarificadas muchas cosas. Así, cuando dice (pág. 24) que «la filosofía es, en el fondo, amor al lenguaje», es todo un programa. Y cuando proclama que todo texto viene seguido de una cohorte de interpretaciones, es un proceso abierto, sólo habla a quien le pregunta y debe interpretarse a través del contexto receptor. Un texto transporta la memoria del pasado y es olvido porque sólo puede vivir en la conciencia de otros. Pero vive en la interpretación del lector, que a su vez está hecho del lenguaje que lee.

Como se comprobará, Lledó toma el tema donde Platón lo dejó y va más allá. Aunque en Platón, bien que no en relación con la escritura, sino con el «lógos» en general, hay puntos de apoyo para todo esto, veáse más abajo. Pero lo único que tenemos de los antiguos es el «lógos» escrito. Y nuestra experiencia histórica nos hace ver cuál es su función: una función de cultura que una a



En este número

Artículos de			
<i>F. Rodríguez Adrados</i>	1-2	<i>Antonio López Gómez</i>	8-9
<i>Miguel de Guzmán</i>	3	<i>Enrique Llovet</i>	10-11
<i>Juan Ortín</i>	4-5	<i>Juan Perucho</i>	12
<i>José Luis Barrio-Garay</i>	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Una meditación sobre el tiempo

hombres y tiempos, comparable en cierto modo a la función que el «lógos» oral y la memoria desempeñan para unir las experiencias del individuo, crearle en cierto modo.

Y con esto pasamos al primer capítulo, «Medicina para el recuerdo»: esto es lo que es la escritura, según Platón. Y Lledó lo especifica mucho más al perseguir el contraste entre la lengua oral y la escrita. Esta establece una frontera entre autor y receptor que sólo dentro de su contexto histórico y personal comprende el texto, al contextualizarlo. La escritura es puente con el pasado y el futuro, la lectura es diálogo y, a la vez, permite hablar para otros tiempos y para un destinatario abstracto, independizarse del presente. Crea una comunidad, una cultura. Todo es exacto, aunque quizá no muy platónico.

Frente a esta definición de la escritura está la del lenguaje oral en el siguiente capítulo: es creador de la «con-ciencia», del hombre interior; es creatividad y vida. En cierto modo —se prosigue en el capítulo 3—,

Qué es

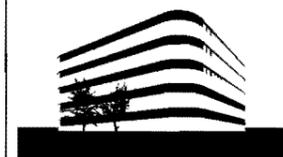
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

oralidad y escritura se refieren al hombre interior y exterior, respectivamente; sólo la escritura permite oír voces distantes.

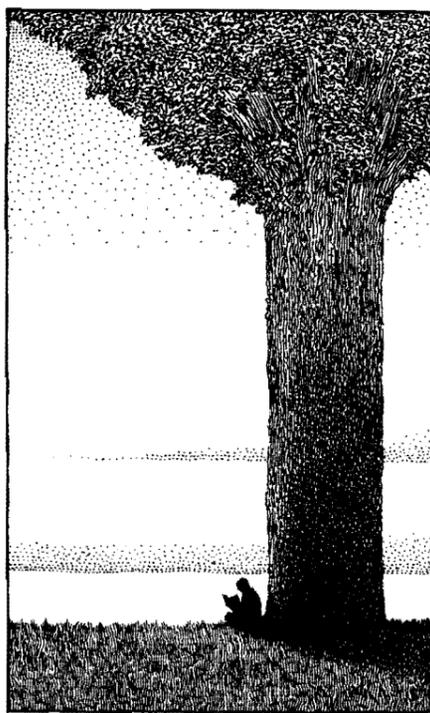
¿Qué decir de todo esto? Hermosa dicotomía, a partir de la platónica. Sólo, habría que insistir más, creo, en la memoria que en el lenguaje oral, que desde pronto se transformó —«avant la lettre» y nunca mejor dicho— en literatura, anticipó el papel de la escritura.

El siguiente capítulo, «El silencio de las imágenes», comenta el pasaje del *Fedro* 275 d-e: imágenes y escritura dicen siempre una misma cosa; la última, si es maltratada o vituperada, necesita siempre «la ayuda del padre». Las palabras esperan al lector —traduce Lledó— para sumergirlo en el río de la interpretación. Lledó se rebela contra Platón (pág. 117): la escritura no dice siempre lo mismo. Se apoya en el propio Platón cuando habla (276 a) de ese hermano de la escritura que se desarrolla en el alma. Un hermano que no es, ciertamente, lenguaje escrito, pero que hace ver cómo Platón, casi sin darse cuenta, interpretaba correctamente la escritura más allá de su incomprensiva postura inicial.

El tema es desarrollado en el capítulo 5, «Los jardines de Adonis», en relación con otro pasaje platónico (276 b), aquel que habla de la siembra de la palabra en el alma adecuada. Todo esto tiene que ver con la capacidad comunicativa del lenguaje. La memoria se abre al futuro, el filósofo encuentra su lugar encauzando el proceso de conocimiento. Bello desarrollo de la alegoría platónica de la siembra de la palabra.

Rasgo distintivo de la escritura

Todo esto es, a su vez, desarrollado en los dos capítulos siguientes, «Textos vivos» y «Frutos inmortales», donde se sienta una teoría del lenguaje y del conocimiento que va mucho más allá del pasaje inicial del *Fedro*, con aprovechamiento, ciertamente, de pasajes platónicos sobre el «lógos» y la sabiduría. Para mí, en realidad, la distinción oral/escrito se borra: un «lógos», el que sea, es comentado por otro «lógos», el que sea. El único rasgo distintivo de la escritura que de verdad queda es su permeabilidad, su fijeza —sometida a interpretación, desde luego.



FRANCISCO SOLÉ

El lenguaje lanza su reto de presentar al que maneja sus palabras el problema de su funcionamiento, de su intelección (página 144). Pero sólo el filósofo sabe cómo son. El comienzo del conocimiento se abre con la experiencia del lenguaje (pág. 161).

Lledó incide aquí en un punto de vista que es cada vez más frecuente en el pensamiento contemporáneo (Wittgenstein y otros) y que tiene, sin duda alguna, raíces platónicas. En la práctica y en la teoría, el filósofo

arranca siempre, cuando busca definiciones y, en suma, ciencia, del estudio de las palabras. Pero a Lledó no se le escapan tampoco los peligros del lenguaje: esterilidad y dogmatismo (págs. 167 y ss.). Es la «paideía» la que evita esto: otra coincidencia con Platón, que en el *Crátilo* vacilaba sobre el grado de «naturalidad» del lenguaje. Era otra vía para acercarse al mismo problema.

Queda todavía otro capítulo, el último, sobre «El futuro de la memoria». Una vez más se hace el elogio, sólo implícito (y reluciente) en Platón, del «lógos» escrito como garantía de continuidad. De la «philía» o amistad entre lo interior y lo exterior con que concluye el pasaje del *Fedro*. Sobre la memoria, la escritura y el lenguaje dice cosas bellas.

Inteligente libro, de un estilo no usual en España: partir de la lectura de un texto antiguo para exprimirlo, interpretarlo, llevarlo más lejos, sin duda, de la intención original, violentarlo a veces incluso para adaptarlo a nuestros tiempos. No se ve claro a veces hasta qué punto el autor moderno es consciente, en su amor al texto antiguo, del grado de esa violencia. En definitiva, texto antiguo y modernidad son tratados en la misma redoma para extraer nuevos elixires.

Yo, como filólogo, me impondría, quizá, una mayor distancia respecto al texto antiguo. Pero es hermoso ver cómo éste continúa actuante, vivo, hoy en día. Y fecunda nuestro pensamiento.

El libro, bien escrito y engalanado con citas literarias de espíritus hermanos que a lo largo de los siglos han reflexionado sobre los mismos problemas, se lee con gusto. Es una aportación valiosa a los problemas del lenguaje. Y, partiendo de lo antiguo, es muy sensible a ideas y problemas de nuestro presente.

RESUMEN

Emilio Lledó, helenista, filósofo y cultivador de la teoría del lenguaje, en el libro que comenta Rodríguez Adrados, parte de un pasaje del diálogo platónico *Fedro*, en el que se desvaloriza la escritura, que es un lenguaje

mudo, frente al lenguaje oral, y lo hace para darnos un hermoso elogio de la escritura, para enlazar ambos lenguajes y conectarlos con la memoria y el olvido, y para plantear, en definitiva, una meditación sobre el tiempo.

Emilio Lledó

El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria

Crítica, Barcelona, 1992. 231 páginas. 1.600 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Una meditación sobre el tiempo», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>El surco del tiempo</i> , de Emilio Lledó	1-2
«El sentido de la historia de la matemática», por Miguel de Guzmán, sobre <i>El pensamiento matemático de la Antigüedad a nuestros días</i> , de Morris Kline	3
«El método científico y el ser humano», por Juan Ortín, sobre <i>Understanding the present: Science and the soul of modern man</i> , de Bryan Appleyard	4-5
«Matisse: perspectivas en el tiempo», por José Luis Barrio-Garay, sobre <i>Henri Matisse: A retrospective</i> , de John Elderfield	6-7
«Paisajes de Castilla-La Mancha», por Antonio López Gómez, sobre <i>Guía de los espacios naturales de Castilla-La Mancha</i> , de autores varios	8-9
«La irresistible tentación de escribir teatro», por Enrique Llovet, sobre <i>Teatro completo</i> y <i>Judit y el tirano</i> , de Pedro Salinas	10-11
«La ocasión del gozo», por Juan Perucho, sobre <i>Amigos y maestros</i> , de José Antonio Muñoz Rojas	12

El sentido de la historia de la matemática

Por Miguel de Guzmán

Miguel de Guzmán (Cartagena, 1936) es catedrático de Análisis Matemático de la Universidad Complutense y presidente de la Comisión Internacional de Educación Matemática. Es también miembro de la Real Academia de Ciencias. Su campo de trabajo es el análisis matemático y la educación matemática, temas sobre los que ha publicado diversas obras.

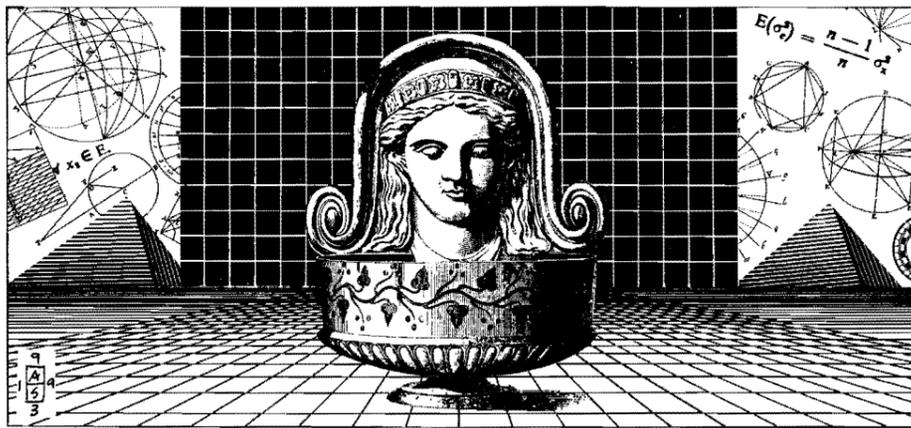
La comunidad matemática de habla hispana está de enhorabuena. Acaba de aparecer publicada la traducción de una de las obras de mayor envergadura en los últimos decenios dedicada a la historia de la matemática: la obra de Morris Kline, *El pensamiento matemático de la Antigüedad a nuestros días*. Investigadores, docentes y usuarios de la matemática deberíamos felicitarlos por tener en nuestras manos un nuevo y poderoso instrumento de análisis y felicitar también a los traductores y a la editorial de la obra por haber acometido la tarea de publicación de lo que ha tenido que suponer un gran trabajo y un buen riesgo económico.

El conocimiento bien estructurado de la historia de la matemática, como el de las otras ciencias, proporciona un buen número de innegables ventajas en su propio campo de acción tanto al investigador como al docente y al mismo usuario de la ciencia. No se trata de tener disponible una mera erudición baldía, pedante y huera, sino de una sana utilización del análisis de los acontecimientos del pasado a fin de entender mejor nuestra propia acción hoy y nuestros propios problemas. El presente tiende a ser confuso, barullento, demasiado poblado por lo accidental. El tiempo permite el sedimento, la colocación de cada hecho en su justo lugar. Por eso es bien cierto, también en matemáticas, que quien desdeñe el conocimiento del pasado permanecerá sumido en las brumas de su presente.

La matemática no es una mera colección de hechos y destrezas sin alma. No se trata de verdades llovidas del cielo. Los hechos que la matemática utiliza nacieron al modo humano, arropadas por el interés acuciante de hombres y mujeres intensamente enfrascados en resolver ciertas cuestiones que les intrigaban profundamente. Muchas de las destrezas que hoy tendemos a enseñar aburridamente y a utilizar con indiferencia fueron descubiertas un día entre exclamaciones de entusiasmo y admiración. La historia nos aproxima a esta tarea de personas de carne y hueso, movidas por motivaciones diferentes, trabajando unas veces entre la total indiferencia e incomprensión, otras al calor del interés de una especie de comunidad cuasirreligiosa, como fue el caso de los pitagóricos. El conocimiento adecuado de la historia nos ayuda a percibir la actividad matemática como una verdadera aventura del hombre y, como tal, a concebir esta ciencia como una actividad falible, no endiosada, a veces un tanto reptante, que procede por tanteos, por aproximaciones, por ensayo y error.

La historia nos acerca asimismo a la personalidad de los grandes creadores de la ciencia. Es triste pensar que, tal como se nos ha enseñado y como enseñamos, incluso para la inmensa mayoría de los matemáticos profesionales formados en nuestras universidades, por no decir nada de los meros usuarios de las matemáticas, nombres tales como Descartes, Newton, Leibniz, Pascal, Gauss, Euler, no tengan otra connotación que una fórmula, una regla o un teorema. Cuando la realidad es que sus vidas, su estilo humano de dedicación a los objetos de su interés, pueden servir, en muchos casos, como poderosa fuente de inspiración para nuestra forma de actuar.

Precisamente por el carácter cumulativo del conocimiento matemático, nuestros textos de enseñanza matemática de todos los niveles tienden a presentar sus contenidos sin perspec-



ALVARO SÁNCHEZ

tiva histórica alguna. La teoría de conjuntos, los sistemas de numeración, los números complejos..., conocimientos matemáticos a muchos siglos de distancia unos de otros, pueden aparecer fácilmente en la misma página y aun en el mismo párrafo sin que medie entre ellos pausa alguna. No es que haya que proponer sacrificar el orden lógico o didáctico al orden histórico. Es claro que no es preciso que nuestros alumnos recorran en su aprendizaje los muchos meandros que el río de la ciencia ha trazado antes de llegar a encontrar los atajos que hoy se pueden y deben utilizar. Pero debemos ayudarnos mediante la historia a complementar la visión, muchas veces simplista, que se pueden formar nuestros alumnos del desarrollo rectilíneo de la ciencia que aparece ante ellos. La presentación de los hechos, entroncados en su momento, en las modas pasadas, oscurecidos a veces por los surcos mentales compartidos por la comunidad matemática del tiempo, nos ayuda para mejor detectar las modas actuales, que también las hay, y poderosas, como en cualquier punto de la historia de la matemática.

Con ello resulta también una comprensión más cabal de las dificultades del hombre genérico para llegar a ciertos resultados importantes de la ciencia que muy fácilmente, por miopía profesional, presentamos a nuestros jóvenes como poco menos que obvios. Quien haya seguido, por ejemplo, los sinuosos desarrollos del pensamiento matemático hasta lograr, después de varios siglos de forcejeo entre brumas de matemáticos de primera línea como Newton, Leibniz, Pascal, Cauchy..., llegar a dar con las ideas correctas que sirven de base rigurosa al cálculo infinitesimal, difícilmente se sentirá tentado a castigar a sus alumnos más jóvenes con la presentación de versiones del cálculo varias veces más complicadas que las que mantuvieron a tales navegantes de la matemática encallados y perplejos por tan largo tiempo. El conocimiento de la historia de la matemática constituye así una guía para nuestra tarea pedagógica.

El pensamiento matemático se puede comparar, más adecuadamente aún que a un cuadro, a una sinfonía. La historia de la matemática nos hace percibir la ilación de las ideas, las distintas variaciones de los leitmotivos de esta sinfonía colectiva. Al ponernos en contacto con sus orígenes, con las motivaciones y problemas que dan lugar a cada una de sus teorías, percibimos mucho mejor el calor de la creatividad inicial. Al conocer el desarrollo de un campo nos vemos envueltos en el sentido de aventura, de expectación, que ha tenido para sus creadores. Como afirma O. Toeplitz, gran matemático y promotor del «método genético» en la enseñanza de las matemáticas..., «con respecto a todos los temas básicos del cálculo infinitesimal..., teorema del valor medio, serie de Taylor..., nunca se suscita la cuestión «¿por qué así precisamente?» o «¿cómo se llegó a ello?» Y, sin embargo, todas estas cuestiones han tenido que ser en algún tiempo objetivos de una intensa búsqueda, respuestas a preguntas candentes... Si volviéramos a los orígenes

de estas ideas, perderían esa apariencia de muerte y de hechos disecados y volverían a tomar una vida fresca y pujante».

Esta inmersión en la dinámica de la ciencia, al tiempo que proporciona una ambientación creativa en las dificultades del pasado, ofrece asimismo al investigador matemático de hoy una inmensa reserva de posibilidades de extrapolación hacia el futuro en sus propios temas de investigación. La ambigüedad de las situaciones propias, la oscuridad en que se encuentra, la confusión de la penumbra en que es preciso moverse, recibe de los torsos que nuestros predecesores en la ciencia escupieron una luz que viene a animar sus propios esfuerzos intensamente y, en muchos casos, las claves para el progreso.

La visión histórica de la matemática es extraordinariamente útil incluso para aquél cuyo interés es exclusiva o predominantemente técnico, es decir, para aquél que dice interesarse prioritariamente por los problemas abiertos en su campo de trabajo. Cualquier objeto matemático suele nacer en estado de simplicidad. La complicación posterior que alcanzan muchas teorías oscurece frecuentemente las ideas iniciales y las hace opacas y poco penetrables a quien trata de adquirir de ellas la visión unitaria e integradora que es preciso poseer para trabajar con eficacia en el campo. Acudir con interés a los orígenes del objeto propio de estudio proporciona una luz especial que ilumina muchos elementos que de otra forma no se interpretan correctamente. En matemáticas, como en cualquier otra ciencia, tienen perfecta validez las palabras de James Clerk Maxwell: «Es de gran utilidad para el estudiante de cualquier campo leer las memorias originales sobre tal materia, pues la ciencia se asimila más perfectamente cuando está en estado naciente».

La matemática ha constituido una parte muy importante de la cultura humana, especialmente de la cultura occidental. En la actualidad se puede decir que su influencia va penetrando progresivamente y de modo cada vez más profundo muchos de los campos de la actividad cultural del hombre que hace unas generaciones se hubieran considerado impenetrables por la matemática. Y es muy probable que estemos solamente en el comienzo de un proceso. Es muy posible que, como hace ya unas décadas afirmaba Alfred N. Whitehead, «si la civilización continúa avanzando durante otros dos mil años, la novedad predominante en la cultura será el señorío del pensamiento matemático». Una vi-

sión histórica adecuada debería presentar claramente los impactos más notables que a lo largo de cada etapa histórica la sociedad humana ha experimentado entre la matemática y sus otras formas específicas de cultura.

Mathematical Thought from Ancient to Modern Times fue publicada en 1972 por Oxford University Press. Ha cumplido por tanto veinte años. Su traducción al castellano ha venido a coincidir con la muerte de su autor, ocurrida hace unos meses. Morris Kline (1908-1992) ha sido un excelente matemático, originariamente topólogo y luego experto analista ocupado en ecuaciones diferenciales y en matemática aplicada. Durante muchos años fue director del famoso Courant Institute en Nueva York. Kline se ha interesado por las diversas implicaciones de la matemática sobre los aspectos sociales y filosóficos de la cultura, habiendo producido un buen número de obras interesantes, extensas y profundas (*Mathematics in Western Culture*, Oxford, 1953; *Mathematics and the Physical World*, Crowell, 1959; *Mathematics: A Cultural Approach*, Addison-Wesley, 1962; *Mathematics: The Loss of Certainty*, Oxford, 1980; *Mathematics and the Search for Knowledge*, 1985). Por otra parte, Kline ha estado en pleno centro de fuertes controversias alrededor de la enseñanza de las matemáticas, siendo uno de los primeros en levantar la voz bien alto acerca de los peligros del rigorismo y el formalismo en la enseñanza y en contra de la llamada «matemática moderna» (*Why Johnny Can't Add: The Failure of the New Math*, St. Martin's, 1973). Algunas de estas obras citadas se pueden encontrar traducidas al castellano. Es claro que muchos de estos intereses variados aparecen claramente reflejados en su gran obra histórica que aquí comentamos.

El centro de atención de la historia de Morris Kline no lo constituyen las personas, escuelas o períodos cronológicos de la matemática, sino los temas matemáticos dominantes. El título indica muy certeramente el tipo de historia que ha pretendido hacer. Los aspectos personales aparecen en la escena hasta el punto en que ayudan para entender el pensamiento matemático de la persona en cuestión. La extensa obra está dividida en 51 capítulos, algunos de los cuales son dedicados a lo que se podría considerar ensayos de filosofía de la historia de la matemática, como el 16, «La matematización de la Ciencia», o el 40 y el 43. Pero este espíritu que analiza causas y motivaciones de los diferentes desarrollos con profundidad viene a estar presente constantemente a lo largo de toda la obra. Por otra parte, hay también capítulos que transparentan bien claramente las especiales aficiones matemáticas de Morris Kline, como su detallado tratamiento de la geometría proyectiva. La riqueza de información sobre fuentes y referencias para quien quiera adentrarse más profundamente en los diversos temas de la historia de la matemática que el autor trata es ciertamente impresionante.

La traducción al castellano ha sido realizada con gran competencia y esmero por un equipo de profesores conocedores a fondo tanto de la matemática como de la historia. Esta obra será de gran utilidad para nuestros docentes, matemáticos profesionales y usuarios de la matemática, a fin de acercarse fructíferamente a los orígenes de las ideas y herramientas que manejan. □

RESUMEN

Miguel de Guzmán se felicita de que se haya traducido una de las obras de mayor envergadura en los últimos decenios dedicada a la historia de la matemática. El conoci-

to de la historia de la matemática le parece absolutamente necesario, pues los acontecimientos del pasado facilitan la comprensión de los problemas actuales.

Morris Kline

El pensamiento matemático de la Antigüedad a nuestros días

Alianza Editorial, Madrid, 1992. 1632 páginas (tres volúmenes). 3.500 pesetas c/v.

El método científico y el ser humano

Por Juan Ortín

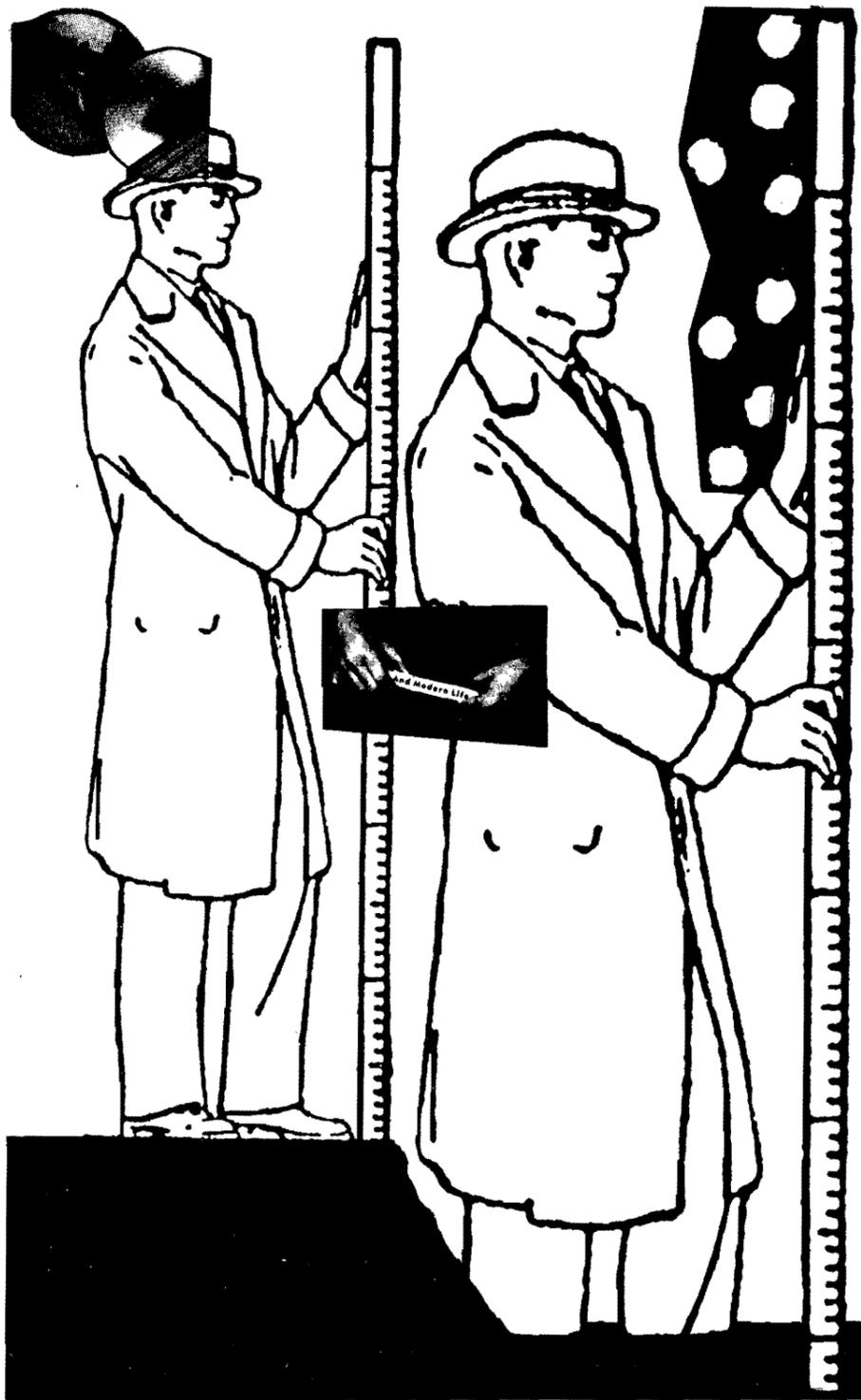
Juan Ortín (Madrid, 1946) ha sido becario de EMBO y de Alexander von Humboldt Stiftung, y director del Centro de Biología Molecular del CSIC-Universidad Autónoma de Madrid; actualmente es profesor de Investigación del CSIC y jefe de grupo del Departamento de Biología Molecular y Celular del Centro Nacional de Biotecnología. Sus actividades científicas están centradas en la transcripción y replicación del genoma del virus.

El comentarista Bryan Appleyard traza en este libro una visión personal de los efectos y consecuencias que la instauración del método científico ha tenido sobre la percepción que el hombre tiene de su propia trascendencia a nivel personal y dentro de la sociedad moderna. Esta visión parte de la constatación de la efectividad que la ciencia tiene en el desarrollo de la sociedad moderna, hecho evidente hasta el extremo de que la ventaja científico-tecnológica ha constituido, y sigue siendo, un arma esencial en la lucha de los grupos sociales por el poder. Para poner de manifiesto los aspectos positivos de la ciencia sobre las sociedades humanas, el autor usa una frase contundente de P. Nehru: «Sólo la ciencia es capaz de resolver los problemas del hambre, pobreza, insalubridad... ¿Quién puede permitirse el lujo de ignorar la ciencia? Necesitamos su ayuda constantemente. El futuro es de la ciencia y sus amigos». La implantación del método científico en la sociedad no sólo ha aportado avances en cuestiones socioeconómicas, sino que ha dado pie a la instauración de la tolerancia como uno de los valores clave en la sociedad liberal, ambiente en el que el desarrollo científico ha prosperado de manera más efectiva.

Pero no todo son luces en la sociedad cada día más permeada por la ciencia. Para Appleyard, el método científico no es un instrumento neutro o inocente, ya que transporta la vida humana sobre la Tierra del dominio de lo moral al de lo realizable. Ni siquiera la tolerancia es un objetivo trascendente. ¿Qué nos dice la ciencia sobre nosotros mismos como seres humanos?

De la autoridad incontestable a la crítica permanente

Comienza el autor con un desarrollo histórico de la ciencia moderna desde Galileo. Hasta entonces, el mundo occidental se había movido dentro de los parámetros de Aristóteles y su principio de causalidad. El hombre era la causa final de la creación. En los tiempos de Galileo, la versión tomista del conocimiento antiguo constituía un entramado lógico perfecto. Por la autoridad de Santo Tomás, la *Summa theologiae* era la «verdad». Pero ese compendio perfecto se vería zarandeado durante el Renacimiento por varios acontecimientos. El descubrimiento de América tuvo lugar mientras se trataba de comprobar «experimentalmente» la redondez de la Tierra y puso de manifiesto que el estado del conocimiento en la época podía ser incompleto, si no incorrecto. Los avances técnicos, como la invención del reloj, los desarrollos cartográficos y, sobre todo, el telescopio, puestos en manos de mentes agudas y críticas como la de Galileo, dieron lugar a observaciones que comprobaron las teorías heliocéntricas de Copérnico. La división entre lo mutable —lo terrenal— y lo inmutable —lo celestial— quedó rota. A partir de ese momento, no somos ya el centro del universo, sino un elemento más del conjunto. Y con Galileo, durante el Renacimiento, la ciencia se pone de moda, pero sólo hasta que la re-



acción que supuso la Contrarreforma depuró la situación y condujo al enjuiciamiento y condena de Galileo. Sólo después de siglos, de hecho muy recientemente, la Iglesia reconoce su error y «rehabilita» a éste. Si Galileo fue el gran precursor de la ciencia moderna, Newton destaca como la figura más relevante de la época. Sus leyes sobre la gravitación universal suponen una visión holística de la astronomía y constituyen un gran destello de imaginación, ya que fueron formuladas con muy escasa evidencia experimental. La experiencia posterior durante siglos se encargará de validar sus formulaciones.

El escepticismo como método

Tanto Galileo como Newton habían puesto en marcha de manera brillante el método científico, pero fue Descartes quien lo formuló de manera precisa. En *Le Discours* nos plantea el escepticismo como método y, dentro de él, las cuatro reglas básicas: aceptación sólo de lo evidente, reducción de los problemas a otros menores, argumentación

desde lo simple a lo complejo y comprobación experimental. En contraposición al método deductivo usado por los tomistas, prima la experimentación y el método inductivo.

¿En qué situación queda la «verdad» tomista después de estos acontecimientos? El culto a la razón y el escepticismo planteados permitieron establecer el método científico y algunas leyes generales que parecían gobernar el universo, con lo que la autoridad en que se basaba la «verdad» tomista se desmorona. Para Galileo, «en ciencia, la autoridad que representa la opinión de miles vale menos que un destello de razón de un hombre solo». Sin embargo, todos ellos mantuvieron la posición de Dios como Ser que da sentido al hombre. Sorprende que una persona de la relevancia científica de Newton afirmase: «No sé lo que parezco al mundo, pero me veo como un niño jugando en una playa, descubriendo de vez en cuando una concha, mientras el océano de la verdad permanece oculto frente a mí». O bien: «No estamos para introducir revelación divina en la ciencia ni opiniones científicas en la religión». Para Newton, como para Descartes, Dios puso en marcha el sistema. Sin embar-

go, ésta es una posición precaria, «a medio camino entre el ser y la nada», que pone al hombre en el principio de una cuesta abajo. Con una posición más coherente con el método científico, Leibniz y Laplace concluyeron que no es necesario recurrir a Dios, y con ellos se llegó al determinismo en la ciencia.

La «verdad» sustentada en la autoridad tomista ha sido sustituida por la verdad científica. A pesar de la separación que entraña entre el conocimiento y el valor moral de las cosas, el escepticismo imperante afectó no sólo a los datos y teorías científicas, sino que también los valores morales quedaron en entredicho. Por todo ello, la situación del hombre, de cada ser humano individual, quedó en precario. Ya no existen valores «inmutables» que puedan ser usados como término de referencia para la conducta humana porque la verdad científica es transitoria por propia naturaleza. De acuerdo con Popper, el método científico no permite confirmar ningún modelo, cuánto menos sus valores morales, sino tan sólo descartarlo. A pesar de que los datos experimentales estén de acuerdo con una cierta teoría, nunca podremos estar seguros de que no se obtendrán en el futuro datos que la contradigan.

Como contrapunto a esta situación, Appleyard nos refiere a Kant, que propone una nueva moralidad: actuar como si nuestras acciones fueran a convertirse en leyes de la naturaleza. Para Kant, Dios no se percibe por las leyes científicas, sino por esa presión moral interior, y el hombre constituye un fin en sí mismo.

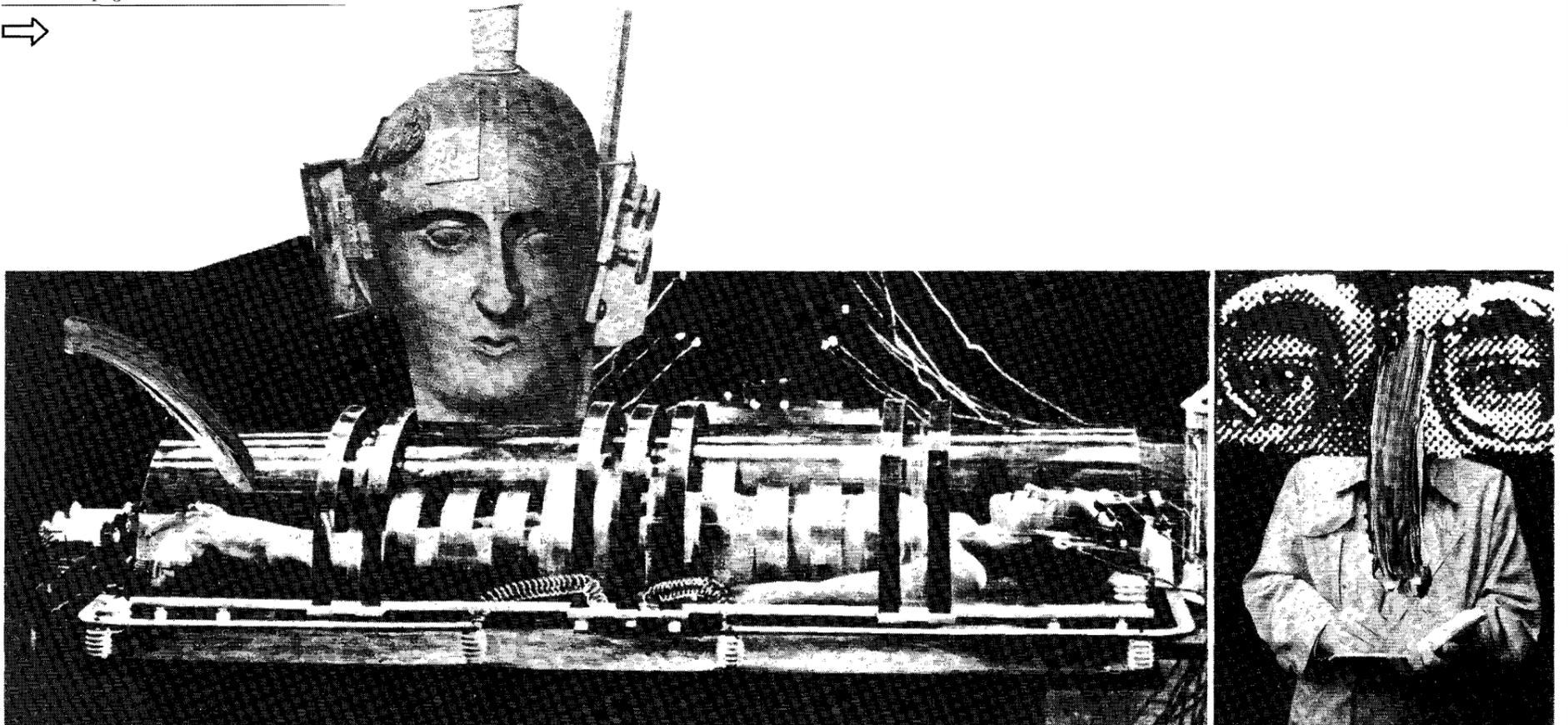
La ciencia, la fe y la sociedad

En su análisis sobre los efectos de la ciencia sobre el hombre, Appleyard adopta una posición ciertamente pesimista. Tal es la transformación, la invasión de la ciencia sobre la cultura, que llega a la anulación de la personalidad humana. Por tanto, propone una actitud de lucha defensiva. Para Appleyard, «la ciencia es una desapasionada búsqueda de la razón de las cosas, cualquiera que sea su sentido, mientras que la religión es una apasionada búsqueda del sentido de las cosas, cualquiera que sea su razón de ser». Bajo este punto de vista, nos plantea dos reacciones valientes y decididas, si bien contrapuestas: por una parte, la de Nietzsche, que reniega de los intentos de conciliar las consecuencias del método científico con la existencia de Dios. Nuestro nuevo conocimiento nos indicaría que podemos sustituir su posición. Por otro lado, la de Kierkegaard, que adopta un punto de vista simple pero clarividente: la fe no se puede obtener por persuasión o convencimiento. La fe es paradójica. Para el cristiano, la redención significa sufrimiento, darlo todo. Tener fe implica una elección personal ciertamente radical. Sin embargo, la posición de Kierkegaard es demasiado extrema para sus conciudadanos. El burgués de la época confía en el progreso económico y en la racionalidad científica y es incapaz de ver el problema que se plantea.

La separación entre el conocimiento y los valores humanos había sido denunciada por los filósofos durante los últimos doscientos años, pero seguía estando ausente en el burgués medio. Las ventajas evidentes de los avances científicos no dejaban ver la crisis espiritual ni otros problemas inherentes al pensamiento exclusivamente científico. Sin embargo, durante el siglo XX, y muy especialmente en los últimos años, esta crisis llega al gran público de la mano de los llamados «movimientos verdes».



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

Una serie de acontecimientos pueden considerarse precedentes de la aparición formal de estas corrientes de opinión: frente al gran optimismo y desarrollo técnico de finales del siglo XIX y principios del XX, se produce el enorme choque de la Gran Guerra. A pesar de la recuperación que supusieron los años veinte, el mundo es sacudido de nuevo en la Segunda Guerra Mundial, en la que se produce un salto cualitativo al pasar de las armas convencionales -newtonianas- a las atómicas. El desarrollo de este tipo de armamento y de la «ciencia» nazi ponen de manifiesto que el enorme poder de la ciencia está en manos de hombres que son espiritualmente infantiles.

Los «movimientos verdes» tienen su origen histórico en las intoxicaciones de sistemas ecológicos por insecticidas y se revelan contra la manipulación «científica» de la naturaleza por el hombre. Con ellos se llega al concepto de la Tierra como un sistema ecológico total, y más recientemente se habla ya de los problemas que se plantean en el basurero del espacio. Queda de manifiesto que la ciencia, que ha avanzado a pasos de gigante en muchas áreas, no es todavía eficaz en el mantenimiento del equilibrio de sistemas complejos como, por ejemplo, el clima.

Los «movimientos verdes» tienen antecedentes en el romanticismo y han llegado a ser para algunos una cuestión de fe, una nueva moralidad para la conservación de la naturaleza. Es una reacción entendible tras dos siglos de triunfalismo científico, pero es una reacción que puede pecar de excesiva en algunos casos. El ecologismo constituye, sin embargo, una «religión» de negación que no transmite un mensaje positivo sobre el destino del hombre en el mundo. A lo más que se aspira es a la conservación de las cosas como están, finalidad loable, pero que no proporciona una dimensión trascendente en sí misma.

En los límites del conocimiento

A principios del siglo XX, el mundo científico vivía una sensación de euforia que llevó a A. Michelson a afirmar: «Las leyes y los hechos fundamentales de la Física han sido descubiertos y están firmemente establecidos. Las posibilidades de que sean suplantados como consecuencia de nuevos descubrimientos son remotas». En realidad, el científico necesita el consuelo de una verdad perdurable, y es muy duro pedirle que reconozca que, a pesar de los avances, en términos relativos, el nivel de conocimiento a su muerte es menor que en su nacimiento.

Durante este siglo hemos sido testigos de una caída del clasicismo científico, entendido en el sentido de que el mundo es completamente accesible a la observación y a la razón. Para sustentar esta tesis, Appleyard nos plantea tres ejemplos.

La teoría cuántica, propuesta por Planck tras los descubrimientos de Faraday y Maxwell relativos a la transmisión de las ondas electromagnéticas y a la constancia de la velocidad de la luz, nos muestra un mundo discontinuo, en el que la energía se transmite en pequeños paquetes. Una estructura de la materia de naturaleza estadística que no es perceptible directamente por el hombre y no es intuitiva. En 1915, Einstein presenta la teoría general de la relatividad, en la que se unifican los conceptos de espacio y tiempo, e identifica la masa con la energía. Las consecuencias de ella son también aberrantes para el hombre de la calle: la luz se desvía por acción de la gravedad, los objetos se encogen cuando se mueven y los relojes marchan más despacio cuando se desplazan. Las percepciones intuitivas no son correctas cuando consideramos el mundo de lo muy pequeño (lo atómico y subatómico) o de lo muy grande (las distancias estelares y las velocidades próximas a *c*). Con razón afirma Bohr que «la física no trata de cómo es la naturaleza, sino de lo que podemos decir de ella».

Teoría del caos

Por otra parte, la teoría del caos propone que las descripciones deterministas de la naturaleza son inadecuadas, pues las perturbaciones locales «pueden» tener consecuencias impredecibles, sobre todo en sistemas muy complejos como el clima, sistemas ecológicos o seres vivos. Cambios muy pequeños, aparentemente despreciables, de alguna de las variables «pueden» tener consecuencias dramáticas en los equilibrios del sistema. Las dudas sobre nuestra capacidad de aumentar el conocimiento se profundizan con Heisenberg y su principio de indeterminación, en el que nos plantea la imposibilidad de adquirir un conocimiento completo de las propiedades que definen una partícula: cuanto mejor conozcamos su velocidad, con menos precisión podremos determinar su posición, y viceversa. Y éste no es un límite técnico, sino físico y epistemológico. Más aún, la mera observación distorsiona la realidad observada e imposibilita la adquisición de un conocimiento del mundo como algo ajeno al observador.

Toda esta serie de progresos científicos del siglo XX llevan a Appleyard a preguntarse: si unas leyes tan generales y contras-

tadas como las de gravitación universal se demuestran incompletas, de algún modo inciertas, ¿podemos confiar en el método científico que las generó? Si el método científico contiene limitaciones intrínsecas, ¿qué perspectivas deja al hombre que ha sustituido la fe en Dios por la fe en la razón? Algunos parecen ver a Dios en las limitaciones del método científico, mientras que otros opinan que esas limitaciones desaparecerán en el futuro, como otras lo han hecho antes. Parece evidente que el método científico es la mejor herramienta que el hombre ha desarrollado para profundizar en el conocimiento del mundo, pero es también claro que no puede sustituir a la fe. Simplemente actúan en campos distintos.

En la última parte de su libro, Appleyard nos introduce en el dilema entre el objeto de conocimiento y el sujeto cognoscitivo. Para el autor, dos son los frentes en que la ciencia encuentra sus límites: el porqué del mundo y el ser humano como sujeto consciente de sí mismo. Las ciencias del hombre y las ciencias sociales no han alcanzado el grado de precisión que las ciencias naturales. ¿Es ello porque existe algún límite de aplicación del método científico o es que no han alcanzado todavía suficiente madurez?

El progreso científico se ha llevado a cabo a costa de retirarnos del mundo como meros observadores. El mundo «objetivo» (incluido nuestro propio cuerpo) versus el sujeto de conocimiento. En palabras de E. Schroedinger, «sin ser conscientes de ello, excluimos el sujeto cognoscitivo del mundo que pretendemos entender. Retiramos nuestra persona como un observador ajeno al mundo y por ello llega a ser para nosotros un mundo objetivo». La mecánica cuántica, sin embargo, ha replanteado esta situación al concebir el observador y el observado como un todo irreductible. La objetividad de la experimentación parece diluirse al llegar a los límites atómicos y subatómicos.

El problema se plantea porque el hombre conoce y «sabe» que conoce, mientras que otros animales simplemente conocen, pero aparentemente no son conscientes de su

propio conocimiento. El problema de la consciencia ha sido tradicionalmente un tema de estudio de filósofos, pero recientemente se está planteando como objeto de estudio para los científicos (véanse, por ejemplo, los recientes artículos «The problem of consciousness», de F. Crick y C. Koch, y «Unconscious vision», de L. Weiskrantz, en *Scientific American* y *The Sciences*, respectivamente).

¿Pueden las extraordinariamente complejas redes neuronales ser la base de la consciencia, de la percepción de la individualidad del ser humano? El autor se plantea esta pregunta en el contexto de dos áreas de investigación actual: la inteligencia artificial y el proyecto genoma humano, y llega a la conclusión, con Penrose y otros, de que los ordenadores, careciendo de semántica, no podrían alcanzar conocimiento consciente por mera computación de símbolos. De manera análoga, se plantea la duda de que el desarrollo del proyecto genoma, incluso cuando se pueda desentrañar no sólo la secuencia, sino los distintos lenguajes superpuestos que pueda utilizar para su expresión, aporte luz científica acerca de la base de la consciencia.

Conclusiones finales

La visión que Appleyard refleja en este libro sobre el desarrollo de la ciencia y sus consecuencias en la persona y la sociedad es ciertamente pesimista y beligerante. A través de un relato histórico, nos muestra cómo la ciencia ha eliminado del hombre el apoyo que tenía en «verdades inmutables», dejándole solo a la busca de objetivos trascendentes. Deja claro, sin embargo, que la ciencia y la fe se mueven en ámbitos distintos, no incompatibles. Aunque las posturas que plantea son en ciertas ocasiones dogmáticas y cada lector puede o no estar de acuerdo con ellas, el texto en conjunto es interesante en tanto que plantea el mundo de la ciencia en un ámbito mucho más general que aquel que el científico absorbe en su trabajo puede observar. □

RESUMEN

Juan Ortín comenta un ensayo de Bryan Appleyard en donde se enumeran los efectos y las consecuencias que la instauración del método científico han tenido sobre el ser humano.

El método científico, según Appleyard, no es un instrumento neutro o inocente, ya que transporta la vida sobre la Tierra del dominio de lo moral al de lo realizable.

Bryan Appleyard

Understanding the present: Science and the soul of modern man

Picador, Inglaterra, 1992. 268 páginas.

Matisse: perspectivas en el tiempo

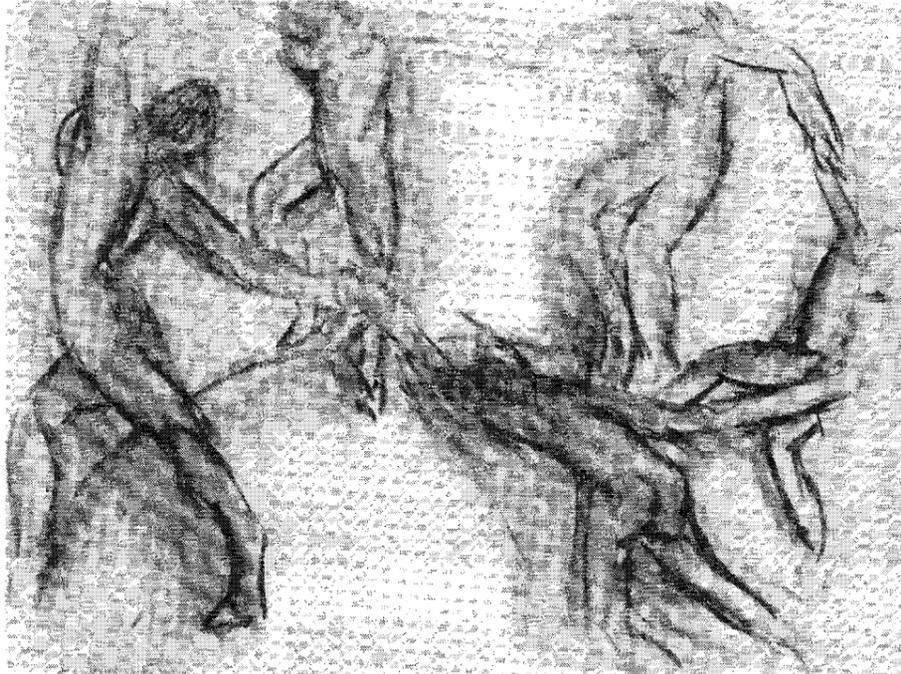
Por José Luis Barrio-Garay

José Luis Barrio-Garay (Zaragoza, 1932) es «Professor of Art History» en la «University of Western Ontario» en London, Canadá. Tras su doctorado en la «Columbia University», N.Y., ha desempeñado la misma cátedra en las universidades de Wisconsin y Ohio, siendo «Director of the School of Fine Arts» de esta última. Es autor de numerosos trabajos, entre ellos José Gutiérrez Solana: Paintings and Writings, y ha sido comisario de exposiciones internacionales como la de Antoni Tàpies en 1976.

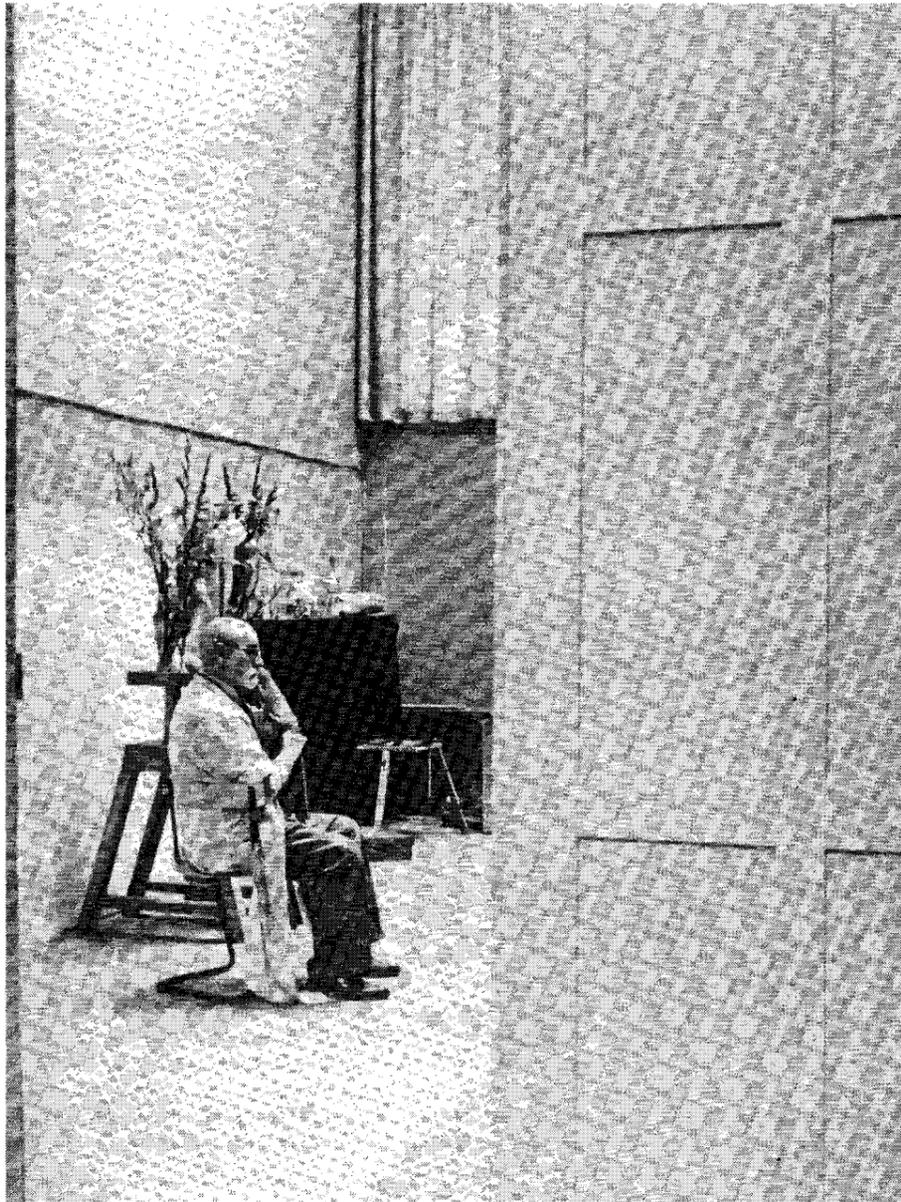
El mayor acontecimiento artístico de esta temporada en Nueva York es, sin duda, la exposición *Henri Matisse: A retrospective*, en el Museum of Modern Art. A esta impresionante exposición se han sumado una gran campaña publicitaria, amplio marketing y la publicación de un libro-catálogo (487 páginas) bajo el mismo título. John Elderfield, su autor y director de la exposición, es autoridad en el arte de este siglo, especialmente en Matisse. Como conservador del Departamento de Pintura y Escultura del Museo desde 1975, ha organizado, entre otras exposiciones, *The Wild Beasts: Fauvism and Its Affinities* (1976); *Matisse in the Collection of the Museum of Modern Art* (1978-79); *The Drawings of Henri Matisse* (1985); y *Matisse in Morocco* (1990). Por tanto, la publicación del libro-catálogo se esperaba con expectación. Después de todo, en 1951 el Museo publicó *Matisse, His Art and His Public* cuando presentó la exposición más completa de la obra del artista hasta esa fecha. Alfred Barr, Jr., director del Museo, fue su autor. Su estudio-catálogo ha sido la monografía definitiva sobre la vida y obra del artista durante muchos años, sigue siendo libro de consulta imprescindible y ha sido y es modelo para estudios monográficos sobre artistas del siglo XX.

Desde 1951, y especialmente en los años 70 y 80, grandes exposiciones retrospectivas -Londres, 1968; París, 1970- e importantes estudios monográficos -Louis Aragon, *Henri Matisse: Roman* (París, 1971); Lawrence Gowing, *Matisse* (Londres, 1979); Pierre Schneider, *Matisse* (Nueva York, 1984); y Jack Flam, *Matisse: The Man and His Art, 1869-1918* (Ithaca, N.Y., 1986)- han contribuido significativamente al conocimiento general y especializado de la vida y obra de Matisse. Con todo, las posibilidades de avanzar en ese saber, aunque más limitadas, no faltan. Existen aspectos de la vida y obra de Matisse y su recepción por la crítica y la historia que requieren aclaración e interpretación. Todavía no existe un catálogo razonado. Tampoco una biografía completa. Y el revisionismo, la deconstrucción y otras metodologías han abierto posibilidades para la historia y el criticismo del arte. La expectación, por esto, se ha debido tanto al prestigio del Museo y la publicidad como a la inevitable comparación del presente libro con sus antecedentes más importantes.

Después de dos décadas de conocimiento profundo del arte de Matisse, publicaciones, adquisiciones y una exposición previa de su obra en el Museo en 1931, Barr era, a comienzos de los años cincuenta, una autoridad con el suficiente prestigio y situación institucional para establecer la posición de un artista en el canon de la historia del arte moderno. Eso fue precisamente lo que hizo en 1951. En el prólogo de su monografía, Barr destacó la necesidad de «reunir y poner en orden» la obra de Matisse en su totalidad -pintura, escultura, dibujos, ilustraciones para libros, vidrieras y ornamentos del culto eclesiástico- con toda la documentación e información posible acerca de esa obra y de la vida del artista (pág. 9). «Orden» significó para Barr «una firme



La Danza II.



El pintor en su taller (foto de Brassai).

secuencia cronológica»; firme, porque enlaza biografía y obra con el contexto histórico. Objetivamente, pero dando más importancia a la forma que al contenido, Barr examinó e interpretó la obra estructurando una narración magistral. Su juicio crítico, inclinado hacia la innovación estilística, le permitió una consideración demasiado breve del período de

Niza. El fallecimiento de Matisse en 1954 evitó la consideración de la producción de los tres últimos años. No puede dudarse, sin embargo, que abarcó por primera vez, y de una vez en su totalidad, un concepto de Matisse que perdura, y al mismo tiempo estableció la posición suprema del artista en la evolución de la modernidad en el arte de este siglo.

Schneider, con intención claramente revisionista, rechaza en su libro la cronología y todo formalismo para interpretar los significados de las relaciones entre imágenes, asuntos y temas articulados por Matisse en su arte y los significados de las circunstancias del ámbito cultural en que vivió. La narración avanza y retrocede en el tiempo dando importancia a ideas y conceptos tales como el de lo bucólico o pastoril en la obra y en su contexto cultural -contexto que Matisse, según Schneider, llegó a transformar-. Ocasionalmente, el método desfigura la evolución de la obra, comentando, por ejemplo, su orientalismo antes que su período «fauve», u obras relacionadas por su estilo y creación casi simultánea en distintos capítulos, o bien no reconociendo la influencia del Cubismo en los años 1913-17. El método, sin embargo, le permite definir brillantemente una dialéctica constante en el arte de Matisse entre la observación y la síntesis, entre lo empírico y la decoración, entre el naturalismo y la abstracción y entre lo profano y lo sagrado.

Si el método de Schneider es conjetural y crítico, el de Flam se rige por rigor historiográfico. Obras concebidas y creadas en series durante períodos de varios años son comentadas en los capítulos ordenados cronológicamente a que pertenecen las siguientes obras de la serie y en el contexto de otras obras creadas al mismo tiempo. El análisis de imágenes, asuntos y temas es detallado y profundo y su relación a la vida y personalidad de Matisse constituye una contribución importante tanto a su biografía como a la interpretación de su arte. La imagen tradicional de Matisse como artista burgués y respetable (establecida por Barr, entre otros) es transformada, con sólida documentación e interpretación, en la de un artista mucho más complejo con pasiones y emociones que en circunstancias diversas de su vida afectaron a su obra. Y ésta, asimismo, afectó a sus circunstancias. Flam cambia considerablemente todos los estudios previos con su reconstrucción; su monografía (que será ampliada en un segundo volumen) es de consulta necesaria.

Matisse, hombre y artista

El presente libro consiste en un breve prólogo, un ensayo dividido en cinco partes y un catálogo organizado, como la exposición, en siete períodos ordenados cronológicamente; cada uno de éstos está a su vez precedido por una sección esquemática en la que se delinean los principales acontecimientos y circunstancias de la vida de Matisse como hombre y como artista. Un breve comentario sobre la biografía esencial y un índice de las ilustraciones concluyen el volumen. No hay índice de autores, lugares, términos o conceptos. Las reproducciones (412), con poca documentación pero de alta calidad y en su gran mayoría en color, ocupan el 75 por 100 de las páginas del libro. Los esquemas cronológicos, muy documentados e ilustrados con un documental fotográfico, el 11 por 100. El ensayo y su documentación y las breves introducciones a cada período en el catálogo constituyen el restante 14 por 100.

Con antecedentes como los descritos y con las limitaciones impuestas por el concepto editorial del catálogo-libro -orientado hacia el gran público y su mercado-, la intención de Elderfield es evidente: hacer una aportación a través de una síntesis muy reflexionada de la literatura y deconstruir y reconstruir ésta de acuerdo con los hallazgos de su propia investigación para producir un resultado con un equilibrio original y bien razonado. El resultado es digno de elogio, ya que aclara no sólo características esenciales del arte de Matisse

Viene de la página anterior



y su evolución, sino también cómo la crítica y la investigación han formulado sus juicios e interpretaciones y cómo éstos han sido transformados en diferentes etapas y circunstancias.

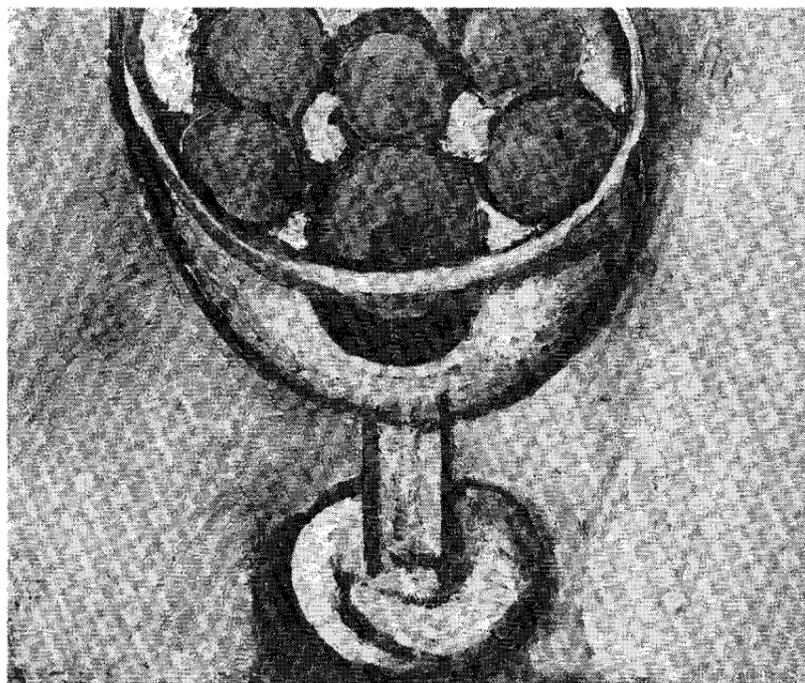
Es en la primera parte de su ensayo que Elderfield manifiesta más su capacidad para la síntesis trazando la evolución del juicio crítico sobre el arte de Matisse y extrayendo consensos conforme han sido establecidos en la literatura. Desde sus comienzos, la primacía de la pintura en la obra de Matisse sobre otros medios ha sido caracterizada por su relación con la sensación inmediata de lo visible y ha sido causa de su reputación como artista hedonista, dedicado puramente a lo visual. Por otro lado, en estudios recientes domina la tendencia a percibir su arte como trascendencia del mero placer de los sentidos y su materialismo aparente. De consensos como éstos, Elderfield extrae tres conceptos dominantes en la crítica: abstracción, espiritualidad y subjetividad. Para el juicio que destaca la abstracción, el arte de Matisse es desinteresado y va más allá de lo que representa y de su procedimiento. Ese desinterés estético le permite convertir en obra maestra asunto y composición que serían mera decoración en el arte de otros.

Matisse es por ello un pintor puro, y lo que seduce en su obra es la pintura libre de cualquier interés ajeno a la expresión estética. Para la crítica que subraya la espiritualidad, es la armonía en su arte que reconstituye, beneficia y eleva el espíritu. Por ello, Matisse es un pintor de una armonía primordial, una égloga, que transforma lo pintoresco y decorativo en sublime. Para el juicio que subraya la subjetividad, la luminosidad de su obra pictórica cubre o vela su oscuridad interior. Bajo la agradable belleza plástica yace un sentido profundo de la intimidad y de la ansiedad existencial. Estos acercamientos de la crítica, dice Elderfield, pueden describirse como formalistas, iconológicos y biográficos o psicológicos, respectivamente, e implican mutua exclusividad y posible antagonismo. Los tres, afirma no obstante, son convenientes y necesarios para comprender la sensualidad plena, esplendor físico y correspondientes emociones que el arte de Matisse —su «lujo, calma y voluptuosidad»— evocan.

Elderfield insiste en que la comprensión del arte de Matisse ha sido determinada históricamente por contraste con el de Picasso. La comparación, dice, es incluso hoy inevitable. Los nombres Matisse y Picasso son, de hecho, «sinécdoques» para supuestos contrastes en el conjunto de referencias sobre el que se basa nuestra imagen de la modernidad (página 20). Ordenados por Elderfield en un cuadro sinóptico, esos contrastes han producido: 1) polaridades estilísticas (v.g.: color/monocromía; decoración/austeridad; planaridad y contorno/espacio y forma; unidad/fragmentación); 2) polaridades de efecto (v.g.: armonía/disonancia; facilidad/dificultad; simplicidad/complejidad); y 3) polaridades en la interpretación de la realidad de los dos artistas (v.g.: distanciamiento y aceptación/crítica y compromiso; artificial/real; fiesta/guerra).

Estas oposiciones no sólo afectan el discurso sobre la modernidad, sino que también subyacen en las caracterizaciones del arte de otros artistas contemporáneos. También han afectado con el tiempo a la apreciación del propio arte de Matisse. Su imagen en la literatura reciente es la de un artista de vanguardia, imagen que comenzó a formularse en 1905 por la ruptura con la tradición pictórica que creó durante los años «fauve». Pero ese protagonismo lo capturó Picasso en 1912. Y aunque Matisse volvió a captar la atención de la vanguardia, sus cualidades, que han venido a percibirse como vanguardistas, están relacionadas mucho más con Picasso que con él.

Consecuentemente, la reciente imagen de Matisse se apoya en los aspectos y períodos



El frutero de las naranjas (1916).

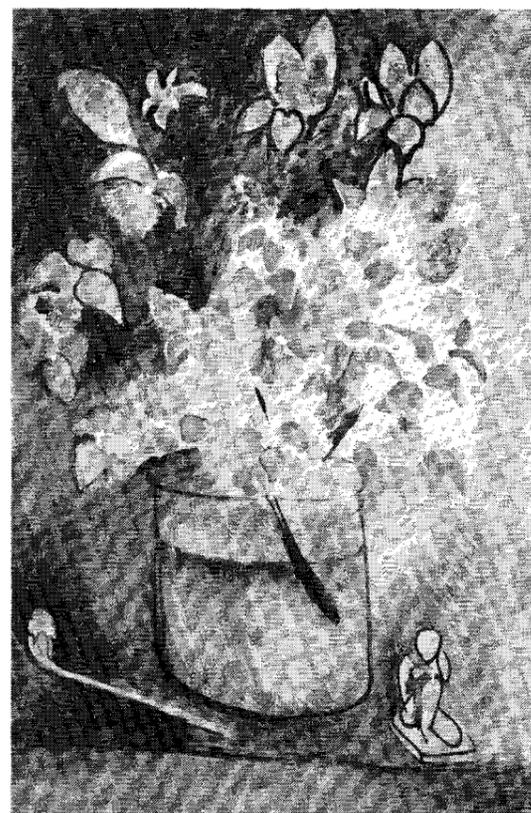
de su obra que mejor la sostienen: la obra «fauve» es compleja y fragmentada; el decorativismo monumental de ca. 1910 es audaz y conceptual; la pintura experimental de los años de la Primera Guerra Mundial es austera y difícil; y los «papiers découpés» de los últimos años van más allá de la pintura. Desde esta perspectiva, dice Elderfield, la ventaja reside en no contrastar el arte de Matisse con el de Picasso. Pero su desventaja, error, reside en percibir la obra de Matisse filtrada a través del concepto de la modernidad, basado en la obra de Picasso.

En cambio, Elderfield sugiere una reflexión sobre las limitaciones y virtudes de varias metodologías y la necesidad de una reconstrucción del mismo llegar a ser de las obras de Matisse. Su arte, dice, «nos presenta un espacio originario e invisible del cual con nuestra ayuda una potencial unidad puede emerger» (pág. 69). Esta aproximación añade a la investigación iconográfica y estilística el producto del análisis iconológico, semiótico y biográfico o psicológico —conforme las obras lo requieren—. Visto así, el arte de Matisse evoluciona a través de circunstancias distintas y con significados diferentes a los percibidos desde otras perspectivas, y conduce a una apreciación más comprensiva. El período de Niza en 1917-1930, por ejemplo, emerge como una reconsideración por Matisse del radicalismo de su obra anterior, de la debilidad que afectaba entonces a la vanguardia, y como base para su retorno en los años 30 a una forma todavía más radical y a sus temas más ambiciosos.

Reconstrucciones e interpretaciones

La contribución de Elderfield a los estudios sobre Matisse y a la comprensión de su recepción por la crítica e historia es indudablemente importante y, como él mismo reconoce, expuesta a otras reconstrucciones e interpretaciones. Es notable, por ejemplo, que en su síntesis no ha considerado la institucionalización y mercantilización del arte de Matisse en Estados Unidos.

Matisse fue figura principal en el discurso crítico que configuró el concepto dominante de la modernidad desde los años 30 y que fue apropiado por el expansionismo cultural de Estados Unidos en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. El crítico que sostuvo y defendió con más autoridad ese concepto fue Clement Greenberg. En 1947, Matisse era ya para él «el artista más grande de



La rama de lilas (1914).

nuestro tiempo» y el que representaba «más profundamente el espíritu de la primera mitad del siglo» (*The Nation*, 8 de marzo y 7 de junio). Anteriormente, en 1944, había escrito «que era el único artista vivo que competía con Picasso como valor dominante» (*The Nation*, 10 de junio). Y en 1948-1949, cuando el Museo de Filadelfia presentaba una retrospectiva de Matisse y la galería de su hijo Pierre Matisse en Nueva York una muestra y oferta de su obra para el coleccionismo, Greenberg declaró la supremacía de Matisse, apuntando que su arte ofrecía «refutación de aquellos que todavía dudan que sea el más grande pintor que existe» (*The Nation*, 5 de marzo de 1949). Cuando Barr organizó su retrospectiva en 1951, el arte de Matisse fundamentaba e ilustraba las formulaciones teóricas de Greenberg sobre la modernidad y el valor de la forma en el arte: desinterés kantiano; orden y coherencia que elevan el significado de la pintura y de su plano físico como medio; autocrítica; rechazo de todo aquello que no es sensación concreta e inmediata; distancia estética como norma, etc.

Aunque Elderfield no nombra a Greenberg en el texto cuando le cita una vez brevemente, no puede dudarse que el criticismo de Greenberg fue factor principal en la promoción y, junto con Barr, en la institucionalización del arte de Matisse —en lo que Peter Bürger, en su *Teoría de la vanguardia*, ha denominado «Institution Kunst»—. Elderfield no se ha preguntado qué intereses políticos, culturales y económicos condujeron a esa apreciación en un momento en que la ideología política del país giraba desde el «New Deal» a la guerra fría y en que instituciones políticas y culturales patrocinaban el arte abstracto, no sin la oposición del conservadurismo

en el Congreso y de otros círculos tradicionalistas. El Departamento de Estado, la Agencia de Información de Estados Unidos y el Consejo Internacional del Museum of Modern Art promocionaban ese arte con exposiciones en el exterior.

De la unión entre la política y el arte nació una nueva forma de publicidad en el «mundo libre»: el intercambio cultural. Las grandes empresas multinacionales cooperaban con subvenciones, adquisiciones y donaciones dentro y, en su expansión, fuera del país. Galeristas satisfacían la demanda de una clase nueva de coleccionistas más móvil y exportaban el arte abstracto desde 1950. Si el arte de Matisse, en su abstracción y esteticismo, fundamentaba las bases teóricas de la modernidad y el formalismo, también servía para corroborar y sustentar las aspiraciones e intereses de instituciones que tenían como meta formalizar su propia posición en la historia. Esa aspiración también la anunció Greenberg en 1948 cuando escribió que «las mayores premisas del arte de Occidente han emigrado a Estados Unidos, junto al centro de gravedad de la producción industrial y del poder político» (*Partisan Review*, marzo 1948, página 369). Por su parte, Barr llegó a afirmar en 1956 que la pintura abstracta era la característica dominante en el arte de medio siglo en el «mundo libre» (*What is Modern Painting?*, MOMA, 1956). Colectivamente, el arte abstracto que la obra de Matisse había en alto grado dado validez, fue traducido a un símbolo de la libertad capitalista promulgada por Estados Unidos.

El comparar aquellas circunstancias con las que rodean la actual exposición y publicación de este libro no sería menos instructivo.

RESUMEN

Una retrospectiva de Matisse exhibida en Nueva York y la consiguiente publicación de un extenso libro-catálogo sobre el pintor, le da ocasión al profesor Barrio-Garay para recorrer la exhaustiva, pero incompleta, bibliografía

sobre Matisse, mostrando en su artículo la huella dejada en el arte contemporáneo por quien representó, para algunos críticos, el espíritu más profundo de la primera mitad del siglo XX.

John Elderfield

Henri Matisse: A retrospective

Museum of Modern Art y Harry N. Abrams, Nueva York, 1992. 487 páginas. 75 dólares.

Paisajes de Castilla-La Mancha

Por Antonio López Gómez

Antonio López Gómez (Madrid, 1923) ha sido catedrático de Geografía en las universidades de Valencia y Madrid (Autónoma) y es profesor emérito en esta última. Miembro de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Doctores de Madrid. Ha sido director del Instituto «Sebastián Elcano» de Geografía, del CSIC, y en la actualidad dirige la revista Estudios Geográficos. Es autor de libros como Geografía de las terres valencianas, Estudios sobre regadíos valencianos, Los transportes urbanos en Madrid y El clima urbano de Madrid: la isla de calor.

El interés que despiertan los paisajes naturales ha motivado numerosos libros de divulgación de muy diferentes tipos. También es frecuente la alusión en las guías histórico-artísticas habituales. Por supuesto han influido los problemas de degradación ambiental, ya apuntados en el siglo XIX, que exigen una ética de preservación como exponía, hace casi treinta años y desde el punto de vista geográfico, el profesor Terán (1). Incluso entre las espléndidas descripciones de nuestros autores del 98 no faltan intuiciones admirables, como la de Machado sobre los cambios de vegetación, las destrucciones y la erosión: «El hombre de estos campos que incendia los pinares / y su despojo aguarda como botín de guerra, / antaño hubo raído los negros encinares, / talado los robustos robledos de la sierra. / Hoy ve sus pobres hijos huyendo de sus lares; / la tempestad llevarse los limos de la tierra / por los sagrados ríos hacia los anchos mares; / y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra» (*Por tierras de España*).

Ahora esas cuestiones son ya conocidas por todos y cada vez más divulgadas por las revistas y los periódicos, la radio y la televisión. Se percibe una forma renovada de considerar los espacios terrestres y de interés por ellos, de estimar necesario su conocimiento. Precisamente cuando, por extraña contradicción, la Geografía, necesaria para ello, ha llegado entre nosotros a su maltrato máximo en los planes de enseñanza del bachillerato...

Para conocer los paisajes naturales neocastellanos no faltaban guías, pero reservadas generalmente para sitios excepcionales o simples relatos de escaso rigor. Aunque se pueden señalar excepciones, sin duda; por citar un par de ejemplos, las pequeñas guías de los servicios de turismo y parques naturales de los años treinta, escritas por científicos de renombre, como la referente a la sierra de Guadarrama, de Hernández Pacheco y otros (1931), o la más voluminosa y moderna de los alrededores de Madrid, de Vidal Box (1976), con específica finalidad didáctica. Otras diversas tienen carácter concreto o más especializado, así como la producción cartográfica.

Faltaba ciertamente una general, amplia y actual, como la reciente sobre Castilla-La Mancha, en muy cuidada edición de esta Junta de Comunidades, que merece por ello todos los plácemes. Aunque ajeno a la editora, queda un cierto hueco, ese extraño triángulo en blanco en los mapas, el de Madrid; esperemos que pronto lo llene esta Comunidad, completando su excelente Atlas (2).

Al abrir el libro, llaman lo primero la atención las abundantes ilustraciones en color: espléndidas fotos, muchas a página entera y hasta doble, expresivos esquemas y mapas, cortes y bloques-diagrama, la mayoría, incluso las fotos, de los propios autores, lo que asegura una perfecta adecuación al texto. Parecerían excesivas, de libro de lujo, pero son necesarias; si la finalidad es explicar los paisajes, la representación gráfica de éstos adquiere, sin duda, importancia primordial.

Bien coordinada por dos geógrafos, J. A. González Martín y A. Vázquez González, la obra sigue el método de la Geografía, física en este caso: es el estudio de los espacios naturales en que se combinan elementos abióticos (relieve, clima, aguas) con otros bióticos (plantas y animales), también con intervención humana, en una serie de interacciones mutuas determinantes de la fisonomía actual, alterando más o menos la natural primigenia. La veintena larga de autores son profesionales de la Geografía o también de las Ciencias Naturales, casi todos de las penúltimas generaciones y ya avezados especialistas en los temas concretos, sobre los cuales han verificado sus tesis doctorales o investigaciones diversas.

No habrá sido tarea fácil agrupar a tantos estudiosos y aunar criterios para conseguir bastante unidad, lo que es mérito de los coordinadores y también de los autores. Ello asegura el dominio de las cuestiones y en bastantes casos el análisis original, compatibles con la claridad. Se aunan así rigor científico y divulgación; el léxico especial sólo se emplea en la medida indispensable (en todo caso está recogido en un glosario); la exposición es completa y precisa, asequible al lector de cierto nivel cultural y también de tipo medio, a condición quizá de prescindir de ciertas explicaciones de detalle. Pero igualmente puede ser útil para los veteranos en estos temas, como recordatorio o resumen y con apuntes novedosos sin tener que acudir a los trabajos especializados. No niego que en esta apreciación pueda haber un componente personal; aun conociendo casi todos los parajes descritos en la obra (alguno aún es inédito para mí, después de largos años de profesión), me ha ofrecido aspectos nuevos y revivido múltiples viajes de estudio, con emoción los de años mozos de aprendiz (aunque ¿quién no está aprendiendo siempre?), con maestros inolvidables como Terán, Hernández Pacheco, Lautensach, Solé Sabarís.

Primero se consideran, en cinco capítulos, los aspectos generales, lo que es muy útil al lector para encuadrar después los paisajes concretos. Así se exponen los rasgos básicos de la estructura y relieve (J. A. González).

el clima y sus repercusiones (F. Fernández García), las aguas (M.^a J. González Amuchástegui), las formaciones vegetales (C. Fidalgo) y los ecosistemas faunísticos (J. Jiménez). Precisos y claros, son excelentes resúmenes y podrían formar, por sí mismos, una breve Geografía Física general del territorio, incluso con ilustraciones novedosas geomorfológicas, climáticas, etc. Se añaden dos capítulos más sobre la situación jurídica y los problemas ecológicos de los espacios protegidos (J. Jiménez).

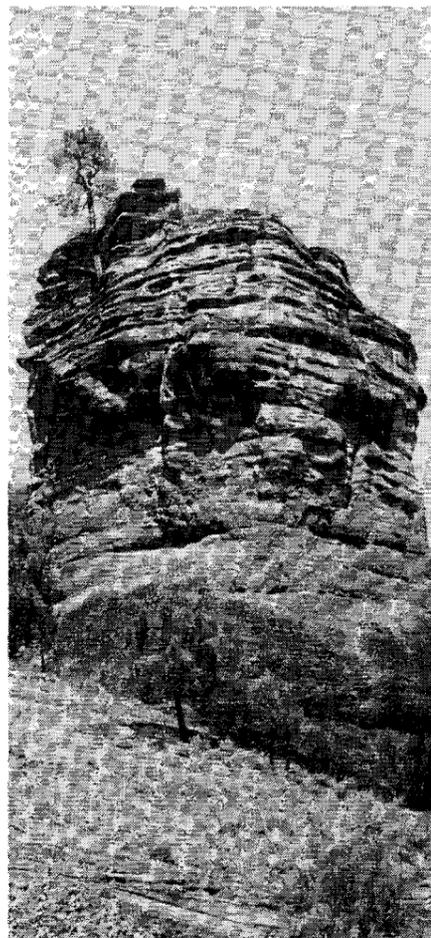
Lugares excepcionales

Después se estudian 27 paisajes seleccionados, de amplitud muy distinta. Unos son superficies grandes, comarcales; abarcan en su conjunto la región casi entera, salvo alguna excepción; otros son de ámbito menor, aspectos o parajes concretos y llamativos por sus formas de relieve, mantos lacustres, ecosistemas singulares, etc. Esa dualidad parece original y acertada; los lugares excepcionales atraen más y son los descritos en las guías al uso, pero el viaje hasta ellos supone cruzar una o más comarcas cuyos paisajes también merecen atención y dan a conocer el país en su conjunto. Así alternan los capítulos de uno y otro tipo. No sería propio de una guía —aun extensa como ésta— el estudio de todas las comarcas que corresponde, y con otro contenido, a los grandes tratados de Geografía. Sin embargo, las aquí descritas en sus aspectos

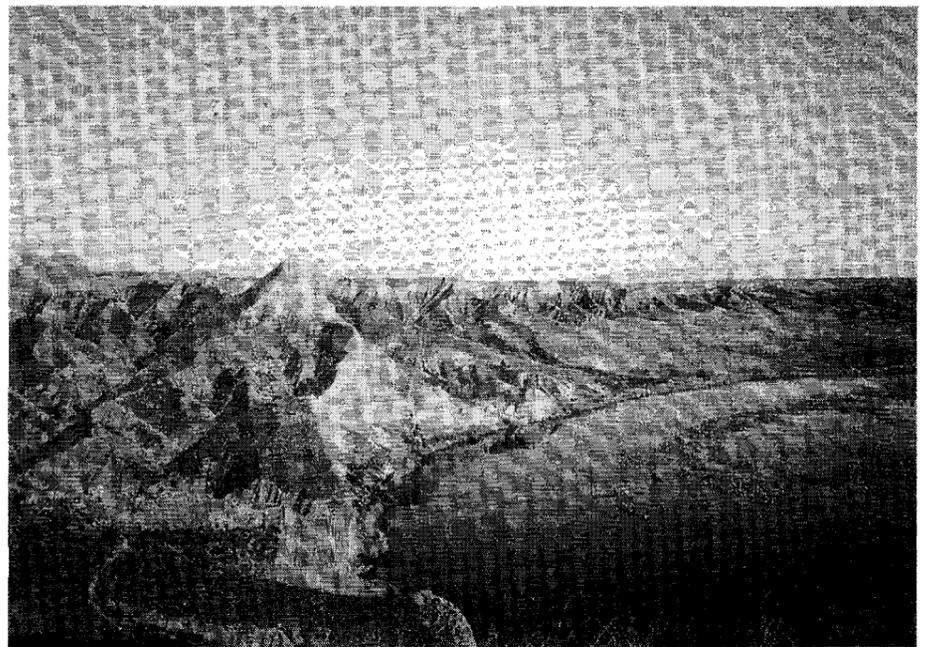
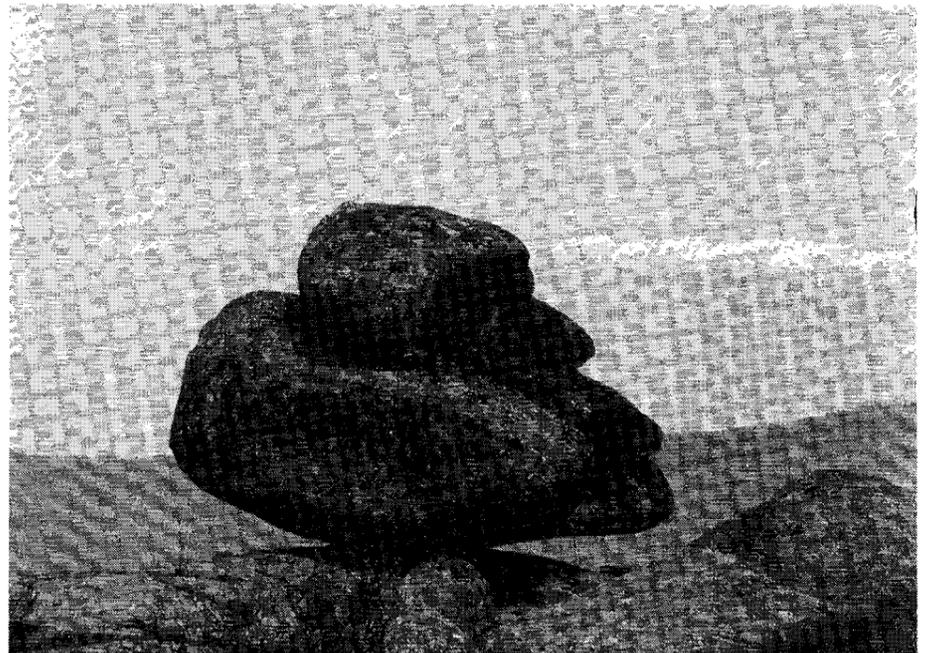
naturales permiten un buen conocimiento de la mayoría de ellas; a la par se destacan los parajes excepcionales, que sólo en una guía de excursionismo pueden analizarse con detalle. Se logra así un buen equilibrio.

Se mantiene también éste entre los espacios de la región: una decena corresponde al norte, a las serranías, páramos y campiñas de las provincias de Guadalajara y Cuenca; el resto, a las otras tres meridionales: en el oeste y suroeste, cuatro capítulos sobre llanos y montes toledanos y sierras de Ciudad Real; otros tantos sobre parajes de La Mancha y sus márgenes, en el centro; finalmente, cuatro más dedicados a zonas de Albacete, en el sureste. Siguiendo siempre igual esquema, se indican los rasgos básicos: localización y clima, interés paisajístico, relieve, hidrografía y aspectos biogeográficos; además, una amplia ficha sobre una especie animal notable y un itinerario muy útil para la excursión. En los espacios grandes suele ser el relieve el elemento más destacado, como ocurre realmente; en los otros, el que determine su originalidad. No es posible comentar aquí los 27 capítulos y nos hemos de limitar a la referencia; incluso ésta puede resultar prolija, pero parece necesaria para apuntar siquiera la variedad de la obra, reflejo de la diversidad regional.

Comienza Concepción Fidalgo estudiando, en el Sistema Central, la sierra de Ayllón (con el gran cordal del Ocejón), cabecera del



CORTESÍA EDITORIAL.



Viene de la página anterior



Jarama y Sorbe, y después el Parque Natural de Tejera Negra con sus hayedos reliquia (hermanos del madrileño de Montejo), de extraordinario interés. A continuación, C. Agudo se refiere a las Altas Tierras de Sigüenza y Alcolea en el contacto con el Sistema Ibérico, y luego, en detalle, a la Hoz de Pelegrina, en el río Dulce (afluente del Henares), tan poco visitada. Entre esa zona y la anterior quizá se hubieran podido intercalar unas páginas sobre el macizo del Alto Rey, con sus rampas al pie, tajadas por los ríos. Se describen después, al este y al sur, dos extensas comarcas muy distintas: las Parameras de Molina, en el Sistema Ibérico, de materiales secundarios, y la hoz del alto Tajo (M.^a J. González) y la Alcarria, con sus páramos y campiñas, en los sedimentos de la cuenca terciaria del Tajo (I. Asensio, J. A. González y A. Vázquez), casi siempre comarca «de paso» a pesar de su interés, como exponen con maestría los autores, y de gran personalidad desde antiguo; así lo demuestra la cita, en plural, en el *Cantar del Cid* y se constata fielmente en las *Relaciones topográficas* de Felipe II, aunque aún se discute el origen y significado del nombre (3). Atalaya sobre la Alcarria es la larga y aislada sierra de Altomira, con los espectaculares cañones del Tajo y Guadiela y los embalses de Entrepeñas y Buendía (M. Gesteiro).

Más allá, al este, la extensa Serranía de Cuenca (F. Alonso), ya mencionada en el XVI, con sus bosques y llamativas formas en las calizas: cañones, «ciudades encantadas» y hondas depresiones o «torcas», algunas, las «de agua», con hermosas lagunas. Al mismo autor (en un caso con D. Palacios) se deben los detalles de la Muela de San Felipe y alto Júcar y de las hoces espectaculares de Beteta y Solán de Cabras, «Callejones» de las Majadas (otra ciudad encantada) y el nacimiento en cascada tobácea del río Cuervo, de gran belleza.

Totalmente diversos son los paisajes del oeste, en su mayoría en el viejo macizo herciniano. Al Sistema Central corresponde la sierra de San Vicente, con sus formas graníticas de piedras caballerías, berrocales, etc., y al pie las campiñas del Alberche; en la vegetación es rasgo nuevo la presencia de alcornoques y castaños (M.^a J. González y E. Serrano). También fisonomía dual, de cuenca terciaria y zócalo antiguo, presentan el valle medio del Tajo y la meseta toledana (I. Asensio, J. A. González y A. Vázquez); en la ciudad misma, accidente geográfico llamativo es el torno del río, con tantas discusiones sobre su origen, ahora renovadas. Continuando hacia el sur se encuentran los Montes de Toledo (J. Muñoz) en sentido estricto, es decir, intrincado conjunto de sierras, con rica fauna (uno de los últimos refugios del linco) en sus todavía extensos montes; de éstos, como propios de la ciudad hasta el XIX, recibió la comarca el viejo nombre, ya indicado en las *Relaciones topográficas* filipinas, que luego pasaría a denominación de relieve. Después se estudian la Jara (F. Alonso) y el Parque Nacional de Cabañeros, objeto de tantas discusiones, con especial detalle en la vegetación y la fauna (J. Jiménez).

Radical diferencia muestran los paisajes de La Mancha y sus márgenes, de los cuales se describen cuatro muy peculiares, aunque quizá falta un esquema de conjunto. Tres están caracterizados por la hidrografía, extraña paradoja en esta llanura seca. Primero, la serie de lagunas endorreicas, es decir, sin salida de sus aguas al exterior (M. A. Poblete y E. Serrano), con su vegetación y fauna típicas y sus marcadas diferencias estacionales, incluso con costras veraniegas de sal. Después, las extraordinarias Tablas de Daimiel (M.^a J. Sánchez y A. del Moral), con tantos problemas de conservación, de fácil y didáctica visita hoy en lo esencial frente a la compli-



cada de antaño. Ha de añadirse otro paisaje hídrico analizado después: las espléndidas lagunas de Ruidera (M.^a A. García, J. A. González y S. Ordóñez), también amenazadas ahora y con interesantes cuestiones sobre su origen y evolución, concediéndose hoy especial importancia a las formaciones de tobas, tan llamativas en muchos casos.

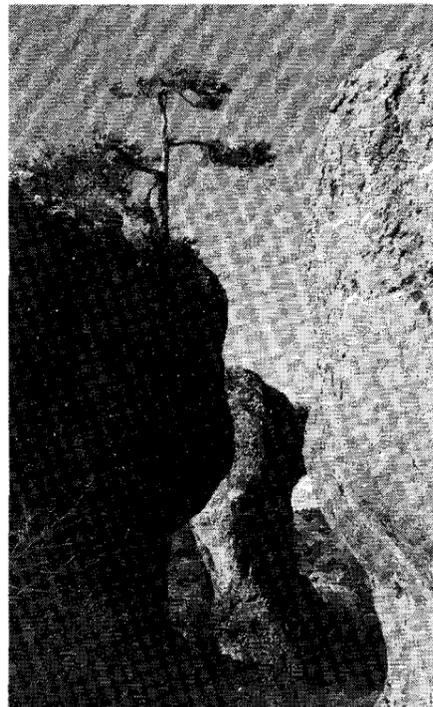
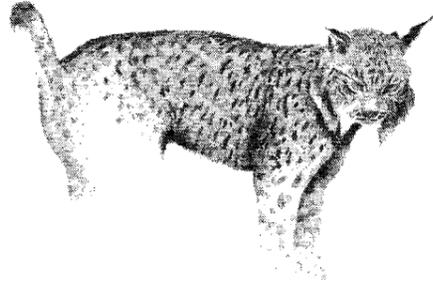
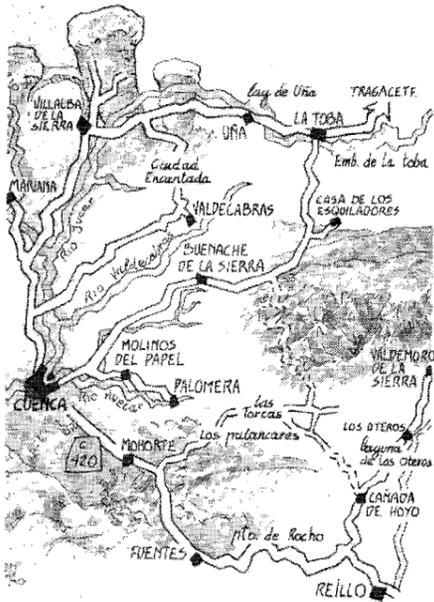
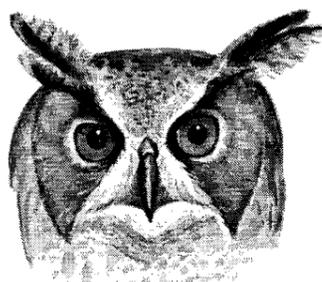
Carácter único en la Meseta tiene el conjunto (el mayor de la Península) de formas volcánicas en el Campo de Calatrava (M. A. Poblete), con sus conos de escorias, coladas de lava, cráteres explosivos (ocupados por lagunas), etc.; en muchos casos es fácil el acceso y deberían visitarse más.

Se describen después tres espacios serranos en el suroeste, nuevamente en el dominio herciniano, lejos del turismo pero interesantes: los ahora llamados Montes de Ciudad Real, en el oeste de la provincia (J. L. García), comarca de transición que antaño pertenecía en su mayor parte «al Orden y Campo de Calatrava», como se dice en las *Relaciones* de Felipe II, y el norte a los montes propios de Toledo (4); el Valle de Alcudia, gran invernadero de los ganados trashumanes, que ahora cruza y perturba el tren de alta velocidad (M. A. Poblete y E. Serrano), y la parte castellana de Sierra Morena (J. L. García y J. López).

Por último, un salto al sureste, a cuatro espacios de Albacete. Es sorprendente el cañón del Júcar en la Manchuela (M. A. Fernández, M.^a J. García, J. A. González y S. Ordóñez); en una masa de calizas (éstas del terciario), el río taja el borde meseteño al torcer al este en busca del Mediterráneo (captura o desvío aún no bien explicados). Extensas son la sierra de Alcaraz y el Calar del Mundo, con peculiares formas cársicas, entre las cuales es extraordinaria la surgencia, en gran cascada, del nacimiento del río Mundo (A. Fernández).

Llamativa es también, aguas abajo, la hoz de Ayna-Liótor (A. Fernández y M.^a J. González). Finalmente se describe la comarca de Hellín, con curiosos fenómenos de diapirismo o ascenso de materiales plásticos (yesos) y algunos volcánicos (F. Alonso Sarriá).

Ha de recordarse que en cada capítulo se añade amplia ficha de una especie animal interesante (A. Manzanares, J. L. González o J. Jiménez). Completan la obra un útil glosario y una bibliografía básica por temas. Por último, podría apuntarse una cierta objeción puramente material: el tamaño y peso del li-



bro no lo hacen cómodo en excursión; aunque complicase la edición, hubiera sido mejor dividirlo en dos o tres volúmenes más livianos.

Según todo lo indicado, muchos de los paisajes son bastante conocidos, pero esta guía contribuirá eficazmente a su mejor comprensión, aunada a la belleza. En otros, poco visitados por lejanos o menos atractivos, pero también interesantes si se saben ver, será estímulo para su conocimiento. Paradoja de nuestro tiempo es que el auge del automóvil facilita los viajes, pero la prisa reduce la visión del país a un conglomerado de ciudades, urbanizaciones y playas, con vertiginoso recorrido intermedio. Obras como ésta pueden ayudar al cambio de tales hábitos, ya que muestran a la Geografía con todo el valor y el atractivo que tiene como explicación del espacio, del natural en este caso. Pero igualmente cabría otra de paisajes culturales o humanizados; también sería de mucho interés para el viajero atento la exposición geográfica de pueblos y ciudades, de secanos y huertas y aun de espacios industriales, tan diversos y a veces tan llamativos.

Una consideración final

Añadamos un último aspecto práctico o político, si se quiere. La comprensión y el amor por el paisaje, mediante obras como ésta, han de generalizarse si se intenta conservarlo y también mejorar la vida de las gentes que en él viven inmersas. Sólo el conocimiento profundo hará posible una política ambiental realista y sincera, de acciones y no palabras; equilibrada entre utopías necesarias tal vez, pero sólo posibles en espacios limitados, y destrucciones desorbitadas demasiado frecuentes. Las nuevas generaciones han de

RESUMEN

Esta Guía de Castilla-La Mancha, realizada por una veintena de especialistas, pero con unidad de criterios, es, a juicio de López Gómez, de gran valor para el conocimiento de los paisajes naturales de la región, extensos

realizar bien lo que no hemos hecho, o de manera insuficiente, nosotros; los jóvenes de hoy —a ellos va la dedicatoria ilusionada de este libro— responderán mañana.

- (1) Terán, M. de: «Una ética de conservación y protección de la Naturaleza», págs. 69-76, en *Homenaje a D. Amando Melón*, Zaragoza, CSIC, 1966.
- (2) Instituto Geo-Minero de España-Comunidad de Madrid: *Atlas geocientífico del Medio Natural de la Comunidad de Madrid*, 1988. Otro análogo publicado por la Junta de Castilla-La Mancha, 1986.
- (3) J. y A. López Gómez: «El significado de "Alcarria" según las *Relaciones topográficas* de Felipe II». *Est. Geográficas*, 1991, núm. 202, págs. 171-178.
- (4) J. y A. López Gómez: «Las comarcas de Ciudad Real según las *Relaciones topográficas* de Felipe II». *Est. Geográficas*, núm. 189, págs. 65-90.

en unos casos, parajes singulares en otros, 27 en total. Por su amplitud y contenido rebasa la mera enumeración, explicando las causas con rigor científico, pero sin olvidar su carácter de guía para amplio número de lectores.

J. A. González Martín y A. Vázquez González (coords.)

Guía de los espacios naturales de Castilla-La Mancha

Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo, 1991. 709 páginas. 5.000 pesetas.

La irresistible tentación de escribir teatro

Por Enrique Llovet

Enrique Llovet (Málaga, 1917) es diplomático, escritor, autor y crítico teatral. Media docena de libros, un centenar de propuestas teatrales y otras tantas cinematográficas centran su obra creativa, junto a miles de artículos y cientos de conferencias. Premio Nacional de Literatura, de Teatro y «Mariano de Cavia» de Periodismo, ha firmado también innumerables análisis, críticas y dramaturgias.

Yo creo que desde que empezó el teatro todos los escritores que en el mundo han sido han intentado hacer teatro. En España, desde luego. Y en algunos momentos —generación del 98, generación del 27— esta ansiedad por ver a los personajes ideados moviéndose en un escenario, por oír respirar a un público y, por supuesto, por salir a saludar entre aplausos, ha sido algo ridícula y bastante patética. Normalmente el teatro no ha hecho caso de estos infelices intentos teatrales de autores por otra parte premiados, admirados y queridos. Ellos se han dolido amargamente de esa desatención. Es humano. Pero no se compra, no se ha podido comprar nunca, un éxito teatral. La fuerte vida democrática de una audiencia enfrentada a un escenario es de las más antiguas y honradas del mundo.

Formulada o no, la aspiración de un texto teatral consiste en organizar la plenitud de un mundo lo más completo posible. Cuantas más dimensiones y volúmenes se hallen dentro de ese orbe, cuanto mayor sea el perímetro de ese horizonte vital, más plena y cordial será la satisfacción obtenida. El salvaje, el hombre griego, el espectador isabelino, el contemporáneo, se acuerdan, frente a la vida, con muy parecidas quejumbres y desazones. La sensibilidad ante la existencia tiene unos trémolos alegres y dolientes en que los hombres discrepan muy poco. Tendencias, personalidades y países han promovido muy diferentes resonancias, consignas de innumerables facetas, fórmulas y perspectivas de contradictoria apariencia, sincronismos de estilo, formas y temas afines o incompatibles. Es cierto que la libertad de reglas literarias ha multiplicado incomparablemente la operación de escribir para el teatro. Los grandes temas errabundos por la literatura pueden organizarse en nuevas formas orgánicas y solidarizar así a la especie humana con las grandes líneas culturales de su pretérito. Pero este siglo ha rellenado los textos en que sólo contaba un enjambre de palabras con otros elementos de la escritura —ritmos, intensidades luminosas, indicaciones especiales,

efectos sonoros— que tienden a construir un «teatro total», más vivo, más dinámico, más tumultuoso. Se piensa que los textos habían devorado las posibilidades más enérgicas y progresivas de la dirección y la interpretación. Hoy esta muralla ha sido asaltada y por las arterias de la vida teatral pasa un nuevo torrente de sangre que trae distintas intensidades. Incluso se nota cierta fanfarronería inocente en los directores de escena, como si el panegírico teatral estuviese reservado al decorador y al coordinador de la partitura. Es igual. En esas condiciones el afán de un autor teatral, el esfuerzo en torno al foso de las cuartillas, difiere bastante del de los demás escritores.

Un trasluz del pensamiento

Un lector recibe información directa sobre un personaje a través de la individualidad personalísima de unas palabras eminentes y directas que le transmiten férreamente los límites de un carácter o la fisonomía de un hombre. Un espectador, en cambio, avanza empujado por lo que ve y oye a los actores. Percibe como un trasluz del pensamiento primitivo del escritor. La inmóvil y pulida superficie del libro se convierte en un cuadro vivo y perentorio. Un lector brinca de manera sumaria por el tiempo y el espacio. Un espectador está adscrito a la limitación física del espacio escénico y al ciego y riguroso tiempo real de la representación. Ante ello, el arte de escribir para el teatro se compone, por lo pronto, de respuestas a dos cuestiones distintas: lo que hay que decir y la forma de decirlo; el texto en sí y el sistema económico de compromisos, arreglos, sugerencias e indicaciones que permite objetivar ese texto dentro de un espacio concreto y un tiempo dado. No se olvide que el lector puede regular su proceso de comprensión con arreglo a su ritmo biológico o intelectual; puede avanzar y retroceder; puede marcar un compás de trabajo a sus emociones y sentimientos. Al espectador le son dados rígidamente tales ritmos. El autor de teatro selecciona la velocidad que le conviene, rige la abundancia de sus avisos emocionales, crea y calcula el interés por los detalles y controla la potencialidad sentimental de la audiencia, a quien, además, está obligado a desalojar de su tranquilidad personal para integrarla en un grupo real capaz de asumir cierta representación del medio social a quien se dirige la obra.

En estas circunstancias es evidente —lo quieran entender o no los escritores que lle-

gan al teatro procedentes de otros campos— que una representación va más allá del ejercicio de poder de la palabra. La voluntad concreta de un autor debe ejercerse, también, en unas instancias complicadas de gestos, silencios, presencias, agrupaciones, trajes, colores, grupos, luces y decorados. La conciencia espectadora es, naturalmente, sensible a la estimación de los grados y matices sonoros de la voz humana.

Pero una representación tiene que reabsorber, trabajosamente, cuanto pueda existir de individual en el «solo» para acumular las armonías de las otras voces y someter el todo a una ley temporal. No se trata de decir que una representación es un concierto. Una representación es la forma imperativa en que unas ideas se convierten en hechos: hechos visuales —el movimiento, la mímica, la composición, la gesticulación, el empleo de las luces y las sombras, el color, la decoración y el vestuario—, conectados con las leyes estéticas de la danza, la pintura y la escultura; hechos sonoros —la intención narrativa, el análisis de caracteres, la expresión verbal, las músicas, la entonación, los efectos acústicos y el ritmo—, vinculados a las teorías de la novela, la música, la oratoria y la poesía. La manifestación lógica de estos elementos confiere al autor de teatro una superlativa libertad.

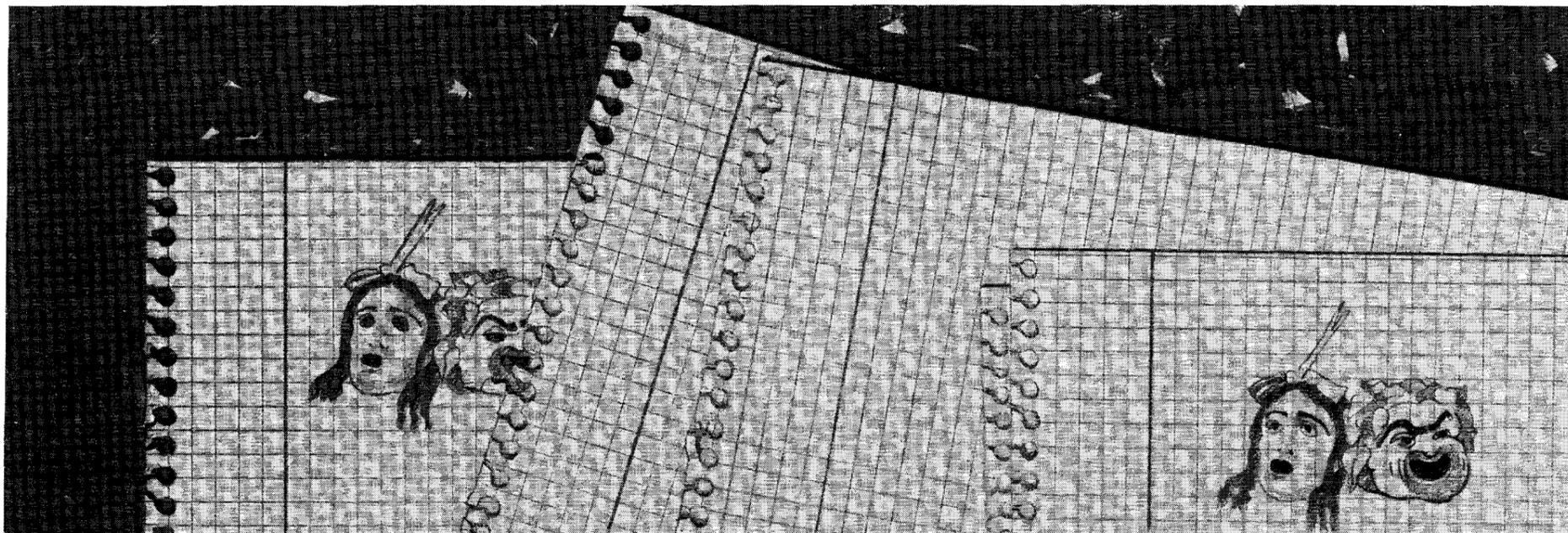
Mejor o peor usadas, todas estas líneas de comunicación están abiertas entre el escenario y el público. La forzosidad de su presencia permite la obra mayor o el barullo demencial. No son solamente puentes tendidos para un reparto de la actividad del escenario; son los mimbres imperativos con que el autor concreta y perfecciona su pensamiento dramático. Escribir en verso o en prosa, utilizar el tono trágico o los ligeros términos de la comedia, conceder la primacía a lo que se ve o a lo que se dice, es ejercitar la soberanía creadora. Convertir la idea en un repertorio eficaz de visiones y sonidos es una necesidad teatral. La abstracción ideológica está limitada por la presencia de unos cuerpos reales y vivos. El naturalismo está condicionado por una pretensión genérica y, en cierta medida, universalista.

Una obra teatral, hoy como en tiempos de Aristóteles, es una «acción». Y para que esta «acción» llegue a plenitud es preciso que la impulse toda una graciosa colección de virtudes que andan resumidas en una palabra de cierta capacidad relojera: la palabra «teatral». Término de apariencia humilde, término sospechoso, que encierra en su integridad el hecho enorme de que el teatro, todo el teatro, incluso el naturalista, incluso

el realista, incluso el fotográfico, exige un aparato creador de algo que no es la vida, sino su imitación. Algo colocado más allá de la vida real que, absorbiendo idénticas emociones, gradúe sus efectos con arreglo a una nueva convención. Ningún género dramático, ningún escritor, ninguna representación ha podido prescindir de esta serie misteriosa de esquemas, arreglos y valores entendidos. Menos mudable, menos inconstante de lo que parece, la convención teatral lleva veinte, seguramente treinta, siglos prolongándose. Sería grave no considerar la teoría del teatro como una radical necesidad de su propio ser biológico.

Un dramaturgo tardío

Creo que éste ha sido el tragicómico problema de muchísimos escritores frente al teatro. Por ejemplo, Pedro Salinas. Su centenario ha promovido una hermosa y cuidadísima edición de su teatro completo, anotada con minuciosidad y establecida críticamente por su fiel Pilar Moraleda, y un montaje rico y generoso de *Judit y el tirano* en el ilustre escenario del Teatro Español de Madrid, que además ha editado su versión de la comedia. He releído los catorce textos cuidados por Moraleda y he asistido al estreno del Español, dirigido por Manuel Collado. Puedo considerar mis impresiones como casi definitivas, al menos en lo que se refiere a la prueba del Español. Pedro Salinas es un dramaturgo tardío —todo su teatro está escrito en su etapa norteamericana—, con todo lo que eso conlleva de estímulos ya cuajados: lírica admirable y muy personal; equipaje cultural conformado por el hábito de la enseñanza; estética coloquial habitada en sus ejercicios narrativos; respeto entusiasta por los saineteros y, por supuesto, «descubrimiento» en Nueva York de lo que es un texto puesto en pie sobre un escenario, cuando sus alumnos organizaron una representación pública de *La fuente del arcángel*. Con todo ello, por desgracia, no se hace un dramaturgo de éxito. Amargamente lo dijo el propio Salinas y lo recogió Torres Nebrera: «En nuestro país, el producto económico de una obra de teatro suele estar en proporción exactamente inversa con su valor literario y humano». Injusto. Y falso. Explicable por la insistencia teatral de Salinas —catorce obras dramáticas son suficientes para profesionalizar una escritura— y la desatención general hacia su trabajo. Pero esa explicación



ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



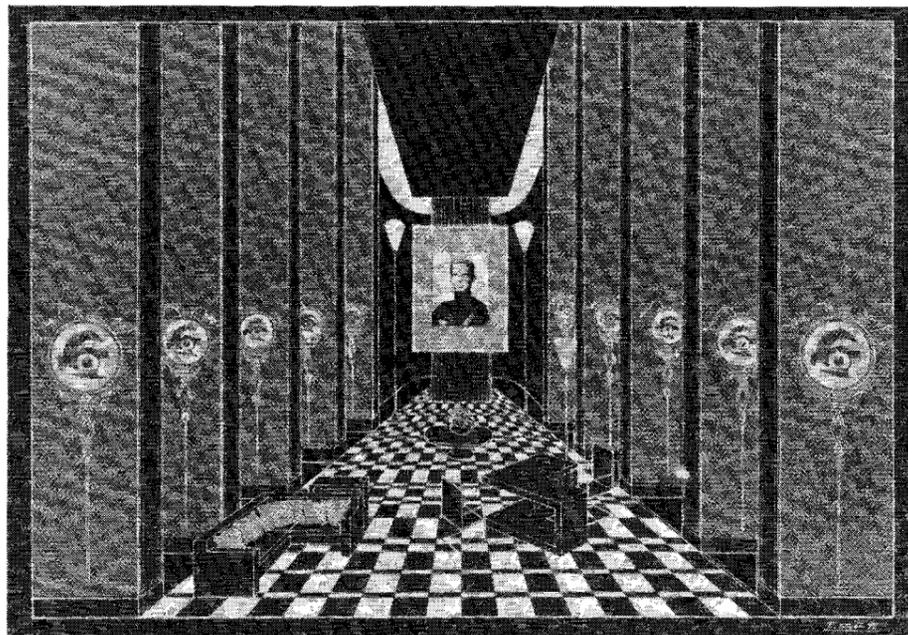
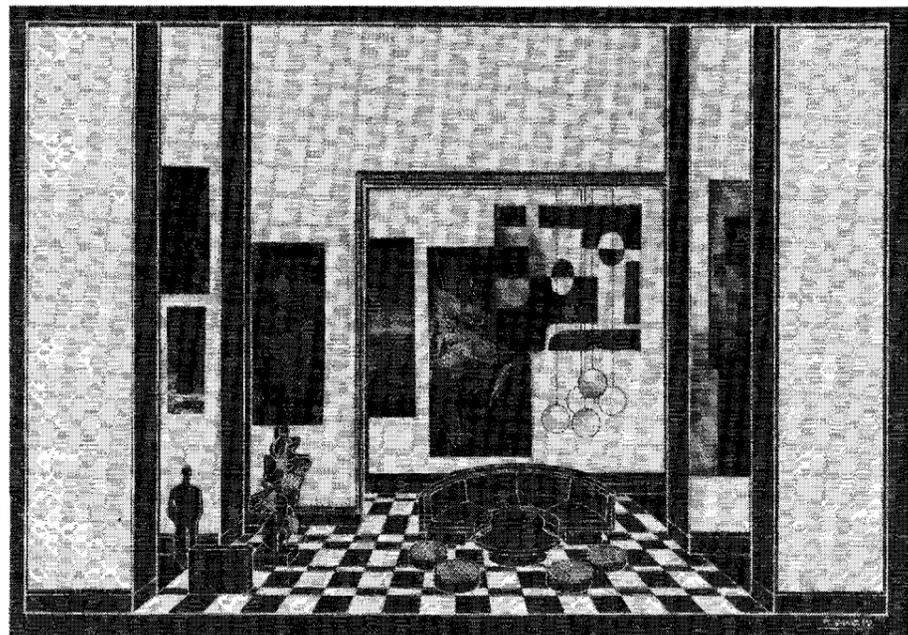
humana no puede superar el mortecino y amarillento color de un trabajo para el que, si hay y deberá haber siempre sitio en las bibliotecas, no está tan claro que pueda encontrarse lugar en los escenarios. La pasada de *Judit y el tirano* por el Teatro Español ha sido ya bastante penosa.

Como los personajes en el teatro sólo revelan su carácter a través de unos actos, es evidente que la organización justa de las actividades de esos personajes, la proporción y medida de sus reacciones, la selección de los terrenos de combate y los términos, condiciones y características de sus encuentros, forman un «arte de la combinación» o, si se quiere, un «arte de la composición» que es, precisamente por su dócil y elástico contenido, de muy difícil dominio. La continuidad dramática no sólo exige una buena y nítida selección de situaciones, sino un firme atado de esas situaciones que permita la libre circulación del tema por todo el cuerpo teatral. No cabe duda de que la decisión selectiva de las situaciones a presentar es un acto clave de la construcción dramática. Sin «situación» no hay teatro. Entiéndase por situación dramática cualquier forma de exteriorización de las diferentes tendencias conflictuales que pueden nacer de un esquema temático.

Toda acción dramática tiene siempre algo de dogma íntimo del autor que al proyectarse hacia afuera, convertido en una viva correlación de causas y efectos, se convierte en fuerza capaz de animar actos de relieve corpóreo. Bien materializando una conducta sentimental, bien apuntando hacia una finalidad utilitaria, los motores de la acción dramática conmueven visiblemente unas conductas y unos cuerpos. Es natural que la acción no pueda ser, en esas condiciones, pura agitación desordenada y que deba ajustarse a las formas naturales y genéricas del movimiento humano. No basta con sugerir, por ejemplo, un estado de agitación. Nunca lo entenderíamos si el personaje agitado no se moviese, por grande que sea su perturbación, en la dirección más conforme con la lógica propia de un cuerpo que no se parece, claro está, a la vaga movilidad de un sentimiento puro.

Las acciones físicas forman una trama cerrada por las posibilidades del cuerpo humano, y la expresión objetiva y corporal de un estado de ánimo ha de estar sometida a las leyes implacables del equilibrio y a la servidumbre anatómica. La lógica exterior es muy diferente de la lógica interior de un drama. La credibilidad no es una expresión contenida dentro de la acción dramática, sino que ha de ser estudiada en cada caso por el autor porque está en un plano distinto al sentimental. La veracidad puede hallarse en cualquier imitación de un estado sentimental. La credibilidad, por el contrario, es una exigencia de carácter bien ajena a la sustancia de la acción. La credibilidad se adscribe al hecho de que un drama es una obra artística y como tal está destinado a la contemplación. Por eso no es una exigencia del «yo» creador, sino del «yo» re-creador; es decir, del «yo» del espectador. Los eternos y tristes tropiezos de los escritores «aficionados» al teatro vienen de una cierta impotencia para salvar los problemas de esa tesitura. Salinas dice lo que quiere, y eso, sencillamente, no vale en el teatro. La organización especial de una acción en orden a que sea creída no hay premio Nobel que se la salte si el premio Nobel quiere ser representado.

Ni siquiera en el drama naturalista está exenta la visión de los hechos, por objetiva que parezca, de perplejidades subjetivas. La imagen real es tan caótica y desordenada que se impone siempre, como trámite previo a su reproducción, un tanteo selectivo y una ordenación de las referencias y datos capturados. El realismo es la utilización, con ca-

Escenografías de *Judit y el tirano*.

rácter testimonial e intención aleccionadora, de unas realidades presentadas dentro de un medio de expresión artística. El mayor o menor grado de humanización de esa realidad es precisamente lo que acerca o aleja la sensibilidad espectadora de las acciones copiadas. La petición de aprobaciones o protestas que acompaña siempre a la expresión realista es buena prueba de que el drama no se refiere sólo a una realidad, sino a ciertos juicios, sentimientos o como quiera llamárseles, que califican o que merece esa realidad. Por tanto, la credibilidad es aún más imperativa cuanto más realista sea el tratamiento dado a un tema, ya que cualquier acción teatral es inmediatamente relacionada por el espectador con los elementos que integran el mundo que real y personalmente conoce. Si esta relación se pierde, la acción se deshumaniza, se vuelve fantasmagórica y deja de ser creíble.

Las frases bailando

El problema de Pedro Salinas —y de muchos, demasiados, de sus compañeros de promoción tentados por el teatro— no está, por tanto, en la posible frialdad de unos textos «impracticables». Salvo en *La fuente del arcángel* o *El director*, con sus escenarios partidos, los textos de Salinas se escriben con exigencias escenográficas muy sencillas y con un inocente ardor. No es un teatro para de-

coradores. Salinas confía toda su teatralidad al diálogo, generalmente muy preciso, y a la casi constante duplicidad de planos, escenas, estéticas y tiempos. Las intenciones de ese teatro naturalmente que las desciframos, naturalmente que las entendemos y naturalmente que las aprobamos: juzgar a los hombres para intentar así salvar al mundo. Muy bien. Es lo que quería Unamuno y es lo que quería Cervantes, que no son precisamente buenos modelos teatrales. Así que si falla la acción y sólo nos quedan las frases bailando sobre el escenario, mejor es quedarse con Benavente, que hacía eso como los ángeles.

Toda la historia del teatro está salpicada con estos tristes agujeros. Por alta y fantástica

RESUMEN

El centenario del nacimiento de Pedro Salinas, la edición de su teatro completo y el reciente montaje de una de sus obras en Madrid permiten a Enrique Llovet reflexionar sobre el apasionado



Salinas en Madrid, calle Don Pedro, alrededor de 1913.

que sea la calidad de un conflicto, su presentación tiene que hacerse dentro de formas naturales de comportamiento «teatral». Es que la esfera de actuación dramática comunica forzosamente con la vida real aunque no tenga su vibrante pretensión de ser un espejo de ella porque los actores son seres humanos a quienes las peripecias del drama afectan en sus comportamientos de forma concreta y viviente. Ya a Platón le importaba más la formación del hombre que la existencia en sí de una nueva obra bella. Allí donde esta formación quiera hacerse con un mínimo de brío será preciso crear acciones dramáticas que sean intelectual y plásticamente posibles antes que verdaderas. Entre lo verdadero, que es difícil creer por su excepcionalidad o apresuramiento, y lo falso, que es posible aceptar por su ordenación artística, la *Poética* se inclina hacia el ordenador dramático cuya expresión artística tiene semejanza lógica con la realidad y es, por ello, aceptada y creída. Quiere esto decir que la credibilidad brota tanto de la realidad o posibilidades de realidad contenida en un tema como de su orquestación argumental. No es que la razón del espectador desconfiado tenga exigencias radicales de parecido y verosimilitud. Cuando se admite sin dificultades que hable inglés un moro veneciano o se expresen en octosílabos las villanas de Lope, es evidente que la verosimilitud no se adscribe a la imitación puntillosa de la realidad. A lo que se adscribe es a una especie de confianza en la sinceridad de los personajes. A una forma de existir que tienen los seres dramáticos y que les hace dignos de ser creídos por su carácter y por sus acciones.

Es lo que Salinas no entendió. Ni Salinas ni tantos otros, novelistas admirables, poetas exquisitos, ensayistas profundos y, paralelamente, mediocres, menos que mediocres, dramaturgos irrepresentables.

interés por el teatro de gran parte de los escritores del 98 y del 27 y el problema padecido por muchos de ellos, carentes del necesario dominio de las formas y métodos escénicos.

Pedro Salinas

Teatro completo

Alfar, Sevilla, 1992. 411 páginas. 3.900 pesetas.

Judit y el tirano

Teatro Español, Madrid, 1992. 101 páginas. 500 pesetas.

La ocasión del gozo

Por Juan Perucho

Juan Perucho (Barcelona, 1920) perteneció a la carrera judicial y ha escrito poesía, novela y ensayo. Es miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Ha escrito, entre otros libros, *Obra poética completa*, *Las historias naturales*, *Pamela*, *Los emperadores de Abisinia*, *Teoría de Cataluña* y *La cultura y el mundo visual*.

Estoy en el huerto de mi casa de Albiñana y contemplo el campo cómo se aleja descendiendo hacia el valle. Me he sentado dejando un libro a mi lado. Escucho el chillar de los niños que salen del colegio, en la plaza del pueblo, y sí que es verdad que sus gritos parecen los de los vencejos cuando pasan y repasan por encima de la alberca para beber unas gotas de agua. El libro que tengo al lado es el de José Antonio Muñoz Rojas, *Amigos y maestros*. Hago un esfuerzo para evocar los niños de La Victoria y las notas de un piano de la Humildad, en la Moraleda, con el rumor de las acequias en días alternos. Allá abajo, el valle se estrecha hacia los montes azules. Hay un gato que me mira fijamente desde la pared del vecino.

Descubrí a José Antonio Muñoz Rojas hace muchos años, cuando en mi juventud preparaba unas oposiciones en Madrid. Me hice, naturalmente, amigo de Vicente Aleixandre, como todo aprendiz de poeta que caía de provincias, y después de llegar a su hotelito de la calle de Velintonia, en el parque Metropolitano, le contaba mis angustias poéticas. Vicente, como a todo el mundo, me recibía recostado en un sofá y con una manta sobre las rodillas.

De aquellos tiempos recuerdo la canción (no la he olvidado nunca) titulada «I'll be seeing you», cantada por Ann Shelton con una voz adorable, que el tiempo ha idealizado. Francisco José Mayáns había comprado el disco y lo ponía insistentemente en la gramola del Colegio Mayor «César Carlos». Una vez vino Manuel Valls, el que después fue musicólogo, y su mujer, y quedaron encantados con la suave melancolía del disco, melancolía que, a través del tiempo, ha desvelado en mí acontecimientos que no detallo por no ser del caso. Algunas veces tomábamos el té en el jardín. Solía venir un muchacho llamado Carpintero, que se preparaba para secretario de embajada, y Julián Ayesta, que entonces todavía no había escrito su única obra, *Helena o el mar del verano*, una de las joyas más puras de la literatura española. Conocimos a Benjamín Jarnés, a quien rendimos visita en su casa al volver del exilio, ya muy derrotado físicamente.

Fue entonces cuando Mayáns me descubrió a José Antonio Muñoz Rojas en un número de la revista *Cruz y Raya* de antes de la guerra civil y en un libro de poesía, *Abril del alma*, de la colección Adonais, que dirigía José Luis Cano. Más tarde publicó *Cantos a Rosa*, y le mandé uno de esos cantos a una novia que yo tenía en mi ciudad:

«Rosa, mi corazón, mi latifundio,
mi campo de amapolas, mi arroyuelo,
mi torreón de mirlos, mi rocío,
mi noche de verano, mi proyecto
al fresco de la tarde...»

RESUMEN

El escritor catalán Juan Perucho conoció hace años, en Madrid, a José Antonio Muñoz Rojas, escritor callado y no demasiado prodigado, cuyo último libro, unas breves memorias iluminadas, al decir de Per-



JUAN RAMÓN ALONSO

Era, para mí, un poeta extraordinario que, a pesar de todo, no había alcanzado, en aquellos tiempos, el sitio merecido. Debía ser, me decía, por su alejamiento, por su extraño pudor y señorío, tan a contracorriente de los días. Era un gran poeta, admitido por todos y admirado por todos, pero no se le encontraba cifrado en la nómina de oro. ¿Por qué?

Aleixandre no me aclaró gran cosa. Se me notificó que era abogado, que fue lector en la Universidad de Cambridge, conocía muy bien la literatura inglesa, era básicamente un hacendado andaluz, refinado, enamorado del campo. Había nacido en Antequera en 1909. «Volvió de Inglaterra muy pocos años después, volvió a Antequera y allí pasó años en el campo, viviendo en el campo». De él tengo un libro de cuentos dedicado a Nancy. ¿Quién era Nancy? No debió de existir, o ya no existía en aquel momento que le dedica el libro «a ese lugar del no tiempo donde estarás, si es que se está o se es, en esos lugares, que una de las dos cosas había de ser». Cuando publicó *Las cosas del campo*, Dámaso Alonso, a quien conocí en la Peña de Francia, en Salamanca, en uno de los congresos de poesía organizados por Pérez Villanueva y patrocinados por Ruiz Giménez, había dejado dicho: «Has escrito, sencillamente, el libro de prosa más bello y más emocionado que yo he leído desde que soy hombre». La frase, que puede parecer excesiva, no lo es. Cuando abre las puertas del campo, José Antonio Muñoz Rojas escribe: «¿Quién sabe las razones de un amor? Son secretas como las aguas bajo la tierra, que luego salen en manantial donde menos se espera. Nada se guarda, y el amor menos que nada. A fuerza de poner los ojos sobre el campo, lo vamos conociendo como el cuerpo de una enamorada, distinguiendo todas sus señales, y sabemos la ocasión del gozo, la de la esquivez». Son palabras para escucharlas en el filo de la navaja a que aludía Somerset Maugham (¿quién lo lee hoy?) en su novela de la búsqueda deslumbrante de la verdad (o de la bondad).

Ahora tengo entre mis manos el último libro del poeta, *Amigos y maestros*, que es como unas breves memorias iluminadas. Estas memorias se forjan dando la vuelta a personajes que el poeta ha conocido en el curso de

su vida, aprovechada en ver lo que hay detrás de las cosas y los hombres. Es el talante poético que Muñoz Rojas no abandona jamás.

Este describir a los hombres, lo hace Muñoz Rojas descubriéndose y describiéndose a sí mismo sin querer, abriendo las puertas de su espíritu. *Amigos y maestros* es un gran libro porque no sólo aparecen los demás, sino la definición de sí mismo, la imprecisa valoración de uno mismo. Naturalmente, vemos a Eliot, cuando se tercia, la cara resuelta, los hombros anchos, la constitución grande, grandes las manos. Fuerte, fuerte, el cuello.

«—Veo que está usted a punto de volver a su país.

—Sí, a punto de volver.»

¿Cómo hablaba? ¿Cómo era la voz? ¿No lo tenía delante? ¿No lo estaba oyendo? Sólo se notaba que la voz era opaca, densa, que hablaba lentamente.

Cuando surge Azorín, dice que aquí se le cogía y arrebatada. Se le tomaba, sí, suavemente de la mano. Siempre, desde muy niño, alguien venía y le cogía de la mano como en un verso lejano:

«y en mi mano la tuya, oh, mano aquella
que nos llevó de niños».

Vivimos en un mundo de poesía. «Se nos cogía de la mano (igual que a nosotros, cuando niños) con esta nueva palabra y parecía, por lo pronto, como que nos paraban. Luego se nos llevaba por claustros y estancias, por veredas, por almas, con otro paso, en un lento fluir de continuos y sucesivos remansos». Esto era así.

Aparece la ancianidad gloriosa en las figuras de Ramón Menéndez Pidal, Manuel Gómez Moreno, Unamuno, Claudio Sánchez Albornoz y algunos espectros del pasado vivo: Góngora y Pedro Espinosa, este último de la mano de Francisco Rodríguez Marín y Juan Quirós de los Ríos en las *Flores de poetas ilustres*. Me fijó que el primero sale con los comentarios de Salcedo Coronel, que me dio a conocer, en mis años mozos, Antonio Vilanova en el trance de redactar su magna obra *Las fuentes y los temas del «Polifemo» de Góngora*. Era el tiempo que íbamos por las librerías de viejo en pos de lo raro, de lo que no quería nadie. Néstor Luján, que le hizo la semblanza en 9 (pieza codiciada por los bibliófilos), dice que «lo viaja todo. Ha leído hasta *Les aventures de Télémaque*, esfuerzo que sólo hizo Fenelon al escribirlas, y es fama que no pudo repetir».

Cuando refiere la muerte de Manuel Altolaguirre dice que el campo se quedó mudo. Como si este campo tan hablador de lo bello, tan lleno de significaciones, se quedara sin ellas, pues había muerto el poeta. Dice en el poema:

«Nada la chicharra cruzando,
[desatendida en su
canto, la camada del olivar (ha muerto
[un poeta).
Nada el agua por lo oscuro, voz
[misteriosa de la
oscuridad (ha muerto un poeta).
Nada el olor de pronto que el aire
[trae de dónde
a dónde que nos lleva lejos a qué mundo
[(ha muerto
un poeta)».

«Ha muerto un poeta —dice Muñoz Rojas—, y en verdad nada tiene voz, ni la voz tiene lengua. Lo que podía expresar esta hermosura es hoy un badajo inerte, un montón de mortales despojos ensangrentados.»

De sus contemporáneos, al margen de sus fieles José María Hinojosa y Manolo Altolaguirre, vemos a Lorca, Fernández Almagro, Pedro Salinas, Vicente Aleixandre, Cernuda, José Bergamín, Felipe Vivanco, Marichalar, Dionisio Ridruejo, Emilio Prados, Adriano del Valle, Xavier Zubiri, Juan Ramón Jiménez, José María Castroviejo, Moreno Murube, Moreno Villa, José María Souviron, Jorge Guillén, ¿y cuántos más? Todos ellos, percibidos intensa y cenitalmente, siendo protagonistas de su propio poema. Quien nos los descubre (y se descubre a sí mismo) es el fiel y humanísimo poeta que es José Antonio Muñoz Rojas.

No hace mucho, comentando todo ello en la casa llena de libros de Alfonso Canales, en Málaga, nos quedamos pensativos. Me dijo que hace poco había estado hablando con él, recién llegado de Barcelona. Me sorprendió un poco, porque aquí, en mi ciudad, nadie supo de la estancia de este poeta. Muñoz Rojas nació en 1909. Tiene, por consiguiente, ochenta y cuatro años, la edad propicia para los más altos honores civiles. ¿Lo sabían ustedes? Va siendo hora de que nos enteremos sus fieles lectores de toda la vida, sobre todo en la ocasión de su excelente libro *Amigos y maestros*, libro tan espléndido y pulcramente editado.

Pensándolo bien, me parece que no todo ha de ser el silencio de la nube, del insecto y del nardo. Las voces están para ser oídas. Seguramente, es lo justo.

En el próximo número

Artículos de Antonio Fernández Alba, Vicente Verdú, Olegario González de Cardedal, Miguel Artola, Juan Velarde, Ramón Pascual y Carlos Sánchez del Río.

José Antonio Muñoz Rojas

Amigos y maestros

Pre-Textos, Valencia, 1992. 206 páginas. 1.895 pesetas.

Materia y memoria en arquitectura

Por Antonio Fernández Alba

Antonio Fernández Alba (Salamanca, 1927) es catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Formó parte del grupo El Paso. Ha obtenido, entre otros premios, el Nacional de Arquitectura (1963), el de Restauración (1980) y el de las Artes de Castilla-León (1988). Es académico de Bellas Artes (1987).

Ya he reseñado en diversas ocasiones, desde estas mismas páginas de SABER/Leer, el crecimiento y esperanzador testimonio de trabajos de investigación teórica e historiográfica por parte de un profesorado joven dentro del entorno académico de las Escuelas de Arquitectura de España, que, a pesar de las situaciones nada favorables por las que discurre la enseñanza normativa en estos centros, constituyen un entorno intelectual positivo que sin duda equilibrarán y esperemos clarifiquen tanta difusión de imágenes banales como invade el medio universitario, difusión y publicaciones concebidas generalmente como plusvalía económica de la gestión editorial.

Corresponden estos libros que comentamos a dos profesores de la Universidad Politécnica de Madrid, los arquitectos Luis Fernández-Galiano, catedrático del Departamento de Proyectos, y Francisco de Gracia, profesor del área de Composición. Sus trabajos, por caminos y fuentes diferentes, se interrogan alrededor de la materia y la memoria, de aspectos específicos en torno al espacio de la arquitectura, de los ideales teóricos y simbólicos, a veces marginados por la invasión colonizadora de la imagen y de la acción comunicativa que el espacio artístico posee como mediador físico concreto en las relaciones con el tiempo que nos toca vivir.

La consideración del espacio de la arquitectura en la cultura moderna, como en tantas variantes de la espacialidad plástica, viene formulada como una realidad producida técnicamente en el caso de la arquitectura ligada a los orígenes del Movimiento Moderno dentro de los principios de la «razón funcional», razón en la que se podrían incluir todos los parámetros del acontecer de la vida. La mirada del profesor Fernández-Galiano, en una parte muy considerable de su trabajo, se ve afectada por aquella máxima que durante la década de los setenta desató tantas adhesiones y según la cual el «progreso técnico» y

la conquista de un entorno tecnológico harían que la gente fuera feliz a pesar de sí misma.

La atención teórica hacia el espacio de la arquitectura en los setenta se refugiaba en cualquier cobijo del paisaje tecnológico que pudieran ofrecer las nuevas investigaciones científicas o en los hallazgos inéditos que ofrecía el debate interdisciplinar de la sociología, antropología, ecología o los principios de la termodinámica: todo tenía vigencia alrededor de este teatro del mundo que representa el análisis y estudio del espacio de la arquitectura. Durante esta década de los prodigios técnicos y culto a la tecnología se intentaba abandonar la «choza», pero «llevándose el fuego para calentar el mundo»; el fuego (la función) anulaba el poder evocador de la memoria; el exhibicionismo tecnológico se manifestaba con fuerza para romper el viejo «lugar».

Arquitectura urbana

Para tal ruptura se hacía necesario, entre otros cambios, trasladar la cocina al salón y anular tantos excesos «pequeño burgueses» en la organización de la planta del edificio. El tiempo normalizado de la producción en serie dominaba sobre los recuerdos y símbolos del espacio: se trataba de obtener el diseño de unos proyectos con el mínimo de pérdidas energéticas y lograr el óptimo de rendimiento espacial. Las disciplinas a las que debía atender este proyecto del arquitecto las acotaban la física y la economía. La arquitectura de la ciudad eliminaba de su repertorio compositivo toda referencia de cita simbólica en sus edificios, y los ambientes de sus espacios internos apenas reflejaban otra dualidad que la indisoluble relación de materia y energía. El proyecto en el que trabajaba el arquitecto traducía a un juego formal las analogías de los paradigmas científicos, convirtiendo la tecnología en un espectáculo; en la ingenuidad o en el olvido que la analogía sirve como aclaración a determinados conceptos, pero nunca encierra en sí misma un método para el desarrollar el proyecto.

De lo que se trataba no era tanto de recuperar aquellas lecturas de las analogías biológicas en las que se debatía la crítica histórica comparada de los cincuenta, emparejando el ondulado paisaje finlandés con las curvilíneas geométricas de los edificios aaltianos o la máxima urbanística del crecimen-

to de la ciudad como una «mancha de aceite», sino de la incorporación de una racionalidad técnica ligada a la energía, intentando dar un contenido más científico a las contingencias del espacio y superar, desde la objetividad del objeto técnico, el empobrecimiento de la forma en la que había caído la arquitectura.

La razón «energética» y su consiguiente traducción emblemática de alguna manera vaciaría de contenido simbólico el espacio de la arquitectura, al menos en sus aspectos más primarios, aunque unas décadas posteriores, la década de los ochenta, la «alta tecnología» pudiera levantar las nuevas catedrales para el culto del arte y el dinero. Un silencio visual por parte del arquitecto invadió este tiempo que nos narra el libro del profesor Fernández-Galiano en un pormenorizado listado de postulados científicos y de analogías metafóricas en los que el papel simbólico y ritual que asume el espacio de la arquitectura se hacía menos necesario que la expresividad emblemática de la función.

No obstante, el pensamiento crítico que subyace en los márgenes del proyecto de la arquitectura reivindicaba de nuevo una toma de conciencia respecto a lo que se podía considerar la falta de memoria espacial, la memoria antropológica, los datos que ofrecen los sedimentos de la historia. Todo aquello que el hombre produce, las formas con las que edifica la arquitectura y que son reflejo y expresión de los contenidos de esa memoria histórica. Frente a esta visión del espacio como apariencia sensible se enfrentaban estas visiones mecanicistas que entendían el edificio como un destacado artefacto de la función y situaban a la tecnología como una auténtica teología social liberadora de las abyectas burocracias académicas. Finalizados estos años, ya en los ochenta, surgiría una espacialidad inmersa en la recuperación del símbolo, de manera que, siguiendo el símil antes mencionado, se podría decir en los finales de los setenta que el fuego arrancado de la choza ilumina ya los bisontes de Altamira. Pero los tiempos modernos son tiempos de miradas aceleradas, donde el presente fugaz se instala en la escala de la desmesura, y la desmesura, como advertía Leon B. Alberti, es «un principio aborrecible en el deleite de las cosas».

Lo que más tarde aconteció, en las décadas finales, fue un resurgir de esa arquitectura de los símbolos mutantes o de la reconstruida memoria histórica, aunque la arquitectura de la ciudad durante la década de los setenta no pudiera superar los rasgos de una espacialidad construida como simulacro técnico, mediación simbólica que le asigna el principio de reproducción en la sociedad mercantil, pues es precisamente el carácter de objeto asignado al espacio el que no se pone en duda. El dilema del espacio de la arquitectura en los finales del siglo XX sigue abierto y con interrogantes tan diferenciados como en el despertar de las vanguardias. El proyecto contemporáneo de la arquitectura se encuentra perplejo en el debate de las dos culturas en torno a la materia: la «cultura de la energía»,



Alzado de calle, Kongensgate, Alesund, Noruega.

cuya matriz desarrolla los procesos de la cantidad y sus estándares de espacialidades seriadas, como la que se puede contemplar en las ciudades, o la «cultura de la entropía», que se fundamenta en la cualidad de las cosas.

El dilema histórico para edificar nuestro hábitat tal vez haya que orientarlo hacia la búsqueda de un «ecosistema equilibrador». Los sistemas naturales suelen aparecer en los períodos donde se acumula el «despilfarro», y nuestro final de siglo lo reproduce de manera evidente. A estos procesos de desequilibrios indecorosos suelen suceder itinerarios más dulcificadores, aunque, como se sabe, los procesos naturales no se comportan de la misma manera que los procesos sociales.

Un diagnóstico razonable

El libro del profesor Fernández-Galiano, pese a lo alejado que se encuentra de sus preocupaciones actuales y a lo árido que pueda resultar su lectura más técnica para estos tiempos proclives a las imágenes trucadas y la fotogenia de los espacios de la arquitectura, nos invita a indagar un diagnóstico razonable para bucear en la espacialidad del nuevo siglo más allá de las tecnologías inútiles o de las formalidades innecesarias.

La dialéctica «construcción-destrucción» implícita al desarrollo y evolución del espacio urbano, da motivo al arquitecto y profesor de Estética y Composición Francisco de Gracia para incidir con evidente documentación historiográfica sobre un viejo y no resuelto debate: la intervención en los territorios de lo ya construido, construir lo nuevo en lo edificado, interferir con la forma en lo ya formalizado; en definitiva, abordar las características instrumentales que lleva consigo «la acción modificadora sobre la ciudad ya consolidada». Es ésta una discusión técnico-práctica que se desliza desde el romanticismo hasta nuestros días con elocuentes y apasionadas polémicas, a veces inocentes (el culto a la ruina), en ocasiones inoperantes, al remitir a conclusiones teóricas cuyos efectos prácticos suelen concluir en redundancias formalistas casi siempre, como materiales pre-dispuestos a los intereses de los operadores económicos que actúan sobre la ciudad, de manera que edificar sobre lo construido se presenta para la reflexión del proyecto



En este número

Artículos de

Antonio Fernández Alba	1-2	Juan Velarde Fuertes	8-9
Vicente Verdú	3	Ramón Pascual	10-11
Olegario G. de Cardedal	4-5	Carlos Sánchez del Río	12
Miguel Artola	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Materia y memoria en arquitectura

arquitectónico ligado a una indagación permanente en los resquicios de la memoria histórica.

El siglo XIX se caracterizó, por lo que se refiere a la valoración de la nueva espacialidad en la ciudad por parte de los arqueólogos y arquitectos, como un período de mimesis de carácter evocativo, en un intento de sacralizar los fragmentos de las ruinas heredadas de los siglos precedentes y ante la presión que la estética de este siglo en el círculo tecnológico había significado como «devaluadora» de la forma artística. El período de entreguerras, ya en pleno siglo XX, mantuvo un atenuado esfuerzo teórico por contrarrestar los efectos del radicalismo antihistoricista que postuló el movimiento moderno de las vanguardias mediante una reflexión teórica, acotada entre diversas tensiones dialécticas: cultura arquitectónica y fenomenología, racionalismo y escuela de Frankfurt, entre A. Loos y L. Wittgenstein.

La destrucción que sufren las ciudades europeas en la segunda guerra y su posterior re-

construcción, la mirada pragmática de las relaciones de producción capitalista sobre la evolución de la ciudad industrial, plantean una revisión de cómo intervenir en la ciudad tradicional destruida y de qué manera organizar el espacio en las demandas de la ciudad moderna: formalizar sus espacios públicos, encuadrar sus necesidades primarias de habitación, los nuevos usos para los edificios construidos junto al cúmulo de nuevas prerrogativas que reclama el proyecto y el gobierno del espacio en una ciudad en la que se intuye, cada vez con más evidencia, la construcción de unos paisajes urbanos fragmentados y desorganizados; de una ciudad que desmiente a diario y se aleja de aquel sueño en el que estuvo tan preocupado el orden iluminista de Le Corbusier por encontrar la medida «áurea» para el proyecto y construcción del espacio moderno de la ciudad. Paradójicamente, los procesos de una ciudad limpia, con más verde, radiante de luz y confiada al arte sin adherencias, se transformó pronto en una ciudad donde la forma carece de valor y la «imagen» coloniza los territorios de lo urbano acumulando indeterminación y discontinuidad.

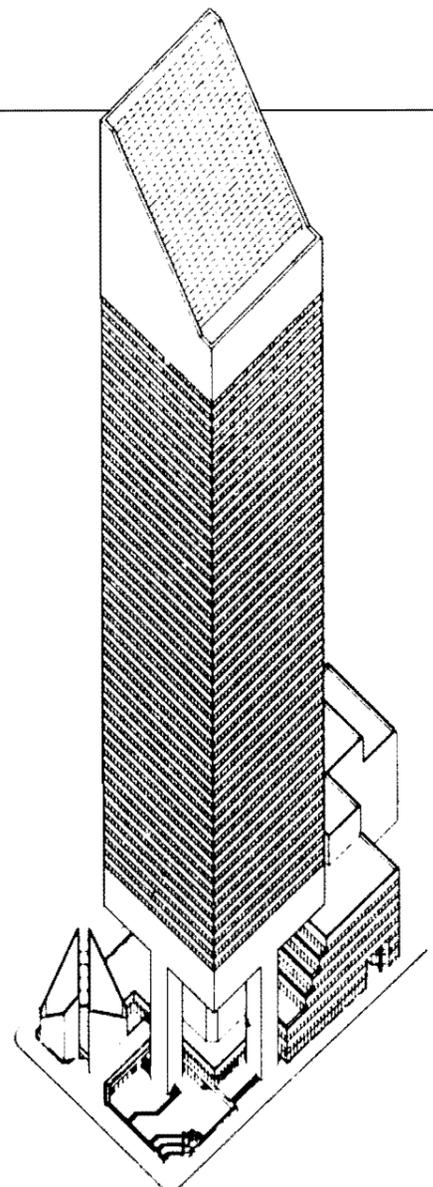
La intervención en la ciudad ya construida por la acción del proyecto que ofrece la arquitectura es, sin duda, parcial y en ocasiones contradictoria. El espacio para la vida metropolitana, vocación a la que aspira la ciudad en nuestro tiempo, supera las opciones de forma que postula el proyecto del arquitecto, por lo general individualizado en actuaciones determinadas y discontinuas y en difusas relaciones teóricas entre arquitectura y lugar construido. Un largo y premioso listado de proyectos e intenciones se acumula sobre la maltrecha ciudad industrial y postindustrial, desde los encuentros con las «tipologías salvadoras» de los setenta a los proyectos que intentan infundir los ilusionismos de la cultura post, las ideologías del «cobijo decorado».

Los centros de socialización de la metrópoli de hoy, como son los centros de poder económico, de gestión política, las sedes para las burocracias multinacionales..., es lo que se trata de reproducir, como señalamos antes, en la espacialidad de las viejas ciudades, articulando los espacios de sus arquitecturas en edificios de núcleos multifuncionales, negocios, mercado, cines, actividades lúdicas; son las «nuevas ágoras» de la metrópoli, donde se materializa el intercambio y concentración de comunicaciones. La nueva ciudad, más que como negación del estereotipado

concepto de centro, tiende a concebirse como un conglomerado de centros múltiples a lo largo del territorio de lo urbano y que sin duda conforma un paisaje de arquitecturas desorganizadas, de espacios comunes disgregados, que tienden a una formalización espacial más elástica, fácil para la instauración de nuevos usos.

Construir en lo construido plantea sin duda una limitación morfológica y funcional, pues los contenidos que alberga el espacio responden con formas de una temporalidad muy concreta, circunstancia que de manera evidente complica el uso de un determinado espacio histórico, edificio o centro monumental, máxime en situaciones donde los operadores económicos que comercializan el espacio de la ciudad operan de manera tan decisiva desde los vectores del liberalismo salvaje de la especulación urbana.

Recorrer los diferentes paisajes por los que ha discurrido la arquitectura en esta lucha, la de formalizar el espacio de la ciudad con lo ya construido, a la que se aproxima el minucioso trabajo del profesor de Gracia, confirma aquella profunda precisión de Wittgenstein, que entendía la ciudad como un lenguaje, precisión que ilumina al menos dos razones para entender el desenlace poco afortunado en estos procesos de recuperación del espacio: los edificios y conjuntos edificados se sustentan sobre unas normas y una sustancia histórica sedimentada en los que es difícil operar sin destruir, como las palabras nuevas que se involucran en las viejas estructuras sintácticas; por otra parte, la ciudad ya edificada se ha consolidado en las premisas de un orden ar-



Rascacielos tradicional con remate solar (Citicorp Center, Nueva York).

tificial, de acuerdo con las necesidades de su tiempo. Parece que sólo a través de una reconstrucción en la tradición de los orígenes de la que son solidarios estos espacios se podrá lograr un equilibrio en el binomio creación-destrucción en el que tiene su razón de ser el espacio vivo de la ciudad.

CORTESÍA ALIANZA EDITORIAL

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

El arquitecto Fernández Alba comenta dos obras de dos colegas suyos en las que éstos se interrogan sobre la materia y la memoria, sobre aspectos específicos en torno al espacio de la arquitectura. Ello le permite adentrarse

en la consideración de dicho espacio arquitectónico en la cultura moderna, recorriendo los diferentes paisajes por los que ha discurrido la arquitectura en su lucha por formalizar el espacio de la ciudad con lo ya construido.

Luis Fernández-Galiano

El fuego y la memoria

Alianza Editorial, Madrid, 1991. 256 páginas. 2.400 pesetas.

Francisco de Gracia

Construir lo construido

Ed. Nerea, Madrid, 1992. 323 páginas. 2.700 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Materia y memoria en arquitectura», por Antonio Fernández Alba, sobre <i>El fuego y la memoria</i> , de Luis Fernández-Galiano, y <i>Construir lo construido</i> , de Francisco de Gracia	1-2
«La escoria interminable», por Vicente Verdú, sobre <i>L'illusion de la fin</i> , de Jean Baudrillard	3
«Tomás de Aquino y Hegel», por Olegario González de Cardedal, sobre <i>Dieu et l'Étre d'après Thomas d'Aquin et Hegel</i> , de Emilio Brito	4-5
«El camino de vuelta», por Miguel Artola, sobre <i>The Great Market Debate in Soviet Economics</i> , de Anthony Jones y William Moskoff	6-7
«Urbanización económica actual en España», por Juan Velarde Fuertes, sobre <i>Las ciudades en la modernización de España</i> , de J. L. García Delgado (ed.)	8-9
«El fenómeno Stephen Hawking», por Ramón Pascual, sobre <i>A Brief History of Time: A Reader's Companion</i> , de Stephen Hawking	10-11
«Filosofía de la matemática», por Carlos Sánchez del Río, sobre <i>Pi in the sky</i> , de John D. Barrow	12

La escoria interminable

Por Vicente Verdú

Vicente Verdú (Elche, 1944) es licenciado en Económicas y periodista. Ha sido redactor jefe en Cuadernos para el Diálogo y jefe de Opinión y de Cultura del diario El País. Fue finalista en el premio Anagrama de ensayo con el libro *Días sin fumar*. Es autor, también, de *El fútbol: mitos, ritos y símbolos* y *El éxito y el fracaso*.

Flaca en creación de futuro, la terminación del siglo está siendo obsesa —obesa— en la recreación del fin. El último libro de Baudrillard, *L'illusion de la fin*, alude al divertimento, disfrazado de tragedia, con que se promueven los análisis de la post-terminación. Porque ya nada es como era cuando todavía no era. El fin del siglo se convierte en descrédito de todas las ilusiones por venir y, a la vez, revuelve la relativa verdad de lo vivido. El ocaso del siglo se ha encarnado en presente y su insostenible hedor deshace la fantasía del fin. El fin está aquí ocupándolo todo, pestilente, bulímico, obeso. Un porvenir sin porvenir.

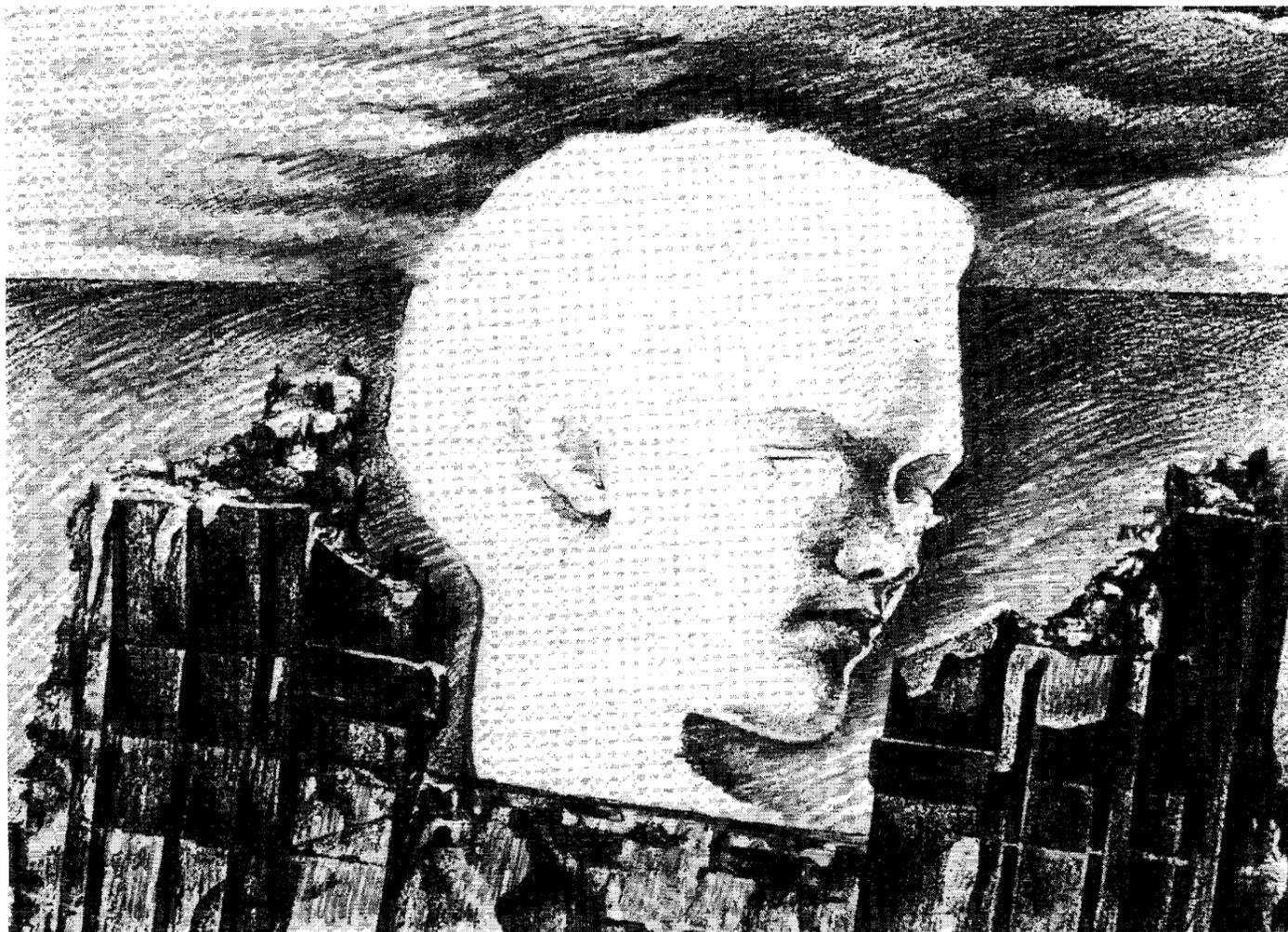
Y no es esto, con ser desagradable, lo más innoble. Lo decisivo es que no parece que vaya a acabar su agonía alguna vez. El fin de la historia desempeñaría un papel saludable y redentor. Pero este fin no parece que vaya a finalizar nunca. Pertinaz como la sequía del sol fijo, se erige como un fin sin fin. Probablemente, cree Baudrillard, en algún momento de los años ochenta del siglo XX, la historia ha girado en su órbita en dirección contraria. Ha vuelto la cabeza y ha empezado a girar en sentido opuesto, atraída por el pasado.

Parecería que, una vez sobrepasado el apogeo del tiempo, un punto culminante en la evolución temporal, la Historia, desde su solsticio, hubiera empezado a borrar los hechos y a grabar del revés. «En el espacio euclidiano de la historia —alega Baudrillard—, el camino más corto entre un punto y otro es la línea recta, la línea del Progreso y la Democracia. Pero esta consideración sólo es válida para el espacio lineal de las Luces. En nuestro espacio, en el espacio no euclidiano de fin de siglo, una curva maléfica revierte invenciblemente las trayectorias».

Efectivamente. Segalen había anotado que, sobre la Tierra esférica, cada movimiento tendente a alejarnos de un punto determinado se transformaba en el primer paso de un gradual acercamiento a él. Y esto sería también verdad para el tiempo. Cada movimiento de la historia nos estaría aproximando ahora, a partir de los accidentes de los años ochenta (caída del muro de Berlín, fin de la bipolaridad, emergencias nacionalistas, nuevas fronteras, neofascismos), a sus antípodas. Fin, pues, de la flecha del tiempo; fin del proceso rectilíneo de la historia. Y fin, por tanto, del futuro.

Hacia el nicho primitivo

¿Consecuencias? Si no hay futuro no ha de existir propiamente un fin ni, por tanto, un fin de la historia. O, bien, podríamos hablar de un fin que se prolonga ritualmente. El autor juega con esta hipótesis y lo hace sobre distintas mesas. En la mesa ecológica, por ejemplo, la afición naturalista de nuestros días sería un reflejo de la curva del retroproceso. Una curva que en su trazado reversivo nos conduciría hacia el delirio del origen, al supuesto paraíso de la convencialidad animal, al incontaminado nicho primitivo.



STELLA WITTENBERG

Las celebraciones, las conmemoraciones de muertes, los continuos revivals, las obras completas, la recopilación de fragmentos inéditos, los aniversarios, los museos, pasiones de fin de siglo, se inscribirían en la misma deriva. El acontecimiento genuinamente nuevo ha perdido oportunidad y aura. Casi nada de lo que sucede alcanza a tener trascendencia sobre la historia, y poco de lo que ocurre se inscribe en un proceso lineal de causa y efecto. El modelo de la catástrofe natural, sincopado y exento, parece haber copado el texto de la historia. En cada momento puede suceder cualquier suceso. En cada suceso puede surgir cualquier momento.

La historia se ha estancado en su prolongado final y sobre su quieta superficie de hielo emergen los excrementos del pasado. No sólo regresan sustancias materiales, residuos atómicos de Chernobyl, vestigios paleolíticos, plagas medievales, sino también ideologías difuntas, conceptos muertos, morales ajadas, ideas fósiles que continúan poblando nuestro espacio mental y constituyen un problema todavía más grave que los residuos industriales. La misma Historia es ya una gigantesca escoria de sí misma. Y si es difícil desembarazarse de los detritus sectoriales e inanes, ¿cómo librarse de este absoluto detritus viviente, ese monstruo agonizante que sigue dilatándose y dilatándose, como el elástico cadáver de Ionesco?

Superficie de hielo

El imperativo ecológico es que todos los residuos deben ser reciclados. De otra manera nos arriesgamos a que giren indefinidamente en torno a la Tierra (la Tierra trasmutada a su vez en un desecho cósmico). Pero ¿qué hacer con la Historia? Llegados a este punto capital, se puede actuar

de dos maneras, dice Baudrillard. Se podría actuar bien deshaciéndose de todos los restos de los superimperios que han existido, enterrando todas las gangas de los grandes relatos utópicos y los sistemas ya caducos; o bien, según se proclama actualmente, reciclando todos los desechos bajo la forma de una historia heteróclita. Una historia sintética en la cual, al amparo del signo de la Democracia y los Derechos Humanos, se prensaran todos los fantasmas étnicos, lingüísticos, feudales e ideológicos del pasado.

Opción del reciclaje

La opción del reciclaje es la opción del fin sin término. Todo lo que no es biodegradable, todo lo que no se puede exterminar completamente, pasa a ser material reciclable. No existe, pues, Fin. La Historia no tendrá fin porque ya sus restos, todos sus restos —la Iglesia, el comunismo, la democracia, las etnias, los conflictos, las ideologías—, han pasado a ser indefinidamente reciclables. Nada de lo que se creía superado por la Historia ha desaparecido verdaderamente. Más bien, todas las formas arcaicas, anacrónicas, parecen prestas para

resurgir de una manera intemporal e intacta como virus en el interior del cuerpo.

¿Verdad? ¿Fantasía? ¿Ha abandonado la historia su proclamado tiempo cíclico para ingresar en lo reciclable? La lectura del mejor Baudrillard corresponde siempre más al ámbito de la experiencia estética que al pensamiento científico, más a la fascinación que a la razón. Cuando prácticamente todos los autores, sociólogos, economistas, psicólogos o filósofos hablan del fin de las ilusiones, Baudrillard juega al gambito de la ilusión del fin. Acaso no existe un pensador más exclusivo entre toda la poesía del pensamiento. El más demoleedor y embaucador a un tiempo. El mejor para entregarle la palabra sin requerirle ecuaciones.

¿Para qué puede servir este final de siglo?, interrogará el oyente recién iniciado en Baudrillard. Para saldar el siglo, responderá el autor. Una enorme oferta de rebajas fin de siglo, en la que se incluye desde el pensamiento hasta las armas atómicas, desde los ideales hasta las fronteras, colma los mostradores de la caducidad. Todo se encuentra en liquidación y por ello también sólo se salvan aquellos discursos metafóricos que mediante la fascinación no tienen precio.

RESUMEN

Cuando sociólogos, economistas, psicólogos o filósofos hablan del fin de las ilusiones, el francés Baudrillard, uno de los pensadores de nuestro tiempo más a la moda, nos habla de la «ilusión del fin», que así se titula el libro que comenta Verdú. En este final de siglo en el que

se recrea obsesivamente el fin, parece como si la historia hubiera dado marcha atrás; da la impresión de que se ha detenido el proceso rectilíneo de la historia, que ésta comenzara a «grabar» en sentido contrario. Es en esta situación en la que Baudrillard plantea la «ilusión del fin».

Jean Baudrillard

L'illusion de la fin

Ed. Galilée, París, 1992. 171 páginas. 605 francos.

Tomás de Aquino y Hegel

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (*Lastra del Cano, Avila, 1934*) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de *El poder y la conciencia, Jesús de Nazaret, España por pensar y La gloria del hombre*.

Cuatro palabras substanciales forman el título de este libro: dos que son el tuétano de todo pensamiento humano (Dios, ser) y dos nombres personales, que constituyen dos jalones en la historia del pensar. El uno es el punto cumbre de la metafísica clásica, que, partiendo de los griegos y sumándose con la aportación del evangelio, se consuma en la Edad Media (Santo Tomás). El otro es el punto cumbre de la metafísica de la subjetividad moderna, que, arrancando de la preocupación del Renacimiento por el hombre, centrándose durante el siglo XVI en los temas religiosos de la certeza de la salvación, por un lado (Lutero), o de la experiencia de Dios como amor, por otro (Teresa de Jesús y Juan de la Cruz), se consuma en el problema de la certeza del conocimiento (Descartes) o en las condiciones de posibilidad del propio conocer (Kant). Al final de ese proceso, Hegel establece la conexión entre principio y fin, sumando en alguna forma todo lo que ha acontecido en la historia del pensamiento desde Aristóteles a Kant.

Una teología francófona

El autor del libro es un teólogo católico, jesuita cubano formado en Europa dentro de un universo intelectual que ha querido ir tras Kant, tras la Ilustración trivializada de los últimos decenios y tras el giro antropológico de la modernidad, tal como él ha sido vivido en el catolicismo contemporáneo. Este «ir tras» no significa en manera alguna ignorar, sino justamente lo contrario: dar por supuesto e ir más al fondo de los problemas. Profesor en la Universidad de Lovaina, el autor pertenece a una generación de jesuitas belgas que desde comienzos de siglo quisieron establecer la conexión entre Santo Tomás y el pensamiento moderno. El nombre de Maréchal y su obra *El punto de partida de la metafísica: III. La crítica de Kant; V. El tomismo ante la filosofía crítica* son el símbolo de esta voluntad superadora de los antagonismos entre catolicismo y pensamiento moderno. El hecho de que Rahner se situara en la prolongación de Maréchal dio a este nombre y orientación un especial eco en la teología católica contemporánea.

Pero el pensamiento religioso francés ha ido más allá de Kant al acercarse a Hegel, precisamente como el que había ido más al fondo de los problemas que Kant y sobre todo porque, a diferencia de aquél, había tenido el coraje de pensar la religión, el cristianismo, Dios y el destino de Cristo como problemas estrictamente filosóficos. Mientras que la Ilustración kantiana los deja de lado, reduciéndolos a problemas históricos particulares o, en el mejor de los casos, subsumiéndolos en un segundo momento como problemas morales, Hegel los coloca en el centro de su filosofía, renovando la convicción clásica según la cual un filósofo sólo es tal cuando se ha atrevido a pensar a Dios y cuando, delante de Dios, ha hablado del ser, del hombre, de la historia y del futuro.

Esa generación de teólogos belgas y franceses, en cuya cadena se sitúa nuestro autor, tiene dos predecesores con los que se identifican y de los que se alimentan: Hegel y Hans Urs von Balthasar. Más que una escuela

cerrada de sistema es una actitud abierta de pensamiento con matices diversos. Si ponemos aquí unos nombres es sólo para orientar al lector hacia otras sintonías espirituales, sensibilidades e intereses, que en parte han quedado al margen de la teología católica sellada en el Concilio Vaticano II y que ahora se están revelando como las más fecundas. Nombres de pensadores franceses: G. Fessard, H. Rondet, H. de Lubac, G. Morel, X. Tilliette. Nombres de pensadores belgas: L. Malevez, A. Marc, A. Chapelle, A. Léonard y el propio E. Brito.

Todos ellos tienen en común un ensanchamiento de la reflexión en relación con lo que ha sido la anterior teología dominante. Reclaman un pensamiento metafísico a la vez que una exégesis bíblica, una apertura a la historia del pensamiento patrístico a la vez que al pensamiento medieval, una integración de las dimensiones estéticas y místicas de la realidad junto a las dimensiones lógicas y morales, un redescubrimiento de la originalidad creadora del evangelio como constitución de realidad y no sólo como legitimación o apoyo a otra realidad y pensamiento constituidos desde la autonomía cerrada del hombre.

Las cabezas del catolicismo y protestantismo

Tomás de Aquino y Hegel no sólo simbolizan dos épocas del pensamiento humano —la de la metafísica griega, orientada desde el ser y el mundo, por un lado, y la de la metafísica moderna del espíritu, orientada primero desde la experiencia cristiana de salvación y segundo desde la experiencia germana de la subjetividad—, sino que encarnan y expresan las dos grandes cristalizaciones del evangelio e Iglesia en el Occidente europeo: el catolicismo y el protestantismo. Ambos autores tienen en común una voluntad de sistema, un afinamiento en la realidad de Dios como punto de partida de toda filosofía y teología, una integración de la experiencia bíblica de Dios que, si bien nos es revelado como Trinidad, sin embargo es el Dios de todos los hombres y puede ser conocido en su existencia y realidad por todos ellos desde su razón, que pasa de lo sensible a lo inteligible. Hegel dirá expresamente que pensamiento es elevación más allá de lo sensible, paso de lo finito en dirección a lo Infinito. Hacer ese paso-salto es justamente pensar. «Los animales no operan un paso semejante; ellos se quedan en la impresión e intuición sensible; por esta razón los animales no tienen religión ninguna» (*Enciclopedia*, I).

Frente a todo empirismo vacío, por un lado, o todo fundamentalismo o espiritualismo violento, por otro, Santo Tomás y Hegel quedan como los grandes racionalistas de la historia de Occidente. Uno y otro han querido ante todo pensar: a Dios y al ser, al hombre y a la historia, a la realidad que nos funda y nos aguarda. En uno y otro, el Logos, es decir, la verdad, idea, sentido, belleza, Dios, que preceden a la naturaleza, por un lado, y al espíritu humano, por otro, es el quicio de la realidad y debe serlo del pensamiento. Son conocidos los tres silogismos hegelianos: Logos-Naturaleza-Espíritu; Naturaleza-Espíritu-Logos; Espíritu-Logos-Naturaleza. Cada uno de ellos pone en el centro una realidad: la «naturaleza» en el primer caso, el «espíritu finito» en el segundo, el «Logos» en el tercero.

A la luz de ellos podremos entender la triple orientación de la filosofía y de la teología de nuestros días según la acentuación cosmológica, antropológica o estrictamente teológica, que las sustenten como primordial punto de partida o de interés. Cada una de ellas hace de la naturaleza del hombre o de

Dios la clave para entender el resto o para reducir el resto a mero elemento derivado. Si lo primero es una operación legítima, lo segundo es una negación violenta de la complejidad de lo real. A. Léonard, siguiendo un esquema previo de Balthasar, nos ha ofrecido un panorama de la filosofía y teología contemporánea en su mutua interacción a la luz de este esquema (*Pensamiento contemporáneo y fe en Jesucristo. Para un discernimiento intelectual cristiano*, Madrid, 1991).

Hegel nace en el ámbito protestante y su figura va a ser para el protestantismo lo que Santo Tomás había sido para el catolicismo. Barth piensa que él y Schleiermacher son los padres de la moderna teología protestante en lo que tiene de radicalmente luterana, incluso en autores aparentemente tan lejanos y ajenos como podría ser Bultmann. Hegel está históricamente situado en una especie de lugar geométrico para la conciencia de los dos últimos siglos. Kant es su trasfondo de procedencia, del que se alimenta y al que tiende a superar. Kierkegaard es su alternativa radical, elevando a categorías decisivas al individuo, la decisión, la conversión y el instante frente al sistema hegeliano. Feuerbach y Marx quieren prolongar y radicalizar a Hegel, haciéndole patente lo que él mantenía todavía velado y que ellos sacan a la luz: que en lugar de Dios, lo único real es el hombre; y en lugar del Espíritu absoluto, lo generador y realizador es la materia. En nuestros días estamos saliendo de esa red hegeliana, bajo la cual hemos quedado atrapados por el marxismo durante un siglo. Pero, ¿no había mucho más y más originario en el pensamiento de Hegel que lo que Feuerbach y Marx nos han extraído como materia revolucionaria y fermento de comprensión atea o antropológica?

La recepción de Hegel en los últimos decenios ha querido responder a esa pregunta, saltando sobre las experiencias negativas de totalitarismos y fascismos tanto políticos como intelectuales que se reclamaban de él. Esa recepción de Hegel ha comenzado lógicamente por los autores protestantes que por común origen pudieron percibir mejor los fermentos de renovación que él podía incluir para interpretar la conciencia actual y para releer el misterio cristiano. Hegel no quiso hacer otra cosa que una «*philosophia crucis*», prolongando la «*theologia crucis*» de Lutero, pues no en vano confesaba él a Tholuck: «Yo soy luterano y también por la filosofía anclado en el luteranismo» (cit. en pág. 25, nota 47). Por ello la teología protestante más viva de nuestros días es la que ha hecho ese redescubrimiento de Hegel y la que se alimenta de sus intuiciones primordiales a la hora de comprender sobre todo la muerte de Cristo, la significación de la historia universal para la revelación de Dios y la relación misma del Absoluto con la Historia. Pannenberg, Moltmann y Jüngel son estos nuevos exploradores y usufructuadores de Hegel.

Recepción católica de Hegel

En un momento en que el Vaticano II ha abierto nuevos horizontes para pensar la revelación divina y para llevar a cabo el encuentro con la razón e historia moderna, es de especial significación el acercamiento a Hegel, sobre todo cuando la estrella de Santo Tomás ha dejado de ser la referencia única o fundamental del catolicismo. Por eso asistimos hoy a lo que podríamos llamar una «recepción católica de Hegel», hecha desde un conocimiento directo de los textos y desde una valoración serena del contexto. El primer encuentro e implícita respuesta oficial de la Iglesia católica con Hegel tiene lugar en el Concilio Vaticano I. Este Concilio ofrece el resumen más completo de lo que la Iglesia católica ha pro-

fesado sobre Dios uno, perfecto, infinito, inmutable, impasible, dotado de inteligencia y de amor, que ha creado el mundo con su poder y lo dirige con su providencia, poderoso frente a todo poder y perfecto en sí mismo, al que el hombre puede conocer y nombrar. Dios ha creado el mundo por amor y para hacerle partícipe de su gloria sin que nada le haya impulsado a ello: ni la necesidad, ni la indignidad, ni la envidia.

En el trasfondo de esas afirmaciones está Hegel, del que se rechazan implícitamente las grandes ideas, en cuanto que pueden conducir al panteísmo y a poner a Dios en una dependencia de la historia, colocando de esta forma al mundo en el mismo orden que a Dios. Tales reproches conciliares proceden del jesuita austríaco Kleutgen, que sólo tenía un conocimiento de segunda mano del pensamiento de Hegel. Por eso es necesario que la teología católica hoy, desde la serenidad que hace posible la distancia, temporal y racional, desde el conocimiento científico de los textos, desde la aceptación de la intencionalidad propia de Hegel y desde la nueva luz que la recuperación de la Biblia y de la historia nos han ofrecido últimamente, se acerque de nuevo al filósofo, examinando su fecundidad y sus límites, con tanta generosidad como lucidez.

Hegel pertenece ya necesariamente a la historia de la teología, porque el objetivo primordial de su empeño fue pensar a Dios, al Absoluto en la historia, y pensar a la historia en su relación con el Absoluto. Y pensar desde la fe, entendida en su sentido estrictamente sobrenatural en cuanto tiene a Dios mismo por origen, motivo y contenido. Ella consiste en la participación que Dios ofrece al creyente en el conocimiento que tiene de sí mismo y de todo lo demás. Fe que se orienta hacia la posesión plena y definitiva de Dios tal como se nos dará en la visión beatífica, por lo cual la fe es percibida aquí como una incoación o prelibación de lo que será su consumación en la vida eterna, dentro de un proceso de divinización de la creatura intelectual que no tendrá fin, como no tiene fin el Dios infinito.

El objetivo hegeliano fue subvenir a la miseria espiritual de su tiempo, superando las dos máximas carencias por incumplimiento profesional. Contra los filósofos contemporáneos y anteriores de la Ilustración, que habían pensado pero no a Dios, y contra los teólogos que habían hablado de Dios pero no le habían pensado, Hegel quiere unir las dos cosas en un mismo proyecto. Por ello su sistema va del ser a Dios y de Dios al ser; es inseparablemente filosofía y teología, como lo ha sido siempre que se ha pensado hasta el fondo, desde Platón y Plotino hasta San Anselmo y Santo Tomás, Heidegger y Zubiri. No en vano este libro que presentamos en los dos términos en su título: «Dios y el ser». Por eso, tras haber expuesto la problemática contemporánea sobre la relación de Dios con el ser y los entes, tal como la filosofía francesa (J. L. Marion, D. Dubarle) lo ha planteado glosando la diferencia ontológica de Heidegger, este libro hace patente la conexión profunda que existe entre pensamiento filosófico y pensamiento teológico. Subrayo pensamiento porque no siempre la filosofía y la teología piensan, sino que se reducen a técnica lingüística, síntesis bíblica, inventario sociológico o historia positivista.

Hegel y Lutero

Hegel viene de la teología como persona y como filósofo. Hölderlin y él abandonaron la residencia de estudiantes de teología en Tübingen llevándose como santo y seña para ulteriores encuentros el grito evangélico: «Got-



Viene de la página anterior



tesreich» (Reino de Dios). Su punto de partida es la historia y confesión cristiana tomadas no sólo como relato salvífico, sino como parábola del ser. Por eso todo su sistema será una lectura metafísica de la realidad, del mundo y de Dios, con las claves que el cristianismo en cuanto religión histórica le ha ofrecido.

La historia concreta, mortal y negadora de Cristo (Viernes Santo y crucifixión bajo Poncio Pilato), se convierte en punto de partida, en metáfora para pensar al Absoluto, en despliegue, negación y reabsorción (Viernes Santo especulativo). Si el cristianismo está así en el origen de la metafísica hegeliana, la metafísica hegeliana está a su vez en el origen de una nueva comprensión del cristianismo, en cuanto que una serie de sus elementos hasta ahora no subrayados comienzan a fungir como claves determinantes de toda su comprensión. A esta luz, la historia, la encarnación y la muerte de Jesús no son meros percances temporales externa y accidentalmente añadidos al misterio de Dios, sino historia constituyente de su divina realidad. Que nos sea difícil mostrar cómo Absoluto e Historia ya se autoconstituyen —y en esa mostración del cómo veía el Catecismo de Astete la específica misión del teólogo!— no quiere decir que podamos olvidarlo o prescindir positivamente de ello. Eso significaría ya vivir de una forma precristiana y comprender a Dios de una forma preencarnativa, precristológica y preneumática.

Aquí Hegel reasume filosóficamente lo que había sido la innovación teológica de Lutero. Es sabido cómo éste declarara a Aristóteles y a la razón aneja a su pensamiento los grandes enemigos del evangelio. Para él el conocimiento de Dios tiene que ver no tanto con nuestra razón que le busca cuanto con su revelación que nos sale al encuentro, y esto de manera especial en la encarnación y muerte salvadora de Cristo. En ellas se nos revela «sub contrario»; es decir, bajo la forma invertida, mostrando su fortaleza en la debilidad, su riqueza en nuestra pobreza, su gloria en la humillación o kénosis, vaciamiento. Técnicamente se sintetiza esta concentración o reducción luterana de las realidades y del pensamiento cristiano diciendo que Lutero concentra o reduce el conocimiento de Dios posible al hombre en la revelación que Dios ha hecho de sí mismo, es decir, de la filosofía en la teología.

La «teología» la concentra en la «cristología», y ésta, que como tal abarca el estudio del destino, de la persona, de la doctrina, de la muerte y resurrección de Cristo, la reduce a «soteriología», es decir, a lo que Cristo es «para mí», y no en sí mismo. La soteriología a su vez queda concentrada o reducida a la acción intercesora y vicaria de Cristo muriendo por nosotros en la cruz (stauros). De esa triple faz de la historia redentora de Cristo: vida pública, muerte y resurrección, Lutero se concentra exclusivamente en la cruz y su pensamiento se convierte así en una inmensa «estaurología». Negación, cruz, muerte, dialéctica de la inversión son así las claves de su percepción de la realidad cristiana. He ahí la matriz de Hegel.

A esta luz aparece una nueva comprensión de Dios, para quien la historia, el dolor y la mutación que sufrimiento y encarnación llevan consigo son constituyentes de su propia definición. Más aún, la muerte de Jesús, como muerte del Hijo en quien el Padre existe y en relación con el cual es, se convierte en la clave de la comprensión del ser mismo de Dios. La expresión «muerte de Dios» en Hegel deja de ser la fórmula meramente piadosa de los cantorales luteranos y no es todavía la mortal negación de Dios en Nietzsche, sino la fórmula que introduce la negación, la contradicción y el desbordamiento del ser contra sí para llegar definitivamente a sí en el corazón de Dios. Frente

a la comprensión estática, monista, fisista, solitaria, pacífica y átona, propia del Dios como Ser de la metafísica anterior, él propone una comprensión dialéctica de Dios, como Espíritu, según la cual es vida que surge, procede y llega a sí misma por su propia negación; es interna contraposición, unidad en diferenciación, unicidad como complejidad, simplicidad como multiplicidad, realidad como proceso. De la comprensión dialéctica de Dios en Hegel a la comprensión de la vida divina como «proceso», tal como la ha propuesto en nuestro siglo Whitehead, va un hilo directo.

Muerte de Cristo/Muerte de Dios

La muerte de Cristo se ha convertido así en el quicio de toda teología que quiera considerarse cristiana; muerte que afecta no sólo a la naturaleza humana asumida por Cristo de María, sino a su propia persona y al Padre con quien comparte la única vida divina. Desde aquí es necesario hacer una relectura de los atributos de Dios, redefiniéndolos no a la luz de la metafísica de Aristóteles, sino a la luz de las actuaciones y actitudes que Dios ha mostrado en la historia. De Dios sabemos quién y cómo es a la luz de cómo se ha comportado con nosotros y no a la luz de cómo nosotros sospechamos que deba ser. En este sentido, la historia humana de Jesús es el lugar supremo para conocer la esencia divina. Y la cruz del Calvario sucede así a la llamada metafísica del Exodo (3,14), en donde Dios se define como «el que es». El Dios desde el Calvario es el que puede no ser y puede morir.

Si definimos a Dios como Ser y no como Amor, no podemos incluir en él la pasión, la compasión, el sufrimiento, la mutabilidad. El cristianismo ha afirmado siempre que Dios es inmutable, impassible, invulnerable, perfecto. Estas afirmaciones hay que entenderlas en el «orden del ser». Esto quiere decir su originalidad, independencia frente al poder del ser finito, su extraterritorialidad respecto de todo lo demás, su interna y personal perfección, su plenitud propia. Ahora bien, en el «orden de la persona», que deriva del amor, de la relación y de la iniciativa de su propia libertad, Dios puede iniciar una historia, alianza, relación, esponsales en los cuales tiene el derecho y la soberanía necesarios para dejarse herir, padecer y cambiar por la acción del hombre con quien ha iniciado tal alianza. Y así podemos hablar del dolor de Dios, de la muerte de Dios, de la pasión de Dios, en un sentido absolutamente real. Al Dios realmente divino todo le puede pasar de verdad, sin que de verdad le pase nada. Al Dios fuente de la vida le puede afectar la muerte por nosotros y con nosotros, sin que la muerte reine sobre él.

Estas perspectivas rigurosamente cristianas han sido redescubiertas y reafirmadas sobre todo por Balthasar, Rahner, Moltmann y Jüngel en nuestros días. A la luz de su teología aparece más al vivo la genialidad y límites del pensamiento de Hegel. Porque hay un borde que no se puede pasar si queremos que el lenguaje humano permanezca válido, incluso hablando sobre Dios. Si es verdad que de hecho Dios es ya sólo en la historia, en la encarnación y en la muerte de Jesús, sin embargo todo esto le adviene desde una libre decisión de amor, no desde una necesidad, y por ello tales acontecimientos no inmutan su originalidad plenitud, perfección y hermosura. La cruz, la negación y la contradicción no son constituyentes del misterio mismo de Dios. Y situar en esta lógica al misterio trinitario, como si fuera la resultante histórica de la muerte de Cristo, es superar los límites de lo que el Nuevo Testamento permite pensar. Sin embargo, si en un sentido el axioma de Rah-

ner es verdadero: «La Trinidad inmanente es la Trinidad económica - La Trinidad económica es la Trinidad inmanente», es legítimo preguntar qué fundamento de posibilidad existe en la vida misma de Dios para su existencia histórica, encarnativa y mortal.

Los límites del genio

La grandeza de Hegel lleva en su mismo punto de partida sus límites. Estos son haber pensado el origen como carencia, avidia, necesidad. El haber pensado como necesaria la mediación para reabsorberla ávidamente y no concederle toda su consistencia. Así, para Hegel realidad divina y consistencia humana apenas se compaginan, contribuyendo de esta forma al gran envenenamiento de la conciencia en los dos últimos siglos: pensar que infinitud divina y finitud humana se contraponen y se expulsan mutuamente, cuando en realidad el crecimiento de la Trascendencia divina es el fundamento de su inmanencia en el hombre y de la plenitud resultante. Esto aparece de manera especialmente funesta en la cristología: «El Cristo hegeliano no resucita más que espiritualmente» (pág. 49); su humanidad no permanece ante Dios como eterna garantía de la consistencia propia de nuestra finitud mantenida en Dios. Hegel no mantiene el equilibrio de los tres polos del cristianismo: encarnación-cruz-resurrección. La cruz absorbe todo.

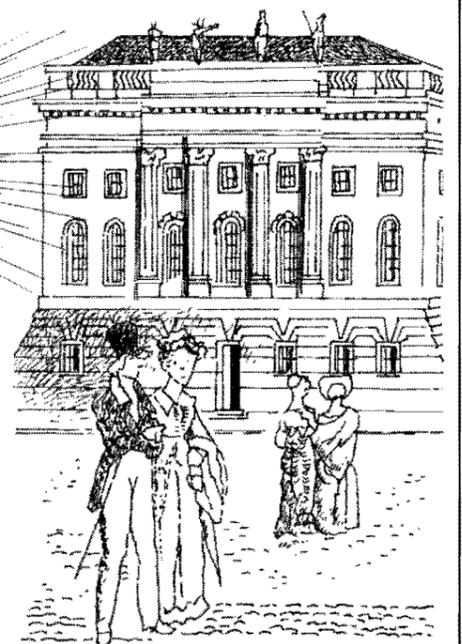
Dios como dinamismo, vida

Pese a sus límites, el pensamiento de Hegel ayuda a pensar a Dios en dinamismo, vida, proceso; incluso en una perspectiva previa a la comprensión cristiana de la unidad, que es la Trinidad. Este libro analiza la relación entre pensamiento tomista y pensamiento hegeliano en tres partes. La primera está dedicada al conocimiento y nominación de Dios; la segunda, a la sustancia divina y al ciclo de sus atributos; la tercera, a las operaciones del Espíritu Absoluto, concluyendo con un «posludio» dedicado a la belleza de Dios, tema que Barth y Balthasar han revitalizado en la moderna teología y que nuestro San Juan de la Cruz había puesto en el centro de su pensamiento (la hermosura de Dios).

Con un método perfecto y una fidelidad rigurosa expone primero lo que dice Santo Tomás, luego lo que dice Hegel y media convergencias y diferencias mostrando lo que son límites y riquezas de cada uno. Sin anatematismos violentos ni concordismos fáciles, este libro nos permite sentir la cercanía de dos grandes pensadores sobre Dios, pese a las diferencias. La información exhaustiva en cada uno de los capítulos, la inmediatez a las fuentes, la conexión con el pensamiento actual y la finura de las formulaciones convierten a este libro en el mejor vademécum para hegelianos que quieran conocer al gran maestro de la teología católica, Santo Tomás, y no menos en una lúcida y generosa introducción para escolásticos que no estén familiarizados de fondo con el idealismo. Intentar sintetizarlo es tarea imposible.

RESUMEN

El teólogo Olegario G. de Cardedal se ocupa de un ensayo que desde el título mismo explicita su contenido, pues «Dios» y «ser», señala Cardedal, son el tuétano de todo pensamiento humano, y los dos nombres, Tomás



JOSÉ ANTONIO ALCÁZAR

Este libro da mucho que pensar y desde él se pueden reasumir perspectivas bíblicas que son mucho más profundas que simples antropomorfismos, como muchas veces se las ha considerado. El temor al panteísmo nos ha cerrado reales fuentes de conocimiento espiritual. Hemos querido hacer a Dios más trascendente de lo que él se ha mantenido a sí mismo. Muchos textos de Hegel podrían estar en los místicos cristianos. «Dios no es Dios más que en cuanto él se sabe él mismo; su saber-de-sí es al mismo tiempo una conciencia-de-sí en el hombre y el saber que el hombre tiene «de» Dios, el cual progresa hasta el «saber-de-sí» del hombre en Dios» (*Enzyklopädie* 564 Anm. Cita en Brito, página 351, nota 60).

Teología y oración

Tan ceñido al tema, tan duro consigo mismo para no permitirse vaguedades ni generalidades, el autor se concentra tanto en cada uno de los árboles que a veces olvidamos el bosque. La relación Santo Tomás-Hegel no sólo se decide a la luz de cada cuestión, sino desde la precomprensión, horizonte previo, significación real y religiosa de las afirmaciones. Orar y pensar a Dios son dos cosas necesarias, pero no del todo idénticas.

Un alumno ruso de Hegel escribía a su madre desde Berlín haciéndole grandes elogios de su filosofía. Su Dios daba razón de todo y, situados dentro del pensamiento del mismo Dios, todo se volvía transparente. La única duda que le quedaba era si a tal Dios se le podía rezar y dejarle confiado el propio destino.

Esta leve insinuación puede ser la grieta que escinda todo el sistema y muestre su híbrida naturaleza. Kierkegaard, por un lado, y la «izquierda hegeliana», por otro, se preguntaron si no incubaba en su seno un inexorable ateísmo. Pensar a Dios como Dios y orar, dejando en sus manos nuestros azares e invocando su misericordia, es la tarea suprema a toda teología religiosa. Mientras que el filósofo moderno afirma: «Si piensas de verdad, eres teólogo, y si de verdad eres teólogo, piensas», el monje antiguo afirmaba: «Si tú de verdad oras eres teólogo; y si de verdad eres teólogo tú oras» (Evagrio, *Sobre la oración*, 60, PG 79, 1180b. Cfr. I. Hausherr, *Les leçons d'un contemplatif. Le traité de l'Oraison d'Evagre le Pontique*. París, 1960).

Emilio Brito

Dieu et l'Etre d'après Thomas d'Aquin et Hegel

Presses Universitaires de France, París, 1991. 422 páginas. 245 francos.

El camino de vuelta

Por Miguel Artola

Miguel Artola (San Sebastián, 1923) ha sido catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Madrid. Es Premio Nacional de Historia 1992, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, académico numerario de Historia y presidente del Instituto de España. Entre sus obras pueden citarse *La burguesía revolucionaria*, *Los orígenes de la España contemporánea* y *Antiguo régimen y revolución liberal*.

La población de la antigua Rusia, la misma que hace dos años formaba la URSS, habrá vivido en menos de un siglo la experiencia extraordinaria de la revolución bolchevique y la que cabe considerar como única de su liquidación. Si la vuelta de la revolución es un suceso sin antecedentes, no puede sorprender que el camino de vuelta resulte tan laborioso.

En el momento de la conquista del poder, los bolcheviques disponían de un conocimiento crítico de la sociedad capitalista, pero no contaban con un modelo alternativo de sociedad. La «dictadura del proletariado» podía aplicarse para construir el sistema de poder, en tanto el sistema político se contrajo hasta que quedó reducido a las altas instancias del PC, que dirigían a las organizaciones de base y a unas instituciones políticas enteramente mediatizadas por la acción del partido. La «nacionalización de los bienes de producción» puso fin a la explotación del hombre por el hombre para serlo por el Estado, en tanto la planificación económica, una fórmula sin antecedentes teóricos, creó las mayores expectativas de racionalizar la economía.

El sistema soviético

El sistema político soviético se constituyó a partir de dos principios básicos: la unidad del poder y la duplicación de los actores políticos. La Constitución de 1918 diseñó un sistema político cuyos principios no habían de cambiar en el futuro. La «división de poderes» permitió que todos los órganos políticos fuesen a la vez legislativos y ejecutivos, con la posibilidad de que las decisiones de los inferiores fuesen revocadas por los superiores. La «duplicación de los actores políticos» dio al Partido la capacidad de orientar e imponer las decisiones polí-

ticas, en tanto el Soviet Supremo y el Consejo de Ministros se ocupaban de su ejecución. El debate político escapó a los órganos parlamentarios para concentrarse en los órganos colegiados del Partido, en especial los más altos: el Comité Central, que acabó por ser un pequeño parlamento, y el Politburó, que tenía alrededor de la decena de miembros titulares y un número menor de candidatos con voz, pero sin voto. Al lado de la dilatada presencia de buen número de sus miembros hay que señalar el gran número de sustituciones por razones políticas.

La presencia de miembros del Partido en las instituciones del Gobierno impidió se produjese ninguna tensión entre las dos ramas políticas. El control sobre la presentación de candidatos para los cargos electivos hizo que los candidatos fuesen únicos y del Partido. El Soviet Supremo era una asamblea demasiado grande para discutir, y tampoco tenía ocasión de hacerlo dado el corto número de sus sesiones, dos al año, y la brevedad de éstas, que no solían llegar a la semana. En los intervalos funcionaba un órgano permanente, el Presidium, elegido por el Soviet Supremo, con las dimensiones de un parlamento corto, aunque sin más independencia de la que tenían sus electores.

No menos novedosa fue la solución que dieron los bolcheviques a la hora de «organizar la economía». Cambiar las leyes es, sin duda, la mayor fascinación que da el poder, aunque cambiar la realidad suele requerir más tiempo y esfuerzo. Cuando las medidas revolucionarias responden a los intereses mayoritarios, las decisiones son aplicadas de inmediato por la población.

La nacionalización de la industria y los servicios encontró en 1917 el mismo entusiasmo que la desprivatización de la tierra en favor de las organizaciones locales de campesinos. El Estado soviético ocupó el lugar del empresario en los sectores nacionalizados y es el único inversor y comprador en la agricultura. Los «planes quinquenales» y la gestión centralizada de la inversión, la producción y la distribución sustituyeron a las decisiones empresariales, al mercado y al precio libre. La planificación soviética es el mayor esfuerzo de racionalización de las actividades económicas con la ilusión de reducir a leyes los movimientos del mercado, de forma que fuesen tan predecibles como los de los planetas.

Como consecuencia de estos y otros cambios surgió una nueva sociedad durante mucho tiempo igualitaria, aunque el rasero

fuese bajo, una sociedad que sustituyó eficazmente el estímulo material por el entusiasmo político, capaz de movilizar a los trabajadores para la construcción del socialismo primero, para su defensa contra la agresión nazi después, para la reconstrucción económica tras la «guerra patria». La sociedad soviética, bajo la dirección comunista, alcanzó resultados insospechados y desconcertantes que hicieron de la URSS la segunda potencia económica mundial. En la década de los 60, los comunistas pudieron pensar que de continuar las tasas de crecimiento de los años precedentes, la URSS alcanzaría en pocas décadas a los EE.UU., en tanto los que no lo eran temieron que los augurios de Kruschev se hicieran reales.

Los mejor informados sabían que las previsiones no se cumplían, y aun los que lo estaban menos podían apreciar los signos de la debilidad: la gran marina de guerra soviética carecía de portaaviones, la ventaja inicial de la URSS en la exploración espacial no pudo mantenerse frente al reto americano y a la muerte de Brezhnev se descubrió que la URSS llevaba años comprando grandes cantidades de cereales a los Estados Unidos.

La vuelta a la democracia

En marzo de 1985, un envejecido Politburó promovía al más joven de sus miembros al puesto de secretario general del CC del PCUS, el más alto cargo en la jerarquía política. Era una declaración pública del deseo de renovar tanto el sistema político como el económico para sacar a la URSS del estancamiento («zastoi») en que había caído bajo Brezhnev y sus efímeros epígonos. En principio sólo se trataba de hacer reformas en el régimen. En el pleno de abril del CC se oyeron por primera vez palabras nuevas que al cabo de unos meses se usaban en todas partes: aceleración del desarrollo tecnológico («uskorenie»), transparencia («glasnost») para denunciar los errores de la gestión económica. La campaña contra la corrupción brezhneviana y la lucha contra el alcoholismo fueron las primeras manifestaciones del cambio.

No cabía esperar que la renovación de un segmento del aparato productivo fuese suficiente para renovar la economía, y surgió una nueva idea, la de la reorganización («perestroika»), que ocupó un lugar destacado en los debates del pleno del CC en enero de

1987. Comenzó el gran debate de la renovación política y económica que, protagonizado por Gorbachov y Ligachev, acabaría con la liquidación del comunismo soviético. La eliminación de los conservadores dejó libre el camino de los renovadores, que se embarcaron pronto en un camino sin retorno que sólo podía conducir a la democracia y al capitalismo.

La XIX Conferencia del PCUS (junio-julio 1988) fue el punto de inflexión de la «perestroika». Aprobó los términos de una reforma constitucional, destinada a mejorar la representatividad del sistema político, en la confianza de que el Partido podría controlar las nuevas instituciones gracias a una ley electoral cuidadosamente diseñada. Por razones que no son fáciles de imaginar se creó una tercera cámara, el «Congreso de los Diputados del Pueblo» (CDP), que heredó los vicios del anterior Soviet Supremo: pocas y cortas sesiones y la desmesura de su composición: 2.250 diputados, elegidos por tres vías diferentes. Las organizaciones públicas —partido, sindicatos, «komsomol», Academia de Ciencias, etc.—, controladas por los comunistas, nombraban a la tercera parte, los ciudadanos elegían otra y las repúblicas la tercera. Los ciudadanos comunes votaban, por consiguiente, dos veces y los comunistas tres.

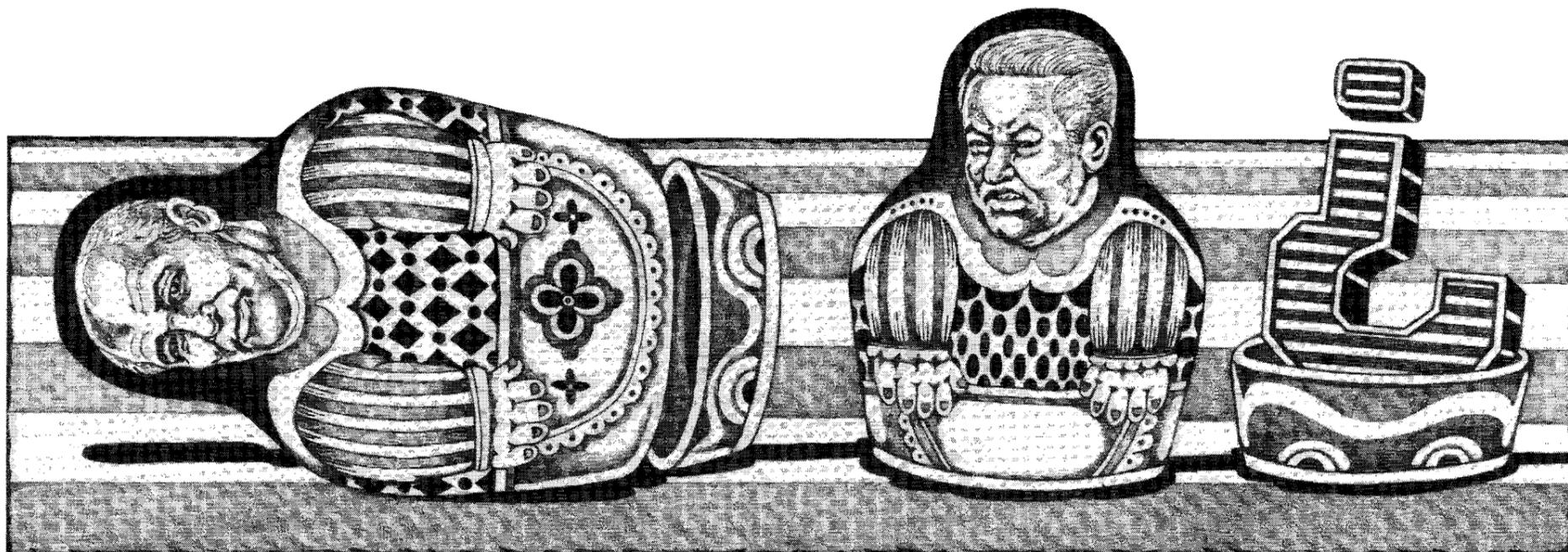
Para crear la competencia se permitió, pero no se exigió, la concurrencia de candidatos, de forma que en la mayoría de los distritos sólo se presentó el del Partido. Los resultados cuantitativos superaron todas las expectativas —nunca se habían reunido tantos comunistas—, pero causó más impacto en la opinión la estrepitosa derrota de líderes conocidos, como los secretarios generales de Moscú o Kiev, y la de toda la cúpula del Partido en Leningrado. El peso político del CDP no se corresponde con la representación directa de sus miembros. Sus funciones eran muy limitadas: elegir entre sus miembros a los 542 miembros del Soviet Supremo y a su presidente y ratificar la elección de los más altos cargos, entre ellos el presidente del Consejo de Ministros, propuesto por el Soviet Supremo.

Su actividad legislativa se limita, en cambio, a la reforma constitucional y conserva la capacidad de revocar los actos legislativos del Soviet Supremo a cambio del desprestigio que lleva aparejado el ejercicio del veto. La autoridad que no se reconoció



JORGE WERFFELL

Viene de la página anterior



JORGE WERFFELI

a los representantes elegidos se repartió entre el Soviet Supremo, que se convirtió en una cámara legislativa, y un «presidente», cuyo título y competencias han cambiado en varias ocasiones, sin dejar por ello de ejercer la más alta autoridad gracias a la complaciente delegación de poder hecha por el Soviet.

En estas condiciones, la situación política no podía evolucionar hacia el parlamentarismo, como parecía querer. En la primera reunión del CDP, el grupo moscovita de diputados del pueblo reclamó el poder legislativo, que la reforma constitucional había puesto en manos del nuevo Soviet Supremo. A pesar de la mayor representatividad que supone la elección directa, aceptaron las arbitrarias propuestas del presidente del Congreso, Lukyanov, que ofreció voz y voto a los diputados que no fuesen elegidos para el Soviet Supremo, sin tener en cuenta que alteraba la Constitución. Los diputados del pueblo se han reunido más veces de las previstas, la VII el pasado diciembre, pero su influencia se reduce al control de las personas de los ministros.

Las carencias del sistema político son manifiestas y sus efectos perniciosos. En vez de una democracia parlamentaria funciona un sistema presidencialista al que la división del poder permite toda clase de iniciativas sin ningún control eficaz por parte de los representantes. La pluralidad de cámaras no permite a ninguna de ellas erigirse en la representación de la voluntad general y con ella adquirir el control sobre el presidente y el consejo de ministros. En vez de un líder que gobierna con el apoyo de una cámara de representantes, la política se sigue haciendo en el cenáculo presidencial. La ausencia de partidos organizados y disciplinados que, a falta de una mayoría parlamentaria, hiciesen coaliciones en torno a un programa, constituye un obstáculo en el camino al parlamentarismo.

Todo sistema político requiere un sistema de poder correlativo que se cuide de la aplicación de las decisiones del primero. Mientras existió el Partido, la unidad del poder era muy ventajosa, dado que un mismo Soviet votaba las decisiones, requería su cumplimiento y denunciaba a los infractores. En las repúblicas actuaba una red de soviets penetrados por el PCUS y controlados por otros soviets hasta llegar al Soviet Supremo. Sin el Partido, los soviets han mejorado en representatividad, pero no necesariamente su eficacia. La desaparición del PC ha descubierto las limitaciones de la administración estatal.

No hay gobernadores como en la época zarista y la ejecutiva de las decisiones superiores depende de la colaboración voluntaria de las repúblicas, que han mostrado su resistencia a someterse a ellas, hasta el punto de hacer saltar la organización unitaria de

la URSS. El poder central no alcanza a las repúblicas y las autoridades inferiores han de suplir el desfallecimiento del poder central. Tienen que ocuparse de los problemas inmediatos de la población que gobiernan —abastecimiento y trabajo en primer término— y han de asumir las funciones que la administración central ha dejado de cumplir, en particular hacer que las empresas localizadas en su territorio continúen con su actividad para evitar la aparición de masas de parados.

La economía soviética se basaba en la propiedad estatal de los medios de producción y en la gestión pública de la economía: dirección planificada, asignación de recursos —inversión, materiales y trabajo— y de cupos de producción a las empresas industriales y rurales, adquisición de los productos y fijación de precios. La desaparición del PC tras el fracasado golpe de agosto del 91 determinó el abandono de la economía planificada, sin que en su lugar haya surgido un sistema capitalista. La comercialización ha sido el único terreno en el que han florecido las empresas privadas, mediante el desvío de los medios públicos —en particular de los medios de transporte— para fines privados. La especulación y el mercado negro son los resultados más visibles del cambio. El tránsito al capitalismo se ha revelado como una experiencia mucho más laboriosa de lo que se pensó en un momento. La privatización de la tierra y las fábricas, la creación del mercado y el automatismo de los precios son objetivos que aún hay que realizar.

Vuelta al capitalismo

Cambiar el «derecho de propiedad» es la forma más eficiente para redistribuir los bienes. Los propietarios anteriores dejan de serlo en virtud de la ley y se convoca a otros para que los sustituyan. En el caso, nuevo, de la privatización general de los medios de producción, cuando no existe propiedad empresarial privada, la experiencia se está revelando más difícil de lo que se creía. La «ley de la propiedad» (III-1989) ofrecía a los soviéticos un abanico de posibilidades: estatal, cooperativa, privada, etc., pero ésta se reducía a la que podía ser explotada directamente y no se dio la posibilidad de crear sociedades mercantiles como las del mundo capitalista. El «Código ruso del suelo» favoreció la privatización siempre que permaneciesen unidas la explotación directa y personal.

La reorganización de la industria quedó limitada por la promulgación entre 1986 y 1988 de leyes específicas para la empresa privada, la estatal y la cooperativa, favoreciendo la autonomía de gestión de las últimas, en tanto la primera quedaba reservada

a estudiantes y jubilados con tiempo disponible y a la producción artesanal y de servicios, éstos cuidadosamente definidos. La creación del mercado se vio retrasada por la insuficiencia de los abastecimientos de materias primas y de bienes de consumo, en tanto los precios sufrían el efecto conjugado de la escasez, la subida de los precios oficiales y la desvaloración del rublo como consecuencia de la sustitución del «Gosbank» por tantos bancos centrales como repúblicas, 15, que si no emitían moneda daban créditos que podían gastarse en Rusia, situación que se ha mantenido hasta el pasado mes de julio.

Los trabajos y debates recogidos por Jones y Moskoff corresponden a este momento de la reforma. El impacto de una evolución acelerada tras el fracasado golpe de agosto del 91 ha privado a sus opiniones de mucha de su actualidad, aunque conservan el valor testimonial de lo que era el pensamiento soviético en el momento más alto de la «perestroika». En tanto el académico Shkredov ofrece un buen resumen de la evolución de la propiedad en la URSS, se cuida mucho en aportar sugerencias, como no sea decir que «todas las formas de propiedad son buenas si están basadas en el trabajo colectivo o privado (familiar)...», de acuerdo con el texto de la ley y llena de temor ante la idea de una posible acumulación capitalista.

La fórmula del «leasing» encontró una cierta acogida en el pensamiento soviético precisamente porque facilitaba la concentración patrimonial sin incurrir en el capitalismo, como puede apreciarse en otro de los artículos. El debate de la ley de la propiedad se discutió en una mesa redonda cuyas intervenciones se publicaron en *Pravda* y en *Kommunist*. Además del anterior participaron en él importantes personalidades, como el ministro de Justicia, Yakovlev, que condenó tajantemente cualquier forma de acumulación patrimonial. «La propiedad privada en grandes dimensiones se convierte en un medio de explotación», evolución que considera inadmisibles, en tanto sólo un representante de los jóvenes, procedente de Sverdlovsk, uno de los centros del movi-

miento reformista, se declaraba en favor del «derecho absoluto del propietario».

El recurso al mercado para asignar los medios de producción y para la distribución de los de consumo es un tema al que dedican particular atención los editores. En tanto el segundo de los usos sólo ofrece ventajas para todos los autores, detrás del intercambio mercantil empresarial se descubre el interés por liberar al Estado de las desorbitadas demandas de financiación pública por parte de las empresas. El sistema de autonomía financiera lo que pretende es la imputación total de los costes a la empresa, de forma que, además de producir en el presente, puedan invertir para el futuro.

La posición de Shmelev fue tajante: «Todo lo que es económicamente ineficaz es inmoral, y, por el contrario, todo lo que es efectivo es moral», mientras Abalkin, director del Instituto de Economía de la Academia de Ciencias, se dedicaba al imposible empeño de definir el mercado socialista, en el que introducía el plan por la ventana después de haberlo echado por la puerta. El EKO, la rama siberiana de la Academia de Ciencias y uno de los centros donde dio principio la reforma, organizó una mesa redonda en la que se aprecia un lenguaje muy distinto al anterior. La antología se cierra con el texto de los planes que en 1990 ocupaban el primer plano de la actualidad: el informe del presidente del Consejo de Ministros, Ryhkov, al Soviet Supremo y el conocido como Plan Shatalin o de los Quinientos días, así como la versión mediática de Gorbachov.

La evolución política posterior, la sustitución de la URSS por una confederación que practica la independencia, al tiempo que no puede romper los lazos que vinculan a las repúblicas con Rusia, ha venido a complicar la solución de los problemas del retorno a la democracia y el capitalismo. Rusia ha llevado a cabo en el pasado año una privatización nominal de sus empresas, en virtud del reparto entre los trabajadores de acciones o bonos, que no dan poder ni dividendos a sus tenedores. La gestión estatal, que a mediados de los ochenta era del 95%, es aún del 85%. En la medida en que no tomen las decisiones fundamentales, el camino de vuelta resultará más largo y costoso.

RESUMEN

La experiencia del retorno de la antigua URSS, escribe Miguel Artola, al patrón común de la democracia y el capitalismo es un proceso único en la historia. Las dificultades que encierra son extraordinarias, como puede apre-

ciarse por la evolución de los acontecimientos. A la dificultad de una experiencia sin antecedentes, se añade la natural resistencia a asumir políticas radicales que desprecien los costes sociales del proyecto.

Anthony Jones y William Moskoff

The Great Market Debate in Soviet Economics

M. E. Sharpe, Nueva York, 1991. 408 páginas.

Urbanización económica actual en España

Por Juan Velarde Fuertes

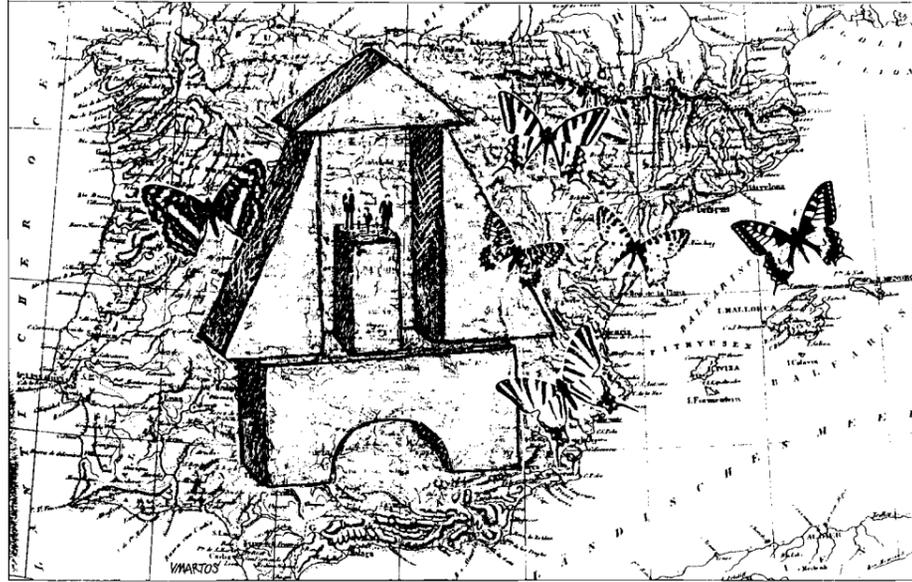
Juan Velarde Fuertes (Salas, Asturias, 1927) es profesor emérito de Economía Aplicada en la Universidad Complutense de Madrid y miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 1992. Es autor, entre otros libros, de Flores de Lemus ante la economía española, Política económica de la Dictadura y Economía española contemporánea. Primeros maestros.

Existe un corte profundísimo que seccionó el engarce entre los acontecimientos en España antes y después de la muerte de Fernando VII, como consecuencia del cuádruple empuje de la Revolución industrial, científica y tecnológica; del constitucionalismo nacido en Cádiz; de la independencia de los pueblos americanos; finalmente, de las medidas de política económica que aparecen en el reinado de Isabel II y en el Sexenio revolucionario. Tal conjunto de novedades crea una realidad diferente en la economía. He aquí las principales: desamortizaciones; reforma fiscal Mon-Santillán; primeros pasos de las actuales instituciones crediticias y financieras; construcción de la red ferroviaria; inserción de nuestra minería en el entramado económico del mundo capitalista; en fin, creación de un sistema monetario basado en la unidad de cuenta llamada peseta y en una valuta fiduciaria, sea ésta el duro de plata o, actualmente, los billetes del Banco de España. Agreguemos, en la Restauración, los Códigos de comercio y civil y la aparición de un movimiento obrero organizado, tanto en la línea del partido como en la del sindicato, y la reacción, ante ello, de los poderes públicos, en forma de una Administración especial para resolver las cuestiones sociales, que da sus primeros pasos, en 1883, con la Comisión de Reformas Sociales.

De ahí la importancia de estudiar el siglo XIX. Comienzan a abundar estos análisis. Una de las aportaciones más importantes en este sentido procede de los llamados Coloquios de Historia Contemporánea de España, organizados por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, primero en Segovia y actualmente en Cuenca, gracias al impulso del profesor José Luis García Delgado, quien recogió una antorcha que corría el riesgo de apagarse cuando, al trasladarse el profesor Manuel Tuñón de Lara a la Universidad del País Vasco, concluyeron las reuniones que sobre numerosos aspectos de la historia contemporánea, pero muy particularmente sobre los socioeconómicos, organizaba Tuñón en la Universidad de Pau.

El último coloquio que el profesor García Delgado ha editado después de dirigirlo se refiere al fenómeno urbano en España. En este trabajo, en más de un sentido, culmina una doble característica del talante científico de este economista. Sin tenerlo en cuenta es difícil entender el sentido tanto de esta publicación en cuanto parte de un conjunto más amplio, como de su trabajo intelectual todo.

García Delgado, en primer lugar, investiga muy a fondo las cuestiones que aborda, pero también lo hace con una morosidad que, a quien desea recibir noticia de sus investigaciones, le llega casi a exasperar. Sin embargo, cuando el estudioso recibe el resultado final de esa tarea, se olvida de la espera ante lo espléndido del fruto que llega a sus manos. Este talante también produce en García Delgado la aparición de aportaciones que se ofrecen como superficies que asoman bajo otras previas, perfeccionándolas, para a su vez sobreponerse a otras que, al ser más completas, avanzan algo más, hasta constituir todo un entramado similar a las tejas de una casa o,



VICTORIA MARTOS

si se prefiere, a las escamas de las alas de una mariposa, que con ellas logra maravillosas coloraciones.

Al lado de lo señalado existe otra característica esencial en García Delgado. Es mucho más partidario, desde el inicio de su vida intelectual, del trabajo en equipo que del individual. Incluso así es como elaboró los artículos periodísticos que aparecían en *Triunfo* bajo la firma colectiva de Arturo López Muñoz, en la que el papel de García Delgado fue esencial.

Dentro de estas tareas, García Delgado participa, como director y editor, en la promoción de numerosas colecciones y revistas, de tal modo que si en España se esfumaran dos empresarios fundamentales de nuestra actividad científico-económica —Enrique Fuentes Quintana y José Luis García Delgado—, nuestra bibliografía se reduciría de modo extraordinario. Quizá desde el profesor Manuel de Torres, con una portentosa labor editorial en Aguilar, no existe un esfuerzo bibliográfico tan considerable entre nosotros como el que estos dos profesores llevan adelante en el mundo de la economía. La obra, fruto del citado coloquio sobre las ciudades en España de 1860 a 1930, es una prueba más de esto. Sin tenerlo en cuenta, perderíamos un hilo conductor muy importante de la trama científica íntima de García Delgado.

Importancia actual de lo urbano

Si entendemos por urbano lo que no es rural, para escaparnos de siempre incompletas definiciones, por ejemplo la clásica de Ratzel, es evidente que es clara su importancia creciente en España. En estos momentos, la participación de la agricultura y pesca en nuestro PIB no supone mucho más del 4%, y el porcentaje de la población activa agraria en el conjunto de la población activa española anda por el 10%. Esta transformación, además, se ha producido con gran rapidez en el paso del siglo XIX al XX, de modo, además, irreversible. Por eso sorprende que se haya podido escribir por el PSOE en *Programa 2000: La sociedad española en transformación* (Editorial Pablo Iglesias, 1988), que en ese «horizonte» una de las principales novedades puede ser «que las grandes urbes ya no serán socialmente necesarias», porque el «proceso de urbanización puede dejar de ser socialmente funcional». Otra cosa es si estas organizaciones urbanoindustriales van a adoptar, o no, las estructuras íntimas de antaño.

Por ejemplo, el porcentaje de la población española en ciudades de más de 100.000 habitantes subió del 28% en 1960 al 43% en 1991, aunque en 1981 ya suponía el 42%. En

los municipios de más de 20.000 habitantes se pasó del 23% de la población en 1910 al 65% en 1991, pero en 1981 el porcentaje era ya del 63%. Todas esas noticias, que parecen mostrar algo así como un freno a la urbanización, sólo pueden comprenderse del todo en relación con los datos del veloz hundimiento de la producción relativa y del empleo rurales, gracias a la explicación que proporciona Amando de Miguel en *La sociedad española 1992-93. Informe sociológico de la Universidad Complutense* (Alianza Editorial, 1992), al insistir, con toda razón, en que el carácter de lo urbano, más que por la densidad de la población, «viene marcado por la complejidad». Lo que ha surgido ahora es la posibilidad de «combinar una menor densidad de población en el lugar de residencia... con la complejidad y la movilidad que caracteriza al modo de vida urbano... El automóvil es lo que posibilita que el esquema de ciudades se estructure cada vez más en forma de mancha de aceite a lo largo de las carreteras principales. El modelo anterior era el de la urbanización-ferrocarril, en el que aparecían las ciudades como núcleos discretos, exentos, alejados de los otros centros populares. Hoy se impone más esta gradación de pequeños núcleos conexos a otros, unidos por la facilidad de movimientos que permite la posesión general del automóvil o, en todo caso, el uso del autobús».

Existen dos oleadas urbanizadoras contemporáneas en España. La primera se extiende desde la caída del Antiguo Régimen y llega hasta el comienzo de la rápida industrialización, que se inicia a partir de la Guerra Civil. Coexiste con el estilo productivo del carbón, con un peso importante del sector rural, y su red esencial de transporte es la ferroviaria. La segunda surge desde los años cuarenta y llega hasta ahora mismo. Coexiste con el estilo productivo del petróleo, contempla la caída del sector rural —y en el que permanece tiene lugar el fenómeno denominado «crisis de la agricultura tradicional»— y la red esencial de transporte es la carretera.

El primer período de urbanización

Las urbanizaciones creadas en la primera etapa perviven hoy en gran medida y se articulan con las nuevas formas urbanas aparecidas en la segunda. A partir de sus primeras indagaciones sobre la realidad económica urbana actual de Madrid, el profesor García Delgado se vio obligado a analizar el primer período de urbanización contemporánea. De ahí su papel en la dirección de este libro, que precisamente se centra en esa etapa inicial

de la historia contemporánea de nuestras ciudades. Se analiza en él la situación en trece de ellas: Barcelona, Bilbao, Vitoria, Oviedo, Gijón, Langreo, Mieres, Valencia, Sevilla, Málaga, Zaragoza, Las Palmas de Gran Canaria y, naturalmente, Madrid. Salvo quizás Zaragoza, todas ellas están situadas en lo que Perpiñá Grau, al estudiar la economía de esta época, llamó la periferia, que él ampliaba a Madrid y con algunas restricciones a Valladolid y Zaragoza. Por lo tanto, además de referirse al primer modelo de urbanización indicado antes, debe ampliarse que el ámbito de la obra está relacionado únicamente con las zonas urbanas de nuestra periferia o, si se prefiere, con las zonas más dinámicas de nuestra economía.

Merecen destacarse, en todo el panorama expuesto, algunas cuestiones concretas relacionadas con la aparición de las mayores ciudades actuales españolas. La primera, el impulso extraordinario que recibe Barcelona. El crecimiento de su población se hace, en el período 1860-1930, a la altísima tasa anual acumulativa del 2,06%, llegando, a finales de los años veinte, a convertirse en «la principal población española por el número de habitantes» (pág. 4), logrando alcanzar el millón de habitantes cuando sólo lo había conseguido una docena de ciudades en Europa. Se había partido de unos 100.000 habitantes en el momento de la muerte de Fernando VII. Todo esto, como es natural, provoca un colosal auge de la construcción inmobiliaria. Pues bien, Xavier Tafunell, tras haber expuesto el mencionado rápido auge, indicará en su aportación *La construcción en Barcelona, 1860-1935: continuidad y cambio*, que «puede afirmarse que cerca de tres cuartos de la actividad de promoción inmobiliaria se llevó a cabo mediante acciones absolutamente aisladas y singulares». Queda así demostrado el aserto contenido en otro ensayo de este mismo autor, *La construcción de la Barcelona moderna. La industria de la vivienda entre 1854 i 1897*, de que la erección de la Barcelona decimonónica, esto es, la del Plan Cerdá, la que acompaña al progreso industrializador basado en un firme apoyo del proteccionismo, «fue una obra colectiva, una empresa en la que participó toda la burguesía». La razón de esta conducta «no estriba en la falta de iniciativas, de capacidad empresarial o de capitales», sino en que «el mercado de compraventa de propiedades inmobiliarias no era bastante amplio y dinámico», situación que no cambiaría «mientras el mercado de la vivienda estuviese completamente regido por el régimen de cesión en alquiler, la propiedad de los inmuebles de múltiples pisos se mantuviese indivisa y los ahorradores tuviesen como máxima aspiración la tenencia vitalicia de inmuebles, que conceptuaban como una fuente de rentas seguras y estables» (pág. 11).

Otra urbanización espectacular es la de Bilbao: en 1860 contaba con 18.000 habitantes; en 1877, casi recién levantado el sitio por parte de los carlistas, tenía 33.000 habitantes; cincuenta años después llega a los 150.000 habitantes. El crecimiento se efectúa a una tasa anual acumulativa del 3,1% anual. Los motores de su crecimiento los expone con claridad, en su aportación *La consolidación de Bilbao como ciudad industrial*, Luis V. García Merino: «Al iniciarse el siglo XX, Bilbao había realizado la parte más difícil de su despegue poniendo en marcha la industria siderúrgica y la de construcción naval, pero tenía por delante la tarea de consolidar el vuelo emprendido. Para ello debía mejorar las infraestructuras de transporte, especialmente el puerto, adaptar sus empresas a las dimensiones de la industria europea, potenciar su sistema financiero y tratar de diversificar sus actividades industriales, asegurándose un mer-



Viene de la página anterior



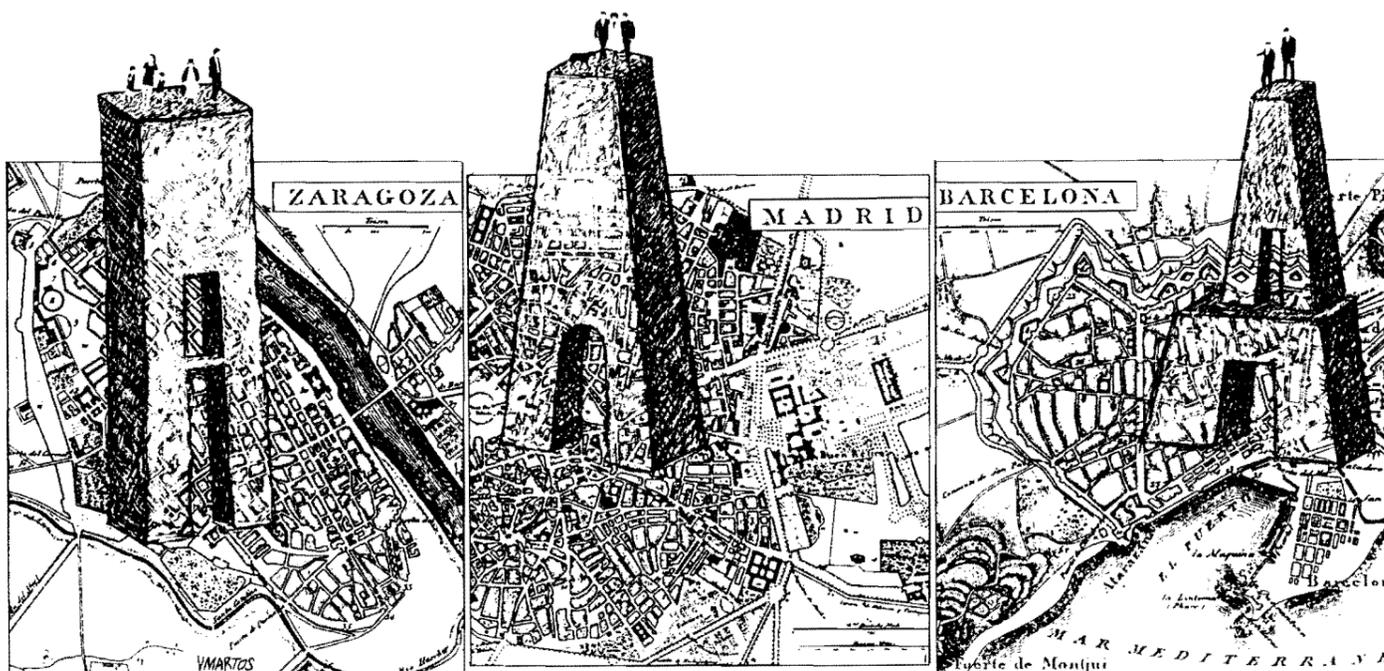
cado para la industria básica con la que había emprendido el camino de la industrialización. Todo ello suponía grandes inversiones. Pudo abordarlas porque contó no sólo con los recursos de la exportación minera, sino con los beneficios extraordinarios de la primera guerra mundial y los que obtuvo de las actividades que había puesto en marcha, especialmente de las navieras y la banca».

Barcelona había recibido lo esencial de su impulso del mercado interior español; Bilbao, del exterior, con la exportación de hierro, unida al auge del procedimiento Bessemer, y del interior, con productos siderometalúrgicos y servicios financieros. Valencia, que tiene un crecimiento más moderado—con la excepción de los años 20—, debe su crecimiento, como acaba por señalar, tras muchas idas y venidas, José Sorribes en *La transición urbana: método y resultados. Valencia 1874-1931*, a «la combinación del carácter de ciudad-central y de ciudad exportadora en un contexto agrícola con un proceso de desarrollo industrial lento de sectores ligados a la agricultura y a la producción de bienes de consumo» (página 212).

Las ciudades andaluzas

Frente al esquematismo de Sorribes, basado en el error de creer que tiene sentido aplicar un modelo marxiano elemental para explicar la compleja realidad urbano-industrial que es Valencia, resulta reconfortante leer el trabajo de José Morilla Critz, *La economía de Málaga, 1890-1930*, donde vemos, primero, el auge de una economía agraria, o de bienes agroalimenticios, y minera exportadora, que comunica de modo tal su impulso a la ciudad, que parecía que pronto superaría a Sevilla, pues en 1877 llegaba casi al número de habitantes de ésta. Como dice Morilla Critz, «la acumulación generada por la combinación de la agricultura comercializable, la actividad comercial en sí (negocio de exportación e importación) e industria había dado lugar al surgimiento y consolidación de una de las oligarquías más fuertes de España» (pág. 326). Pero con la Restauración todo eso se vino, paulatinamente, al suelo. Málaga buscará su vida en un nacionalismo económico creciente—incluido el suministro a las tropas en Marruecos—, lo que apagará poco a poco su expansión, a través de una quiebra industrial originada—apunta lúcida mente Morilla Critz— tanto por el mercado como por la presión salarial (pág. 332), generada a su vez en el aumento del coste de las subsistencias que el proteccionismo crea. Así se edificó una ciudad que, respecto a la anterior, aunque decadente, era «urbanísticamente más bella y placentera» (pág. 343), perfectamente adecuada para que fructificasen las ilusiones turísticas ya existentes en 1895, como señala José Sánchez Sinovas en *Málaga, 1890-1930: las transformaciones sociales de una ciudad en crisis*, en la página 353, al hablar de cómo se pensó entonces en que la creación de la Alameda de Cánovas del Castillo sirviese para «convertir la ciudad en la mejor estación invernal de Europa», como preludio de los escritos de Campos Turmo con su *Costabella* y de Bermúdez Cañete con su *Costa del Sol*.

La otra gran urbe andaluza, Sevilla, presenta un proceso de desarrollo que no se asemeja en nada ni al de Málaga ni al de ninguna de las otras grandes ciudades españolas. Se necesitaba mucha sagacidad para captar lo ocurrido. Afortunadamente sí se consigue en esta obra gracias al ensayo de Antonio M. Bernal y Carlos Arenas, *Sevilla: el difícil despegue de una ciudad provinciana*, pues no en balde el profesor Bernal es uno de los mejores investigadores de nuestra historia económica contemporánea. La crisis americana y la des-



VICTORIA MARTOS

amortización, más el estar enclavada Sevilla en una zona latifundista que, como reiteradamente se expuso, durante la etapa de la llamada agricultura tradicional expulsaba tanto capitales como hombres, aparte del papel desarrollado por una débil industrialización y en momentos esenciales una decidida intervención protectora del Estado, sobre todo con la Exposición Iberoamericana de 1929, como expuso Camilo Lebón en *La Hacienda del Municipio de Sevilla* (1976), explican el singular proceso de la capital de Andalucía. Se entiende mal el desarrollo del mismo si no captamos que «la desamortización urbana favoreció la creación de una burguesía no estrictamente vinculada a los negocios de la tierra, si bien reproducía a nivel de ciudad, por la concentración de compras, un cierto latifundismo urbano» (pág. 269), que produjo, como no podía ser por menos, «estancamiento urbano, mala dotación de infraestructuras y torpedeamiento de las inversiones en servicios higiénicos» (pág. 287), que, al combinarse con oleadas de inmigrantes, engendró no sólo «repercusiones negativas sobre las condiciones de vida de la población, sobre su salud y sobre sus esperanzas de vida» (págs. 287-288) sino, además, radicalismo social. El débil crecimiento económico desde el siglo XIX y la formidable herencia urbana creada al abrigo de la muralla almohade que aún existía a mediados del siglo XIX, permitieron que no se destruyese esa realidad urbano-industrial. Así perduró lo que Bernal, de la mano de Ortega y Gasset, llama el «marco incomparable» para que, con un tipismo teatralero, en el que parece que «los vecinos han aceptado el papel de comparsas», se produzca una confusión entre «amor por Sevilla y sobreexplotación de la ciudad» (pág. 293) por parte de esa burguesía propietaria urbana, que Antonio Salvat criticaba al escribir, el 24 de junio de 1917 en *El Noticiero Sevillano*, que «los disfrazados de más conspicuos sevillanófilos eran meramente unos sevillanófagos».

Las ciudades del interior

La agricultura protegida también es capaz de originar una urbanización importante. Cuando Eloy Fernández Clemente y Carlos Forcadell Álvarez exponen en *Crecimiento económico, diversificación social y expansión urbana en Zaragoza. 1900-1930* el salto desde una Zaragoza que, en 1900, no difería gran cosa de las dimensiones que tenía en la Baja Edad Media y la realidad de 1930, han de acudir para explicar esa expansión a un texto clarísimo del profesor Biescas: «El proteccionismo finisecular, tras la crisis, así como la modernización de la agricultura en la parte central de la provincia de Zaragoza, favoreció una recuperación expansiva de la

producción agraria, base de la industria harinera tradicional y del nuevo complejo remolachero; ambos sectores, el trigo-harinero y el remolachero, se desarrollarán gracias a una mayor capitalización (abonos, maquinaria...), lo que, consecuentemente, promueve el desarrollo de una industria de transformados metálicos, una industria química productora de abonos, etc., de modo que (como dice Biescas) «la recuperación de los mercados exteriores (a Zaragoza) agroalimentarios y el crecimiento de la demanda interna, propiciado por el crecimiento de la productividad agrícola, apoyaron el avance de la industrialización en el espacio central aragonés...» (págs. 438-439). Zaragoza adquirirá, pues, todo su sentido en cuanto crisol del conjunto del nacionalismo político español—la guerra de la Independencia, un conflicto esencialmente nacionalista, dio a Zaragoza y a todos los símbolos de la ciudad un talante especialísimo— y del nacionalismo económico agrario e industrial de España.

Particularidades de Madrid

Ese contorno, flanqueado por las grandes urbes de Bilbao, Zaragoza, Barcelona, Valencia y Sevilla, está centrado en Madrid. García Delgado, en *Madrid en dos siglos interesantes: la economía de una naciente capital moderna*, nos expondrá por qué la economía de la urbe Madrid tiene tan considerable importancia. Posee tres rasgos identificadores primarios: el ser el centro del hexágono de localización económica que podría llamarse Lösch-Perpiñá, con sus seis vértices en Barcelona, Valencia, Sevilla-Cádiz, Lisboa, Vigo-La Coruña y Bilbao; ostentar la capitalidad política de España y, finalmente, enlazar un sistema radial de transportes y comunicaciones. En el siglo XX se agregan dos fundamentales para explicar el nuevo Madrid: convertirse en la capital financiera de España, además de ser la sede del primer centro decisorio empresarial de la nación. Así se crea una economía presidida

por un notable sector terciario, pero con una importancia creciente del sector industrial, y, en tercer lugar, «las mantenidas y plurales tensiones que la evolución de la economía madrileña genera en el propio ámbito de la realidad urbana, metropolitana y regional» (pág. 407), como son, por ejemplo, la contraposición entre Madrid como capital y como ciudad, o bien la separación de barrios burgueses y zonas fabriles y viviendas obreras.

Quedan así las principales ciudades españolas preparadas para la expansión que, iniciada en 1940, no ha concluido todavía. Con estos ensayos—por supuesto en el libro también existen algunos tan sin interés que mejor es extender sobre ellos una especie de silencio en sí mismo condenatorio—tenemos un robusto punto de apoyo para comprender el acierto de Walter Christaller cuando colocó su libro clásico, esencial para comprender por qué, cómo y dónde aparecen las ciudades, *Die zentralen Orte in Süddeutschland* (Jena, 1933), bajo una idea fundamental: «Existe en la naturaleza más orden del que aparece a primera vista, aunque ese orden no se descubre hasta que se busca». El propio Christaller nos indicó el camino adecuado para trabajar en estas cuestiones: formular una hipótesis propia, que posea «validez de modo completamente ajeno a lo que se puede observar en la realidad, porque su validez depende únicamente de su lógica interna». Con ella de la mano, tal como hicieron los Lösch, los Isard, los Beckman, los Zipf o, más recientemente, los R. F. Muth, con su *Cities and housing* (University of Chicago Press, 1969), los E. S. Mills, con sus *Studies in the structure of the urban economy* (John Hopkins Press, 1972), los J. V. Henderson, con su *Economic theory and cities* (Academic Press, 1985), seremos capaces, sin caer en empirismos empobrecedores, de comprender más a fondo lo que suponen las ciudades en España. El avance por aquí es preciso porque debemos estar presididos todos por una idea que acertó a formular de modo perfecto Joaquín Bosque Maurel: «La humanización del espacio terrestre ha sido, y sobre todo es, urbanización».

RESUMEN

El profesor Velarde expone de qué modo, en la urbanización económica actual, existen dos etapas. La primera, basada energéticamente en el carbón, y la segunda, fundada energéticamente en el petróleo. En la primera de estas etapas tiene lugar un auge extraor-

dinario de ciudades situadas en la periferia española—de Barcelona a Bilbao—, así como de Madrid y Zaragoza. Esta nueva realidad, creada en el siglo XIX y preludio de la ocurrida desde 1940, está detrás de este trabajo que comenta.

J. L. García Delgado (ed.)

Las ciudades en la modernización de España. Los decentos interseculares

Siglo XXI Eds., Madrid, 1992. IX + 474 páginas. 3.000 pesetas.

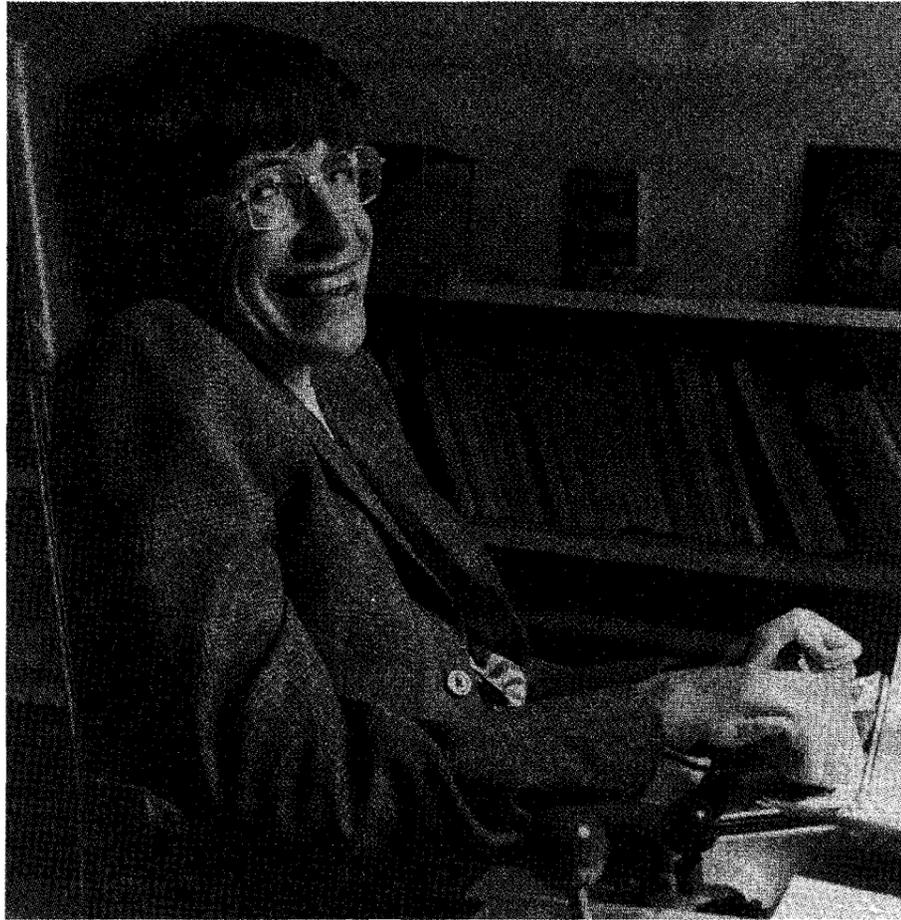
El fenómeno Stephen Hawking

Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector (1986-90), y académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido profesor de varias universidades españolas y ha investigado en varios centros internacionales sobre física de partículas elementales. Ha sido director general de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya (1980-82).

Aun sin necesidad de consultar estadísticas, creo que uno de los géneros literarios que más auge ha tenido en los últimos decenios es la divulgación científica. Prueba de que esto es así son las cifras millonarias por las que científicos famosos venden los derechos de libros de los que aún no han escrito más que el índice y que se comprometen a escribir en un par de años, seguramente con la colaboración de algún experto suministrado por la compañía editora. El concepto de divulgación científica es muy amplio y en él caben muchas cosas, desde algunas muy poco científicas a obras maestras que permiten que el gran público conozca los progresos que la ciencia realiza. Pero, en general, los libros que tienen más éxito editorial son, lamentablemente, los que se acercan más a la «anticiencia». Como me decía un amigo editor, hoy día se vende muy bien cualquier cosa que contenga una mezcla de algo de ciencia, algo de religión y algo de sexo; y cuanto más «pseudocientífico» sean la ciencia y la religión, mejor.

Quizás el exponente más característico del interés por la divulgación sea la curiosidad que despierta cualquier tema relacionado con el origen y la estructura del universo o con algunas cuestiones relacionadas con algunos aspectos, en general mal comprendidos, de la mecánica cuántica. Probablemente el ejemplo más concreto haya sido la famosa *Historia del Tiempo* que en 1988 publicó Stephen Hawking y de la que, según se dice y reconoce el propio autor, se han vendido más de ocho millones de ejemplares en muchas lenguas, más de un ejemplar por cada 1.000 habitantes del planeta. La presentación de la edición española, que agotó rápidamente 30.000 ejemplares, supuso un



Hawking a los treinta y siete años, en 1979.

CORTESIA ED. CRUJICA

acontecimiento ciudadano, con apariciones de Hawking en todos los medios de comunicación, y la conferencia que con tal motivo dio en el campus de la Universitat Autònoma de Barcelona supuso la paralización de clases en algunos centros (no precisamente de ciencias) y el desbordamiento de la capacidad del auditorio previsto a causa de la presencia de varios miles de personas, desde estudiantes de cualquier carrera hasta minusválidos.

Este interés por saber por qué caminos evoluciona la ciencia (o lo que se cree que es la ciencia) es del todo coherente con el elevado grado de tecnificación que nos envuelve. Hoy día los ciudadanos han de opinar, a través

de sus votos, sobre alternativas tecnológicas que afectan al conjunto de la sociedad y cuyos detalles no sólo desconocen, sino que, en su mayoría, están incapacitados para conocer. Incluso los políticos y los parlamentarios deberán consultar cada vez más a comisiones de expertos que les asesoren en temas de importancia fundamental. Piénsese en las decisiones relacionadas con las fuentes de energía, incluidas las de origen nuclear, o en las decisiones legales sobre aspectos de ingeniería genética. Por un lado, el avance científico-técnico requiere una especialización cada vez mayor, y por otro la sociedad quiere y debe conocer qué hacen los científicos con los presupuestos que los ciudadanos les asignan. En

general, las obras de divulgación intentan reducir el abismo creciente que separa el conocimiento de los científicos del alcanzable por el resto de la sociedad. Como el propio Hawking ha expuesto repetidas veces, lo que le llevó a escribir su famoso libro fue contribuir en esta dirección.

Sin embargo, no es fácil hacer una buena divulgación, ya que para ello se debe tener un conocimiento profundo del tema de que se trate, lo cual casi obliga a que la divulgación sea realizada por científicos activos. Pero, por otro lado, conocer el tema no es suficiente, ya que no suele ser nada fácil expresar en términos sencillos conceptos complicados. Tengo alguna experiencia, por ejemplo, de intentar describir en un breve artículo periódico la razón por la cual a alguien le han dado el premio Nobel y, tras un buen esfuerzo, comprobar que algún universitario no científico reconoce no poder pasar del primer párrafo. Además, la mayoría de científicos suelen considerar que el tiempo empleado en tales labores es un tiempo perdido y, ciertamente, las tareas de divulgación no suelen ser consideradas como méritos a la hora de evaluar el historial de un candidato en cualquier concurso de promoción.

Otra vía de divulgación

Aparte de los libros, existe otra vía de divulgación científica, la de las publicaciones periódicas, ya sea mediante noticias sueltas o mediante suplementos especializados. Las noticias, que suelen ser de agencias informativas, suelen adolecer de un defecto difícilmente corregible: cuando llegan a la redacción, no hay tiempo para que sean contrastadas, ni tan sólo para que sean traducidas correctamente, de manera que es muy difícil que la noticia aparezca de forma correcta, y aún más difícil que aparezca de forma inteligible para el público. En cambio, los suplementos especializados tienen la ventaja de que se pueden preparar con antelación y pueden contar con colaboraciones más o menos esporádicas de científicos en activo. Algunos suplementos especializados han alcanzado un éxito considerable y una calidad



FUENCISIA DEL AMO

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

muy aceptable, tal como sucede, a mi entender, con el de Medicina y sobre todo el de Ciencia y Tecnología de *La Vanguardia*, de Barcelona.

Volviendo a los libros de divulgación sería, hay que reconocer que los que tienen más éxito no siempre corresponden a las buenas obras de divulgación. Un buen ejemplo es la mencionada *Historia del Tiempo*, que muy probablemente no hubiera sido un récord de ventas si su autor no hubiera estado aquejado, desde hace casi treinta años, por una esclerosis lateral amiotrófica. Esta enfermedad, que suele evolucionar en pocos años hasta una parálisis mortal, manteniendo las capacidades intelectuales, si bien se le ha desarrollado con una lentitud muy superior a lo normal, hace años que le obliga a desplazarse en silla de ruedas y, al habersele complicado con una neumonía que obligó a extirparle la tráquea, le obliga a expresarse mediante un ordenador, con un mando especial que aprovecha el poco movimiento de una mano, y un sintetizador de voz. El que una persona con estas incapacidades se haya convertido en un gran científico, coautor de las demostraciones de los teoremas de singularidades y descubridor de la radiación (de Hawking) de los agujeros negros, entre otros muchos trabajos importantes, es algo que atrae la curiosidad y que explica el éxito de su obra, que, en mi opinión, no es ninguna maravilla de calidad. Dudo que los ocho millones de ejemplares hayan sido leídos más allá de los primeros capítulos, si es que han llegado a ser abiertos.

Éxitos editoriales

Pero los éxitos editoriales exigen prolongación con independencia de su calidad. En nuestro caso, la prolongación ha venido en forma de un documental cinematográfico con el mismo título del libro, *A Brief History of Time*, dirigido por Errol Morris, un director de la compañía de Steven Spielberg. Y la prolongación del film es el libro que comentamos, un nuevo libro que completa la película y que ya se está traduciendo a diversos idiomas y cuya edición castellana aparecerá en breve. Se trata de un libro de lectura fácil que explica algunos rasgos de la biografía del autor y profundiza en las ideas

físicas que hay tras sus trabajos, tanto de aquellos que son aceptados por la globalidad de los científicos, como los mencionados de las singularidades o de la radiación de Hawking, como de aquellos más discutibles, como la hipótesis de «no frontera» del origen del universo, que dista de estar ampliamente aceptada. De hecho, el libro no es un texto del propio Hawking, sino que consiste en un rosario de declaraciones ya sean del propio autor o de familiares, compañeros de estudios, colaboradores o de otros científicos.

Sendas biografías

Para completar el éxito editorial, hay que mencionar que Hawking debe de ser de las pocas personas de las que en un par de años se han publicado dos biografías en inglés, ambas recientemente publicadas en castellano. Se trata de *Stephen Hawking: una vida para la ciencia*, de Michael White y John Gribbin, editada por Plaza y Janés, y *Stephen Hawking: su vida y su obra*, de Kitty Ferguson, editada por Crítica. Los autores de la primera obra son científicos dedicados profesionalmente a la divulgación. La de la segunda es una música convertida en amante de la astrofísica. Parece ser que la biografía de White y Gribbin no es del agrado de Hawking, mientras sí lo es la de Ferguson, quien se ha basado en conversaciones con él y que pasa por encima de algunos cotilleos, como los relativos a su separación matrimonial o a discusiones sobre la prioridad en algunas ideas científicas. Pero la verdad es que las dos obras, así como la del propio Hawking que comentamos, se parecen mucho. Todas cuentan las mismas cosas: la apuesta entre dos de sus compañeros de una bolsa de caramelos sobre si el Hawking de doce años llegaría a ser alguien en el futuro; la poca afición al estudio de los universitarios de Oxford; su disgusto por no habersele asignado a Hoyle como director de tesis; o descripciones sencillas, más o menos parecidas, de sus teorías.

Otro aspecto que sin duda ha contribuido al fenómeno Stephen Hawking son sus declaraciones acerca del fin de la física teórica y sobre sus implicaciones teológicas. Está claro que el objetivo de un científico es describir todos los fenómenos naturales

mediante la aplicación del método científico y la formulación de teorías científicas. Pero hay dos actitudes: la de los que creen que algún día se explicará todo y se llegará al fin de la física teórica o la de los que pensamos que cada paso que se da produce un avance en nuestra comprensión científica del mundo, pero que nunca llegaremos a entenderlo todo. No es la primera vez en la historia en la que algunos han creído que se estaba cerca del final de la ciencia: ya sucedió a finales del siglo pasado, cuando la mecánica newtoniana y el electromagnetismo, junto con la mecánica estadística, parecían explicar (casi) todos los fenómenos naturales. El casi que faltaba generó precisamente las dos grandes revoluciones del siglo XX, la relatividad y la teoría cuántica.

Implicaciones teológicas

Hoy día también Hawking y otros han pensado que las teorías de supercuerdas podrían ofrecer una visión reduccionista de todo y que incluso alguna versión del principio antrópico o las teorías basadas en las sumas sobre las distintas historias, describiendo un universo sin condiciones de contorno o carcomido por agujeros de gusano, podrían dar cuenta de cuestiones tan sencillas e inexplicables como, por ejemplo, el origen y la razón de ser del universo o por qué la masa o la carga del electrón tienen el valor que tienen. Pero también es cierto que estas respuestas concretas no parecen estar a la vuelta de la esquina, y es muy probable que, incluso si las pudiéramos responder, los científicos nos preguntaríamos nuevas cuestiones en una cadena inacabable.

RESUMEN

Es cada vez más creciente, subraya el profesor Pascual, el auge de las obras de divulgación científica, aquellas que intentan reducir con rigor y no superficialidad el abismo que separa el conocimiento de los científicos del alcanzable

En cuanto a las implicaciones teológicas de la ciencia, que tanto gustan a Hawking que incluso parecen ser responsables de su ruptura matrimonial y que siempre son destacadas en sus apariciones públicas resumiéndose en la famosa frase de que al final de la física teórica «conoceríamos el pensamiento de Dios», cabría decir algo parecido a lo que dice Popper de Niels Bohr: «Era un físico maravilloso, uno de los mayores de su tiempo, pero un filósofo miserable».

Lo que es más admirable de Hawking no es que sea un gran científico, distinguido ocupante de la cátedra Lucasiana de Cambridge que con anterioridad había ocupado Isaac Newton, sino su capacidad de superación de una enfermedad degenerativa que a muchos otros les hubiera inhabilitado para cualquier actividad. Quizá la misma idea de una vida más limitada le ha llevado a aprovechar mejor su tiempo, y su dificultad para comunicarse le ha obligado a meditar más profundamente en todos los problemas, expresando sus ideas en forma concisa y profunda, cualidad que es muy apreciada por todos sus colaboradores.

Su actitud ante su enfermedad es realmente modélica para cualquiera que tenga alguna discapacidad. Su condición de minusválido le ha convertido en un modelo para muchos y en un postulante de la eliminación de barreras arquitectónicas. Su influencia ha sido decisiva en la construcción de instalaciones universitarias accesibles, como la Hawking House de la Universidad de Bristol. Por ello no fue casual que fuera Hawking quien interviniera en la sesión inaugural de los Juegos Paralímpicos celebrados en Barcelona en 1992.

por el resto de la sociedad. En esta labor se inscribe el conocido libro de Stephen Hawking, *Historia del Tiempo*, del que se han vendido más de ocho millones de ejemplares, y que constituye un fenómeno que analiza el articulista.

Stephen Hawking

A Brief History of Time: A Reader's Companion

Bantam Books, Nueva York, 1992. 200 páginas.

Filosofía de la matemática

Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

Nuestra civilización sería impensable sin hacer referencia a la matemática. En las sociedades industriales, la matemática es instrumento fundamental de los científicos, ingenieros, economistas, sociólogos, etc. Por eso en los nuevos esquemas educativos esa disciplina recibe atención prioritaria sobre los estudios humanísticos tradicionales; que esto sea un error —que lo es— no hace al caso. El hecho es que nuestra sociedad de consumo se basa en gran parte en profesionales para los cuales la matemática es una herramienta muy importante. Y lo será más en el futuro cuando, para bien o para mal, seamos todos esclavos de los ordenadores.

Esta presencia ubicua de la matemática no quiere decir que abunden los matemáticos. En realidad, los matemáticos de oficio son muy pocos. Pero son legión los consumidores de matemáticas que ni siquiera sabrían definir esta ciencia si se les preguntase. Claro es que la respuesta es muy difícil y nos lleva casi inevitablemente a filosofar sobre la matemática. Sobre este tema me propongo hacer algunas observaciones que me ha sugerido la lectura de un libro fascinante no de matemáticas, sino sobre la matemática.

Uno de los primeros misterios de la matemática es su aplicabilidad. No me refiero con ello a que los modelos matemáticos que se usan en las ciencias aplicadas sean útiles. Esto es lógico porque dichos modelos transcriben los procesos que se desea estudiar con mayor o menor aproximación y es natural que dentro de un margen de error los modelos funcionen. Lo que es sorprendente es que las leyes fundamentales de la naturaleza se describan con increíble exactitud mediante estructuras matemáticas muy abstractas y nada intuitivas. Resulta, por ejemplo, que el comportamiento de los átomos y de otras partículas menores se describe admirablemente asignando a cada estado físico un vector de componentes complejas en un espacio abstracto que puede tener infinitas dimensiones. Resulta también que la teoría de la gravitación más exacta que conocemos se basa en imponer la condición más sencilla a los parámetros de un espacio-tiempo curvo. Para Einstein, que fue el autor de esta teoría, tal perfección constituyó siempre un misterio insondable. Y para cualquier persona reflexiva también. Si la matemática es, como muchos sostienen, una creación de la mente humana, ¿cómo se explica que la naturaleza se adapte a nuestro invento? Luego volveré sobre esta cuestión.

Probablemente la primera idea abstracta de la matemática es el concepto de número. La idea de cinco, por ejemplo, representa lo que tienen en común cosas tan diferentes como cinco rosas, cinco doctrinas

filosóficas o cinco notas musicales. Por eso decía Poincaré que la matemática es el arte de designar con la misma palabra cosas muy diferentes. Sea como fuere, la humanidad llegó hace milenios al concepto de número natural que a lo largo de los siglos se fue generalizando, y hoy tenemos números negativos, racionales, reales, imaginarios, etc. Todos forman parte de nuestro acervo matemático y la cuestión es: ¿son estos números pura invención nuestra o algo más?

También muy tempranamente se descubrieron las relaciones entre diversas figuras geométricas que son abstracción de las que realmente vemos. Euclides escribió sus *Elementos* hace veintitrés siglos y este tratado de geometría estableció la forma de exponer las verdades matemáticas que se sigue desde entonces. Se definen primero los objetos matemáticos, se establecen después unos axiomas que se aceptan como verdaderos y finalmente, mediante razonamiento lógico, se llega a las verdades matemáticas o teoremas. Este método ha resultado sumamente fecundo y ha permitido la construcción de nuevas estructuras matemáticas en tiempos más recientes. En el dominio de la geometría, por ejemplo, la modificación del famoso quinto postulado de Euclides condujo a las nuevas geometrías no planas sistematizadas por Riemann.

Razonamientos apresurados

Durante el siglo XIX, muchos matemáticos se esforzaron en aumentar al máximo el rigor de las demostraciones para evitar los errores a que pueden conducir los razonamientos apresurados. Como consecuencia se buscó la manera de fundamentar la matemática sólidamente y se creó la teoría de conjuntos, que requiere un número mínimo de conceptos primarios. Por cierto que hace unas décadas se puso de moda enseñar a los niños la matemática a partir de los conjuntos y resultó un fracaso porque la mente humana procede de lo concreto a lo abstracto y no al revés. Prescindiendo, sin embargo, de consideraciones pedagógicas, la teoría de conjuntos sigue siendo muy importante en la fundamentación lógica de la matemática, y además permitió nuevos desarrollos como los números transfinitos de Cantor. Sería imposible mencionar los grandes avances de la matemática durante la pasada centuria, pero es importante señalar la enorme seguridad que los matemáticos tenían en su ciencia hacia 1900.

A principios de este siglo, la mayoría de los matemáticos, entre ellos el gran Hilbert, llevaron al límite el rigor matemático con la introducción del formalismo. Según esta doctrina, toda estructura matemática debe formularse mediante símbolos que se combinan de acuerdo con ciertas reglas lógicas. En la interpretación más exagerada de este modo de ver la matemática no importa lo que los símbolos representen. Todas las verdades o teoremas se deducirán casi mecánicamente a partir de los axiomas expresados simbólicamente y mediante la manipulación adecuada de los símbolos correspondientes. Según este esquema, la mate-

mática presente o futura sería un conjunto de sistemas formales que permitirán encontrar todas las proposiciones verdaderas de cada uno de ellos.

En 1931, sin embargo, tan bello edificio se vino abajo. Gödel demostró que en todo sistema formal suficientemente complicado para incluir por lo menos la aritmética existen proposiciones cuya verdad o falsedad no se puede decidir dentro del propio sistema. Pueden añadirse axiomas para remediar el problema, pero en el nuevo sistema formal ampliado aparecen nuevas proposiciones indecidibles. Estos resultados lógicos sobre las limitaciones de la argumentación matemática forman una nueva disciplina que llamamos metamatemática, cuyo desarrollo durante los últimos sesenta años ha confirmado y ampliado las conclusiones iniciales de Gödel. Los sistemas formales, por tanto, no agotan las verdades de las correspondientes estructuras matemáticas y no nos permiten acceder a todos los posibles teoremas.

También a principios de este siglo apareció otra doctrina sobre la fundamentación de la matemática. Es el intuicionismo propugnado por Brouwer. Parte de la idea de que el concepto de número entero es intuitivo y lo entendemos todos. Ya había dicho Kronecker en el siglo pasado que el número natural era invención de Dios y lo demás de los humanos. Pues bien, según Brouwer debemos aceptar como dados los números y construir a partir de ellos y por puro razonamiento lógico el resto de las matemáticas. Por ello este esquema intuicionista se denomina también constructivista. A partir de los números debemos ir construyendo poco a poco el edificio matemático. El fallo de esta doctrina es que hay ramas enteras del saber matemático ya conocido que no se pueden construir de este modo. El intuicionismo, por tanto, tampoco agota las verdades matemáticas y no nos permite acceder a todos los posibles teoremas.

Resultado que ni el formalismo ni el intuicionismo son métodos que garanticen el acceso a todas las verdades matemáticas que podemos alcanzar por vías menos rígidas, pero no menos convincentes. Incluso hay conjeturas, algunas tan clásicas como el llamado último teorema de Fermat, que no se sabe cómo podrán probarse o rechazarse alguna vez. El propio concepto de lo que los matemáticos consideran una demostración satisfactoria pudiera cambiar en el futuro. A lo mejor nuestros descendientes aceptan como demostración la inducción incompleta comprobada en miles de millones de casos particulares mediante computador. En cualquier caso, el problema del acceso a todas las verdades matemáticas es un problema pendiente.

Para que quede claro cuanto sigue, conviene delimitar la diferencia entre invención y descubrimiento. La invención consiste en la combinación de elementos conocidos para conseguir algo novedoso; así, un nuevo instrumento o una poesía son invenciones. El descubrimiento es otra cosa. Consiste en poner de manifiesto algo que ya existía, pero que nadie había visto antes; así fue un descubrimiento la circulación de la sangre o la corriente eléctrica. La invención es fruto de la imaginación dentro de una libertad de elección. El descubrimiento también requiere frecuentemente imaginación, pero ajustada a la observación o a otros condicionamientos.

Establecida esta distinción, es pertinente la siguiente pregunta: ¿es la matemática invención o descubrimiento? Dicho de otra manera, las verdades matemáticas ¿son producto de la mente humana o están ahí esperando ser descubiertas? Es una pregunta de difícil respuesta y por eso hay tantos y

tan distinguidos matemáticos que opinan de una manera como de la contraria.

Tal vez se pueda matizar la pregunta distinguiendo entre la definición de objetos matemáticos y la deducción de sus propiedades que expresamos en forma de teoremas. Con esta distinción puede pensarse que la definición es algo arbitrario que caería dentro de la invención, mientras que los teoremas que se deducen lógicamente no son arbitrarios y serían, por tanto, descubrimientos. En lo que antecede se supone que los axiomas son parte de la definición. Esta solución salomónica no satisface a nadie, porque si se analiza el asunto con más detenimiento (cosa que no puedo hacer aquí) se ve que las dos posturas filosóficas son antagonicas.

Platonismo matemático

Anticiparé que yo me inclino a pensar que los objetos y estructuras matemáticas están ahí y nosotros las vamos descubriendo. Pertenezco, por tanto, al grupo de los adictos al platonismo matemático, doctrina que aceptan muchos eminentes matemáticos. He aquí algún ejemplo sencillo que me hace pensar de esta manera. Consideremos el teorema de Pitágoras. ¿Es una propiedad de los triángulos rectángulos?, ¿es el triángulo rectángulo una invención que procede de una definición arbitraria? Obviamente no. El triángulo rectángulo es la identificación de una clase de triángulos a los cuales damos un nombre para distinguirlos de los demás. Pero los triángulos rectángulos estaban ahí antes de que nadie les diera un nombre. Luego la definición no es una invención, sino una identificación bautizada con un nombre. El teorema de Pitágoras es ya consecuencia necesaria de la definición y de los axiomas de la geometría euclídea, que no es única, pero que no es contradictoria.

Recientemente tenemos nuevos ejemplos que me confirman en mi postura a favor del platonismo matemático. El conjunto de Mandelbrot, bellísimo y complicadísimo en su representación gráfica, ¿fue un invento o estaba ahí esperando ser descubierto? Para mí que ya existía aunque nadie lo hubiera sospechado.

En los párrafos anteriores y en relación con el platonismo matemático he usado varias veces la expresión de que los objetos y teoremas matemáticos estaban ahí antes de ser descubiertos. Pero ¿dónde es ahí? Ciertamente no en un sitio concreto localizable en el espacio. Los objetos y teoremas matemáticos están tal vez en todas partes. Algo parecido dicen los teólogos de Dios.

Otra forma de enfocar el problema es pensar que las verdades matemáticas están escondidas en la estructura profunda del mundo y se nos manifiestan en todas las cosas. Esto permitiría dar respuesta a la cuestión formulada más arriba en relación con la sorprendente capacidad de la matemática para expresar las leyes de la naturaleza. Si la matemática está en la propia naturaleza, lo raro sería que no pudiera describirse por la propia matemática que nosotros hemos descubierto.

En el próximo número

Artículos de Emilio Lorenzo, Francisco Marsá, Darío Villanueva, Román Gubern, Guillermo Carnero, Enrique Cerdá Olmedo y Claudio Prieto.

RESUMEN

Carlos Sánchez del Río hila unas reflexiones sobre la matemática que surgen tras la lectura de un libro, que él califica de fascinante, no de matemáticas sino sobre la ma-

temática, esa ciencia cuya definición cualquiera cree saber hasta que tiene que definirla. Sánchez del Río intenta, por su parte, describir qué es la matemática.

John D. Barrow

Pi in the sky

Clarendon Press, Oxford, 1992. 317 páginas. [3.800 pesetas].

Una traducción imposible

Por Emilio Lorenzo

Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de *El español de hoy*, lengua en ebullición, *El español y otras lenguas* y de una edición de *Obras Selectas* de Jonathan Swift.

Uno de los desafíos más insultantes de un escritor fue el de proclamar el hermetismo de su obra para tener ocupados durante siglos a los eruditos de todo el mundo y asegurarse así la inmortalidad. El escritor en cuestión era James Joyce y la obra *Ulises*, libro que hoy cualquier persona culta pretende haber leído opinando, según los casos, que no tiene nada de particular o que es la obra narrativa más importante del siglo.

Pero lo que iba a traer de cabeza a los eruditos no era *Ulises*, sino *Finnegans Wake*. Elaborada a lo largo de diecisiete años como culminación del experimentalismo literario del autor y recibida, al publicarse, con casi unánime rechazo, tuvo *Anna Livia Plurabelle*, el capítulo traducido al español que hoy comentamos, la suerte de ser vertido al francés y al italiano con el refrendo explícito de Joyce, primera autoridad en el equipo traductor de una y otra versión. Hay también otros intentos españoles: al gallego, al catalán y al castellano.

Se ha probado además a «traducir» el «comienzo» (es decir, la continuación del final) de la obra definitiva de Joyce. Un intento muy logrado es el de Ramón Buenaventura, quien menciona otro de Juan Benet con el mismo pasaje (12 líneas). La coincidencia no es mera casualidad. De las líneas iniciales del libro, en su primera versión, tenemos una clave del propio Joyce. Esta clave, decíamos en 1982, «no significa... más que una leve ayuda para penetrar en el zaguán de este gran monumento de la literatura críptica... y descorridas las cortinas... seguimos sumidos en las tinieblas». La versión de Buenaventura en tres sábados de abril de 1981 con original explicación personal da idea al lector de las dificultades que entraña el acercamiento.

Pese a estos antecedentes, la difusión de *Finnegans Wake* en España no refleja el



ALFONSO RUANO

mismo interés que despertaron otras. Lejos queda esa versión histórica de Alfonso Donado (= Dámaso Alonso) en 1926, ya anticipada en el prólogo de Marichalar en la *Revista de Occidente* (1924).

De *Ulises*, con dos traducciones y varias reimpresiones, habla hoy el mundo hispánico con cierta familiaridad. Uno se pregunta cuántos lo habrán leído. *Finnegans Wake* sospechamos que no lo ha leído nadie. Lo más parecido a una lectura son los intentos mencionados y esta traducción del capítulo preferido por el autor, el más famoso y transparente del libro. Nadie con más títulos que García Tortosa y sus colaboradores para emprenderla. De su grupo proceden Manuel Almagro y José Carnero, autores de

dos de las más importantes aproximaciones a este autor en España (Sevilla, 1985, 1989).

Pero el interés por Joyce en Sevilla viene de antes. En 1982, con motivo del centenario, se celebró un simposio internacional centrado en su obra. De *Finnegans Wake*, que sepamos, nadie ha acometido su «traducción». Sabemos de la francesa de Lavergne (Gallimard, 1982) y de una alemana de D. H. Stündel presentada, no impresa, en la feria de Francfort en 1991 (se veía pero no se hojeaba) de la cual se conocen fragmentos. Ninguna ha recibido aplauso unánime. Mas parece claro que la traducción en equipo es garantía de perfección. Igual que en Sevilla, hay un equipo traductor en la Universidad de Francfort cuyas muestras pasan por ser las mejores. Pero hay que recordar que también las dos traducciones hechas en vida de Joyce con su participación son producto de una tarea colectiva (ocho personas en la francesa, tres en la italiana).

No obstante, los responsables de este libro se limitan a afirmar que «esta edición constituye un enorme esfuerzo por acercar lo más posible al lector la esencia y el sentido de la obra». No hay engaño. El propio García Tortosa se plantea la pregunta: «¿No sería más fácil y útil que el posible lector aprendiera inglés y se informara de los motivos y técnicas de Joyce? Indudablemente que sí, pero la traducción de *Finnegans Wake* es algo más que una tra-

ducción, o algo menos, según se mire, y adquiere siempre el grado de recreación» (págs. 110-111). «Recreación» es la palabra que se repite una y otra vez en estas «traducciones», sobre todo en la francesa e italiana. Hay que decir que ninguna de estas dos abarca el capítulo entero, sino sólo dos fragmentos. García Tortosa sostiene, y con razón, que «una traducción literal de la obra... no es posible ni siquiera al inglés estándar», pero sí considera posible «someter una lengua determinada (en su caso el español) a la misma experimentación que Joyce empleó con el inglés partiendo de iguales premisas y tratando de conservar el mayor número de registros, juegos de palabras, alusiones, etc., del original».

Ramificaciones semánticas

No soy el lector adecuado para juzgar si lo conseguido va a beneficiar al lector. Creo que sí, porque aparte de la recreación lograda con tales premisas, éste recibe, página a página, un resumen de lo tratado en cada una, y no sólo no soy adecuado, sino que soy el menos indicado de los jueces, porque tras dedicar más de 50 lecciones a comentar cuatro páginas de la obra en dos cursos de doctorado, descubro



En este número

Artículos de			
Emilio Lorenzo	1-2	Guillermo Carnero	8-9
Francisco Marsá	3	Enrique Cerdá Olmedo	10-11
Darío Villanueva	4-5	Claudio Prieto	12
Román Gubern	6-7		

SUMARIO en página 2



Una traducción imposible

necesariamente otras cosas y «ramificaciones semánticas» (la expresión es de García Tortosa) distintas de las reveladas por los estudiosos de Sevilla. No pretendo decir que las mías sean más acertadas; sí que cada lector hace su propia interpretación de lo leído. Así, no debe extrañarnos que la traducción de Lavergne (1982) tenga tan poco en común con la revisada por Joyce en 1930, ni que tan alejadas de tono se presenten las versiones alemana de Stündel y Rathjen (*Finnegans Wake*, «deutsch», Suhrkamp, Francfort, 1989), pese a semejanzas formales evidentes.

Dice García Tortosa en su iluminadora y documentada introducción que hacia 1927 el episodio o capítulo que nos concierne «comienza a llenarse de nombres de ríos» y «durante tres años continúa añadiendo decenas de ríos hasta alcanzar los 800 o 1.200». Esta imprecisión numérica revela el desigual impacto que la lectura ejerce sobre el lector. También lo es el comentario, reproducido en nota, de Max Eastman tras oír recitar a Joyce unas líneas de este capítulo: «Había metido los nombres de 500 ríos, aunque

yo no percibí ninguno». Yo, con gran atención y fantasía, llegué a inventar hace once años unos 300, pero no pasé de ahí. Nuestros traductores de ahora declaran haber conseguido 800 en su versión española. No he intentado encontrarlos. Creo que el número es secundario, aunque no el tema. Por eso el segundo fragmento de la versión italiana (1940) se titula apropiadamente *I Fiumi Scorrano*, algo que en la primera de las 17 versiones del capítulo no estaba previsto, como queda apuntado. Es posible que, atlas en mano, si en vez de partir del río Liffy, en Dublín, hubiera escogido nombres de ciudades, se habrían conseguido resultados semejantes. Pero Liffy era Livia y el episodio cuenta de unas lavanderas que de una orilla a otra del río hablan sobre los trapos sucios, de Anna Livia y su marido, en sentido literal y figurado. Naturalmente, los nombres de los ríos están distorsionados, a tono con la narración, en un alarde de manipulación verbal que los traductores han aprovechado con imaginación y recursos. Por citar sólo lo conocido, el Guadalquivir, que en Joyce es «gaudyquivity» (alegre + temblón), se convierte en «guarralquivir»; «manzinahurries» («manzana», deformación de manzana + «hurries», prisas). García Tortosa señala cómo «ebrius» se convirtió en «ebro»; o «Evro» (también escondido en «geboren») y «whoever» en «whuebra» (= Huebra).

Palabras funcionales

García Tortosa hace hincapié en la introducción en la elevada proporción –casi un 90 por 100– de voces de diccionario que constituyen el léxico de la obra. Esto acaso sea exacto para ciertos pasajes del texto, pero no en general. Hay segmentos en que, diccionario en mano, sólo se identifican las «palabras funcionales» (pronombres, preposiciones, conjunciones, ciertos adverbios, verbos auxiliares). Como muestra, véase el final de la página 199: «(the) ricka and roya romanche, Annona, geboren aroostokrat Nivia, dochter of Sense and Art, with Sparks' pirryphlickathims funkling her fan, anner frostivying tresses dasht with virevlies». ¡Poco traslucido! Mas hay también secuencias del discurso donde es posible reconocer casi

todas sus piezas. Así en página 196: «He's an awful old reppe. Look at the shirt of him! Look at the dirt of it! He has all my water black on me. And it steeping and stuping since this time last wik. How many goes is it I wonder I washed it? I know by heart the places he likes to saale, dudurdy devil! Scorching my hand and starving my famine to make his private linen public...», recreado como: «Es un viejo carona asqueroso. ¡Mira qué camisa! ¡Mira qué sucia! Me tiene tol agua ciénegra. Y en sopapa y en emplasta desde el vikingo pasao astahora. ¿Lo habré lavao veces? ¡Me sé de memoria los sitios que gusta engolfar dudublercordiante! Frisando mis manos y apiolando gazuzas para hacer públicos sus sucios pingajos...».

Admite, sin duda, el original de Joyce otras lecturas. Yo mismo, al ver la traducción por primera vez, he discrepado de la propuesta sevillana. Y hay también notables diferencias entre la primera versión del final del capítulo hecha por García Tortosa hace años y la definitiva de Cátedra. Ello revela «la cualidad multirreferencial y plurisignificativa» (Carnero) del texto. Estoy seguro de que el trío traductor tendría individualmente otras opciones disponibles. Pero esto entraba en los planes de Joyce, quien, por otra parte, no hacía hincapié en lo que se llama una traducción fiel y comprensible, sino en una secuencia de imágenes y sonidos grata al oído. Y a este objetivo es al que García Tortosa y sus colegas han sacrificado obvias correspondencias entre original

y traducción. ¿Es realmente necesario convertir «last wik» en «vikingo pasao»? ¿Y «dudurdy devil», que, leído, entendemos como «the dirty devil», por qué ha de complicarse en un «dudublercordiante»? Los cientos de ríos que inundan el capítulo causan destrozos y un «carona» de la traducción nos remite a Garona, mas también insinúa –así de oblicuas son las alusiones– «carroza» y «carroña». El río Saale, sin disfraz, se convierte en verbo precedido de la partícula de infinitivo. El contexto parece exigir «to soil» («ensuciar»), pero se ha preferido «engolfar», que parece acertado. Hay que aplaudir «apiolando gazuzas» para resolver el original oxímoron «starving my famine» («matando de hambre mi hambruna»).

¿Han logrado nuestros traductores su objetivo? Creemos que el resultado es positivo, pues gracias a ellos tenemos hoy el intento más afortunado de adentrarse en los misterios y recovecos de la obra más innovadora y hermética de la lengua inglesa. Si alguien quiere jactarse en lo sucesivo de haber penetrado –no recorrido, ni mucho menos– ese mundo oscuro, ese sueño nocturno que pretende ser universal, desvelado y velado a la vez en esa vela, despertar, velatorio, estela y duermevela implicados en la voz «Wake», habrá de agradecerse a estos profesores de Sevilla que, aprovechando todos los recursos a su alcance, ponen en manos del lector hispano los pertrechos que han de facilitarle el acceso a una experiencia intelectual única. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Aunque Joyce pretendiera tener ocupados a los eruditos durante siglos dándole vueltas a su libro capital, *Ulises*, hay una obra de Joyce que en su ininteligibilidad causa insuperables quebraderos de cabeza. Se trata de *Finnegans Wake*, un texto inclasificable,

inabordable, con el que culminó Joyce su experimentalismo literario. Un intento de traducir, de «recrear», una parte de este texto da ocasión a Emilio Lorenzo, experto conocedor de la filología inglesa, a echar su cuarto a espadas.

James Joyce

Anna Livia Plurabelle

Traducción de F. García Tortosa, R. Navarrete y J. M. Tejedor. Cátedra, Madrid, 1992. 181 páginas. 690 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Una traducción imposible», por Emilio Lorenzo, sobre <i>Anna Livia Plurabelle</i> , de James Joyce	1-2
«Judíos españoles: política y filología», por Francisco Marsá, sobre <i>Los israelitas españoles y el idioma castellano</i> , de Angel Pulido, y <i>El judezmo. El dialecto sefardí y su historia</i> , de Coloma Lleal	3
«La nueva sociología literaria», por Darío Villanueva, sobre <i>Les règles de l'art</i> , de Pierre Bourdieu	4-5
«Crónica sentimental de la radio española», por Román Gubern, sobre <i>La radio en España. 1923-1993</i> , de Lorenzo Díaz	6-7
«De Pulgarcito a Luis XIV», por Guillermo Carnero, sobre <i>La Peinture</i> , de Charles Perrault	8-9
«Ciencia para dar y ciencia para vender», por Enrique Cerdá Olmedo, sobre <i>Wissenschaft für den Markt</i> , de Ernst Peter Fischer	10-11
«La música como "cuarto poder"», por Claudio Prieto, sobre <i>Música, poder, armonía</i> , de R. J. Stewart	12

Judíos españoles: política y filología

Por Francisco Marsá

Francisco Marsá (Portbou, Gerona, 1924) es catedrático de Filología Española y director del Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de Barcelona. Es numerario de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Es fundador y presidente (1986-90) de la Sociedad Española de Lingüística.

Las celebraciones de 1992 han pasado como bandada de pájaros. Entre la bruma del pasado reciente ya sólo vemos la popa de la nao capitana, el atardecer de la Granada recobrada, el colofón de la gramática nebricense. Apenas un rumor sobre la expulsión de los judíos españoles. Los que fueron hace cinco siglos considerados hermanos indignos han sido ahora extranjeros lejanos. Menos mal si fuera el cargo de conciencia la causa de la sordina, porque podría significar el principio de una reparación que ya tarda demasiado.

A mediados del año conmemorativo apareció un libro que merece ser leído. Se trata de la reproducción facsimilar de la obra de Angel Pulido titulada *Los israelitas españoles y el idioma castellano*, publicada en primera y única edición por Sucesores de Rivadeneira en 1904. La parte doctrinal del libro está dividida en seis capítulos, reproducción de los seis artículos que el autor había publicado en la revista *La Ilustración Española y Americana*. Completan la obra el texto del discurso dirigido al Senado por el autor, once cartas (una del propio autor y las demás de relevantes personalidades españolas y extranjeras) sobre el mismo tema y otros documentos. El conjunto de la obra constituye una importante aportación de datos sobre la situación de la lengua española hablada en los distintos lugares de residencia por los descendientes de los judíos expulsados de España, un emocionado homenaje al amor con que los sefardíes conservan su lengua, una denuncia de la indiferencia de las instituciones españolas en esta cuestión y una llamada para que se tome conciencia en España de las ventajas de todo orden —político, cultural, literario y económico— que reportaría prestar la debida atención a un hecho histórico tan singular y significativo.

Viva actualidad

Si no ocurriera con tanta frecuencia, debería sorprendernos la viva actualidad de un libro escrito noventa años atrás. Cuanto en él se dice sigue vigente hoy y cuanto en él se reclama sigue desatendido. El autor dedica el libro «al Ministro de Estado, a la Academia de la Lengua, a las Cámaras de Comercio y a la Asociación de Escritores y Artistas». El ministro de Estado escuchó el discurso dirigido al Senado y contestó que «por mi parte haré cuanto pueda». No hay que hacer gran esfuerzo para imaginar cuánto fue lo que hizo. Y no hay ni que imaginar siquiera para saber qué hicieron todos aquellos que —con el mismo u otros nombres, pero con la misma responsabilidad— le han sucedido en el Ministerio hasta nuestros días.

También estaba presente el día del discurso el señor conde de Casa-Valencia, senador y académico de la Española, que no debió de prestar mucha atención, ya que en su intervención posterior demostró no haber entendido nada.

El académico Gregorio Salvador, en conferencia inaugural de unas jornadas sobre los judíos españoles titulada «La Real Academia Española ante la lengua y literatura de los sefardíes» (pronunciada en la Universidad de La Laguna el día 25 de enero próximo pasa-



ANTONIO LANCHO

do), parte de la desafortunada intervención del señor conde de Casa-Valencia para seguir el hilo de la actividad académica relacionada con este asunto. El profesor Salvador ha tenido la amabilidad de confiarme el texto de su conferencia. Al comentar la sesión de la Real Academia Española inmediata posterior al discurso del senador Pulido y las intervenciones de varios académicos, resume su impresión en esta frase: «No es de extrañar que, con tales fantasmones en el machito, la política lingüística haya sido lo que ha sido en España, que el Instituto Cervantes apenas tenga un año de vida y que el judeoespañol esté abocado a su desaparición como seguramente se augurará, me temo, en estas jornadas».

El pesimismo del profesor Salvador está más que justificado. La actitud de las instituciones no ha cambiado. Ignoramos qué hicieron en aquella ocasión las Cámaras de Comercio y la Asociación de Escritores y Artistas, también invocadas por Angel Pulido en su dedicatoria, ni qué hayan podido hacer a partir de entonces. No habrá sido mucho si su acción se mide por los resultados obtenidos. Tampoco otras muchas instituciones, algunas de las cuales han presumido del más acendrado y patriótico hispanismo, pero no han prestado ninguna atención a la lengua sefardí como vehículo de expansión comercial ni a su literatura como proyecto de integración cultural. Aunque acaso no lo suficiente, algo se ha avanzado en el interés por el aspecto estrictamente filológico del dialecto sefardí. La bibliografía sobre este tema es hoy abundante y no faltan obras de calidad.

Una de ellas, de apariencia modesta, merece ser presentada. Se trata del libro *El judezmo. El dialecto sefardí y su historia*, de la profesora Coloma Lleal, de la Universidad de Barcelona. En este ensayo se revisan críticamente las grandes simplificaciones que acerca del dialecto sefardí se han ido acumulando con el tiempo. La revisión se apoya en los textos que a tal efecto se aportan y presta especial atención tanto al proceso evolutivo del dialecto como al hecho de que haya que considerarlo una más de las variantes diatópicas y diastráticas del español. El estudio parte de la lengua de los judíos españoles en la Edad Media, en el torbellino de la conformación de los romances hispanos, hasta el momento de la diáspora consiguiente al decreto de expulsión. En los capítulos siguientes se presta especial atención a los lugares de destino de las comunidades sefardíes y a la influencia que, en mayor o menor medida, ha tenido el nuevo entorno lingüístico. Hasta llegar a la situación actual del judezmo, cuyas

circunstancias —en palabras de la autora— «no parecen vaticinarle un futuro halagüeño». Esta razonada y razonable opinión coincide con los temores expuestos por Gregorio Salvador en su conferencia y por Angel Pulido en su libro. Es decir, la filología nos conduce también a reconocer el fracaso en el campo de la política lingüística en España.

Porque la verdad es que el libro de Pulido no pretende estudiar el dialecto judeoespañol desde el punto de vista filológico ni explotar sus emotivas noticias sobre la fidelidad de los sefardíes a la lengua española —a pesar del tiempo y la distancia— con una finalidad sentimental y patriótica. Como indica ya el prologo de la segunda edición, Jacobo Israel Garzón: «Lo cierto es que Pulido sitúa su campaña bajo una rúbrica harto elocuente: intereses nacionales». Y así aparece, en efecto, en la portada del libro. Angel Pulido, médico de gran prestigio, senador e incansable viajero, descubre las posibilidades prácticas de aprovechar la fidelidad idiomática de los sefardíes para atraerlos a una fructífera relación con España. Tal como sintetiza el propio autor: «Se comprende muy bien que con la lengua van unidos otros intereses de mayor cuantía, por lo que estamos en el caso de conservar, fomentar y difundir la una para que nos sirva de medio de conservar, fomentar y difundir los otros». Compara la diligencia con que otros países (Francia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos) cuidan la expansión de su lengua en el extranjero con la falta de interés de España, que desaprovecha la existencia de las comunidades sefardíes, hispanohablantes y sentimentalmente vinculadas a la patria histórica.

La «Alliance Française», el «Goethe Institut» y el «British Council» llevan años (y al-

guno más de un siglo) defendiendo y difundiendo sus respectivas lenguas allende sus fronteras. A ello y a sus consecuencias en todos los órdenes se refiere también Angel Pulido. Y hace apenas un año se ha puesto en marcha el Instituto Cervantes. De que llega tarde no cabe duda. Y no sabemos cuánto cabe esperar de su capacidad para afrontar el «problema de interés nacional» que es la difusión de nuestra lengua en el extranjero para favorecer el «engrandecimiento de nuestros intereses lingüísticos, literarios y mercantiles». (Claro está que las palabras entrecomilladas no son mías; son de Pulido.)

Últimas manifestaciones

Es verdad que Juan Pablo Forner se precipitó al celebrar, dos siglos atrás, *Las exequias de la lengua castellana*. Ojalá pudiera decirse lo mismo, dentro de dos siglos, acerca del dialecto sefardí. La profesora Lleal, en el último párrafo de su estudio filológico, reconoce que «el número de judezmohablantes activos se ha reducido considerablemente». La presión del nuevo hebreo y del inglés a través de la enseñanza y de los medios de comunicación, la progresiva desaparición de periódicos sefardíes, la inexistencia de una televisión propia y la ausencia de una norma unitaria para las distintas variantes son fenómenos que no permiten alimentar una razonable esperanza sobre el futuro del dialecto sefardí. Según las palabras de Coloma Lleal, «es probable que estemos asistiendo a las últimas manifestaciones del judezmo, que acabará siendo el «fósil» de que hablaban algunos, presente sólo en las manifestaciones que han llegado hasta nosotros».

Este era, precisamente, el temor del senador Pulido noventa años atrás. Lamentamos ahora comprobar cuán inútil fue su lucha contra la desidia, la falta de visión y la indiferencia de los responsables de la defensa de los intereses de España y de su proyección en el exterior. En 1990 se concedió el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia a las comunidades sefardíes repartidas por el mundo. Acudieron a recogerlo representantes de Israel, Grecia, Turquía, Estados Unidos, norte de África y de algunos países iberoamericanos. En nombre de todos habló, en su entrañable dialecto, el más anciano de los sefardíes allí reunidos. «A los tres minutos nos había puesto a todos el alma atravesada en la garganta». También esta cita la debemos a Gregorio Salvador (*ABC*, 6-3-91), que ha insistido reiteradamente sobre la escasa atención prestada en España a la proyección de su lengua fuera del ámbito nacional. Y también dentro, que todo hay que decirlo. Ni el senador de antaño, ni los filólogos de hoy, ni nadie, puede ya remediar lo consumado. El Premio a la Concordia y la emoción de un día no han sido sino un tardío brindis al sol.

RESUMEN

Han pasado ya, recuerda Marsá, como una bandada de pájaros las celebraciones del 92, y apenas ha producido un rumor la conmemoración de la expulsión de los judíos españoles. La reedición facsimilar de un texto de hace noventa años sobre la situación de

desentendimiento de la cultura sefardí, junto a otras obras parecidas publicadas no hace mucho, le da oportunidad de llamar la atención sobre el abandono que sufre esta cultura, aunque se esté prestando cierta atención filológica al dialecto sefardí.

Angel Pulido

Los israelitas españoles y el idioma castellano

Riopiedras, Barcelona, 1992. 246 páginas. 2.000 pesetas.

Coloma Lleal

El judezmo. El dialecto sefardí y su historia

Universitat de Barcelona, Barcelona, 1992. 99 páginas. 2.000 pesetas.

La nueva sociología literaria

Por Darío Villanueva

Darío Villanueva (Villalba, Lugo, 1950) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad de Santiago de Compostela, de cuya Facultad de Filología fue decano. Ha sido visitante o conferenciante en universidades de Argentina, Canadá, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Portugal y Suiza. Entre sus últimos libros se encuentran *El polen de ideas* (Teoría, Crítica, Historia y Literatura comparada) y *Teorías del realismo literario*.

Los editores le han ceñido a este libro un fajín muy vistoso en el que se lee: «Le «Flaubert» de Bourdieu». Se trata, evidentemente, de una pura estrategia de mercaduría, es de suponer que ajena al propio autor, pues el título y el subtítulo de la obra nada aportan que pudiera justificar semejante reclamo, fundado, no obstante, en esa especie de rito de consagración que se reserva en Francia a los intelectuales ya reconocidos cuando osan escribir «su» libro sobre el autor de *Madame Bovary*. Veinte años atrás, Jean-Paul Sartre había aceptado ese desafío con *L'Idiot de la famille*, mas no creo que éste haya sido el propósito del famoso sociólogo, profesor del Collège de France, Pierre Bourdieu, al que recientemente otro especialista en Flaubert, Pierre-Marc de Biasi, volvía a calificar como «l'enfant terrible des sciences de la société» en el país vecino.

Una vez más, la mediación editorial ejerce sutilmente su prevalencia sobre la pura creación intelectual, porque lo que Bourdieu ha pretendido es, a mi parecer, reivindicar una nueva sociología de la literatura que dé fin a las horas bajas que esta posibilidad de trabajo viene experimentando desde hace varios decenios, y en segundo término, difundir un auténtico manifiesto a favor de la recuperación por parte de los intelectuales de su voz genuina en el seno de esta sociedad que el propio Bourdieu se resiste a calificar de postmoderna, aunque el diagnóstico que realiza de ella coincide punto por punto con lo que venimos admitiendo como tal.

El ámbito específico

El que para ello recurra en principio a *L'Éducation sentimentale* no significa, no obstante, que sea Flaubert el eje de esta obra. De hecho, a él está dedicado el prólogo, y en el capítulo primero del libro propiamente dicho se le concede igualmente un lugar destacado. Pero a partir de entonces decrece notablemente esta atención. En todo caso, Flaubert, junto a Baudelaire, desempeñó el liderazgo de un movimiento trascendental: la constitución de lo que Bourdieu, recurriendo a su propia terminología sociológica, denomina «champ littéraire», esto es, el ámbito específico de la Literatura entendida como un universo aparte sometido a sus propias leyes éticas y refractario a admitir cualquiera otra forma de reconocimiento y distinción que no sea la que los propios escritores se otorgan a sí mismos. Un campo esencialmente autónomo, no dependiente de las estructuras del poder económico y político para adquirir un reconocimiento social que artistas como los mencionados desprecian por burgués.

Bourdieu emplea la primera parte de su libro en trazar la emergencia, afianzamiento y consolidación de la autonomía de este campo, proceso que coincide en Francia con el Segundo Imperio, y se plasma finalmente en una estructura paradójica (o



FRANCISCO SOLE

«quiasmática»): el escalafón de los escritores según los beneficios comerciales obtenidos por sus obras es inversamente proporcional a su prestigio verdaderamente literario. En el primer caso actúa un principio «heterónimo» de jerarquización externa que promueve amplios mercados y una pervivencia de ciclo corto a la literatura industrial, mercenaria, burguesa. Por el contrario, existe otro mercado restringido, pero de amplia perdurabilidad, en donde las producciones literarias (y pictóricas o artísticas en general) son acogidas y consagradas por los propios productores. Tras todo ello están, por supuesto, dos «lógicas económicas» opuestas, que en el caso de Flaubert se quintaesencian en aquella bizarra declaración de su carta al conde René de Maricourt de 4 de enero de 1867: «... une oeuvre d'art digne de ce nom et faite avec conscience est inappréciable, n'a pas de valeur commerciale, ne peut pas se payer. Conclusion: si l'artiste n'a pas de rentes, il doit crever de faim! (...) Nous sommes des ouvriers de luxe; or personne n'est assez riche pour nous payer».

Y como corolario de ese purismo numentino que no obstante algunos —como Zola— fueron capaces de resolver en términos más realistas, surge con toda autoridad la figura (y función comunitaria) del intelectual, que se afirma interviniendo en el campo político «en nombre de la autonomía» tan esforzadamente obtenida y en defensa de los valores específicos del campo literario y artístico, cuya independencia de los otros poderes sociales es ampliamente reconocida.

Estos son los cimientos históricos de que se sirve Bourdieu para desarrollar en los dos tercios restantes de su obra sendas propuestas que tienen mucho que ver con nuestra situación finisecular, y precisamente por ello dotan a *Les règles de l'art* de un valor del que con toda certeza carece en cuanto a aportación al conocimiento de Flaubert. El libro adolece, por lo demás, de una cierta improvisación de la que el propio Bourdieu no reniega: «souvent j'ai écrit pour savoir ce que je pensais», declaraba al *Magazin Littéraire* hace unos meses. No se encontrará, pues, en él el rigor, el equilibrio y la ex-

haustividad que en las obras puramente académicas se imponen, sino una libertad de pensamiento y expresión que no excluye la diatriba y el proselitismo, como el «Avant-propos» y el «Post-scriptum» de *Les règles de l'art* muestran en relación, precisamente, con los dos objetivos que he adelantado como centrales para Bourdieu.

En efecto: el sociólogo comienza atacando el concepto «esencialista» de la Literatura como expresión sublime del espíritu sin la que los seres humanos nunca alcanzaríamos la condición cabal de tales, y lo hace a costa de ciertas citas tomadas de *Le Don des morts*, de Danielle Sallenave (Gallimard, París, 1991). No me parece del todo justa la inquina de Bourdieu, pues el libro en cuestión fue escrito asimismo para reivindicar que, incluso en la posmodernidad, no puede concebirse una cultura sin libros, pues en ellos está, como herencia de los que ya se han ido, el mejor legado posible. Tan sólo me asombra que la ensayista haya sido capaz de desarrollar durante casi doscientas páginas esta idea recurrente con el concurso de numerosas autoridades (entre ellas Bourdieu) sin saber del «vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos», de nuestro Quevedo.

Universales literarios

Este esencialismo, inspirador de «universales literarios» y otras aporías, le parece a Bourdieu sumamente perjudicial para el conocimiento del fenómeno literario, que desde su visión no se puede alcanzar sino desde el convencimiento de que todo es social, y la Literatura también. Algo hay de desafío en esta rotunda afirmación prologal, antes de que se nos revele cómo el origen del libro está en un seminario sobre historia social de la Literatura y el Arte impartido en la «Ecole Normale Supérieure» de París en 1973. Por aquel entonces estaba empezando a tenderse sobre la sociología de la literatura el pesado velo del descrédito académico por lo magro de sus resultados y el mecanicismo con que las escuelas marxistas más o menos oficiales la habían estado desarrollando.

Mas el fondo del asunto no necesita mayor defensa: la primera teoría literaria, tanto platónica como aristotélica, ve ya el arte de la palabra como un instrumento de comunicación intersubjetiva, y por ello social. La mera evidencia de que la Literatura es lenguaje confirma que resulta, a la vez, una institución, no una excrecencia de la sociedad o el reflejo superestructural de sus tensiones. La obra de un marxista disidente del formalismo ruso, Mijaíl Bajtin, que Bourdieu cita tan sólo en dos ocasiones, representa la propuesta más lúcida desde tal perspectiva, como también la Semiología avizorada por Saussure como la ciencia que estudia la vida de los signos en la vida social. En este sentido es igualmente sorprendente la ausencia en esta obra de cualquier referencia a la Escuela de Tartu y su jefe de filas, el ruso Iouri Lotman, promotor de una verdadera «Semiótica de la cultura» que responde a muchas de las interrogantes que el propio Bourdieu se plantea.

Lo que se propone aquí es la reintegración a la vanguardia de los estudios literarios de una sociología de nuevo cuño que promueva un «análisis científico» de las condiciones sociales de la producción y la recepción de la obra de arte. Algo semejante había sido reclamado ya, entre nosotros, por José-Carlos Mainer en un ciclo de conferencias del Instituto de España



Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLE

—publicadas bajo un título hartamente expresivo: *Historia, literatura, sociedad* (Instituto de España/Espasa-Calpe, Madrid, 1988)— en las que el autor se autodefine como un universitario español del 68 que creyó, a la sombra de Lucien Goldmann, en la viabilidad de una sociología de la Literatura, troquelación de la que ahora «huye como de la peste» sin que ello signifique la renuncia, en esta época de pensamiento débil y hedonismo hermenéutico, a la creencia (que Mainer califica de «sebastianista») en un humanismo moderno hijo del materialismo histórico.

En lo que Bourdieu y Mainer coinciden —y no recelo en adherirme a su convocatoria— es en la necesidad de superar el sarampión inmanentista que en poco más de un decenio, entre los sesenta y los setenta, pareció arrumbar con la consideración de la Literatura como producto y acicate de la historia, epidemia que venía del desdén juvenil de los formalistas hacia el historicismo positivista anterior, y luego fue prohibida por cierta lingüística de talante no pragmático —en el sentido que Morris le da a esta palabra—, sino puramente taxonómico y descriptivista.

Ciencia de las obras

Precisamente Bourdieu dedica la segunda parte de su libro a los que él llama «Fundamentos de una ciencia de las obras», que no es otra cosa que esta renovada sociología literaria. Su objeto sería no tanto el estudio de la producción del texto y de las condiciones materiales de que resulta, sino también el análisis de los mecanismos que posibilitan la producción de su valor literario; es decir, de una «literariedad» que ya no se puede hacer recaer —ni los propios formalistas lo pretenderían hoy!— en cualidades exclusivamente inmanentes, sino en convenciones, contratos y otros procesos de institucionalización acaecidos en el seno de lo que aquí se denomina «champ littéraire», aplicación específica de la teoría de los campos que Bourdieu viene elaborando desde hace años.

No renuncia a comenzar esta parte central de su libro con una declaración palmaria de lo que Paul de Man ha consagrado en un famoso título como «la resistencia a la teoría». Autores ya clásicos en este dominio, como René Wellek y Austin Warren, son objeto de los sofiones de Bourdieu por mor de su supuesto inmanentismo idealizante, y entre los más jóvenes —y de casa— Gérard Ge-

nette es la «bête noire» a la que se le reprocha su «absolutisation» du texte», negadora de toda historicidad para las obras literarias o culturales. Y, sin embargo, a partir de este momento *Les règles de l'art* es un libro fundamentalmente teórico. Así lo reconoce el propio autor, no sin cierta autocomplacencia, cuando se identifica con quienes saben insertar «les questions théoriques les plus décisives dans une «étude empirique» minutieusement menée» (pág. 250). Y he entremillado dos palabras fundamentales que, a la par que nos revelan el eje de la metodología de Bourdieu, nos descubren asimismo lo improvisado de su aportación y, sobre todo, sus limitaciones bibliográficas.

Porque su rotundo talante materialista, concorde con la impronta pragmática que lo impregna todo —hasta la metodología de las ciencias— en la sociedad contemporánea, cuaja en una concepción no idealista de la Literatura como un complejo de acciones y reacciones en el que lo puramente artístico es inseparable de lo social. En concreto, para Bourdieu el concepto «obra de arte» es fundamentalmente una «institución» fruto de la estructura de un determinado «campo», literario o artístico, que es capaz de inducir el reconocimiento del «aura» correspondiente por la sociedad.

Y esa es exactamente la tesis de la «Teoría empírica de la Literatura» desarrollada desde Alemania, a lo largo de los últimos veinte años, por el grupo NYKOL de la Universidad de Bielefeld, un haz de semiólogos de impronta marxista a cuyo frente figura Siegfried J. Schmidt, cuyo *Grundriss der Empirischen Literaturwissenschaft* (1980) está ya traducido al español (Taurus, Madrid, 1990). Nada parece saber Bourdieu de ellos, aunque sí mencione muy de pasada la teoría paralela del «polisistema» propuesta en Israel, simultáneamente a la de los alemanes, por Itamar Even-Zohar.

Muy fructífero me parece el planteamiento de Schmidt de que la Literatura es un «ámbito de actuación social» que se plasma en un complejo sistema —«LiteraturSYSTEM»— formado por la «producción» de los textos, que está en su base, pero que implica también la «mediación» a que éstos deberán someterse para ser difundidos, para dar lugar a su «recepción» por el público, sin que falte, por último, la fase final de lo que Götz Wienold denomina «Textverarbeitung» y se suele traducir como «posprocesado»: la lectura transformadora que del texto se hace en forma de crítica, interpretación, comentario, parodia, resumen, adaptación, versión fílmica o televisiva, etc.

Huelga decir que este «sistema literario» lo es con todas sus consecuencias, que constituye una estructura de condicionamientos mediante la cual cada elemento, fase o agente participa y depende de todos los demás. El «productor» es el agente de cuya acción surge como resultado la obra; el «mediador» transmite los productos de la acción creativa a los demás agentes; entre éstos, el «receptor» acepta dichos productos como tales sin más; por último, el «recreador» es el agente que reacciona a la recepción de la obra elaborando otro producto relativo a ella.

Mediación editorial

Esta teoría empírica de la Literatura es mucho más sistemática y completa que la «ciencia de las obras» que nos propone Bourdieu, pues esta última consta tan sólo de dos partes de las cuatro del sistema alemán: la consagrada a la producción y la correspondiente a la recepción. Se omite así la importancia creciente que el factor de la mediación editorial y comercial adquiere en el sistema literario de la posmodernidad, que con su perverso concepto de una literatura fungible, de usar y tirar, está poniendo en entredicho su pervivencia como lenguaje más allá de las restricciones del espacio y del calendario. Como la «palabra esencial en el tiempo» que conjuraba Antonio Machado.

Una escritura producida desde la aceptación de su caducidad por parte de su creador deja automáticamente de ser literaria para convertirse —como de hecho así está ocurriendo— en algo completamente diferente: en pasto de una cultura del ocio servida por una poderosa máquina industrial que utiliza como cauce de distribución no ya la tradicional librería, sino eso que perifrásticamente se ha dado en llamar «grandes superficies», donde el

libro se ofrece como un producto más de consumo.

La lectura de *Les règles de l'art* transmite, por caso, cierta sensación de escritura provisional acorde con lo que acabamos de decir. El sociólogo se puso manos a la obra prescindiendo de la lectura de sus contemporáneos (al menos de los más teóricos y alemanes...) y tras el esfuerzo llega a descubrir otro Mediterráneo.

Quizá por ello las últimas páginas sean las más fieles a sus verdaderos propósitos, que no son precisamente los de construir un nuevo modelo para la sociología literaria. Se trata de un «Post-scriptum» legible como un verdadero manifiesto, como un toque a rebato para crear una verdadera «Internacional de los intelectuales» dignificada por un «corporativismo de lo universal», como una «Realpolitik de la razón». Se pretende, pues, ejercer de nuevo la influencia que da la autonomía del campo intelectual por la que Flaubert luchara, y desplazar así de su engañosa función de oráculos a los que en Italia son llamados «todólogos» —«tuttologhi»—, a los «maîtres à penser sans pensée» (pág. 470). Sólo entonces asoma en el libro de Bourdieu, cuando ya concluye, esa máquina terrible de «posprocesado» que representan la televisión y los «mass media».

Pero ¿qué efectividad tendrá su requisitoria? La razón más poderosa de esa ausencia del intelectual con voz propia, sin impostura, en la cosa pública no le es imputable a él mismo, sino al hecho de que el poder ya no necesita oírle como referente legitimador de nada.

La política es, antes que la praxis de una ideología, una técnica de gestión y, sobre todo, un gran festival semiológico en el que los agentes de la comunicación reemplazan al intelectual. Bien es cierto que éste tiene acceso a los medios, pero ello suele conducir en la mayoría de los casos a la trivialización de su papel por mor de aquella vieja, certera e implacable ley macluhiana según la cual el medio es el mensaje. □

RESUMEN

Aunque recurra a uno de los libros más conocidos de Flaubert, no es el escritor francés el eje de este ensayo que comenta Darío Villanueva, sino que lo que pretende el sociólogo Pierre Bourdieu es reivindicar una

nueva sociología de la literatura y difundir un auténtico manifiesto a favor de la recuperación, por parte de los intelectuales, de su voz genuina en esta sociedad más o menos postmoderna.

Pierre Bourdieu

Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire

Editions Du Seuil, París, 1992. 486 páginas. 150 FF.

Crónica sentimental de la radio española

Por Román Gubern

Román Gubern (Barcelona, 1934) es catedrático de Comunicación Audiovisual de la Universidad Autónoma de Barcelona y ha sido profesor en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena) y la Universidad de California del Sur (Los Angeles). Es colaborador de Radio Nacional de España.

Comparada con otros medios de comunicación de masas, como el periódico, el cartel o el cine, la radiofonía se ha revelado como un territorio ingrato y resistente a la investigación histórica. Probablemente la mejor visión panorámica en este ámbito sigue siendo la expuesta en los tres volúmenes de Erik Barnouw subtitulados con el lema *A History of Broadcasting in the United States* (Oxford University Press, 1966-1968), que abarcan desde los orígenes de la radio en los Estados Unidos hasta el desarrollo de la radiotelevisión en este país en 1953. Pero incluso en esta obra clásica y tan meritoria se revelan las enormes dificultades que caracterizan a la indagación de este medio y que le convierten en víctima ilustradora del famoso aforismo «verba volant, scripta manent». De los periódicos, de los carteles y de los filmes conservamos los textos en sus soportes físicos, o por lo menos muchos de ellos, pero a muchísimas palabras o músicas radiadas se las llevó el viento para siempre.

En este punto, la distinción técnica entre medios de reproducción y medios de telecomunicación resulta decisiva. Los medios de reproducción gozan de soportes físicos conservables, mientras que los de telecomunicación, como la radio, pueden funcionar sin ellos. De manera que las locuciones improvisadas por locutores o por entrevistados que no se registraron en discos o, más tarde, en cintas magnetofónicas, se han disipado para siempre en el éter.

Pero incluso los textos leídos (y en la larga etapa del franquismo todo cuanto se emitía debía pasar por escrito por censura previa) no siempre han sido bien conservados, y las devastaciones de la guerra civil, las posteriores depuraciones políticas de la postguerra y otras depredaciones diversas han merchado gravemente los fondos que constituyen fuentes documentales imprescindibles para historiar este medio. El autor de estas líneas vivió hace ya algunos años la odisea de intentar localizar, sin éxito, una grabación discográfica de la voz del que fuera presidente de la Generalitat catalana durante la Segunda República, Lluís Companys, que teóricamente se conservaba en un archivo radiofónico barcelonés. Los estudiosos de la comunicación de masas hemos aprendido desde hace muchos años que los empresarios y los gestores de los medios han demostrado con creces carecer de la vocación de archivistas o de historiadores.

A esta fragilidad de las fuentes se añade otro problema de envergadura. Más que cualquier otro medio de comunicación, la institución radiofónica es una institución policéntrica, descentralizada con criterios territoriales, y con una irradiación de alcance geográfico limitado. Un gaditano puede conseguir sin excesivas dificultades un diario editado en La Coruña y seguir día a día su evolución, pero no puede seguir la programación de una emisora de radio local a tanta distancia. Este policentrismo se agrava, obviamente, por el simultaneísmo de las emisiones y la copiosa densidad de sus flujos. Se pueden leer consecutivamente unos cuantos periódicos a lo largo del día, pero no se pueden escuchar varias emisoras a la vez.



Estos problemas que plantea la historiografía de la radio se hacían ya patentes en la considerable aportación de Barnouw antes citada, amén de otros problemas ya tradicionales en el estudio histórico de los medios, como la integración del discurso diacrónico con los necesarios cortes sincrónicos para analizar en detalle ciertas etapas, empresas, géneros, etc.

Ante tal cúmulo de dificultades, no es raro que la historia de la radiodifusión española haya tenido tan pocos estudios solventes. Merecen sobre todo señalarse, por orden cronológico: *Historia de la radiodifusión española. Los primeros años*, de Luis Ezcurra (Editora Nacional, Madrid, 1974); la demasiado superficial, a pesar de su abundante ristra de datos, *Cuarenta años de radio (1940-1980)*, de Juan Munsó Cabús (Picazo, Barcelona, 1980); y *La radio en España (1923-1939)*, de Carmelo Garitaonandía Garnacho (Universidad del País Vasco-Siglo XXI, 1988). Los restantes estudios historiográficos son de ámbito sectorial o territorial.

Indagación científica

Tan grave escasez bibliográfica inviste de entrada al voluminoso libro de Lorenzo Díaz de un interés especial, porque aporta una nueva pieza al magro edificio que laboriosamente se empieza a construir para conocer cabalmente la evolución histórica de este medio tan resistente a la indagación científica. Lorenzo Díaz se ha planteado, antes que nada, producir un libro ameno con una ilustración gráfica abundante, inusual y excelente, y más inclinado hacia la divulgación que hacia la investigación, exceptuando la última etapa histórica, desde las postrimerías del franquismo, de la que abundan en sus páginas valiosos e insustituibles testimonios orales de varios protagonistas radiofónicos de este período esencial, en el que el medio conquistó la libertad de expresión y se fraguaron los oligopolios multimedia que hoy dominan el paisaje radiofónico.

En lo que atañe al método, Lorenzo Díaz ha optado por un eclecticismo de cor-

te anglosajón, combinando los capítulos que ofrecen recorridos monográficos sobre géneros radiofónicos específicos (como el humorístico, el musical o el deportivo) con los focalizados en la historia de emisoras concretas u otros aspectos diversos, como los análisis de las audiencias. De este modo, lo que se pierde en coherencia discursiva se gana con creces en despliegue poliédrico.

La opción de Lorenzo Díaz ha sido muy clara. Bajo la inspiración de la justamente famosa *Crónica sentimental de España*, de Manuel Vázquez Montalbán, quien significativamente prologa su libro, se ha propuesto exponer un memorialismo afectivo, con lenguaje muy coloquial, de la evolución de la radiodifusión española inscrita en los avatares políticos, sociales y cotidianos del país. Su escritura busca la inmediatez y el colorismo, más próximo al reportaje emocional que a la crónica académica. De manera que su perspectiva de narrador, que renuncia paladinamente a la impersonalidad y a la objetividad, podría calificarse, con terminología semiótica, como «punto de vista predicativo».

Es, sin duda, una opción que podrá desagradar a algunos estudiosos académicos del medio, pero se trata de una opción literaria perfectamente legítima que en ningún momento trata de disimularse o de justificarse, y que vale tanto como valen todos los testimonios adscritos al género del memorialismo afectivo, que con frecuencia son más elocuentes y explícitos que las minuciosas crónicas notariales o positivistas, que nos ofrecen el dato exacto, pero nos hurtan, en cambio, su contexto y su clima emocional.

Punto de vista territorial

Más comprometedor resulta su punto de vista territorial, de radioyente madrileño, lo que privilegia la visión centralista de su crónica y acusa omisiones de mucho bulto al ofrecer el panorama de la radiodifusión peninsular. Esta característica sugiere que los futuros estudios históricos de nuestra radiodifusión deberían llevarse a cabo por parte de equipos de estudiosos descentralizados, pero coordinados, para

evitar las lagunas en la exploración de las emisoras locales, e incluso de las radiocadenas provinciales. Al fin y al cabo, lo propio de la radio es su ubicuidad multidireccional, tejida desde centros de irradiación múltiples y distantes que impiden su seguimiento simultáneo por un único radioescucha.

Pero a pesar de las limitaciones señaladas, el colorista panorama propuesto por Lorenzo Díaz sugiere al sociólogo de la comunicación interesantes reflexiones sobre las diferentes funciones de la radiodifusión española en sus diferentes etapas históricopolíticas. La radio española nace prácticamente con la dictadura de Primo de Rivera y vive durante este ingrato período su etapa pionera y formativa. Etapa fundamental en la que, a diferencia de la mayoría de los restantes países europeos, se abandona el principio del servicio público para ceder al capital privado la licencia del negocio de la emisión con fines comerciales.

El advenimiento de la Segunda República y de su régimen de libertades civiles supuso la época de esplendor (también los años treinta fueron una «edad de oro» de la radio en muchos países occidentales), en la que ocupó un lugar central la empresa Unión Radio, capitaneada por el ingeniero Ricardo Urgoiti, vinculado también al sector editorial (Papelería Española, Espasa-Calpe), periodístico (*El Sol*, *La Voz*, *Prensa Gráfica*) y cinematográfico (productora Filmófono, dirigida por Luis Buñuel, distribuidora y circuitos de salas). El sorprendente grupo multimedia de la familia Urgoiti y su significación político-cultural merecen un estudio pormenorizado que todavía no se ha llevado a cabo. Como debe estudiarse todavía la interacción radiofónica sonora (el ingeniero J. M. Guillén García instala EAJ-1 y equipa luego en 1932 el primer estudio de cine sonoro, el Orpheo de Barcelona).

La guerra civil supuso la primera experiencia mundial de uso militante de la radio al servicio de la propaganda bélica, como también lo fue para el cine sonoro. En



Viene de la página anterior



JUAN RAMÓN ALONSO

este período, la figura estelar fue el general Queipo de Llano, un tan prodigioso como siniestro fenómeno de las ondas que ha sido estudiado abundantemente y al que Lorenzo Díaz dedica una adecuada extensión y valoración. Pero toda la institución radiofónica, en su conjunto, se movilizó políticamente al servicio de ambos bandos. Debe recordarse que durante la primera guerra mundial la radio fue sólo utilizada por los ejércitos con fines de comunicación militar. Y al acabar la contienda se abrió un amplio debate acerca de la utilización futura de la radio, en el que no faltaron las voces que proponían que siguiera siendo un monopolio castrense. Por eso el uso de la radio para informar sobre el curso de la guerra, impartir instrucciones y apoyar la moral de la población civil prefiguró el modelo de comunicación radiofónica que se generalizaría luego en la segunda guerra mundial. De ahí la relevancia histórica de la experiencia radiofónica durante la guerra civil española. Y en este capítulo, Lorenzo Díaz omite, por cierto, la importantísima función desempeñada por la emisora de la Generalitat catalana en aquellos días trágicos. Baste recordar que el aplastamiento de la insurrección armada en Barcelona en julio de 1936 fue seguida con ansiedad por los políticos y periodistas madrileños a través de las emisiones de la Ciudad Condal.

Modelo autoritario

Y a partir de 1939 se instauró un modelo radiofónico autoritario que siguió respetando al sector privado, obligado a coexistir con Radio Nacional de España y con una programación sujeta a rígida censura previa. De este modo se combinó la radio-evasión con la radio-adoctrinamiento, lo que favoreció comercialmente a la primera, convertida en cantera de un «star-system» autárquico y en medio de consolación colectiva —junto al cine y al fútbol— en la política de «panem et circenses» del franquismo. Por esto, si en estos años la radiodifusión privada española fue culturalmente raquítica, fue, en cambio, opulenta desde el punto de vista mitogénico, escapista y

consolador, con sus seriales, sus concursos y sus discos dedicados.

Fueron años de bálsamo radiofónico, que tendió un puente entre la España autárquica del estraperlo y de las restricciones eléctricas a la España del protoconsumismo, que tuvo su plasmación en los primeros concursos de patrocinio publicitario, que inspiraron a Berlanga y a Bardem *Esa pareja feliz* y luego a Sáenz de Heredia *Historias de la radio*, dos filmes que siguen siendo testimonios imprescindibles del despegue publicitario y protoconsumista en la «era del plexiglas», pionera de las nuevas fibras sintéticas que nos llegaban de la América del chicle y del «glamour» hollywoodiense a través de sus películas y de sus discos.

Reformas y control

Las reformas liberalizadoras del ministro Fraga Iribarne en los años sesenta favorecieron al periodismo, a las editoriales y a la industria cinematográfica, pero apenas tuvieron incidencia en la radio, juzgada más peligrosa en razón de su inmediatez comunicativa. Incluso se incrementó el control de la Administración sobre las emisoras en el tardofranquismo, al convertirse el Estado en accionista forzoso de las emisoras privadas, en una estrategia similar a la que Goebbels utilizó en Alemania para controlar, por la vía económica, las grandes industrias culturales de su país antes de la guerra.

De modo que la ruptura democrática en este medio no llegó hasta 1977. El resto, con sus escaramuzas financieras y sus estrategias oligopolistas, es ya tema del presente, de un presente en el que Lorenzo Díaz ejerce como profesional en una gran cadena privada, de tal manera que no escapa a la condición de juez (cronista) y parte de la historia.

La imbricación de la radio con los avatares de la vida cotidiana, con los estilos de vida y con las modas, es un tema apasionante al que Lorenzo Díaz se asoma de vez en cuando, pero en este campo también queda mucho por hacer. Están por investigar las interrelaciones entre las empresas radio-

fónicas y las industrias discográficas (multinacionales y nacionales), tanto como la psicología social en que se asienta el fenómeno del llamado «disco del verano» y los mecanismos de irradiación de las modas discográficas. Están por desarrollar estudios acerca de los efectos psicológicos y sociales de las radionovelas, comparables a los que se han llevado a cabo en Estados Unidos desde 1941, sobre todo sobre la audiencia femenina.

Debe profundizarse en la importante cuestión del papel desempeñado por la publicidad comercial en la financiación de las emisoras privadas, en conexión con las estrategias de programación y de captación de audiencia. No debe olvidarse que la «Mass Communication Research» nació en Estados Unidos a consecuencia del reto que planteó la nueva e invisible audiencia radiofónica para los gestores y planificadores de los medios de comunicación de masas. También debería estudiarse la correlación entre expansión de la audiencia radiofónica y extensión del parque automovilístico, que se aceleró considerablemente desde los desarrollistas años sesenta. Estos son sólo algunos aspectos que deberían irse integrando en una futura historia de la radiodifusión española que tuviera una vocación verdaderamente globalizadora.

Medio muy complejo

La radio es un medio muy complejo en el que convergen el desarrollo tecno-

lógico y el desarrollo de las artes y habilidades de la expresión verbal y acústica. Por eso su estudio implica desde la ingeniería de las telecomunicaciones (y sus consecuencias industriales: patentes, intereses económicos, dependencias multinacionales) a la retórica, la prosodia, la psicología de la voz (la evolución de las «voces de moda»), las estrategias de la publicidad comercial, las modas culturales y la musicología. Tan gran complejidad sugiere de nuevo que la única historia solvente de la radiodifusión española podrá surgir en el futuro del trabajo de equipos de especialistas debidamente coordinados, como está ocurriendo ya en el campo del periodismo y en el de la cinematografía, incluso dentro de los acotados ámbitos nacionales.

Esta conciencia comienza ya a ganar terreno entre bastantes estudiosos de la comunicación de masas en nuestro país, pero parece que le cuesta llegar al sector de la radio, un medio subatendido por parte de los estudiosos académicos, que presenta algunos problemas metodológicos más complejos que otras áreas, como los citados del periodismo o la cinematografía. Mientras tal historia colectiva y globalizadora no llegue, la lectura del panorama colorista y vivaz de Lorenzo Díaz seguirá sirviendo como útil y amena divulgación, como memoria sentimental de una parcela clave de la cultura de masas y como estímulo para nuevas vocaciones de historiadores del medio. □

RESUMEN

Frente a otros medios de comunicación de masas más duraderos, nos recuerda Román Gubern, la radio es un medio efímero cuyas palabras o cuyas músicas radiadas se las lleva el viento aunque pervivan en la memoria colectiva de los pueblos. Lorenzo Díaz, ocupán-

dose de la historia de la radiodifusión en España desde los comienzos, en 1923, hasta hoy mismo, traza en su obra una crónica sentimental de la radio española, el vivir cada día de un pueblo con sus cuñas, con sus concursos, con sus radionovelas o con sus «partes».

Lorenzo Díaz

La radio en España. 1923-1993

Alianza Editorial, Madrid, 1992. 576 páginas. 8.500 pesetas.

De Pulgarcito a Luis XIV

Por Guillermo Camero

Guillermo Camero (Valencia, 1947) es doctor en Filosofía y Letras y catedrático numerario de la Universidad de Alicante. Dirige la revista *Anales de Literatura española*. Ha publicado, entre otros trabajos, *Las armas abisinias*. Ensayos sobre arte y literatura del siglo XX y *La cara oscura del Siglo de las Luces, así como diversas ediciones críticas*.

Charles Perrault (1628-1703) fue uno de los hombres de letras más notables de la Francia de la segunda mitad del siglo XVII, la «edad de oro» presidida por Luis XIV. Su nombre ha pasado a la posteridad asociado casi exclusivamente a los *Contes du temps jadis avec des moralités*, que publicó en 1697 y que desde entonces se han convertido en uno de los clásicos imprescindibles de la literatura infantil. Aparecieron atribuidos a Pierre Darmancour, su hijo, que contaba dieciocho años de edad, y precedidos por publicaciones anteriores en el *Mercur Galant* y otros lugares. Marc Soriano, el mejor conocedor actual del tema (*Les Contes de Perrault*, Gallimard, 1968), explica la superchería como un intento de asegurar al muchacho una brillante carrera (la obra iba dedicada a la sobrina del rey), truncada por el desgraciado accidente en el que Darmancour mató a un joven de su misma edad, para enrolarse acto seguido en el ejército y morir en 1700. Es inevitable sospechar que un hombre como Perrault, miembro de varias Academias, gestor de la cultura oficial en las más altas esferas del poder, poeta áulico y contertulio en los salones aristocráticos, quisiera ocultar a medias su interés por un género de menor cuantía; pero esa sospecha pierde parte de su fundamento si tenemos en cuenta que, como demostrará la «polémica sobre los Antiguos y los Modernos», su actitud ante la tradición de la gran cultura clásica no era la beata sumisión que llamamos Neoclasicismo, entre otras cosas por un marcado nacionalismo en cuestiones culturales que encaja con la estimación del cuento folklórico, en el cual, para mejor rizar el rizo, se pueden descubrir numerosas analogías con los mitos grecolatinos.

El cuento popular no es el ámbito edulcorado y plácido que tienden a presentarnos las adaptaciones usuales y las imágenes de Disney. Está arraigado en graves angustias y conflictos, perceptibles a simple vista aun sin profundizar en interpretaciones freudianas; es un mundo de maldad, crueldad, violencia y muerte, y de traumáticas carencias de amor y felicidad. La crítica (por ejemplo, Bruno Bettelheim, en su *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Crítica, 1977) ha acusado a Perrault de dulcificar y moralizar sus relatos teniendo en mente la buena sociedad a la que estaban dirigidos. Así su *Caperucita* termina con la victoria del lobo (en contraste con la versión de los hermanos Grimm) para escarmiento de doncellas arrastradas por el despertar de la propia sensualidad; así las hermanastras de su *Cenicienta* no se mutilan el pie al intentar introducirlo en la pequeña chinela, que desde Perrault es de cristal. No parece que los cuentos de hadas tuvieran que desacreditar a Perrault en sus ambientes predilectos: al fin y al cabo, ¿qué es el gran tema de su vida, la gloria y apoteosis de Luis XIV, sino un gran cuento de hadas, en el que Fouquet es la bruja, Vaux-le-Vicomte la casita de chocolate, Dios el príncipe azul y las Academias los siete enanitos? Los cuentos llevan como epílogo unas «moralidades» o moralejas en verso semejantes al remate de las fábulas de Samaniego. La moralidad de la historia de Luis XIV, la más edificante de todas, la predicó Perrault en la polémica sobre los Antiguos y los Modernos.



Luis XIV, de Girardon.

Fue algo más que un debate de salón; en ella se airearon y se sistematizaron, en el momento en que la madurez de la monarquía autoritaria exigía el planteamiento de su propia legitimación por medio de la propaganda a través de la literatura y el arte, ideas vigentes desde que el Renacimiento asumió la administración de la herencia cultural clásica. Es difícil y siempre inexacto datar las ideas, convirtiendo los procesos en anécdotas; aun así, se sitúa el origen de la polémica sobre Antiguos y Modernos en la sesión de 27 de Enero de 1687 de la Academia Francesa, reunida para felicitar a Luis XIV por el restablecimiento de su salud, en la que Perrault leyó los 532 versos de su poema *Le Siècle de Louis le Grand*.

«La hermosa Antigüedad es sin duda venerable / pero yo nunca he creído que se la deba adorar. / Ante los Antiguos no me arrodillo; / su grandeza no los hace superiores, / y en justicia se puede equiparar / el reinado de Luis al del gran Augusto». Así empieza (doy una traducción sin rima) el poema, en el que se exaltan las conquistas de la ciencia de la época, se acusa a Platón y Aristóteles de fastidiosos y obsoletos, se enumeran los méritos y defectos de Homero y se compara la fastuosidad de Versalles con la pobreza del jardín de Alcinoos. La tesis de Perrault es que la Naturaleza produce genios en todas las épocas, al mismo tiempo que la acumulación de experiencias y conocimientos supone, a largo plazo, un progreso ininterrumpido gracias al cual Le Brun viene a ser superior a Rafael, por citar un caso entre muchos. El poema empieza y termina con el elogio de Luis XIV, hábil y capcioso truco que obliga al adversario a andar con pies de plomo, ya que la excelencia de los Modernos se ha identificado con el prestigio de la monarquía y se ha atribuido a la benevolencia del rey. Entre 1688 y 1697, Perrault amplió su razonamiento en los sucesivos diálogos de que consta su *Parallèle des Anciens et des Modernes* (que manejo en el facsímil—Ginebra, Slatkine, 1971—de la edición de 1692-1697). Intervinieron Fontenelle



La tienda de Dario, de Le Brun.

Viene de la página anterior



(*Digression sur les Anciens et les Modernes*, 1687), Bouhours (*Pensées ingénieuses des Anciens et des Modernes*, 1689) y Boileau (*Discours sur l'Ode*, 1693; *Réflexions sur Longin*, 1694) en un contexto en el que han de figurar también Desmarets de Saint-Sorlin (*Défense de la poésie et de la langue française*, 1675), Saint-Évremond (*Sur les poèmes des Anciens*, 1685) y el enfrentamiento entre Houdar de la Motte y Madame Dacier a propósito de Homero, olvidando textos menores como la *Apología de las mujeres* que Perrault compuso para reivindicar, con su habitual astucia, la excelencia del gusto contemporáneo.

¿Degradación o progreso?

Los defensores de la Antigüedad partían de una actitud reverencial hacia el clasicismo y del concepto de evolución histórica como degradación. Grecia y Roma se convertían así en un paradigma de perfección insuperable, y Aristóteles y Horacio en el eterno canon de preceptiva literaria, como afirmaba el P. Rapin en el prólogo de sus *Reflexiones sobre la «Poética» de Aristóteles* (1674), o Luzán al escribir que las reglas aristotélicas y horacianas «son tales y tan conformes y ajustadas a la razón natural, a la prudencia, al buen gusto y al paladar de los mejores críticos, que sería especie de desvarío querer inventar nuevos sistemas». Los partidarios de la Modernidad creían en el relativismo de las reglas y del gusto, en la noción de progreso ilimitado que en el XVIII formularía Condorcet. Limitaban el alcance de la *Poética* de Aristóteles al reducirla a sistematización de la práctica dramática de los griegos, y no siempre acorde con ella (como en el caso de algunas obras de Eurípides); consideraban que la mejor «imitación» de la Antigüedad era crear como entonces se creó, y no reproducir sus creaciones; y los más sutiles fundaban la superioridad del pensamiento y el arte modernos en su inspiración en la religión verdadera, con consecuencias como la licitud de una épica cristiana. Para los partidarios de los Antiguos, la pintura debía ser escultóricamente entendida, con predominio del dibujo, mientras los defensores de los Modernos ponían el acento en el color. Se llegó a discutir, en términos de filosofía de la Historia, si las inscripciones conmemorativas de los fastos y victorias reales debían redactarse en latín o en francés; y el afán de bandera enfrentó a los admiradores de Rafael, Julio Romano, Poussin y Palladio con los de Miguel Ángel, Rubens o Bernini. En este orden de cosas cobran sentido las «boutades» de Descartes, campeón de la modernidad razonante frente a la autoridad de la tradición, sobre el estudio del griego y el latín, y la célebre polémica sobre *El Cid* de Corneille y su incumplimiento de la preceptiva aristotélica, así como los heterodoxos *Discursos* que el dramaturgo incluyó en la edición de 1660 de su teatro.

Perrault formaba parte del círculo de escritores y artistas que, bajo las órdenes de Colbert, tenía la misión de ejecutar un programa de producción cultural destinada al uso y disfrute del rey y a la exhibición propagandística de su imagen. Fue secretario de la «Petite Académie», luego Academia de Inscripciones y Medallas y de Inscripciones y Bellas Letras, desde la que se distribuían premios y pensiones y se programaba la apoteosis de Luis XIV como hijo predilecto de Marte y Minerva (omitiendo por delicadeza a Venus, que tan solícitamente guió los pasos del augusto monarca). El reinado de Luis XIV se equiparó a la Edad de Oro y se declaró superior a los de Augusto y Carlomagno; un paniaguado

llegó a escribir que París consolaba al mundo de la destrucción de Atenas, y Scudéry, que la Academia Francesa había superado al Liceo. Se daban así por cumplidos los vaticinios de Du Bellay en su *Defensa e ilustración de la lengua francesa*: la monarquía, destinada al imperio en política y armas, conseguirá, por su patrocinio de las artes y las ciencias, que el árbol naciente de la literatura nacional crezca a la altura de Grecia y Roma y produzca Homeros, Virgilio y Cicerones.

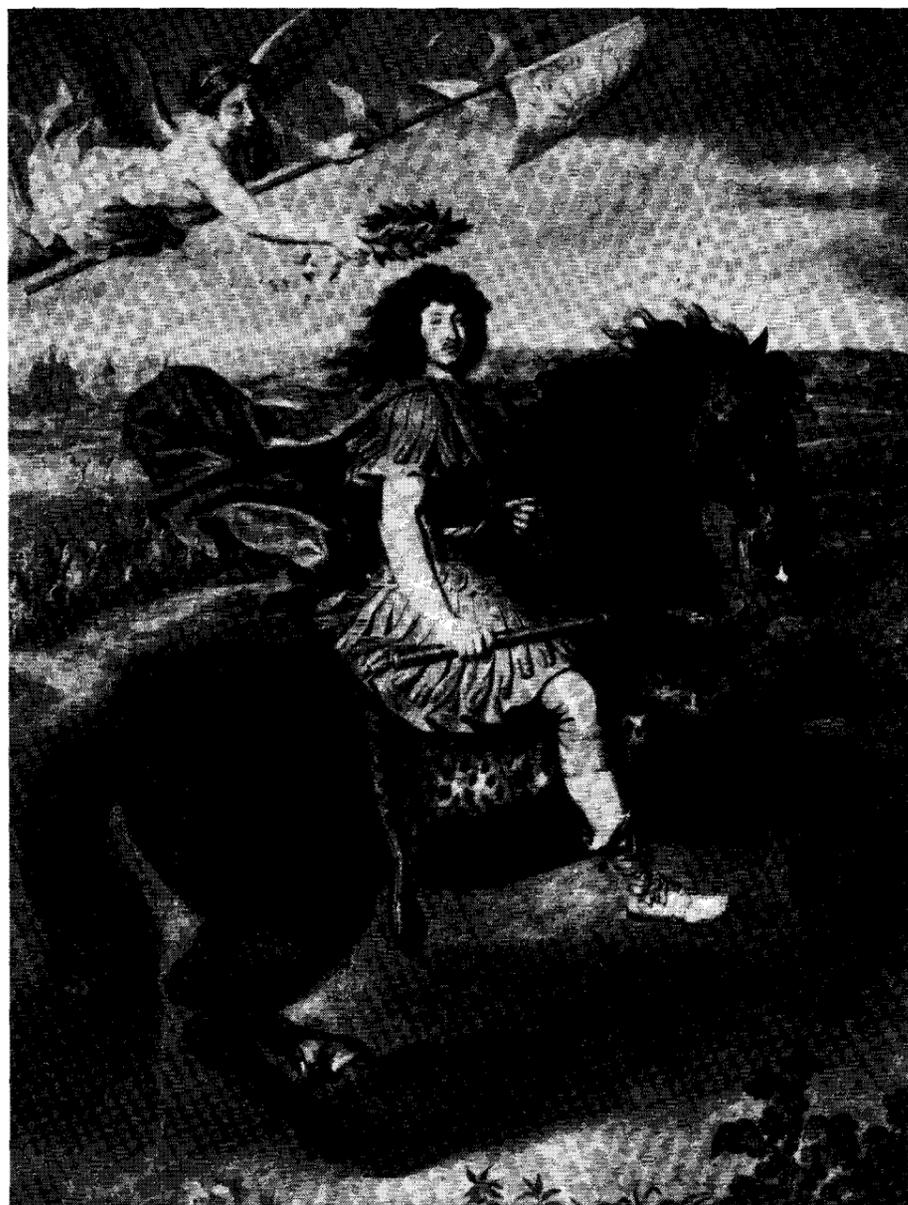
Volvamos al *Paralelo* de Perrault. El primer diálogo discute *Los prejuicios favorables a los Antiguos*. Conversan un presidente de parlamento (defensor de la Antigüedad), un abate (reflexivo y cartesiano, partidario de los Modernos) y un caballero ecléctico, mientras pasean en primavera por Versalles y admiran su espléndida colección de obras de arte antiguas y modernas.

El presidente admira la arquitectura italiana y sueña con Augusto y Mecenas, amontonando alardes eruditos a los que el abate replica en el mismo terreno, para dejar bien sentado que sus actitudes no vienen de la ignorancia. Cita la célebre artimaña atribuida a Miguel Ángel: enterrar una estatua suya después de haberle roto un brazo para, una vez desenterrada, confundir a quienes la habían atribuido a Fidias o Policeto, mostrando el brazo perdido (de nuevo la chinela de la Cenicienta). Como en otro momento el presidente desdeña el gusto de las damas, Perrault lo defiende y alaba, guiñando el ojo a los «salones», y luego a sus mecenas cuando concluye que el progreso constante de ciencias y artes llega a su punto culminante «cuando el Cielo concede a la Tierra un gran monarca».

Filosofía del arte dirigido

El segundo diálogo, sobre Arquitectura, Pintura y Escultura, contiene un plácido repaso artístico de Versalles, una discusión sobre Rafael, Le Brun y Girardon y la detenida contemplación de una bóveda pintada al fresco en la que figuran «las nueve Musas, ocupadas en elevar a la inmortalidad el nombre del monarca al que aman, único objeto de su admiración». El tercero trata de Eloquencia, Historiografía y Épica, y termina enfrentando textos de Fléchier, Bossuet y Bourdaloue con el *Panegírico de Trajano*. El cuarto se reserva a Poesía y Teatro; incluye un puntilloso examen de los errores indecorosos de Homero (que Nausicaa, siendo princesa, lave ropa en el río con sus propias manos, o que ante el palacio de Ulises haya un montón de estiércol), discute el uso actual de la mitología y de lo maravilloso cristiano, condena la interrupción de la acción por las intervenciones del coro en la tragedia griega y proclama la superioridad de Molière sobre Terencio. El quinto trata de las ciencias puras, aplicadas y naturales, con un excursus sobre Descartes. El *Paralelo*, no obstante sus fines coyunturales, no es una obrilla de circunstancias, y su discurso, demasiado denso y enjundioso como para suponerlo una simple cobertura retórica de las directrices de la «Petite Académie», es un elemento difícilmente prescindible en la comprensión de lo que fueron la Ilustración, el Neoclasicismo y la estética post-neoclásica.

La Peinture, publicado en 1668, desarrolla en sus 656 versos un rosario de temas directamente relacionados con los que Perrault defenderá veinte años después. Comienza con una invocación a Le Brun, primer pintor del rey, conservador de las Reales Colecciones, director de la manufactura de Los Gobelinos, académico, decorador de los Reales Sitios y diseñador de las entradas reales y de príncipes. El poema



Luis XIV joven, de Mignard.

no es un tratado de técnica, crítica e historia de la pintura, del tipo del que entre nosotros publicó en 1786 Diego Antonio Rejón de Silva; aunque ofrezca, rápida y confusamente, una clasificación en géneros (pintura histórica, de paisaje, mitológica, retrato, decoración mural grotesca y «en trompe l'oeil», bodegón, etc.), su propósito es ensalzar el apogeo cultural de Francia y la figura cenital del rey. Lo primero en detrimento de Italia, con alusión al fracaso del proyecto de Bernini para el Louvre. Lo segundo, por cuanto el rey ha de ser el tema predilecto del arte, tanto en sus fiestas y diversiones cortesanas como en sus hazañas militares y en el reconocimiento universal (especialmente por España y el Vaticano) de su poder irresistible (versos 229-244, 319-366). La gloria de Luis es para Perrault superior a la de Alejandro (441-456), y la imagina como el desfile triunfal de un emperador romano (465-468), a cuyo alrededor se agrupa una constelación de egregios militares, ministros y artistas (513-540) con los

que la Providencia ha querido dotar a Francia para que ejecuten y ensalcen los designios del rey. Los «ilustres pinceles» de Le Brun deben reservarse a su «historia gloriosa» sin ser «profanados» por otros temas menores (550-552), para que el arte francés sea «digno de la grandeza del rey a quien servimos, / digno del esplendor del tiempo en que vivimos» (655-656). Molière y el pintor Pierre Mignard replicaron con otro poema, *La Gloire du Val-de-Grâce* (alusivo a una de las obras de Mignard).

La edición de Gautier-Gentès es tan cuidadosa como cabía esperar de su sello editorial. El poema viene arropado por un extenso estudio preliminar y otro epilógico, y provisto de apéndices documentales y extensas notas enfrentadas al texto en las páginas pares. Sólo hubiera podido mejorarse incluyendo en ella *Le Siècle de Louis le Grand*; encontrar los dos poemas reunidos era una expectativa lógica en todos los interesados en Perrault y en su papel en la Francia de la segunda mitad del XVII. | |

RESUMEN

Charles Perrault no sólo fue uno de los clásicos de la literatura infantil, sino un notable «hombre de letras» de la segunda mitad del siglo XVII, gestor de la cultura oficial de Luis XIV, poeta áulico y contertulio en los salones

aristocráticos. Guillermo Carnero se ocupa de Perrault situándolo en la polémica acerca de la cultura entre Antiguos y Modernos, subrayando en Perrault su postura nacionalista y su estimación por el cuento folklórico.

Charles Perrault

La Peinture

Ed. de J.-L. Gautier-Gentès. Droz, Ginebra, 1992. 204 páginas. 48 francos suizos.

Ciencia para dar y ciencia para vender

Por Enrique Cerdá Olmedo

Enrique Cerdá Olmedo (Guadix, Granada, 1942) es catedrático de Genética de la Universidad de Sevilla. Se formó como ingeniero agrónomo y biólogo en Madrid, se doctoró en Stanford (California) y ha sido investigador en Pasadena (California), en Gotinga (Alemania) y otros lugares. Ha sido el principal autor del libro *Phycomyces* y de numerosas monografías especializadas. También ha escrito *Nuestros genes*.

El rey Kusch ben-Scheddad hizo exponer sus tesoros, mandó reunir a sus guerreros y gritó: «¡Os doy estas riquezas, estos quintales de oro y plata, si prolongáis por un día mi vida sobre la Tierra!» En *Las mil y una noches* nos cuenta lo que ocurrió: «Se mantuvieron con los ojos bajos y guardaron silencio. Hube de morir a la sazón...» (noche 340 de la edición Blasco Ibáñez; noche 338 de la edición Cansinos Assens).

El milagro ha ocurrido: no por un día, sino por docenas de años, porque la esperanza de vida se ha duplicado; no para un rey, sino para casi todos, al menos en ciertos países. Y el tiempo ganado no prolonga la vejez, sino la juventud.

El milagro es muy reciente. La Edad Moderna amplió los horizontes geográficos y mentales, pero fue perjudicial para la gente común: con el jornal de un obrero alemán del siglo XV se podía comprar 2,5 veces más centeno que con el de comienzos del siglo XIX. Llevamos sólo siglo y medio beneficiándonos de la ciencia «para dar», la de los libros, en forma de progresos de la educación, la higiene, la tecnología, la economía y la organización social. Al mismo tiempo

se ha desarrollado una ciencia «para vender», que atiende a nuestra salud principalmente en forma de productos farmacéuticos. Bajo el título de *Ciencia para el mercado*, el doctor Ernst Peter Fischer ha escrito una *Historia de la empresa investigadora Boehringer Mannheim*. El mecenazgo de la empresa, que podría haber engendrado un ditirambo a tanto el elogio o una colección de discursos para los postres de los banquetes, se nota en la calidad y el buen gusto de la edición, pero el texto es una presentación fascinante del desarrollo científico y empresarial y de los problemas relacionados con la encarnación de la ciencia en el mundo real. El mérito es de Fischer, un biólogo alemán doctorado en California con Max Delbrück y especializado ahora en sacar la ciencia fuera de los laboratorios.

Boehringer Mannheim es un grupo de más de setenta empresas especializadas en productos terapéuticos y diagnósticos con cerca de 20.000 empleados dispersos por casi todo el mundo. La sede corporativa está oficialmente en las Bermudas, un paraíso fiscal, pero el centro neurálgico está en Mannheim, junto al Rin, desde hace más de un siglo.

Un boticario en la mazmorra por culpa del mancebo

El fundador de la empresa, Christian Friedrich Boehringer (1791-1867), entró a los diecinueve años de mancebo con Christian Gotthold Engelmann, farmacéutico del rey de Wurtemberg en su corte de Stuttgart. El farmacéutico se fiaba de él y, contra el reglamento, lo dejaba dispensar las hierbas. En 1815 el mancebo dio belladona por error a los niños del Orfanato Real. Aunque no les

pasó nada grave, se organizó una investigación. Engelmann se atribuyó el error, porque la violación del reglamento hubiera sido una falta mucho más grave, y tuvo que pasarse cuatro meses encarcelado en un castillo.

Esta anécdota revela una forma de entender el servicio público que hoy puede parecer inverosímil. ¿No habrá inspirado las grandes ideas políticas de nuestra era la admiración por la eficacia de los funcionarios alemanes del siglo pasado, con sus severos reglamentos? ¿Cómo, si no, se hubiera podido intentar mejorar la sociedad funcionarizándola por completo, como hizo el comunismo o, en gran parte, como han hecho todos los demás?

El que crea que al salir de la cárcel el boticario persiguió a su mancebo para vengarse, se equivoca. Por el contrario, Boehringer se casó con la hermana de Engelmann y ambos fundaron en 1817, en Stuttgart, una botica y droguería «al por mayor y detall», como se decía en España. De la venta pasaron a la producción, y en 1832 pusieron tres obreros a fabricar cloroformo, éter y santonina (un extracto vegetal contra las lombrices, todavía en uso). La producción se fue ampliando y dio su primer salto cualitativo en 1859 con la compra de una fábrica de quinina, y su primer salto geográfico con la instalación a partir de 1870 en Mannheim.

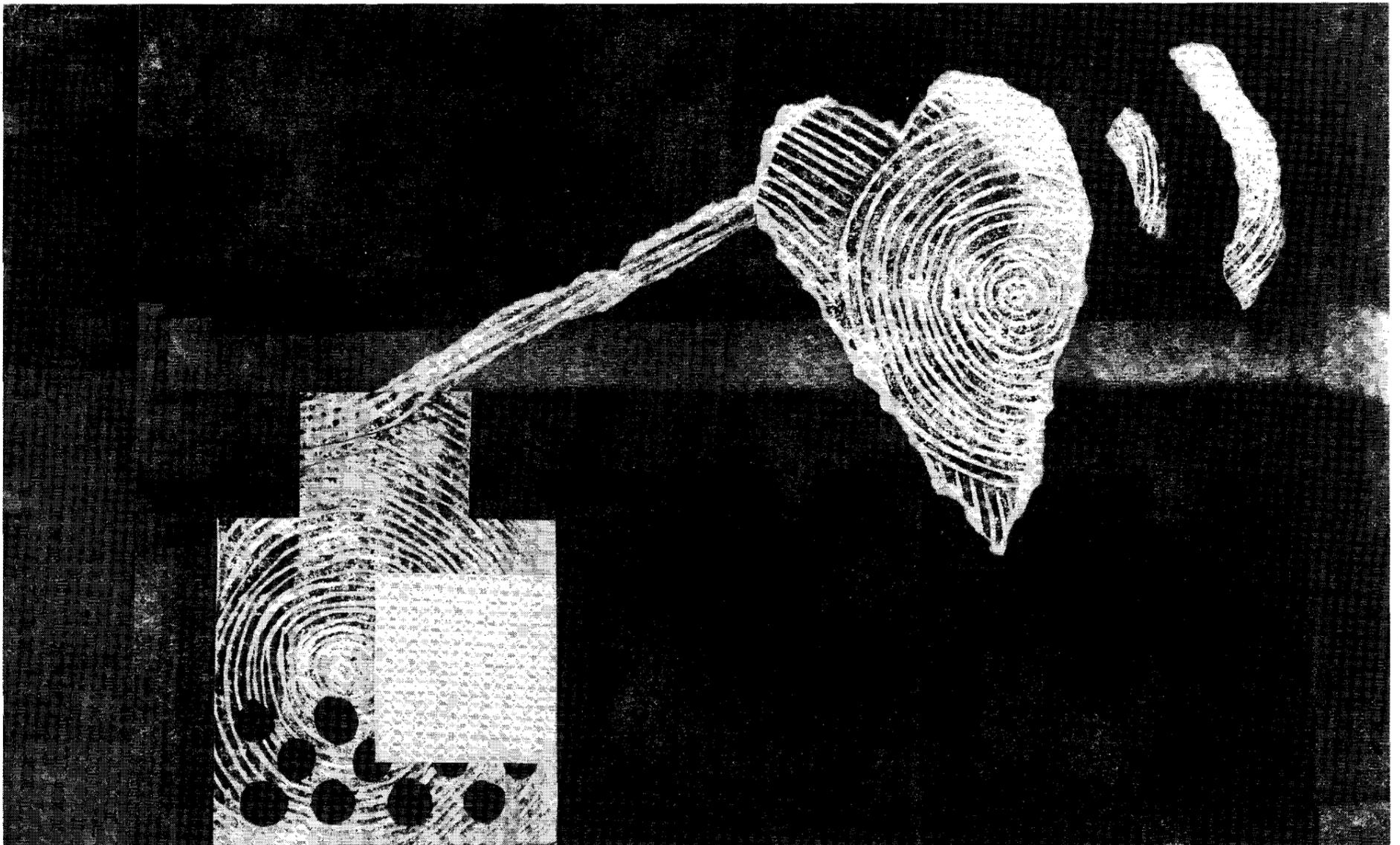
La empresa ha sido siempre una empresa familiar. La dinastía Boehringer se extinguió cuando Ernst Boehringer murió joven y sin descendencia. Lo podemos considerar un protomártir del turismo, porque lo mató en Italia, en el verano de 1892, un pescado en malas condiciones. Friedrich Engelhorn heredó la propiedad y el poder en la empresa, y sus descendientes los han mantenido hasta hoy. La historia de estas familias es la historia

de la burguesía alemana. Impresiona el nivel de formación que se impusieron sus miembros y la ausencia de escándalos (o la timidez del cronista para contarlos). Como correspondía a su nivel social, se mantuvieron tan lejos de los nazis como pudieron y pagaron con un suicidio en 1945 la colaboración que no supieron evitar.

Boehringer Mannheim ha estado siempre en la frontera del desarrollo: en 1889 fundó su primer laboratorio de investigación y en la actualidad dedica a esa actividad más de 30.000 millones de pesetas cada año, el 24 por 100 de los ingresos totales. Esta cifra no es excesiva: la introducción de un medicamento realmente nuevo cuesta, como media, doce años de investigación y más de 20.000 millones de pesetas. Nada que quede al alcance de la pequeña y mediana empresa. Los fracasos son muy costosos y los mayores se pagan con la libertad: la empresa debilitada es absorbida por otra que la desguaza o, en el mejor de los casos, la explota como una división especializada.

Ciencia aplicada

Voltaire pudo decir con razón: «Un médico es un hombre que pone drogas que no conoce en un cuerpo que conoce todavía menos». Esta situación no cambió hasta el advenimiento de la farmacología química, la química orgánica y la fisiología animal. Friedrich Sertürner aisló el primer fármaco químico, la morfina, en 1805; en 1828, Friedrich Wöhler produjo urea, un componente de los seres vivos desconocido hasta entonces en el mundo mineral, «sin necesitar riñones ni



G. MERINO

Viene de la página anterior



G. MERINO

animales, sean hombres o perros», como orgulloosamente escribió a su maestro. Claude Bernard revolucionó la fisiología experimental en 1859 con sus estudios sobre el páncreas. La empresa biografiada y la ciencia que la nutre nacieron y se desarrollaron en paralelo. Fischer alterna una y otra. Fascinan, por ejemplo, sus descripciones de varios alcaloides, el diseño racional de fármacos, la nueva ingeniería genética. El centro de gravedad del desarrollo farmacéutico ha pasado sucesivamente de la botánica a la química orgánica y la biología molecular. Al mismo tiempo que cambian los medios, cambian también los objetivos: los grandes éxitos recientes de Boehringer Mannheim se deben a su relativo desdén de la terapia en favor del diagnóstico, y es muy posible que en el futuro inmediato florezca la prevención.

La historia de la ciencia no es la historia del progreso lógico, sino que se escribe a menudo con las líneas torcidas de la casualidad y de la observación feliz. A los dieciocho años, William Perkin pasó las vacaciones de Pascua haciendo experimentos. Al lavar los recipientes ensuciados por una reacción fracasada en la que participaba la anilina, observó que el agua se teñía de violeta. Esta observación es el germen de toda la industria de los colorantes químicos, sin los que nuestro mundo sería casi inimaginable y desde luego mucho más triste. La moraleja es obvia: los científicos, o al menos los químicos, deben lavarse sus propios cacharros.

Ingeniería genética molecular

La técnica de moda para Boehringer Mannheim y sus competidores es la ingeniería genética molecular. Sus fuentes son recientes y humildes. Una de las principales, el concepto de restricción de los virus por las bacterias, era un tema totalmente marginal en los años sesenta. Conocí a uno de los que lo investigaban con más éxito, Jean Jacques Weigle, un físico suizo aclimatado a California y la biología; incapaz de financiar sus trabajos, parasitaba los recursos de colegas y amigos que se dedicaban a temas más pre-

sentables. Los avances han sido rapidísimos desde que en 1973 se cortaron y pegaron moléculas de ADN en el tubo de ensayo por primera vez. Hace más de diez años que se empezaron a obtener resultados inmediatamente aplicables, y Boehringer Mannheim vende ahora más de 100 productos obtenidos por ingeniería genética molecular.

Es fácil justificar la predilección por la nueva técnica. No tiene alternativas en algunos casos, como, por ejemplo, cuando se trata de producir hormonas peptídicas muy específicas o enzimas modificadas a voluntad para nuestras necesidades. Facilita las cosas en otros, como en la obtención de vacunas. Evita muchos riesgos a los científicos y al público. Permite, por ejemplo, investigar un virus sin tener virus vivos en el laboratorio. El producto final no sufre las contaminaciones propias de las materias primas humanas, como pasó con el virus del sida en las preparaciones de factor de coagulación administradas a los hemofílicos.

De la ingeniería genética molecular se espera que nos ayude a limpiar y arreglar nuestro entorno. La preocupación por el ambiente no es nueva. Para empezar a fabricar medicinas en Mannheim, los Boehringer tuvieron que aceptar la exigencia de la ciudad de que «no se causaran molestias ni inconvenientes a la vecindad por malos olores o sustancias venenosas». Durante el siglo siguiente, un paseo por las orillas del Rin hubiera convencido a cualquiera de que tales exigencias eran meros garabatos sobre papel. Hasta hace poco nadie parecía haber notado que la naturaleza lo recicla todo y que la civilización tecnológica está incompleta porque acumula desechos. La solución no es renunciar a la técnica y volver al neolítico, al imperio romano o al período barroco, según las preferencias de cada uno, sino crear una civilización técnica sostenible a la larga.

La ingeniería genética molecular consume muchas menos materias primas y energía y produce menos desechos que la industria química, y entre sus aplicaciones más prometedoras está precisamente el tratamiento de desechos de los más variados orígenes para reincorporarlos a los ciclos naturales.

La oposición al desarrollo técnico viene de viejo, pero ha renovado su base social y su justificación intelectual. En el pasado, los opositores solían ser algunos ignorantes y los beneficiarios de actividades obsoletas. Ahora encontramos con frecuencia personas cultas que no defienden intereses económicos personales, sino que se preocupan por la calidad y la supervivencia de la vida en nuestro planeta. A su actitud contribuyen sobre todo el deterioro del ambiente y la decepción. ¿Cómo no recordar las promesas de la energía atómica, glorificada bajo el lema, hoy risible, de «átomos para la paz»?

Una raíz intelectual más profunda es la inseguridad de la ciencia. Georg Weiss, director de mercados de Boehringer Mannheim hace unos años, decía que «la ciencia de hoy es el error de mañana». Las verdades científicas nunca son definitivas. Los fundamentalismos, sean políticos o religiosos, ofrecen, por el contrario, una semblanza de seguridad.

La ingeniería genética molecular causa prevención y desasosiego por su capacidad de producir no sólo nuevas sustancias, sino nuevos seres vivos. Esta capacidad impresiona por su alcance, eficacia y rapidez, incluso a los que saben que casi todos los animales y plantas de los que vivimos y con los que convivimos son producto de nuestra manipulación genética, más o menos consciente, desde hace algunos miles de años.

En ingeniería genética molecular, como en muchas otras actividades humanas, llevan razón los que dicen que «no debemos hacer

todo lo que podemos», y por tanto que hay que meditar antes de actuar. Pero lo más triste es que «no podemos hacer todo lo que debemos», es decir, que quedan muchas calamidades por evitar. Baste pensar en el millón de niños que nacen cada año con enfermedades hereditarias incapacitantes e incurables.

Limitaciones del mecenazgo

Este libro documenta con brillantez el papel de la organización empresarial del capitalismo en la distribución de los progresos de la ciencia en beneficio de la salud de todos. Se echa de menos la presentación de algunas críticas habituales, aunque sólo fuera para rechazarlas. Por ejemplo, el relativo abandono de los problemas de los pobres, como los parásitos tropicales, o de pocas personas, como ciertas enfermedades hereditarias, en favor de las enfermedades frecuentes del mundo desarrollado, como la diabetes o las crisis del sistema circulatorio. Podrían haberse citado los aspectos negativos del sistema de patentes y de la publicidad. Dentro de la historia de la empresa, pasa de puntillas sobre hechos que hacen sospechar graves errores o timos. Pese a la riqueza de detalles en muchos temas, no se habla para nada de los beneficios de la empresa, ni de la distribución actual de su propiedad. Y es que tal vez no quepa esperar que Horacio se libere de Mecenas. □

RESUMEN

La ciencia que yace en los textos oscuros de las monografías y en las clases repetitivas de los profesores, la ciencia para dar, tendría poco impacto en nuestras vidas si no hubiera quien la materializara en los almacenes comerciales, explica Cerdá Olmedo. Esa transformación es uno de los temas principales de

esta historia de Boehringer Mannheim, una empresa farmacéutica y biotecnológica llamada ya en el subtítulo «empresa investigadora». El libro demuestra que los conocimientos científicos y la capacidad literaria pueden convivir fructíferamente en un mismo cerebro.

Ernst Peter Fischer

Wissenschaft für den Markt. Die Geschichte des forschenden Unternehmens Boehringer Mannheim

Piper, München, 1991. 479 páginas. 78 DM.

La música como «cuarto poder»

Por Claudio Prieto

Claudio Prieto (Muñeca, Palencia, 1934), compositor, ha realizado estudios musicales en Alemania, España e Italia y es titulado por el Conservatorio Superior de Música de Madrid y la Academia Nacional de Santa Cecilia, de Roma. Entre otros premios posee el Internacional «Oscar Esplá», el «Manuel de Falla», el «Reina Sofía», el de Radio Televisión Italiana y el Trofeo Arpa de Oro de la CECA.

No soy una persona versada en las tradiciones holísticas, tampoco experimentada en esoterismos, magias o cualquier otra disciplina que tenga que ver con las ciencias ocultas, ni tan siquiera me puedo considerar un conocedor a nivel medio de tales cuestiones. De lo que sí tengo un conocimiento al menos suficiente es de los fenómenos naturales, de las leyes que los rigen y de las que impulsan el funcionamiento del universo en el cual nos movemos y del que formamos una parte activa, con todas las implicaciones que esto conlleva, tanto de las que somos plenamente conscientes e incluso provocamos como de aquellas producidas en el subconsciente más profundo por nuestros recuerdos colectivos como raza humana. Y, por supuesto—esto dicho sin ninguna autosuficiencia—, tengo un dominio bastante aceptable de los mecanismos capaces de causar y ser efecto de lo que denominamos música, desde su estado más puro, más primitivo si se quiere, hasta el más elaborado.

Digo todo esto porque, después de leer *Música, poder, armonía*, de R. J. Stewart, estoy convencido de que, si no estrictamente necesario, sí al menos es muy conveniente tener cercano el mundo de las artes místicas o mágicas para aprovechar al máximo las propuestas de este libro, dada la intención de su autor de ofrecernos un cuaderno de trabajo moderno donde se combinan métodos de transformación interna a través de la música. Stewart quiere «transmitir al lector algunas enseñanzas y métodos de las tradiciones esotéricas relativas a la música y hacer algunas comparaciones útiles entre éstos y varios importantes progresos modernos que reafirman la tradición antigua a la luz de la ciencia materialista». Para ello nos sitúa frente a la premisa de que «la naturaleza es reflejo del universo y que las proporciones y modelos son inherentes a toda materia debido a la polaridad y la interacción» o, dicho de un modo más simple, que el «microcosmos humano refleja el macrocosmos universal».

Estas afirmaciones nos llevan directamente a pensar en la música y en las relaciones que le son consustanciales como un espejo de lo que sucede en el universo, pero también nos lleva a plantearnos que todo cuanto sucede a nuestro alrededor tiene un comportamiento eminentemente musical. Vayamos por partes.

Creo firmemente que la música es una cualidad innata en el hombre, al igual que lo es el lenguaje. La necesidad de entrar en relación con sus semejantes, de comunicarse en definitiva, que es algo común a todos los ani-



ARTURO REQUEJO

males, trasciende en el hombre por su capacidad de buscar, tanto a nivel inconsciente como inteligente, no ya un mero contacto psíquico, sino la manifestación de sus emociones más profundas. Es un hecho que para ello el ser humano ha utilizado la danza y la música como parte de sus rituales de comunicación. El conocimiento que tenemos de los orígenes de nuestra raza y las civilizaciones primitivas que aún pueblan nuestro planeta están llenas de ejemplos que lo ilustran a la perfección. El ser humano ha perseguido siempre la intimidad con el entorno que habita, y en esa comunión ha jugado un papel muy importante la música. Ahora bien, ¿cuáles son los mecanismos que ponen en marcha tal interrelación? Si estamos de acuerdo en que la música es innata al hombre, ¿se producen éstos en el subconsciente de modo que escapan al control del individuo o, por el contrario, éste conoce su potencial y lo utiliza en consecuencia?

Proporciones similares

Todos sabemos que la emisión de una nota implica inmediatamente la activación de sus armónicos y que éstos ocurren por unas relaciones intrínsecas claramente establecidas. A su vez, los distintos modelos musicales suceden con unas proporciones similares. Como bien explica Stewart, esas mismas relaciones, esos mismos armónicos, están presentes en todas las manifestaciones que se producen en nuestro entorno vital, de forma que desde la partícula más pequeña hasta la inmensidad del cosmos funcionan o, mejor dicho, tienen un comportamiento que no es sino un calco del de dichos modelos musicales. Según el autor, hombres como Pitágoras, Ficino, Fludd, Kircher o Kepler utilizaron «experimentos musicales, hechos y mediciones musicales reales, definibles y demostrados para revelar verdades cosmológicas».

Si damos esta teoría como cierta, tenemos entonces que los mecanismos que interrelacionan el binomio hombre/música actúan de la misma forma que lo hacen otras leyes físicas; es decir, es algo que escapa al control

humano o, al menos, es algo que hay que buscar en cada conciencia individual si queremos hacer uso de ello. Y aquí entra todo el hilo conductor del libro. Stewart intenta, mediante un buen número de ejemplos, demostrar que la esencia del universo es musical y que, por lo tanto, la música tiene un gran poder como generadora de energía para el ser humano. Recurre a las antiguas tradiciones místicas y mágicas para demostrarlo y propone, al individuo que desee aumentar su poder mediante la música, una vuelta a esas tradiciones para iniciar la búsqueda a través de determinadas técnicas basadas, sobre todo, en la meditación, la visualización y la escucha interna.

Ahora bien, a mi juicio—y confesado mi desconocimiento en tales materias—, muchas de sus teorías están inconclusas o no aclaran al lector a dónde quiere llegar con ellas. Los planteamientos se quedan a menudo incompletos y como consecuencia las resoluciones son también incompletas cuando no se contradicen.

Un buen ejemplo de ello lo tenemos al abordar los distintos tipos de música. A la vista de su teorema es fácil deducir que para Stewart son la música étnica y la música antigua cantada o salmodiada en los templos las que responden a esa «ley de reflejos» mencionada al principio que impera en el cosmos. La primera, porque surge de un concepto sagrado o mágico al ser una expresión de la relación del hombre con su medioambiente. En sus propias palabras, «una posición, una tierra o todo un continente produce un sonido propio. Hoy en día la reminiscencia general de todo esto es, por supuesto, la música nacional o étnica de pueblos específicos». La segunda, porque sirve para armonizar o «afinar» el espíritu humano con el resto del mundo, al entender que dichas canciones o salmos eran creados concretamente para tal fin y cumplían con creces su objetivo.

Connotaciones negativas

No sucede lo mismo con la música «artística»—también denominada «de mecenazgo» y hoy entendida como «clásica» o «cultura»—, término que el autor presenta una y otra vez bajo connotaciones francamente negativas al suponer que ésta era desarrollada exclusivamente por una minoría privilegiada para servir a sus propios intereses, siendo, en definitiva, fruto de la habilidad creativa más o menos lograda de un individuo y, por lo tanto, ajena a la música presente en la vida diaria de la gente corriente, que es la que constituía la música colectiva o folclórica, a la que considera, por cierto, prácticamente desaparecida, en parte porque la evolución cultural de la población ha dado lugar a una música de en-

tretenimiento que, aun basándose en las raíces folclóricas, no responde a sus características, y en parte también por la acción de los medios de comunicación, que han contribuido a difundir masivamente la música artística, haciéndola llegar a clases sociales para las que no fue en absoluto concebida.

Sin pretender negar su parte de verdad a tales asertos, sí debo decir que su concepción general me parece desafortunada. La raza humana se ha visto sometida a un ritmo evolutivo fruto de su propio intelecto. Su curiosidad, su afán de saber, se ha ido traduciendo en una serie de descubrimientos—hoy tenidos como fundamentales— que han ido moldeando al ser humano y a su entorno. El proceso sonoro, en sus orígenes limitado poco más que a emisiones vocales acompañadas de la percusión de instrumentos rudimentarios, no ha hecho sino caminar de la mano del hombre en esa evolución. Así, éste empezó a sistematizar su música jugando con sus estructuras y elaborando modelos cada vez más complejos en respuesta a sus propios requerimientos. La música «artística» debe ser considerada como un aspecto más del entramado, ya que nace de la capacidad humana de comunicación y con frecuencia ha ejercido una notable influencia social en cohesión con otros aspectos culturales. Por eso me parece un grave error pretender negar su valor como generadora de poder por el hecho de estar creada en base a unas reglas muy específicas o gracias a un patrocinio que, por otra parte, ha sido norma común desde sus inicios como manifestación artística. Sería tanto como decir que el lenguaje pierde su sentido primigenio porque ha pasado de ser una emisión de sonidos y signos transmitidos oralmente a un sistema cifrado dentro de una normativa gramatical meticulosamente establecida. No discuto que el mecenazgo haya podido encorsetar la música ni que los mecenas la utilizaran con unos fines precisos. Todos sabemos el enorme poder que con razón se atribuye a la música, pero no podemos olvidar que si ésta existe y con un determinado poder es gracias a sus creadores. Como compositor, me siento en la obligación de defender una paternidad que Stewart parece obviar en su trabajo. No obstante, incluso en sus comienzos más remotos, la música ha sido fruto del genio individual. Que luego toda una sociedad o parte de ella haya participado de la misma no excluye dicha realidad, y lo que hoy podemos escuchar en las salas de concierto proviene de una vasta herencia que cada autor proyecta según las sensaciones que le dan sus vivencias personales. Esto se hace más evidente en la actualidad, cuando la libertad creadora sólo tiene los límites que cada cual quiera ponerle.

Esto no es más que un detalle de los muchos que contiene el libro susceptibles de crear polémica, entre otras cosas porque su autor no cesa de insistir en los defectos de nuestra sociedad frente a las bondades de las sociedades antiguas. Y razón no le falta, porque hoy padecemos corrupción, despotismo y manipulación de masas con la compañía de la música como «cuarto poder», pero ni esa realidad tiene la exclusiva de lo aberrante ni los antiguos de lo sublime. La verdad suele ocupar siempre un discreto término medio.

En el próximo número

Artículos de Pedro Cerezo Galán, Elías Díaz, Victoria Camps, Francisco García Olmedo, Armando Durán y Antonio Quilis.

RESUMEN

La tesis del libro que comenta el compositor Claudio Prieto, y que el autor intenta demostrar, es que la esencia del universo es musical y que, por lo tanto, la música tiene un gran poder como generadora de energía para

el ser humano, y recurre para demostrarlo a antiguas tradiciones místicas y mágicas. A juicio de Prieto, sin embargo, muchas de estas teorías están inconclusas o no aclaran al lector a dónde quiere llegar con ellas.

R. J. Stewart

Música, poder, armonía

Mandala Eds., Madrid, 1991. 202 páginas. 1.950 pesetas.

El caso Althusser

Por Pedro Cerezo Galán

Pedro Cerezo Galán (*Hinojosa del Duque, Córdoba, 1935*) es catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada. Entre otros libros ha escrito *Arte, verdad y ser* en Heidegger, *Palabra en el tiempo: poesía y filosofía* en Antonio Machado y *La voluntad de aventura: aproximación crítica al pensamiento de Ortega y Gasset*.

«... El rostro de Helena está inmóvil y sereno, los ojos abiertos fijos en el techo. Y de repente me golpea el terror: sus ojos están interminablemente fijos y, sobre todo, la punta de la lengua reposa, de forma insólita y apacible, entre sus dientes y sus labios. Ciertamente yo he visto muertos, pero nunca en mi vida había visto el rostro de una estrangulada. Y, sin embargo, sé que es una estrangulada. Pero ¿cómo? Me incorporo y grito: ¡He estrangulado a Helena!» (pág. 11).

Así narra Louis Althusser la muerte, a sus manos, de su mujer Helena, una mañana gris del domingo 16 de noviembre de 1980, en el apartamento de la Escuela Normal de París, en una crisis aguda de confusión mental, a partir de la cual fue hundiéndose intermitentemente en la noche de la locura. El acontecimiento estremeció al mundo filosófico y mereció toda suerte de comentarios. La personalidad brillante y acerada de Althusser, el representante más duro y beligerante del marxismo más estricto y «l'enfant terrible» del partido comunista francés de los años sesenta, se prestaba a las versiones más dispares y enconadas del hecho. ¿Althusser homicida, tal vez asesino, acaso loco? ¿Víctima quizá de Helena, otra militante destacada del comunismo francés desde los tiempos de la ocupación, heterodoxa y rebelde? ¿O acaso Helena víctima de Althusser, de los violentos delirios del filósofo? El relato pertenece al primer capítulo de la autobiografía de Althusser, *L'avenir dure longtemps*, redactada en 1985 y editada con carácter póstumo por Olivier Corpet y Yann Moulier Boutang en 1992. Y la pregunta surge espontánea e inmediata: ¿por qué esta confesión? ¿Y quién se confiesa, el hombre Louis Althusser, abatido por su tragedia personal, buscando objetivar su drama y escapar tal vez al remordimiento, o el filósofo Althusser, razonador pese a todo, psicoanalista por contagio y deseoso de dar sobre su caso también la última palabra? Pero, ¿son acaso discernibles ambas dimensiones?...



JORGE WERFFELI

La motivación inmediata es bien explícita: Althusser ha sentido la necesidad de explicarse, esto es, de responder públicamente de lo ocurrido, tal como hubiera hecho ante el juez, si no se le hubiera aplicado el «no ha lugar», que prevé el Código penal francés en casos de enajenación. «Pero si no hubiera tenido este beneficio, habría debido comparecer. Y si yo hubiera comparecido, habría tenido que responder» (pág. 9). La situación jurídica del «no ha lugar» la siente como un destino, «como la losa sepulcral del silencio». Si, de un lado, lo exonera de la ruda prueba del juicio, del otro lo condena a una sospecha permanente. Le confiere, a su juicio, el estatus singular de un «desaparecido» de la vida, que a su vuelta del internamiento psiquiátrico, cuando remite la crisis, tiene que soportar un proceso mudo que siempre se reabre. La cosa es «frecuente en el caso de crisis aguda. ¿Qué puede ocurrir? ¿Reproducirse? ¿Hay tantos ejemplos de ello! ¿Es posible que él, loco, se haya vuelto normal? Pero, de ser así, ¿no lo era ya entonces en el momento del crimen?» (pág. 19). El recién aparecido tiene, pues, que explicarse, dar cuenta de lo que hizo, de su estado y circunstancias. Pero explicarse significa también, no ya responder justificándose, sino dar la génesis de lo ocurrido, el proceso psicobiográfico que le ha conducido a este trágico desenlace. «Dar una explicación» suena así ambivalentemente, con doble sentido, a medias ético/jurídico, a medias científico/explicativo. No es ya responder de, sino saber si podía responder y estaba en su mano, si no pesaba sobre él un destino que lo llevaba a la locura y al homicidio. De ahí la ambivalen-

cia de la confesión. «Lo advierto—declara Althusser—. Lo que sigue no es un diario, ni memorias ni autobiografía. Sacrificando todo el resto, solamente he querido retener el impacto de los afectos emotivos que han marcado mi existencia y le han dado su forma: aquella en que me reconozco y donde pienso que se podrá reconocerme» (pág. 25). La declaración se vuelve obsesiva y a veces cortante. «Se me creará, si se quiere, pero yo no hago, no más aquí que en cualquier otra parte, autoanálisis, dejando esta cuestión a los pequeños genios malignos de la teoría analítica, a la medida de sus obsesiones y de sus fantasmas» (página 42).

Y, sin embargo, ésta no es una limpia historia de afectos, recuerdos y vivencias, a modo de una confesión en el diván, sino que hay mucho en ella, como puede apreciarse fácilmente, de interpretación psicoanalítica, de reflexión retrospectiva, que pone el filósofo, tocado él también por el genio del psicoanálisis, de excursos políticos y filosóficos que le dan el aire a veces de una autobiografía intelectual, emprendida con un propósito sistemático de cerrar su vida y su obra. Por eso el parangón con *Las confesiones*, de J. J. Rousseau, me parece poco convincente. Rousseau cuenta su historia, limpia y desnudamente, en la creencia, ingenua sin duda como buen romántico, de que en ella habla un corazón natural, libre de artificios. «Siento mi corazón—escribe el ginebrino—y no puedo engañarme sobre lo que siento.» Lo torpe y lo hermoso, lo bajo y lo sublime, son igualmente expresiones de una condición humana que se ofrece tal cual es, sin arreglos ni disimulos.

«Quiero mostrar a mis semejantes un hombre en toda la verdad de la naturaleza, y este hombre será yo mismo» (*Las confesiones*, libro I, introd.). El corazón natural—creía al modo romántico—no conoce máscaras ni mala fe. Pero Althusser, que ya no puede ser romántico a lo Rousseau, sabe que existen estas máscaras e intenta desesperadamente librarse de ellas. La ambigüedad es insuperable. Agustín, otro filósofo en confesiones, lo sabía muy bien. Sabía de las dobleces del corazón, que se encubre y resiste

a la verdad. Esta es la profunda paradoja: «El alma humana quiere estar oculta ("latere vult")», aunque no quiere que se le oculte nada» (*Confesiones*, cap. 23, 16-17). Por eso tiene que hacer el esfuerzo de confesarse ante Dios, en humildad y sinceridad, ante quien se está siempre desnudo. Y aun así no sabe si la confesión religiosa, la que no busca explicación, sino perdón, será capaz de bajar hasta el propio infierno. Pero el hombre moderno no se puede confesar ya como «homo religiosus». Le falta la fe, que no es más que la conciencia de ser acogido. Le falta, en concreto, a Althusser, que no se ahorra en su confesión contarnos, muy esquemáticamente por cierto, como con sordina, su crisis de fe, proviniendo de un catolicismo militante. Falto de Dios, no tiene otra instancia absoluta ante la que verse y contarse que el psicoanálisis, el ojo secular que todo lo comprende, que de todo responde, porque de todo puede dar una explicación. Althusser se ve en la necesidad de contar en cada lector con un analista que entienda su caso, de convertirse él mismo en analista que ofrece su diagnóstico; y no en vano acaba su confesión (cap. XXIII) con la consulta al psicoanalista amigo (¿realidad o artificio?), que, a falta de juez, emite el informe, casi veredicto, final del caso. Pero como bien sabe cualquier hermenéuta, la historia de las interpretaciones es interminable.

Los fantasmas familiares

De todos modos, no se le puede negar a este relato, intensamente dramático, el esfuerzo doloroso por bajar hasta el propio infierno y sorprender los demonios y fantasmas, que lo habitan, para exorcizarlos con un conjuro, aun cuando sea el del psicoanálisis. Y los primeros afectos determinantes tienen que ver con la familia. Aquí está la clave psicoanalítica. La reconstrucción del ambiente familiar en la infancia y adolescencia de Althusser es uno de los grandes aciertos literarios de la obra. De su madre, obsesiva y puritana, eterna víctima del desamor del padre, van a que-

Artículos de

<i>Pedro Cerezo Galán</i>	1-2-3	<i>Francisco García Olmedo</i>	8-9
<i>Elías Díaz</i>	4-5	<i>Armando Durán</i>	10-11
<i>Victoria Camps</i>	6-7	<i>Antonio Quilis</i>	12

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



El caso Althusser

dar al pequeño Louis terribles fobias sexuales y un deseo de pureza a toda costa. Y la terrible impresión de que para ella él era el otro, la imagen del tío Louis, caído en la guerra, su primer y tal vez único amor, lo que la llevó a aceptar el ofrecimiento de boda que le hiciera el hermano de Louis, padre del filósofo.

El pequeño Louis se sentía, bajo su mirada, como habitado por el muerto. «En mi caso, la muerte era la muerte de un hombre que mi madre amaba por encima de todo, más allá de mí mismo. En su amor por mí, algo me ha sobrecogido y marcado desde la primera infancia, fijando por mucho tiempo lo que debía ser mi destino. No se trataba de un fantasma, sino de la "realidad" misma de mi vida. Es así como para cada uno un fantasma deviene vida» (pág. 48). Del padre, autoritario y violento, sensual y con aire de ausente de la familia, guardará el pequeño Louis viejas angustias de terror y abandono y, sobre todo, un terrible vacío. De ahí la necesidad de jugar a ser padre, incluso padre de su padre, en una constante que marcará su carácter, y proteger a la madre y a la hermanita; y, por lo mismo, seducir a la madre mediante la encarnación del ideal de una pureza integral, de una perfección estricta.

«¿Llegué verdaderamente a seducir a mi madre? —se pregunta—. Sí y no. Sí, porque reconociendo en mí la realización de su deseo, estaba feliz de mí y extremadamente orgullosa. No, porque en esta seducción yo tenía siempre la impresión de no ser yo mismo, de no existir verdaderamente, sino sólo "mediante artificios" y en artificios, justamente los artificios de la seducción tomados por "imposturas"... y, por tanto, de no haber conquistado verdaderamente a mi madre, sino de tenerla artificial y artificiosamente seducida» (pág. 53). Quizá de este arte de seducción formaba parte el ofrecerse oblativamente por ella, víctima de los caprichos y desplantes del padre, y asumir su condición de víctima. Sí, la familia es un destino, el destino familiar, y para Althusser este destino fue determinante incluso de su propia valoración de la familia, en la que verá más tarde el más terrible aparato ideológico y represivo del Estado. De aquel ambiente familiar, sólo las visitas al abuelo materno, guardabosques en las montañas de Argelia, le devolvían al pequeño la impresión de la libertad y la salud, en comunión casi místico/sensual con la naturaleza.

A Helena la conoció Althusser a la vuelta en París de su cautiverio, durante la guerra, en un campo de concentración alemán —paradójicamente, y en contraste con la familia, un refugio seguro y dichoso para el joven Althusser, donde comenzó a sentirse un hombre—, en una velada en casa de la madre de su amigo Lesèvre. Helena debió de producirle muy fuerte impresión por su rostro intenso, sus ojos oscuros y sombríos, la profunda soledad y tristeza de su rostro. «Desde este momento —registra Althusser— fui cogido de un deseo y de una oblación exaltantes: ¡salvarla, ayudarla a vivir! Jamás en toda nuestra historia y hasta el final, me he apartado de esta misión suprema que no cesó de ser mi razón de ser hasta el último momento.»

Y a continuación, describe la escena: «Imaginaos este encuentro: dos seres en el colmo de la soledad y de la desesperación que por azar se encuentran cara a cara y que reconocen en ellos la fraternidad de una misma angustia, de un mismo sufrimiento, de una misma soledad y de una misma espera desesperada» (págs. 108-109). ¿Cómo imaginar que una historia que comenzaba con tal resolución iba a terminar en un infierno? Althusser describe minuciosamente la infancia traumática de Helena, su pasión por la clase obrera, su generoso compromiso político desde primera hora, su independencia de criterio en el partido, su rebelión final y persecución por los propios compañeros comunistas. Althusser se ha quedado impresionado por esta mujer, fuerte y generosa, que se ha hecho a sí misma en muy rudas circunstancias; por su inteligencia, aguda y vivaz; por la lucidez de sus juicios, por su coraje civil y su experiencia de la vida, por el prestigio de que goza entre los compañeros del partido.

No hay en toda la obra ni un solo reproche hacia ella ni el menor indicio de una falta de entendimiento intelectual. Al contrario, la declaración de una constante y firme pasión: «Cuando ella se marchó —confiesa tras la primera relación amorosa— se abrió en mí un abismo de angustia que nunca se cerró» (pág. 116). Y ella le correspondió siempre con una pasión aún más intensa y exaltada. Helena lo acompañó, días más tarde, al pabellón Esquirol de Santa Ana en su primera neurosis de angustia; estuvo a su lado en sus frecuentes depresiones, lo cuidó en sus largas convalecencias, compartió su vida exigua de profesor en el apartamento de la Escuela Normal de

París, donde transcurrió toda su actividad filosófica, y aguantó sus desplantes y caprichos amorosos apenas sin protestar. «¡Es siempre lo mismo inaudito! Paso meses en el infierno de la depresión más terrible que he conocido, Helena consigue salvarme de ella, la encuentro en la exaltación de la primavera y el amor, le hago el amor sin moderación ni angustia, y he aquí que basta que pasen a mi alcance estos dos rostros, el de Simone (en la ausencia de Helena en Combloux), después el de Suzanne en compañía de Helena en Saint-Rémy, para que, a la vista y a sabiendas de Helena, me ponga a montar abiertamente el asalto de una muchacha que acababa de encontrar y de la que no sabía nada» (pág. 120). La historia se repite. Tras la fase depresiva de su hipomanía sentía renacer en él una intensa excitación sexual, y con ella una avidez de aventuras amorosas, el espíritu de seducción.

La bajada al infierno

Althusser se siente incapaz de amar, de corresponder a la pasión de Helena, y se cree víctima de un complejo de castración por parte de su madre, como si la insensibilidad heredada de ella le hubiera helado el corazón. A sus crisis afectivas replica la impaciencia y la angustia de Helena por ser querida, por recibir un don de amor que no se cree digna de merecer, su «terror fantasmagórico de ser una mala mujer», una harpía. Insensiblemente, la pasión se va trocando en una relación sadomasoquista. Vienen las provocaciones, las tensiones, las escenas terribles.

Y poco a poco comienza el descenso al infierno. El clímax ocurre en Saint-Tropez. Althusser se lanza al asalto de una joven dama, acompañante de un colega amigo que viene a visitarle. Aprovechando que él lee ensimismado su manuscrito, la corteja, la acaricia, la invita a bajar a la playa y darse de noche un baño, siempre a la vista de Helena. El mar está revuelto y él apenas sabe nadar. Tienen que brasear dos horas, perdidos en la oscuridad de la noche, mientras Helena, sola en la playa y desolada, lo da por muerto. Cuando al cabo logra salir, asistido por la joven dama, y la encuentra «temblosa y encogida al borde del mar», Helena estalla como una furia: «Tú eres innoce. Has muerto para mí. No quiero verte más». Por todo comentario, confiesa Althusser en uno de los pocos

registros, quizá el único en la obra, en que se aprecia el tono moral: «Jamás fue cuestión entre nosotros de este horrible incidente que ella seguramente jamás me ha perdonado en su alma. Decididamente no se puede tratar así a un ser humano. He comprendido que no había en su terror el miedo a que yo muriera en la corriente de las olas, sino otro miedo más terrible: el de matarla en el sitio por mi horrible provocación demente» (pág. 148).

Cuento el episodio por ser sintomático de la crisis decisiva de convivencia, que vendrá más tarde. En el año 80, a la vuelta de una operación, sufre Althusser una nueva crisis depresiva, una melancolía aguda, con manías persecutorias y delirios suicidas. «Condenado a muerte y amenazado de ejecución, no tenía otro recurso que anticipar la muerte infligida matándome preventivamente. Imaginaba toda suerte de salidas mortales, y por añadidura quería no sólo destruirme físicamente, sino destruir también toda traza de mi paso sobre la tierra: en particular destruir hasta los últimos de mis libros y todas mis notas y también quemar la Escuela, e incluso, si fuera posible, suprimir, en tanto que estaba en ello, a Helena misma» (pág. 243).

A la salida del internamiento comenzó la bajada al infierno «a puerta cerrada», por tomar el título sartriano, en que se convertirá la convivencia en los últimos meses. «Fue entonces cuando Helena y yo conocimos las peores pruebas de nuestra vida» (pág. 244). La convivencia llegó a ser insostenible. Helena le amenaza con el abandono y el suicidio, pero incapaz de darse la muerte llega a pedirle que se la dé a sus manos. Althusser está destrozado por la angustia terrible de ser abandonado. Viven encerrados en el apartamento, separados del mundo, de los amigos, sin más contacto que el analista, que les aconseja de nuevo el internamiento. Al parecer, Helena le pide un aplazamiento de tres días. Y en estas circunstancias ocurrió la tragedia del 16 de noviembre.

Decía al principio que Althusser se confiesa ante un psicoanalista que pueda interpretar su caso. Su explicación no es más que la trasposición del informe de este psicoanalista ideal. Por eso no es extraño que la obra se cierre con el informe de un viejo amigo médico, innoce, tal vez innoce, que aporta la clave de explicación. ¿Consulta real



SUMARIO

	Págs.
«El caso Althusser», por Pedro Cerezo Galán, sobre <i>L'avenir dure longtemps</i> , de Louis Althusser	1-2-3
«Política para Savater», por Elías Díaz, sobre <i>Política para Amador</i> , de Fernando Savater	4-5
«Más Estado y más sociedad», por Victoria Camps, sobre <i>Yo, el Estado</i> , de Nicolás López Calera, y <i>La sociedad necesaria</i> , de Antonio Sáenz de Miera	6-7
«Severo Ochoa: Notas para una biografía», por Francisco García Olmedo, sobre <i>Severo Ochoa. La emoción de descubrir</i> , de Marino Gómez-Santos	8-9
«Qué se ve y qué se sabe del Universo», por Armando Durán, sobre <i>The Origins of our Universe</i> , de Malcolm S. Longair	10-11
«Política lingüística de España en América», por Antonio Quilis, sobre <i>Documentos sobre política lingüística en Hispanoamérica (1492-1800)</i> , de Francisco de Solano (ed.)	12

SABER Leer
 Revista crítica de libros

Fundación Juan March
 Servicio de Comunicación

Castelló, 77
 Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
 28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
 ISSN: 0213-6449
 Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Viene de la página anterior



o mero artificio? La hipótesis es «un suicidio por persona interpuesta», la misma hipótesis que, según cuenta Althusser, él mismo había sugerido a su analista en Saint-Anne (página 260). Hay tres hechos innegables: el estado de demencia, la soledad de los dos en el apartamento sin nadie que pudiera intervenir, la ausencia de toda señal de violencia, como si Helena hubiera deseado, visto venir, su muerte.

«En vuestro drama —sentencia el médico— lo imponderable objetivo y no fantasmagórico está presente desde el comienzo al fin. Todo lo que se puede decir es que si se desatienden estos numerosos imponderables —¿pero cómo hacer abstracción de ellos?—, Helena habría aceptado la muerte sin hacer un gesto para impedirlo y sin protegerse, como si desease la muerte, recibirla de tus propias manos. Se puede decir también que tú, que le has dado sin duda la muerte, tal vez queriendo sólo darle cuidadosamente un masaje, puesto que no se ha observado ninguna traza de estrangulación exterior, habrías querido realizar tu deseo de muerte y, prestándole el inmenso servicio de matarla en su lugar (porque ella era bien incapaz de matarse a sí misma), realizar al mismo tiempo inconscientemente tu propio deseo de autodestrucción a través de la muerte de la persona que más creía en ti, para asegurarte de no ser más que ese personaje de artificios e imposturas que siempre te ha obsesionado» (págs. 275-276). En el fondo, pues, un doble suicidio: el interpuesto de Helena a través de Althusser y el del propio Althusser a través de la muerte de Helena. En consecuencia, Althusser habría sucumbido víctima de sus propios fantasmas, «siempre ambivalentes» —deseo de destruir, de matar y, a la vez, de amar y ser amado—, que en una situación aleatoria, incontrolable, precipitan un trágico desenlace. ¡Quien pueda y quiera juzgar, que juzgue!

La obsesión por la impostura

Yo no soy psicoanalista sino filósofo, dicho sea con toda la modestia esencial de la palabra, y como tal me atrevo a aventurar una lectura en otra clave. Conviene tener presentes los dos fantasmas principales: el deseo de encarnar un ideal de pureza y perfección absoluta y el deseo de autodestruirse. En medio de ellos, tendido el oscuro puente de la locura y las innumerables circunstancias con que el destino compromete a la libertad. ¿No está acaso la locura, existencialmente hablando, en este doble fantasma que constituye las dos caras, creativa y destructiva, de un mismo demonio? Quizá, como tercer elemento relevante, habría que tomar en cuenta la obsesión por la impostura.

Tomo aquí la palabra de nuevo en un sentido meramente existencial, no moral, como empleo metódico de artificios para hacerse valer. Althusser lo acusa abiertamente en relación con sus maestros: «La imitación de la voz, de los gestos y de la escritura, de todas las frases y de los tics de mi profesor, que me daban no sólo poder sobre él, sino existencia para mí. En suma, “una impostura fundamental”, la de “parecer ser” lo que no podía ser... No existiendo realmente, yo no era en la vida más que un ser de artificio, un ser de nada...» (págs. 81-82). De hecho, este existir de prestado le hacía sufrir y le daba una conciencia de culpa —«en lo sucesivo, yo me sentí no sólo no-existente, sino “culpable de no existir”» (pág. 85)—, hasta que, leyendo a Maquiavelo, entendió que el artificio es esencial a la afirmación de la vida y un principio metódico de acción que puede tener efectos positivos (página 95).

Sin embargo, no por ello desapareció en él la obsesión por la impostura. Si bien se repara, el artificio es la forma de creatividad es-

pecíficamente humana. Que el artificio sea vivido como impostura indica la conciencia de una suplantación en la existencia, es decir, la pretensión de tomar en propio algo que no brota del propio poder. Existencialmente, la impostura surge cuando el artificio responde a una voluntad absoluta de auto-creación que, no pudiendo estribar en sí misma, tiene que existir de prestado. Y, a la postre, este ansia de auto-creación conduce a un misticismo negativo que todo lo abisma en la muerte. Ciertamente sólo la invención de su obra podía salvarle del ideal materno de una perfección absoluta, pero sobre la base de proyectar este ideal sobre su propia obra. En tal proyección, el ideal invierte su signo: del idealismo moralista, que encarnaba la madre, cristaliza en un materialismo cientificista igualmente puritano e intransigente. Pero tal exigencia de perfección ideal, vivida obsesiva y compulsivamente, acarrea necesariamente frustración. Es una clave de la vivencia de angustia que le atormenta. Según se comprueba en la autobiografía, Althusser tiene conciencia creciente de la vulnerabilidad de su obra, de la escasez de sus conocimientos como experto en filosofía, de su permanente recurso al artificio para subsistir. Y Helena posiblemente lo sabe. Helena es la compañera y confidente que le devuelve la imagen constante de esta frustración. El deseo compulsivo de autodestrucción tenía que acabar rompiendo aquella imagen y, con ella, consumando su propio suicidio.

Lo que hay filosóficamente relevante en la historia trágica de Althusser viene a ser así como una metáfora del sujeto demiúrgico moderno, que acaba descubriendo, como el *Unico* de Stirner, que ha puesto su causa en la nada. Sorprende en el relato de Althusser, viniendo de un filósofo, la ausencia de reflexión teológica (tanto más habiendo sido un creyente militante hasta 1947) y de reflexión moral. La pérdida de la fe apenas le merece un breve comentario. «Sea como fuere —escribe—, tuve muy claramente el “sentimiento” de que dejé de ser creyente en función de una incompatibilidad chocante entre mi fe y mis deseos sexuales» (pág. 198).

Luego, el núcleo ético del Evangelio y «su papel revolucionario» se le fue disolviendo como un azucarillo en su actitud comunista (ingresa en el partido en 1948, casi a resultados de su crisis religiosa), y la teología dejó paso en él, como en Feuerbach, a una antropología materialista y emancipatoria. Eso fue todo. El ideal de perfección absoluta había encontrado su sujeto adecuado. Suele olvidarse, sin embargo, que detrás del humanismo de Feuerbach, todavía demasiado teológico, y en virtud de la misma lógica de la inmanencia, está el *Unico* de Stirner con su grito de rebelión. Y detrás de Stirner se agrava el horizonte del nihilismo. Quizá el caso Althusser, más allá del psicoanálisis en que él mismo se empeña en reducirlo, y sin merma de una lectura psicoanalítica como la que él propone, probable y hasta convincente, tenga su última clave en una experiencia nihilista, padecida tal vez sin apercibirse de ello. Desde luego, así parecen indicarlo sus dos fantasmas tutelares.

Para leer a Althusser

Es el mismo demonio que reaparece en su filosofía y en su actitud ante la política. Con respecto a la filosofía mantiene una actitud ambivalente: de un lado, de rechazo crítico total, en virtud de tomarla como no más que ideología que se desconoce a sí misma. Pero, del otro, experimenta una necesidad de la filosofía y reconoce en ocasiones su carencia de preparación técnica rigurosa, lo que le obliga a un método de «sondeos profundos» (página 159) reveladores, a veces a través de es-



Althusser en St. Tropez, 1951 (?).

critos ajenos. Para Althusser, la filosofía consiste en el acto de cesura (“coupure”) entre lo ideológico y lo científico, y en la medida en que esta cesura metodológica implica una experiencia práctica es una trasposición, a nivel teórico, de un conflicto político de fuerzas, de modo que, «en última instancia, la filosofía no es más que lucha de clases en la teoría». Pues bien, de esta posición rupturista y polemista ofrece el mismo Althusser una versión psicoanalítica.

En ella ve, de un lado, la encarnación del deseo materno de encarnar el ideal de una pureza absoluta, sin contaminación ideológica, traspuesta en el elemento puro del pensamiento; del otro, la realización del otro deseo de llegar a ser su propio padre, «lo que no era posible sino confiéndome la función por excelencia del padre: el dominio y el señorío (“maîtrise”) de toda situación posible» (pág. 163). Obviamente, esto le obligaba a una cesura radical con todo el pasado filosófico, salvando tan sólo el núcleo del pensamiento materialista, que se había movido en esta dirección de lo científico diamantino puro. Es muy significativa, a este respecto, su atracción por el pensamiento materialista como una forma «de pensar con todo el cuerpo», pero también de apropiarse del propio cuerpo, que lo sentía enajenado por una educación puritano/idealista. «Cuando encontré el marxismo, me adherí a él con mi cuerpo... No sólo porque representaba la crítica radical de toda ilusión especulativa, sino porque me permitió no sólo vivir, por la crítica de toda ilusión especulativa, una relación real con la realidad desnuda, sino también de poder vivir en adelante esta relación física “en el pensamiento mismo”» (págs. 207-208).

Pero el reverso de esta voluntad de pureza o, dicho en otros términos, de integridad teórico cientificista es la tendencia autodestructiva, pues esto le exigía romper con la misma tradición marxista en lo que ésta pudiera integrar de elementos idealistas o humanistas (Kant/Fichte), tomándola como mero pasado ideológico, aun a riesgo de caer en un «marxismo imaginario», como le reprochaba Raymond Aron, nada real tanto desde el punto de vista historiográfico como práctico/político. Y el problema está en saber si esta cesura entre lo ideológico y lo científico no operaba también en él como una escisión interior.

La misma tensión se acusa en su práctica política. Dentro del comunismo, Althusser se mantuvo en oposición interna radical a



Hélène, su mujer, en Togar, 1957.

la política del partido, que juzgaba contemporizadora, en nombre de una ultraortodoxia leninista/maoísta, trasposición de nuevo de lo político en puro pensamiento. Sin embargo, no llegó a romper con el partido, ni siquiera con motivo del proceso a Helena o del descubrimiento del terror estalinista, pese a las indicaciones y presiones de amigos y compañeros, porque quería hacer la prueba —dice— de que era posible, dentro del partido, llevar a cabo una práctica de «oposición sobre bases políticas y teóricas serias» (pág. 228). Pero, a la vez, porque necesitaba del partido para sentirse vivo y activo, en la medida en que ejercitaba la confrontación total. La crisis histórica del marxismo le aconteció ya en los años finales de su vida, cuando luchaba con la locura. No podía imaginarse una situación más trágica para un pensador que había jugado consecuentemente su apuesta por un marxismo purista. Althusser no estaba ya en condiciones para emprender una autocrítica, pero dudo que, aun estándolo, lo hubiera hecho, porque cierto integridad dogmático formaba parte de su razón de ser.

Como decía al principio, *L'avenir dure longtemps* no es una autobiografía en el sentido convencional del término. Hay en él muchos fantasmas e ídolos que impiden una autocomprensión objetivadora. En todo caso, unas confesiones, pero sobrecargadas, a mi juicio, de excesiva construcción y reconstrucción psicoanalítica para ser espontáneas. Su alto valor dramático estaría, según sus editores franceses, Corpet y Moulier Boutang, en comprender «cómo un intelectual, con una inteligencia superior y filósofo de oficio, habita su locura» (pág. IX). Sin duda. Pero su valor trágico, realmente filosófico, más allá de las circunstancias históricas y concretas de la vida, está, a mi juicio, en comprender cómo en esta locura anida una crisis del sujeto demiúrgico moderno y, en el fondo, una de las más patéticas experiencias de nihilismo que haya padecido un pensador contemporáneo.

RESUMEN

Un hombre, Louis Althusser, en un momento de enajenación estrangula a su mujer; aquel hombre era una figura polémica de la intelectualidad francesa, filósofo y «enfant terrible» del pensamiento marxista. Rechúdo, Althusser, años

después, intenta explicar, y explicarse, como hombre y como pensador, qué pudo llevarle a cometer ese acto; y lo hizo escribiendo esta autobiografía que comenta Cerezo Galán, y en la que se dan algunas claves del llamado «caso Althusser».

Louis Althusser

L'avenir dure longtemps (El porvenir es largo)

Ed. Stock/Imec, París, 1992. 355 páginas. (Destino, Barcelona, 1992. 482 páginas. 2.900 pesetas.)

Política para Savater

Por Elías Díaz

Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía jurídica, ética y política de la Universidad Autónoma de Madrid y director de la revista de pensamiento Sistema. Es autor de Estado de Derecho y sociedad democrática, Pensamiento español en la era de Franco, De la maldad estatal y la soberanía popular y Ética contra política. Los intelectuales y el poder.

Me acusaría Fernando Savater de paternalismo –terrible acusación hoy– por la traslación de este título, con tufillo de propuestas directivas, para mi comentario de su libro sin ser yo, desde luego, su padre? El también lo utiliza allí legítimamente con ese mismo carácter –Amador como pretexto–, amén de como afectuosa familiar dedicatoria, para dirigirse a la muy amplia y específica audiencia de otros muchos jóvenes (entre ellos, a nuestros propios «amadores»), aunque igualmente a gentes ya menos o nada jóvenes –me incluyo–, a quienes por supuesto que sus certeras reflexiones y agudas observaciones les serán asimismo de gran provecho y utilidad. Pero además yo alego aquí otro sentido, muy habitual, de carácter no directamente directivo, sino más bien descriptivo, implícito en este título: narrar, mostrar, por ello mismo a veces también criticar, cuál es y cómo debe ser la política para, según, Savater.

Explicado lo anterior (sin incurrir, espero, ninguno de los dos en el tan denostado paternalismo que, adviértase, no tiene por qué ser privativo y exclusivo del Estado) añadiría en seguida que con acuerdo con él en no pocas o, mejor dicho, en la mayor y mejor parte de sus propuestas. Y, junto a otras fundamentales para la democracia (y para la razón y para la ética), en dos que quiero muy especialmente destacar, también por el hecho de que en algunas de las implicaciones que les atribuye Savater está, por otro lado, el origen de mis dos principales discrepancias con él: la primera de las básicas concordancias se refiere a su muy justo e insistente mensaje en pro de la participación política ciudadana; la segunda, íntimamente vinculada a la anterior, es la que propugna una política (y como trasfondo una ética) de la responsabilidad. Ni la participación ni la responsabilidad para nada se enfrentan aquí; más bien, al con-

trario, deben resultar coherentes con las personales convicciones, con la autonomía moral y con la libertad de cada cual.

¡No seas «idiota»!

Esto –participación, responsabilidad– es lo primero y principal que quiere transmitir Savater a sus más directos interlocutores, los jóvenes supuestamente «pasotas» en política y sus asimilados de más edad. Reproduciré sus propias palabras: «Los antiguos griegos (tipos listos y valientes por los que ya sabes que tengo especial devoción), a quien no se metía en política le llamaron «idiotés», una palabra que significa persona aislada, sin nada que ofrecer a los demás, obsesionada por las pequeñeces de su casa y manipulada a fin de cuentas por todos. De ese «idiotés» griego deriva nuestro «idiota» actual, que no necesito explicarte lo que significa». Pues bien, adelante de modo contundente aquél, «el mensaje de este libro que empiezas a leer también es un poco agresivo y faltón, porque puede resumirse en tres palabras: ¡no seas «idiota»!». O sea, participa, pero participa en y para la libertad; y hazlo con responsabilidad ante ti y ante los demás: eso es o debiera ser la política y la política democrática.

Puntualiza desde ahí Savater la diferencia fundamental que, «en el empleo que vamos a darle a nuestra libertad», existe entre la actitud ética y la actitud política: la primera –dice– «es ante todo una perspectiva «personal»»; la segunda, en cambio, busca «el acuerdo con los demás, la coordinación, la organización entre muchos de lo que afecta a muchos».

Pero no hay, me parece, ruptura total ni separación definitiva y absoluta, sino profundas implicaciones mutuas, entre ambas dimensiones –personal y social– de la libertad. La política involucra con frecuencia decisiones y objetivos que atañen a postulados y principios éticos; y éstos, por su parte, se ven facilitados o dificultados en su realización por aquélla. Escribe así Savater: «La política no es más que el conjunto de las razones para obedecer y de las razones para sublevarse»; entiendo que, entre otras, se alude también a razones morales cuando se identifica con esos graves caracteres «ese asunto del que la política se ocupa: ¿a quién debemos obedecer? ¿En qué debemos obedecer? ¿Hasta cuándo y por qué tenemos que seguir obede-

ciendo? Y, desde luego, ¿cuándo, por qué y cómo habrá que rebelarse?».

Junto a la participación, ya lo he dicho, la responsabilidad tanto de los gobernantes (responsabilidad política, y ética, además de jurídica) como de los ciudadanos, que en una democracia tienen mucho que decir y que hacer: «Ser responsable –señala Savater– es ser capaz de «responder» por lo que se ha hecho, asumiéndolo como acto propio». (...) «Los irresponsables pueden ser de muchos tipos», advierte (págs. 201-202) en una muy expresiva enumeración de los condicionantes que suelen alegarse para descargarse de ella.

Desde esta posición general sobre la responsabilidad, hace aquél una dura y, en tantas ocasiones, muy justa crítica de la que denomina irresponsabilidad burocrática: «Es característica –dice– de las instituciones administrativas y gubernamentales, en las que nadie da nunca la cara por nada de lo que se hace o no se hace». (...) «El estilo de irresponsabilidad burocrática se caracteriza porque casi nunca nadie «dimita» pase lo que pase: ni por la corrupción política, ni por la incompetencia ministerial, ni por errores de bulto que deben pagar los ciudadanos de su bolsillo, ni por la patente ineficacia en atajar los males que se había prometido resolver».

Pero, nada dispuesto al fácil halago populista, sino más bien siempre exigente y riguroso en el ejercicio de la libertad, junto al gobernante irresponsable, Savater tampoco se olvida nunca del perezoso ciudadano privado: «Este modelo de irresponsabilidad gubernativa tiene su complemento –escribe– en la de quienes consideran que ellos no tienen que responder de nada porque es el gobierno el que debe resolverlo todo». (...) «Quien nunca se siente reclamado en conciencia democrática a hacer lo que cree que debe hacerse –concluye aquél– no queda excusado por mucho lamentar elocuentemente que los gobiernos tampoco lo llevan a cabo.»

«El Individualista S. L.»

Estas son mis concordancias fundamentales, no las únicas, con los planteamientos que hace en este nada ligero ni neutral libro Fernando Savater. Pero mis discrepancias también proceden de ahí mismo: principalmente, para decirlo mejor, del modo –individualista– de participación que, no muy coherente incluso con

otras afirmaciones e intenciones suyas, aquél parece concluir como propio y suficiente para la sociedad política actual; aun coincidiendo en el rechazo de lo que significaría «pertenecer» de manera inamovible, forzada y natural a un grupo, «participar» en aquélla tampoco puede para nada equipararse (ni en lo que de hecho es, ni en lo que debe ser) con un club filatélico o con un centro de enseñanza de idiomas, por utilizar sus símiles, de los que uno se borra y se da de baja sin mayores repercusiones, lealtades ni compromisos (contrato del «estado» mínimo), cuando y como individual e interesadamente a cada cual sin más le convenga. Y también discrepo de la no inocente reducción –liberal– de tareas y funciones a que, ampliando creo en exceso las legítimas restricciones paternalistas, aquél somete a la –a mi juicio– cualitativa necesaria intervención del Estado social y democrático de Derecho.

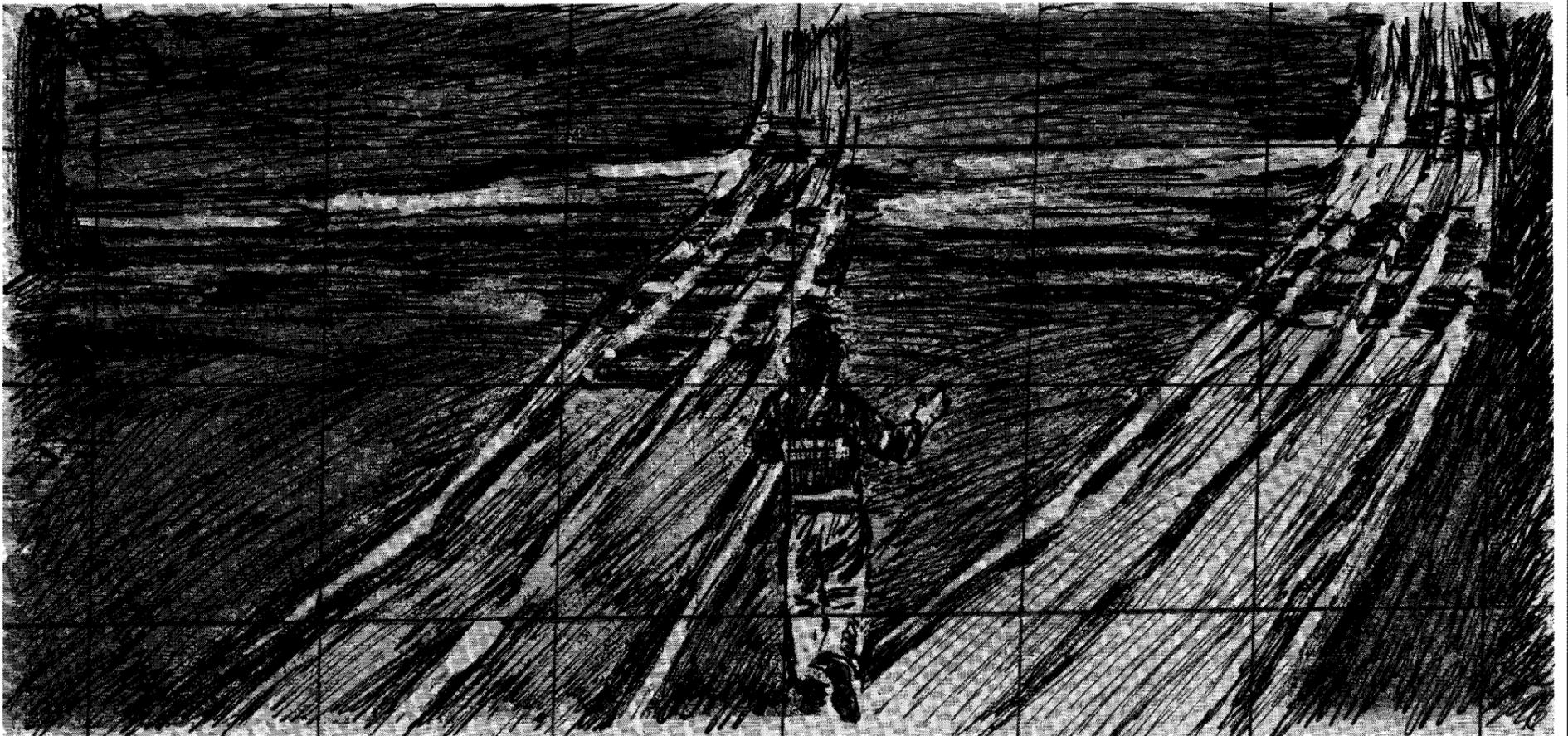
Admito (no sé Savater) que buena parte de las discrepancias puedan ser sólo de palabras, de usar unos u otros términos, y de resaltar unos u otros aspectos o matices, no por tanto de rotundas e insalvables oposiciones: lo admito y me congratulo de ello. Pero los matices, las diferencias graduales, son también importantes; y asimismo lo son las palabras: implica, entre otras cosas, saber si –como Humpty Dumpty exigía– las palabras significan lo que yo quiero que signifiquen, ni más ni menos; es decir, saber, eso es todo, quién es el que manda (poderes políticos, económicos, ideológicos, comunicacionales, etc.); y de ello creo que a veces se olvida un tanto Savater.

A pesar de todas estas precisiones y advertencias, y aun de que –escribe para protegerse aquél– «simplifico y exagero a mansalva», no puedo, sin embargo, por menos de discrepar cuando opta –hay opciones, desde luego, con muchísimos más inconvenientes– por «esos individualistas contra quienes tanto oírás predicar: los que viven para sí mismos y por tanto –equipara con cursivas y de manera un tanto optimista Savater– comprenden las razones que hacen indispensable la armonía con los demás». Me parece que, con plena razón frente a todo tipo de totalitarios absolutistas y de nacionalistas fundamentalistas, se mitifica aquí, a su vez, de manera bastante apresurada la supuesta armonía individualista liberal: al que vive para sí mismo le puede interesar ésta, no se lo niego, pero



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

también le puede interesar, si menester fuere y nadie se lo impide, la explotación desigual: y no me dirá que en la historia y en la actualidad ésta ha sido menos frecuente y más irreal.

Estoy de acuerdo con él en que el individuo constituye «la auténtica "realidad" humana» y que «el Estado es para los individuos, no los individuos para el Estado». Pero lo que el individualismo actual olvida es que el socialismo (el democrático y el no democrático, que, por cierto, en el libro casi nunca se diferencian) surgió precisamente porque muchos individuos, la gran mayoría, no eran para nada respetados como tales por quienes, una minoría, poseían las riquezas y los resortes de todos los poderes. Se trata, pues, de un individualismo que da lugar a una sociedad muy limitada, muy excluyente. El Estado (democrático) fue quien inició, asumió e hizo avanzar esa tarea de liberación real del individuo: y en ella insistieron y lograron mucho más los movimientos obreros y sindicales, los movimientos de inspiración socialista (democrática) que los que invocaban y se basaban en el censitario individualismo abstencionista.

Otra observación más haría en este punto a Savater y a otros que coinciden con él: que esa filosofía individualista parece no contar ni para bien ni para mal con el hecho de la creciente corporatización, la hegemonía del corporatismo (reléanse aquí los trabajos de Salvador Giner) en las complejas sociedades de nuestro tiempo; para nada se habla de ello en estas tan abiertas, sobreabundantes páginas. Frente, ante las poderosas corporaciones, nacionales y/o transnacionales (tampoco estoy por su demonización), el individualismo y el abstencionismo no creo que resulten ser ni la mejor, la más certera y adecuada forma de comprensión ni, en su caso, de progresiva transformación. Hoy, por de pronto, el individualismo ético y filosófico se está uniendo ya por algunos, por supuesto que interesadamente, a un casi decimonónico individualismo laboral, contractual y antisindical.

A propósito de todo esto sería, sin embargo, injusto no escuchar los alegatos, un tanto dramáticos, de Savater cuando se ve forzado a explicar que «no entiendo por individualismo la actitud antisocial, ni siquiera antipolítica»

(pero aplíquese aquí de nuevo la referencia a Humpty Dumpty); y olvidar, a la vez que propugna «relativizar el papel de los partidos políticos, quitándoles privilegios e importancia» (yo pediría asimismo una mayor interna democratización y una más amplia apertura a la sociedad), la insistencia de aquél en la necesidad de desarrollar —dice— «otras formas paralelas de participar en la vida pública de la comunidad, como colectivos ciudadanos, asambleas de vecinos, agrupaciones laborales, etc.»: ello querría ser, pues, compatible con tal individualismo, aunque siempre bajo esas formas de transitoria y débil agregación social, insuficientes —a mi juicio— para la dura negociación con las muy fuertes corporaciones económicas y profesionales. En definitiva, lo que quizá principalmente falte en el libro del liberal-libertario Savater (¡perdón por las «etiquetas!») es una mayor atención y preocupación acerca de la necesaria articulación democrática entre las instituciones jurídico-políticas y esos nuevos movimientos de la sociedad civil (aprovecho para reenviar en este punto a mi libro *Ética contra política. Los intelectuales y el poder*, capítulo II, 3, muy específicamente).

Abstención estatal

Pero eso se conecta precisamente a la ya mencionada segunda observación crítica mía referida a la central obsesión savateriana hacia el (anti)paternalismo, o mejor dicho al riesgo de su ilegítima conversión en abstencionismo, en anti-intervencionismo estatal. Lo que critico es, pues, sólo y únicamente la proclividad a una extensión e identificación del paternalismo con el intervencionismo para en nombre del primero suprimir o rebajar ideológicamente el segundo (cfr. así, por ejemplo, págs. 207 y 231). Que esa tendencia y propensión es real lo demuestra, por ejemplo, su indiscriminado y deportivo elogio de «lo competitivo» en nuestra sociedad, dando —y esto es decisivo— como hecho probado y no como aspiración a lograr que «la pugna competitiva exige igualdad humana, reconocimiento mutuo, camaradería en la rivalidad»; y aún más: «Para competir con los otros hay que igualarse antes con ellos», escribe

Savater. Pero ¿dónde existe esa competición igual? Y, sobre todo, ¿se avanza hacia ella sólo con la «anarquía» del mercado (otros prefieren hablar de «dictadura» del mismo) o —como creo— juega algún importante papel, además, desde luego, de esos movimientos cívicos, la intervención selectiva y cualitativa del Estado? La cosa se agrava con otras manías semánticas de Savater —¡nadie es perfecto!— contra la utopía, con fácil kolakowskiana caricatura, y —más grave aún— frente a la solidaridad, que aquél hace mal en despreciar.

No me parece nada sana, en efecto, esa «manía apoyada por todos los que miran al Estado de modo timorato, mimoso e infantil, en lugar de adulto y participativo», que denuncia Savater como paternalismo. Pero paradójicamente yo descubrí más bien, o a la vez, dicha manía en la obsesión por ver y lamentar en todas partes la presencia entre protectora y aniquiladora del padre y del Estado: es siempre la queja y el lloro ante la perversa bondad del progenitor. Para bien y para mal, el Estado —a mi juicio—, más que «el padre», es, con graduaciones decisivas, el poder de «los otros», de «los hermanos» en el mejor de los casos (fraternidad). En democracia, los otros, pero también nosotros (Savater incluido), es decir, todos, debemos ser los sujetos de esa doble participación estatal: participación en las elecciones y decisiones y participación en los resultados, derechos, bienes y libertades.

Termino aquí mis propios alegatos por donde él también termina, en un último reactivo párrafo de este libro; escribe así: «Creo

en la libertad, en que cada cual debe responsabilizarse de sus gustos y sus riesgos, pero a mi alrededor no oigo pedir sino más control estatal y nuevas prohibiciones en nombre de la salud, la decencia, la tranquilidad o —concluye terminante, seguro y firme Savater— «lo que sea». Precisamente en estas tres palabras finales, resaltadas ahora entre comillas por mí, vuelve a aparecer en amplia medida la clave de mis discrepancias con aquél: «lo que sea», y que justifique por tanto la intervención (el control) estatal, bien puede justamente radicar en la exigencia de lograr o de avanzar hacia el efectivo respeto de todos los individuos y ciudadanos por igual. Y sin la ayuda de los demás (Estado democrático y solidaridad) me parece que todo eso es mucho más difícil de conseguir en un mundo como el actual (antes fue aún peor), donde ni siquiera haría falta invocar la distancia Norte-Sur para descubrir los enormes «déficits» de libertad, de posibilidades de dignidad, de autonomía moral y de condiciones reales, socioeconómicas y culturales, para una existencia humana como tal, no atribuibles en modo alguno (¡y aunque así fuera!) a mera maldad y/o incapacidad individual.

Para hacer realidad esa participación política responsable y en libertad, como Savater quiere (y yo, si me permite, con él), para potenciar de verdad al individuo, a todos los individuos, hace falta —creo—, en beneficio de todos, una mayor y mejor cualitativa intervención privada y pública, social desde luego, pero también (a pesar de los recelos de aquél) institucional y estatal. □

RESUMEN

Frente al «pasotismo» e indiferencia de jóvenes y menos jóvenes, Fernando Savater insta a la libre participación política y social; y también a una ética de la responsabilidad para gobernantes y ciudadanos. El modo individualista, desagregado, de esa participación

y de la sociedad que de ahí resulta, así como la extensión de la crítica al paternalismo propiciando excesivos recelos abstencionistas frente al intervencionismo estatal, son las principales objeciones y discrepancias que se formulan en el comentario de Elías Díaz.

Fernando Savater

Política para Amador

Ariel, Barcelona, 1992. 237 páginas. 1.400 pesetas.

Más Estado y más sociedad

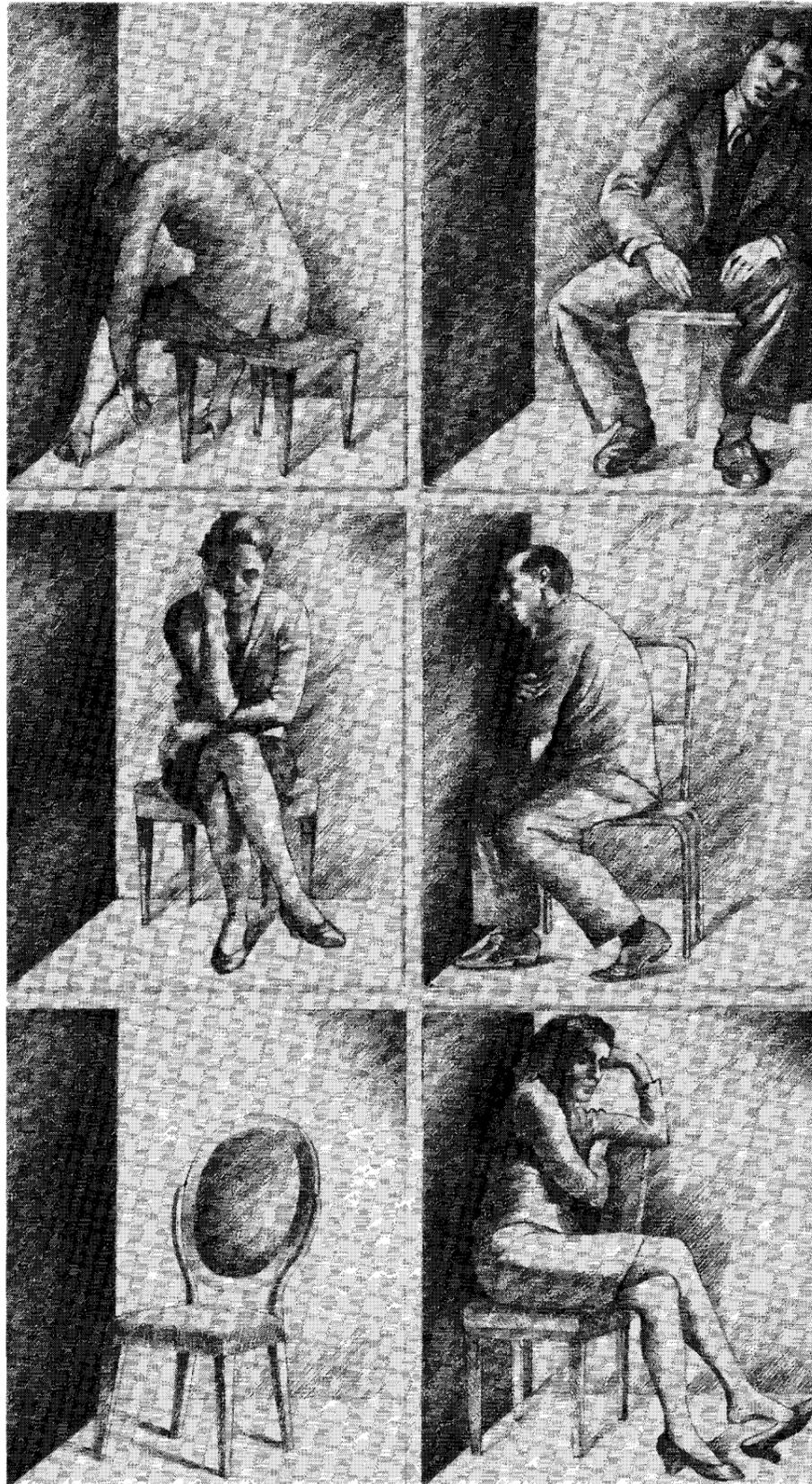
Por Victoria Camps

Victoria Camps (Barcelona, 1941) es catedrática de *Ética de la Universidad Autónoma de Barcelona*. Ha publicado artículos sobre ética, filosofía política y del lenguaje y es autora de diversos libros, entre ellos *Virtudes públicas* (Premio Espasa de Ensayo) y *Paradojas del individualismo*. Desde 1983 dirige la colección de filosofía de la editorial Crítica.

Una de las ventajas de esta época descreída y de instituciones caducas es que ninguno de los antiguos eslóganes sirve. Se puede decir todo, basta hacer explícito el significado de lo que se dice. Pedir más sociedad y menos Estado no es ya la patente de una posición progresista, como no es necesariamente conservadora la petición de menos sociedad y más Estado. Los conceptos deben matizarse, y cualquier frase hecha se vuelve frívola si no va acompañada del rigor y el esfuerzo por hacerla menos equívoca. Tal es la razón por la que no es difícil hacer compatibles dos libros que, en apariencia, están defendiendo tesis opuestas: más Estado, en un caso; más sociedad, en el otro. *Yo, el Estado*, de Nicolás López Calera, y *La sociedad necesaria*, de Antonio Sáenz de Miera, son, cada uno desde su especial punto de vista, respuestas inteligentes y lúcidas a la necesidad actual de aclaraciones sobre todas esas realidades e instituciones de nuestro mundo que tan insatisfechos nos tienen.

Yo, el Estado es una invitación a «refundar» el Estado otorgándole la hegemonía y la «sustancia» que, según el autor del libro, merece y requiere. Sólo cuatro anarcos trasnochados siguen acariciando hoy la viabilidad de una sociedad sin Estado. Un montón nada despreciable de neoliberales, por su parte, apuesta por un Estado mínimo y policial, desprovisto de otra función social que no sea la de proteger el orden y la seguridad de las personas. Ambos modelos, si así puede llamarseles, simplifican los problemas y obvian, porque los ignoran, los inevitables conflictos que provoca la difícil armonización de lo individual y lo colectivo. Son, además, modelos injustos por su idealismo excesivo, en un caso, y por su incuestionada complacencia con lo fáctico, en el otro. Dado que la reconciliación de los intereses privados y públicos, la combinación de una acción estatal y una innovación desde abajo precisa de estrategias complicadas y no libres de valoraciones éticas, la palabra «dialéctica» resulta imprescindible. Porque se trata de sortear conflictos en busca de una unidad, por otra parte, y por fortuna, inalcanzable. La relación entre el Estado y la sociedad —entre la sociedad política y la sociedad civil— ha de ser dialéctica, pues no se puede ni se debe eliminar o reducir a la mínima expresión ninguna de ambas realidades: tan preciso y necesario es el Estado como la sociedad y cada uno de los individuos que la componen. Preservarlos, sin embargo, significa transformar la situación en que ahora se encuentran. Hace falta reestructurar unas relaciones que o bien son inexistentes o evidencian un claro deterioro. Hace falta mantener una relación dialéctica que no eluda el conflicto, antes bien lo entienda como el estímulo necesario para el cambio hacia estructuras y modos de actuación más legítimos y positivos.

El Estado es tan sujeto de derechos como lo son los individuos, es la tesis de López Calera. ¿Cómo garantizar, si no lo reconocemos así, los derechos individuales? Y si esos derechos crecen, como lo han hecho desde la Declaración Universal de 1948; si a los derechos civiles y políticos se añaden unos derechos económico-sociales y unos derechos colectivos, alguien deberá hacerse pri-



FRANCISCO DEL AMO

meramente responsable de ellos: «Alguien debe pensar y querer por lo colectivo». Nuestros derechos dependen de una organización que los promueva y los defienda. Esa organización, a su vez, reclama sus propios derechos, su espacio de libertad y autonomía. Que el Estado se sepa protegido y defendido, que tenga potestad para limitar los derechos individuales o para penalizar los delitos que se produzcan contra él, que le esté permitido tener secretos, no es sino la contrapartida de unos deberes que los ciudadanos, por su parte, le reconocen y le exigen. En la línea de los críticos del pensamiento liberal, Rousseau y Hegel, López Calera propone una «sustancialización» positiva del Estado como síntesis ideal de lo individual y lo colectivo».

Es cierto, y el mismo autor lo reconoce, que no sería lícita una opción absoluta e incondicional a favor del Estado. Este debe ha-

cerse merecedor de los derechos que reclama. ¿Cómo? Democratizándose. Y no hay otra forma de democratizarse que oyendo al otro, atendiendo a las instancias, iniciativas, críticas y exigencias de la sociedad civil y de los individuos que la componen. Un buen Estado sería un Estado abierto, no un Estado personificado en un yo soberano. Pues «lo peor que puede suceder a un pueblo es el «silencio social» ante el Estado o la «pasividad estatal» ante la sociedad civil». Es lo que le ocurre al Estado totalitario y despótico que discurre atendiendo sólo a su propio yo, o al Estado incapaz de mantener bien agarradas las riendas del gobierno. O lo que le ocurre a la sociedad desencantada y apática, impotente ante un Estado que no escucha o que no responde.

Por eso, porque el Estado no adquiere legitimidad por sí mismo, y no es ni debe aspirar a ser omnipotente, es por lo que tam-

bién nos hace falta más sociedad. Una sociedad más estructurada, más consciente de sus problemas comunes y de su capacidad para agruparse y hacerles frente. Desde el punto de vista de un experto en fundaciones, Antonio Sáenz de Miera defiende la teoría de que la «sociedad es necesaria»: una sociedad que no sea pura y simple asociación económica basada sólo en el principio del lucro y de la competencia. Si el Estado sufre hoy una crisis de identidad, pues no acaba de encontrar el medio camino entre el Estado mínimo y un Estado social no absolutamente providencial, la sociedad civil ha desaparecido del ámbito de las realidades verificables y comprobables. No existe. Ante lo cual es preciso poner claramente de manifiesto dos cosas. En primer lugar, que la solidaridad, la filantropía o la preocupación por el otro son un deber, incluso una necesidad, no exclusivamente del Estado, sino de los individuos. El Estado del bienestar fracasó, entre otras razones, porque se le estaba pidiendo demasiado. La sociedad, por su parte, se fue acostumbrando a la cómoda idea de que era al Estado a quien correspondía resolver todas las injusticias sociales. En segundo lugar, y como corolario del primer punto, ese Estado, pendiente de un modelo inadecuado a sus recursos, ha querido monopolizar la política social echando, así, abono suplementario a la crisis de la solidaridad individual. Un Estado que pretende ejercer de providencia divina sin serlo, da pábulo a una sociedad sin obligaciones sociales. Disueltos o descalificados los núcleos religiosos que constituían el semillero de todas las organizaciones benéficas, nadie ha tomado el relevo de la caridad, la fraternidad o la solidaridad, según digan los tiempos que deba llamarsele. El Estado —teóricamente— se hace cargo de la justicia, pero no es suficiente. Es un hecho que el Estado, por mucha que sea su voluntad política, no llega a todo ni puede, institucionalmente, atender a las complejas e inagotables demandas de los sectores más desprotegidos.

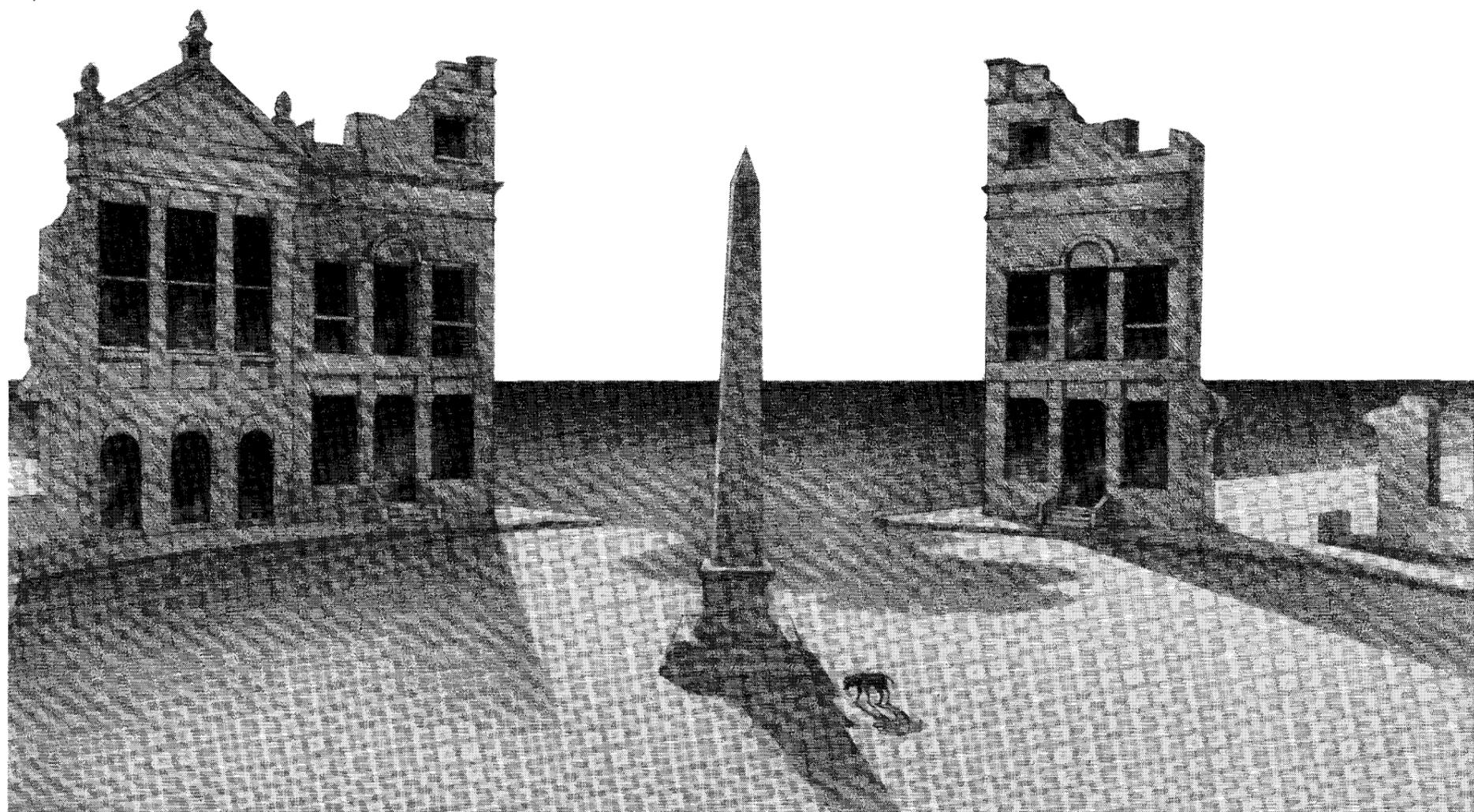
Espacio, cauces, apoyo

Debe haber más cohesión social, más iniciativa, más altruismo, más voluntarismo. Pero tampoco aquí hacemos nada sin dialéctica. La sociedad por sí sola es impotente: necesita espacio, cauces y, sobre todo, apoyo. Apoyo material y espiritual. Reconocimiento, por lo menos. Pues los agentes de la política social son varios: además de las fundaciones y actividades del llamado «tercer sector», existe una política social en las empresas que no suele reconocerse como tal política. Al mismo tiempo, el mercado podría aprovecharse más como modelo de gestión social operativa y libre. Pero ha sido el propio Estado, con sus políticas redistributivas y su escasa oferta de incentivos para una política social más espontánea, el que ha fomentado la insolidaridad y la inhibición individual ante las injusticias y asimetrías de nuestro mundo. El poder no es monopolio del Estado: sin la colaboración de las empresas, éste se quedará muy corto en el cumplimiento de sus funciones como Estado del bienestar.

Uno y otro libro se enfrentan, pues, a una situación en que la escisión entre lo privado y lo público es profunda y desesperanzadora. Y es así porque ni el Estado tiene el crédito y las atribuciones que debería tener, ni a la sociedad o a sus individuos se les permite hacer algo más que servir a sus propios intereses individuales y corporativos. Es un problema de mutua desconfianza y falta de reconocimiento: la sociedad no confía en el Estado y éste no reconoce las posibilidades



Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

de la sociedad. Hay que añadir que cada una de ambas instancias se ha ganado a pulso la situación de divorcio que las separa: ni el Estado es acreedor de la legitimidad que debería tener ni la sociedad da muestras inequívocas de que se pueda contar con ella. La toma de conciencia de que es necesaria una transformación y una nueva estructuración de las relaciones ha de ser general y emprenderse desde uno y otro ámbito simultáneamente.

Valor seguro y fiable

Lo que aquí está en juego realmente es esa relación dialéctica entre lo individual y lo colectivo o entre lo privado y lo político. Nuestro pensamiento, heredero de la Ilustración, ha consagrado la autonomía individual y las libertades personales hasta el punto de que, fracasados los últimos y grandes intentos ideológicos totalizadores, el único valor seguro y fiable parece ser la libertad. Por otra parte, no es éticamente defendible una libertad que no sea igual para todos, lo cual no es fácil de asegurar en una sociedad donde la economía de mercado es soberana. Algún control jurídico tiene que haber a fin de que esa libertad igual para todos vaya siendo un hecho y no un simple principio. Pero hay algo más: la autonomía de la persona no es un valor en sí si esa autonomía se utiliza en contra de la humanidad y no a favor de ella. Y lo que, de hecho, nos encontramos, es una autonomía que se reduce al mero ejercicio de las libertades civiles y políticas: libertad de pensamiento, de expresión, de asociación, de residencia (cuando se puede).

El ciudadano ejerce y defiende su libertad para controlar y criticar al poder. Pero ¿debe limitarse a eso el ejercicio de la ciudadanía? Si el papel del ciudadano se centra sólo en el control de las decisiones políticas, advierte Sáenz de Miera, «puede llegarse a una situación en la que aspectos tan importantes para el buen funcionamiento de la sociedad como el esfuerzo personal, el sentido de la responsabilidad, la asunción del riesgo y de las iniciativas, queden marginados de las decisiones ciudadanas y relegados a un lugar secundario e inoperante». Habermas protesta de que el mundo de la vida cotidiana (eso que llama el «Lebenswelt») se encuen-

tre, de hecho, «jurídicamente colonizado». Sin duda tiene razón. Ahora bien, exigir la descolonización debería ir acompañado de la voluntad de conformar ese mundo de la vida cotidiana a proyectos no sólo interesantes para el propio individuo o el grupo restringido en que se encuentra, sino interesantes para toda la sociedad e, incluso, para toda la humanidad.

Pero esa iniciativa, que ha de partir de los individuos y de las agrupaciones sociales, abortará sin remedio si el Estado no es sensible y receptivo a ella. No creo que el ser humano sea tan egoísta como pensó Hobbes, ni que la sociabilidad sea tan sólo un artificio al que su naturaleza debe adaptarse si quiere asegurar la supervivencia. Creo, más bien, en la «sociabilidad insociable» constatada por Kant o en la «razonable racionalidad» que Rawls atribuye a la persona en estado de naturaleza. Es cierto que cada cual persigue su propio interés, pero, al mismo tiempo, también lo es que siente con los otros, y ese sentimiento es susceptible de convertirse —si las instituciones ayudan— en sentido de la justicia. Así pues, el individuo tiene facultades, digamos constitutivas, para mejorar el mundo en que vive, si bien necesita apoyos y regulaciones que impidan que sus buenos sentimientos se corrompan. La simpatía que por naturaleza poseemos —dijo Hume— debe ser encauzada por la virtud artificial de la justicia. El Estado y sus leyes deberían representar los intereses colectivos, esto es, los intereses de las víctimas de la injusticia y la desigualdad. Si así fuera, si se viera en el Estado una clara voluntad de justicia, sin duda habría que reconocerle y respetarle unos derechos sin los cuales difícilmente podría llevar a cabo sus proyectos de mejora de la sociedad.

Pese a todo, insistimos en que el Estado no es el único garante de la justicia en una sociedad que pretende ser democrática. Para empezar, nadie conoce la sociedad justa ni sabe a ciencia cierta cómo llegar a ella. Un proyecto de justicia necesita la colaboración y el concurso de todos para legitimarse como tal proyecto. Las políticas públicas exigen, por supuesto, especialistas y dedicación exclusiva a unos temas que no son de la igual incumbencia de todos, pero es dudoso que esas políticas, por sí solas, fomenten el altruismo. Más bien hay que pensar que lo des-

alientan, dado el exclusivismo y unilateralidad que caracteriza a sus procedimientos. Por otro lado, el Estado no puede hacer milagros y cargar sobre sus espaldas con todas las injusticias de la sociedad y del mundo. La sociedad —sus individuos— es también éticamente responsable de que las injusticias se perpetúen sin que nadie reclame su atención o se vuelque en ellas. Habida cuenta, sin embargo, que el individuo no es exclusivamente egoísta, pero tampoco exclusivamente altruista, hay que comprender que nada hará sin estímulos que le «provoquen» y le inviten a mirar al otro. Si nadie cuenta con él para tales cuestiones, tenderá fácilmente a inhibirse de ellas con la conciencia incluso de que son asuntos que no le incumben.

Sin protagonismo satisfactorio

Hoy por hoy, la sociedad, el individuo y el Estado son tres realidades que discurren por separado sin que ninguna de ellas, además, llegue a alcanzar un protagonismo satisfactorio. El Estado social no encuentra su medida, la sociedad civil a duras penas es reconocible, y el individuo, supuestamente vencedor en una época caracterizada por el individualismo, tampoco se reconoce sino como parte de aquello que le otorga una identidad ya definida, sea este algo la familia, la profesión, el partido o el club de recreo. Los problemas comunes que comparten la mayoría de las sociedades occidentales y

avanzadas, y que merecen una atención y búsqueda de solución colectivas, o se ignoran, o son insuficientemente tratados por el Estado, o son recogidos por las manos impotentes de unas pocas asociaciones voluntaristas y precarias. No hay cooperación porque las inculpaciones y resquemores mutuos, o una absurda guerra de competencias, impiden que la haya. El Estado debería esperar más de los ciudadanos: escuchar sus críticas, promover y apoyar sus iniciativas. Al individuo le corresponde pensar qué significa hoy ser ciudadano, animal político, a qué obliga el ser sujeto de unos derechos y acreedor de unos bienes básicos. Las empresas privadas han de trascender el mero interés comercial y económico, puesto que sus componentes son personas cuyos problemas de desigualdad y discriminación afectan a la imagen que da de sí la sociedad y al buen funcionamiento de la misma. Las obligaciones públicas de una democracia no pueden limitarse al deber de votar y pagar impuestos. Algo ha de significar, en nuestro tiempo, la palabra «compromiso». Si hacer justicia —promover la igualdad y la libertad de todos— es el principio fundamental de la moral pública, la preocupación por el otro más cercano es el principio básico de la moral privada. El primero no prosperará si sólo se hace responsable de él el Estado, si la sociedad no lo contempla como una de sus exigencias ineludibles. El segundo será inviable si no cuenta con un estímulo y un respaldo real de los poderes públicos. □

RESUMEN

A juicio de Victoria Camps, en esta época descrita y de eslóganes caducos no es una posición necesariamente progresista demandar más sociedad y menos Estado, y conservadora ser partidario de lo contrario. Por eso pueden ser

compatibles las tesis expuestas en dos libros, que comenta conjuntamente; uno de ellos defiende más Estado y el otro califica de necesario el protagonismo de la sociedad. Ambos ensayos, en su opinión, son respuestas inteligentes y lúcidas.

Nicolás López Calera

Yo, el Estado

Trotta, Madrid, 1992. 128 páginas. 1.200 pesetas.

Antonio Sáenz de Miera

La sociedad necesaria

Ramón Areces, Madrid, 1992. 350 páginas. 3.090 pesetas.

Severo Ochoa: Notas para una biografía

Por Francisco García Olmedo

Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es catedrático de Bioquímica y Biología Molecular en la Universidad Politécnica de Madrid, donde dirige un grupo de investigación sobre genética molecular de plantas cultivadas. En 1989 obtuvo el premio de la Real Academia de Ciencias. Es miembro de la Academia Europea.

No es fácil encontrar un español contemporáneo tan rico de aventura y, al mismo tiempo, tan difícil de asir para el biógrafo. De la aventura científica sólo trascienden sus conclusiones, cuya comprensión queda restringida a los especialistas, y poco se acaba sabiendo de sus componentes dramáticos, de la intriga intelectual subyacente, de frustraciones y desfallecimientos, de luchas y traiciones, del éxtasis del hallazgo. Como en la aventura quijotesca, la acción tiene lugar principalmente en la cabeza del protagonista, y sólo un Cervantes podría hacerle justicia narrativa.

La cara visible de la trayectoria científica de Severo Ochoa es de por sí impresionante. No ha sido pintor de un solo cuadro ni militante de una sola vanguardia, sino que ha estado en la brecha de los grandes movimientos de la biología durante más de medio siglo. Como el joven Picasso, cuya precoz y desbordante vocación le lleva a iluminar los márgenes de sus textos escolares, el universitario Ochoa margina sus estudios de medicina desde el momento en que descubre la biología experimental. Sus primeras publicaciones científicas en foros del máximo prestigio, los *Proceedings of the Royal Society* (1928) y el *Journal of Biological Chemistry* (1929), son casi simultáneos con los aprobados septembrinos de las asignaturas previamente suspendidas que habrían de completar su licenciatura en medicina.

Es a partir de esta plataforma, esencialmente autodidacta, desde la que, con el instinto certero que siempre le acompañará, salta directamente a primera línea de la vanguardia del momento: la dilucidación de los mecanismos por los que la energía de los nutrientes se hace disponible para la célula, para sus funciones y mantenimiento. Por entonces, Otto Meyerhof, junto con Carl Neuberg y Otto H. Warburg, habían hecho de Berlín-Dahlen (Kaiser-Wilhelm-Institutes) la meca de estos estudios. Ochoa es admitido en el laboratorio de Me-

yerhof a pesar de que, según testimonios de la época, éste no solía admitir a principiantes. En el reducido círculo de Meyerhof, que pronto se trasladaría a Heidelberg, entre 1929 y 1931, pasará Ochoa sus años formativos y entroncará así con uno de los más caudalosos veneros de la tradición científica alemana (ver esquema).

El maestro Meyerhof

Meyerhof había recibido el premio Nobel en 1922, siendo aún auxiliar en Kiel, por demostrar la conexión existente entre los procesos aeróbicos (respiratorios), que dependen del concurso del oxígeno, y los anaeróbicos, que no lo necesitan. Demostró también que el músculo deriva su energía de un proceso anaeróbico no muy distinto de la fermentación realizada por la levadura.

La figura de Meyerhof representa uno de los últimos grandes ejemplares de científico según la tradición griega y renacentista, del mismo modo que la de Ochoa puede ser un ejemplo señero de científico contemporáneo. De hecho, en las propias investigaciones de Meyerhof se da la transición desde la aproximación generalista al estudio del fenómeno de la vida, de raíz filosófica, hacia el experimentalismo especializado moderno. Era Meyerhof un hombre de alta cultura filosófica y artística. Se había doctorado en filosofía con una tesis sobre teoría del conocimiento y durante muchos años fue editor y contribuyente de la revista neo-kantiana *Abhandlungen der Fries'schen Schule*. La visión integradora de los fenómenos físicos, químicos y biológicos que ha de presidir las etapas iniciales de su búsqueda, acaba cediendo paso a la «cocina bioquímica» de los hermanos Buchner: «When I left in 1930 it was basically a physiology laboratory; one would see muscles twitching everywhere. In 1936 it was a biochemistry laboratory. Glycolysis and fermentation in muscle or yeast extracts, or partial reactions of these processes catalyzed by purified enzymes were the main subjects of study», según relata Ochoa en un ensayo autobiográfico. Este párrafo, que se refiere a la evolución del laboratorio de Meyerhof, es directamente aplicable al trabajo de Ochoa sobre la química de la contracción muscular, que prosigue a su vuelta a Madrid, en su estancia en Londres (1932-33), en los laboratorios de H. W. Dudley y Sir Henry Dale, de nuevo en Ma-

drid y, finalmente, en su segunda visita a Heidelberg.

La estancia de Ochoa en el laboratorio de Sir Rudolph Peters en Oxford (1938-40) determina un cambio sustancial de rumbo en sus investigaciones. Al interesarse por el metabolismo del ácido pirúvico, punto de encrucijada entre los procesos aeróbicos y anaeróbicos, acaba adentrándose paulatinamente en el estudio de los mecanismos por los que la energía de la respiración se hace disponible para los distintos tejidos (en términos técnicos, el acoplamiento de la fosforilación con la oxidación del ácido pirúvico). Desde sus tiempos de Oxford hasta mediados los años cincuenta en Nueva York, donde se asienta definitivamente tras un breve paso por el laboratorio del matrimonio Cori en Saint Louis, Ochoa hace una contribución gigantesca al esclarecimiento de las etapas clave del ciclo metabólico (ciclo de Krebs), por el cual el ácido pirúvico es completamente quemado a anhídrido carbónico y agua, produciendo ATP (especie de ECU o moneda de intercambio energético intracelular). Como una extensión natural de esos estudios han de considerarse las aportaciones antológicas que por esos años hace también Ochoa en áreas relacionadas, tales como la fotosíntesis o el metabolismo de las grasas.

Es precisamente estudiando la biosíntesis del ATP, hacia 1954, cuando, gracias a que el ATP comercial utilizado inicialmente venía contaminado, descubren una enzima que no buscaban y que era capaz de catalizar «in vitro» la síntesis del ácido ribonucleico (RNA). Esto dio lugar a un nuevo y dramático golpe de timón en las investigaciones de Ochoa: de los mecanismos de transferencia de energía a los mecanismos de transferencia de información. Tras el descubrimiento de la estructura en doble hélice del DNA por Watson y Crick, los ácidos nucleicos habían sido puestos en el candelero como portadores de la información genética, y en el laboratorio de Ochoa se fabricó «in vitro» uno de estos compuestos por primera vez.

La clave genética

La enzima en cuestión, de la que aún hoy se desconoce su verdadera función «in vivo», resultó ser una herramienta inestimable en la primera etapa de dilucidación de la clave genética porque, gracias a ella, se pudieron fabricar mensajes genéticos artificiales con los que alimentar a la maquinaria de traducción «in vitro». El grupo de Ochoa no se limitó a proveer la herramienta, sino que haciendo sabio uso de ella compitió estrechamente con el grupo de Nirenberg en la identificación de los famosos tripletes o codones, y en las fases finales de esta brillante etapa de la biología molecular aportó elementos importantes relacionados con la iniciación, terminación y dirección de lectura del mensaje genético.

El descubrimiento de los factores que son requeridos para la iniciación de la síntesis de proteínas, hacia 1966, marca el inicio de la última etapa científica de Ochoa, que ha de girar en torno a este proceso.

Ochoa ha contribuido prácticamente a todos los grandes capítulos que configuran el índice de cualquier texto actual de bioquímica: glicolisis, ciclo de Krebs, fosforilación oxidativa, fotosíntesis, metabolismo de las grasas, síntesis de ácidos nucleicos y proteínas, clave genética. Esta larga cabalgada hace de Ochoa uno de los científicos más singulares del siglo XX. Su longevidad científica es sólo comparable a la de Linus Pauling y a la de pocos científicos más.

Una pasión dominante

Una obra de estas dimensiones lleva consigo necesariamente una clara componente de enajenación, de distanciamiento con respecto a la realidad circundante —otro rasgo común con la aventura quijotesca—, ya que implica supeditar a una pasión principal todas las potencialidades del individuo, todos los posibles itinerarios vitales. Carmen Covián, su esposa, confiesa en una entrevista que una de las peculiaridades de su marido «es apartar las cosas que le disgustan y que no quiere oír. Lo consigue de modo que realmente no se entera». El mismo Ochoa admite sin ambages que su único interés está en la bioquímica, que no tiene ninguna afición fuera de ella. Con esta idea inicia un ensayo autobiográfico al que significativamente titula *The pursuit of a hobby*. Ya con la fama del Nobel a las espaldas, en pleno fragor de la batalla por la clave genética, parece que el laboratorio trabajó 24 horas al día, siete días a la semana, durante varios meses. Y mucho después Ochoa podía citar a un joven visitante español en sábado, a la hora del almuerzo, y una vez terminada la entrevista, continuar su trabajo hasta bien avanzada la tarde.

En persecución de su ideal, en su búsqueda de la frontera, Ochoa acaba siendo ciudadano de ninguna parte o, si se quiere, habitante del territorio fluctuante de la vanguardia. Antes de terminar su carrera universitaria ya había pasado unos meses en el laboratorio de Noel Paton en Glasgow y, para cuando sale de España en 1936, había pasado más de cinco años en diversos laboratorios europeos. No sale huyendo de una guerra de la que todavía desconoce qué dimensiones podrá alcanzar; no puede calificarse de huida un trayecto que tenía por destino el laboratorio del judío Meyerhof, cuya clausura en plena efervescencia nazi era inminente. Cuando, tras pasar por otros tres laboratorios, acaba estableciéndose en la Universidad de Nueva York, Ochoa no es un exiliado ni un emigrante; durante mu-



El rey Gustavo VI entrega a Ochoa la medalla y el diploma del premio Nobel (Izq.).

F. García González, S. Ochoa, B. Houssay, S. Wakoman y J. Rodríguez, durante la celebración del 25 aniversario del CSIC (central).

El matrimonio Ochoa y el matrimonio García González en Santillana del Mar, durante la reunión previa a la fundación de la Sociedad Española de Bioquímica (dcha.).



Viene de la página anterior



cho tiempo viene habitando un país cuyas fronteras no están representadas en los mapas. Ya venía abocado para esta ciudadanía al nacer en el seno de una familia india que vivió entre Puerto Rico y Asturias, entre Oviedo y Málaga.

Figura y genio

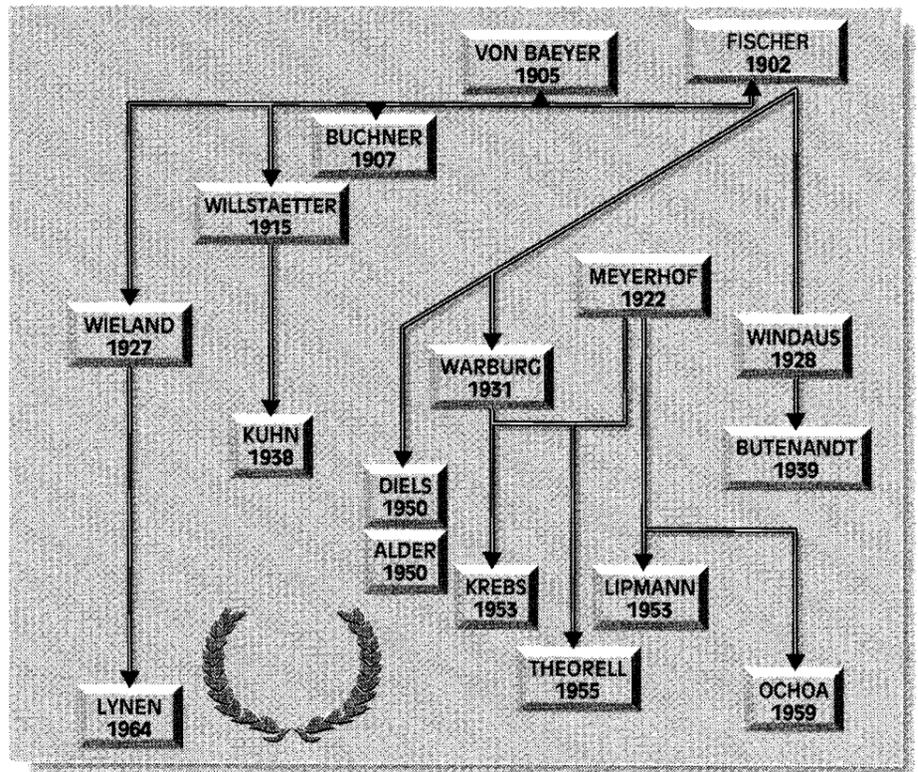
Ernst Chain, primero concertista y luego premio Nobel (1945) por su contribución al descubrimiento de las propiedades terapéuticas de las penicilinas, describe a Severo Ochoa en estos términos: «... I was immediately attracted to his personality which stood out impressively in its Spanish splendour against the more sober Anglo-Saxon background surrounding him. His characteristic long head and figure gave one the impression of looking at an El Greco painting». El magnetismo de la figura física de Ochoa, la desgana elegancia de sus movimientos, su pausada y sobria forma de expresión oral, su estampa de quijote asturiano, armonizan con su singular intelecto. El hombre interior es poco accesible y, ya sea por una deliberada reticencia o por un innato laconismo, resulta frustrante como testigo de la pequeña historia: «-¿Cómo era físicamente Sir Rudolph Peters? -¿Que cómo era? De mediana estatura, con bigo-

documentable, ya que está registrado en la literatura internacional y está avalado por la opinión de autoridades altamente cualificadas de las más diversas disciplinas.

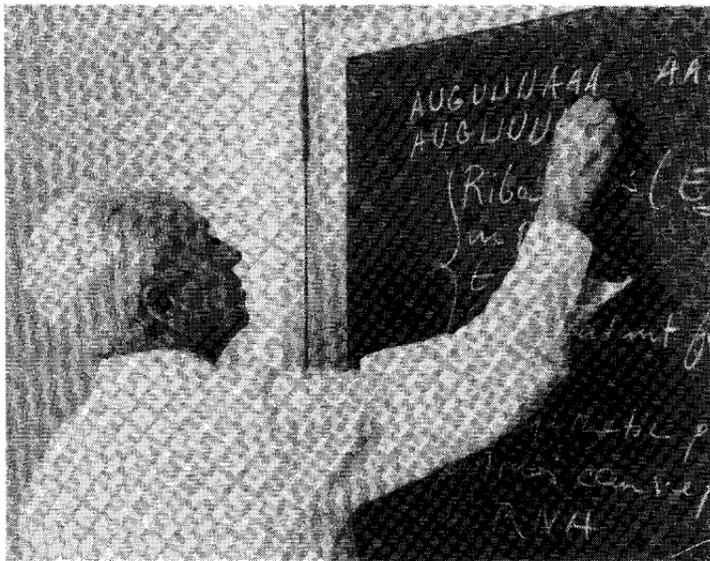
La imagen del Ochoa octogenario que ha trascendido a la opinión pública está dominada por sus testimonios periodísticos relativos a su soledad, a su respetuoso agnosticismo, a su desconsuelo ante la muerte de su mujer y a su serena actitud ante la muerte propia. El aura de autoridad moral que la singularidad del testigo confiere a estos testimonios es difícilmente parangonable en la escena contemporánea española.

Biografía incompleta

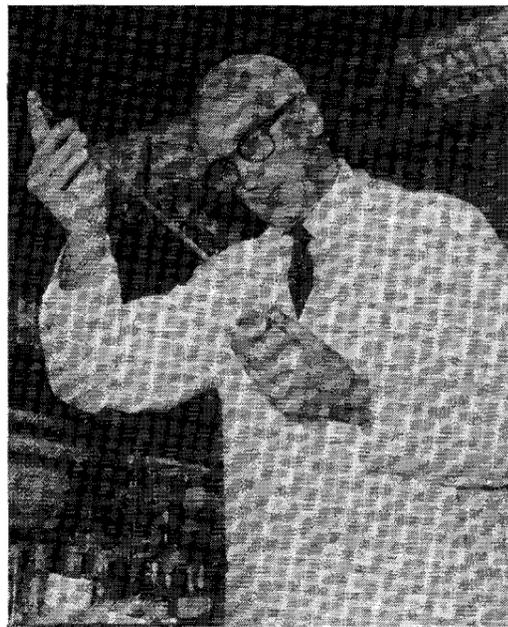
La biografía de Ochoa recientemente publicada, que sirve de pretexto para los anteriores comentarios, hace algunas aportaciones notables que sin duda habrán de figurar en una historia más definitiva. Dos aspectos merecen resaltarse: la descripción de la cotidianidad de la vida de Ochoa en estos últimos años, de la que el autor ha sido excepcional testigo, y el testimonio de Ochoa sobre su propia obra, que complementa al realizado en el ensayo autobiográfico aludido. Sin embargo estamos ante una biografía incompleta, y no porque por



La genealogía científica de Ochoa entronca con Von Baeyer (los números corresponden a las fechas de concesión del premio Nobel a cada uno de los científicos indicados).



Ochoa durante una de sus clases universitarias.



Ochoa en su laboratorio de Nueva York.



Carmen y Severo Ochoa en el baile Nobel.

te, encantadora persona. -¿Y qué más? -Bueno, era un bioquímico eminente y un violinista de muy estimables facultades... -No olvides que yo no soy un literato, sino un científico. Por tanto, sólo podría hacer un resumen de la labor de Peters, ya que todo lo demás escapa a mi curiosidad». Conocemos su cordialidad, su afición a la música y a la pintura, así como su gusto por la gastronomía, pero nada sabemos de sus aficiones literarias o de sus inclinaciones políticas, y apenas nos llegan de él algunas escuetas opiniones sobre cuestiones importantes, tales como el compromiso del científico, la ciencia en España, la soledad y el amor, la fe y la muerte.

Su opinión de que la militancia política está reñida con la realización de una labor científica relevante es obviamente desmentida por numerosos ejemplos contrarios (Pauling, Monod, etc.). La evaluación negativa que Ochoa hace de la ciencia española actual está anclada en el pasado no demasiado remoto y no hace justicia al enorme progreso que ha experimentado en los últimos años, el cual es perfectamente do-

fortuna el biografiado esté aún entre nosotros, sino porque dista mucho de ser la biografía que viene reclamando hace tiempo una figura que, como referencia, tanta influencia ha tenido sobre la reciente historia de la ciencia española.

Algunas carencias

Juzgado en sus propios términos, el libro es desordenado y presenta frecuentes reiteraciones literales. A menudo es preciso retroceder o avanzar varias páginas para deducir la cronología de un acontecimiento importante y algunos episodios están confusamente descritos. Momentos estelares en el reconocimiento público de Ochoa, tales como su acceso a las presidencias de la Harvey Society (1953-54) y de la American Society of Biological Chemists (1958), son ignorados y, en cambio, se relatan con detalle homenajes anecdóticos por parte de marginales academias provincianas.

Pero la principal crítica que se puede hacer a esta biografía se refiere a sus grandes

carencias. La obra científica de Ochoa no se pone en perspectiva con respecto al desarrollo de la biología en nuestro siglo, y no se intenta reconstruir los ambientes y circunstancias, ni retratar a los personajes que rodearon y fueron decisivos en la carrera científica de Ochoa. Se nos presenta, en cambio, una especie de «curriculum vitae» ex-

pandido y desenfocado, una anodina novela rosa en la que se nos escamotea, entre idílico viaje e idílico viaje, tanto el palpito de la producción científica -la tensión creativa- como el lado duro de ésta. El autor no entiende la esencia de la aventura científica. □

RESUMEN

Una biografía sobre el premio Nobel Severo Ochoa le da ocasión al profesor García Olmedo de repasar la contribución del científico español a los grandes capítulos que con-

figuran el índice de cualquier texto de bioquímica. Esta larga cabalgada investigadora hace de Ochoa, señala, uno de los científicos más singulares del siglo XX.

Marino Gómez-Santos

Severo Ochoa. La emoción de descubrir

Pirámide, Madrid, 1992. 317 páginas. 1.900 pesetas.

Qué se ve y qué se sabe del Universo

Por Armando Durán

Armando Durán (Lugo, 1913) ha sido catedrático de Óptica en la Universidad Complutense. Es miembro numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido presidente de la Real Sociedad Española de Física y Química y director del Instituto de Estudios Nucleares. Ha publicado diversos trabajos de investigación sobre óptica y artículos relacionados con la historia de la ciencia.

El profesor Longair ha publicado un libro que quiere ser, según él dice, unas notas extensas de las cinco conferencias organizadas por la «Royal Institution» para las fiestas de Navidad de 1990-91. Continúa así la tradición establecida por Faraday en el siglo XIX con el fin de transmitir a las jóvenes generaciones las preocupaciones y metas alcanzadas por la ciencia contemporánea. Se propone desarrollar el tema de los orígenes de todo lo que se encuentra en el Universo, sin aspirar a más que a satisfacer la curiosidad del lector que esté interesado en leer y en saber más.

Profesor de filosofía natural en la Universidad de Cambridge y miembro del Real Observatorio de Edimburgo, se revela en este libro como un expositor ameno y riguroso. Desarrolla el tema de modo asequible a un lector culto sin emplear fórmulas ni razonamientos propios de un libro de texto.

de 1992 por el director del grupo, que al comentarlos dijo con entusiasmo que «era como ver la cara de Dios». Para Stephen Hawking fue «el mayor descubrimiento del siglo y posiblemente de todos los tiempos», y para la prensa diaria la ocasión de llenar las primeras páginas con grandes titulares.

El hombre y las estrellas

Al hombre le han preocupado siempre las estrellas, los astros y todo lo que ve en la así llamada bóveda celeste. A lo desconocido de lo que estos objetos son en sí, añadió la misteriosa relación con su propia vida y con su futuro: su buena o su mala estrella. Las estrellas eran referencia segura para la navegación, y la Vía Láctea fue la guía de los peregrinos compostelanos.

«Los fenómenos astronómicos han sido siempre fenómenos religiosos para las multitudes humanas; en ellos la ciencia confina con la mitología, y el genio científico que los domina adquiere un nimbo mágico. Es usted, señor Einstein, el nuevo mago confidente de las estrellas», respondió Ortega y Gasset a la pregunta del porqué de una popularidad tan excesiva, que le hizo durante la visita a Toledo en 1923. Casi las mismas palabras pueden explicar hoy la curiosidad que existe por todo lo que se refiere al Universo.

Las estrellas que vemos muestran una luminosidad emitida hace mucho tiempo, es decir, desde muy lejos, y esta lejanía llama

más cortas, los rayos gamma que emiten los elementos radiactivos hasta las más largas que utiliza la radio. En el medio, y en el sentido de menor a mayor longitud de onda, se encuentran los rayos X, los ultravioleta, la banda visible, el infrarrojo y las ondas milimétricas o microondas.

Esta radiación que percibimos procede de los cuerpos celestes, que como todo cuerpo sólido la emiten en función de la temperatura y distribuida en longitudes de onda de acuerdo con la fórmula de Planck, que obtuvo teóricamente partiendo de su hipótesis cuántica de la emisión del cuerpo negro. La temperatura se mide a partir del cero absoluto, para el cual la energía del movimiento molecular es nula. Se expresa en una unidad llamada kelvin (K), y para dar una idea de esta escala de medida digamos que en ella el punto de congelación del agua corresponde a 273 K y el de ebullición a 373 K. El Sol, con una temperatura en su capa exterior del orden de los 6.000 K, emite la llamada luz blanca, con un máximo de intensidad de color amarillo-verdoso.

La técnica actual, al utilizar diferentes longitudes de onda, permite observar cuerpos a diferentes temperaturas y, por tanto, de diferentes edades en el caso del Universo, ya que éste, según la teoría de la Gran Explosión, se inició a partir de ella con una altísima temperatura para irse enfriando después.

Gracias al espectrómetro absoluto para el infrarrojo lejano del COBE se pudo regis-

rante el día y observador del cielo con los instrumentos que él mismo fabricaba durante la noche. Se le puede considerar como el primero que dio entidad a un sistema estelar, en el que el Sol y sus planetas están incluidos, que llamamos Vía Láctea o Galaxia según la etimología latina o griega que se elija.

La mayor o menor eficiencia de un telescopio se mide por su poder separador, que se expresa por el ángulo subtendido por dos objetos próximos en el límite de ser percibidos como distintos. Este ángulo depende del diámetro del objetivo, y por eso, a mayor diámetro, mayor poder separador y, en consecuencia, mayor profundidad.

En el siglo actual se instalaron el Hooker, en Mount Wilson, y el Hale, en Mount Palomar, de 2,5 metros y de 5 metros de diámetro respectivamente, y posteriormente uno soviético de 6 metros. El avance de la tecnología de fabricación y pulido de los espejos permite nuevos proyectos, como el que se va a instalar en la cumbre del Mauna Kea, en Hawai, que tendrá un espejo principal de 10 metros de diámetro formado por 36 segmentos acoplados para formar un hiperboloide.

Existe también el proyecto ambicioso de instalar un telescopio en la luna, pero mientras tanto se lanzó al espacio en mayo de 1990 el telescopio Hubble, que mejor sería llamar observatorio espacial porque, además de un telescopio con 2,4 metros de diámetro, dispone de dos cámaras de registro digital de imágenes, dos espectrógrafos y un fotómetro con los que se pueden obtener imágenes y realizar medidas desde el ultravioleta hasta el infrarrojo.

La eficiencia de un telescopio está también condicionada por la turbidez y la turbulencia de la atmósfera. Para evitar la primera se busca la altura y los cielos limpios—como un ejemplo entre muchos, las islas Canarias—, y para neutralizar la segunda se utiliza la llamada óptica adaptable, recientemente desarrollada e instalada ya en muchos telescopios, como en el internacional dedicado a la observación solar en las Canarias.

La absorción de la radiación por la atmósfera es otra de las causas que condicionan la observación, ya que a nivel del suelo es transparente sólo para el visible, zonas próximas del ultravioleta y del infrarrojo, microondas y ondas de radio, mientras que a partir de 150 kilómetros de altura la transparencia es total. Esto explica el telescopio Hubble y los satélites como el COBE y el GRO («Gamma Ray Observatory»), con 16 toneladas de peso, la mayor carga de pago situada en órbita, que ha dado información sobre explosiones de rayos gamma a miles de millones de años-luz.

El ciclo cósmico

La fusión nuclear explica que la síntesis del helio a partir del hidrógeno justifica la generación de energía en el interior del sol, energía que se escapa en forma de radiación, parte de la cual es la luz que contemplamos. Un proceso análogo sucede en las estrellas, al fin y al cabo el sol es una de ellas; pero no todas se encuentran en el mismo estado. Hay que hablar de un ciclo cósmico desde el nacimiento hasta la muerte de las estrellas, que se generan en el seno de un gas interestelar y permanecen estables en su secuencia principal hasta que una parte importante de su hidrógeno se convierte en helio, iniciándose una inestabilidad que provoca una contracción de la parte central y una expansión de la externa, formándose una estrella gigante. Continúa la contracción



VICTORIA MARTOS

Su lenguaje es fácil y adecuado a los conceptos, que desarrolla con precisión, sin una palabra de más y sin ninguna de menos. Casi se escucha la conferencia cuando se lee el libro.

El glosario con el significado de los términos científicos más importantes, el valor de las unidades empleadas y una recomendación de libros para una posible ampliación, completan esta «puesta al día» de los problemas relacionados con la estructura, el origen y la evolución del Universo tal como estaban planteados a finales del 90 y principios del 91. Deja abierta la puerta para que la investigación de lo acaecido durante esa fracción de segundo que se expresa por 10^{-34} s, es decir cero coma seguido de treinta y tres ceros y después un uno, de segundo, la duración del primer instante inmediatamente después de la Gran Explosión, dé o no validez a las teorías sobre el origen del Universo.

La respuesta no se hizo esperar, ya que muy poco después de publicado el libro, los instrumentos del satélite COBE («Cosmic Background Explorer») detectaron las gigantescas fluctuaciones que tuvieron lugar hace miles de millones de años. Los resultados fueron dados a conocer el 23 de abril

la atención sobre cuál es su tamaño. Pues bien, entendemos por tamaño del Universo la distancia hasta la cual podemos observarle en un estado más o menos como el actual. Si observamos más y más lejos podremos tener una información de un Universo más y más joven que será distinto del actual. Eso se ha hecho recientemente y ha permitido conocer las fases más primitivas de su evolución. Como un dato para poder evaluar su tamaño podemos aportar la noticia del hallazgo, a finales de 1992, de la supernova más alejada hasta ahora, a una distancia aproximada de 5.000 millones de años-luz.

Cómo se mira el Universo

La observación del Universo, dicho así sin más, evoca un cielo estrellado y quizá además un telescopio para descubrir sus detalles. Nos limitamos con ello a lo que vemos con nuestros ojos gracias a la luz, utilizando la zona visible de un abanico de radiaciones que llamamos espectro electromagnético. Hasta hace poco tiempo no se había empleado para la observación otro tipo de radiación. Hoy es distinto; la técnica actual permite observar desde el extremo de las ondas

trar la radiación de fondo de microondas cósmicas descubierta en 1965 y que puede considerarse como una reliquia de la radiación generada en las fases primeras del Universo. Corresponde a una temperatura de 2,736 K, y cuando su espectro apareció en la pantalla, al ser presentados en enero de 1990 los primeros resultados, el auditorio rompió en aplausos por su espectacular ajuste a la curva de Planck. Se había dado un paso muy importante en la investigación del Cosmos.

Estas son las «luces», es decir, las radiaciones que se utilizan para «ver», o sea, observar los objetos celestes. ¿Cómo se miran?, o dicho de un modo más preciso, ¿cómo se obtienen los datos necesarios para la investigación?

Con su pequeño antejo, aunque para la época fuese grande, encontró Galileo que el Universo era más extenso y más complicado de lo que se creía en la antigüedad. Su *Siderius Nuncius* conmovió al mundo de su época al anunciar sus descubrimientos, entre ellos los satélites de Júpiter, que para halagar a Cosme de Médicis quiso llamar Estrellas Mediceas.

Sir William Herschel, fundador de una dinastía de astrónomos, fue un personaje singular: organista y profesor de música du-

Viene de la página anterior



calentándose tanto que el helio se convierte en otros elementos (carbono, silicio, hierro), alejándose de la estabilidad hasta que estalla violentamente dando lugar a una enana blanca, a una estrella de neutrones o a un agujero negro, expulsando al espacio una parte de materia que forma el medio interestelar, en el que puede iniciarse otra generación de estrellas.

Hasta hace muy poco tiempo, gracias a la observación con infrarrojos, no se había podido conocer algo de la vida de las muy jóvenes, las así llamadas protoestrellas.

Por otra parte, uno de los grandes éxitos de la astronomía actual es haber descubierto nubes moleculares gigantes, y así sabemos que en el disco de nuestra propia galaxia existe más gas en forma molecular que hidrógeno. Uno de los grandes descubrimientos con ondas milimétricas es el de la existencia de muchas especies moleculares, desde las más simples, como el hidrógeno y el monóxido de carbono, hasta las más complejas, como el etanol. Es, sin duda, una gran oferta a la curiosidad de los biólogos.

De las galaxias, cuasares y otros objetos celestes

La antigüedad agrupó las estrellas en constelaciones a efecto de identificación, pero no por razones astrofísicas. Fue Herschel el que dio entidad a sistemas aislados constituidos por estrellas, polvo interestelar, gas y partículas que giran alrededor de un núcleo, que se desplazan a lo largo del Universo y se denominan galaxias. Se ha discutido mucho si pertenecen a nuestra galaxia o son universos distintos, una especie de «islas» dentro del Cosmos. Su carácter «extragaláctico» respecto de nosotros quedó resuelto en 1929, cuando Hubble pudo separar estrellas dentro de la nebulosa Andrómeda y evaluar su distancia. Antes se había descubierto el desplazamiento de las líneas espectrales hacia el rojo o el azul a causa de su alejamiento o aproximación a nosotros como consecuencia del efecto Doppler, lo que probaba la expansión del Universo. Entre la velocidad de fuga de las galaxias y su distancia a nosotros existe una proporcionalidad lineal, según expresa la ley de Hubble, cuyo significado real es que la expansión es uniforme.

Si a partir del estado actual retrocediéramos en el tiempo hasta que las distancias entre galaxias fuesen la milésima parte de las actuales, asistiríamos a un calentamiento fortísimo del Universo a lo largo de la contracción y llegaríamos a un estado en el que la temperatura de la materia sería de 4.000 K y para ella el átomo del hidrógeno no existiría y sus dos componentes —protón y electrón— circularían como partículas cargadas formando ese estado de la materia que llamamos plasma.

Al enfriarse y llegar a los 3.000 K, los electrones se unen a los protones para formar átomos de hidrógeno y el Universo se vuelve transparente. Esto sucede unos 300.000 años después de la Gran Explosión. Continúa la expansión y con ella el enfriamiento. El fondo de radiación que llega hoy hasta nosotros después de 15.000 millones de años corresponde, según determinó el COBE, a 2.736 K, temperatura próxima al cero absoluto. Este descubrimiento con la expansión del Universo, la abundancia de elementos ligeros y las gigantescas fluctuaciones del primer instante constituyen uno de los cuatro soportes de la teoría de la Gran Explosión.

La materia juega un papel importante porque interviene en los procesos dinámicos y no se puede concebir el Cosmos sin mo-



VICTORIA MARTOS

vimiento. La radiación se mide directamente, pero la materia no se puede «pesar» y hay que determinarla por su acción. La masa de las galaxias se calcula como la necesaria para equilibrar la fuerza centrífuga que actúa como consecuencia de la gravitación de todo el conjunto. Por otra parte, la masa que corresponde a los cuerpos que emiten luz dentro de ella es menor que la primera. Esta diferencia se interpreta como debida a una materia no luminosa, que por esa razón se denomina oscura. Sobre su naturaleza se han pronunciado teorías de las que deben hablar los físicos de partículas y los astrofísicos.

Observaciones recientes atribuyen a las galaxias la propiedad de ser fuentes potentes de ondas de radio cuyo proceso de emisión, conocido como radiación sincrotrónica, se debe a electrones de alta energía girando en el campo magnético galáctico. En una galaxia activa se destaca una región central, el núcleo galáctico activo, en el que se genera gran cantidad de energía de origen diferente al de las estrellas.

Este fenómeno tiene como manifestaciones los cuasares y las radiogalaxias. Los primeros son las fuentes de energía más potentes que emiten, desde regiones muy compactas, flujos enormes de radiación en la zona visible, en la de las ondas de radio y en la de los rayos X. Las radiogalaxias, una por cada millón de galaxias, constituyen fuentes muy intensas de ondas de radio generadas por radiación sincrotrónica de electrones que se desplazan con velocidades próximas a la velocidad de la luz.

El perfeccionamiento de los medios de observación ha permitido descubrir nuevos objetos celestes como el pulsar, estrella de neutrones de masa comparable a la del sol, pero con un diámetro de sólo 10 a 15 Kms., que gira muy rápidamente emitiendo ondas de radio en forma de pulsaciones. Debido a esta característica fueron denominados los primeros con el acrónimo LGM, correspondiente a «Little Green Man», al atribuir con sentido del humor los pulsos a un cierto código en un morse celestial transmitido por un pequeño hombre verde, hipotético habitante de otra galaxia.

Una estrella de neutrones es un último estado en la evolución de una estrella. Por una fuerte compresión sufre un colapso a pesar de la enorme presión de las fuerzas que la mantienen, apareciendo un agujero que llamamos negro por no emitir radiación

alguna que permita observarlo.

Con galaxias y cúmulos de galaxias, además de estrellas y otros objetos celestes, está construido el Universo, cuya estructura, por sus enormes dimensiones, es difícil de imaginar. Los astrofísicos de Princeton han propuesto un modelo simple: una esponja con todo el material unido entre sí, porque si no se caería, con los huecos comunicándose. Las galaxias constituyen el material y los huecos vacíos tienen un tamaño comparable con los cúmulos de galaxias. El mayor detectado es cien veces mayor que uno de estos cúmulos.

Tenemos así una especie de maqueta que nos permite imaginar el Universo más allá de un cielo claro y estrellado. Pero no se trata de imaginar, sino de ver y de saber. Los medios actuales permiten llegar hasta cuasares y radiogalaxias muy lejanos, dándonos una información muy valiosa que sitúa nuestro conocimiento del Universo en el tiempo en el que sólo tenía el tamaño de la décima parte del actual.

La Gran Explosión

Hemos tenido hace poco tiempo, el 23 de abril del año pasado, las noticias que nos dio el COBE —ya lo hemos dicho al principio—, que apoyan la teoría de que las galaxias, los cúmulos de galaxias y las enormes aglomeraciones como la Gran Muralla requirieron fluctuaciones en la densidad para su nacimiento. El grupo que interpretó las medidas realizadas con el radiómetro diferencial del satélite encontró una variación de seis millonésimas en la temperatura, que hay que atribuir a variaciones de la densidad en el primer instante. La teoría del Universo inflacionario dice que después de la Gran Explosión, en esa fracción de segundo que se expresa por 10^{-34} s, sucedió una expansión

extremadamente rápida de tipo exponencial que corresponde a una altísima concentración de energía en el vacío. Durante ella, y de acuerdo con la teoría general de la relatividad, se redujo rápidamente la curvatura del espacio hasta llegar a la situación actual, en la que suponemos un Universo espacialmente plano.

No acaba aquí la lista de problemas, y aunque se ha «visto» mucho y mucho se sabe, no se puede decir ni que se conozca todo, ni que el tema está agotado. Queda mucho para esta generación y las siguientes.

Tenemos sólo un Universo para estudiar, sólo uno para vivir, sin la posibilidad de encontrar otro para poder ver si en él suceden las mismas cosas que en el nuestro. Tampoco podemos excluir la posibilidad de que nuestro Universo tenga lo que tiene por puro azar. Puede existir una línea de razonamiento que establezca que solamente existen ciertos tipos de universo en los cuales se haya formado una vida como la que conocemos.

A este modo de pensar se le llama principio antrópico, que establece en su expresión más simple que el Universo es como es porque estamos aquí para observarlo o, dicho de otro modo, que la presente existencia de vida en la Tierra lleva consigo ciertos límites en las vías que el Universo primitivo pudo haber seguido.

Longair dice que sólo adoptaría esta aproximación como último recurso si fallasen todas las hipótesis establecidas para explicar las propiedades actuales del Universo. Cree que estamos muy lejos de ello. Pero, lejos o cerca, el hombre vive ese misterio y de ese misterio vive con todos los misterios que constituyen su vida.

En lo alto de la Capilla Sixtina pintó Miguel Ángel un misterioso dedo que no llega a tocar el dedo del hombre.

En el principio fue el Misterio. □

RESUMEN

Malcolm S. Longair, profesor de filosofía natural en Cambridge y miembro del Real Observatorio de Edimburgo, se propone en este libro, que comenta Armando Durán, tratar

de los orígenes de todo lo que se encuentra en el Universo, y hacerlo para un amplio público culto no especializado, en esa tradición tan anglosajona de la divulgación científica.

Malcolm S. Longair

The Origins of our Universe

Cambridge University Press, Cambridge, 1991. 128 páginas. 20 libras.

Política lingüística de España en América

Por Antonio Quilis

Antonio Quilis (Larache, 1933) es catedrático de Lengua española en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, director del Laboratorio de Fonética del CSIC y miembro de la Academia Filipina de la Lengua. Entre sus obras podemos señalar *La lengua española en cuatro mundos*; *estudio y edición de la Gramática de la lengua castellana*, de A. de Nebrija; *Métrica española*; y *Fonética acústica de la lengua española*.

Cuando Colón partió para lo que sería la larga aventura americana, suponía que iba a encontrar lenguas extrañas y llevó con él dos intérpretes: Rodrigo de Jerez, que anduvo por la Guinea, y Luis de Torres, judío converso, que sabía hebreo, caldeo y algo de árabe; dos hombres con cierta experiencia lingüística. Pero cuando los navegantes llegaron a la isla de Guanahani tuvieron que recurrir al lenguaje universal de las señas: «Las manos les servían aquí de lengua», dice el Padre Las Casas. La preocupación constante de Colón era la lengua, entenderse con aquella gente: «Tomar lengua, haber lengua», es su obsesión. En dos ocasiones envió a España grupos de indios para aprender el español sin resultado: unas veces murieron «por el cambio contrario de tierra, aire y comidas», dice Pedro Mártir de Anglería; otras, al volver, huyeron, y los indios que permanecieron con él, la mayoría de las veces no le fueron útiles porque aquellos territorios eran en la época un mosaico de lenguas y «no se entienden los unos con los otros —dice el Almirante— más que nos con los de Arabia».

La comunicación es un problema muy serio en aquel momento. Los intérpretes son fundamentales y poco a poco van surgiendo. «Nahuatatos» se denominan ya en 1565, adaptando el aztequismo «nahuatlato» —intérprete indio que conoce el náhuatl y el español—, y su nombre general es, tanto en América como en Filipinas, «el lengua» o «la lengua», llegando incluso a llamar a los frailes que saben lenguas indígenas los «Padres lenguas».

«La lengua es compañera del Imperio», decía Nebrija, y la conquista representaba de hecho la hispanización, pero esa hispanización a través de las instituciones políticas, económicas y jurídicas del Estado tenía que ser necesariamente lenta; mas junto a ella estaba también el aspecto religioso, la evangelización, que no admitía dilación. Los misioneros predicaban y confiesan al principio valiéndose de intérpretes, o por medio de señas, o recurriendo a representaciones gráficas, como grandes cuadros, catecismos con imágenes coloreadas, como el de Fray Pedro de Gante, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, etc.; pero esta labor es lenta, y como el indio no aprende el español, los misioneros deciden aprender las lenguas indígenas. Y de este modo es como aquellos misioneros se dedicaron a estudiar las lenguas amerindias, dejando escritos innumerables vocabularios y gramáticas de ellas,



TINO GATAGAN

además de catecismos, confesionales, doctrinas cristianas, etc.

A medida que la conquista avanzaba, aparecían nuevas lenguas, y esta situación desesperaba a los misioneros, que se encontraban ante dos problemas: por un lado, el de la enseñanza del español, debido tanto al desinterés de los indios por aprenderlo —no comprendían por qué ni para qué debían aprenderlo, y si llegaban a saberlo, ¿cuándo y con quién lo iban a utilizar?: su comunicación diaria se realizaba con los miembros de su etnia, rara vez con españoles, que, por otra parte, no eran muy numerosos— como a la dificultad de su enseñanza y aprendizaje: estructuras lingüísticas diferentes y mundos en nada parecidos que expresar a través de ellas. Ante estas dificultades, deciden enseñar a los naturales de las nuevas regiones americanas que se iban descubriendo las lenguas indígenas que creyeron estaban más extendidas: el quechua, el náhuatl, el chibcha y el tupí-guaraní. A estas lenguas se les dio el nombre de «lenguas generales».

Percibir y aprender las voces

Pero no sólo fueron los misioneros los que se interesaron por las lenguas indígenas de los nuevos territorios: muchos conquistadores se esforzaron por aprenderlas y por poder expresarse en ellas. Valga como ejemplo lo que dice el cronista Fernández Piedrahíta, mestizo colombiano, cuando escribe: «y así procuraban con todo desvelo enterarse en aquel idioma extraño a todas las naciones (...). Mas tanta fue su aplicación a percibir y aprender las voces, que llegaban a hacerles preguntas, que entendían los indios, de lo que deseaban saber».

La postura de la corona fue variable, aunque, en general, propicia a la enseñanza del español sin apresuramiento ni obligación inmediata. La real cédula del 15 de julio de 1573, firmada por Felipe II, resume lo que fue hasta entonces la opinión de los reyes: «No parece conveniente apremiarlos a que dejen su lengua natural, mas se podrán poner maestros para los que voluntariamente qui-

sieren aprender la castellana, y se dé orden cómo se haga guardar lo que está mandado en no proveer los curatos sino a quien sepa la lengua de los indios».

Y aún hay un hecho importante: los estudios universitarios se inician en Hispanoamérica en 1538; en esa fecha, Santo Domingo ya tenía dos universidades. El emperador Carlos I, en septiembre de 1551, recomienda la creación de universidades y estudios generales: «conviene que nuestros vassallos, súbditos y naturales tengan en ello [en los reinos de América] Universidades y estudios generales donde sean instruidos y graduados en todas ciencias y facultades»; por eso, «criamos, fundamos y constituimos en la Ciudad de Lima de los Reynos de el Perú y en la Ciudad de México de la Nueva España Universidades y Estudios Generales». En la época colonial hubo un total de 30 universidades; los alumnos eran tanto españoles como indios; en ellas se enseñaban tanto las artes liberales como la medicina, además del latín, que era la lengua de la enseñanza; y muy pronto se crearon cátedras de las lenguas indígenas: ya una real cédula de septiembre de 1580 dispone que «en las universidades de Lima y México haya una cátedra de la lengua general (...). Y que en todas partes donde hay audiencias y chancillerías se instituyan de nuevo y den por oposición».

En este tono transcurrieron lustros hasta el reinado de Carlos III, quien, influido por el arzobispo de Méjico Francisco Antonio Lorenzana, amigo personal del rey y típico exponente del despotismo ilustrado, promulga el 16 de abril de 1770 una lamentablemente famosa real cédula «disponiendo que desde luego se pongan en práctica y observen los medios que van expresados y ha propuesto el (...) Arzobispo de México, para que de una vez se llegue a conseguir el que se extingan los diferentes idiomas de que se usa en los mismos Dominios, y sólo se hable el Castellano». Propone dotar de maestros aquellos territorios para que enseñen nuestra lengua, pero esto era materialmente imposible: piénsese que en 1650 había en la ciudad de Méjico unos 8.000 vecinos españoles y en su jurisdicción más de dos millones de indios. No sólo no había maestros, sino tampoco españoles suficientes para enseñar la lengua europea en tan inmensos territorios.

Y ¿cuál fue la postura de la Iglesia ante el problema lingüístico? Esta, lógicamente, se convirtió desde el principio en la abanderada de los derechos humanos de los indios. Cuando hacia 1517 empezó a circular por Santo Domingo la idea de la falta de racionalidad de los indígenas americanos, los religiosos protestaron enérgicamente. A partir de 1537, el Papa Paulo III expidió cuatro documentos «de perpetua vigencia» que consagraron los principios sostenidos por Bartolomé de las Casas y por Francisco de Vi-

toria. En lo que se refiere a la lengua que se debía emplear en la evangelización de América, tanto Roma como los sínodos y concilios provinciales que se celebran en América se inclinan, en general, por la utilización de la lengua indígena y recomiendan reiteradamente que los religiosos la aprendan. Por ejemplo, el arzobispo de Bogotá, Zapata de Cárdenas, comunica al rey en una carta del 12 de febrero de 1577: «Y para irles a la mano y atraerlos por buenos medios he procurado el mejor medio para ello, y ninguno he hallado tal como es que en sus propias lenguas se les predique y declare el Santo Evangelio. Digo en sus propias lenguas, porque en este Reino, en cada valle o provincia, hay su lengua diferente una de otra, y no es como en el Perú y Nueva España, que aunque son diferentes en las lenguas, tienen una lengua general que se usa en toda la tierra».

Muy pronto comenzó la comunicación con los naturales utilizando como vehículo las lenguas amerindias.

En general, las circunstancias que se daban en el Nuevo Continente no eran muy propicias, como vemos, para la expansión del español: el aprendizaje de las lenguas indígenas por parte de los misioneros, la expansión y enseñanza de las lenguas generales y la evangelización por medio de ellas, la enseñanza del latín en algunos casos, son claros exponentes del fomento de instrumentos lingüísticos no españoles; también se enseñaba nuestra lengua, aunque no con la intensidad ni la amplitud de las otras.

Si todas las circunstancias mencionadas anteriormente no propiciaban la propagación del español, ¿cómo se pudo llegar al resultado actual de que casi toda Hispanoamérica lo hable? El proceso de hispanización se llevó a cabo merced al mestizaje, que se inició el mismo día del descubrimiento, primero en las Antillas, luego en el Continente, y aún hoy continúa, expandiendo el español a la par que la mezcla de sangres.

De esta extraordinaria aventura lingüística, que no se había repetido desde la romanización de parte de Europa, y mayor aún que ésta, son testimonio los 129 documentos que Francisco de Solano recoge en el libro que hoy nos ocupa. Estos van desde 1492, cuando Las Casas describe cómo se entendía Colón por señas con los primeros naturales que encontró, hasta 1806, fecha en que ve la luz un auto de la Audiencia de Guatemala sobre el establecimiento y sostén de escuelas en los pueblos del distrito y sobre la gran importancia y utilidad de que los indios hablen y escriban en español. Esta rica recopilación documental recoge toda la casuística lingüística que se planteó a lo largo de casi cinco siglos: la comunicación por señas, el aprendizaje de las lenguas indígenas por parte de los españoles, la creación de las lenguas generales, los problemas de la enseñanza del español, la dificultad de verter en las lenguas amerindias los principios de la fe católica, etcétera.

Pero no son sólo documentos: el importante estudio, de 90 páginas, de Francisco de Solano engarza, da forma a todo este material y permite ver con meridiana claridad la complicada trayectoria lingüística de Hispanoamérica. □

En el próximo número

Artículos de José María Valverde, Pedro Laín Entralgo, I. Fernández de la Cuesta, Francisco Rico, José-Carlos Mainer, Juan José Martín González y José María Mato.

RESUMEN

Una recopilación de documentos sobre política lingüística en Hispanoamérica le permite al profesor Quilis recrear esa extraordinaria aventura lingüística que supuso la hispanización, proceso que se llevó a cabo merced al mestizaje y que se inició desde el primer

día del descubrimiento de América, desde ese primer viaje que realizó Colón llevando a bordo dos intérpretes, dando por supuesto que iba a encontrarse con lenguas extrañas y que iba a ser necesario entenderse con las gentes que allí se encontrara.

Francisco de Solano (ed.)

Documentos sobre política lingüística en Hispanoamérica (1492-1800)

Centro de Estudios del CSIC, Madrid, 1991 [1992], XC+294 páginas. 5.500 pesetas.

Algo más de Kierkegaard

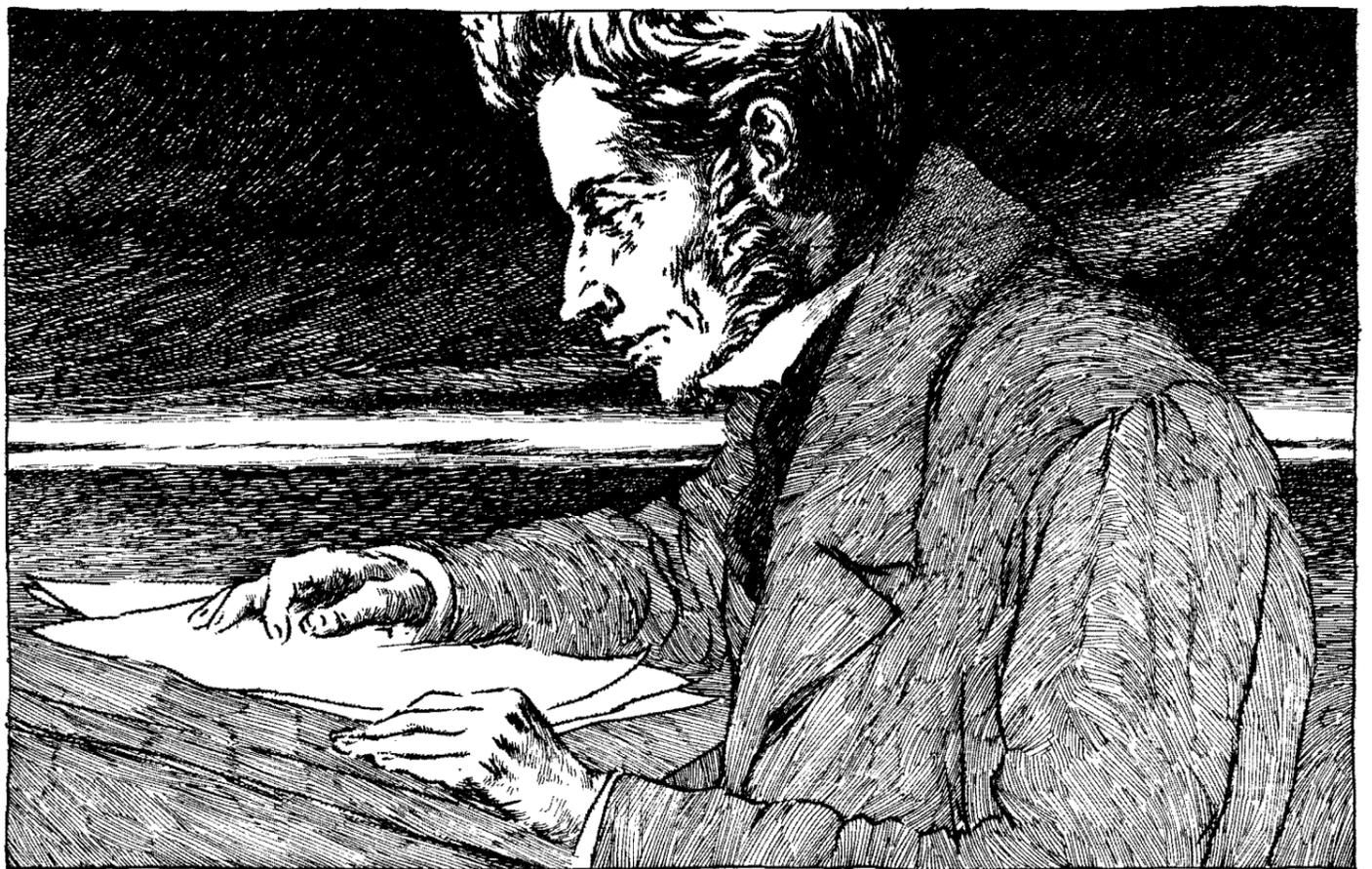
Por José María Valverde

José María Valverde (Valencia de Alcántara, Cáceres, 1926) ha sido catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona, además de ensayista, poeta y traductor de Rilke, Eliot y Joyce, entre otros. Ha escrito con Martín de Riquer una Historia de la Literatura Universal, y es autor, entre otras obras, de Poesías reunidas (1945-1990) y Vida y muerte de las ideas.

La publicación de este *Diario íntimo* es un paso más en el difícil proceso de hacer accesible a Kierkegaard en nuestra lengua. Ciertamente, ese proceso no ha sido fácil en ninguna lengua —ni aun en la suya, si a eso vamos—: en su país y su tiempo, salvo cierto revuelo producido por su anónimo *O esto o aquello*, luego sus restantes libros, pagados de su bolsillo, cayeron casi en el vacío. Pedro, el hermano obispo de Sören Kierkegaard, cuando murió éste no podía tener mucho interés en difundir su obra, que ponía en cuestión la institución eclesial, pero —como se explica en la nota editorial dada aquí— encargó la preparación de este *Diario* al pastor Barfod, que cortó y censuró el texto.

La primera edición (1869-1881) no era, pues, muy válida, y entre 1909 y 1938 se preparó otra en 19 volúmenes —7.000 textos, de cerca de una página, por término medio—. Así pues, el *Diario* no pudo figurar en primer plano cuando, a fin de siglo, la obra de Kierkegaard encontró un ardiente propagandista fuera de su país, el que firmaba como «Georg Brandes», el danés ateo, bilingüe en alemán, que curiosamente se puso a difundir a la vez con entusiasmo a su compatriota y a Nietzsche, éste todavía en vísperas de su hundimiento mental —o sea, al gran cristiano y al «Anticristo»—. Desde ahí fue irradiando Kierkegaard. En inglés encontraría excelentes intérpretes y biógrafos, recogidos en la edición Princeton; del *Diario* aquí representado se haría una gran versión completa (por H. V. y E. H. Hong, Indiana University Press, 1967) en seis gruesos volúmenes, dos de ellos de textos autobiográficos y los otros ordenados alfabéticamente por temas, cosa muy cómoda, aunque quite el sabor de la sucesión en el tiempo.

En nuestra lengua, yo no estoy seguro de conocer por entero la historia editorial



FRANCISCO SOLÉ

de Kierkegaard: como es sabido, Unamuno aludió a menudo a su «hermano Kierkegaard», a quien había descubierto a través del *Brandt* de Ibsen, para cuya mejor lectura aprendió el danés —en su biblioteca de Salamanca se conservan, anotados y acotados, los 14 volúmenes de las *Samlede Vaerker* (1901-1906) de Kierkegaard, que no incluían el *Diario*—. Pero eso no pasó de un eco más apasionado que informativo.

Luego me consta que, antes de la guerra, «Revista de Occidente» publicó *El concepto de la angustia*, una decisión poco estratégica, acaso estimulada por el morbo de la palabra «angustia» cuando se empezaba a hablar de existencialismo. De hecho, «angustia», como a menudo, era ahí una mala traducción: «Angest», en alemán «Angst», no es tanto «an-

gustia» cuanto «miedo» o «temor» (*The concept of dread* se ha titulado ese libro en inglés): el término de referencia paulina «temor y temblor», que da título a otro libro de Kierkegaard.

En la postguerra española parece que había más interés en refutar a SK que en leerle: se publicó *La joroba de Kierkegaard*, del conservador Theodor Haecker, cuando prácticamente no había nada que leer de aquel jorobado. (SK tuvo de niño una caída que le dejó torcida la columna vertebral, lo cual, además de someterle a molestias crónicas, dio lugar a que no se le equilibraran fácilmente los pantalones, pese a toda su elegancia habitual, y ello se convirtió en tema de burla para el semanario *El Corsario* y para la masa ignorante, incluidos los golfillos de Copenhague.)

En 1955, el benemérito editor argentino Santiago Rueda publicó este *Diario íntimo* que hoy reaparece oportunamente en la presente edición: fuimos entonces muy pocos los que en España tuvimos la suerte de encontrarlo. Se trataba —como se explica en la nota editorial previa— de una selección hecha a partir de la versión italiana del franciscano Cornelio Fabro (1948-51), pulcramente retraducida a nuestra lengua por María Angélica Bosco.

En 1959, paradójicamente, Aguilar publicaría el librito póstumo *Mi punto de vista sobre mi obra*, clave de una obra inexistente

entonces en las librerías. Luego, en los años sesenta, Manuel Sanmiguel, en Ediciones Guadarrama, se lanzó a publicar una serie de obras de SK, contando con un admirable traductor directo, Demetrio Gutiérrez Rivero, capaz también de poner excelentes prólogos a sus versiones. Pero el proyecto quedó abandonado al cabo de diez volúmenes —sin duda por dificultades materiales—: además, la selección no se había iniciado dando siempre prioridad a lo más importante, con lo que nos quedamos sin libros decisivos, como hubiera sido el capital *Post-scriptum conclusivo no-científico a las «Migajas filosóficas»*. Diversas editoriales han ido reimprimiendo algunos de esos tomitos: yo mismo he prologado cierta edición del *Diario de un seductor*, advirtiendo al lector que ese texto, sacado de su contexto, es el reverso de Kierkegaard, que lo había situado en el lado «malo», el lado estético, de *O esto, o aquello*.

En tal situación, pues, hay que celebrar la aparición de este volumen, prácticamente inédito, y con el valor añadido de una introducción de José Luis Aranguren —que fue el primero en España en hablar a fondo de Kierkegaard en su *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*—: una introducción intensa, aguda, que nos deja el deseo de que se extendiera más —y aun de que se comprometiera, o no, más explícita-



En este número

Artículos de			
José María Valverde	1-2	José-Carlos Mainer	8-9
Pedro Laín Entralgo	3	J. J. Martín González	10-11
I. Fernández de la Cuesta	4-5	José María Mato	12
Francisco Rico	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Algo más de Kierkegaard

mente con su prologado-. En todo caso, me parece que Aranguren entiende -como yo- que el *Diario* queda como la principal obra de Kierkegaard, aunque su volumen haga difícil disponer de ella entera y recorrerla. Es una de esas grandes acumulaciones de notas no pensadas para imprimir en vida que tienen un papel tan peculiar en la cultura moderna -pienso, por ejemplo, en el *Zibaldone*, de Leopardi, o en los fascinantes *Cahiers* de Valéry, 26.000 páginas de cuadernos de las que la «Pléiade» ha dado la décima parte.

El título *Diario íntimo*, en todo caso, no procede de Cornelio Fabro, quien, en su selección, fue notablemente parco en incluir notas y recuerdos personales -en concreto, sobre Regine, la prometida a que renunció SK, y sobre su padre-, y eso que en la edición Hong lo autobiográfico ocupa dos de sus seis volúmenes. La segunda selección de M. A. Bosco mantiene, si es que no acentúa, esa austeridad elusiva de todo lo anecdótico; el *Diario* es «íntimo» en un sentido espiritual, orientado hacia lo religioso, lo específicamente cristiano.

La «cuestión Kierkegaard»

Cabe preguntarse: ¿es este *Diario*, en la presente selección o en otra forma más amplia, el acceso mejor al pensamiento de Kierkegaard? Creo que Aranguren y yo estamos de acuerdo en que sí, pero tal pregunta nos echa encima, de golpe, toda la «cuestión Kierkegaard»: él se sabía destinado al malentendido, en cuanto que su misión era «llamar la atención hacia el Cristianismo... (que) se ha desvanecido tanto en el mundo, que ante todo hay que hacerse un concepto exacto de él». Pero el Cristianismo implica un dilema absoluto, «o esto, o aquello»; una alternativa ineludible entre un «Sí» total y un «No» total, ante la cual lo corriente es escurrir el bulto, falsificando conciliatoriamente la cuestión, en lo que fue maestro Hegel: «Hegel... alteró el Cristianismo, y así logró ponerlo de acuerdo con su filosofía. En general, es característico de una época racio-

nalista no dejar intacta la cuestión y decir «No», sino alterar la cuestión y decir «Sí, claro, estamos de acuerdo». La hipocresía de la razón es infinitamente traicionera». Por eso pudo profetizar: «Los profesores sacarán provecho de mí, quizá con la advertencia: «Su peculiaridad es que no puede ser enseñado»».

Kierkegaard, con esa misión, quiso empezar -bajo su idea de la «comunicación indirecta»- «seduciendo» a los hombres antes de asestarles la «puñalada por la espalda» de aquel dilema radical. A eso responde la creación de sus «seudónimos», esos personajes a medio caracterizar que firman sus libros -no los *Discursos edificantes*-, y que al principio parecen tener más bien un valor «estético», esto es, sin compromiso; luego se van haciendo más «éticos», con aceptación de compromisos vitales -por ejemplo, el matrimonio-, y al fin llegan a «religiosos», con apertura a lo divino, e incluso en la «religiosidad B», la cristiana, trascendiendo en la fe lo ético -sacrificio de Abraham!- y lo intelectual -la fe es «la crucifixión del entendimiento»-. Con eso, el peligro está en que el lector, disfrutando de ese arranque «seductor», se quede en él y no quiera asomarse al borde del abismo, al que sólo el creyente se lanzará en el «salto mortal» de que ya hablara Jacobi contra los idealistas.

Y esta cuestión se complicó por los grandes malentendidos que propiciaba la vida de Kierkegaard, fácil pasto para cualquier aficionado al psicoanálisis. Como es sabido, su padre, hombre de piedad lúgubre, que no educó a Sören en el sentimiento de que Dios fuera sobre todo amor, le hizo, al fin de su vida, dos sucesivas confesiones que fueron sendos «terremotos» para el hijo: la primera, que él, viudo, había violado a la que entonces era una sirvienta-parienta que, casada luego con él, sería madre de Sören; la segunda, que siendo niño, pastorcillo hambriento, había blasfemado contra el Dios que le dejaba en tal miseria. (Pero, como por sutil venganza divina, llegaría a ser muy rico, pudiendo abandonar tempranamente los negocios.) Tras de tales confesiones, moriría en pleno entendimiento con su hijo.

Pero además, y esto es más sabido aún, Kierkegaard rompió con su prometida, pero intentó consolarla haciéndola creer que era un libertino, porque no sabía si ella entendería lo religioso en su decisión: decisión no tan movida, según escribió alguna vez, por no querer transmitirle las confesiones de su padre, ni echarle encima su «melancolía», su «aguijón en la carne», esto es, su obsesión religiosa, cuanto por el haberse dado cuenta que sería monstruoso conseguir la felicidad en el mundo, como respetado párroco luterano y marido y padre de familia, basándose en que dos mil años antes colgaron a un hombre de una cruz. Ese amor, sin embargo, no se borraría tras la renuncia, ni aun cuando vio que ella se consolaba tal como él había previsto.

Con todo eso, nada más fácil que reducir ese empeño de fe cristiana a una cuestión de «análisis profundo» o, en general, tomar a Kierkegaard simplemente como irracionalista, existencialista, o lo que se quiera, con tal de no reconocer sentido en lo que él insistía que era lo único que le interesaba de veras: ser cristiano, algo que, por hipótesis, no podía valer para la mayoría de los que se han ocupado de él -por ejemplo, Adorno-, pero que les provocó a buscar algo que explicara el interés por él.

La «última palabra»

Insistimos: de las tres grandes partes de la obra kierkegaardiana -los libros seudó-

nimos, los «discursos edificantes» y el diario o «papeles»-, esta última es, en efecto, la «última palabra» de su autor, iniciada antes de aquellos libros y mantenida cuando abandona éstos para entregarse sólo a la batalla contra la Iglesia oficial -batalla en que muere precisamente al terminar de gastar la herencia que le permitió publicarse a sus propias expensas-. Sus libros, en efecto, van formando una escalera, cada vez con menos disfraz en sus seudónimos: ya en su *Post-scriptum...* firma como Johannes Climacus, «Juan de la Escalera», un monje antiguo, para hablar como quien sabe muy bien lo que es ser cristiano, pero no se compromete a serlo; luego pasa a ser «Anti-Climacus», el que acepta que la palabra sólo vale si se «reduplica» con el compromiso total de la vida.

Pero aunque no se quiera aceptar el dilema del «Sí» o el «No» ante la fe cristiana, limitándose a una lectura «estética», no cabe menos de sentirse seducido por la agudeza de un escritor capaz de aforismos como éstos: «La ironía es un desarrollo anormal que, como el hígado de las ocas de Estrasburgo, acaba por matar al individuo» (pág. 58); «Me gustaría fundar una orden del Silencio, como la orden de la Trapa, no con fines religiosos, sino estéticos, para acabar de una vez por todas con estas habladurías» (pág. 68) -en otro lugar sugiere «un año sabático del lenguaje»-; «se diría que el lenguaje ha sido dado a los hombres no para ocultar los pensamientos (según afirma Talleyrand...), sino para ocultar la falta de pensamientos» (pág. 107)...

RESUMEN

La reciente publicación en España del *Diario íntimo de Kierkegaard* le da pretexto a José María Valverde para echar una vista atrás y repasar la trayectoria editorial española de las obras del pensador danés, aquellas por las que Unamuno

aprendiera danés. El apasionamiento de Unamuno apenas encontró eco, de ahí la importancia y la oportunidad de la edición de su diario, en donde, a juicio de Valverde y también del prologuista, Aranguren, se halla lo mejor de Kierkegaard.

Sören Kierkegaard

Diario íntimo

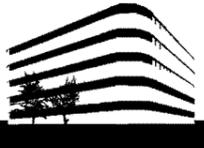
Planeta, Barcelona, 1993, 452 páginas. 1.200 pesetas.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER

Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Algo más de Kierkegaard», por José María Valverde, sobre <i>Diario íntimo</i> , de Sören Kierkegaard	1-2
«Medicina y razón científica», por Pedro Laín Entralgo, sobre <i>La corona de las ciencias naturales. La medicina en el tránsito del siglo XVIII al XIX</i> , de Elvira Arquiola y Luis Montiel	3
«El Padre Soler, un músico excelso», por Ismael Fernández de la Cuesta, sobre <i>Villancicos (1720-1783)</i> , del Padre Antonio Soler	4-5
«Los caminos de Petrarca», por Francisco Rico, sobre <i>Letters of Old Age</i> , de Francis Petrarch	6-7
«Para la historia del nacionalismo español», por José-Carlos Mainer, sobre <i>El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira</i> , de G. J. G. Cheyne (ed.)	8-9
«Madrid y el arte cortesano», por Juan José Martín González, sobre <i>Giovan Domenico Olivieri y el Taller de Escultura del Palacio Real</i> , de M. ^a Luisa Tárraga Baldó	10-11
«Comprender la vida desde la química», por José María Mato, sobre <i>Pasión por las enzimas</i> , de Arthur Kornberg	12

Medicina y razón científica

Por Pedro Laín Entralgo

Pedro Laín Entralgo (Urrea de Gaén, Teruel, 1908) es catedrático emérito de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense y autor de varios libros consagrados a la disciplina de la que fue titular y a diversos temas de carácter antropológico. Es también miembro del Colegio Libre de Eméritos y de la Real Academia Española, de la de Medicina y de la de Historia.

A lo largo de varios decenios, algunos españoles de buen ánimo nos hemos propuesto llevar a cabo un empeño tan modesto como ambicioso: cultivar una disciplina, la Historia de la Medicina, a la altura que la historiografía médica había alcanzado en los países de vanguardia del mundo occidental. Sin la menor jactancia puede hoy decirse que hemos logrado nuestro propósito; la simple mención de una docena de nombres lo demostraría con evidencia. Entre ellos están, muy calificadamente, los autores del libro que comento, y muy pronto podrán advertirlo cuantos inicien su lectura y sepan compararlo con las más conspicuas de las monografías histórico-médicas que hoy se publican.

No siendo escasa ni endeble la bibliografía pertinente al tema, faltaba un estudio global, a la vez riguroso y esclarecedor, de uno de los momentos más decisivos en la historia del saber y el quehacer del médico; ese en el cual, sobre la base del pensamiento científico y filosófico entonces vigente, se dieron los primeros pasos para la construcción de una teoría de la medicina fiel a su tiempo y capaz de responder a la doble y complementaria exigencia de la experiencia y la razón.

Cuenta Claudio Bernard que cuando Napoleón quiso reorganizar el estatuto de las Academias parisienses, entre ellas la de Ciencias, solicitó el dictamen del primer mandarín del saber científico en aquella Francia, el astrónomo Laplace, y éste propuso que de la Academia renovada formarían parte algunos médicos. La idea contrarió a varios genuinos hombres de ciencia, porque consideraban que la Medicina era todavía, y acaso sería siempre, un saber meramente empírico y conjetural, en modo alguno merecedor del sublime nombre de «ciencia». Y al preguntar Napoleón a Laplace por qué le había elevado su propuesta, el gran sabio le respondió: «Sire, c'est à fin qu'ils [los médicos] se trouvent avec les savants».

Razón y sinrazón

Este libro esclarece con suma nitidez la razón y la sinrazón de aquellos prepotentes y disgustados sabios. Alguna razón tenían, en efecto, porque la Medicina, pese a la obra todavía reciente de Boerhaave, Stahl, Morgagni y otros, saber empírico y conjetural seguía siendo, y muy bien lo sabían y decían por entonces los médicos más ambiciosos y perspicaces. Léase como muestra elocuente el texto en que Bichat expuso su opinión sobre la patología anterior a la que entonces era su más personal tarea: «La Medicina ha sido rechazada durante muchos años del seno de las ciencias exactas. Tendrá derecho, no obstante, a hermanarse con ellas, por lo menos en lo tocante al diagnóstico de las enfermedades, cuando a la observación rigurosa del enfermo se haya unido el examen de las alteraciones que experimentan sus órganos»; es decir, cuando los médicos sepan referir con precisión los datos ofrecidos por la exploración clínica a las lesiones anatómicas



MARISOL CALÉS

que los determinan. Eran a la vez injustos, porque desconocían o menospreciaban los valiosos esfuerzos que en Francia, Alemania e Inglaterra no pocos estaban consagrando a la edificación de una teoría y una práctica de Medicina real y verdaderamente científicas. Siendo Boerhaave tan capaz e innovador, el rostro de su patología general seguía siendo galénico. Sólo a partir de la época que con tanto acierto han estudiado Elvira Arquiola y Luis Montiel, sólo desde entonces comenzará a existir una patología general —por tanto, una teoría de la enfermedad— acorde con lo que la ciencia y la filosofía de la época enseñaban.

Especialmente valiosa encuentro la magnífica visión que de las dos grandes escuelas de la medicina francesa de la época, la de Montpellier y la de París, nos ofrece Elvira Arquiola; aquélla, con su valiosa síntesis entre la mentalidad hipocrática y la antropología vitalista de la segunda mitad del siglo XVIII, ésta con la tan fecunda introducción de tres nuevas líneas metodológicas en el conocimiento científico de la enfermedad: el método analítico (la aplicación del pensamiento de Condillac al estudio de la realidad del cuerpo enfermo y, más ampliamente, de cualquier cuadro sintomático), el método anatomoclínico (la incipiente aplicación a la clínica de los postulados epistemológicos de Bichat) y el método numérico (la también incipiente elaboración de una estadística médica, a la sombra del cálculo de probabilidades de Laplace). Sin estas tres importantes novedades, muy especialmente la segunda y la tercera, no hubiera sido posible buena parte del saber médico actual.

Otro tanto debe decirse del amplio estudio, tan original e innovador, que Luis Montiel ha dedicado a la medicina alemana de los últimos lustros del siglo XVIII y la

primera mitad del XIX. Desde que Hirschfeld, en 1930, y Leibbrand, unos años más tarde, descubrieron el riquísimo filón impreso de la llamada «medicina romántica» —la considerable cantidad de autores y libros que se lanzaron a teorizar sobre la enfermedad desde la filosofía de Hegel y Schelling, de éste sobre todo—, la comparación entre lo que entonces hacían los médicos franceses e ingleses y desde 1840 iban a hacer los médicos alemanes —la elaboración de un saber médico epistemológica y metódicamente basado en las ciencias de la Naturaleza— movió a considerar ese modo de entender la Medicina como el producto mental de una cavilación de gabinete, más o menos filosófica, acerca de la cosmología y la antropología de la enfermedad humana. «Continuada orgía de especulación filosófica», llamó a la medicina romántica el historiador Sigerist, tan inteligente y tan bien documentado, pero con un deficiente conocimiento del contenido de esa balumba bibliográfica. Con la misma deficiencia, pero con mayor voluntad de salvación, yo creí ver y sigo viendo en ella la formulación especulativa de algunos de los conceptos que pronto iban a dar fundamento a las ciencias de la Naturaleza en la Alemania ulterior a 1840 y a la ciencia médica

RESUMEN

El libro aquí reseñado estudia con rigor intelectual y amplia documentación cómo en la Francia y la Alemania de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, con mentalidad distinta en una y otra, los médicos de vanguar-

sobre ellas basada. Esto, sin embargo, no era suficiente. Con minucioso saber y penetrante reflexión, Montiel ha sacado a la luz todo lo realmente valioso y no meramente especulativo, en el mal sentido de esta palabra, que yacía intacto en el seno de aquella espesa selva bibliográfica. Por vez primera ha sabido cumplir, frente a sus autores, el precepto que desde la antigua Roma viene siendo la esencia del derecho: «suum cuique tribuere». Desde sus tumbas, Kieser, Reil y sus comilitones le estarán diciendo su agradecimiento.

Correcta formación intelectual

Durante mis cincuenta años largos de docente de Historia de la Medicina, he venido afirmando y tratando de demostrar, no sé con qué éxito, que esa disciplina debe ante todo servir a la correcta formación intelectual del médico y, en segundo término, a la edificación de la «historia total» a que los historiadores generales deben aspirar. Un análisis minucioso de lo que la enfermedad, el saber médico y la asistencia al enfermo fueron en el París napoleónico, valga tal ejemplo, siempre presentará al historiador general una pequeña fracción de lo que la vida y la cultura parisienses fueron en su conjunto, e incluso un particular punto de vista para entender este conjunto en su integridad. Pero, obviamente, mucho más útil será para el médico que de veras quiera conocer la génesis y la estructura de su saber diagnóstico, muy especialmente el relativo a las enfermedades torácicas. Pienso, pues, que el destino de este libro debe consistir no sólo en la lectura y la favorable estimación de los historiadores de la Medicina, mas también, acaso sobre todo, en la lectura y la reflexión de cuantos médicos quieran entender con ambición intelectual el ejercicio de su profesión; con palabras más técnicas, en la lectura y la reflexión de cuantos siguen pensando que su formación científica debe descansar sobre la disciplina tradicionalmente llamada Patología general.

Sin Patología general, sin una concepción científicamente rigurosa de lo que realmente es la enfermedad y los modos en que genéricamente se manifiesta, la Medicina no pasará de ser una posesión más o menos amplia y suficiente de las técnicas que permiten diagnosticar y tratar las distintas especies morbosas, una úlcera de estómago o una estrechez mitral; muchas veces —en principio, tantas cuantas la afección del paciente sea algo más que la reacción de su organismo a la lesión o al desorden orgánico que las técnicas detectan—, en detrimento del buen diagnóstico y el buen tratamiento. Y puesto que este libro muestra cómo el pensamiento patológico-general empezó a constituirse con rigurosa pretensión científica y moderna, sus destinatarios deben ser, lo repetiré, tanto los historiadores de la medicina, de la ciencia y generales, como los médicos que quieran entender a fondo lo que profesionalmente deben hacer.

dia se esfuerzan por construir una concepción de la enfermedad merecedora de ser llamada «científica». Sin ese antecedente, piensa Laín Entralgo, no sería comprensible la espléndida medicina de los siglos XIX y XX.

Elvira Arquiola y Luis Montiel

La corona de las ciencias naturales. La medicina en el tránsito del siglo XVIII al XIX

C.S.I.C., Madrid, 1993. 394 páginas. 4.369 pesetas.

El Padre Soler, un músico excelso

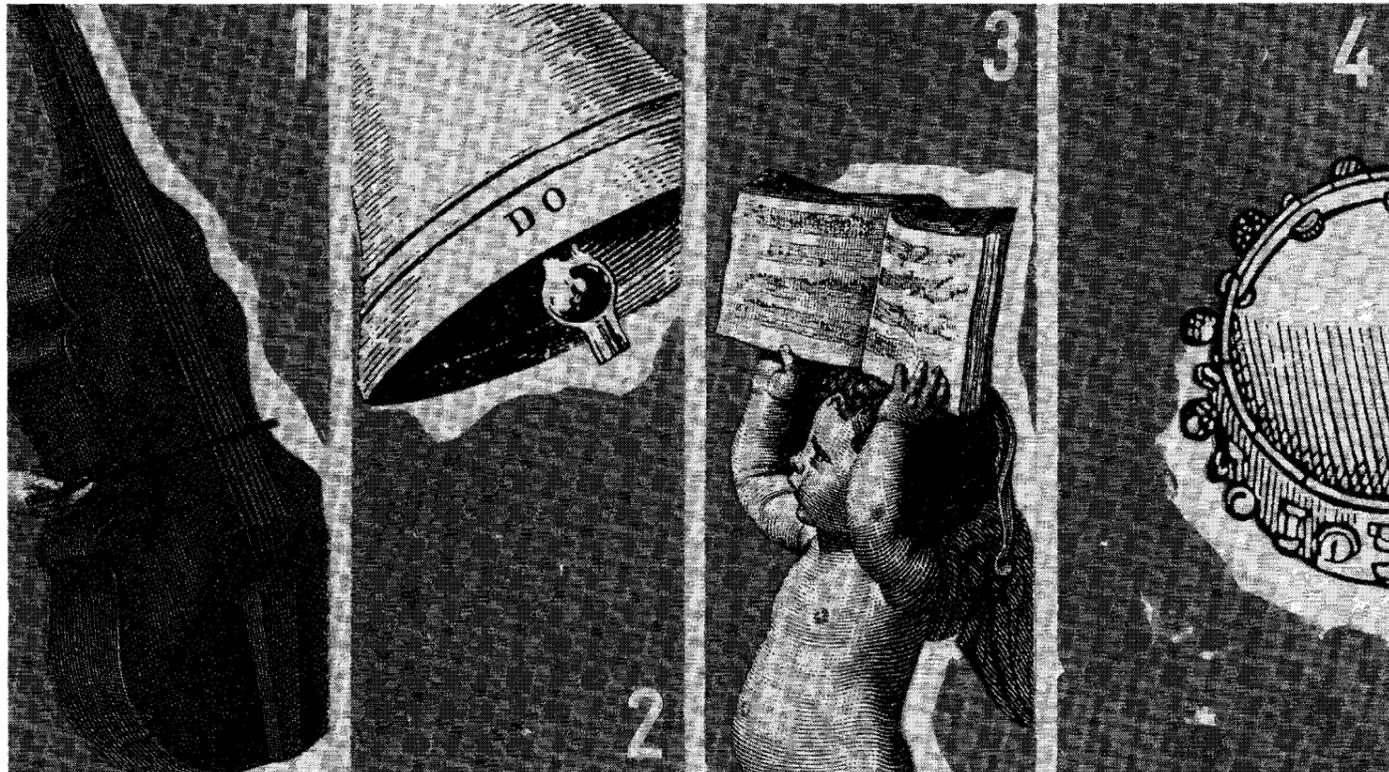
Por Ismael Fernández de la Cuesta

Ismael Fernández de la Cuesta (Neila, Burgos, 1939) es musicólogo medievalista, autor de una docena de libros y cuantiosas monografías. Catedrático del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, es presidente de la Sociedad de Musicología. Como intérprete y director ha sido galardonado con el Premio Charles Cros (París, 1972) y con el Disco de Oro del Japón (Tokyo, 1974), respectivamente, por sus grabaciones discográficas sobre el Códice Calixtino y la Hebdomada Sancta, de Tomás Luis de Victoria.

Puede parecer extraño que en estas líneas me empeñe en recomendar leer una obra musical, en este caso los 125 villancicos catalogados del Padre Soler. Pero de esto se trata. A menudo se dice que los músicos somos poco lectores. La escritura musical nació mucho más tarde que la gráfica literaria. (Me refiero a la que hoy reconocemos como tal, pues no sabemos si ciertos ideogramas antiquísimos tienen que ver algo con la música.) Los neumas que han dado origen a nuestras notas y pentagramas actuales llegaron de la mano de la bellísima minúscula visigótica y de la no menos bella y clara letra carolina, las que han dado naturaleza y forma a los caracteres que usamos hoy. Pero la historia del libro sería muy otra si no hubieran existido códices musicales. Los antifonarios, cantorios, graduales, troparios, prosarios son, después de la Biblia, los libros que ocupaban el puesto de honor en los plúteos de los «armaria» medievales. Entonces sí, los músicos eran los que sabían leer, mientras el común de los mortales era analfabeto. Por eso, al músico le parece incomprensible que el hombre culto de hoy, en su mayoría, no sepa leer música. El «analfabetismo musical» es una gran limitación, aunque la sociedad se las ha agenciado para superar brillantemente tal carencia otorgando al músico la función vicaria de leer, en conciertos o en grabaciones discográficas, por quienes no saben o no pueden hacer determinadas lecturas. Y es cierto que una obra musical, por ser «quid fluens», no es tal en la partitura sino en su sonido efímero, perecedero. Ocurre lo contrario en una obra pictórica o plástica en general, a saber, que es pintura y arte permanente en el propio cuadro, no siendo preciso intermediario alguno para captar sus colores: basta aplicar la vista.

Las sonatas y quintetos han hecho del Padre Soler uno de los músicos más excelso de la historia de la música española. Sin embargo, estas obras del gran monje jerónimo son una parte relativamente pequeña —no digo menos importante— de su producción musical guardada hoy en el Archivo del Monasterio del Escorial. Queda por descubrir al gran público, según el *Catálogo Crítico* de Samuel Rubio (Cuenca, 1980), su obra vocal que es muy grande: música litúrgica en latín (sobre la que está trabajando actualmente José Sierra) y villancicos en castellano, amén de alguna música para teatro propiamente dicho. La Sociedad Española de Musicología, en colaboración con la Comunidad de Madrid, ha emprendido la edición integral de los Villancicos del Padre Soler transcritos y revisados por el joven musicólogo Paulino Capdepón Verdú, en doce volúmenes, de los que acaba de hacerse una primera entrega de cuatro.

El villancico es un género literario musical netamente hispánico. La sociedad de los siglos XVII y XVIII le concedió extraordinaria importancia. Salvadas ciertas diferencias, el villancico puede considerarse, durante estos siglos, paralelo de la tonadilla. Allí donde no había corte real ni palacios



ARTURO REQUEJO

de nobles con sus salas de teatro, permanentes o circunstanciales, había al menos iglesias donde ciertos días más solemnes, principalmente Navidad, Corpus Christi y las fiestas patronales, se cantaban y representaban villancicos. Las iglesias parroquiales y los conventos pequeños cantaban cantos más sencillos. Las colegiadas, grandes monasterios y catedrales empleaban todos los recursos musicales a su alcance para que los días señalados se interpretasen obras de gran envergadura. Una de las cargas más pesadas que asumían los maestros de capilla al incorporarse al cabildo de estos importantes centros eclesiásticos era la de componer entre ocho y diez villancicos al año, so pena de ver mermada su ración o prebenda. Así es que no era normal que un mismo villancico se repitiera en años consecutivos. Los archivos catedralicios conservan hoy gran cantidad de ellos pertenecientes a los siglos XVII y XVIII. Eran, como es fácil colegir, obras musicales de circunstancia. No siempre se manifiesta en ellas la inspiración, profundidad y elaboración técnica que se advierte en otros cantos sagrados, aquéllos que, por pertenecer al repertorio litúrgico tradicional y poseer texto latino, son compostos como obras de larga vida para los oficios sagrados de las catedrales. Paul Laird, profesor de la Universidad de Denver, ha elaborado una base de datos con vistas a realizar el catálogo exhaustivo de villancicos de los siglos XVII y XVIII. Hasta el mes de agosto de 1992 había censados 5.600 «incipits», pero el trabajo no ha terminado todavía (Laird, «Los villancicos del siglo XVII en el Monasterio del Escorial» en *La música en el Monasterio del Escorial*, El Escorial, 1993).

Un cierto retraimiento

Los musicólogos han prestado poco interés, hasta hace relativamente pocos años, al estudio profundo y extenso de estos villancicos. El retraimiento de los investigadores para abordar un tema musical tan interesante tiene su origen y explicación, a mi juicio, en varios hechos. El primero de ellos es que los archivos de los grandes centros productores de villancicos no han dispuesto de catálogo musical hasta una época relativamente reciente. José Climent en Valen-

cia, el Padre Samuel Rubio en El Escorial y el Padre José López Calo en las catedrales castellano-leonesas, después de los trabajos pioneros de Higinio Anglés y de Miguel Querol, han dado informaciones muy precisas sobre sus fondos musicales. Mas una segunda circunstancia hacía impracticable el estudio y valoración artística de una producción tan enorme: la música de los villancicos no viene escrita en partituras completas, sino en papeles sueltos para cada voz. Estos papeles no ofrecen, por separado, la imagen sonora de la obra en general. Sin una concertación de las voces, o una transcripción sobre el papel, el musicólogo no puede valorar el grado técnico y artístico de la obra. Piezas largas y complejas, como son algunos villancicos del Padre Soler y de otros compositores, exigen un enojoso y delicado trabajo de transcripción. No obstante, las ediciones, todavía escasas, de villancicos sueltos o pequeñas colecciones realizadas principalmente por J. Climent (*Juan Bautista Comes: Obras en lengua romance*, Valencia, 1977-79), S. Rubio (*Padre Antonio Soler. Siete villancicos de Navidad. Forma del villancico polifónico desde el siglo XVI hasta el XVIII*, Cuenca, 1979), M. Querol (*Música barroca española*, vol. I, Barcelona, 1971) en España, y R. Stevenson (*Villancicos portugueses, autores varios*, Lisboa, 1976) en Portugal, han permitido hacer una primera aproximación al villancico de los siglos XVII y XVIII.

El breve y sustancioso estudio de Samuel Rubio (1979) sobre la «Forma del villancico polifónico», y los de Miguel Querol (*Villancicos polifónicos del siglo XVII*, Barcelona, 1982, y *Romances y letras a tres voces. Siglo XVIII*, Barcelona, 1956), López Calo (*Historia de la Música española*: 3. *Siglo XVII*, Madrid, 1983) y L. Siemens («Villancicos representados en el siglo XVII: el de Angeles y Pastores de Diego Durón (1692)», en *Revista de Musicología*, Madrid, 1987), dan una idea bastante exacta del villancico durante los siglos XVII y XVIII. Se advierte claramente que el villancico ha evolucionado considerablemente desde que aparecen los primeros ejemplos polifónicos en el siglo XV. A partir del siglo XVII toma carta de ciudadanía en la liturgia hasta el punto de convertirse en una pieza casi exclusivamente religiosa. Como consecuencia de ello sufre un cambio en su estructura: las

dos secciones tradicionales, estribillo y copla, van a ser en el futuro tres: tonada, responsión y coplas, designadas a veces como introducción, estribillo y coplas. Esta arquitectura ternaria propiciará una mayor envergadura musical y una escenografía autónoma en toda regla sustentada por la policoralidad y por la interpolación de diálogos de diversos personajes intervinientes dentro de cada sección, muy significativamente en las coplas. En efecto, como muy bien observa L. Siemens (1987) a propósito de un «Villancico de Navidad Representado y Cantado con chirimías entre Angeles y Pastores» escrito el año 1692 por Diego Durón y conservado en la catedral de Las Palmas, la teatralidad de los villancicos del siglo XVII consistía en la intervención eventual de personajes grotescos que cantaban gesticulando y desempeñaban papeles cómicos (similares al del «gracioso») en las coplas: el «gallego», el «asturiano», el «negro» o «guineo», el «vizcaíno», el «alemán», el «portugués», o bien personajes rurales de raíz pastoril como «Pascual», «Blas», «Antón», «Bartolo», etc. El Padre Soler hará intervenir también a estos personajes y muchos más, como gitanillas, zagalas, buhoneiros, etcétera.

Comedia «a lo divino»

El villancico deja, pues, de ser un elemento adventicio que se incrusta en una representación, como es el caso de los que aparecen, por ejemplo, en las *Farsas y Eglogas* de Lucas Fernández, y en otras comedias del siglo XVI, para convertirse él mismo, desde su condición musical, en una comedia. No es, evidentemente, una comedia en toda regla, al menos en lo que al texto literario se refiere, sino, todo lo más, una comedia «a lo divino».

El origen de esta costumbre barroca de cantar villancicos dentro de la liturgia lo atribuye el Padre Fray José de Sigüenza (1544-1606) a Fray Hernando de Talavera, monje jerónimo confesor de la Reina Isabel la Católica y primer Arzobispo de Granada. Cuenta en su *Historia de la Orden de San Jerónimo* (con palabras similares a la «Breve suma de la santa vida del reverendísimo y



Viene de la página anterior



bienaventurado don Fray Hernando de Talavera» citada por J. López Calo, 1983), que el monje arzobispo hacía cantar coplas y representaciones devotas en lugar de responsorios después de las lecciones de maitines, con el fin de atraer a los fieles a estos oficios con la misma devoción que a la misa. Y añade el monje escurialense: «de donde quedó la costumbre en toda España de hacer estas fiestas y regocijos de música en los maitines y Oficio divino». La deducción del Padre Sigüenza va probablemente algo más allá de la realidad histórica, y, quizá, lo único que pretende con ello es justificar las representaciones de los villancicos en los maitines solemnes del monasterio del Escorial.

Lo que era una costumbre antigua de más de quinientos años (al menos desde el siglo IX) era el canto de tropos y verbetas en estos actos litúrgicos del Oficio divino. Los tropos revestían a veces todo tipo de formas, y, por supuesto, admitían la acción. Cómo se introduce el romance en estos cantos sustituyendo al latín, es, todavía hoy, un misterio por desvelar, si desconfiamos de la información proporcionada por el Padre Sigüenza.

Parece, desde luego, extraño que en plena aplicación de la Contrarreforma se permitieran cantos —y ¡qué cantos!— en lengua vulgar dentro de la liturgia. El Misal y el Breviario romanos de San Pío V, publicados por mandato del Concilio de Trento habían destruido los tropos de las celebraciones sacras, salvo las secuencias de cuatro misas especiales (Pascua, Pentecostés, Corpus y Difuntos). El mismo concilio, para evitar desviaciones en la ortodoxia por falta de precisión en los términos, había prohibido la lengua vulgar. ¿Cómo se toleran, pues, los villancicos? Se me ocurren algunos hechos que pueden ayudar a responder oportunamente.

Trento prohíbe realmente la manipulación, modificación o traducción de los textos litúrgicos latinos según las ediciones típicas romanas. Mas los cánones del Concilio y su posterior desarrollo no impidían que el ordinario del lugar, esto es el obispo en cada diócesis, permitiera adiciones con tal de no desnaturalizar la acción sagrada y dejar intacto el rito, tanto en sus textos euclógicos como en sus rúbricas. A mayor abundamiento ni el concilio ni Roma legislaban directamente sobre los ritos o celebraciones particulares.

Así es que cada diócesis, cada iglesia y cada orden religiosa tenía su santoral propio, además del romano, con sus correspondientes oficios, los cuales, eso sí, recibían el visto bueno de Roma. Es notable, pues, que los villancicos vengan en sustitución de los viejos tropos sólo en los momentos litúrgicos en los que la legislación deja un vacío o es ambivalente, como es en lo relativo a los responsorios de maitines (a veces hay ocho, a veces nueve), lectura potestativa del martirologio en la hora de Prima (Navidad, villancico de la calenda), procesiones del Corpus y fiestas de los santos patronos, no sometidas, como he dicho, a la normativa general.

Raíces populares

Los villancicos que componen casi todos los grandes músicos de los siglos XVII y XVIII incorporan a veces temas muy comunes y conocidos del público. Sobre este particular es preciso hacer, sin embargo, no pocas matizaciones. Desde luego, parece que el medio de donde se toma el género, mucho antes de hacerse exclusivamente religioso, no es el noble ni el cortesano. Hay algunos datos y no pocos silencios desconcertantes. Como he recordado en otras ocasiones («La música en la lírica castellana durante la

LLAVE DE LA MODULACION, Y ANTIGUEDADES DE LA MUSICA,

En que se trata del fundamento necesario para saber Modular: Theorica, y Práctica para el mas claro conocimiento de qualquier especie de Figuras, desde el tiempo de Juan de Muris, hasta hoy, con algunos Canones Enigmaticos, y sus Resoluciones.

SU AUTOR

EL P. Fr. ANTONIO SOLÈR,
Monge del Orden de San Geronimo, Organista, y Maestro
de Capilla en su Real Monasterio de San Lorenzo
(vulgò) del Escorial.



CON LICENCIA.

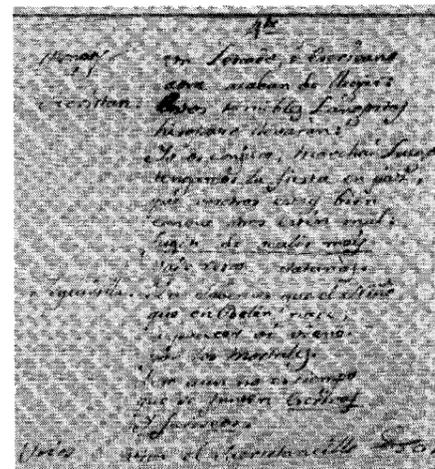
MADRID. En la Oficina de Joachin Ibarra, calle de las Urosas.
M. DCC. LXII.

Reproducción de la portada de la famosa obra didáctica del Padre Soler, *Llave de la modulación*.

Edad Media», en *Actas del Congreso Internacional «España en la música de Occidente»*, Madrid, 1987), del medioevo hispánico no tenemos ni una sola nota musical escrita sobre texto castellano, en las cortes se produce música con texto en lengua galaico-portuguesa, lengua de prestigio, poética por excelencia, como el occitano lo había sido en Francia hasta que el «oil» impuso su ley.

Avanzado el siglo XV aparecen, como por ensalmo, canciones castellanas en forma de villancico. Mas, si analizamos con minuciosidad estas piezas conservadas en los célebres cancioneros, observamos que tales villancicos son canciones que han tenido o tienen, total o parcialmente, personalidad propia como monodías, las cuales, llegado el momento, han sido dotadas de una superestructura polifónica. Algunas de estas melodías han sido reconocidas por el musicólogo Dionisio Preciado («Canto tradicional y polifonía en el primer Renacimiento Español», en *Actas del Congreso Internacional «España en la música de Occidente»*, Madrid, 1987) como independientes, otras las cita el ciego Francisco de Salinas en su *De Musica libri septem* (Salamanca, 1574), otras tomarán los vihuelistas para sus glosas o fantasmías, etc. Parece, pues, que debemos suponer la existencia de un fondo muy antiguo de música con texto castellano que nunca llegó a escribirse.

Y no llegó a escribirse, cabe responder, porque tal música estaba sustentada en una tradición oral sumamente viva y estable, que hacía innecesaria, «ne pereat», su fijación gráfica. Es esta tradición palpante la que presta a los polifonistas cortesanos (en cualquier caso cultos) de los siglos XV y XVI el fondo musical sobre el que enhebran la trama polifónica. ¿Cómo no advertir precisamente en este punto la diferencia existente entre el villancico polifónico castellano de la primera época y la «chanson française» contemporánea suya! La retórica, el distanciamiento y la frialdad con que ésta trata el texto literario proporcionándole una «dis-



Fragmento de un autógrafo del Padre Soler, que corresponde al villancico *Un sacristán y un monago*.

positio» de conveniencia, son inspiración, calor y cercanía en los villancicos castellanos capaces de dar a las palabras su máxima expresividad.

Así, pues, la forma popular que subyace en el villancico polifónico antiguo y el desenvuelto lenguaje literario que observamos en los villancicos de los siglos XVII y XVIII tienen también su proyección en la música de estas piezas religiosas. Los villancicos de Diego Durón, de Jayme Casellas o del Padre Soler, aún siendo obras de circunstancia, no dejan de tener un ropaje musical de anchos velos, del que es exponente la plantilla instrumental y su duración, a veces, de más de una hora.

Sin embargo, también conservan la fisonomía expresiva del sustrato tradicional. Lothar Siemens (1987) ha descubierto brillantemente en un gran villancico navideño de Diego Durón que tres de los pastores que cantan individualmente, entonan sendos romances con su típico «responder» que aun hoy se canta en Canarias, como aquél, en la bellísima música usada por el compositor:

«¡Qué lindo romero nuevo,
nuevo, qué lindo romero!»

El Padre Samuel Rubio (1979) recoge, asimismo, unas cuantas melodías populares espigadas en el bosque musical que el Padre Soler crea en sus villancicos. La edición que ahora comentamos permitirá rastrear muchas más.

¿Cómo no ver en esta raíz popular una de las notas que mejor definen el villancico polifónico desde sus orígenes hasta que muere a fines del siglo XVIII? El villancico navideño que ha quedado hoy y cantamos en familia o en la iglesia ante el belén, no es más que una caricatura de aquellos villancicos religiosos de los siglos XVII y XVIII. Pero, aun así, valoramos en ellos su expresividad y su honda raíz humana, que para nada nos hace envidiar la altura teológica y perfección formal de los cantos navideños de los países del Norte.

RESUMEN

El Padre Soler es uno de los músicos más excelsos de la historia de la música española, y lo es, a juicio de Fernández de la Cuesta, por las sonatas y quintetos que de él se conocen. Pero estas obras son sólo una parte relativamente pe-

queña de toda su producción musical, que queda en su mayoría por descubrir al gran público. En esta voluntad divulgatoria se encuadra la edición integral en doce volúmenes (cuatro ya han aparecido) de los villancicos del Padre Soler.

Padre Antonio Soler

Villancicos (1720-1783)

Sociedad Española de Musicología, Madrid, 1992. Doce volúmenes (cuatro publicados): 245 (I), 349 (II), 363 (III) y 349 páginas (IV). 5.000 (I) y 6.000 pesetas (cada uno de los volúmenes restantes).

Los caminos de Petrarca

Por Francisco Rico

Francisco Rico (Barcelona, 1942) es catedrático de Literaturas Hispánicas Medievales en la Universidad Autónoma de Barcelona y miembro de la Real Academia Española. Ha escrito varios libros sobre literatura medieval y renacentista española e italiana, entre ellos *Vida u obra de Petrarca: I. Lectura del «Secretum» y El sueño del humanismo* (De Petrarca a Erasmo). Dirige las colecciones *Historia y crítica de la literatura española* y *Biblioteca Clásica*.

En tiempos en que el latín va quedando para tan pocos, es difícil exagerar la importancia de la tarea en que desde hace años lleva empeñado Aldo S. Bernardo: la traducción al inglés de la correspondencia de Petrarca. Hace dos decenios fueron las *Familiares*. Ahora, con ayuda de diligentes colaboradores, le ha tocado por fin el turno a las *Seniles*, que muchos consideramos el supremo logro de la prosa petrarquesca. Carezco de toda autoridad para juzgar la calidad de la versión, pero sí alcanzo que es notablemente fiel y se deja leer con fluidez (acaso, aquí o allá, a riesgo de caer en un tono excesivamente coloquial). Con todo, incluso si fuera menos excelente, el trabajo del profesor Bernardo significaría una contribución de primer orden: poner sobre la mesa las *Seniles*, en forma tan ágil y cómoda, supone una perentoria invitación a arrinconar la imagen de Petrarca todavía de mayor curso entre los no especialistas y, con la evidencia de un texto de tal enjundia, trazar más reveladoramente las coordinadas biográficas e intelectuales del fundador del humanismo.

En efecto, hasta las vísperas de la vejez, la gran ilusión de Petrarca había sido construir una obra latina de irreprochable clasicismo tanto en la forma cuanto en el tema y en el sentido. De ahí nacieron las semblanzas biográficas del *De viris illustribus*, perfiladas en el estudio de Tito Livio; de ahí, el *Africa*, la ambiciosa epopeya sobre las guerras púnicas, dominada por el fervor virgiliano, y los *Rerum memorandarum libri*, compilación de «exempla» —romanos, «externa» y modernos— guiada por Valerio Máximo y los historiadores romanos. Pero Petrarca no llegó a acabar ninguno de esos libros, por más que al *De viris* y al *Africa* volvió intermitentemente hasta el final de sus días. Por el contrario, desde la misma época en que abandona la redacción de los *Rerum memorandarum*, en los primeros meses de 1345, la atención petrarquesca se concentra con creciente empeño en escritos menos narrativos que meditativos y donde las referencias al mundo antiguo no sólo se ponen al servicio de otros intereses, sino que además se alinean junto a copiosas reminiscencias patrísticas y aun medievales.

En el mismo 1345, el descubrimiento de las *Ad Atticum* y otras cartas de Cicerón le sugiere la idea de coleccionar sus propias epístolas en prosa en los que con el tiempo serán los *Familiarium rerum libri*. En los dos años siguientes compone el *De vita solitaria*, el *De otio religioso* y el *Secretum*. A quien compare los textos anteriores e inmediatamente posteriores a 1345, incluso sin ampliar la perspectiva a trabajos más tardíos, en seguida le saltan a la vista las diferencias. En el *De viris*, en el *Africa*, en los *Rerum memorandarum*, predomina el relato objetivo volcado en los asuntos y modos clásicos.

En el *De vita*, el *De otio* y el *Secretum* privan el acento subjetivo y las reflexiones éticas teñidas de religiosidad explícita. Pero en adelante esa va a ser ya siempre la dimensión principal de la prosa petrarquesca: el centro de sus libros estará ahora en la primera persona, en la experiencia individual en tanto camino al análisis moral de todas las cosas, en la exploración y el conocimiento del «yo» como método y meta.

Podemos entender ese ostentoso cambio de orientación. En el carácter del escritor había un llamativo impulso a aferrar el tiempo, a retener la vida que quedaba a las espaldas, anotando y fechando con toda exactitud los hechos más menudos. En varios períodos entre 1348 y 1369, así, Petrarca consignó con precisión la hora, día, mes y año en que acometía algún pequeño trabajo de jardinería, pero de 1344 a 1349 también apuntó minuciosamente la ocasión y la especie de cada uno de sus pecados carnales.

Los esbozos de las «rime sparse» abundan en acotaciones increíblemente detalladas: «1350. mercurii. 9. iunii. post vesperos. volui incipere, sed vocor ad cenam...» [... Al anochechar, he querido comenzar (a retocar este poema: CCLXX), pero me llaman a cenar]. A veces, incluso se detenía a registrar el momento y el lugar en que leía el pasaje de un libro: por ejemplo, al encontrar en Mela una mención de Avignon, apostilló al margen «Avinio. Ubi nunc sumus. 1335».

Desde antiguo se ha venido observando que el sentido de la fugacidad y caducidad de la vida, «il senso della labilità» (Umberto Bosco), domina una parte ingente y fundamental de las prosas y versos de Petrarca, y en particular la poesía vulgar. Una de sus concreciones más sintomáticas se halla en la insistente reelaboración a que somete una sugerencia de Horacio y de Ovidio («Dum loquor hora fugit»; *Amores*, I xi 15): «Ora, mentre ch'io parlo, il tempo fugge» (LVI 3), «So come i di, come i momenti e l'ore / ne portan gli anni...» (CI 9-10), etc. Estudios más recientes han resaltado que la memoria, «que recupera y transfigura el tiempo perdido, que restituye e inventa», «el poder mágico del recuerdo», es «la clave... el motivo más presente... el verdadero "leitmotiv" de casi todo su arte» (Adelia Noferi).

Ahora bien, cuando esos grandes temas del *Canzoniere*, de las *Epistole* en hexámetros latinos, de tantas otras páginas, se ponen en relación con la obsesión cronológica que sus manuscritos y cuadernos atestiguan a cada paso, se comprende que en Petrarca había un ansia irreprimible de reflejar por escrito cada momento de su existencia para así fijarlo, tenerlo permanentemente disponible y convertirlo en fragmento de una historia unitaria, de un conjunto aferrable como tal. De ese impulso congénito, sin embargo, pocas muestras hay en su producción antes de que el humanista cumpliera los cuarenta años: aparte los *Rerum vulgarium fragmenta*, siempre peculiares, apenas algunas cartas, en prosa o en verso, inconexas y quién sabe cuándo formuladas en la versión que hoy conocemos.

El clasicismo a ultranza de su obra temprana, pues, respondía a una faceta fundamental en Petrarca, pero distaba de expresarlo por completo. Entre los cuarenta y los cincuenta años, por ende, Petrarca deja de lado los frutos más minoritariamente exquisitos y aplica la savia de su actividad toda a producir otros nuevos. El *Privilegium* de la Coronación lo declaraba «magnum poetam et historicum»; ahora él reclama el título de «philosophus», y por «filósofo» entiende a aquel cuya misión es «reflectendum ad se animum» ('replegar el alma sobre sí misma', *De vita solitaria*) y, mejorándose a sí, hacer buenos a los otros, «bonum facere auditorem ac lectorem» (*De ignorantia*). Del empeño por cumplir esa misión surgen el *Secretum*, los opúsculos polémicos (como el *De sui ipsius et multorum ignorantia*), el gigantesco vademécum del humanista cristiano que es el *De remediis utriusque fortune* y, por encima de todo, los epistolarios: las *Familiares* y las *Seniles*. Son escritos no tanto ocasionales, de circunstancias, cuanto apuntados a destinatarios concretos, a situaciones específicas, a cuestiones que están sobre la mesa, y el «modus procedendi» petrarquesco consiste básicamente en iluminar cada tema con las luces de las lecturas clásicas,



para mostrarlas vigentes, siempre provechosas, capaces de traducirse «in actum», de aplicarse «ad vitam» (*De remediis*, I XLIV), y desde luego en admirable concierto con las exigencias del cristianismo.

Digo que los epistolarios por encima de todo, porque la conversión a la filosofía suponía asimismo una concentración en la escritura autobiográfica que venía a satisfacer su innato prurito de levantar acta hasta de los menores sucesos cotidianos para asirlos y darles forma, y hacía posible la integración de su compleja humanidad y sus tareas literarias.

La «philosophia» que había abrazado —variando las metas, pero no los cimientos más hondos de su obra anterior a 1345— le exhortaba al conocimiento de sí mismo y a no separar de su propia persona las enseñanzas que pudiera ofrecer a los demás. Es comprensible, así, que la obra de sus años maduros rezume subjetividad y carga autobiográfica y que buena parte de cuanto refiere sobre sí mismo tenga alcance de manifiesto, mire a describir una trayectoria paradigmática —de la filología a la filosofía, por así decirlo—, donde el sugestivo retrato de un individuo sea a la vez propuesta ética y programa intelectual.

Tal como Petrarca la reivindica para sí, la «philosophia» no puede alcanzar su objetivo sin los instrumentos de la «eloquentia» antigua: sólo la retórica logra la persuasión propiamente dicha, la que se refleja en sentimientos y comportamientos. Pero la retórica, arte pública y práctica, obliga a tomar en cuenta las coordinadas singulares no sólo del destinatario, sino también del orador o del filósofo que la pone a su servicio. A Petrarca le disgustaba profundamente la disparidad «inter linguam et animum, inter doctrinam et vitam», el contraste entre «mores et verba», tal como los descubría especialmente en los secuaces de la escolástica (*De vita solitaria* y *Familiares*, I IX 3), y también por ello la decisión de presentarse como «philosophus» le incitaba a vigilar cuidadosamente

la imagen que de él debían formarse los contemporáneos y los posteris.

Ello no significa, desde luego, que al narrarse a sí mismo el humanista sea siempre un cronista fiel (y menos completo) de hechos reales. Petrarca se sabía objeto de la curiosidad de muchos («Iam noscitur, legimur, iudicamur, iamque hominum voces evadendi celandique ingenium nulla spes...», *De vita solitaria*), y le importaba cultivar, aun a costa de distorsiones, una imagen atractiva: no necesariamente ejemplar, ni mucho menos, pero sí rica, compleja, incitante, viva. Había estado siempre demasiado inmerso en literatura, por otro lado, para no terminar también él construyéndose como personaje. La escritura le daba la oportunidad de hacerse otro sin dejar de ser él mismo, de asumir tantas identidades como deseara, de desarrollar en el lenguaje posibilidades no realizadas ni interesantes de otra manera.

En 1345, en Verona, el humanista descubrió las *Ad Atticum* y otras cartas de Cicerón, y la emoción y el entusiasmo provocados por el hallazgo le motivaron a «acusar recibo» de la correspondencia del escritor idolatrado desde la niñez dirigiéndole una misiva de respuesta: «Epistolas tuas... avidissime perlegi...» (*Fam.*, XXIV III 1). En los años siguientes escribió casi una decena de cartas a otros grandes autores de la Antigüedad (Séneca, Quintiliano, Livio, Homero...) y redondeó el proyecto de formar con todas ellas el último libro de su propia colección epistolar: los *Familiarium rerum libri XXIV*. Las *Familiares* nacen, pues, del mismo sueño de entablar un diálogo con los maestros de otro tiempo que produce también la elección de San Agustín como interlocutor del *Secretum*.

Al dar con las *Ad Atticum* y ocurrírsele la idea de las *Familiares*, por otro lado, Petrarca sin duda contaba con un cierto número de cartas escritas en años anteriores y de las que tenía



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

copia, pero el amplio diseño querido para la obra le aconsejaba empezar la recopilación con textos juveniles (teóricamente, la *Fam.* I II dataría de hacia 1326) y no dejar demasiados huecos en la sucesiva serie cronológica. Sin embargo, las piezas conservadas no podían ser muchas y, en cualquier caso, no podían satisfacer las exigencias estilísticas y conceptuales del Petrarca «quarantenne». Era necesario, pues, revisar a fondo las efectivamente escritas y escribir las que parecían convenientes para que resultara un conjunto válido histórica, doctrinal y literariamente. Pero conjugar una autobiografía y una recopilación de cartas implica asumir artificialmente una postura de otro momento, jugar a reencarnarse en quien se ha sido o se ha podido ser, obliga a confrontar el presente y el pasado, y da la ocasión de corregir el ayer según las ilusiones y las creencias de hoy.

Nacidas a la sombra de Cicerón, las cartas petrarquescas, sin embargo, no pertenecen al «genus familiare et iocosum» de las *Ad Atticum*, ni las imitan en la espontaneidad y franqueza. Petrarca afirma haber prescindido en ellas de muchos detalles menores, «recordando que precisamente por eso Séneca se burló de Cicerón», pero a la vez dice sentirse más cercano al primero que al segundo, que «apretó en cartas casi toda la moral de sus libros» (I 132). En realidad, aunque el punto de partida ocasional de las *Familiares* suela presentarse de forma más concreta y detenida que en las *Ad Lucilium*, la mayoría se pliega notablemente al ejemplo de Séneca (y tampoco es ajena a la tradición patrística, ni a aportaciones medievales tan valiosas como las de Pedro de Blois): por rica que sea la anécdota particular, en definitiva acaba imponiéndose la significación moral y cultural.

Si, por ahí, ciertas cartas se vuelven verdaderos tratados, muchas otras, las más, constituyen la primera muestra continuada y sistemática de una de las grandes novedades de la literatura renacentista: el ensayo. Todavía

más: las *Familiares* inauguran la brillante tradición de los que Giovanni Macchia ha llamado los «moralisti classici» de la edad moderna, de Macchiavelli a Bacon, Gracián, Pascal. Como en ellos, por firmes que sean las opiniones petrarquescas sobre poesía, política o religión; por fogosas que sean las polémicas contra médicos o astrólogos, por insistente que sea la defensa de una «docta pietas» equidistante de la «literata ignorantia» y de la «devota rusticitas», en las *Familiares* y luego en las *Seniles* percibimos siempre que el autor no es el mero portavoz de unas verdades con existencia propia, independientes de su persona (según tantas veces ocurre en los escritos morales de la Edad Media), sino que, al enunciarlas, está narrándose a sí mismo.

En particular, Petrarca podría haber dicho lo que Montaigne de su obra maestra: «*Les Essais m'ont fait tout autant que j'ai fait les Essais*». Porque la imagen ideal que de sí mismo elabora en la correspondencia es, en última instancia, la del Petrarca más auténtico, más íntimo y permanente, por encima de las vacilaciones y trivialidades de la vida cotidiana: la del escritor, la del humanista. Y la colección de sus epístolas no es tanto la crónica de una vida cuanto la explicación y la apología del proceso intelectual que le ha permitido escribir esas mismas cartas.

El Petrarca maduro buscó la conciliación «inter linguam et animum», entre la obra literaria y una más rica expresión personal, y se esforzó por acercar su vida y doctrina a la imagen pública que de sí mismo deseaba: «ut tales effici studeamus quales cupimus apparere» («procuremos hacernos tales como queremos parecer»; *Fam.*, III XII 9). En los últimos años de su residencia en Milán (1353-1361), esa meta puede darse por conseguida en gran parte: el Petrarca real ha asumido largamente la «dramatis persona» construida en las *Familiares*. No otro es el protagonista de las *Seniles*.

Las *Seniles* encierran muchas de las más altas páginas petrarquescas. A grandes rasgos, los temas apenas difieren de los que nutren las *Familiares*, pero el tono tiene una entidad propia: más «familiar» (paradójicamente), más próximo, más sereno. Si la narración pierde volumen, cuando aparece es también más nítida, y alcanza momentos de una simplicidad singularmente bella en la extensa misiva a Guido Sette con la evocación de los felices días de la juventud (X II). El propósito didáctico se acentúa y, sobre todo, Petrarca muestra un dominio absoluto de su talento y de su erudición: piezas como las dedicadas a la historia y el mito de Dido (IV v) o a probar la falsedad de ciertos diplomas medievales presuntamente emitidos por César y Nerón (XVI v), son auténticas cúspides en el itinerario del humanismo y combinan la más segura filología con una elegancia de estilo y pensamiento sólo por excepción obtenidas en siglos posteriores.

En la intención del escritor, el último libro, el XVIII, estaba reservado a la *Posteritati*. En el texto que nos ha llegado, y que posiblemente nació cuando Petrarca se sintió obligado a justificar su permanencia en Milán junto a los Visconti, se inicia ésta con unas con-

sideraciones sobre el carácter de Petrarca y prosigue hasta el año 1351. Los pormenores autobiográficos son escasos y en la última parte una vasta laguna nos priva de toda noticia sobre el período de 1343 a 1347. En su estado actual, la *Posteritati*, pues, no pasa de un fragmento, e ignoramos si continuaba más allá de 1351, puesto que ciertas referencias fechables con certeza en 1370-1371 pueden deberse a adiciones sueltas.

No por ello el texto pierde valor. De acuerdo con una sugerencia de Ovidio, las *Seniles* debían cerrarse con esa epístola «a la posteridad» que Petrarca no llegó a acabar. Sin embargo, visto en el horizonte del último libro de las *Familiares* (la serie «ad quosdam ex illustribus antiquis») y en la conclusión de los dos grandes epistolarios, el mero proyecto, si por un lado subraya las excepcionales dimensiones de la conciencia histórica del escritor, por otra parte pone fuertemente de relieve esa congénita aspiración suya a elaborar y aprehender su vida como conjunto y con sentido global. Podemos lamentar que la *Posteritati* quedara inconclusa. Pero no olvidemos que Petrarca quizá no escribió nunca una línea —por íntima que se nos antoje— sin esperar que cayera bajo los ojos curiosos de la posteridad. □

RESUMEN

Confiesa, de entrada, Francisco Rico que en estos tiempos en que el latín parece quedar arrinconado resulta difícil exagerar la importancia de la tarea en la que está metido el profesor Aldo Bernardo: la traducción al inglés de la correspondencia de Petrarca. Rico ce-

lebra especialmente el que le haya tocado el turno ahora a la traducción de *Seniles*, a su juicio el supremo logro de la prosa petrarquesca. Esta traducción ayuda a trazar las coordenadas biográficas e intelectuales del fundador del humanismo.

Francis Petrarch

Letters of Old Age (Rerum Senilium libri I-XVIII)

Traducción de Aldo S. Bernardo, S. Levin y R. A. Bernardo. The Johns Hopkins University Press, Baltimore, dos volúmenes, 1992. 701 páginas.

Para la historia del nacionalismo español

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata* (1902-1939), *La doma de la Quimera* y *el ensayo de teoría* Historia, literatura, sociedad.

La publicación de *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira* (1888-1911) concluye por desdicha la fecunda relación de George J. G. Cheyne con la obra de Joaquín Costa. En 1990 murió el investigador británico, justo cuando se cumplían treinta años de su primer viaje a Graus en busca de documentos costianos. No sé si sabía entonces que iniciaba una de esas experiencias intelectuales, marcadas por el signo de la fidelidad, destinadas a llenar una vida y dar sentido a una profesión, pero lo cierto es que de la simbiosis entre el estudioso y el estudiado nacieron pronto libros capitales: a su cabeza se colocan *A Bibliographical Study of the Writings of Joaquín Costa* y la biografía *Joaquín Costa, el gran desconocido*, ambos de 1972, y aquél con reedición muy ampliada (*Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa*, 1981), con los que cambió para siempre nuestro conocimiento del escritor aragonés.

En el primero, Cheyne puso orden cronológico y temático en la balumba de manuscritos, impresos sin datar, proyectos apenas esbozados, cartas, notas, desahogos y arrebatos de aquel grafómano hercúleo, lo que permitió nuevos estudios que ya nunca naufragarían en la confusión introducida por la póstuma «Biblioteca Costa», que editó, con más piedad fraternal que método, Tomás Costa. En el segundo volumen citado, con la sagacidad de un gran biógrafo británico, Cheyne reconstruyó la enfermedad de su héroe, los parajes más oscuros de su mucha soledad (sus desengaños, su relación extramatrimonial, etcétera), los empecinamientos (el triste pleito de La Solana), las frustraciones profesionales (el apartamiento de una cátedra universitaria, la quiebra del proyecto de Unión Nacional). Después de Cheyne, ya no han sido posibles ni la hagiografía regeneracionista ni las invocaciones de un Costa prefascista o de un Costa revolucionario, por igual inverosímiles. Su tenacidad consiguió incluso que se volviera a leer a Costa en textos depurados y modernos, pues presidió el comité de redacción que entre 1981 y 1984 se responsabilizó de la benemérita (pero inconclusa) edición zaragozana de las obras completas de Costa, cuyos doce volúmenes tanto deben a la tenacidad y entrega de su promotor, el director de Guara Editorial, José María Pisa.

No parece ser casualidad, sino coincidencia reveladora, que el otro corresponsal de nuestro epistolario, Rafael Altamira y Crevea, haya sido también objeto de reciente y muy renovadora bibliografía. La veterana biografía de Vicente Ramos (1968), tan oportuna en su día, ya no es la única fuente que nos habla del empeñoso historiador alicantino que fue secretario del Museo Pedagógico (entonces de Instrucción Primaria), catedrático de Oviedo (cuando su Facultad de Derecho fue reducto de institucionistas y faro intelectual del país), promotor de la Extensión Universitaria, jurista del tribunal de La Haya, americanista activísimo y, al cabo, decano físico y moral de los exiliados de la guerra civil hasta su muerte en 1951. Si la miscelánea *El legado de Costa* (que en 1984 recogió las intervenciones de un simposio internacional celebrado en Huesca el año anterior) agrupó lo más sig-



La muerte de Joaquín Costa en la primera página del diario *El Debate*.

nificativo del nuevo costismo, la exposición y el coloquio que tuvieron lugar en Alicante en honor de Altamira en febrero de 1987 supusieron, a su vez, la inexcusable renovación de los trabajos sobre el historiador. Y tal cosa se patentizó en el volumen de *Estudios sobre Rafael Altamira*, que fue editado y prologado por Armando Alberola, pero auspiciado por Rafael Asín Vergara, cuya tesis doctoral ha de ser aportación definitiva sobre el autor de *Psicología del pueblo español*.

La fundación de la historia nacional

No pueden ser, por lo tanto, más favorables las circunstancias en las que nuestro epistolario se edita, precisamente por parte de la misma institución pública de cuya cuenta corrió el homenaje a Altamira. No estamos tampoco ante el primer repertorio epistolar costiano: Cheyne dio a la luz en 1979 las cartas intercambiadas entre Costa y su admirador oscense Manuel Bescós («Silvio Kossti»), y en 1983, en el marco de las ya citadas obras completas, las cruzadas entre el escritor aragonés y Francisco Giner de los Ríos (*El don de consejo. Epistolario entre Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos, 1878-1910*), que son el mejor prefacio de este epistolario de ahora. Digo esto porque en cualquiera de los dos libros está presente la relación de maestro y discípulo entendida al modo en que la promovió la Institución Libre de Enseñanza y el peculiar clima espiritual de su comunidad de esfuerzos. El autodidacta y nada dócil Costa acepta la autoridad de Giner («usted tiene don de consejo») y le manifiesta sus cuitas amorosas con la hija de un significado carlista a la que pretende en matrimonio. Giner responde con rara pericia y no poco sentido común, lo que alcanza a evitar —corre el año de 1878— el lamentable final de lo mismo que en aquellas calendas sabía novelar espléndidamente el Galdós de *Gloria* y *La familia de León Roch* (es curioso que el propio Costa se compare al respecto con el protagonista de la *Minuta de un testamento*, de Gumersindo de Azcárate: la vida es una forma de la literatura muy a menudo). No deja de ser curioso que, diez años después y en cartas que reprodujo la biografía de Vicente Ramos, nuestro Rafael Altamira consulte también con Giner parecidas turbaciones de ánimo: apenas gana unos duros en la secretaría del Museo y quiere

casarse, por lo que piensa abrir bufete en Valencia, contar con la ayuda de sus padres y resolver la boda. Giner le aconseja que siga en Madrid, que estudie y se prepare para objetivos de más alcance. Y Altamira, como Costa, obedece y rompe con María Julián, a la que todavía recordaría con nostalgia en un texto [de 1944! Nuestro epistolario no trae ninguna misiva comparable porque la mucha admiración de Altamira por Costa no llegaba al culto que se tributaba a Giner. Pero no son difíciles de advertir el clima de respeto, la sinceridad del estímulo recíproco y la solicitud con que el más joven se interesa por los frecuentes quebrantos del mayor. Estas cartas, ya hablen de minucias bibliográficas, ya inquieran por la salud de un familiar enfermo, retratan a la perfección una época y un concepto de la vida: afectuoso pero serio, franco pero contenido. La común pertenencia a la Institución Libre de Enseñanza se aprecia hasta en los giros de lenguaje: sus hombres son «los de la casa» como el grupo de catedráticos afines en Asturias son «los de Oviedo»; la mención de la Institución se hace a menudo por el circunloquio «los del Paseo del Obelisco» como, en broma, Altamira se define parte de la «cuádruple alianza pedagógica, así nos llaman» al aludir a su frente común con González Posada, Alvarez Buylla y Leopoldo Alas.

El lector presuroso o poco conocedor de ese contexto puede sentirse descorazonado por la aparente intrascendencia de muchas misivas que se limitan a peticiones de datos, sucintas noticias bibliográficas, anuncios de visitas, trifulcas con editores incumplidores o breves recordatorios de amigos comunes. En su breve e inteligente prólogo lo advierte el propio Cheyne, y la minuciosa y competentísima anotación de los extremos de cada carta satisfará, sin duda, la desazón del lector. Pero, como sucede en cualquier epistolario, solamente la perseverancia en su lectura acaba por darle bulto y alumbrar a su través los días y los trabajos de dos hombres nada vulgares. Allí aparece el Costa que labora en lo que han de ser sus *Estudios ibéricos* y más tarde su monumental *Colectivismo agrario* de 1898. Y, por su parte, se dibuja el Altamira que en 1890 publicó su tesis doctoral sobre *La historia de la propiedad comunal*, que en 1891 hizo imprimir la primera edición de *La enseñanza de la historia* y que en 1895 se lanzó a la publicación de la importante *Revista Crítica de Historia y Literatura Española*, Por-

tuguesa e Hispanoamericana, que Costa, laconico pero expresivo, apostilla con una sola frase: «Está muy bien hecha, corte europeo».

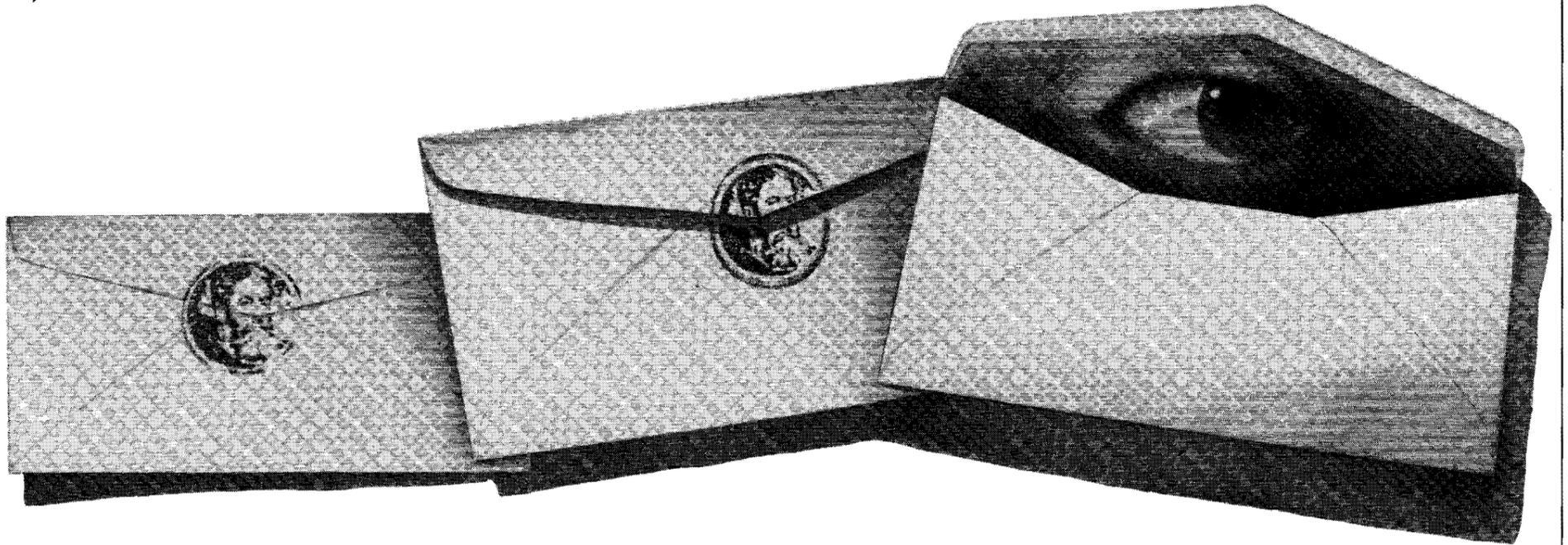
Para el buen entendedor, en este tráfago de notas ha de estar presente algo más que las manías y las impacencias de dos investigadores: es la música que acompaña al nacimiento de la historiografía moderna en España, cuyos primeros héroes —el epigrafista P. Fidel Fita, el paleógrafo Muñoz y Rivero, el historiador del derecho Eduardo de Hinojosa, entre otros— están citados en las cartas. Con ellos, la historia dio el gigantesco paso que iba de la facundia narrativa de don Modesto Lafuente (y su divulgada *Historia de España*, 1850-1867) a la seriedad documental de aquellos «benedictinos de americana» (la frase es de Antonio Paz y Meliá) que desde 1857 a 1900 se afanaron en la Escuela Superior de Diplomática: ellos encarnan el tránsito a la profesionalización, pero también una modernización del impulso nacionalista que comporta toda institucionalización de la historia. Sobre todo lo cual resulta imprescindible lo que dicen Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró en el primer capítulo, «Los inicios profesionales de la historiografía en España (regeneracionismo y positivismo)», de su libro *Historiografía y práctica social en España* (Zaragoza, 1987), donde han sabido incardinar muy acertadamente los dos extremos del título.

A sus bien traídas citas habría de añadirse ahora el contenido íntegro de las cartas que Costa y Altamira intercambiaron en septiembre de 1891 acerca de la reforma de las Facultades de Letras y que ya Ciriaco Pérez Bustamente dio a conocer parcialmente en 1969 en un trabajo del homenaje de *Cuadernos Hispanoamericanos* a Menéndez Pidal. Todavía faltaba un decenio para que la reforma del ministro García Alix diera forma definitiva a las diferentes licenciaturas de aquellas facultades (que apenas contaban treinta y pico años de vida independiente) y para que integrara en ellas las cátedras de la clausurada Escuela de Diplomática. Pero ya Altamira proponía a su corresponsal «un período preparatorio, con latín, griego y alemán (*para los que no lo posean*) y ciencias auxiliares» [los subrayados son míos, J.-C.M.] y un segundo ciclo de «gran libertad» de elección por parte del alumno y dominado por los cursos monográficos «como en todo el mundo». A Costa no le parece mal la traza, aunque ve corta la exigencia. A los cursos de lenguas indoeuropeas y semíticas (que empiezan a ser importante pieza en la reconstrucción de un «imperio» cultural hispánico) añade estudios de vascuence y berberisco, porque da por buena la teoría vascoiberista. Y reclama, sobre todo, «visitas prácticas», para las que da como ejemplo la que podría hacerse a «la comarca de Bailén a Andújar, donde se libraron las grandes batallas de Anibal-Escipión, almohades-cristianos (Navas de Tolosa) y franceses-españoles (Bailén), cuyas coincidencias no son casualidad». En carta poco posterior, insiste todavía: los alumnos deben visitar periódicamente los archivos «para aprender a manejarlos, haciendo, bajo la dirección del profesor, una monografía entre todos» y, por otra parte, han de afanarse en la «colección de costumbres (jurídicas, agrícolas, económicas, estéticas, etc.)» para «recoger desde luego ya y publicar una biblioteca consuetudinaria a tomo por año».

Cualquier mediano conocedor de la obra de Costa recordará aquí que el autor publicó en 1881 una voluminosa *Introducción a un tratado de política sacado textualmente de refraneros, romanceros y gestas de la Península*, título tan largo como revelador, y que en 1902 dio remate a una de sus obras clave: *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, en cuyo segundo tomo escribieron Mi-



Viene de la página anterior



JUAN RAMÓN ALONSO

guel de Unamuno sobre costumbres comunales en Vizcaya, Rafael Altamira sobre las de Valencia y José María Piernas Hurtado y Manuel Pedregal sobre las de Asturias, entre otros. Pero esa preocupación nos ha de llevar mucho más lejos. ¿Quién no recordará al propósito que en 1895, y en las páginas de *En torno al casticismo*, Unamuno acuñó la fecunda expresión de «intrahistoria» para referirse a esas realidades colectivas que vivían sumergidas bajo el espejismo de la historia al uso? Y ¿cómo no volver sobre aquella ciencia llamada «demótica» que, en parecidas fechas, el mismo Unamuno proponía como vía alternativa a los exangües trabajos universitarios? El Unamuno que combatía contra el purismo en pro de un español vivo y el que no desdeñaba la simplificación ortográfica de la lengua vivió, en suma, la misma idea iluminada de una ciencia de la «nación auténtica» que está en las páginas de Costa, en los estudios medievales de Hinojosa o en las primeras indagaciones sobre las leyendas heroicas que publicó Ramón Menéndez Pidal: detrás de una elección temática —la Edad Media o la costumbre rural— y detrás de la pasión por un método —el positivismo genetista— residía también la apasionada opción por una ideología que, en algún otro lugar, llamé «liberalismo nacional» pequeñoburgués. Lo que fermentó en la España de fin de siglo es demasiado complejo como para remitirlo a la habitual etiqueta de «generación del 98», aunque quizá también para encerrarlo en una definición sociológica.

Dos caminos

En cualquier caso, estas páginas que ha compilado George Cheyne ilustran también sobre la diferencia entre el tribuno populista y el aspirante a catedrático a la europea. Mientras que en 1891 Altamira publica *La enseñanza de la historia* y, al poco, consigna su éxito en Chile, Joaquín Costa dedica sus esfuerzos a fundar la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, que fue su primera plataforma política. En 1892, el joven profesor alicantino anda a vueltas con la organización del segundo Congreso Pedagógico y se hace cargo de la dirección de *La Justicia*, periódico que fue portavoz del institucionalismo republicano. Y ese mismo año Costa invita a Altamira a hablar ante los afiliados de las cámaras agrícolas altoaragonesas, lo que sabe rechazar con habilidad.

Las trayectorias divergen tanto como los objetivos: populistas y directos los de Costa, más sutiles e intelectuales los de su corresponsal. En 1897, año de síntomas aciagos, el aragonés encuentra demasiado optimista a Altamira, que le ha hablado de Giner y de él mismo como cimientos de la vida intelectual española. Pero no hay tal vida intelectual: «Aquí no hay ya jóvenes, ni viejos, ni aspiración, ni pensamiento, ni tendencias, ni sentido, ni patriotismo, ni patria, ni vergüenza: no hay más que una sucesión de sombras, sombras

vanas, hinchadas, egoístas, replegadas sobre sí mismas como para escudarse. Las corrientes que Vd. denuncia me parecen movimientos vermiculares de algún músculo que ha escapado a la degeneración grasienta por azar o por su comercio con Europa». Altamira replica con la fe de quien cree en su propio esfuerzo intelectual. A lo largo del año siguiente —el del Desastre— lo sabemos, a través de sus cartas, afanado sobre las páginas de su discurso del paraninfo ovetense, «La Universidad y el patriotismo», traduciendo los *Discursos a la nación alemana* de Fichte, leyendo las páginas de *Demetrio Rudin* de Turguenev, comentando con cierta distancia intelectual las páginas de *Vida Nueva* y ultimando las cuartillas de *Psicología del pueblo español*...

¡Casi nada! Costa trabaja menos y sobre todo le obsesiona hacer algo más concreto. «No parece que exista en España —escribe a Altamira el 6 de agosto de 1898— otro núcleo propulsor más que éste: la Institución y Oviedo». Y pretende implicarlos en un partido que no será «ni radical ni conservador, ni monárquico ni republicano, ni individualista ni socialista, oportunista y aunque diga empírico, a la inglesa, definido por “programa”», mucho más allá, por supuesto, de «la inclinación a lo milagroso improvisado, estilo submarino Peral o tóxico Daza». Sabido es que todo fue un fracaso: en carta del 25 de noviembre de 1898 considera malograda la Asamblea de Zaragoza, donde ha pretendido reunir a las «clases productoras», y en las misivas de 1900 no parecen soplar mejores vientos para la proyectada Unión Nacional. El 20 de marzo de ese año Altamira, reiteradamente instado a participar en las empresas costianas, se zafa paladinamente: «Todos hacemos aquí votos fervientes por que la Unión Nacional sea fructífera. Tememos que no, a pesar de la ciega confianza en Vd.». Y es que, prosigue el catedrático, no es posible mezclar hombres de negocios (por ejemplo, el inquieto Basilio Paraiso) e intelectuales. Costa responde con una petición concreta: que «los de Oviedo» apoyen, cuando menos, la creación en Asturias de una Cámara Agrícola, mucho más fiable que una de Comercio...

Siempre sobrenada el agrarismo político de quien, en el fondo, fue un propietario menudo de los secanos oscenses, pero también asoman las escoceduras de sus asambleas en Valladolid y Zaragoza: «Aquello (los industriales asturianos) es Pidal, eso sería España». La carta termina con un desabrimiento que es único entre las editadas y que revela la implícita distancia entre los dos corresponsales: «Y no me escriba, esto es, no me distraiga para darme excusas (...), pues son Vdes. tan difíciles todos, que ya me principia a doler la muñeca de haber escrito esta carta para Vd., seguro casi de que han de limitarse a encojerse de hombros». Pero esa desengañada brusquedad duró muy poco. En 1902, Costa vuelve a pedir apoyo para la circulación de un mensaje por motivo de la proclamación de la mayoría de edad de Alfonso XIII. Altamira lo apostilla con cuidado: le parece in-

justo con los liberales, cree ocioso pedir la abdicación del joven monarca y piensa que es impropia la referencia a la edad madura de los presidentes de Estados Unidos. Pero no firma, como se infiere de una reveladora frase: «Deseo conocer la opinión de Giner y Azcárate». Del primero la conocemos. En carta enviada a Costa el 10 de enero de 1903 (que cito por la edición de Cheyne en *El don de consejo*), el fundador de la Institución reitera que del programa de Costa «casi todo me parece excelente», pero «en cuanto al camino y al método, no lo hallo tan claro». Y con la fina sorna que tan a menudo aflora en sus cartas, le espeta: «En cuanto a Vd., no sé por qué camino puede ir a sitio desde donde hacer lo que le toca. Vd. no quiere ir a las elecciones —¿ni aun a las de ahora?—; Vd. no va a sublevar soldados; a Vd. no le va a llamar el rey; de “república” no hay más que la de Alonso Martínez, ¿qué hacer?». Las palabras de Giner son el mejor y más cruel epitafio sobre las inconsecuencias y las dificultades de la campaña finisecular de Costa.

El ardor pesimista de Costa viene de la exacerbación del liberalismo del siglo XIX. Cuando ve a España como «gran cadáver tendido de Pirene a Calpe. ¡Nada en el horizonte más que la silueta siniestra de Don Carlos!» (carta de julio de 1898), oímos a un hijo de 1868 todavía obsesionado con el espectro carlista. Pero cuando Altamira habla de la «desequilibrada pero quizá redimible España» (carta de julio de 1903), nos hallamos mucho más cerca del idealismo reformista de Ortega que ha de comparecer unos años después, tras la liquidación del radicalismo que supuso la digestión de 1909. Seguramente Joaquín Costa había llegado a identificar el fracaso de su país con el suyo propio. Al agradecer a Altamira la bonita dedicatoria que éste había impreso al frente de *Cuestiones modernas de historia* (1903), recuerda su vida «más que invertida, rota, típicamente irregular, fragmentada y cambiante (...), comprometidas y embargadas las contadas horas y la escasa resistencia física que me queda». Era muy cierta la queja, y si las limitaciones de Costa son hijas de su formación y de su terquedad mesiánica, también unas y otras eran consecuencia de una naturaleza que se mostró impudosa con él.

Costa murió el 13 de febrero de 1911, desengañado de toda política y símbolo fácil

de los republicanos, a quienes se unió en 1903, tras haber librado su última batalla contra la vergonzosa ley de Jurisdicciones. En aquella fecha, su corresponsal Rafael Altamira era director general de Enseñanza Primaria, a las órdenes del ministro de Instrucción, Julio Burell, quien lo era por nombramiento de José Canalejas, presidente del Gobierno liberal que salió en las elecciones de mayo de 1910. Aquella abierta colaboración con la monarquía no fue única: el periodista republicano Luis Morote aceptó presidir la comisión parlamentaria que dictaminó la polémica «ley del candado», y un colega de Oviedo, Adolfo González Posada, recibió el encargo de redactar la ley de Régimen Local. De nuevo, los destinos divergían...

Unos meses después del óbito de Costa murió Menéndez Pelayo, y ahora la coincidencia parece cargada de significación: se cerraba una vieja rivalidad personal (Costa y don Marcelino pelearon en 1878 por el Premio Extraordinario de Doctorado, que ganó el último) y se cerraba un período histórico de la ciencia española. Menéndez Pelayo significó el tránsito, nunca completo, de la bibliofilia erudita al positivismo científico, y esa indeterminación lastró buena parte de su obra y le privó de discípulos. Joaquín Costa encarnó el apogeo del derecho como ciencia social y a través de lo jurídico llegó a la antropología, a la historia o a la sociología, cuando estas ciencias habían ganado su propio estatuto independiente. Menéndez Pelayo promovió un nacionalismo constantiniano que sus epígonos convirtieron en caricatura. Costa erigió un populismo que sus herederos derivaron a fondeaderos peligrosos. Fue, en fin, un hombre del siglo XIX, hijo legítimo del romanticismo social y del liberalismo radical, que se parece mucho a los profetas eslavófilos de los años cincuenta en Rusia y a los próceres hispanoamericanos que redactaban códigos, escribían poemas, maldicían a los tiranos y presidían las repúblicas. Pero la historia del nacionalismo español —que está todavía por escribir— deberá consagrar a Costa y a Altamira, como al movimiento historiográfico de 1880-1900, sendos y extensos capítulos. Jorge Cheyne, que tanto sabía del siglo XIX español, no podrá llegar a leer esa futura historia, pero este su libro póstumo brindará citas ineludibles a los autores que la emprendan. | |

RESUMEN

La publicación del epistolario entre Rafael Altamira y Joaquín Costa, dos hombres que compartieron el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, supuso el último esfuerzo del hispanista inglés George J. G. Cheyne, fallecido en 1990, y quien dedicó treinta años

al estudio de Costa. Con el recuerdo agradecido hacia Cheyne, José-Carlos Mainer se adentra en este epistolario de aquel grafómano aragonés, figura capital del movimiento regeneracionista español en el tránsito entre el siglo XIX y el XX.

G. J. F. Cheyne (ed.)

El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)

Instituto de Cultura «Juan Gil Albert», Alicante, 1992. 228 páginas. 800 pesetas.

Madrid y el arte cortesano

Por Juan José Martín González

Juan José Martín González (Alcazarquivir, Marruecos, 1923) es profesor emérito de la Universidad de Valladolid, donde ha dirigido el departamento de Historia del Arte. Es miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus obras más conocidas se hallan *El artista en la sociedad española del siglo XVII* y *El escultor en palacio*.

Desde 1561, en que Felipe II estableció la residencia fija de la Corte en Madrid, la ciudad ha ejercido un protagonismo en la vida política y artística. El arte se convierte en cuestión «de Estado» desde la Edad Moderna, y el hecho se traduce en una capitalidad artística. No quiere ello decir que la producción se destine solamente a la capital, pues el concepto que se baraja es el de Patrimonio de la Corona. El proceso arranca desde los Reyes Católicos y tiene su considerable acrecentamiento con Carlos V y Felipe II, tanto por lo que respecta a la creación de residencias como a su equipamiento mediante colecciones artísticas de todo orden. Quizá la aportación de Felipe II en Madrid se advierta menos por la concentración del esfuerzo en El Escorial. El acrecentamiento del Patrimonio prosiguió en el siglo XVII, especialmente en lo referente a la pintura. Hay un patrimonio artístico de los Austrias, pero asimismo existe el de los Borbones. Un puente se tiende entre política y arte, como dan a entender las publicaciones que están apareciendo.

Visiones generales y particulares

En los estudios sobre el arte de los Borbones han ido por delante las amplias perspectivas, iniciadas en 1962 con la obra de Yves Bottineau *L'Art de Cour dans l'Espagne de Philippe V. 1700-1746*. Edificios, jardines, fuentes, grandes cuadros, retratos de pintura y escultura, tapices, mobiliario pusieron a la vista la existencia de un programa artístico encaminado a proporcionar un marco exaltador de la monarquía. La preferencia se aplicó a dos edificios: el Palacio Real Nuevo de Madrid y la residencia estival de La Granja. En ulterior publicación (1986), el mismo Bottineau se aplicó al arte cortesano entre 1746 y 1808.

En 1974 hacía aparición el libro dedicado por Claude Bédat a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando durante el período comprendido entre 1744 y 1808. El estudio permitió apreciar el cambio operado en la elaboración y el significado de las obras de arte como medio de enaltecer a la monarquía borbónica y obtener el cultivo del «buen gusto». Sin duda la Corona fue la verdadera palanca que impulsó la creación y desarrollo de la Academia.

Que se estaba creando un ambiente favorable a los estudios de arte en la Corte borbónica lo acredita la convocatoria de reuniones científicas. Un congreso fue promovido por la Comunidad de Madrid bajo el título *El Arte en las cortes europeas del siglo XVIII* (1987). En las comunicaciones del Congreso, publicadas en 1989, se puede contemplar el rico repertorio de artículos en torno a la promoción de las artes por los Borbones dieciochescos, entre los que figura el que el autor de este escrito presentó enfocando la escultura en la Corte durante este siglo. No menos significativas fueron las IV Jornadas de Arte celebradas por el Departamento de Historia del Arte «Diego Velázquez» en 1988, con el título *El Arte en tiempo de Carlos III*, con edición de las actas en 1989.

Con independencia se han emprendido investigaciones puntuales sobre edificios y artistas. El Palacio Real «Nuevo» había estado



B. Olivieri: *Giovan Domenico Olivieri*. Valencia. Museo de Bellas Artes.

en el punto de mira de los investigadores por una razón evidente. Si El Escorial se presentaba como la medida de los logros artísticos de los Austrias, el Palacio Real de Madrid tenía todo el aspecto de representar lo mismo con los Borbones. Aun cuando sobre el Palacio se habían realizado estudios diversos, quedaba la consideración de un estudio de conjunto. Esta fue la tarea emprendida por el profesor Francisco Javier de la Plaza, quien publicó el resultado de sus investigaciones en 1975. Una exploración minuciosa en archivos españoles e italianos permitió dejar al descubierto todo el procedimiento seguido en la edificación y adorno escultórico del Palacio. El edificio era no sólo la sede de los reyes de la Casa de Borbón, sino que la propia ornamentación escultórica ofrecía una complejísima trama emblemática en loa de la realeza española desde sus orígenes. Estatuas de piedra y mármol, relieves, mascarones, trofeos, se acomodaban a los frontones o subían hasta la balaustrada alta. El Padre Sarmiento y otros escritores aportaron el guión emblemático, que los escultores traducían a la materia dura. Una legión de escultores afluía a Madrid con el estímulo de la convocatoria del taller escultórico de Palacio. En la documentación aflorada ya resplandecía Juan Domingo Olivieri, si bien su figura se contrapesaba con la incorporación de Felipe de Castro, artista estudiado por Claude Bédat en monografía publicada en 1971.

Los reyes de Francia desarrollaron las «manufacturas de la Corona», vasta empresa de producción de obras artísticas que movilizó escultores, pintores, tapiceros, ebanistas. En el siglo XVIII, los Borbones trasladaron este modelo a España. Se trataba de producir bienes artísticos en las propias factorías de la Corona. Este cambio se produce, por lo que respecta a la escultura, primero en Valsáñ, luego en el Real Palacio de Madrid. Desde su origen

fue concebido éste para recibir un mensaje propagandístico servido en forma escultórica. Lo mismo que hubo que seleccionar una traza de un buen arquitecto y un director de la construcción (Saqueti), se hizo imprescindible la búsqueda de un maestro capaz de organizar el taller del que habrían de salir las esculturas. El talento fue localizado en Italia: Olivieri. En España fue colmado de honores. Lo que hiciera este artista al servicio de los Borbones, su capacidad empresarial, su visión teórica, sus cualidades, en análisis pormenorizado de su quehacer, ha sido el objetivo de María Luisa Tárraga Baldó. Su aportación pertenece al género biográfico, al que hay que acudir cuando se trata de sopesar con precisión la capacidad creadora de un artista. Y es lo que la autora presenta en tres gruesos volúmenes profusamente ilustrados. Una investigación mantenida a lo largo de varios años y en diversos países, con recolección de documentos del mayor interés, depara la posibilidad de conocer en profundidad quién fuera Olivieri y la aportación realizada a la escultura borbónica.

Para desarrollar su política artística, los Borbones idearon un modelo. Pieza clave de él es la designación de los maestros directores en cada rama. Para la escultura se contó con Juan Domingo Olivieri, como se denominaba en España, o Giovan Domenico Olivieri, como firmaba él enfatizando su condición de italiano, pese a haber adoptado la nacionalidad española. La investigación propuesta no se refería meramente al conocimiento pleno de un escultor, sino a dar cuenta de toda una operación de cambio, de un giro decisivo en el comportamiento escultórico.

El sistema de producción

La venida de Olivieri responde a la demanda de un escultor cualificado en los tra-



Olivieri (Taller): *Trofeo de la Fortaleza y Cabeza de león*. Palacio Real de Madrid: Fachada de poniente.

bajos de mármol, formado en una cantera y transferido a uno de los mejores hogares de la escultura italiana. La finalidad de su recluta era la organización de un taller escultórico que fuera capaz de resolver el cuantioso programa del Palacio Real. La Corte ponía en marcha una posibilidad y, por lo tanto, un riesgo. Pero a la postre sería un acierto.

La garantía para solicitar sus servicios en España se basaba en que en 1739 había contratado una de las «Cuatro Estaciones» para la Galería de la Reina en el Palacio Real de Turín. Las cortes de Turín y de España se pusieron en relación con objeto de obtener el desplazamiento de Olivieri a nuestro país. Era, pues, un negocio diplomático. En el informe que se diera a favor de Olivieri tenía que constar lo que Tárraga ha averiguado desde su nacimiento en Carrara, la montaña de mármol que produce tanto los más hermosos bloques como los más eximios escultores. Para la autora, Olivieri se formaría con Baratta, pasando posteriormente a Génova para trabajar como oficial en el taller de Francesco María Schiaffino.

Olivieri aseguró su misión con la firma de un contrato en el que entraba el pago del desplazamiento a España, su sueldo como escultor del Rey, vivienda y colaboración de tres ayudantes italianos designados por él mismo. Al llegar a Madrid el 8 de mayo de 1740 pudo conocer que lo que se le pedía era poner en marcha un taller de escultura, tarea para la que había otros aspirantes.

Disuelto el taller de Valsáñ, se personaron en Madrid dos miembros de éste, los franceses Antoine Demandré y Philippe Boiston. Entre bastidores se movía otro rival: el escultor turinés Nicolás Casana, que gozaba de la simpatía del arquitecto director, Giovanni Battista Saqueti. Tuvo en principio que dejar a un lado a sus rivales y dar comienzo al montaje del taller. Como apoyo oficial a su misión recibió el nombramiento de Escultor Principal del Taller.

El sistema puesto en marcha por Olivieri es similar al desarrollado por maestros destacados como Bernini. Existe una normativa que, aunque con determinados cambios, se mantuvo y acabó imponiéndose. La primera operación es la recepción de los diseños del arquitecto mayor, Saqueti. A partir de este



Viene de la página anterior



momento toda la operación es de plena responsabilidad de Olivieri. Elabora un modelo de cera en pequeño tamaño para que los oficiales hagan otro de barro cocido. Devuelto a Olivieri, lo examina y corrige. Los oficiales hacen seguidamente un modelo grande en yeso que, tras nueva supervisión por Olivieri, sirve de modelo para la estatua en mármol. Labrada la escultura, es entregada al oficial pulidor, que la dará por concluida en luciente mármol. Pero entiendo que esta operación de afinado es de todo punto fundamental, pues es el momento en que el mármol deja ver sus cualidades sin restar expresión a telas ni carnes. Tan fundamental es, que Olivieri tuvo un durísimo enfrentamiento con su oficial pulidor, Alejandro Fossati, pues aunque el trasfondo de las diferencias era moral (el amancebamiento de Fossati), la importancia del trabajo es lo que tuvo que servir de apoyatura a su arrogancia.

Que Olivieri se halla en la cumbre de la operación se acredita porque de él depende que se introduzcan enmiendas, se acepte la obra o se rechace de plano. La invención recae sobre Olivieri, aunque en la ejecución intervengan otras manos. El personal ayudante es elegido por Olivieri, previo examen que él preside. Era un sistema cerrado y unitario. Es verdad que en 1743 Felipe V ordenó algunos cambios, como el de dejar en manos del intendente la contratación del personal. Otra decisión del rey muy acertada fue la de obligar a que toda la escultura se realizara en Madrid; eso facilitó la emigración de escultores de toda la Península, con el consiguiente refuerzo para el centro escultórico de la Corte.

Actividad múltiple

Pero si Olivieri es acreedor al mérito singular de la creación del taller, la multiplicación de su actividad hizo necesaria la participación de otro escultor, el español Felipe de Castro. Tárraga puntualiza el funcionamiento del taller a partir de 1749, en que se ejerció la doble dirección Olivieri-Castro. A este período precisamente pertenece la serie más considerable: las estatuas de la balaustrada. Es evidente que, aparte de la mayor complejidad del trabajo, de las rivalidades y desavenencias con Olivieri, el monarca trató de equilibrar la dirección con el doble mando italiano y español. Quiere ello decir que en la historia del taller no puede desmerecer la aportación de Felipe de Castro. Formado al lado de Giuseppe Rusconi y Filippo della Valle, recibía Felipe de Castro en 1740 una pensión de Felipe V que le permitía permanecer en Roma. En 1745 le contrataba a su servicio el rey de Nápoles, el futuro Carlos III de España. Los éxitos alcanzados por Castro en Roma llegaron a la corte de Madrid y Fernando VI no desaprovechó la ocasión, solicitando su regreso. Llegado a España, Fernando VI le nombró Escultor de su Real Persona, concediéndole la exclusiva de los retratos de él y doña Bárbara de Braganza. En 1749 se incorpora al Taller de Palacio.

La incorporación de Castro supuso un refuerzo en el funcionamiento del taller, envidias aparte. Los dos son directores, se reparten la dirección y la responsabilidad. Cada uno hace sus propuestas de colaboración; cuando tasan, lo hacen por separado. No hubo por ello un resquebrajamiento de la autoridad; debe alabarse la decisión regia, pues pudo aumentar la capacidad productiva del taller. Por un lado, se ponía en ejercicio la competitividad, tan provechosa en materia de arte. Por otro, la presencia del director español tuvo que congraciarse a la colaboración hispana. Por similares motivos (acelerar y estimular), el Cabildo de la catedral de Toledo convocó para la realización de la sillería de coro a Alonso Berruguete y Felipe Vigarny, un español y un francés.

En el menester de Olivieri figuraba la búsqueda y selección de materiales. El ejemplo venía de atrás: para la escultura griega, los mármoles del Pentélico; para la italiana, los de Carrara; para la española, en primera instancia, el alabastro de Cogolludo, y en empresas de mayor alcance, la importación del mármol italiano embarcado en Génova. Bartolomé Ordóñez murió en Carrara en 1520, donde realizaba el sepulcro del cardenal Cisneros.

Olivieri acudió personalmente a las canteras para seleccionar el material, instruir en la forma de cortar los bloques y señalar las rutas más convenientes para el transporte. Rentabilidad y economía eran aspectos cuidados por la Hacienda Real. El taller de Olivieri asumía la totalidad de funciones; lo único que contaba era la bondad del producto acabado. Mediante plantillas dibujadas por el director del taller, provistas de formas y medidas, los canteros facilitaban el cómodo acarreo de las piezas a Madrid, donde recibirían el tratamiento escultórico. Pero la clasificación de los bloques facilitaba el acomodamiento en las carretas y el menor deterioro. Ciertamente hubo en España tratados referentes al «corte de piedras», pero hacían referencia a la arquitectura; lo que en el Taller de Palacio se ponía en ejecución era la preparación de bloques para la escultura.

Una afanosa indagación sobre canteras se puso en marcha. Informes muy precisos se hacían acerca de las calidades. La distancia era factor que se tenía en cuenta debido a los problemas del transporte. Núcleo de las discusiones fue el mármol, pues gozando de la mayor estima el de Carrara, el elevado precio frenaba las importaciones. Y en este sentido hay que alabar la buena disposición e imparcialidad de Olivieri. Tárraga Baldó ha demostrado que son de Olivieri dos relieves de la Academia de San Fernando que componen una Anunciación por separado. El relieve del arcángel San Gabriel está hecho en mármol de Carrara; el de la Virgen, en mármol de Badajoz. Para Olivieri no había duda de que el mármol extremeño era tan bueno como el de Carrara.

La obra escultórica

Un volumen completo se destina a la catalogación de la obra escultórica, aspecto que suele acaparar la atención de los estudiosos. Nosotros entendemos que el sistema del que nos hemos ocupado fue lo esencial de su misión. Precisamente su huella personal se hace imposible de seguir en los consejos, correcciones y modelos que a la postre harían los colaboradores. Pero se hace necesario conocer obras que íntegramente hayan salido de su mano. La lista de autores de las estatuas ya fue dada a conocer por el profesor Plaza, pero ahora se aportan precisiones. No queda parcela escultórica del Real Palacio que quede exenta de autoría. Y en este orden de cosas los trofeos y las máscaras quedan identificados y analizados como obra del taller, en que el modelo del director es patente.

Con nueva documentación se enriquece la serie escultórica de la Real Academia de San Fernando. Pero aparte de la obra escultórica, se considera que fue Olivieri quien aportara la misma idea de la Academia y la pusiera en práctica a través de la Junta Preparatoria, donde por cierto ya inició el mismo sistema directivo para la escultura que aplicó en el Taller de Palacio. La Real Academia, de la que llegó a ser director general, vino a representar la continuidad del Taller de Palacio, ya que, disuelto al finalizar los encargos, la nueva institución regia se desenvolvió con el sistema de dibujos, modelos en cera, barro cocido, yeso y escultura definitiva en mármol.



Olivieri (Taller): *Hércules (?), Júpiter (?)*.
Palacio Real de Madrid: Fachada principal.



Olivieri (Taller): *Baco*.
Palacio Real de Madrid: Fachada principal.

El catálogo se extiende a otros edificios del Real Patrimonio, como el Palacio de Aranjuez. Olivieri realizó en la plaza de San Antonio el monumento a Fernando VI, lo que representaba algo nuevo traído de Francia: la exhibición de la figura del monarca en la vía pública. Hoy la estatua se exhibe en la madrileña Plaza de la Villa de París.

Pero hay un monumento que hubo de solicitar el cincel personal de Olivieri: las Salesas Reales. Fundado el monasterio por Bárbara de Braganza, representaba una difícil prueba el satisfacer a una reina de tan exquisito gusto artístico. Desgraciadamente guardan silencio los documentos y hay que recurrir al análisis estilístico. Lo único seguro es la remesa de mármol de Carrara, testimonio de que obra tan distinguida exigía el mejor material.

Hubo colaboraciones, pero en ciertas figuras Tárraga Baldó deposita la autoría de Olivieri. El medallón que representa la «Visitación», en la fachada principal, es el emblema del monasterio, centro de la contemplación. Obra de la plena intervención de Olivieri, está realizado en tres bloques de mármol de perfectísimo ajuste, con un rebajamiento del bulto requerido por esa perspectiva pictórica en la que fueron maestros los escultores italianos. En el retablo mayor resaltan la «Fe»

y la «Caridad», labradas en un solo bloque de mármol, al que se acomodan rostros, manos y niños, entre vestiduras de elegantísimos pliegues. En su afán por clasificar las piezas, Tárraga acude al barroco italiano y a un reposado «manierismo» que entonces cundía. Por mi parte me atrevería a sugerir que lo que encarna Olivieri es un estilo «internacional», dado que lo italiano está a la vez presente en su patria, Madrid y Mafra. Son obras que afrontan el ideal de sublimidad, esencia de lo que no pasa, de lo regio y de lo divino. Y donde resplandece el secreto de toda la producción de Olivieri: ese perfecto refinado del producto que recaía en el oficial «pulidor».

Ante el requerimiento de definir el estilo de Olivieri, puede decirse que ofrece sólo algunos aspectos peculiares. Pero no se olvide la mentalidad del siglo XVIII, tendente en todas las cortes europeas a dejar constancia del buen gusto. Podría decirse de Olivieri que está dentro de ese alto nivel medio de la escultura italiana del siglo de la Ilustración. Que era un distinguido escultor queda atestiguado en este excelente libro con profusa documentación y aguda crítica, haciendo justicia al juicio breve pero decisivo aportado por Ceán Bermúdez: «Ningún profesor ha sido más útil en España que Olivieri».

RESUMEN

En pleno alza de publicaciones referentes al arte cortesano, la aparición del libro de Tárraga Baldó realza el papel de la escultura en la época de los Borbones. Para Martín González, el libro rebasa el carácter de biografía

de artista, pues apunta a desentrañar el significado de la escultura como arte de la imagen al servicio de la realeza. Olivieri vino a ser el instrumento de la potenciación del centro escultórico de Madrid.

María Luisa Tárraga Baldó

Giovan Domenico Olivieri y el Taller de Escultura del Palacio Real

Patrimonio Nacional, C.S.I.C. e Instituto Italiano de Cultura, Madrid, 1992. 413 (vol. I), 695 (vol. II) y 925 páginas (vol. III). 21.630 pesetas.

Comprender la vida desde la química

Por José María Mato

José María Mato (Madrid, 1949), bioquímico, doctor por la Universidad de Leiden, es profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su actividad científica está relacionada con los mecanismos moleculares de diversos procesos metabólicos y la señalización celular.

Premio Nobel de Medicina (1959) y profesor del Departamento de Bioquímica de la Universidad de Stanford, California, Arthur Kornberg es, sin duda, uno de los bioquímicos que de forma más notable ha contribuido al desarrollo de las técnicas que permiten manipular y modificar el DNA y, por lo tanto, a poner en marcha una revolución que ha cambiado para siempre la naturaleza de la Biología y su papel en la sociedad.

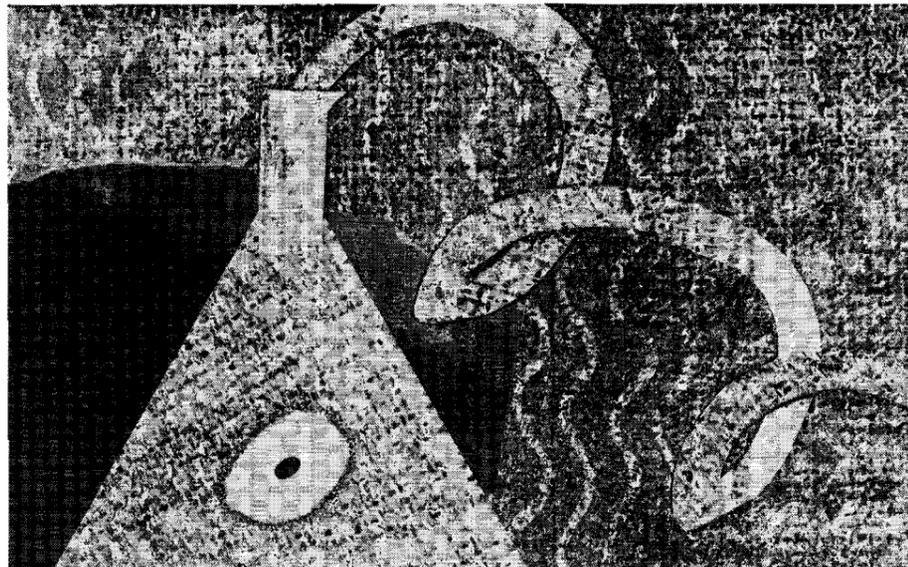
Es frecuente que los científicos, sobre todo los más jóvenes, no conozcan la historia de la Ciencia, incluso la de su especialidad. Las revistas científicas cuentan de manera lógica y escueta los resultados de las investigaciones, pero no informan sobre cómo se desarrollaron los acontecimientos. Narrar la historia de la Ciencia es, sin embargo, una tarea necesaria. Para contarla, Arthur Kornberg ha recurrido a un relato personal de la forma en que los avances de la Bioquímica y Enzimología nos han permitido comprender diversas áreas de la Biología en términos químicos.

Pasión por las enzimas es, ante todo, una autobiografía. Kornberg ha combinado la biografía humana con la científica, y a lo largo de todo el libro, de manera constante, se exponen sus ideas sobre el progreso científico. La historia que describe Kornberg es la de sus trabajos de laboratorio y la de las preguntas y discusiones que condujeron a esos experimentos. Es, por lo tanto, un libro sobre el método científico y la vida académica en el que, además, aparecen algunos rasgos sobre la personalidad y actividad investigadora de varios de los científicos más importantes con los que estuvo relacionado, entre los que se encuentran Theorell, Hopkins, Carl y Gerty Cori, Ochoa, Lynen, Hayaishi, Berg, Korn o Hurwitz. Ha combinado la ciencia, de la que se dice bastante, sobre todo de la maquinaria replicativa del DNA, con el ambiente científico en los NIH, Universidad de Nueva York, Universidad de Washington, St. Louis o Universidad de Stanford, en donde se realizaron los experimentos a los que se refiere en este libro.

(¿Por qué en muchos de los institutos/departamentos de investigación de nuestro país hay todavía un ambiente científico pobre y es poco corriente que se compartan los intereses científicos con frecuentes seminarios en los que se discuten resultados, experimentos o recientes publicaciones? ¿Por qué nuestros institutos/departamentos, en vez de pretender cubrir decenas de temas —con frecuencia de manera poco competitiva—, no se concentran esencialmente en unos pocos? Estos son, sin duda, algunos de los obstáculos que tiene aún que superar la ciencia española.)

RESUMEN

El libro que comenta José María Mato es un relato personal de la forma en que los recientes avances de la Bioquímica y Enzimología se han producido y trata de mostrar cómo



G. MERINO

El primer contacto importante de Kornberg con la investigación fue en 1942, en el Laboratorio de Nutrición de los NIH, que había sido iniciado por J. Goldberger (1874-1929), uno de los primeros científicos en reconocer que un defecto vitamínico podía causar una epidemia. Su entrada en el campo de la investigación en nutrición coincidió, no obstante, con el ocaso de esta ciencia. Los grandes hallazgos de las vitaminas, que resolvieron las enfermedades enigmáticas (pelagra, beriberi, escorbuto) que durante siglos habían plagado el mundo, ya habían sido hechos. En consecuencia, durante los años cuarenta y cincuenta los líderes bioquímicos se apartaron de la nutrición para dedicarse a estudiar los aspectos moleculares del metabolismo al percatarse de que las enzimas eran la fuerza vital de la Biología, los lugares de acción de las vitaminas y el medio de llegar a comprender, desde un punto de vista químico, el fenómeno de la vida. Actualmente, y no es menos cierto en nuestro país, la nutrición sigue siendo una ciencia que anda a rastras, ha sobrepasado su dominio científico y se encuentra llena de prejuicios y charlatanerías, siendo en numerosas ocasiones más una actividad política, económica y social que una ciencia. El futuro de la nutrición está en la investigación de problemas bioquímicos básicos con independencia de las cuestiones sociales amplias, siendo para ello necesario invertir en la formación y apoyo de los científicos que realicen estas investigaciones.

Reconocimiento bioquímico

En 1946, después de haber contribuido a aislar otra de las vitaminas del complejo B, el ácido fólico, Kornberg abandonó la nutrición y pasó un año en el laboratorio de Ochoa y seis meses con Carl y Gerty Cori, la quintaesencia de la Bioquímica, para aprender Enzimología. A su vuelta a los NIH continuó trabajando sobre enzimas, y en 1950 publicó cuatro artículos sobre la síntesis enzimática de NAD, NADP, FAD y pirofosfato, que le valieron el reconocimiento de la entonces pe-

mo la facultad de manipular y modificar el DNA ha puesto en marcha una revolución que ha cambiado para siempre la naturaleza de la Biología y su papel en la sociedad.

queña comunidad internacional de bioquímicos. (En Bioquímica, como en cualquier otra ciencia, para tener una carrera afortunada es esencial haber tenido una buena formación experimental, pues el método científico —que básicamente consiste en mucho trabajo, planificación cuidadosa y un toque de imaginación— sólo se asimila cuando se ha estado trabajando duramente en laboratorios en los que se practica este método.)

Desde la aparición de estos primeros trabajos, Kornberg ha sentido fascinación por las enzimas, sobre todo por las que están implicadas en la replicación del DNA, y así lo expresa en su libro, en el que intenta —y lo consigue— resarcir las olvidadas raíces bioquímicas de la Biología Molecular. La popularidad y poder de la ingeniería genética, así como las modas científicas, han dejado a un lado la Bioquímica y la Enzimología, y las enzimas han pasado a ser, para muchos investigadores y para la mayoría de los estudiantes, reactivos comerciales de laboratorio. El bioquímico persigue tradicionalmente una función —síntesis de glucógeno, replicación del DNA— para descubrir la estructura responsable de ella, y el biólogo molecular, por el contrario, persigue una estructura —DNA o cualquier proteína— para encontrar sus funciones. Para ello, este último modifica un DNA, lo introduce en una célula y estudia su respuesta para tratar de deducir la función de dicha estructura.

A lo largo de todo el libro subyace, de manera constante, la pregunta sobre si los gustos inversores de las agencias gubernativas de investigación y fundaciones se ocuparán de nuevo de las enzimas y proteínas. La historia que describe Kornberg parece sugerir que sí, que las grandes cuestiones de la Biología relacionadas con la organización y control funcional de los cromosomas, el desarrollo celular, etc., no podrán resolverse sin ocuparse con renovado interés de las enzimas y proteínas, que son el motor y la estructura celular. Es ahí, en la confluencia de la Biología Molecular y la Bioquímica, en donde se encuentran ahora las grandes posibilidades creativas.

No son sólo la Bioquímica y la Biología Molecular las áreas que deben confluir. Como Kornberg indica en su libro, para comprender la vida habrá que explicarla en términos químicos, y será necesario que la Biología y la Química confluyan. Los químicos tienen que comprender que la evolución celular ha perfeccionado las moléculas y las sociedades moleculares hasta alcanzar un elevado grado de sofisticación. La química organometálica, la catálisis, la estereoespecificidad, tienen mucho que aprender de las ciencias biológicas. Igualmente, los biólogos tienen que entender que la extraordinaria belleza de la naturaleza, su evolución, complejidad y variedad, se pueden

y deben describir en términos químicos. Las razones de la existencia de esta separación entre Biología y Química son muchas y complejas, pero una de ellas es la educación. En la actualidad se puede ser biólogo sin tener una buena formación universitaria en Química, e igualmente se puede ser químico sin apenas tener conocimientos de Biología, y estas diferencias culturales entre biólogos y químicos dificultan su interacción. A esto hay que añadir el desconocimiento generalizado de la Física de biólogos y químicos. Los contenidos de la enseñanza y el sistema educativo son de enorme importancia en la formación de buenos investigadores.

En su libro, Kornberg también analiza cómo deben ser los vínculos entre el mundo académico y el industrial para asegurar el buen desarrollo de la biotecnología. La investigación en Biología persigue dos objetivos: uno es comprender la vida y el otro es controlarla. En esta división de la ciencia entre básica y aplicada se encuentra uno de los problemas más importantes de la actividad científica. La ciencia y la tecnología son interdependientes y están frecuentemente unidas, y aunque la tecnología puede ocasionalmente abrir el camino hacia un descubrimiento científico, no podemos olvidar que no podría existir sin apoyarse en la Ciencia básica. Los progresos tecnológicos, más fácilmente comprensibles por la sociedad, con frecuencia hacen olvidar su base científica y hacen que el producto comercial aparezca como más importante que el conocimiento básico en el que se sustenta.

Existe el riesgo, como consecuencia del éxito y de la creciente popularidad de la investigación biológica aplicada, de que la financiación de la misma se ocupe más del desarrollo tecnológico que de la ciencia básica. No debe olvidarse que el nacimiento de la biotecnología y la revolución que ha habido en las ciencias médicas ha sido posible gracias al enorme apoyo que ha recibido la investigación básica, y que la estrecha relación entre compañías comerciales de diferentes sectores y actividades y los departamentos universitarios y centros de investigación básicos han creado la inmensa industria química, farmacéutica o electrónica en Alemania, Estados Unidos o Gran Bretaña. La investigación básica es el sustento del desarrollo tecnológico, y este principio debe mantenerse por encima de las presiones para obtener beneficios económicos.

En el caso de España, en los últimos años la investigación básica ha crecido de manera notable y sin precedentes, debido sin duda al incremento de los recursos humanos y económicos, así como al sistema competitivo de financiación de la investigación, y los datos cuantitativos, como el número de publicaciones españolas en el *Science Citation Index*, indican que nos acercamos a los países más desarrollados de nuestro entorno. El desarrollo tecnológico, sin embargo, ha tenido un crecimiento más lento debido al menor incremento de la aportación de las empresas a la investigación, así como a la falta de interacción de la misma con la actividad económica y empresarial. Es necesario, no obstante, seguir impulsando la ciencia básica, ya que únicamente a través de la investigación innovadora y de calidad se produce la confluencia con la empresa y el desarrollo tecnológico.

En el próximo número

Artículos de Manuel Alvar, Julián Gállego, Domingo García-Sabell, A. Domínguez Ortiz, J. M. López Piñero, J. A. Campos Ortega y Medardo Fraile.

Arthur Kornberg

Pasión por las enzimas

Pirámide, Madrid, 1992, 310 páginas. 2.700 pesetas.

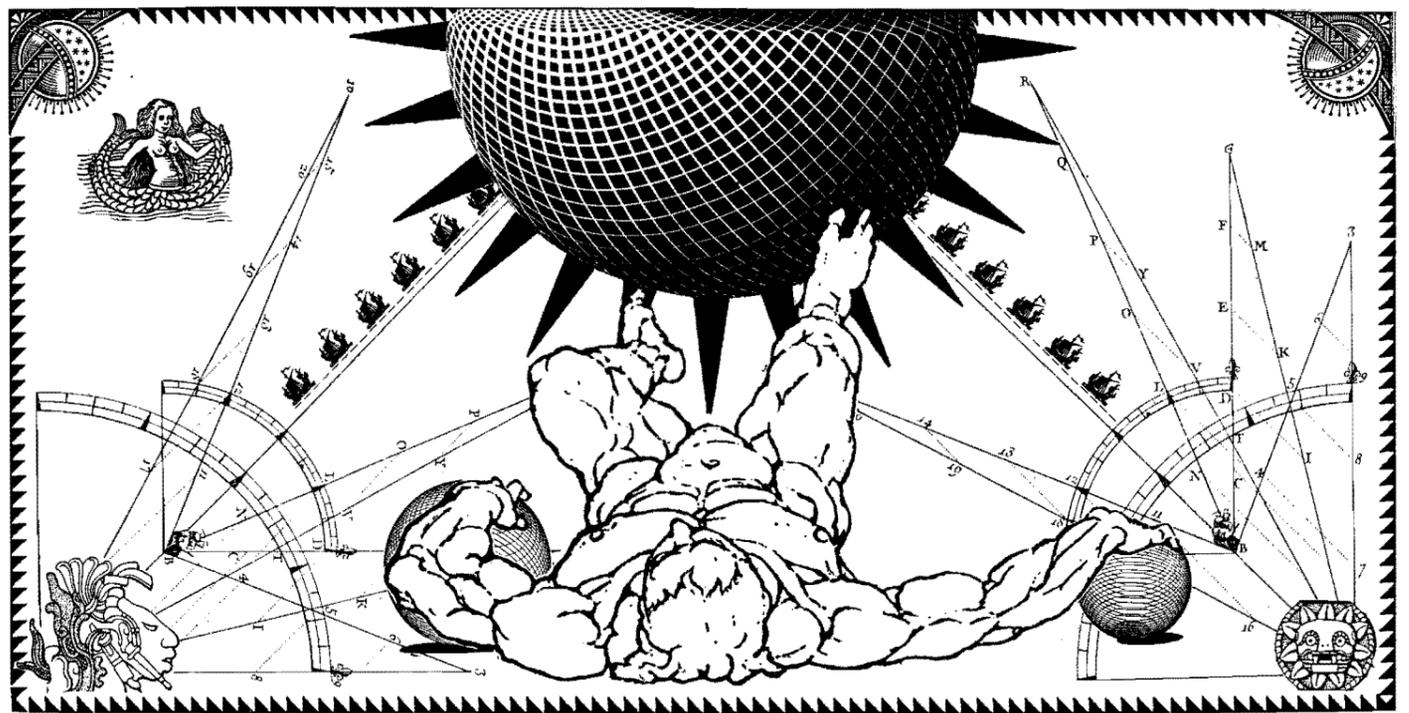
Gracias a la vida que me ha dado tanto

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) es catedrático jubilado de universidad, académico y ha sido director de la Real Academia Española. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del Español.

Tentar en apretada síntesis la historia y significado de este primer medio milenio del Nuevo Mundo es un riesgo para el que hace falta no poco valor. Porque la occidentalización de estos cinco siglos no ha sido un discurso lineal —no importa si vivido con un determinado sentido o con otro—, sino un caminar zigzagueante, entreverado y, a las veces, con ictus. De ahí que la obra que leo tenga diversos métodos en su interpretación y hasta variados estilos para acomodar el relato a lo que la historia fue o está siendo. Por eso parece coherente que el tratado se divida en tres partes harto diferentes, aunque cada una de ellas —y las tres unidas— procuren darnos la vida de esa criatura a la que llamamos América. Digamos: la Colonia, la Ilustración y la Independencia, el siglo XX. Este simple enunciado nos habla de heterogéneas pretensiones: asentar el vivir occidental bajo la impronta de España, la crisis de una tradición, las decisiones de unos acontecimientos disgregadores, y, por último, la pérdida de protagonismo de la América española, arrastrada por el mundo anglosajón. Dentro de lo que pudiera ser ámbito de mi competencia, mi interés queda supeditado a la primera de estas partes y, parcialmente, a la segunda; la tercera se aparta de lo que es filología por muy amplio sentido que demos a esta palabra. Entonces voy a proceder al análisis de aquello en lo que he practicado mi propia vocación.

El libro, en su primera parte, es un libro de valor muy singular. Y lo es porque plantea unas cuestiones metodológicas que lo apartan de lo que son los análisis al uso. La conmemoración del V Centenario ha producido un desarrollo eruptivo de los estudios americanistas entre nosotros. Quiero decir que infinidad de trabajos no han pasado de tener un carácter ocasional: gentes que no conocen América, que nunca se habían asomado a sus problemas, han especulado con mayor o menor fortuna de una realidad que les es ajena. Los productos con-



ALVARO SANCHEZ

seguidos son estudios —cuan beneméritos como queramos— en los que se araña una superficie sin llegar al meollo de los problemas. Trabajos superficiales, temas intrascendentes o motivos deshilvanados. Como siempre, la obligación ocasional de cumplir con un compromiso. Pero éste es un libro diferente: no es la tarea hecha desde fuera, sino su realización desde dentro. Con otras palabras, no es aplicar una doctrina ajena a unos hechos, sino ver cómo los hechos generan doctrina. Simplificando diría que lo que ahora estudio es la eclosión de una vida, no la condición de una circunstancia ajena a la vida misma.

Para mí es éste un valor singular. Los europeos llevaron al Nuevo Mundo una visión formada en las fraguas lentamente elaboradas de su tradición. Digamos su Aristóteles, su Plinio o su literatura medieval. Pero en su momento comprenden que todo aquello no sirve de nada, que ni siquiera lo que pueda parangonarse tiene el menor parecido, digamos las sirenas que el Almirante vio en Monte Christi, las sierpes trocadas en modestísimas iguanas o los unicornios que protegían las dolencias

de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. El mundo que los europeos traían conformado dejaba de ser eficiente y tuvieron que rechazarlo; entonces América abre sus misterios y la realidad debe explicarse no por lo que científicamente se cree, sino por lo que en realidad es. Este es un paso decisivo porque se hace una delimitación entre el ensueño y la vida, con lo que surge la concepción renacentista del mundo y el deslinde marca el fin de la Edad Media. Colón, a pesar de lo que se ha dicho, siguió siendo un hombre medieval; sólo después de él se produjo la diferenciación que no permitió seguir confundiendo la experimentación con las fábulas. Creo que acierta el autor al decir que «los hombres del Renacimiento descubrieron al Hombre y al Mundo porque lo llevaban dentro de su corazón, aunque a veces no tenían conciencia de ello». Claro que América fue el estímulo para que el misterio pudiera desvelarse y no basta con pensar que Colón aún no diera el salto definitivo, sino que el mundo occidental evolucionó sobre los presupuestos de aquel visionario y no quedó rezagado, sino que siguió su evolución, y aunque veamos tantos y tantos elementos medievales en la empresa de América, también descubrimos otros muchos que pertenecen ya al Renacimiento: digamos, de una parte, romancero, literatura rezagada, arquitectura morisca; de otra, la realización en América de aquella unidad del género humano «que estoicos y cristianos proclamaban... y ya no habría de olvidarse nunca». Más aún, cuando trata de la evangelización, el *Diario* del descubrimiento no es otra cosa que una aplicación del ideal medieval de Marco Polo, no tomado en consideración por los pontífices y que Castilla —valiéndose de aquel hombre predestinado— iba a poder llevar a cabo.

La realidad va alumbrando el ensueño y haciendo desaparecer las sombras que, aún, se reconocían aquí y allí. No es Colón quien da su visión de América, sino América quien exige una nueva consideración de la realidad, por más que imponga sus prosaicas razones. He hablado de las sirenas, pero el Almirante, aun viendo aquellos monstruos tan fuera de razón, no abdica de su ensueño por más que en otra ocasión reitera su obcecación y deba reconocer que no ha visto ninguna otra clase de monstruos. Y así en todo: don José Prat señala cómo América determina la política del Renacimiento y hace surgir una nueva valoración de los conceptos de conquista, guerra justa y dignidad del hombre. No ajeno a todo esto fue el célebre discurso por la paz que Carlos V pronunció ante el Papa el 17 de abril de 1536 y el *Antijovio*, alegato de Jiménez de Quesada escrito en Santa Fe de Bogotá contra el obispo de Génova. (Lo teníamos en edición moderna y acaba de reimprimirse en dos volúmenes: estudio del historiador español Manuel Ballesteros; edición del filólogo colombiano Rafael Torres Quintero.)

América inventa, ni más ni menos, el derecho internacional. El dominico Francisco de Vitoria ha creado el instrumento «cuyas consecuencias se dejarán sentir por los siglos, y de ellas vivimos todavía». Lo importante de este cuerpo doctrinal no es la teoría, sino la aplicación a los casos concretos. Se llamarán *Relección primera sobre los indios recién descubiertos* (1539) y *Relección sobre los indios o del derecho de guerra de los españoles con respecto a los extraños*. Todos los problemas que se suscitan nacen, precisamente, de la consideración de los motivos americanos. Como

En este número

Artículos de			
Manuel Alvar	1-2	J. M. López Piñero	8-9
Julián Gállego	3	J. A. Campos-Ortega	10-11
Domingo García-Sabell	4-5	Medardo Fraile	12
Antonio Domínguez Ortiz	6-7		

SUMARIO en página 2





Gracias a la vida que me ha dado tanto

la célebre junta de teólogos y juristas de Burgos (1512) se había convocado años atrás para defender los derechos de los vencidos. Merece la pena refrescar lo que debatía: los indios no eran esclavos ni gentes inferiores, rechazaba las bulas pontificias que autorizaban a disponer de territorios ajenos, negaba la autoridad universal del emperador, no aceptaba la imposición de la fe por medios violentos, no hay razas superiores... Unas palabras de las *Relecciones* bien valen para los días en que vivimos: «Supuesta la autoridad de los gobiernos para hacer la guerra, no deben buscar ocasión de acometerla, sino vivir en paz con todos los hombres; si a ella se acude, sólo puede ser por causa justa, y sus medios no pueden extenderse al exterminio del pueblo enemigo». Habrían de pasar siglos y América nos daría otra gran lección: la eliminación de la esclavitud. A raíz de la Independencia, los pueblos de nuestra América van desgranando el rosario de las libertades. Es libre cualquier hombre que pise el territorio de los nuevos estados. Y así lo dicen las constituciones a partir de 1821, mien-

tras que haría falta llegar a 1865-70 para que la esclavitud fuera abolida en Estados Unidos, y a 1888 para que se suprimiera en Brasil.

Concepción de la naturaleza

Todo se va enlazando. América, desde su propia entraña, hizo cambiar el derecho de gentes, pero modificó —algo hemos dicho— la concepción de la naturaleza, pues «la experiencia de nuestros tiempos es madre de todas las cosas» y surgen ininidad de tratados sobre la *Historia natural de las Indias*, con aplicación a todas las ciencias experimentales que se conocían: la nómima, ciertamente, es importante y se llega así a las *Relaciones geográficas* de Felipe II. Detengámonos en ellas. Al estudiarlas el investigador del siglo XX queda sobrecogido. El rey envía sus formularios: deben rellenarse por los indios y no por los españoles; las mil preguntas constituyen un espléndido ejemplo de lo que debe ser una investigación antropológica. Con el ambiente que rodea al hombre, con su vida interior, con lo que es su pequeño mundo. Y se habla de geografía, de historia, de creencias, de comidas, de viviendas, de aumento o disminución de la población aborigen y las causas que la han condicionado, de leyendas y mitos... No lo hubiéramos hecho mejor quienes nos dedicamos a las encuestas sobre el terreno, y los resultados tampoco hubieran sido mejores: la lengua, la coexistencia de sistemas, las invasiones. Todo un inmenso mundo que abruma por su riqueza y que espera nuestra indagación. Estudié las *Relaciones* de Yucatán y los informes adquiridos fueron sorprendentes y variados. El español había penetrado por doquier, pero los informantes eran hombres libres que nos regalaban el tesoro de su saber: el mayence de la tierra, el náhuatl de la imposición azteca, el español de Castilla. Pretender agotar lo que se nos dice sería el cuento de nunca acabar, pero don José Prat investiga desde dentro y no desde fuera, y en ese desde dentro estaba —bien lo ha visto— la posición de los españoles del siglo XVI.

Estas *Relaciones* nos llevan al problema de América y los estudios lingüísticos. Que me

valgan las palabras del autor: «Produce asombro la simple lectura de los inventarios bibliográficos que en el siglo XVI y en el XVII se redactaron, copiaron e imprimieron de innumerables lenguas y dialectos del Nuevo Mundo». Son las que se enumeran en el capítulo y es, también, la proyección hacia Japón una vez que se descubrió el camino de Filipinas y la tornavuelta que encontró el Padre Urdaneta. José Prat lo ha dicho con palabras veraces: «Esos vocabularios nacen al calor del entusiasmo apostólico». Añadir comentarios sería amortiguar verdades que bien claras quedan. Y, en el fondo, Nebrija, dignificando a las lenguas indígenas como antes se había hecho con la propia de Castilla.

Los comentarios que suscita esta parte del libro no tendrían fin. Y leer *América y las letras europeas* nos lleva a mil cuestiones que van desde el arcaísmo (perseverancia de Juan de Mena, defensa de los metros tradicionales), pasan por el tradicionalismo y se arregostan en el barroco. Bien pueden aducirse contemporáneos nuestros como Maxime Chevalier o Giovanni Meo Zilio que sirvan de lazarillos. O María Rosa Lida o Amado Alonso o Alicia Colombí. Y se creó, sobre la base de un cancionero castellano o de un romancero viejo, la nueva visión de los héroes de América, como Winston Reynolds nos instruyó a propósito de Hernán Cortés o Ervin Leonard con los libros que los conquistadores leían. No acierto a poner fin. Nos van quedando los mitos de la Utopía. Para mí, América sigue siendo la Utopía por hallar, y la literatura fantástica que conforma el arte de tantos cronistas sigue es-

tando hoy viva en los relatos de Miguel Angel Asturias, de Jorge Isaacs, de Juan Rulfo, de Arguedas o de García Márquez. Y ya algo que es familiar a don José Prat, las instituciones políticas, el derecho, la democracia, el sentido de la hidalguía, sí, con su nueva visión del hombre y del mundo, de la dignidad del trabajo por encima del decoro de la sangre. Cada palabra encierra un tratado y cada línea es un mundo de renovadas emociones. Está, claro, la infinita torpeza de los hombres, pero el ademán, el gesto generoso, la conciencia comprometida, ¿no son caminos hacia la libertad? ¿Dónde el Emperador hubiera perdido su tiempo en escuchar a frailes apasionados?

La segunda parte es otra cosa. América ha cambiado y pienso en *Los navíos de la Ilustración*, de Ramón de Basterra. Otra vez misión de España. Y pienso en los caudillos de la independencia. ¿Por qué no han de ser nuestros? Y la América de la tercera parte, la que vivimos hoy quienes pisamos las trochas todas del continente, y quienes nos acercamos a sus gentes —a las más ilustres y a las más pobres— con espíritu de amor. Hace unos pocos años trabajaba en la República Dominicana, lejos de Cotuí, en un bohío con una familia de color que me dio su mesa y no me dejó marchar sin concluir el trabajo. Lo acabé, rayana la noche. Fui a la taberna donde me esperaban mis colegas. Al entreabrir la puerta, Violeta Parra cantaba: *Gracias a la vida que me ha dado tanto*. Y hoy la escena se repite y doy gracias por poder leer este libro, discutirlo si a bien viene, sentir con él la emoción de ser español. □

Qué es

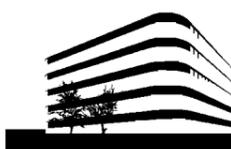
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Desde su especialidad filológica y, sobre todo, desde su vocación americanista, Manuel Alvar se encara con un libro sobre la América descubierta, que no es producto rezagado de los fastos conmemorativos del V Centenario,

sino un ensayo sobre ese enriquecimiento mutuo, sobre lo que Europa llevó al Nuevo Mundo, y lo que éste, a su vez, le proporcionó; es, en fin, una obra sobre esa Utopía por hallar que es, para Alvar, todavía América.

José Prat

Medio milenio del Nuevo Mundo

Ediciones de la Diputación de Albacete, Albacete, 1992. 223 páginas. 1.000 pesetas.

SUMARIO

	Págs.
«Gracias a la vida que me ha dado tanto», por Manuel Alvar, sobre <i>Medio milenio del Nuevo Mundo</i> , de José Prat	1-2
«El Park Güell, "hortus conclusus"», por Julián Gállego sobre <i>Hacia la arquitectura de un paraíso. Park Güell</i> , de Conrad Kent y Dennis Prindle	3
«La posesión de la realidad», por Domingo García-Sabell, sobre <i>Creer, esperar, amar</i> , de Pedro Laín Entralgo	4-5
«El Islam de Al-Andalus», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre <i>El Islam de Al-Andalus. Historia y estructura de su realidad social</i> , de Miguel Cruz Hernández	6-7
«La terminología médica y las "dos culturas"», por José María López Piñero, sobre <i>Diccionario enciclopédico ilustrado de medicina Dorland</i> , de E. J. Taylor (ed.)	8-9
«Ciencia: desconfianza y desconocimiento», por José Antonio Campos-Ortega, sobre <i>The unnatural nature of science</i> , de Lewis Wolpert	10-11
«Gorbals, palabra contra martillo», por Medardo Fraile, sobre <i>Swing hammer swing!</i> , de Jeff Torrington	12

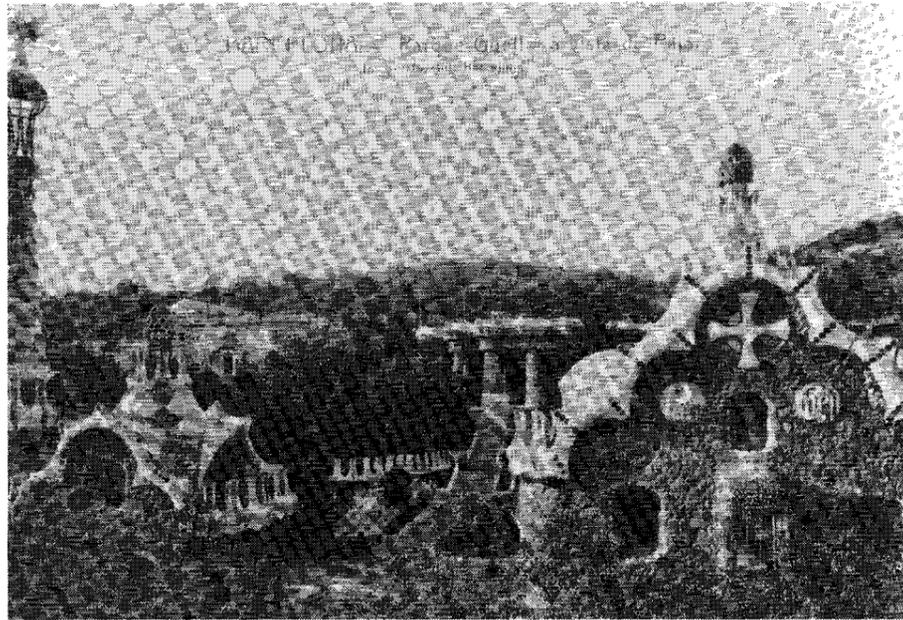
El Park Güell, «hortus conclusus»

Por Julián Gállego

Julián Gállego (Zaragoza, 1919) fue profesor de las universidades de la Sorbona (París), Autónoma y Complutense (Madrid); en esta última fue catedrático y actualmente es profesor emérito de Historia del Arte. Es académico electo de Bellas Artes de San Fernando y autor, entre otros, de los siguientes trabajos: El cuadro dentro del cuadro, Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro y El pintor, de artesano a artista.

De mis años de Barcelona recuerdo siempre, como un cuento de hadas con ribetes de dibujos animados, el Parque Güell. En medio siglo de sociología y arte conceptual, la visión de aquel jardín lleno de sorpresas y de colores, como un Bomarzo ideado por Walt Disney, se ha convertido en algo muy serio. El propio Antoni Gaudí, su inventor, ya no es un excéntrico de gusto más que dudoso, en particular para aquellas familias burguesas de Barcelona, llenas de sentido común, que se veían obligadas a curvar sus muebles y vigilar a los niños para que no se desnucaran por los balcones foliáceos, abiertos al vacío, y pasaban la vida por serpenteantes pasillos a diversos niveles aguantando esas extravagancias por una especie de patriotismo. Gaudí, para las generaciones del «Noucentisme» y del «Estilo Internacional», que produjeron en Barcelona obras maestras, tranquilizadoras, claras, lógicas y cómodas, era algo así como la falsa armadura, sin guerrero dentro, que sirve para recoger las tarjetas de visita: algo conmovedor de puro cursi, un exceso abarrocado de nuevos ricos fin-de-siglo.

Pero ha pasado medio siglo y todo lo que podía ser divertido sin graves consecuencias (la palabra «lúdico» no estaba todavía en uso vulgar) se ha convertido en tema de tesis doctoral, o cuando menos de memoria de licenciatura. Infinitos estudiantes y profesores se han lanzado a los estudios trascendentes (a modo de los de Liszt, Ferenc...) y todo lo que antes parecía un chiste, y así se notaba con el sano humor popular («el Castell dels Tres Dragons», «El Jardín del General», «La Font del Gat»...), tomó una seriedad sólo soportable a quienes estuvieran avezados a la lectura de Arnold Hauser. En vano Gombrigh trataba, de vez en cuando, de hacer un chiste para refrescar el ambiente. Hasta cierto punto (en el país de los ciegos, ya se sabe...) tengo el remordimiento de haber modestamente contribuido a transformar los forros de la historia en palimpsestos jeroglíficos, ya que fui de los primeros en considerar la seriedad de lo grotesco y la eternidad de lo efímero. Pero no podía hacer otra cosa contra la riada torrencial de lo lúdico, lo perecedero, lo emblemático, lo conceptuoso. Y así tuve que aceptar, no sólo que Gaudí era un severísimo constructor de Oriente y Occidente, sino que sus coetáneos de la Manzana de la Discordia habían logrado una concordia paradigmática. Yo, que había asistido a la demolición de las ninfas «ben plantadas» flanqueando enormes copas de champán, y la había tolerado en aras de un racionalismo europeo, veo que la casa «Loewe» ha sido condenada a restaurar sus guirnaldas y sus jarrones y sus señoritas de buen ver. De un modo hasta cierto punto más cruel, la Sagrada Familia, que era delicia de alpinistas por las cuatro torres de la fachada del Nacimiento, ricas en pelotas de loza y en tentáculos de pulpo cerámico, peineta única colocada con cierta chulería sobre la sien izquierda, se ha visto abrumada por la paralela fachada de la Pasión, llena de «expresionismo» trascendentes y de referencias arqueológicas cubistoides, con lo que cabe para el futuro esperar lo peor: el aburrimiento y el despilfarro, los dos caballos de tiro de nuestras oficialísimas culturas.



CORTESIA EDITORIAL

Yo iba, en mis curiosidades veinteañeras, descubriendo la Barcelona genial, la que tiene tanta solidez que sabe aguantarlo todo, la que se asimila las heráldicas de hierro colado y las barandillas de caramelo, los hospitales subterráneos para Nibelungos, con vías de trenes que parten hacia un destino tornasolado o atroz, los autómatas amenazadores del Tibidabo, de rictus sardónicos, el aeroplano sujeto por una viga para que no se pierda, las apariciones espectrales, pero tan vivas, del Grand Gilbert o de Mery Alda, estrella del cinematógrafo, en la Bodega Bohemia, cerca de la «Fira de Sant Ponç», oliendo a hierbas y flores secas, y allí cerca «Els Tres Tombs» vestidos de frac, a caballo en sus blancos corceles para impetrar las bendiciones de San Antón. Yo veía la casa de la Papallona, y el aire cairota de Casa Vicéns, y el puente veneciano de la Generalitat, junto a los santos de Olot y las palmas de Ramos, entre un socarrado olor a coca de piñones. La Barcelona de los negocios serios, la de Ensanche arriba, cada vez más arribista, hasta que desaparecieron las torres menudas del Putxet y las altas chimeneas de las jáquimas, venía amenazando, con sus «american bars» y sus «boîtes» existencialistas para matrimonios pudientes.

Colina encantada

Para entender el Parque Güell eran necesarios dos profesores americanos con sentido del humor, que fueran de paseo, como dos colegas, por esa colina encantada: Conrad Kent, catedrático de Filología y Humanidades de la Ohio Wesleyan University, y Dennis Prindle, catedrático de Literatura y Filología Inglesa en la misma universidad. Ambos son más cosas. Kent se interesó por la literatura española de fines del siglo XIX y eso le llevó a Gaudí y los suyos, Jújol, Torras i Bages, Joan Grau, Eusebi Güell, Claudio López, etc. Prindle es especialista en la arquitectura de paisaje inglesa y en temas alegóricos y teatrales, con un gusto especial por lo neo-gótico. El destino los llevó a la Universidad de Ohio y de allí, fatalmente, a Barcelona. Qué maravilloso Mago de Oz dirigió sus pasos, no lo sé. Pero el caso fue que se encontraron una mañana azul con mar al fondo, ascendiendo por los sinuosos, pero seguros, senderos de la Montanya Pelada, de camino hacia la Arquitectura de un Paraíso.

Las primeras líneas de la introducción de su libro (muy bien traducido por Miguel Angel González) son reveladoras de ese espíritu excursionista y optimista: «El Parque Güell es una de las más seductoras creaciones de la Europa de principios del siglo XX. Con su espec-

taular laberinto de cerámica coloreada y piedra rústica... el parque sigue hechizando a las decenas de miles de visitantes que lo recorren cada año. En un primer momento acuden movidos quizá por la curiosidad, pero después se quedan en él para relajarse, explorarlo y, con frecuencia, admirar sus maravillas...». Y añaden: «Tan ingenioso es el Parque Güell que desconcierta a los visitantes al tiempo que los cautiva... No obstante, para quien se adentra en el parque es inevitable sentir que en él hay algo más —un enigma, una broma, quizá un diseño grandioso— anunciado por el complejo ensamblaje de formas fantásticas y símbolos manifiestos».

Cabría quedarse ahí o rememorar ese universo de curvas fluyentes o parabólicas del Art Nouveau de Horta o de Guimard. Pero nuestros paseantes, convertidos al gaudismo, no ven en el francés y en el belga esos principios orgánicos que dan a la obra del catalán un carácter de rebeldía contra el entramado ortogonal de la era industrial y la tradición clásica, la del «Noucentisme» con que, hasta cierto punto, coincide en el tiempo la obra gaudiana. Gaudí con Güell, cristianos fervientes y hombres de industria, colaboran en la transformación de Barcelona en una moderna ciudad no materialista, como se advierte en su grandioso (y a la vez, íntimo) proyecto del parque, suerte de mística ciudad de Dios en un contexto social anárquico.

En la Barcelona de 1900, el parque iba a ser «la nueva Arcadia» incrustada en el sindicalismo cristiano, en «un nuevo mundo de avances sociales y materiales y, al mismo tiempo, una vuelta al orden jerárquico medieval». Eusebi Güell compra dos parcelas en las estribaciones de la Montanya Pelada para una colonia de varias familias, en sesenta chalets, con su iglesia, su teatro, su mercado y su depósito de agua potable, el todo protegido por un alto muro. «El Parque Güell debía convertirse en un refugio, en un mundo privado. Apropiado a las complejas necesidades de unos individuos que buscaban alejarse del mundo moderno del cual eran figuras pre-

eminentes, dicho refugio distaba de ser simple.» Ambos tenían ya la experiencia de Comillas (Santander), de la Torre Güell en Pedralbes (que recuerda los observatorios astronómicos hindúes) y el místico corredor de luces alternantes del colegio de las Teresianas de Horta.

Por otra parte, ambos trataban de integrar el pasado y el presente, con reminiscencias historicistas entreveradas de artesanías populares. Las técnicas constructivas (por ejemplo, el tipo de bovedilla catalana sobre soportes tabicados, las típicas rasillas, la resistencia y baratura de los azulejos para revestimientos, el uso de una argamasa tan sólida que recuerda la «puzzolana» de los romanos, el paso de puentes y veredas cuyos soportes de piedra rústica los asemejan a piñas o aloes, las pitas o palmas que los coronan, los restos de baldosería industrial que Jújol usa con una inagotable imaginación creadora en las composiciones «abstractas» de la gran plaza sobre la columnata de un dórico arcaico, que recuerda a Paestum, las forjas de barandillas y cruces, el famoso lagarto verde (o dragón) de la entrada, incluso los medallones de azulejo del muro que repiten el nombre de «Park» (y no Parc, ni parque), a modo de un «Luna Park» como había de ser el Tibidabo, evidencian una coordinación por parte de los dos creadores, el empresario y el arquitecto, que da a un conjunto de intrincadas influencias y direcciones el aspecto, a la vez pintoresco y sagrado, de un santuario de romería, coronado en la cima por la cruz.

Fabuloso y funcional

Nuestros curiosos y cultos visitantes van examinando esa obra impar desde varios puntos de vista: el parque y la «Renaixença» catalana; el parque como lugar a la vez fabuloso y funcional; el parque como un teatro; la Ruta del Peregrino; el Mercado y el Teatro Griego; el Viaducto, con sus grutas santas; la gran terraza o explanada, que hoy sirve para la danza de la sardana, en celebración festiva y casi sacral; el Banco serpentina que la rodea de su vistosa cornisa multicolor y que recoge las aguas de la lluvia, que vomitan las gárgolas... Y, como fin, la subida al Paraíso por una comunidad de elegidos que no llegó a cuajar. «El efecto de crear un barrio jardín a imagen del paraíso debía proyectar en el artificio del parque una visión social y religiosa... En medio del conglomerado urbano, el parque sigue mostrando lo que una cultura consideró la solución idílica para la condición humana.» Conclusión: «En el Parque Güell todavía se puede reflexionar sobre la visión que intentaba transformar una comunidad residencial en un enclave en el que las diversas tensiones de la vida moderna podían ser superadas dentro de un jardín de las delicias típicamente catalán».

Que los autores, profesores Kent y Prindle, perdonen la pobreza de este comentario, ya que habría de ir subrayando, una a una, las observaciones, tan juiciosas y tan imaginativas, de su texto, de lectura deliciosa e instructiva para los infinitos admiradores de Gaudí. Leer ese estudio es como emprender el camino «hacia la arquitectura de un paraíso». □

RESUMEN

Los autores del libro que comenta Julián Gállego son expertos en literatura y en arquitectura, y juntos han escrito, en opinión de Gállego, un documentado y original estudio sobre el Parque Güell complementando

ambos sus saberes para darnos la más sugestiva y detallada imagen de la obra del arquitecto catalán Antoni Gaudí y la de mayor empuje de su amigo, el industrial Eusebi Güell.

Conrad Kent y Dennis Prindle

Hacia la arquitectura de un paraíso. Park Güell

Hermann Blume, Barcelona, 1992. 176 páginas. 3.840 pesetas.

La posesión de la realidad

Por Domingo García-Sabell

Domingo García-Sabell (Santiago de Compostela, 1908) es doctor en Medicina, académico de número y presidente de la Real Academia Gallega, además de delegado del Gobierno en Galicia. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

Estoy ante un libro de muy profundas raíces. He aquí, editado por el Círculo de Lectores, *Creer, esperar, amar*, de Pedro Laín Entralgo. Ante todo, el propósito. ¿De qué se trata?

Simplemente, de la elaboración conceptual de ciertas fundamentales vivencias que a lo largo de su vida han hostigado, y siguen hostigando, al autor. Es, pues, una obra autobiográfica. Pero no crea el lector que en ella se narran acontecimientos concretos, los sucesos dramáticos o placenteros que en toda vida humana fatalmente se dan. Nada de eso. Nada hay en sus páginas que dibuje directamente los perfiles de la existencia diaria. Me parece a mí que lo que busca Pedro Laín, lo que pretende, es, ante todo y sobre todo, hacer pie, esto es, dar con la base del ser de la criatura humana. Con esa base que no se agota, ni mucho menos, en los avatares de la biografía. Esa existencia que lo que encubre y oculta, en su laberinto, es la esencia misma del ser humano, lo que no varía, lo que, a lo mejor, ¡quién sabe!, quizá algún día, el postrero, pueda arrancarse a la roedura inmisericorde del tiempo cronológico. Pero todo esto a lo que conduce es al intento de atrapar, en su cogollo central, la realidad del hombre, su razón de ser, el bulo indecible de lo específico, de lo propio, de lo individual.

Digamos esto con máxima amplitud. Lo que Laín pretende es adueñarse de la realidad a través de la disección, de la puesta al descubierto de las entrañas trascendentes del ser humano. Un ser indigente —el mismo— que, mediante la acción, necesita «dar testimonio», por tanto, de buscar el ser totalizador, el ser de las cosas, el ser de las personas, el ser «fontanal y fundamentante». O bien el «propio ser a favor del pasado y el proyecto de futuro de mi propio ser». Pero, por «misteriosa paradoja de nuestra realidad», la superación de las menesterosidades, de las indigencias, sólo se alcanza al socaire de la libre y abierta donación de uno mismo. La plenitud del sujeto radica en la virtud de entrega que sea capaz de desplegar a lo largo de su vida.

La cazata de la realidad

Con todo, conocer la realidad, la de uno, o la del mundo que nos rodea, a favor de esa generosa y desprendida conducta en la entrega sin condiciones «a lo otro», no basta. Pues una cosa es tener acceso —siempre, por supuesto, limitado— a lo real en que estamos sumergidos, y otra bien distinta el ser dueños, amos y regidores de la realidad apresada en nuestros saberes. Conocer la realidad no equivale a poseerla. He ahí «el destino y la dignidad de ser hombre». Por eso el pensamiento, la imaginación, la volición, el sentimiento, la acción y el juego, que son los principales caminos en la exploración de la realidad, en caminos se quedan.

En toda apropiación aparece una compleja red de momentos constitutivos que, para Laín, se cifran en cinco, a saber: libertad, imaginación, vocación, esperanza y, por fin, idea de sí mismo. Pero aun admitiendo las restrictivas posibilidades del saber y del



CORTESÍA EDITORIAL

condigno pensamiento, hay tres modos de situación del hombre: el creer, el esperar y el amar, «que nos acerca todo cuanto humanamente es posible, a la posesión de lo real, a la posibilidad de llamar «mío» a lo que constituye el objeto de ellas». Es «lo en mí» lainiano, realidad intermedia entre lo ajeno a mí («das Mir-Fremde»), y lo que me es propio («das Mir-Eigene») de Husserl.

A partir de estos presupuestos, va el autor analizando, con un dominio absoluto de lo que trae entre manos, todo el complejo laberinto del saber, de su evolución, de sus clases «según la intención del que lo busca» y según «el grado del conocimiento», esto es, la indeterminación y la ignorancia, el indicio y el barrunto, etc. Aquí encontrará el lector páginas y más páginas de fecunda enseñanza y de sollicitaciones múltiples dirigidas al acuerdo, o a la matización. Pero tanto en un caso como en otro, la exigencia lainiana, aquello que aparece virtual en el texto, es la obligación de ejercitar el rigor con honestidad y con afán de fecunda profundización. De esta forma, Laín accede a una personal perspectiva según la cual el saber puede servirnos, «siquiera sea relativamente», para la toma de posesión de lo real. Al instante de saber, al saber algo de algo, nos colocamos inmediatamente en la realidad, o, como diría Zubiri, «sabemos estar en la realidad».

Una verdad puede ser real —real y verdadera—, pero eso es una cosa y otra bien distinta es la realidad misma, la realidad esencial a la que el saber sobre ella nos conduce. Este es un problema que Laín suscita y analiza con ceñida exigencia, con subrayada diafanidad. En consecuencia, «lo mío», esto es, lo que yo atisbo ante cualquier problema, se sitúa más allá de lo que yo pueda saber en torno a ese mismo problema. O dicho de otra manera: conocer una cosa —este objeto, aquel dinamismo psicológico— no supone, sin más, tomar posesión indiscriminada del objeto o del fenómeno anímico. Yo, en mi intimidad, me sitúo, «velis nolis», me instalo en un solar en el que las indagaciones concretas, de la índole que sean, no llegan a levantar nada sólido y duradero, o lo hacen sólo en un modo defectivo. Lo mío es aquello de lo que no puedo desprenderme, so pena de correr el riesgo de la despersonalización.

Llegados a este punto de las meditaciones lainianas, y antes de pasar a los apartados de la creencia, de la esperanza y del amor, conviene, según yo pienso, delimitar un tanto la forma expositiva de Laín. Por de pronto, esa forma viene dada insistentemente en un programa de preguntas y, por descontento, en las obligadas respuestas. Y no

olvidemos que, según Heidegger, la pregunta es la forma suprema del saber.

Por eso, cada libro de Laín es algo así como un árbol de muy frondosas ramas entre las que se ocultan, y al tiempo se ofrecen, granados frutos. Estos frutos consisten, según yo pienso, en la claridad de los enunciados y las ideas que a ellos les sirven y en el brillo de las propias intuiciones. Intento decir con esto que a la nitidez de lo manifestado se asocia, ineludiblemente, la nitidez de la creación específica, de lo que es, en su base, pensamiento lainiano original.

Densa ramificación

Si a este «modus operandi» lo contemplamos desde otra perspectiva, a saber, la perspectiva totalizadora, en seguida viviremos una curiosa sensación lectora: la del placer de perdernos en la densa ramificación de las preguntas y en la no menos densa ramificación de las necesarias respuestas. Así, pues, los textos de Laín se nos presentan como una tupida red de salvedades, presupuestos, aclaraciones, clasificaciones y apoyos documentales que, de primeras, pueden desorientar al lector no prevenido. Pero, con todo, ese lector no debe desanimarse y habrá, por fuerza, de encaramarse al árbol lainiano, perderse en él y, con gozosa lentitud, una vez atrapados, saborear los frutos honestamente, rigurosamente ofrecidos. La estructura arbórea de *Creer, esperar, amar* no habrá de privar la consideración de que estamos ante un libro vivo, ante un árbol sacudido por muy humanas tempestades personales. La apretada imbricación del ramaje no impide al árbol, ni mucho menos, temblar, susurrar, dar sombra y, en definitiva, ofrecer compañía. *Creer, esperar, amar* se transforma, por la virtud de su propia textura, en el amigo que nos regala conocimiento para nuestros afanes trascendentes, que, en definitiva, y esto lo intuimos desde las primeras páginas del volumen, son los del propio autor. Y son, cómo no, las de todo el mundo. Por eso yo, al comienzo de mi comentario, caractericé a esta obra, y ahora insisto en ello, como de trasfondo autobiográfico. Una autobiografía que equivale a cualquier otra biografía, sea o no letrada, que eso importa menos, mucho menos. Pero no todo el mundo posee la capacidad analítica, discernidora y sabia de Pedro Laín. De esto, de lo que en el autor es sabiduría universal y de lo que es, al mismo tiempo, larga, persistente meditación, deriva la sutileza, y hasta la lainiana minucia clasificadora. Tomemos un ejemplo del propio autor cuando separa conceptualmente

la posesión de una verdad de la realidad a la que esa verdad alude. Laín, para hacer comprender esto con la máxima nitidez, recurre al ejemplo de la sal común. Todos tenemos una experiencia de su realidad. Pero eso es una cosa y el saber, el diverso saber —químico, físico, cristalográfico, fisiológico, e incluso el de las partículas elementales que la constituyen, así como el de la «función que en la total economía del universo desempeña la sal común»—, puede llegarse hasta las aporías que están ínsitas en la significación del destino del hombre. Y de su creación.

La incógnita de la realidad

Se parte, pues, de un hecho cotidiano, la existencia de la sal común, y se llega —llega Laín soberanamente— a la suma trascendencia. Y, con ello, a la conclusión general, a hacernos patentes las limitaciones de todo saber, por riguroso y exacto que sea. Esas limitaciones vienen dadas porque en el saber sólo se dan verdades restringidas y penúltimas. Todo esto, toda esta «digresión de la sal», era necesaria para evidenciar la menesterosidad —forzada y gloriosa menesterosidad— del conocimiento científico. Laín lo consigue, pues, echando mano de esa humilde y cotidiana realidad que es la sal común con la que aderezamos nuestros alimentos.

Como este ejemplo podría aducir muchos otros. No es necesario. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque las miras de Laín van mucho más allá de lo que se refiere a evidenciar lo que yo llamaría «la constitutiva evasión de lo real, su buscada y nunca encontrada consistencia».

Esa consistencia, insisto, no es posible atraparla mediante los expedientes científicos, por rigurosos y exigentes que sean. En primer lugar, porque la materia no pasa de ser, para el hombre de laboratorio, como muy bien dice Laín, «un enigma racionalizable y matematizable». En segundo lugar, porque el principio de indeterminación ha barrenado esencialmente el difícil enigma. Laín advierte, con sutileza, que el conocimiento de la realidad material —obra singular de la física contemporánea— no invalida el que esa realidad, como esencia última, siga ignota. Por otra parte, tampoco el esfuerzo de la meditación filosófica es suficiente para la toma de posesión radical —éste es el matiz lainiano— de la realidad. La distinción zubiriana entre «realidad» (que una cosa sea realmente) y «ser» (que una cosa sea lo que realmente es) la utiliza nuestro autor para subrayar la frontera irrefragable del conocimiento puro. Laín llega a esta evidente conclusión: «La realidad es absolutamente insondable para nuestra inteligencia».

No es posible, en una reseña, señalar las vías de meditación que Laín sigue para llegar a esta —yo pienso que correcta— conclusión. Que, por otra parte, no resulta desalentadora, ni mucho menos, ya que partiendo de ella y si echamos mano —añado yo— de la evolución histórica de nuestros conocimientos, esa sola consideración diacrónica nos lleva a una conclusión optimista. Baste para ello comparar, con máxima neutralidad catalogadora, a dónde nos llevó el positivismo comtiano y a dónde nos conduce el llamado conocimiento «de resignación» de los investigadores actuales.

Me parece necesario añadir que, si aludo a los investigadores actuales, ello no ha de restringirse forzosamente a los que se ocupan de los problemas de la naturaleza, sino que es menester sobreentender, y añadir, todos aquellos esfuerzos del conocer po-



Viene de la página anterior



sitivo en los que el objeto de investigación es el hombre mismo. Si la materia es un enigma racionalizable y matematizable, ¿cómo podrá explicarse la realidad del hombre en tanto en cuanto «buscador y poseedor de saberes»? He aquí ahora la cuestión. Difícil cuestión—y yo añadiría que arriesgada cuestión—, porque ahora se trata nada menos que de asomarse a la grave disyuntiva encerrada en esta antinomia: o el hombre es solamente cuerpo—y muy en primer plano, estructura cerebral—, esto es, pura materia organizada según modos cuya última articulación se nos escapa, o el hombre es una extraña y curiosa forma del espíritu ligado a la corporalidad.

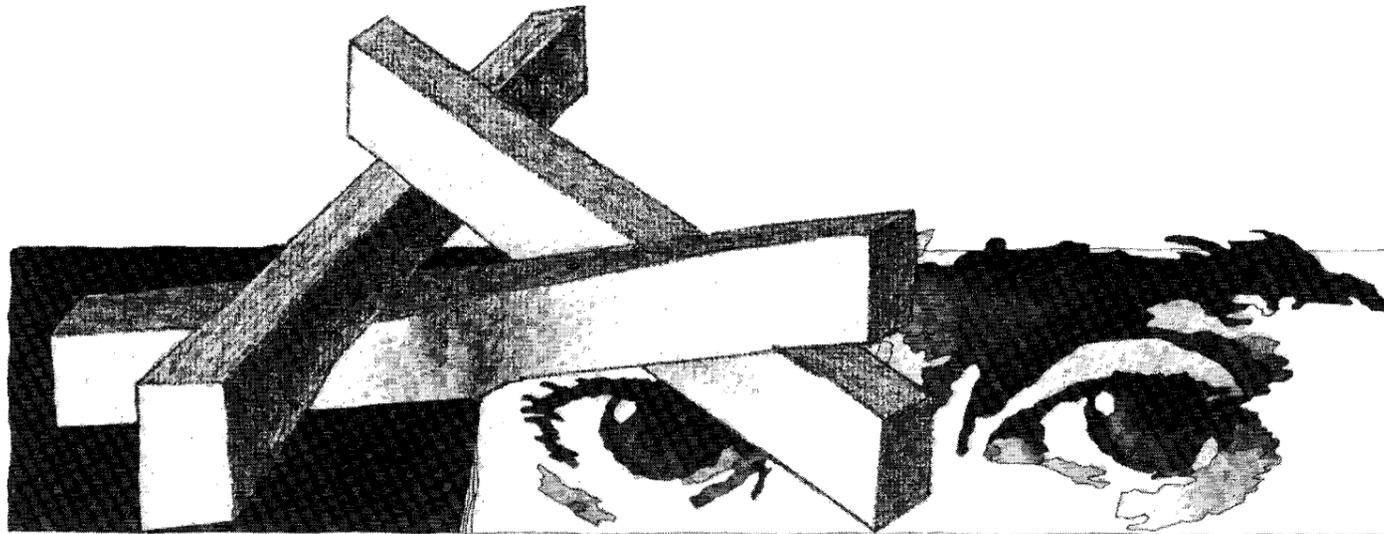
A todo esto podemos añadir que, en el caso de la criatura humana, el enigma podrá ser racionalizable, pero de lo que no cabe duda es de que ya no resulta matematizable, a menos que recurramos a sutilezas conceptuales de muy dudoso poder de convicción.

Con todo, la actitud teórica de Laín Entralgo es audazmente terminante: «El cuerpo viviente del hombre, en cuanto estructura material regida por la subestructura del sistema nervioso, es el que humanamente piensa, quiere y sabe». Pero esto, este punto de vista que se cifra en la palabra «estructurismo» (ya no puedo entrar en su disección conceptual; para ello remito al libro *Cuerpo y alma* del propio autor), a la que Laín concede innegables virtudes explicatorias, también se constituye, a su vez, en enigma «que nunca dejará de serlo». O lo que es lo mismo: en realidad, según yo la veo, de orden penúltimo, de orden, si se me permite la expresión, «subsidiario». La totalidad del sistema, o del engranaje cuerpo-alma (para entendernos en términos sencillos), por más conquistas que consigamos unos y otros—neurofisiólogos, psicólogos, filósofos—, jamás podrá acceder a la esencia misma—esencia real, por supuesto—de esa misteriosa armonía operativa que el estructurismo postula. Debo añadir que esta salvedad también la postula Laín Entralgo. Y no podía ser de otra manera, dada la altura de rigor y de honestidad intelectual en la que él se mueve.

La dura realidad

Formulada la doctrina estructurista en sus manifestaciones más accesibles, puede sentarse que todo lo que el hombre lleva a cabo, tanto lo que por ventura es «psíquico», como lo que es «orgánico», por ejemplo, pensar o moverse, «tienen un único agente real, la peculiar estructura de la materia cósmica que es el cuerpo humano».

Retengamos esta audaz afirmación. ¿Por qué? Porque en ella, al menos así lo veo yo, el autor de *Crear, esperar, amar* lleva su toma de posición reflexiva al máximo horizonte especulativo y, al tiempo, a un terreno real, decididamente real. He aquí, pues, una muestra sumamente representativa de una de las máximas virtudes lainianas: su atenuamiento, pase lo que pase, a aquello que él estima como la verdad inconclusa, la verdad que Dantón calificaba genialmente de «áspera». No rehúye Laín el contacto con tal aspereza, ni con las consecuencias de toda índole que ese su estructurismo doctrinal pudiera acarrear. Estamos ante lo que yo propongo como definición de nuestro meditador: un combatiente a cuerpo descubierto y, por consiguiente, sin la protección de la trinchera. O lo que es lo mismo: un hombre resueltamente expuesto al fuego graneado del enemigo. Consúltese, a mayor abundamiento, su libro *Cuerpo y alma*. Libro que no ha tenido excesivo reflejo en la opinión letrada y que, sin duda, lo merece. Libro, a mi modo de ver, impresionante y decisivo.



JOSE ANTONIO ALCAZAR

Para vivir de verdad, esto es, para existir en plenitud, cumple aspirar a tomar posesión completa de lo que uno es y, en consecuencia, de lo que pueda ser el mundo.

A lo largo de nuestra curva biográfica intentamos comprendernos y, al tiempo, comprender aquello que nos rodea o aquello que, en la lejanía, nos hace guiños de convivencia. O nos imaginamos que esos guiños lo son de verdad y, de alguna manera, a nosotros van dirigidos. Guiños en los que, por descontado, también se incluyen los que realiza lo invisible. En una palabra, lo inmanente y lo trascendente. Pero, con todo, acabamos de percatarnos, gracias a las profundizaciones lainianas, de que esa especie de perforación en la entraña de lo real no es hacedera. Hay un límite, siempre hay un límite. Es la nuestra, una aproximación asintótica al cogollo mismo de la realidad, de la que se toca con las manos y también de la que apenas nos roza con su leve pálpito de ave que toma altura. Lo que ocurre es que de acercamiento no pasa. ¿Vamos a conformarnos? De ninguna manera.

Ya desde el principio de su libro, Laín nos advierte que el problema fundamental, que el problema decisivo puede consistir, y de hecho consiste, en la triple membración más específicamente humana, a saber, la capacidad de creer, la de esperar y la de amar.

El subsuelo de la creencia

A estas tres partes de lo que específicamente es más humano—más nuestro, diría yo— dedica Laín tres espléndidos capítulos.

En el de la estructura fenomenológica de la creencia formula los diversos modos de la misma, articula una teoría general de la creencia, para concluir distinguiendo las creencias penúltimas de las creencias últimas.

Una vez más aparecen las distinciones y clasificaciones lainianas. Así, el paso de la «impresión de realidad» a la «convicción de realidad». O la cautela según la cual «nunca la creencia podrá darnos certidumbre absoluta acerca de la efectiva realidad de aquello a que se refiere». O la exposición de los tres niveles de creer. Pero todo ello lleva al autor a reafirmar su abandono del dualismo antropológico, sea aristotélico, sea cartesiano, sin que, por otra parte, llegue al convencimiento de que los avances en la indagación neurofisiológica permitan algún día alcanzar un grado de certeza absoluta respecto a lo que en el individuo acontece cuando piensa, cuando imagina y, sobre todo, cuando cree, espera o ama. Asoma aquí, pienso yo que dramáticamente, una cierta melancolía reflexiva, a saber, la de afirmar que «la actividad viviente del conjunto dinámico que llamamos cerebro es y será «últimamente enigmática»» (el entrecomillado es mío). Recomendando, a este respecto, los apartados que llevan por títulos «Creencia, realidad y apropiación» y «La realidad del creyente».

Razones de espacio me impiden comentar, siquiera sea esquemáticamente, los fundamentales capítulos dedicados a la es-

peranza—un viejo problema ya tratado por Laín en su libro *La espera y la esperanza*—o al amor y el odio. Y muy en primer plano, porque es de suma actualidad, el tramo final, en el que Laín se ocupa de los aspectos antropológicos de la inquietud y el sosiego. Con la distinción, en la primera, de estos momentos fundamentales: la curiosidad, la prisa, la ansiedad y, finalmente, la angustia. Hay en este capítulo datos y enseñanzas magníficas y de sumo provecho. Yo, por mi parte, quiero recordar una afirmación de Pascal que hoy, a más de trescientos años de distancia, resulta confirmada, dolorosamente confirmada: «He descubierto que toda la infelicidad del hombre arranca de una sola cosa, que es la de no ser capaz de permanecer tranquilo en una habitación». Quien lea con atención las reflexiones de Laín Entralgo dará con la puerta de acceso mental a esa necesaria habitación pascaliana.

El acorde final

Culmina en este libro, y de forma muy bella, el viejo afán lainiano: el de poder contemplar—«teorizar» en su originaria acepción— con máxima claridad el cómo se puede tomar posesión de la realidad de la propia persona y, al tiempo, de la realidad del mundo. Él estima que ello sólo es posible mediante el entendimiento y la práctica del saber, del ignorar, del creer, del dudar, del esperar y el desesperar, del amar y del odiar. Y, en verdad, el libro aquí reseñado nos hace compañía y nos incita a considerar el elenco de posibilidades existenciales que acabo de enumerar. El autor ha compuesto las sugerentes páginas con la diana puesta en el lector posible. Entiendo por lector posible aquel que centra su atención en el deseo de abastecer sus propios saberes con la indeclinable vocación de seguir en la práctica los enunciados teóricos de las páginas que tiene ante sus ojos.

Este imaginado lector, más que eso, más que un futuro crítico lejano y neutral, es un virtual amigo. Laín habla, muy al final de la obra, de su propósito: al lado de «las personas que de cerca o de lejos me rodean», alcanzar un «convivir amistoso con ellas, dentro de la secreta convivencia que la lectura crea». Así él ayuda a vivir a los demás y se ayuda a vivir a sí mismo.

Esta es la dimensión humana que yo me propuse resaltar al escribir sobre *Crear, esperar, amar*. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque en los textos lainianos se respira de continuo una confortadora atmósfera de ca-

maradería; aún más, de amistad con el autor, que confiere a sus libros dos líneas de fuerza sumamente valiosas, sumamente aleccionadoras. Por un lado, la confianza, esto es, la seguridad de que lo que Laín nos expone responde, «velis nolis», a una necesidad interna del escritor. Podrá cada cual aceptar, o no aceptar, lo que en aquellas páginas se establece. Podrá cada cual matizar, y más que matizar, la doctrina, el corpus especulativo y hasta, si se me apura, el estilo. Pero de lo que no es lícito dudar ni un momento es de la autenticidad de aquello que se ofrece. La necesidad interna trae consigo la autenticidad, y ésta, a su vez, la capacidad de enseñanza. No una enseñanza libresca o erudita, sino una enseñanza ceñidamente humana.

El segundo vector constitutivo de la producción lainiana viene dado, según yo lo estimo, por su radicalidad, por su valiente, decidida radicalidad. En lo que se refiere a la documentación, a las excursiones de tipo histórico, esto es evidente. Pero esta sola dimensión de los escritos lainianos los convertiría, en el mejor de los casos, en libros de consulta para confirmar un determinado dato o para dar con el apoyo bibliográfico que se pueda necesitar en cualquier momento. No. No se trata de eso.

La radicalidad lainiana toma forma concreta en la búsqueda de las raíces de todo saber, de todo problema humano, de toda complicación del conocimiento. Se dirá que esto es lo propio del intelectual responsable. Sin duda. Pero convendría distinguir entre el intelectual que formula sus puntos de vista sin mayor riesgo y el intelectual que asume conscientemente las consecuencias polémicas que su manera de pensar engendra. Hacerse autor y valedor del «estructurismo», con lo que este enfoque de la realidad humana puede acarrear, es empresa arriesgada. Laín la defiende—acabo de escribirlo— con limpia valentía. Y esto, precisamente esto, es lo que convierte a su autor en «camarada itinerante». Hay ahora en España una especie de pasividad meditadora que favorece el ejercicio de la cautela, del disimulo y de una cierta neutralidad discursiva, en verdad esterilizadora. Laín sabe saltarse esas cómodas precauciones e ir, decidido, al núcleo último de los problemas. Laín encarna una especie de recia decisión meditadora, hoy en crisis. *Crear, esperar, amar* es, ahora mismo, el testimonio fehaciente de esa entrañable—y responsable— radicalidad.

Pedro Laín Entralgo es el amigo que nos sitúa, y nos confirma, en lo saludable del riesgo y de la autenticidad. □

RESUMEN

La obra de Pedro Laín Entralgo, de la que escribe García-Sabell, es autobiográfica, aunque no contenga los perfiles de la existencia diaria. Y lo es porque la pretensión de Laín es hacer

pie, esto es, dar con la base del ser de la criatura humana; adueñarse de la realidad, a través de la disección, de la puesta al descubierto de las entrañas trascendentes del ser humano.

Pedro Laín Entralgo

Crear, esperar, amar

Círculo de Lectores, Barcelona, 1993. 287 páginas. 2.300 pesetas.

El Islam de Al-Andalus

Por Antonio Domínguez Ortiz

Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

Una de las más controvertidas afirmaciones que don Américo Castro puso en circulación fue situar el origen de España en el siglo VIII, en la invasión árabe, o incluso más tarde, a raíz del presunto descubrimiento de la tumba del apóstol Santiago. Don Claudio Sánchez Albornoz reaccionó contra esta amputación de nuestro pasado, repitiendo los argumentos tradicionales sobre las raíces romanas de España y apoyándolos con otros nuevos. Sin entrar en esta polémica, se puede, sin embargo, suscribir la tesis de que los siete siglos de presencia islámica constituyen un rasgo de primer orden en nuestra historia. Quizás un hipotético historiador, contemplándolo desde la atalaya del año 3000, lo considere como un paréntesis; desde nuestro punto de vista, y a pesar de los magnos acontecimientos que los españoles hemos vivido desde 1492, aquel largo forcejeo de dos culturas en nuestro suelo tiene todas las apariencias de un laborioso parto que hizo poco menos que tabla rasa con todo lo anterior, porque lo decisivo en la llamada Reconquista (usémoslo para simplificar este tradicional vocablo) no fueron los hechos de armas, sino el choque de los colonizadores procedentes del Norte de la Península (reforzados con elementos ultrapirenaicos) y los del Sur, alimentados con la incesante llegada de norteafricanos. Las algaras, las penetraciones profundas en territorio enemigo producían botín, pero ningún resultado estable; por eso la actividad de Almanzor fue efímera, y lo mismo las incursiones de Fernando I o el sistema de vasallaje de los reyezuelos de taifas. Fue la labor lenta de repoblación de los terrenos que la lucha había desertizado, primero la cuenca del Duero, luego, tras la conquista de Toledo, la muy lenta y penosa absorción de la Meseta Sur. Finalmente, la culminación del proceso, primero (siglo XIII) en la Baja Andalucía y, por último, en el reino de Granada. La escasez de hombres explica la lentitud de dicho proceso, pero esa lentitud tuvo como contrapartida la solidez de una construcción levantada piedra a piedra: los pueblos, los castillos, las ciudades, con sus murallas, sus fueros, sus iglesias románicas y góticas. La España actual se forjó en esos siglos. Lo anterior son brillantes preludios y hermosos recuerdos; la savia viva no proviene de las

bailarinas de Cádiz, de los siervos y colonos que trabajaban en los latifundios, ni de la refinada aristocracia que habitaba en las lujosas «villas», sino de los rudos guerreros del Medioevo, de los mozárabes que se acogieron a su protección, de los judíos y francos que traficaban en los barrios comerciales de las pequeñas ciudades.

En la misma medida en que Castilla y Aragón se expandían hacia el sur, se encogía, como la piel de zapa, Al-Andalus, que no era un concepto geográfico preciso, sino el territorio cambiante en el que imperaba el Islam peninsular. Siempre fue su área vital la porción meridional de Hispania, la muy urbanizada Bética, con las zonas adyacentes del Segura y el Bajo Guadiana. Más allá la implantación humana adquiría la forma de oasis separados por extensas zonas boscosas casi despobladas; uno de esos oasis era Toledo, incluyendo las vegas del Tajo central; otro, la red fluvial del Ebro, con centro en Zaragoza. En el este, las llanuras valencianas. Todo el noroeste peninsular, desde Guadarrama y Gredos hasta el Cantábrico, registró el paso de incursiones devastadoras, pero no una implantación árabe o berberisca permanente. Acabaron siendo repobladas por los montañeses, y este sólido núcleo derrotaría a un Al-Andalus que, tras la ruina del Califato, no pudo recobrar la unidad más que bajo la forma efímera de expansiones de imperios norteafricanos: almorávides y almohades, poco menos odiados por los andalusíes que los propios cristianos del Norte. Este flujo y reflujo, el cambiante equilibrio entre unos reinos islámicos muy divididos, mal apoyados desde África, y unos reinos cristianos más homogéneos, beneficiarios de forma creciente por el ascenso moral y material de Occidente, forma la trama de ocho siglos de historia peninsular.

Especialización múltiple

Tan amplia dimensión cronológica, juntamente con la variedad de escenarios y de aspectos a considerar, explican la dificultad de bosquejar síntesis globales. La historia de Al-Andalus requiere una especialización múltiple: junto con las fuentes árabes hay que conocer las latinas. La Arqueología medieval, apenas constituida, se revela ya como indispensable para aclarar aspectos sobre los cuales los textos callan. Y no es posible hacer historia meramente política, porque sus raíces se entremezclan con los fenómenos económicos y culturales. Nada de extraño tiene, pues, que la mayoría de los arabistas hayan acotado parcelas renunciando a una consideración del conjunto. Dos épocas han atraído de preferencia la atención: el siglo X, Edad de Oro del califato cordobés, y, recientemente, el desenlace del drama: el reino nazarita de Granada y

las convulsiones internas que siguieron a su desaparición. Por su intrínseca dificultad, las historias generales del Islam andalusí escasean; por fortuna, a las recientes síntesis de P. Guichard y Rachel Arié viene a sumarse ahora *El Islam de Al-Andalus*, de Miguel Cruz Hernández.

Andaluz trasplantado a la Vieja Castilla (un caso mucho menos frecuente que el inverso), Cruz Hernández dejó honda huella de su magisterio en Salamanca, y sus estudios sobre la Filosofía hispanoárabe gozan de indiscutible autoridad. Aunque el campo de sus investigaciones es de considerable amplitud, nos sorprende agradablemente esta síntesis, que no es un mero «estado de la cuestión», sino elaboración personal del ingente material acumulado en los últimos decenios con el pensamiento puesto en el muy numeroso público interesado, y con frecuencia manipulado, en temas históricos como éste, de permanente, aguda y polémica actualidad. Hay en el panorama histórico capítulos que pueden considerarse cerrados; otros están vivos, palpitantes y no rara vez sangrantes. Lo hemos experimentado con ocasión de los pasados centenarios y la amplia estela que han dejado, demostrativos de que no siempre de la discusión sale la luz.

Siempre tuvo la historia de Al-Andalus cierto aire polémico, pues se trata del choque de dos culturas, de dos sistemas de ideas y representaciones que, aunque tengan un tronco común, han ido divergiendo progresivamente. Es un problema que por la masiva inmigración a países europeos y el recrudecimiento de sentimientos fundamentalistas, de una parte y xenofobos, de otra, está adquiriendo caracteres de extrema gravedad. Los árabes, los musulmanes en general, saben que al avecindarse en Alemania, Holanda o Suiza penetran en un mundo extraño y hostil, mientras que para ellos España es mirada por muchos como algo propio, como un paraíso perdido cuya alienación nunca ha sido asumida plenamente como lo que es: un episodio largo, con muchos aspectos brillantes, pero pasado, superado por acontecimientos posteriores. No son pocos los magrebíes o egipcios que creen que Granada, Sevilla y Córdoba son ciudades donde el Islam está vivo, donde el árabe está ampliamente difundido, y este equívoco crea malentendidos y tensiones, porque el acercamiento sólido de nuestros pueblos debe basarse en la verdad, en la realidad: España, Andalucía en especial, fueron islámicos; ya no lo son, ni hay la menor perspectiva de que vuelvan a serlo. Este debe ser el punto de partida para un acercamiento sincero y cordial.

Miguel Cruz Hernández tiene la virtud de aunar a la sólida información una objetividad, un desapasionamiento que le permite rebatir los sofismas sin acritud y situar la controversia en sus justos límites. Por

ejemplo, al enjuiciar una de las tesis más esrafalarias que se han emitido para explicar la rápida conversión de los hispanorromanos a la religión de los invasores (que no fue ni rápida ni total), hace constar que la conversión no pudo ser facilitada por la común creencia de musulmanes y arrianos en un Dios único, porque la población hispanorromana nunca fue arriana.

Convivencias de etnias y credos

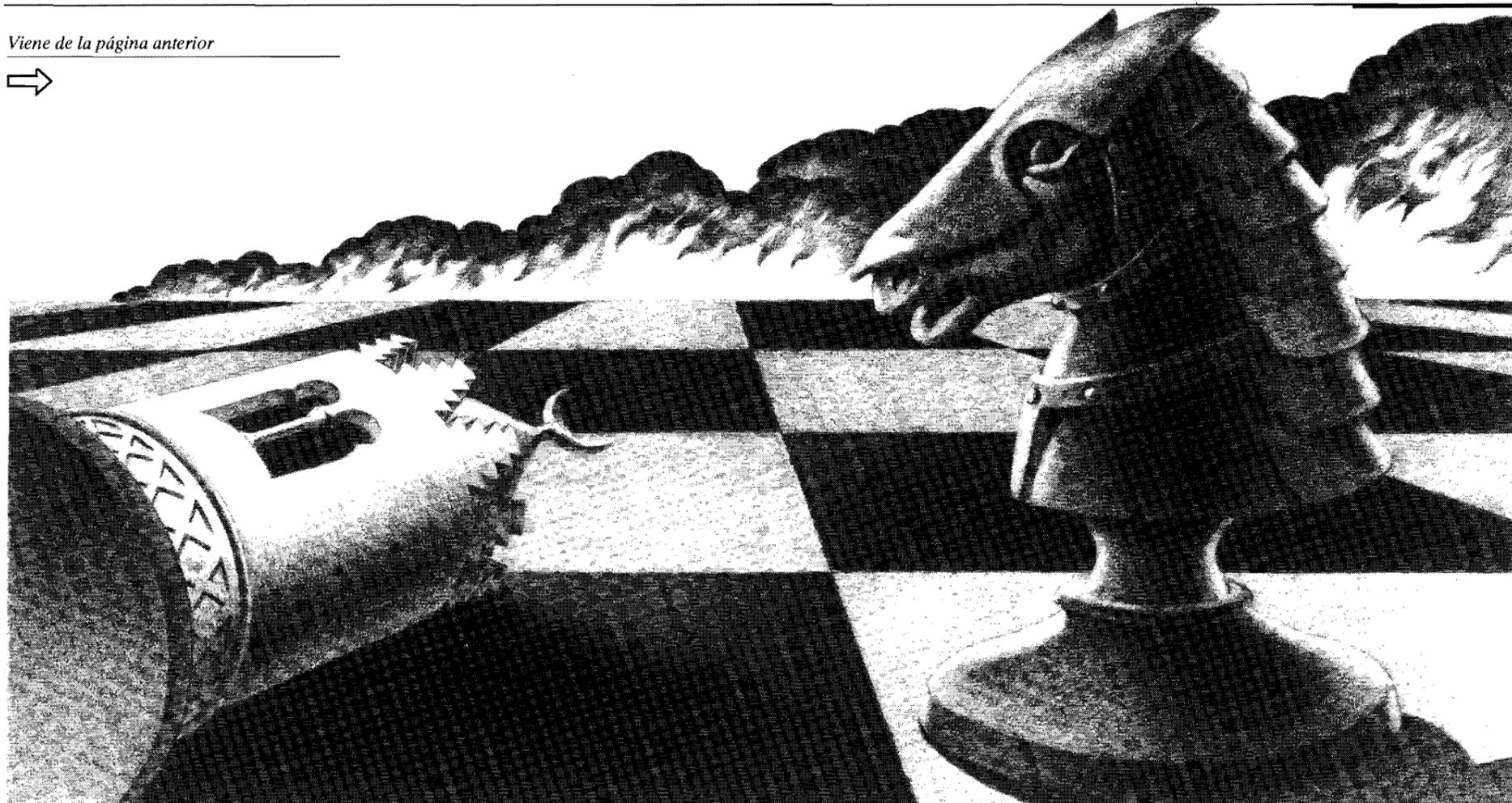
Desapasionado y certero es también su juicio sobre la convivencia de las diversas etnias y credos religiosos en Al-Andalus; juicio difícil de emitir, pues tanto los que dibujan un escenario de odios inextinguibles como los que sostienen la tesis de unas relaciones casi idílicas pueden aducir numerosos ejemplos en apoyo de sus tesis. Hay que sopesar muy distintos factores, cambiantes según la raza, el tiempo, el lugar, y la media será tan artificiosa como todas las medias resultantes de productos heterogéneos. Más bien que de un juicio se trata de unas impresiones, en las que es difícil eliminar los factores subjetivos. Los mismos hechos que daban pie a Simonet para lanzar una requisitoria durísima contra los árabes y pintar una imagen idealizada de los mozárabes sirven de base para sostener conclusiones totalmente opuestas. La impresión de Cruz Hernández es la misma que formuló hace poco tiempo David Romano sobre las relaciones entre judíos, cristianos y musulmanes en nuestra Baja Edad Media: más que de convivencia, dicen, deberíamos hablar de una más o menos conflictiva coexistencia.

Ciertamente, en Al-Andalus no estaba perseguido el Cristianismo, pero la posición dominante del Islam se manifestaba de mil maneras: en el pago de tributos especiales por los mozárabes, la prohibición de edificar iglesias y una serie de medidas coercitivas, algunas tan terribles como la muerte en la hoguera para el que apostataba del Islam. Aunque la coexistencia engendrara gestos de amistad, de simpatía mutua y una atracción de los vencidos hacia las manifestaciones culturales del vencedor, Cruz Hernández llama la atención acerca de una de las formas que adoptaba el odio y desprecio hacia el hombre de otra religión: la ignorancia del credo del adversario. «Un invisible telón de acero separaba las concepciones religiosas de unos y otros. Las exposiciones de las doctrinas islámicas en los textos cristianos son inadecuadas, pobretonas y llenas de errores de bulto; que esto ocurriese en el reino Astur-leonés o en el Carolingio puede explicarse, pero que Alvaro y Eulogio, que tenían a los musulmanes por vecinos, y que contaban con amigos islámicos, hablasen



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

del Islam de oídas es absurdo, y lo mismo haría después Ibn Hazm, que habla siempre con propiedad e información de cualquier secta o grupo islámico, pero que ignora lo más elemental del cristianismo. Se trata en unos y otros de una actitud previa: no se desea entender al contrario.»

Es lógico que el máximo de intolerancia se diera en los cleros respectivos; sacerdotes y monjes iluminados, fanáticos, fueron los impulsores de los actos agresivos que culminaron con la muerte de San Eulogio de Córdoba. En el otro bando, la actitud conciliadora de las autoridades seculares contrastaba con el celo de alfaquíes y magistrados, siempre en guardia contra las extralimitaciones de los cristianos. Ibn Abdun, que probablemente ejerció el cargo de cadí en la Sevilla del siglo XI, en el precioso tratado publicado por don Emilio García Gómez no deja lugar a dudas sobre cuál debía ser el lugar de los cristianos en la escala social: ni a ellos, ni a los judíos, ni a los recaudadores de impuestos y otras profesiones viles se les debía permitir portar vestimentas propias de personas honorables. Tampoco se les debía saludar con la fórmula «la paz sea contigo», porque pertenecen al bando de Satán. «Deberán llevar un signo por el que sean reconocidos para humillarlos.» Con todo, y sin negar la importancia del factor religioso, el autor del libro que comentamos piensa que la sorda y permanente hostilidad de las masas mozárabes, protagonista de la revuelta de Omar-ben-Hafsum y más tarde perseguidos y eliminados en calidad de peligrosa quinta columna, tenía agravios más bien económicos que religiosos. Las conversiones al Islam debieron de ser más tempranas y más frecuentes en las clases altas y medias urbanas que en el campo.

Substrato rural

Ese substrato rural es muy mal conocido. Los cronistas se refieren a hechos políticos y luchas tribales, olvidando al pueblo y sus tareas cotidianas. Los muy numerosos autores de biografías también se ocupan, evidentemente, de personajes destacados, no de jornaleros o siervos de la gleba. La documentación que se está exhumando (más numerosa de lo que se pensaba) referente a las postrimerías del reino nazarita nos permite entrever la existencia laboriosa de un campesinado compuesto por arrendadores y pequeños propietarios rurales, sumergidos en amarga pobreza, pero no en

la mendicidad y la miseria. Respecto a la Andalucía Baja, nuestros testimonios son más escasos y más remotos. Podemos, sin embargo, deducir que allí el tradicional sistema latifundista se mantuvo, y que los grandes señores árabes llevaron una existencia no muy distinta de la de sus antecesores visigodos y romanos. Esas tierras, en vísperas de la conquista cristiana, eran labradas por campesinos que ya no eran de condición servil; el citado Ibn Abdun nos perfila una masa de jornaleros bastante análoga a la que ha existido hasta la época actual: hombres sin propiedad, sin puesto de trabajo seguro, sometidos a una labor extenuante y mal pagada que recurrían a tretas para aliviar su triste condición: «En la parada donde buscan trabajo los braceros deben colocarse hombres honrados que solucionen las diferencias... Estas gentes no son nada cumplidoras; se ajustan para una jornada por un salario establecido y antes de que deba dar de mano deja el trabajo, se hace el remolón, se entretiene en coger leña, en lavarse o hacer una necesidad, o se está sin hacer nada, y cuando llega la hora viene a ti jactándose del servicio que te ha prestado y diciendo que la recompensa no es proporcionada...» No hablaría de otro modo cualquier propietario andaluz del siglo XIX.

El legado del Islam

La cultura es la herencia más apreciada que nos ha legado el Islam andalusí: su arte, su poesía, su pensamiento destacan con inusitada brillantez sobre el trasfondo opaco de una Europa que se debatía entre las ruinas de la cultura clásica y los fulgores aún indecisos de otra aún en gestación. En el siglo X la ventaja del Al-Andalus era aplastante, y la diferencia apenas disminuye en el XI porque se dio en nuestro Islam el mismo «décalage» cronológico que en la época de los Austrias; deshecho el Califato, fragmentado en reinos de taifas, sometido al dominio almorávide, la semilla lanzada continuaba produciendo frutos. El punto de inflexión parece situarse entre finales del XII y comienzos del siglo XIII. Europa avanza y el Islam decae. No de forma unitaria; hay sectores, como la Medicina (muy unida entonces a la Filosofía), en los que la superioridad islámica se mantuvo largo tiempo. Especial atención merece el cultivo de la ciencia pura: Matemáticas, Ciencias de la Naturaleza, Astronomía..., por lo que representan en sí mismas en cuanto productos

de la inteligencia humana y por las derivaciones que, a través de las aplicaciones tecnológicas, inciden sobre el nivel de vida de las poblaciones y el poder de los estados. Los investigadores españoles, siguiendo las huellas de Millás Vallicrosa, cultivan esta difícil disciplina, y a través de sus descubrimientos se afirma la idea de que el Islam en general y el hispano en particular no fue mero recopilador de la herencia helenística incrementada con algunas aportaciones mesopotámicas e hindúes: hubo una creatividad original, en la que la parte de los hebreos españoles fue importante y difícil de separar de la propiamente musulmana.

Disensiones y controversias

También acerca de la ciencia pura hay disensiones y controversias que serían más fructíferas si no se mezclaran prejuicios de escuelas cuando no indebidas injerencias de pseudohistoriadores de tendencia política. Hay quien ha llegado a estampar en letras de molde que el nivel científico de Al-Andalus no fue superado hasta el siglo XVIII. ¡Las cosas que hay que oír! Con las reservas que impone mi incompetencia me atrevo a decir que aquí también da en el clavo Cruz Hernández. Como de pasada (el hecho, sin embargo, es esencial), afirma: «Tanto en cantidad como en calidad los sabios andalusíes llevaron siglo y medio de ventaja a los de la Europa cristiana hasta mediados del siglo XIII» (pág. 361).

Yo afinaría un poco más esta frase; me atrevo a proponer esta otra: el siglo y medio de ventaja que la ciencia islámica llegó a tener sobre la occidental se fue paulatinamente reduciendo hasta llegar a una situación equilibrada en la primera mitad del siglo XIV. De ahí en adelante comenzó un desequilibrio patente y acelerado a favor de Occidente. ¿Causas? Para el Islam español, la

simultaneidad de la decadencia científica con la política no puede ser casual: desde las grandes conquistas de Fernando III y Jaime I de Aragón faltaba a un Al-Andalus residual una base territorial, económica y humana suficiente, y esa decadencia agravaba el fallo estructural derivado de la enorme distancia que lo separaba del otro gran foco de saber islámico: el intercambio de ideas y personas con el Oriente a través de una costa africana poco urbanizada y una ruta marítima peligrosa se hizo cada vez más precario. Los judíos peninsulares olfatearon el cambio de tendencia; sabían elegir el sol que más calienta y se integraron en la cultura occidental que, a partir del siglo XIV, crecía con inusitado vigor. Los andalusíes no pudieron o no quisieron imitar la actitud de los europeos que antes visitaron ciudades islámicas en busca de novedades científicas. El Renacimiento fue ignorado; en algunos sentidos fue combatido, pues el rechazo de la Imprenta fue, en parte, deliberado por prejuicios religiosos; no se podía, no se debía someter a reproducción mecánica el Corán, que es la palabra divina.

Las consecuencias de esta actitud fueron inmensas y todavía hoy visibles; si en el siglo XVI el desnivel tecnológico de cristianos y musulmanes era ya grande, en 1687, cuando aparecieron los *Principia* de Newton, resultaba abismal. Desecada la propia savia, el Islam vivía de las migajas que le proporcionaban los mercaderes, los reneados, los emigrados y deportados que llegaban al Magreb. Algo, aunque no demasiado, aportaron en este sentido los moriscos, tan impiamente arrojados de nuestro suelo. Muchas ciudades castellanas suplicaron que se les permitiera quedarse porque eran buenos labradores y artesanos; ninguna hizo referencia a sus capacidades científicas o técnicas; incluso los otrora renombrados médicos habían descendido a la categoría de curanderos y sanadores. □

RESUMEN

El Islam de Al-Andalus, escribe Domínguez Ortiz, cuenta con una nueva síntesis, una visión global objetiva y bien informada. Aunque centrada en las realidades sociales, no olvida los factores políticos y culturales que ayudan a comprenderlas. A través de sus páginas

se sigue el proceso de su implantación, auge, estancamiento y decadencia final. Es un proceso cerrado en sí mismo, pero todavía vivo y actuante por las dimensiones universales del fenómeno islámico y la abundosa herencia que dejó en nuestro suelo.

Miguel Cruz Hernández

El Islam de Al-Andalus. Historia y estructura de su realidad social

Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Madrid, 1992. 654 páginas. 3.600 pesetas.

La terminología médica y las «dos culturas»

Por José María López Piñero

José María López Piñero (Mula, Murcia, 1933) es catedrático de Historia de la Medicina en el Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia (Universidad de Valencia - C.S.I.C.). Ha publicado, solo o en colaboración, 66 libros sobre temas de su disciplina. Entre los más recientes figuran *La anatomía comparada antes y después del darwinismo* y *la dirección de los volúmenes colectivos La ciencia en la España del siglo XIX y Viejo y Nuevo Continente: la medicina en el encuentro de dos mundos*.

El problema de la relación entre las llamadas «dos culturas» —la científica y la humanística— ha motivado una serie casi interminable de publicaciones desde las más diferentes perspectivas, muchas de las cuales ofrecen planteamientos y análisis rigurosos, aunque es mucho más elevado el número de las que se limitan a reflexiones banales y comentarios tópicos. No hace falta subrayar que para los profesionales de los estudios históricos sobre la medicina y la ciencia se trata de una cuestión central que vivimos cotidianamente en nuestra actividad docente e investigadora. Theodor Puschmann y las demás figuras que a finales del siglo XIX formularon los programas en torno a los cuales se ha constituido nuestra disciplina insistieron explícitamente en que una de sus funciones era contribuir a la superación de la esquizofrenia cultural, que disocia las imágenes y conocimientos acerca del hombre y el universo procedentes de las ciencias de la naturaleza y de las humanidades.

Sin entrar en el fondo de tan complejo problema, anotaré mi adhesión al punto de vista que considera como instrumento indispensable para superar la citada disociación un planteamiento de la enseñanza media consistente en que su objetivo principal sea una formación equilibrada e integradora de las nociones fundamentales de las ciencias de la naturaleza, las ciencias sociales y las humanidades, así como el aprendizaje de los recursos básicos del lenguaje, las matemáticas y el pensamiento. Como es bien sabido, a dicho planteamiento se oponen frontalmente las concepciones «pragmáticas» del bachillerato, que aspiran a convertirlo en buena parte en una preparación de los estudios posteriores, entre ellos los de carácter universitario. Mi experiencia de casi cuatro décadas como docente médico me ha convencido de que tales concepciones «pragmáticas» —que se manifiestan sobre todo en una especiali-

zación muy temprana de la enseñanza media— no solamente agudizan la esquizofrenia cultural, sino que conducen a fallos de extrema gravedad dentro de su propio enfoque, privando, por ejemplo, a los futuros estudiantes universitarios de conocimientos y recursos instrumentales indispensables para cursar adecuadamente sus respectivas licenciaturas. En numerosas ocasiones he comprobado la indefensión de estudiantes de geografía e historia cuando tienen que enfrentarse con los aspectos cuantitativos de sus áreas partiendo de un bachillerato en el que ni siquiera les han informado de la noción de logaritmo. Sin embargo, el fallo más evidente de las citadas concepciones «pragmáticas» que he vivido de forma continuada es, lógicamente, la indefensión paralela de los estudiantes de medicina ante la terminología de nuestros propios saberes y prácticas profesionales, tras haber cursado un bachillerato «especializado» en el que no han figurado o se han reducido a mínimos ineficaces las lenguas clásicas y el resto de las humanidades.

La terminología médica

La terminología médica actual es el sedimento de veinticinco siglos de medicina científica. Por lo tanto, incluye desde términos procedentes de la Grecia del siglo V a. C. hasta los que de modo continuo se están creando en las fechas más recientes. En su inmensa mayoría son de procedencia griega y latina, lo que se explica no sólo por la prolongada vigencia de ambos idiomas en la historia de la medicina científica europea, sino porque se continúa recurriendo al griego y al latín para crear los neologismos, es decir, los términos que exigen los nuevos significados resultantes del progreso de la ciencia y la práctica médicas.

El núcleo originario de la actual terminología médica se encuentra en la llamada *Colección Hipocrática*, reunión de casi setenta libros atribuidos tradicionalmente a Hipócrates y que en realidad proceden de escuelas médicas griegas distintas e incluso rivales, en su mayoría de los siglos V y IV a. C. En ellos aparecen numerosos términos que continúan utilizándose actualmente, como «astrágalo», «apoplejía», «amaurosis», «disuria», «epiplón», «trombo», «coma», «espasmo», «estranguria», «nefritis», «pólipo», etc. De forma parecida, son muy abundantes los términos hoy vigentes que proceden de la obra de Galeno de Pérgamo (siglo II d. C.), autor de una elaboración sistemática de la medicina clásica antigua que se mantuvo co-

mo máxima autoridad a lo largo de la Edad Media y buena parte de los primeros tiempos modernos («ambliopía», «aneurisma», «asfixia», «diástole», «sístole», etc.).

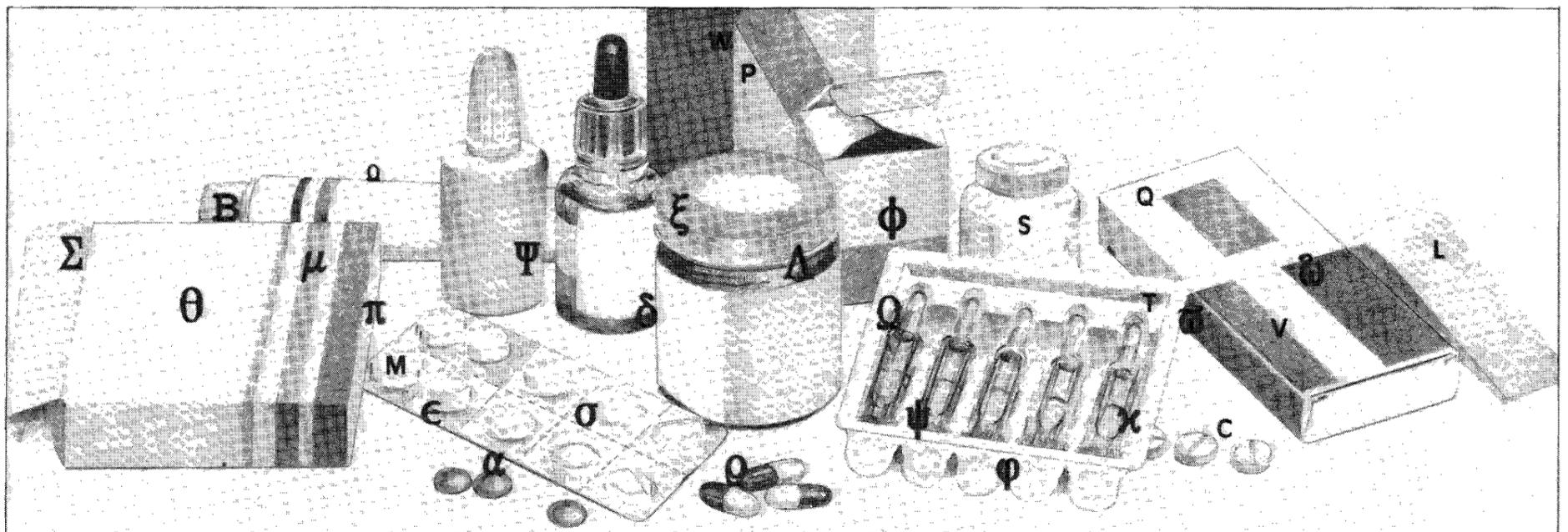
Los médicos renacentistas, que despreciaron como «bárbaras» las versiones medievales a través del árabe de las obras clásicas griegas y helenísticas, acuñaron un vocabulario que constituye el estrato básico de la terminología médica actual. Revisaron cuidadosamente los textos originales griegos y los tradujeron directamente a un elegante latín ciceroniano que tenía asimismo en cuenta el léxico de los escasos libros médicos antiguos en este idioma, sobre todo la *Medicina* del romano Aulo Cornelio Celso. El vocabulario médico renacentista se amplió extraordinariamente en las etapas iniciales de la medicina moderna, hasta comienzos del siglo XIX, durante las cuales el latín continuó siendo el principal idioma médico, aunque en convivencia con un empleo creciente de las lenguas vulgares. Estas últimas han sustituido al latín a partir de la pasada centuria, pero el vocabulario de origen grecolatino se ha mantenido como terminología médica internacional. No solamente se ha conservado el patrimonio léxico tradicional, sino que, tal como hemos adelantado, se continúa recurriendo al griego y al latín para acuñar los neologismos. Citaremos como ejemplo cinco neologismos célebres correspondientes a la neurohistología. La demostración por parte de Santiago Ramón y Cajal de que el sistema nervioso está integrado por células independientes condujo, entre otros neologismos, a la invención del término «neurona» por el alemán Heinrich Waldeyer para designar dichas unidades celulares, y del vocablo «sinapsis» por el británico Charles Sherrington para referirse al contacto entre ellas. El tejido que forma la sustancia de sostén de los centros nerviosos fue bautizado como «neuroglía» por el alemán Rudolph Virchow a mediados del siglo XIX, y cuando el español Pío del Río Hortega descubrió dos de sus elementos celulares en los años veinte de la presente centuria, creó los neologismos «oligodendroglía» y «microglía». Son cinco significados de un área típica de la ciencia médica contemporánea que se designan con elementos léxicos tan puramente griegos como los que integran el nombre de la disciplina a la que pertenecen.

A la terminología internacional de origen grecolatino se han opuesto con muy escaso éxito algunas ideologías nacionalistas. Uno de los nacionalismos más radicales, el vigente en la Alemania nazi, llegó a proscribir las palabras de procedencia griega y latina de todos

los aspectos de la actividad humana, entre ellos la medicina. En lugar de términos internacionales como «córnea» y «meningitis», había que emplear expresiones castizas alemanas, como «Hornhaut» y «Hirnhautzündung». Resulta irónico que los años del nacionalismo hitleriano correspondieran precisamente al final del período en que el alemán había ocupado una posición hegemónica en la medicina mundial.

En contraste con el predominio casi absoluto de elementos grecolatinos, son muy escasos los vocablos de las lenguas vulgares o modernas que se han incorporado a la terminología médica internacional. Proceden principalmente de los países que han sido escenarios centrales de la medicina científica desde comienzos del pasado siglo, cuyos idiomas han desempeñado durante cierto período el papel de «lingua franca». El francés fue el primero que desempeñó dicha función, siendo desplazado después por el alemán y a continuación por el inglés. De la época de la hegemonía francófona han perdurado términos como «chancro», «gran mal y pequeño mal», «tic» y «tisular», y del período de predominio germanófono, otros como «Anlage», «Gestalt», «Kernicterus» y «Mastzelle». Por supuesto, en la actualidad predominan los de procedencia inglesa, como «by-pass», «feedback», «screening», «stress» y muchos otros. Junto a ellos hay una auténtica inundación de anglicismos gratuitos y de toscas traducciones de expresiones inglesas que se deben simplemente a la ignorancia o la pedantería, lo mismo que antes sucedía con los galicismos y germanismos y con pedestres versiones de locuciones francesas y alemanas, hoy felizmente sumergidos en el mismo olvido en el que inevitablemente caerán sus paralelos anglófonos actuales.

En las nomenclaturas de las disciplinas que constituyen las bases científicas de la medicina, el predominio grecolatino es todavía mayor que en la terminología médica propiamente dicha, relativa a las enfermedades y a los procedimientos propios de la práctica de la medicina. Los códigos internacionales de las nomenclaturas botánica, zoológica y bacteriológica utilizan, por ejemplo, términos en latín sometidos a las reglas gramaticales latinas y a una serie de normas muy detalladas y precisas. La fundamental es que los nombres de las especies son binomiales, consistentes en el nombre del género al que pertenecen, seguido de un segundo término propio de cada especie, que puede ser un adjetivo («*Digitalis purpurea*», «*Rattus norve-*



ANTONIO LANCHO

Viene de la página anterior

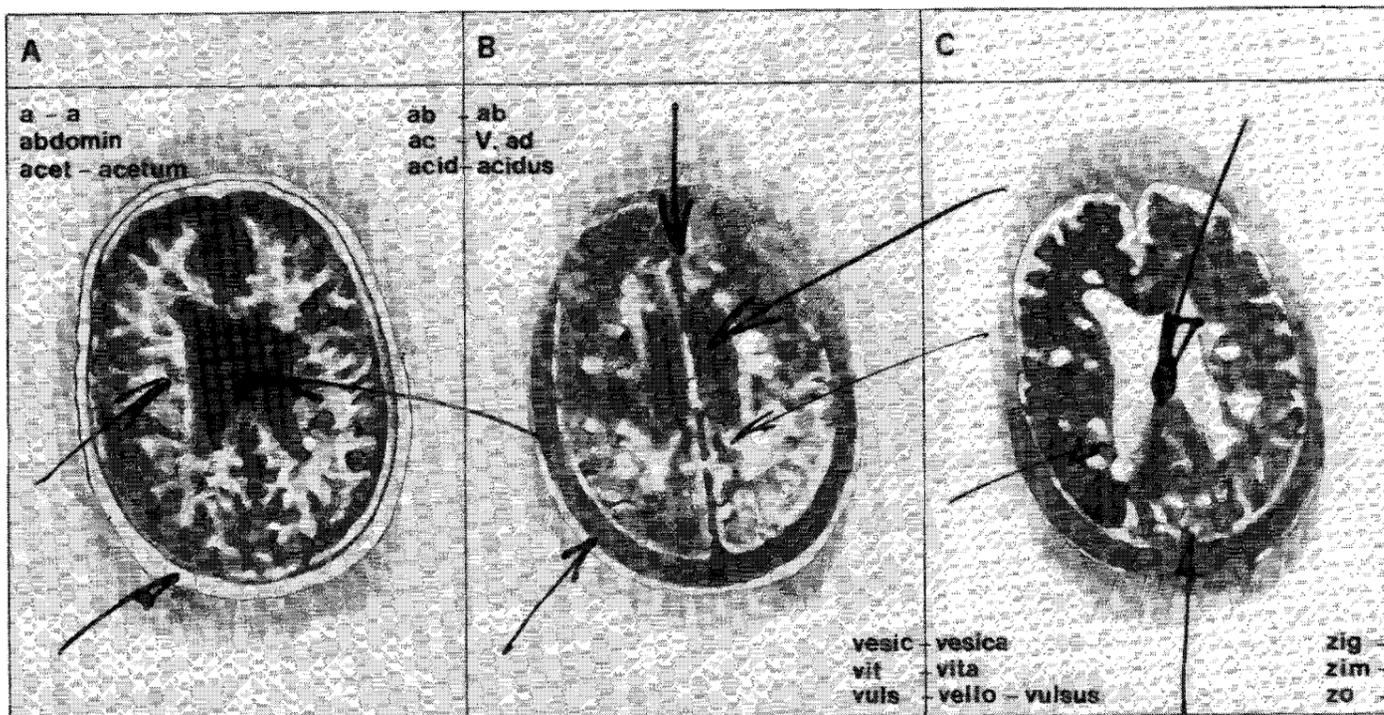


gicus»), un sustantivo en genitivo («Prunus avium»), «Schistosoma mansoni») o un sustantivo en aposición («Nicotiana tabacum», «Rattus rattus»). Son uninomiales los nombres de los géneros y también los de los taxones superiores, buena parte de los cuales se forman con sufijos grecolatinos puestas a la raíz del nombre de un género tipo incluido en ellos. También están en latín y sometidos a las normas gramaticales de este idioma clásico todos los términos que integran la *Nomina anatomica*, la *Nomina embryologica* y la *Nomina histologica*, mientras que los términos químicos, tanto los de la llamada «nomenclatura funcional o clásica» como los de la nomenclatura de la Unión Internacional de Química Pura y Aplicada, se construyen mediante una combinación de raíces, prefijos y sufijos de origen grecolatino. Algo parecido sucede con el léxico internacional de las demás disciplinas, incluidas las de más reciente aparición, que sirven de fundamento científico a la medicina.

Un cálculo preciso del volumen de la terminología médica propiamente dicha y la de sus disciplinas científicas básicas plantea serias dificultades, pero resulta orientador saber que los diccionarios médicos generales más importantes incluyen entre 40.000 y 100.000 vocablos. Los especialistas en educación médica estiman que los estudiantes del período preclínico deben aprender alrededor de 15.000, cifra incomparablemente superior a la del vocabulario básico de un idioma extranjero y a la que, además, hay que sumar un número parecido durante el segundo ciclo de la licenciatura. Si se tiene en cuenta que en torno a mil raíces, prefijos y sufijos grecolatinos componen más del 90 por 100 de los términos médicos, se explica la importancia creciente que durante las últimas décadas se está concediendo en casi todos los países a la enseñanza de la terminología médica. Está sólidamente demostrada la rentabilidad didáctica de esta asignatura, y asimismo se ha comprobado que resulta poco gravosa y especialmente eficaz si los estudiantes han recibido en el bachillerato formación humanística.

Conviene advertir que el carácter grecolatino de la terminología médica es el principal aspecto de su relación con las humanidades, pero no el único. Hay otras vertientes, entre las que cabe destacar la frecuencia de los epónimos en el vocabulario médico. Muchas veces se trata de nombres de médicos y científicos considerados como descubridores de una parte anatómica, proceso fisiológico, enfermedad, signo patológico, etc., o como inventores de un determinado instrumento o técnica. Pueden ser figuras de cualquier época: la confluencia de los senos de la duramadre en la protuberancia occipital interna se llama, por ejemplo, «prensa de Herófilo», que fue un médico que trabajó en la Alejandría helenística del siglo III a. C.; el apilotonamiento de capilares arteriales en el extremo de cada tubo urinario, «glomérulo de Malpighi», aludiendo a un médico y microscopista italiano del siglo XVII; la forma de disnea que aparece a veces en el coma diabético, «respiración de Kussmaul», apellido de un clínico alemán decimonónico, etc. El nombre de descubridores o inventores no se asocia siempre con el significado de los epónimos mediante el genitivo, sino que puede presentarse también en forma de raíz o mediante adjetivos, como sucede con los términos «pasteurización», «Pasteurella», «pasteurelisis», procedentes del apellido de un químico y bacteriólogo francés de la pasada centuria que no necesita presentación, y con los vocablos «facies hipocrática» y «remedios galénicos».

Sin embargo, en los epónimos médicos no se refleja solamente la historia de la medicina y de la ciencia, sino también los demás campos de la cultura. Mediante genitivos, raíces, adjetivos, etc., aparecen escritores de los



ANTONIO LANCHO

siglos modernos o de la Antigüedad clásica, como el marqués de Sade, Leopold von Sacher-Masoch y Safo de Lesbos («sadismo», «masoquismo», «lesbianismo», «safismo»), personajes de las tragedias clásicas griegas o de obras literarias de la pasada centuria («complejo de Edipo», «complejo de Electra», «síndrome de Pickwick», «síndrome de Alicia»), personalidades históricas reales como Mitrídates VI, rey del Ponto en el siglo I a. C. («mitridatismo»), figuras mitológicas («narcisismo», «hermafrodita», vértebra «atlas»), etc.

Una rigurosa traducción

Aunque durante la última década se han publicado varios diccionarios médicos en castellano, el panorama editorial de la lexicografía médica en nuestro idioma dista mucho de ser satisfactorio, sobre todo en comparación con el de otras lenguas como el inglés, el alemán, el francés o el italiano. La principal iniciativa española contemporánea en este terreno fue la encabezada por León Cardenal Pujals, discípulo de Cajal y destacado cirujano, cuyo *Diccionario terminológico de ciencias médicas* apareció por vez primera en 1916. Desde esa fecha hasta 1984, la editorial Salvat ha publicado doce reediciones del mismo, eliminando en las últimas el nombre de Cardenal. Esta eliminación resulta difícilmente justificable si se tiene en cuenta que lo normal es mantener la firma de los fundadores de este género de obras de consulta como señal de identidad y vehículo de prestigio, tal como han hecho, entre otros muchos casos, el *Klinisches Wörterbuch*, de Pschyrembel, nada menos que en 256 ediciones, o el *Medical Dictionary*, de Dorland, en las 27 ocasiones que se ha editado a lo largo de casi noventa años. Al desaparecer la sección de medicina de Salvat, la obra fundada por Cardenal ha pasado a Ediciones Científicas y Técnicas, que ha publicado en 1992 la decimotercera edición de la misma, que desde casi ningún punto de vista está a la altura del destacado lugar que ha ocupado, como acabamos de decir, en la tradición española relativa a la lexicografía médica. No incluye la *Nomina anatomica*, que figuraba en anteriores ediciones, aunque los términos morfológicos se afirma que están «adaptados a ella», ni tampoco las nomenclaturas química, botánica, zoológica, bacteriológica y del resto de las ciencias básicas. Se indican las raíces,

prefijos y sufijos, pero hablando de «formas prefijas» y «sufijas» de las raíces, recurso didáctico de dudosa utilidad que se presta a confusiones. Los epónimos están reducidos a notas mínimas, algunas de ellas —como la relativa a Galeno— con errores penosos. Como complementos, ofrece únicamente glosarios inglés-castellano y francés-castellano y una sucinta tabla de constantes biológicas. El resto de diccionarios médicos redactados originalmente en castellano que se han publicado recientemente corresponden a otro nivel, y una obra más ambiciosa —el *Diccionario médico*, en tres volúmenes, de Cortadóno ha vuelto a aparecer desde su primera edición en 1970. Incluso de la traducción castellana de una aceptable obra en inglés —el *Diccionario enciclopédico University de términos médicos*— se ha publicado en México en 1991 una mera reimpresión de la edición de 1981.

En suma, los profesionales de las ciencias de la salud y las demás personas de habla castellana interesadas por cualquier motivo en la terminología médica carecían de una obra de consulta amplia, rigurosa y al día. Esta importante laguna ha venido a llenarla de modo satisfactorio la traducción castellana de la vigesimoséptima edición del *Dorland's Illustrated Medical Dictionary*. Dos circunstancias favorables lo han hecho posible. La primera de ellas ha sido la considerable mejora que, en relación con las anteriores, ha significado dicha vigesimoséptima edición, publicada en 1988 bajo la dirección de E. J. Taylor. La segunda, la seriedad con la que ha sido realizada su traducción y adaptación al castellano.

Como signo inequívoco de lo que venimos comentando acerca de la terminología médica y las «dos culturas», el volumen se inicia con un amplio capítulo titulado «Fundamentos de etimología médica». Redactado

por J. M. Patwell, su excelente contenido ha sido traducido y adaptado «a las circunstancias particulares de la lengua española» de forma inmejorable por un profesional de prestigio de las ciencias del lenguaje: Fernando Pardos Martínez, especialista en vocabulario técnico de la Real Academia Española. Sobre esta base, las indicaciones acerca de los elementos grecolatinos de los diferentes términos, sucintas pero precisas, resultan claras y consistentes. El diccionario utiliza la *Nomina anatomica* y las demás nomenclaturas de las ciencias básicas de la medicina, exponiendo de forma muy detallada los términos normalizados morfológicos, químicos, enzimáticos, zoológicos, botánicos, bacteriológicos y virológicos. Incluye, además, cuadros terminológicos extensos de cuestiones como el sistema de complemento, los cromosomas, las hemoglobinas, etc. Los epónimos son muy numerosos, y en los relativos a algunas grandes figuras médicas (Galeno, Harvey, Vesalio, Virchow, etc.) se ofrecen noticias de cierta extensión y ajustadas al estado actual de la investigación histórico-médica. Parecido tratamiento reciben los epónimos tocantes a figuras mitológicas, personajes literarios, etc.

Hojear aunque sea superficialmente obras de consulta como este diccionario médico resultaría muy recomendable para los responsables de la planificación de nuestro sistema docente que, desde enfoques «pragmáticos», consideran completamente inútil para los que van a cursar licenciaturas «de ciencias» la enseñanza en el bachillerato de los idiomas clásicos y, en general, de las humanidades. Me temo que en cuestiones como la que hemos comentado hay que situar la divisoria entre la formación de médicos universitarios y la preparación de meros «mozos de garaje» sanitarios. □

RESUMEN

En el contexto de la cuestión de las llamadas «dos culturas» se consideran las características de la terminología médica. De acuerdo con la experiencia docente de López Piñero, quien comenta la versión castellana de un importante diccionario médico, la terminología médica es un tema

en el que se refleja la necesidad de una enseñanza media equilibrada e integradora de las ciencias de la naturaleza, las ciencias sociales y las humanidades, como medio para superar una esquizofrenia cultural que conduce a graves deficiencias incluso desde los puntos de vista más pragmáticos.

E. J. Taylor (ed.)

Diccionario enciclopédico ilustrado de medicina Dorland

Interamericana-McGraw Hill, Madrid, dos volúmenes, 1992. 1919 páginas. 14.840 pesetas.

Ciencia: desconfianza y desconocimiento

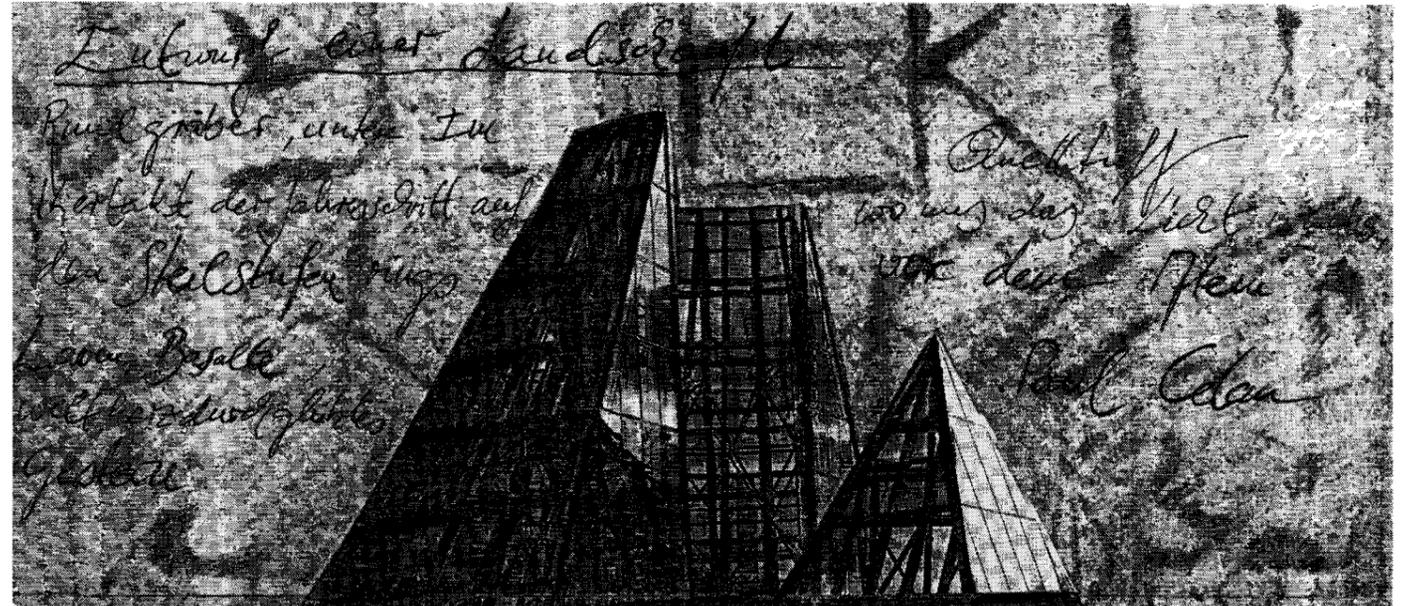
Por José Antonio Campos-Ortega

José Antonio Campos-Ortega (Valencia, 1940) es doctor en Medicina por las universidades de Valencia y Göttingen (Alemania); ha sido profesor extraordinario de Neurobiología de la Universidad de Friburgo y, desde 1982, es profesor ordinario de Biología del Desarrollo y director del Institut für Entwicklungsphysiologie de la Universidad de Colonia. Es académico correspondiente extranjero de la Real Academia de Ciencias y miembro de la Academia Europæa.

La tecnología ha invadido todos los niveles de nuestra vida cotidiana y se ha hecho, a muchos respectos, imprescindible: resulta difícil imaginar la vida sin receptores de radio o de televisión, sin teléfono, sin automóvil; resulta todavía más difícil imaginarla sin electricidad. Los progresos tecnológicos se suceden a velocidad vertiginosa. La mayoría de los artificios técnicos que utilizamos diariamente fueron concebidos y contruidos durante los últimos veinte o treinta años; sobre todo en el terreno de la electrónica, el progreso ha sido extraordinariamente rápido. Aun cuando el ciudadano medio no entienda cómo funcionan los artilugios de los que se sirve, los progresos tecnológicos son aceptados por regla general con curiosidad e interés, en ocasiones incluso con simpatía, ya que frecuentemente conllevan una mejora de nuestro confort y de nuestras condiciones de vida y nos permiten actividades de otro modo imposibles.

Base de los adelantos tecnológicos son los adelantos conseguidos en el terreno de las ciencias puras. También la ciencia y sus logros han alcanzado un alto grado de difusión en nuestra sociedad, en particular los logros de las ciencias médicas. Por ejemplo, todos nos interesamos en gran manera por los avances de la cancerología. Sin embargo, si excluimos las ciencias médicas, la actitud pública con respecto a los avances de otras disciplinas científicas no es la misma que con respecto a los de la tecnología. Por un lado, la mayoría de la población siente una completa indiferencia por la ciencia pura; por otro lado, una fracción considerable de la población culta, incluyendo paradójicamente un alto número de personas con educación universitaria, contempla los adelantos de la ciencia con desconfianza y piensa que encierran misteriosos peligros para la humanidad. Esa desconfianza está, al menos en parte, justificada. Por ejemplo, es bien sabido que sólo un breve lapso de tiempo hubo de transcurrir entre el descubrimiento por parte de Otto Hahn y Fritz Strassmann de la fisión del núcleo atómico del uranio por neutrones, y el que Leo Szilard concibiera la posibilidad de utilizar una reacción en cadena para la construcción de armas nucleares. También es bien sabido que, por desgracia, esas armas fueron construidas y utilizadas ya en dos ocasiones para exterminar números inimaginables de personas y que su existencia continúa amenazando a toda la humanidad. Un descubrimiento científico tuvo efectos nefastos. Su consideración hace pensar en consecuencias imprevisibles de otros, aparentemente anodinos, descubrimientos de la ciencia pura y da lugar a críticas.

Los científicos suelen responder a esas críticas con dos tipos de argumentos. Primero, los científicos arguyen que el mejor control sobre los supuestos peligros de la ciencia son los mismos científicos, guiados por reglas generales de ética que imponen frenos y barreras morales a su quehacer. Sobre todo investigador de actuación responsable pesa, además, la obligación moral de poner en evidencia los peligros que puedan resultar de su propio trabajo y contribuir a combatirlos. Esa obligación ha sido correspondida repe-



STELLA WITTENBERG

tidas veces en el pasado inmediato y más tarde consideraré una de esas ocasiones. Y segundo, existen gremios de control a nivel nacional e internacional que han de juzgar sobre la calidad científica y, también, la permisividad de determinados experimentos, para conceder o denegar los fondos necesarios. Si el umbral de autocritica de un investigador fuese muy alto, de modo que tuviera por aceptable un tipo de investigación que la mayoría de sus colegas rechazaría como inmoral, esos gremios de control pueden impedir su realización.

Ética profesional

La falta de accidentes importantes relacionados con sus actividades parece dar la razón a los científicos: en condiciones normales, la ética profesional y los restantes sistemas de control son suficientes para impedir los peligros supuestamente derivados de su trabajo. No obstante, determinados niveles de la sociedad afirman que los mecanismos existentes no garantizan un impedimento absoluto de esos peligros porque el control practicado por parte del investigador es aleatorio. De acuerdo a esos críticos, el investigador se guía en su trabajo por motivos distintos de los que guían el comportamiento de la población general, como son un alto grado de curiosidad y una gran ambición profesional unida al deseo de obtener reconocimiento público: esos motivos condicionan la ética de los investigadores activos y determinan que ésta sea distinta de la ética que rige al resto de la sociedad. Siguiendo aún con la opinión de esos críticos, muchos investigadores serían capaces de llevar a cabo cualquier tipo de trabajo que fuera técnicamente realizable, sin tener en cuenta sus consecuencias. Ya que el número de científicos que pertenecen a esa categoría es supuestamente muy alto, los peligros para la humanidad que se derivan de la ciencia pura son realmente serios. Críticas de esta índole han ido acompañadas frecuentemente de difamaciones abiertas por parte de determinados sectores políticos, alimentando así el clima anticientífico existente en algunos países europeos.

En cierto modo, esta actitud es sintomática de un irracionalismo que comenzara manifiestamente en los años 60 de este siglo y en el que hoy se mueven muchos niveles de la sociedad postindustrial. La creencia de que la ciencia pura encierra peligros incontrolables, o, incluso, que esos peligros emanan directamente de los investigadores, ha condu-

cido a la imposición de restricciones en el terreno de las ciencias biomédicas que han afectado la libertad de acción y la eficacia del personal investigador y han enlentecido el progreso de adquisición de conocimientos. Un ejemplo relacionado con mi trabajo profesional es la problemática planteada por la llamada ingeniería genética —en la actualidad, una de las bases tecnológicas fundamentales de la investigación biomédica—. En ciertos sectores de la prensa europea, y en particular en la de Alemania, el país en el que yo vivo y trabajo, los científicos que utilizan técnicas de recombinación del material genético (ácidos nucleicos, sobre todo ADN) han sido y continúan siendo calificados de «Frankensteins», «aprendices de Dios» o «malabaristas de los genes»; los titulares anunciando la creación de una criatura mitad humana, mitad cordero, son frecuentes. Desgraciadamente, en este terreno la situación se ha deteriorado al extremo de no tratarse ya más de un miedo movido por un sentimiento de puro sentido común, lógico ante un supuesto peligro desconocido, sino de una situación de terror que ha conducido a una confrontación abierta entre ese irracionalismo y el mundo del saber y que toma en ocasiones forma de violencia contra objetos o incluso contra personas.

Ingeniería genética

Desde el punto de vista sociopolítico, la evolución de la actitud general ante la ingeniería genética es un problema muy interesante que merecería ser analizado por personas con formación adecuada para ello. En él se reúnen, y se mezclan y confunden, no menos de tres factores de trascendencia y consecuencias diferentes: el miedo, natural en los humanos, ante lo desconocido (la ciencia es desconocida); el interés de los investigadores por solucionar un problema determinado (que puede llevarlos a crear situaciones de peligro); y aspectos económicos de gran consideración (las relaciones directas existentes entre la ingeniería genética y la industria farmacéutica y agropecuaria). De ahí que la complejidad del problema sea enorme. Ello no obstante, las críticas a la ingeniería genética son incomprensibles, puesto que la ingeniería genética nos ofrece un buen ejemplo con el que ilustrar la eficacia de los mecanismos de control sobre los peligros de la ciencia. Los mismos científicos que, a principio de los años 70, desarrollaron las técnicas de recombinación de ADN, fueron quienes hicieron públicos los posibles peligros aso-

ciados a manipulaciones genéticas y provocaron las discusiones iniciales. Los portavoces de ese grupo determinaron, mediante una carta al presidente de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos de Norteamérica (la institución científica más prestigiosa de los Estados Unidos, y una de las más prestigiosas del mundo), la creación de una comisión que estableciera objetivamente los peligros relacionados con la nueva tecnología, por entonces desconocida para la inmensa mayoría del personal investigador. La conclusión principal del trabajo de ese comité, presentada en una conferencia que tuvo lugar en febrero de 1975 en Asilomar, California, fue el prever que la tecnología de recombinación de ADN iba a alcanzar amplia difusión en los centros de investigación académicos y de la industria bioquímica y farmacéutica y que, por tanto, era imperiosa la necesidad de establecer unas guías para regular esos trabajos. La solicitada reglamentación fue establecida poco después en los Estados Unidos y en Gran Bretaña, al principio con bases muy estrictas y, más tarde, al reconocerse el alcance real de los peligros, con bases muy relajadas en ambos países. Durante esos años, la controversia entre los investigadores proponentes y oponentes de la nueva tecnología fue muy dura; además, esa controversia fue mantenida públicamente mucho antes de que los mismos científicos hubieran tomado acuerdo definitivo alguno, lo que condujo a muchos incidentes desagradables, que no puedo tratar aquí. Afortunadamente, la situación se normalizó una vez que normas de control adecuadas fueron establecidas.

Con un retraso de varios años con respecto a los Estados Unidos y Gran Bretaña, la discusión sobre estos temas comenzó también en los países de la Europa continental y condujo al establecimiento de reglamentaciones propias para cada uno de los mismos, de reglas más o menos estrictas dependiendo de los países, lo que ha determinado múltiples problemas de índole administrativa, fundamentalmente en la Europa comunitaria. En Alemania, por ejemplo, la regulación biotecnológica y de la ingeniería genética es considerablemente más severa que en Gran Bretaña o en Francia. El debate a este respecto se ha complicado en gran manera al intentarse obtener una legislación con vigencia para toda la Comunidad Europea y la opinión pública refleja el tipo de publicidad que el asunto ha recibido a nivel continental. Encuestas públicas llevadas a cabo en los últi-



Viene de la página anterior



mos años en varios países europeos muestran que entre el 50-60 % de los encuestados espera de la ingeniería genética una mejora general de las condiciones de vida. Sin embargo, el 80 % de los participantes en las encuestas exige todo tipo de controles gubernamentales, incluso en el caso de experimentos de los que no cabe esperar riesgos, tanto para la salud humana como para el medio ambiente.

Ya vemos que, en un terreno en el que los científicos han mostrado su capacidad de autocontrol, la desconfianza de los ciudadanos conduce a que políticos tomen parte activa de la discusión y a que leyes superfluas sean enunciadas. La esperanza, existente previamente, de que la ciencia pueda contribuir a mejorar nuestras condiciones de vida, ha sido sustituida paulatinamente por una situación de terror.

¿A qué se debe ese temor ante la ciencia? La tesis central del libro motivo de mis comentarios es que ese clima de desconfianza es debido a un desconocimiento absoluto de lo que es la ciencia pura y de cuáles son los motivos que mueven el quehacer de los científicos. En mi opinión, su autor (Lewis Wolpert es un embriólogo inglés, famoso por sus estudios sobre morfogénesis) simplifica enormemente el problema al mantener una tesis tan simple para explicar un problema sociológico tan complejo como éste: la causa del clima anticientífico no puede ser solamente el desconocimiento de las bases y fines de la ciencia; ha de ser necesariamente múltiple y muy variada, como corresponde a un problema de complejidad tal. Sin embargo, sí creo que Wolpert tiene una gran parte de razón y que ese desconocimiento contribuye en gran manera al problema. Quiero advertir que la intención del libro no es discutir los problemas tratados más arriba, es decir, los relacionados con esa actitud anticientífica de la sociedad, sino más bien el explicar sus motivos. Su título, *La naturaleza innatural de la ciencia*, parece ser un juego de palabras sin mayor trascendencia, acentuado quizás por el hecho de que las ciencias a las que se refiere Wolpert son en realidad las ciencias naturales, física, química, geología, biología (¿cómo pueden ser innaturales las ciencias naturales?). Sin embargo, el título no tiene intenciones jocosas. El autor pretende con este título poner de manifiesto que, si bien la ciencia es una creación humana, sus ideas son ajenas al pensamiento de la mayoría de las personas y ello es debido a que la ciencia es una actividad innatural. La ciencia es innatural porque, en primer lugar, el universo y su contenido (el objeto de las ciencias naturales) no están contruidos de acuerdo a reglas marcadas por el sentido común; como consecuencia, el saber científico es frecuentemente contraintuitivo e inesperado. En segundo lugar, el quehacer científico requiere de un proceder riguroso y cuantitativo que es completamente ajeno al razonamiento natural, el cual está basado exclusivamente en el sentido común.

Ejercicio del sentido común

Representando esa opinión, nuestro autor se encuentra en oposición a muchos otros, matemáticos, físicos y biólogos, quienes han opinado precisamente lo contrario, a saber, que la ciencia no es más que continuación y extensión del razonamiento natural y que su base no es otra cosa sino el ejercicio del sentido común. Sin embargo, a Wolpert le bastan ejemplos elementales para mostrar que las explicaciones científicas son frecuentemente inesperadas y se encuentran en oposición a explicaciones puramente intuitivas, de acuerdo con el sentido común. Uno de los ejemplos utilizados es bien sencillo: si se deja caer una bala y, al mismo tiempo, se dispara de



STELLA WITTENBERG

una pistola en dirección horizontal otra bala, ¿cuál de las dos llegará antes al suelo?, ¿la que se dejó caer o la que fue disparada? La respuesta físicamente correcta es que los dos proyectiles alcanzan el suelo al mismo tiempo, ya que la fuerza de gravedad actúa del mismo modo sobre ambos y la gravedad es la única fuerza que actúa sobre un objeto después de que éste ha sido lanzado al aire. No obstante, la respuesta intuitiva, la de personas sin conocimiento de mecánica, es que la bala disparada horizontalmente debería permanecer por más tiempo en el aire que la que fue dejada caer. Este ejemplo está basado en un principio científico muy sencillo, pero a pesar de todo muestra que el sentido común y las explicaciones de base científica pueden diferir en gran manera. Es obvio que, entrando en terrenos más complejos, como la genética o la cosmología, las ciencias naturales abandonan el terreno intuitivo y pasan al terreno de lo incomprensible, e incluso mágico, para cualquier persona carente de conocimientos biológicos o físicos. ¿Cómo explicar intuitivamente los misterios relacionados con el código genético, o que el universo fuera creado en unos minutos? El esfuerzo coordinado de muchas personas de gran inteligencia durante muchos años ha sido necesario para llegar a alcanzar el grado de conocimientos actuales en genética o en cosmología. Wolpert tiene razón: las ciencias naturales son antinaturales.

El libro es de agradable lectura y contiene una serie de puntos originales e interesantes que, desgraciadamente, no puedo tratar en detalle aquí por falta de espacio. Sin embargo, su autor no es ni un sociólogo ni un historiador, sino un embriólogo, y su texto carece a veces de la profesionalidad requerida. Uno de los puntos menos origi-

nales mantenidos por Wolpert es que las ciencias naturales se originaron una sola vez en la historia de la humanidad, a saber, en la antigua Grecia. Así, las creaciones intelectuales de la antigua Mesopotamia, de algunas culturas sudamericanas o de Egipto, son consideradas como protociencias, todavía a la sombra de la Teología, sin ejercer influencia alguna sobre la ciencia griega. Esta opinión ha sido mantenida durante muchos años, y Wolpert se adhiere a ella de forma poco crítica. De acuerdo a Wolpert y a otros defensores de ese predominio helénico, el desarrollo de las ciencias en Grecia estuvo condicionado por el desarrollo simultáneo de la democracia, que determinó que, entre iguales, el experimento y la demostración pudieran sustituir a la tradición y la autoridad. Sin embargo, determinados sectores de la historiografía moderna mantienen una opinión contraria. Para éstos, el desarrollo de las matemáticas, tanto puras como en su relación con la astronomía, se inició en Babilonia y el proceso fue incorporado a la cultura griega posteriormente; o, también, la medicina en Egipto tuvo una gran influencia

sobre la medicina helénica. Por otro lado, los mismos historiadores mantienen que las ciencias en Grecia no estuvieron completamente desprovistas de influencias religiosas y mágicas y que la Atenas democrática también persiguió científicos por sus teorías y ordenó la quema de sus libros.

Pero esta crítica no le resta valor e interés al libro. Uno de sus aspectos en mi opinión más interesantes, e importantes, es la distinción que Wolpert hace entre ciencia y tecnología. Para muchas personas, sobre todo, para muchos de los críticos de la ciencia pura, ésta y tecnología son una misma cosa. Incluso ciertos historiadores han mantenido esta tesis, afirmando que la construcción de instrumentos para la agricultura o la metalurgia durante el neolítico estaba basada en la solución de problemas tan complejos que fueron necesarios siglos de observaciones y experimentación previamente a su construcción, y, de ahí, que se tratara de un proceder comparable al de la ciencia pura. Wolpert basa su distinción entre tecnología y ciencia en que la primera produce objetos útiles y la segunda ideas. Muchos artilugios técnicos contruidos en la antigüedad, de la rueda al telescopio, pasando por la construcción de edificios y la máquina de vapor, no estaban basados en principios científicos, sino exclusivamente en principios empíricos. El producto final de la actividad científica es una idea sobre un aspecto de la naturaleza; por el contrario, los productos de la tecnología son artefactos cuyo valor no se mide en relación con la naturaleza, sino con la repercusión que esos artículos tienen sobre la sociedad. Mientras que las demandas hechas a la tecnología son dictadas por el mercado, las demandas a la ciencia pura son (deberían ser) independientes de esas consideraciones. La recompensa del inventor es el dinero; la del científico es tanto la estimación propia como la general.

Ciencia para tecnología

¿Por qué resalto, de entre los muchos puntos del libro, precisamente la distinción entre ciencia pura y tecnología? Lo hago por creer que esa distinción merece que se haga más hincapié en ella, ya que, como he dicho más arriba, muchas personas no tienen conciencia de la misma. Por supuesto, sería ridículo el pretender que las responsabilidades, caso de existir, están mal distribuidas y que es la aplicación de los descubrimientos científicos la que, en ocasiones, ha tenido efectos perniciosos y la que puede quizás presentar peligros en otras ocasiones; que los descubrimientos, con muy pocas excepciones, carecen intrínsecamente de peligro. El temor ante la técnica puede ser tan injustificado como lo es el temor ante la ciencia, y desplazando el peso de la responsabilidad de la ciencia pura a la tecnología no se contribuiría a la solución de los problemas causados por ese miedo. Por eso creo que el libro de Wolpert, intentando popularizar lo que la ciencia y los científicos pretenden con su trabajo, es importante al constituir un buen camino hacia una solución. □

RESUMEN

En nuestro tiempo, los procesos tecnológicos se suceden a una velocidad vertiginosa, y aun cuando no se entiendan sus mecanismos, esos avances tecnológicos son aceptados con naturalidad. Pero, en opinión de Campos-Ortega, el avance de las ciencias

puras crea una cierta desconfianza. El tema central del libro que comenta, y con el que discrepa en parte, es que esa desconfianza está motivada por un desconocimiento de qué es la ciencia pura y del quehacer de los científicos.

Lewis Wolpert

The unnatural nature of science

Faber and Faber, Londres, 1992. 191 páginas.

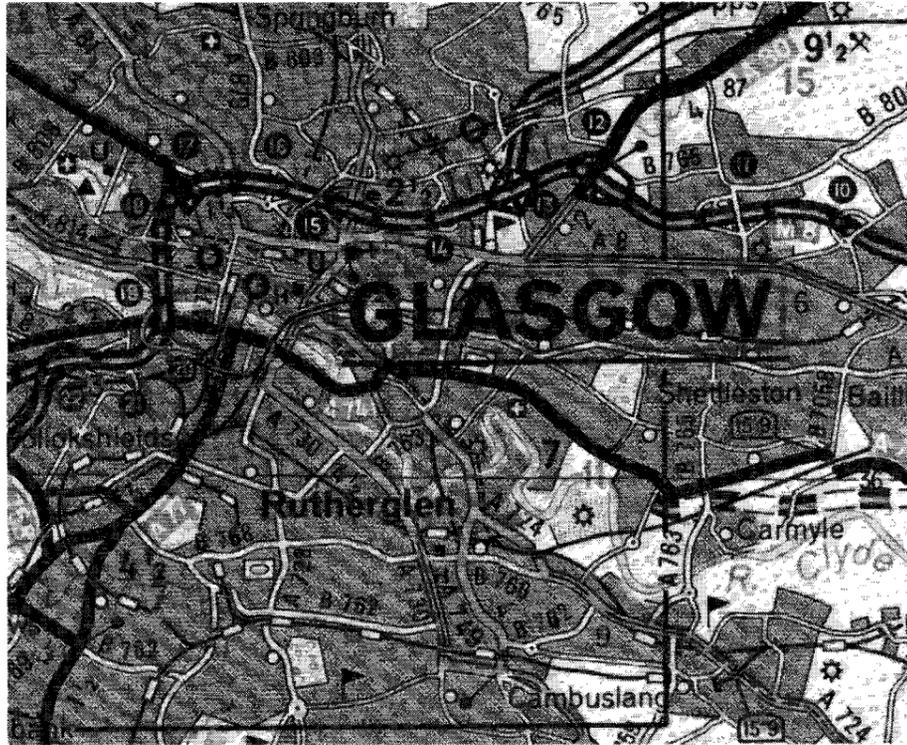
Gorbals, palabra contra martillo

Por Medardo Fraile

Medardo Fraile (Madrid, 1925) es escritor, doctor en Letras y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura Españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Colaborador de diarios y revistas, ha publicado una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo), y por sus cuentos ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Autor de obras como *Cuentos Completos*, *Autobiografía* (novela) y *Entre paréntesis* (ensayos).

En el sur de Glasgow, junto al río Clyde, hubo —¿hay?— un barrio llamado «Gorbals», topónimo que significa lo que no podríamos sospechar: «beautiful town», ciudad bella. Al comenzar la década de los 50, sólo el ocho por ciento de sus casas disponía de agua caliente, hornillo, fregadero, evacuatorio y baño. En sus calles —no libres de escalafones clasistas—, se asentaba la pobreza más abigarrada, emigrante o no: entre una minoría de obreros o «drop-outs» escoceses, pululaba una densa población irlandesa o judía, éstos generalmente polacos, rusos o procedentes de los países bálticos, literalmente embutida en viviendas estrechas, sementeras de promiscuidad y de cavilaciones sin fin. Junto a alcoholismo, desnutrición y violencia, poseía Gorbals buenas comunicaciones, de tranvías primero y luego de autobuses, o en barco hacia las islas; lavaderos, piscinas, baños públicos, bares, tiendas, cines, teatros —hubo uno de obras en «yídich» al otro lado del Clyde—, salones de baile, iglesias, sinagogas, colegios, una excelente biblioteca pública, complaciente con las peticiones de grandes y pequeños y de fácil acceso para todos, y las covachuelas de los prestamistas casi en cada esquina. La diversidad de costumbres, religiones y gentes, y la mutua indigencia, habían creado una comunidad humana singularísima, que nada tenía que ver con la soledad no buscada, el aburrimiento o la cursilería. El hombre, la mujer, el adolescente, el niño, se manifestaban a diario humana y francamente, sin trabas ni cortapisas de menor cuantía, y rubricaban así sus grandezas y miserias. Los que, con trabajo y grandes sacrificios, aspiraban a más, conseguían a la postre mudarse a barrios de mejor pelo cuando aumentaban los ahorros o disminuía la familia por boda, muerte o emigración. Gorbals tenía sus héroes: los defensores «rojos» de los derechos del pobre, Harry McShane y Willie Gallacher; John Buchan, que llegó a ser gobernador general del Canadá; Alan Pinkerton, creador de la famosa agencia de detectives Pinkerton en los Estados Unidos; Dan Flynn, que inició el negocio de las apuestas deportivas; Peter Williamson, campeón de luchas callejeras, y, sobre todos ellos, el peso mosca Benny Lynch, primer boxeador escocés que fue campeón del mundo, víctima del alcohol a los treinta y tres años.

Al comenzar la década de los 60, los ediles de Glasgow decidieron que esa zona de



extrarradio no era «nice» (atractiva, agradable, elegante, bonita) y, planeando vidas ajenas sin contar con ellas, sacaron a relucir los martillos pilones, las piquetas, las grúas, las excavadoras y llevaron a cabo la «mejora» o demolición del barrio. «Para las clases dirigentes —escribió Ralph Glasser—, el que había nacido en Gorbals era, en realidad, un bosquimano, y Gorbals tan insondable y distante como el desierto de Kalahari.» Quizá la información de los regidores respecto al barrio que deseaban mejorar fuera por el estilo a la que Chamberlain tenía de Checoslovaquia, cuando afirmó que era «un país minúsculo y lejano del que sabemos muy poco».

El barrio —otro barrio— continúa ahí y su nombre —el mismo— sigue en pie, pero los vecinos que se resistieron a cambiar de sitio fueron empaquetados en cajas-rascacielos, equivalentes a las reservas de indios navajos en Arizona, según le parece a uno de los moradores de Gorbals: Jeff Torrington. El antiguo barrio y la estulticia de esas torres monótonas y grises, llenas hoy de goteras y soledad, han producido, en libros, una oleada de nostalgia que ha traído consigo no pocas enseñanzas sobre la condición humana, y la decisión última de abatir ese abejar de bostezos sin cera ni miel.

Como en toda comunidad caleidoscópica, los recuentos que se han hecho de ella pueden ser inesperadamente distintos, pero incluso en novelas como *No mean city*, del escocés A. McArthur y el inglés Kingsley Long, nunca esos recuentos andan lejos de la autobiografía, que ha sido siempre el deseo de exteriorizar una marca profunda. *No mean city*, con su gran fuerza y su mediocre escritura, era, hasta hoy, la novela clásica de Gorbals, y la factura de sus páginas no va más allá de convertirla en el «best-seller» que

fue desde su aparición: más de medio millón de ejemplares vendidos en 25 ediciones. Mil formas de violencia, desde la más doméstica a la más bestial, campean en ella. Dentro del testimonio personal más dramático, *A sense of freedom*, la obra de Jimmy Boyle, nacido en Gorbals y condenado a cadena perpetua por asesinato, es un libro de tenebrosas memorias y un alegato lúcido de los métodos inhumanos que emplea la sociedad para liberarse de los que delinquen.

El pan de cada día

Pero esa violencia era esporádica, aunque más escandalosa que la mansedumbre. Había meses en Gorbals agraciados por los mansos de corazón, el calor familiar, el esfuerzo honrado por conseguir el sueño del futuro o el pan de cada día. Esa luz de entendimiento, esperanza o amor, que no es nunca gazmoña para contar verdades, aparece —con obsesión seminal e ironía— en *Dear green place*, de Archie Hind; en la autobiografía en tres pequeñas entregas —descarnada, inteligente, idealista— de Ralph Glasser, *Growing up in the Gorbals*, *Gorbals boy at Oxford* y *Gorbals voices, siren songs*, con referencias interesantes a la Guerra Civil española y a los niños vascos evacuados que enviaron a Inglaterra; en Evelyn Cowan, judía de ascendencia lituana, como Glasser, en el encantador libro de su niñez *Spring remembered*, maravillosamente escrito y encarecido en muchas páginas con emoción y humor; en otro libro informativo y sensato, modesto y útil, *The magic of the Gorbals*, del escocés Eddie Perrett. Todos —a su modo y medida cada uno— condenan la destrucción de valores establecidos y bien probados en las tradiciones de una comunidad.

Los martillos del Municipio de Glasgow derruían Gorbals «con igual desconsideración para la clase obrera con la que una familia de hipócritas se deshace de la abuela metiéndola en el manicomio». Pero, a cada golpe de martillo, un trabajador de veintiocho años, Jeff Torrington, iba alzando un monumento —literario y literalmente— al viejo Gorbals, escribiendo palabras a lápiz en un cuaderno, o en una máquina de escribir que no marcaba la «i», en hojas sueltas. Esa gran novela —de autobiografía real e imaginada— la acabaría treinta años después y su título sería un desplante de seguridad e ironía: *Swing hammer swing!* ¿Cómo podríamos tra-

ducirlo? Tal vez ¡Dale, martillo, dale!, con lo cual vulgarizamos el título y perdemos la curva del martillo en el aire. Y no resulta ocioso preguntar esto desde la misma cubierta, porque para traducir bien la novela de Torrington, de la que un editor inglés dijo, exagerando, que no entendía ni palabra, quizá no hagan falta otros treinta años, pero sí algunos. Se ha hablado de su humor negro, callejero, agudo, típico de Glasgow, pero decir eso es bien poco. El autor crea en cada línea, unas veces en el inglés más extraordinario, otras con dialectalismos o localismos intrincados, ecos distorsionados de anuncios, tópicos que mueven a risa, guiños, contraseñas, sarcasmos, sobrentendidos de «pub» y, en la sátira, perfección y riqueza de registros. La orgía lingüística de un maestro de la palabra en plena libertad, que sabe oír, ver, llorar y reírse. En 400 páginas, sólo asistimos a dos episodios de relativa violencia, y el espíritu compasivo y bienhumorado del libro acaso sea avalado por el autor (o el protagonista, Thomas Clay, o Tom, que cuenta en primera persona), con un comentario sobre Glasgow: «¡Qué ciudad! Más cerca andaba del vodevil que de la violencia, aunque lo advirtieran pocos». «Sainete» —de difícil equivalencia en inglés— hubiera sido más adecuado que «vodevil».

En *Swing hammer swing!* se narran diversas situaciones de emplazamiento o asedio (límite) en una semana de Navidad con las calles nevadas. Gran parte de Gorbals ha sido ya destruido y sólo queda en pie un pequeño mundo amenazado por el golpear constante de los martillos y entrañable para el protagonista. Pero hay otros emplazamientos o asedios. Rhona y Tom tendrán su primer hijo en febrero, pero no pasarán la Navidad juntos porque la han hospitalizado a ella con problemas de tensión. A Tom y a su mujer, como a otros, las autoridades quieren cambiarles de barrio. Un tío de su mujer desea «adecentar» a Tom dándole un empleo de embalador de plátanos y espera que «ya haya dejado la tontería de escribir». Su familia política —desertores pretenciosos de Gorbals antes de la demolición— abomina de su pelo largo, su indumentaria pobre, su largo desempleo, su afición a escribir y a leer y, en suma, su indiferencia o burla ante la superioridad supuesta de las convenciones sociales. El mundillo de Gorbals todavía en pie, sus personajes, se mueve en zig-zag, desorientado, grotesco, con chafarrinones de agonia apocalíptica. Al final, el reloj del abuelo de Tom —el tiempo del abuelo— se estrella hecho astillas escaleras abajo... Pero los que escapan del asedio y vencen son Gorbals y el libro de Torrington: «El autor ha hecho valer sus derechos morales», leemos debajo del «copyright».

Hay en Londres los que se preguntan cómo un obrero parado y autodidacta de cincuenta y ocho años, que abandonó la escuela a los trece años por tuberculosis y ha sufrido durante más de una década la enfermedad de Parkinson, puede llevarse uno de los dos premios literarios más prestigiosos de Gran Bretaña: el *Whitbread Book of the Year*. Quizá deban recordar la pregunta que cita Ralph Glasser, el muchacho de Gorbals que fue a estudiar a Oxford: «Where is the wisdom we have lost in knowledge?».

En el próximo número

Artículos de Francisco López Estrada, F. Rodríguez Adrados, Francisco Ayala, R. Fernández Carvajal, Miguel Ángel Alario y José Antonio Melero. Índice 1993.

RESUMEN

Un escritor español, Medardo Fraile, que vive en Glasgow, describe las peculiaridades sociales y económicas de un barrio de esa ciudad escocesa, que mantiene, a pesar de la piqueta y de las disposiciones municipales, sus propias señas de identidad. Este barrio, Gor-

bals, al sur de la ciudad, ha generado no sólo «nombres ilustres», sino una cierta literatura narrativa y memorística. Fraile comenta la última muestra, una novela sobre Gorbals, que ha obtenido el reconocimiento literario en Gran Bretaña.

Jeff Torrington

Swing hammer swing!

Martin Secker and Warburg, Londres, 1992. 406 páginas.

Huellas árabes en el Siglo de Oro español

Por Francisco López Estrada

Francisco López Estrada (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido profesor visitante en universidades de Estados Unidos y Canadá. Es académico de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, correspondiente por Andalucía de la Real Academia Española y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Ha sido vicepresidente de la Asociación Internacional de Hispanistas y es autor, entre otras obras, de Introducción a la literatura medieval española, así como de distintas ediciones críticas.

Los que de algún modo tenemos que ver con la literatura española —lectores, historiadores y críticos— hemos de contar con las aportaciones que proceden de otras literaturas periféricas y ambivalentes, de origen árabe o judío, inmediato o mediato. Hasta hace poco estas otras literaturas se estudiaban en cursos paralelos y apenas se tenían en cuenta las relaciones que pudieran haber tenido entre sí. Las nuevas aplicaciones de la literatura comparada han servido para que estos espacios entre estas literaturas cercanas y confluyentes con la española tradicional se estudien con mayor rigor; y esto ha sido ocasión para que se publiquen los textos de las obras que las representan en cuidadas ediciones que hemos de aprovechar en todos los planos del estudio.

Importa considerar, sobre todo, los casos en que este acercamiento se produce a través del uso de la misma lengua española, que así sirve como vehículo de expresión de las culturas árabe y judía en la medida en que moriscos y judíos y conversos más o menos convencidos están aún bajo el dominio político de la Monarquía española o que desde fuera mantienen alguna relación con ella. Esta provincia, para algunos incómoda, de la literatura española (en formas a veces matizadas de alguna manera y, en los casos que voy a tratar, con el árabe) se está enriqueciendo con la publicación de textos cuyo conocimiento hasta hace poco era muy limitado y que así podemos ahora leer con garantía filológica. Esto nos permite incorporar datos, apreciaciones y aun hipótesis a la consideración del cauce general de la literatura española y, si resulta conveniente, trasvasarlas a juicios sobre su cultura, que queda con esto enriquecida en cuanto a su varie-

dad. Es cierto que se trata de textos que han permanecido manuscritos, y aún ocultos, y que es probable que su difusión haya sido muy limitada. No importa; son, por de pronto, documentos en los que el uso de la lengua pudo participar en algún grado de la intención literaria; por otra parte, son testimonios de diversa índole que pueden valer para completar aspectos de otras obras que sí entendemos que son por entero de nuestra tradición literaria. Y en esto de «nuestra» hemos de ser cada vez más abiertos, pues es «nuestra» obligación entender y estudiar todo lo que ocurrió en el espacio español a través de los siglos medios y modernos, para así percibir la riqueza y complejidad de la cultura que nos sostiene. Los cuadros sinópticos y las generalizaciones de una historia elemental llegan a veces a convertirse en recursos negativos, y lo que vale es no sólo ocuparnos de lo que ocurre con la «mayoría» (*Cid*, Alfonso X, Berceo, Juan Manuel, Santillana, Manrique, Garcilaso, Lope, Cervantes, Quevedo, etc.), sino también con otras situaciones aparentemente marginales, a veces insólitas e inesperadas, aunque hayan sido minoritarias y casi inadvertidas (el *Libro de Buen Amor* no fue publicado hasta 1790). Hay que contar, pues, con las relaciones de fondo, y en las profundidades enlazar con lo que no denuncian las apariencias que proceden de determinada visión limitada del quehacer histórico. Los libros a los que me refiero pueden ser útiles en varios sentidos, bien para aclarar pormenores textuales, o para interpretar determinados pasajes, o para entender mejor la personalidad de algunos escritores, o, finalmente, pueden ser un estímulo para la interpretación de lo que fue España y los españoles que nos precedieron, una cuestión que cada vez ocultan más los excesivos especialismos de enfoque.

Me referiré brevemente a dos libros que representan esta peculiar situación fronteriza del uso de la lengua española: uno de sus textos se ha encontrado en Urrea de Jalón, un lugar de mudéjares y moriscos aragoneses. El manuscrito, de 204 folios, venturosamente fue a parar a la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza y el profesor Federico Corrientes logró su publicación.

Y el otro texto fue escrito en Túnez: consultado el manuscrito allí por un trinitario en el siglo XVIII, fue comprado junto con otros en 1841 por Pascual de Gayangos. Este manuscrito pasó de la biblioteca de Gayangos a la de la Academia de la Historia, donde ha sido con-

sultado y citado parcialmente hasta que Luce López-Baralt, en colaboración con Álvaro de Galmés, se propone publicarlo; López-Baralt ha adelantado la edición de una parte (folios 75v. al 104v.), que es la que corresponde al tratado de los buenos usos del matrimonio.

Si los contenidos de los manuscritos transcritos en estos libros ofrecen cada uno su propio contenido cultural (literario, en parte), sus ediciones se encuentran precedidas de sendos estudios que pueden sernos de gran utilidad a críticos e historiadores: así, el valor propiamente textual y específico se complementa en cada caso con una información que puede obtener aplicación a otros numerosos campos de estudios.

Un texto riguroso

El manuscrito de Urrea de Jalón está escrito en aljamía, con caracteres árabes del tipo magrebí que son la escritura gráfica del texto en lengua castellana con aragonesismos. Su contenido es muy vario: hay textos coránicos con sus comentarios, relatos piadosos, otros de ficción para entretenimiento (Alejandro y una versión de la *Historia de los amores de Paris y Viana*), consejos con advertencias éticas y prácticas, textos jurídicos, otros referentes a supersticiones y unos pocos científicos o técnicos. Federico Corrientes ha preparado la cuidadosa transcripción del texto con abundancia de notas lingüísticas e índices (págs. 53-340), de tal manera que, además de ofrecer un texto riguroso, puede ser aprovechado para su comparación con otras obras.

Esta parte de la obra está precedida por una introducción (págs. 9-51), escrita por la profesora de la Universidad Complutense de Madrid, María Jesús Viguera Molins, que estudia el manuscrito y que además, al compás de su labor, vale como manual puntual de las cuestiones propias de este orden de literatura aljamiada; el estudio del manuscrito le ofrece ocasión para tratar de este orden de obras, su sistemática ocultación y la situación lingüística en que se hallaron sus autores, tan peculiar sobre todo después de la caída de Granada hasta la expulsión (1609). M. J. Viguera traza la diversidad de estas situaciones según los lugares en que vivían los moriscos: en general, los valencianos y granadinos seguían usando el árabe en forma hablada y escrita; los aragoneses y castellanos habían perdido el uso del árabe oral, pero se valían de los signos árabes para escribir la lengua romance que usaban; y a esta diversidad hay que añadir el árabe notarial. Así eran posibles, según M. J. Viguera, las siguientes combinaciones: «1) lengua árabe y grafía árabe; 2) lengua romance y grafía árabe (aljamiado); 3) lengua romance y grafía latina; 4) lengua árabe y grafía latina» (pág. 20). El prólogo se centra en Aragón y en el texto impreso y, junto con el estudio de las condiciones tan peculiares de esta situación, resulta ser, además, un manual informativo, con numerosas referencias bibliográficas del asunto; se trata de establecer las condiciones de estos usos, y, como indica la autora, no es que estos moriscos aragoneses des-

conocieran la escritura romance española, sino que el uso de la aljamía obedece a razones ideológicas; corroborando otros estudios, el alifato debió ser, según ella, «uno de los últimos reductos de afirmación de la identidad mudéjar y morisca, que iría adquiriendo acentos más firmes y desafiantes según aumentaran las medidas restrictivas cristianas» (pág. 28).

El libro de Luce López-Baralt, profesora de la Universidad de Puerto Rico, se refiere a una situación posterior: el autor es un morisco que salió de España en 1609 y se refugió en Túnez, adonde fueron los mejor instruidos y dotados económicamente de entre los desterrados y en donde prosperaron y enriquecieron el lugar. Escribiría esta obra entre 1630 y 1650. No conocemos su nombre; López-Baralt mantiene una prudente reserva sobre su identidad, pero esto no importa tanto, pues él es un genuino representante de estas gentes que llevaron consigo un torcedor, así definido por la autora: «la trágica ambivalencia emocional de su condición de híbrido cultural», que se manifiesta sobre todo por «la tentación más peligrosa de todas: añorar a su España perdida» (pág. 84). El capítulo II (págs. 49-99) es un buen testimonio del hacer de López-Baralt: «en busca de un morisco perdido», la autora concentra sus muchos conocimientos sobre el mundo árabe hispánico y la literatura española (de los que han resultado algunas obras maestras del comparativismo sobre estas relaciones). Ella sigue y persigue con contumacia la huella imaginada de este morisco que, como representación de otros muchos, vive con su angustia religiosa dentro de la sociedad cristiana de la época, que le atrae y repele conjuntamente. Y este morisco es un español que habla y escribe en la lengua española contenidos que pertenecen a sus creencias; y lo hace de manera suelta, aunque con algunos rasgos gráficos, léxicos y sintácticos que proceden del árabe y que matizan su expresión. López-Baralt transcribe el texto tal como se halla en las páginas elegidas del manuscrito, aclarando entre corchetes los arabisismos y entre llaves lo que conviene para ayudar a su interpretación; y añade los signos de puntuación y división en párrafos para una mejor lectura.

Ya he indicado antes que este libro publica sólo una parte del conjunto del manuscrito; en este caso (como en el de Urrea de Jalón) el libro en su conjunto contiene diversidad de obras según la tradición del «adab» literario, género por naturaleza híbrido, en el que cabe la diversidad que antes noté para el texto aragonés y que aquí corresponde a un testimonio de su exilio, una novela, el tratado que nos ocupa, y varias cuestiones sobre ritos y creencias islámicas. López-Baralt eligió para esta publicación inicial de la obra la parte más espectacular, sobre todo si se la sitúa en contraste con algunos rasgos de la literatura española de la época: la que formula un tratado sobre las buenas maneras del matrimonio. En el curso del «adab» (que se escribe con el propósito de una enseñanza entramada), después de la novela a la manera italiana, un anciano venerable, que

En este número

Artículos de

Francisco López Estrada	1-2	Miguel Angel Alario	8-9
F. Rodríguez Adrados	3	José Antonio Melero	10-11
Francisco Ayala	4-5	Índice 1993	12
R. Fernández-Carvajal	6-7		

SUMARIO en página 2





Huellas árabes en el Siglo de Oro español

representa la «Razón», habla con el narrador-protagonista sobre el matrimonio y le expone lo que conviene que sepa para cumplir con sus fines según la ley islámica. Este contenido es propio de la literatura didáctica que aconseja sobre las maneras de vivir en los diferentes estados de la vida; y en este caso la exposición se asemeja a la de los otros tratados árabes que sirvieron para la articulación y desarrollo de esta parte de la obra del morisco de Túnez: petición de la novia, boda, festejos, ritos islámicos del caso, conducta de la esposa, obligaciones, beneficios del matrimonio y culminación en la unión sexual de los esposos.

El breve tratado del morisco sirve a López-Baralt para exponer en el prólogo un amplio estudio (págs. 23-345) sobre la literatura amorosa occidental (desde la Edad Media) y oriental en su aspecto propiamente erótico. La erudición de datos, noticias diversas y el gran apoyo bibliográfico de la exposición convierten este prólogo en una excelente fuente de información sobre esta materia, desde el Medievo hasta la época en que se escribe el tratado. Situado el punto de mira en España con la ayuda de los contextos cristiano e islámico, la noticia implica el contraste entre los aspectos culturales del caso; los textos españoles suelen mostrar una «relación atormentada», sobre todo en su expresión literaria, a través de la censura religiosa y las leyes de la convivencia social y familiar, comparándolas con la libertad de exposición de los tratados árabes.

El libro del que se imprime esta parte es fruto del exilio y puede afirmarse que no pasó a España; sin embargo, si alguien lo escribió en Túnez, al menos algunos moriscos, durante su convivencia con los cristianos antes de la expulsión, pudieron haber conocido por vía oral o escrita algo semejante, que de algún modo pudo filtrarse y conocerse entre las gentes de España. El asunto es apasionante en relación con la historia de las costumbres y su repercusión literaria, pues descubre factores que hasta ahora habían sido ignorados o callados y que conviene valorar en su debido grado con rigor. De ahí la necesidad de la información, y el prólogo de López-Baralt es una gran demostración erudita de amplia extensión histórica; reúne noticias de difícil conocimiento en torno del

texto publicado, aprovechables para otros cometidos. El libro está escrito sobre la base de una abundante bibliografía y, al mismo tiempo, con una gran soltura expresiva, y aún diré que con afición e ímpetu, disciplinados por una larga investigación en numerosos centros de estudio.

Y sobre todo, además de esta cuestión básica de cultura (y literatura) comparada, queda el testimonio de la inquieta personalidad del autor del manuscrito, que, en el libre curso del «adab», trae a cuento lo que aún recuerda de su estancia en España: es un admirador de Lope de Vega (como estudió J. Oliver Asín con tanto acierto sobre este texto), el «poeta» por excelencia, del que cita poesías enteras. Ya dije que esto sirve para que la autora reviva con tino y emoción el curso de la vida del morisco, marginal si se quiere, pero profundamente enraizada en la sociedad española. En convenientes apéndices, López-Baralt sitúa la traducción de otros tratados árabes que rodean y autorizan la obra del morisco que lo mismo se entusiasma con Lope y el mundo artístico implicado, que conocía estas otras obras de la erudición erótica oriental. Esta mezcla convierte el tratado en una obra de extraña contextura si se la compara con la literatura dominante en España.

Los dos libros reseñados son testimonio del mejor conocimiento que vamos logrando de estas obras fronterizas por naturaleza; junto con otras más, son resultado de la actividad de un grupo de investigadores que apuntan una inicial madurez y que trabajan en varios lugares (M. de Epalza, A. Labarta, M. J. Rubiera, C. López Morillas, M. T. Narváez, etc.) y prosiguen a su aire la escuela de Asín y García Gómez y los más recientes estudios de Álvaro Galmés y J. Caro Baroja, etc. Las recientes reuniones sobre estos aspectos de las literaturas árabes y judías acogieron estas cuestiones. Esta actividad, que está más allá de la polémica entre Castro y Sánchez Albornoz, enriquece los estudios sobre los Siglos de Oro (como en F. Márquez Villanueva, S. Carrasco Urgoiti, etc.).

En las obras aquí referidas encontramos, por ejemplo, que un libro de caballerías europeo, la *Historia de los amores de Paris y Viana* (publicado por A. Galmés de un manuscrito aljamiado de la misma colección Gayangos de la Academia de la Historia y en relación con

la edición española de 1524) también se halla en el manuscrito de Urrea de Jalón, señal de su popularidad entre la población morisca. La aparición del *Abencerraje*, un libro de primer orden en la literatura española (véase el prólogo de mi próxima edición en «Letras Hispánicas», Cátedra), desde al menos 1561 y la red de romances que le siguió, no es un fenómeno esporádico, sino que irrumpe en la literatura española asegurando el género morisco, que desde España se difunde por Europa, acompañado por esta curiosidad de los moriscos hacia los relatos caballerescos y romancísticos que pudieran estar en la base de la maurofilia.

De ahí la gran utilidad de obras como las comentadas, contando con su diversidad de orientaciones. La publicada en la Universidad de Zaragoza es un libro severo, ceñido a la información; la publicada en la Universidad de Puerto Rico, contando con el rigor básico en los datos y en la bibliografía, amplía la problemática de la interpretación proyectando la materia estudiada sobre un aspecto de la situación española de la época. López-Baralt interpreta la existencia «agónica» del morisco apasionado por la vida española (sobre todo la literaria) de la nación que lo rechaza, y que al mismo tiempo, en el tratado transcrito y estudiado, se refiere llanamente a lo que en la cultura árabe es una demostración del amor en el trato de la pareja. Esta parte es la que estudia con

énfasis la autora, pues es evidente que resulta la que más contrasta con el silencio que ofrece sobre el asunto la literatura de los españoles cristianos; por eso, como en la naturaleza puertorriqueña crecen los helechos según es propio de los trópicos y nos asombra a los visitantes, el estudio preliminar es una aportación fundamental y crecida sobre el tema del erotismo implícito en unas pocas páginas del tratado del morisco tunecí. Y en esto llego al punto de que el énfasis mencionado asciende hasta el título del estudio y edición del tratado, que así se llama *Un Kāma Sūtra español*. Con razón escribe López-Baralt que esta interferencia entre las dos culturas cristiana e islámica no se encuentra en las otras lenguas europeas (ni en sus literaturas), y su consideración en los estudios tiene que ser cuidadosamente tenida en cuenta; y para esto son necesarios estos libros que ponen en nuestras manos un amplio panorama sobre aspectos concretos, aplicables en este caso a diversos campos del estudio de los Siglos de Oro, como hace unos años se hizo con la literatura primitiva y las jarchas. Y así conocemos y podemos leer en forma más alertada los contenidos sobre los que se urdió el entramado vivo de la literatura de los Siglos de Oro; y ahora contamos con estos testimonios, que proceden lo mismo de un pueblo aragonés que de la movida sociedad de la Corte que está en el fondo de la nostalgia del tunecí. □

RESUMEN

En su artículo, López Estrada plantea la conveniencia de incorporar a la historia literaria de España algunas obras que la investigación filológica está sacando a la luz editorial, escritas por autores moriscos del

Siglo de Oro. En este caso examina y comenta dos libros de esta clase que sirven para matizar la extraordinaria diversidad de la literatura española, sobre todo en estas obras limítrofes al gran cauce más conocido.

Federico Corrientes (ed.)

Relatos píos y profanos del manuscrito aljamiado de Urrea de Jalón

Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1990. 344 páginas.

Luce López-Baralt (ed.)

Un Kāma Sūtra español

Siruella, Madrid, 1992. 516 páginas. 4.950 pesetas.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Huellas árabes en el Siglo de Oro español», por Francisco López Estrada, sobre <i>Relatos píos y profanos del manuscrito aljamiado de Urrea de Jalón</i> , por Federico Corrientes (ed.), y <i>Un Kāma Sūtra español</i> , por Luce López-Baralt (ed.)	1-2
«Horacio, un poeta moderno», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>Horazische Lyrik</i> , de Viktor Pöschl	3
«La historia a través de una biografía», por Francisco Ayala, sobre <i>Il Duce's other woman</i> , de Philip V. Cannistraro y Brian L. Sullivan	4-5
«Uso de la razón en las ciencias del hombre», por Rodrigo Fernández-Carvajal, sobre <i>Las morales de la historia</i> , por Tzvetan Todorov	6-7
«Un pulso entre las dos culturas», por Miguel Angel Alario, sobre <i>The creative moment</i> , por J. Schwarz	8-9
«¿Una especie como tú en un lugar como éste?», por José Antonio Melero, sobre <i>The Fragile Species</i> , por Lewis Thomas	10-11
Indice 1993	12

Horacio, un poeta moderno

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

El año 1992 ha sido el del bimilenario de la muerte de Horacio y en España ha habido una serie de celebraciones en su honor. En alguna he intervenido yo. Creo oportuno añadir a ese recuerdo el comentario a una obra fundamental sobre el poeta romano: el libro de Viktor Pöschl, que recoge los principales trabajos del conocido estudioso de la poesía horaciana.

El libro no es fácil: está cargado de erudición a la manera alemana tradicional y por razones que no se explican algunos capítulos van en un tipo de letra pequeño y poco legible. Pero el esfuerzo de leerlo vale la pena. No creo que haya otra exposición que profundice más en la lírica horaciana. Es una exposición no completa, de otra parte: un estudio muy detenido de una serie de odas y de una serie de puntos concretos, no uno sistemático. Y, por supuesto, se limita a las Odas, no entra en las Sátiras y Epístolas.

La vida, al margen

Su punto fundamental es el siguiente: dejar más bien al margen cuestiones como la relación de las Odas con la biografía del poeta o como la secuencia cronológica de las mismas, centrarse en su estudio como obras de arte, en los problemas de composición, en el complejo y matizado arte de pasar de unos temas a otros, de ponerlos en relieve, de crear síntesis a base de temas parciales que se oponen y se relacionan variamente.

Horacio es, en verdad, el punto de partida de toda la lírica moderna. Es cierto lo que dice el poeta cuando se jacta de haber creado un monumento más duradero que el bronce, de haber llevado a Roma la lírica eolia de los griegos. No acierta, en cambio, cuando dice en la misma oda (III 30) que su fama durará lo que dure Roma: ha llegado mucho más allá.

Por esto es importante el análisis de la lírica horaciana: en la composición de sus poemas uno a uno y en la organización coherente de los mismos en libros. En lo uno y en lo otro Horacio fue mucho más allá de los griegos, en los que domina una estructura ternaria ausente de él y cuyas obras líricas sólo en fecha alejandrina fueron coleccionadas. Son estas ganancias de Horacio, quizá no suficientemente destacadas en el libro, que quedaron ya firmes para el futuro.

Piénsese que Horacio había comenzado su carrera con sus *Epodos*, obra más bien satírica y contestataria; que había militado en las filas de Bruto, para convertirse luego en familiar de Mecenas y de Augusto; que estaba imbuido de filosofías helenísticas (epicúrea sobre todo, pero no sólo), de ironía, de humanidad, de escepticismo, de deseo de paz y de vida retirada, burguesa. Que para él el amor era el de los poetas griegos a los que imitaba: no una pasión desbordada, sino un descanso plácido y alegre, aunque rodeado de sospechas, unido a los temas de la amistad y el vino.

¿Cómo unir todo esto y la mitología tradicional y el patriotismo romano, y el sentido del poder de los dioses y de la caducidad de lo humano, para crear una nueva lírica sin apenas tradición en Roma?



VICTORIA MARTOS

Esta fue la hazaña de Horacio, y donde ello se ve mejor es en el análisis de las odas que Pöschl hace para nosotros: en su arte de fundir todo ello al servicio de una composición que une de manera casi invisible los diversos temas, les da coherencia.

Véase, por ejemplo, el caso de la pequeña oda I 5, a Pirra. Hay la descripción de una escena amorosa, más el recuerdo melancólico de la caducidad de los amores, más el toque personal, la propia experiencia de Horacio, que se ha salvado ya de esas catástrofes. Hay un paso gradual del ejemplo y la descripción concreta, brillante, a reflexiones generales, al caso particular del poeta. Ninguna estructura geométrica y transparente, a la griega.

En otras odas más extensas y complejas los procedimientos pueden admirarse más en detalle. Así, por ejemplo, en I 9: ante la nieve del Soracte, el poeta invita, imitando a Alceo, a beber a los amigos. Pero Horacio prosigue: nos presenta los cambios de la naturaleza, que siempre vuelve a traer la primavera, y ello le da ocasión para reflexionar sobre la vida humana. Olvidemos el futuro que se nos escapa, añade, no despreciemos las alegrías y los amores. El cuadro de la muchacha que ríe en el rincón oscuro, escondiéndose, y que se deja arrebatar la pulsera y el anillo, prendas de amor, cierra la oda.

Grupos de estrofas que se oponen, temas que se entrecruzan, llevan de lo natural a lo humano, de la reflexión al bello cuadro que contrasta con el comienzo, se unifica con él, sin embargo. Todo mediante procedimientos estudiados, alusiones, anáforas, ecos, contrastes.

La humanidad del poeta

Pero quizá, para no extenderme, sea en la oda sobre Cleopatra (I 37) donde mejor se ve esta fusión de temas al servicio de la humanidad del poeta. Una oda que comienza con la exhortación a beber, a la manera tradicional, por la victoria sobre Cleopatra; sigue con el tema de la exaltación de esta victoria sobre el «monstruo fatal» que es la reina de Egipto, y con la admiración por su valor por aceptar la muerte antes de ser conducida en triunfo a Roma. De la exaltación por el triunfo de Roma a la admiración, la

compasión por el vencido, Horacio camina con pie seguro a través de oposiciones superadas, de transiciones, de cambios insensibles de plano.

Horacio ha superado, y a través del libro se ve claramente, el carácter estanco de los géneros griegos. Su lírica tiene mucho en común con los temas reflexivos, satíricos, melancólicos, filosóficos, de Sátiras y Epístolas. La canción erótica, la simposiaca, el himno a los dioses, los encomios a Roma o a los personajes romanos, se funden, se pasa de lo uno a lo otro. El mito se convierte en bello pretexto estético; la máxima y la reflexión moral lo penetran todo.

Riqueza y pobreza

Así, de una invitación a Mecenas a comer con el poeta (III 29) pasa a reflexionar sobre los poderes que aplastan al hombre y a filosofar sobre riqueza y pobreza y a preferir, personalmente, ésta: una barca de dos remos puede salvar al poeta de las tempestades del Egeo. La invitación queda casi olvidada.

Pero también puede haber odas de tipo nada tradicional donde se empieza, simplemente, por la máxima y la reflexión. Es muy notable que en una oda de este tipo, la II 16, sea la argumentación filológica a favor de la conservación de la estrofa sexta, considerada espúrea por algunos, la estrofa que dice que las preocupaciones suben con uno al barco en que pretende escapar de ellas, la que da la clave para la interpretación formal de la oda, precisamente en torno a esa estrofa.

Este es Horacio: cogido en un mar de circunstancias cambiantes y de contradicciones, ha sabido unificarlas, centrarlas en

esas pequeñas obras de arte que son las odas. Sin ser un lírico en el sentido romántico y pasional, sino más bien un hombre reflexivo e irónico que contempla con escepticismo el poder y el amor, ha sabido ofrecer un modelo para toda la lírica futura.

Si algo echo de menos en este libro, que contiene tantas cosas excelentes, es un estudio más detenido y preciso de las relaciones de Horacio y los griegos. Ciertamente el libro incluye erudición abundante sobre el tema. Pero hoy conocemos mejor que antes la lírica arcaica de los griegos: la comparación de las estructuras y del manejo de géneros y temas puede llevarse más lejos. Se vería cómo algunas odas son más originales; otras (como II 19, a Dionisio; I 25, contra una vieja enamorada; III 25, a Baco; IV 1, a Venus), más «griegas».

Y creo que al epicureísmo de Horacio habría que añadir toques cínicos y aun estoicos (pese a su sátira de las exageraciones de éstos). Cuando se leen las reflexiones escépticas sobre el poder, el amor, la riqueza, no es sólo de los epicúreos de quienes viene su pensamiento.

Al lado -Pöschl lo hace ver muy bien-, está Roma. La antigua Roma gloriosa, los recientes triunfos, el deseo de la paz, todo ese toque entrañable de lo cotidiano, toda esa dignidad. Sólo desde este nuevo clima en el que Horacio, sin pretenderlo, se vio envuelto, halló una posibilidad de evolución desde sus *Epodos*, esa nueva vía de la oda que funde motivos griegos muy diversos, y romanos también muy diversos.

Todo esto puede hallarse en nuestro libro. No en forma sistemática, ya dije, no en forma fácil. Pero leerlo con cuidado trae ese premio de hallar los hilos, las claves que unen tantas cosas, que explican al poeta. □

RESUMEN

En 1992 se celebró el bimilenario de la muerte de Horacio, el poeta latino que es considerado el punto de partida de toda la lírica moderna. Viktor Pöschl es un experto alemán en la poesía horaciana y autor de una obra

fundamental sobre Horacio que es comentada por Rodríguez Adrados. Un libro, el de Pöschl, advierte, que no es fácil de leer, pero en el que se hallan las claves que explican la poesía de Horacio.

Viktor Pöschl

Horazische Lyrik

Carl Winter Universitätsverlag, Heidelberg, 1991. 415 páginas.

La historia a través de una biografía

Por Francisco Ayala

Francisco Ayala (Granada, 1906) es autor de una considerable obra como narrador y profesor de Sociología. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica, Premio Nacional de Literatura y Premio Cervantes. Entre sus libros destacan *Los usurpadores*, *El jardín de las delicias* y *Recuerdos y olvidos*.

Tal vez no esté mal que cuando el lector de un libro nuevo se dispone a comentar su contenido al servicio de los lectores de una publicación especializada como *SABER/Leer*, comience por explicarles su personal postura frente a la obra en cuestión, aclarando de entrada las razones de su interés por ella y los fundamentos de su juicio. Apenas tuve noticia, estando recientemente en Nueva York, de que había aparecido allí un apretado y considerable volumen de letra impresa cuyo título, *Il Duce's other woman*, se refiere a Margherita Sarffati, la amante de Mussolini, con quien yo había tenido ocasión de coincidir durante un exilio que para mí sería muy largo, y fugaz para ella, me apresuré a adquirirlo.

Las circunstancias de nuestro pasajero encuentro, y algunas curiosas anécdotas espigadas del libro en cuestión, me dieron materia en seguida para un artículo destinado a la prensa diaria, donde cuento cómo, al comienzo de la década de los cuarenta, vino a caer por Buenos Aires la mujer que durante toda la carrera ascendente de Mussolini había sido su amiga, inspiradora, consejera intelectual y colaboradora literaria (mejor aún, su «ghostwriter», para usar esta expresión inglesa, pues también redactaba los escritos que él firmaría), así como autora de una biografía, *Dux*, dedicada a ensalzarlo.

De «Virgen roja» a «Reina no coronada de Italia» (así se titulan sendas secciones del libro), Margherita Sarffati fue figura central en el movimiento fascista y luego en el régimen político de Mussolini. Forzado éste por último a seguir la línea antisemita de Hitler, el Duce —o Dux— hubo de desprenderse de su amante (judía ella, y ya por lo demás inconveniente desde otros puntos de vista), quien buscaría y supo hallar entonces confortable acogida en tierras del Río de la Plata.

Desde aquellas fechas hasta la de hoy, más de medio siglo ha pasado ya; cuando ahora, inesperadamente, viene a mis manos este voluminoso libro acerca de tan extraordinaria mujer: «la otra mujer del Duce», cuya lectura me ha embargado y absorbido durante muchos días, despertando en mi ánimo un tumulto de recuerdos, sentimientos y reflexiones. Interesante, y hasta un tanto azorante, resulta, ante todo, la puntual comprobación del papel de primer plano que en el escenario histórico de nuestro tiempo desempeñó esta mujer inteligente, enérgica, refinada, ambiciosa, codiciosa y astuta, quien no sólo logró erigirse en la figura dirigente y dominadora de la vida cultural italiana, sino que, tras haber sido la guía intelectual de Mussolini, cuyas decisiones procuraba no sin éxito manipular y de cuyas conexiones internacionales fue eficaz agente, supo bandearse muy diestramente en todo momento, hasta por último, instalada al otro lado del Atlántico a donde se había acogido, alcanzar a ver desde su refugio americano la famosa fotografía, que todos los periódicos del mundo reprodujeron, del cadáver de su antiguo amante ignominiosamente colgado junto al de la amante nueva en una gasolinera de Milán, para, dieciséis años más tarde, a los 81 de

su edad, terminar apaciblemente sus días, sorprendida por la muerte durante el sueño en una espléndida villa campestre propiedad suya cerca del lago de Como... Pero, dejando aparte el destino personal de la protagonista a cuyo alrededor se articula el libro, quisiera explayar aquí, tal vez no extemporáneamente, algunas de las consideraciones de general alcance que su lectura ha suscitado en mí.

Il Duce's other woman es una biografía tan minuciosa como rigurosa, fruto de la bien trabada y complementaria colaboración de dos especialistas: un profesor de Historia y Ciencia política, Philip V. Cannistraro, y un estudioso de cuestiones militares, Brian L. Sullivan; trabajo de estricta y muy controlada información, que considero indispensable, desde luego, por cuantos datos concretos y documentados aporta para la historiografía de nuestro siglo; pues, aunque centrado en la figura de «la Sarffati», el libro despliega ante sus lectores el amplio espectáculo del acontecer político-militar de la época, evocado con detalles muy precisos y altamente significativos que, en mi caso personal, reactualizan, despertando la memoria, mis vivencias de la gran tragedia donde el problemático presente estaba incoándose; tragedia en la que, desde la tal vez insignificancia de ese individuo particular que, sin embargo, lo es todo para cada uno de nosotros, este «uno» se encontró irremediable y patéticamente implicado.

Asomado a tan personalísima perspectiva, lo único que he echado de menos en el concienzudo recuento de los hechos históricos relevantes de nuestro siglo, y hubiera deseado hallar expuesto con alguna precisión, son las negociaciones previas a nuestra guerra civil secretamente urdidas entre el gobierno de Mussolini y quienes en 1936 preparaban y perpetraron en España la sublevación contra la República, con vistas a conseguir la ayuda militar que, en efecto, el régimen fascista hubo de prestarles. La



amplia repercusión de la derrota sufrida después por los italianos en Guadalajara sí que se encuentra, en cambio, bien recogida en las páginas de la benemérita obra. Pero éstos son aspectos relativamente menores del cuadro general.

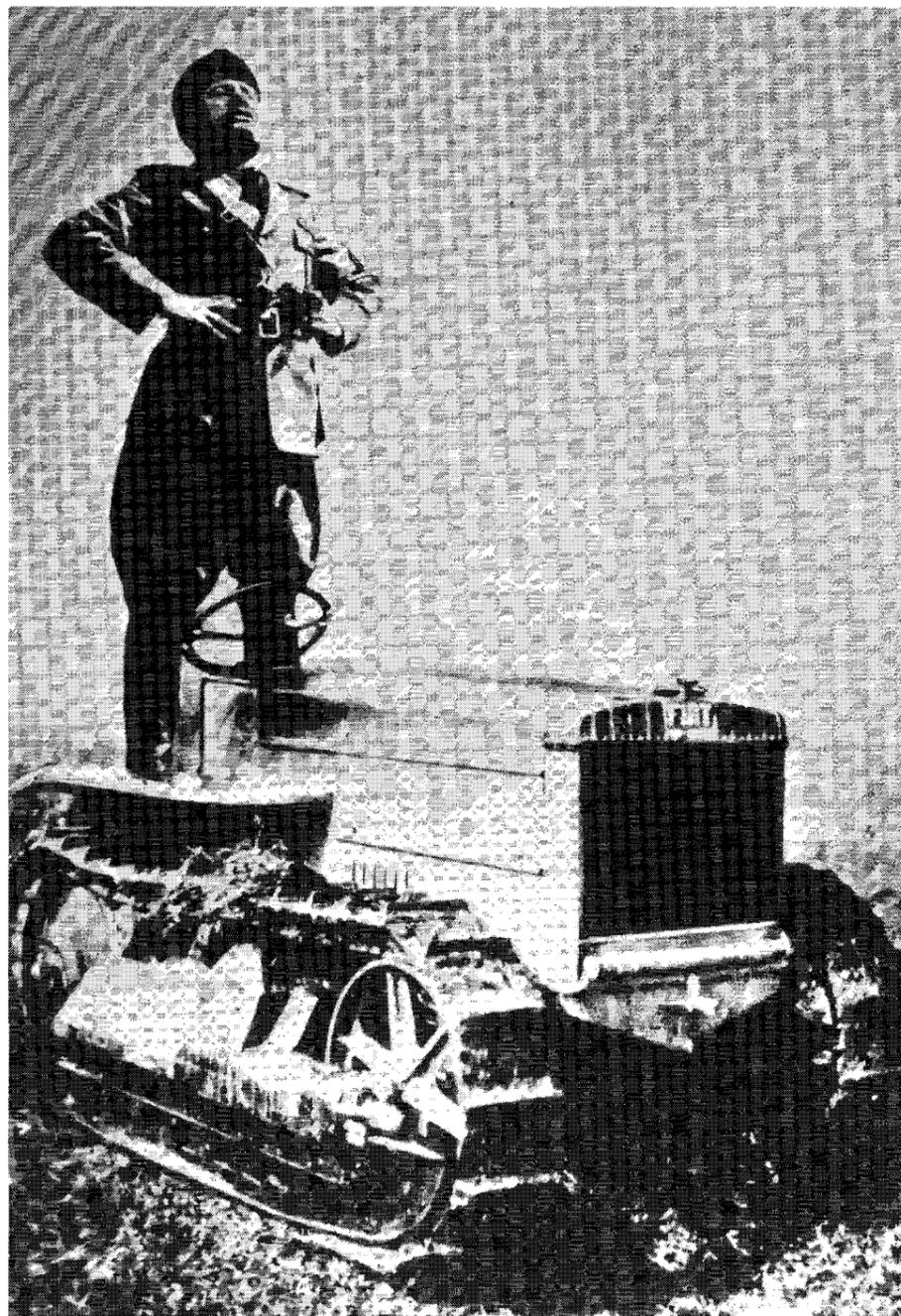
Y el cuadro general invita a una consideración retrospectiva de aquellos momentos en que la desmesura humana o la falta de mayor clarividencia condujo a decisiones erróneas con heridas que al quedar abiertas se enconarían, dando ocasión más tarde a las terribles experiencias sufridas por mi generación. Conviene recordar a este respecto lo que, en una amplia perspectiva histórica, significó esa que en su momento fue llamada «guerra europea» o «la gran guerra» y a posteriori «primera guerra mundial».

Fin del proceso colonizador

Según entiendo, dicha guerra marcaba el final del proceso colonizador llevado a cabo desde el Renacimiento por las naciones europeas, proceso mediante el cual era propagada en el resto del planeta y se universalizaba así la civilización científico-tecnológica desarrollada en Occidente. Asombra la plétora de iniciativas y energía que permitió a varios Estados nacionales —España y Portugal primero; en seguida Holanda, Inglaterra, Francia...— cumplir dicho proceso colonizador en competencia recíproca, operando en abierta, beligerante rivalidad sobre un espacio exterior casi inerte.

El hecho es que a comienzos del presente siglo, y cuando ese proceso estaba ya prácticamente concluido, Alemania e Italia, países constituidos muy tardíamente en Estados nacionales, intentaron participar a última hora en el reparto colonial; y ante tal desafío, el Imperio británico, sintiendo amenazado su dominio de los mares por el nuevo, pujante imperio germánico, decidió cerrarles el paso. Lo que fundamentalmente se ventilaba en el conflicto bélico de 1914-1918, junto a los demás factores históricos particulares que entrarían también en juego, era esa rivalidad entre un imperio naval emergente y otro bien establecido.

Vana y ociosa sería toda especulación fantaseadora acerca de qué hubiera podido suceder si, en lugar de haber ganado esa contienda los aliados, el triunfo hubiese fa-



CORTESIA FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

vorecido a los Imperios centrales: una hipótesis cualquiera acerca de desarrollos históricos no consumados resulta siempre ejercicio demasiado fútil. Lo cierto es que, una vez concluida la conquista técnica del planeta por la civilización occidental, el proceso histórico había llegado a un punto donde era ya necesidad urgente superar aquella rivalidad autodestructiva entre Estados nacionales europeos, estableciendo de un modo u otro una ordenación más amplia del poder para un orbe así unificado.

¿Quién manda en el mundo?

Muy en su punto estuvo la pregunta que en su día, oportunamente, hubo de hacerse —y hacernos— Ortega y Gasset: «¿Quién manda en el mundo?». Pues las naciones que, mediante una decisiva intervención norteamericana, salieron triunfadoras de esa guerra mostrarían en seguida una penosa carencia de efectiva iniciativa innovadora. Desarticulados los otros núcleos europeos de poder, favorecieron su desintegración en diversos «nacionalismos» locales, limitándose a crear una Sociedad de las Naciones que, instrumento al servicio de su actitud conservadora y timorata, resultaría inoperante en cuanto autoridad supranacional.

No debe olvidarse, por otra parte, que ya antes de que estallase esa que se pensó sería «la última guerra», los dirigentes de las fronteras bajo el programa de una revolución socialista de ámbito internacional, habían percibido la necesidad racional de superar, en busca de un nuevo orden, la belicosa competencia de los poderes nacionales europeos: esta postulada revolución hubiera

podido ser quizá solución histórica alternativa al mismo problema de fondo.

Pero llegado el momento crítico, el aplazamiento de tal proyecto revolucionario frustraría la promesa que acaso encerrara, de una potencial ordenación futura del mundo. El libro que estoy comentando despliega dramáticamente ante nuestros ojos los términos de esta coyuntura desde la perspectiva de Italia, una nación cuyos previos intentos de colonización en África habían fracasado, al no disponer su Estado de la capacidad económica, industrial y, por consiguiente, militar que haría temible, en cambio, a la Alemania bismarckiana. Alineada luego en la guerra europea junto a Inglaterra y Francia con el propósito de autoafirmar su posición e intereses nacionales, Italia quedaría defraudada en la liquidación del conflicto, dando ello lugar a un generalizado resentimiento que la personal aventura de Mussolini reflejaría del modo más espectacular.

Cuando en 1914 empezaron las hostilidades, Mussolini era, en efecto, un activo militante socialista; y en la expectativa de tales circunstancias —recuérdese—, la Internacional socialista debía oponerse en manera activa a una guerra promovida por la clase burguesa. Pero llegada la hora de la decisión, en las distintas naciones los partidos obreros acordaron postergar su revolución internacionalista, dejándola «para después».

El libro en cuestión documenta con bastante vivacidad los debates habidos respecto a este asunto dentro del partido socialista italiano. Como en las demás naciones, también éste se decidió por fin a favor de la participación de su país en la guerra. El vuelco de Mussolini hacia un naciona-

lismo «revolucionario» convertiría a ese hombre apasionado, soberbio, ambicioso y violento en promotor, sí, y caudillo, pero en cierto modo también en mascarón de proa para un movimiento impulsado por sentimientos de frustración común.

Por supuesto, nacionalismo «revolucionario» no podía significar revolución ninguna, sino todo lo contrario, una rabiosa exacerbación del nacionalismo, revestido ahora con la adaptación de cierta terminología marxista. La lucha de «los pobres del mundo» contra la burguesía se transformaría ahí en la contraposición de naciones pobres (proletarias) contra las naciones ricas (capitalistas); en verdad, de las naciones maltratadas o humilladas a la salida de la guerra europea, contra las que con ciego egoísmo se estaban beneficiando de su precario triunfo. Si Italia se sentía mal pagada por su colaboración, Alemania había sido sometida a su vez por el Tratado de Versalles a una brutal explotación de parte de Francia.

Restaurado —e institucionalizado en la Sociedad de las Naciones— el sistema del viejo «concerto de las naciones» bajo su-

puestos ideológicos demasiado ajenos, por lo demás, a la realidad de un mundo en vías de acelerada transformación, el problema de su reestructuración política quedaba aplazado, mientras que en una Europa ensimismada las naciones «conservadoras», que no habían sentido alarma frente al aparatoso, teatral y vociferante pseudorrevolucionarismo del nacionalismo fascista y hasta habían coonestado tácitamente las atrocidades que Mussolini cometiera en Etiopía, verían, aterrorizadas, surgir —insurgirse— en Alemania la que en su día fue caracterizada como «la revolución del nihilismo».

Con la Segunda Guerra Mundial y su desenlace llega a su fin prácticamente la biografía de una persona de tan singular destino como fue Margherita Sarffati. A través de su biografía divisa el lector la de uno de los personajes históricos de primer plano en el siglo XX; y la figura de éste nos permite asomarnos a la historia universal en uno de sus períodos más críticos. Pero tras de él, la historia continúa; a menos que sea verdad, como alguien pretende, que ya «ha terminado». □

RESUMEN

La biografía, aparecida en Estados Unidos, de Margherita Sarffati, amante de Mussolini y persona que influyó decisivamente en el dictador italiano, le da ocasión a Francisco Ayala no sólo a evocarla —pues la conoció en

Argentina—, sino a reflexionar sobre una buena parte de la historia política de este siglo, la que protagonizó Mussolini, y las circunstancias que produjeron en los años treinta la irrupción del fascismo.

Philip V. Cannistraro y Brian L. Sullivan

Il Duce's other woman

William Morrow and Company, Nueva York, 1992. 685 páginas.

Uso de la razón en las ciencias del hombre

Por Rodrigo Fernández-Carvajal

Rodrigo Fernández-Carvajal (Gijón, 1924) es profesor emérito de Derecho Político de la Universidad de Murcia. Ha escrito, entre otras, las siguientes obras: La Constitución española, El lugar de la Ciencia Política y La idea del Derecho en Federico Castro.

El teórico de la literatura y del lenguaje Tzvetan Todorov, búlgaro de origen y establecido en Francia, tiene, entrecruzada con su principal vocación de lingüista, otra segunda vocación de antropólogo de la cultura nacida al calor de su decisivo avatar biográfico: la emigración desde la periférica Sofía, donde transcurren sus primeros años universitarios en un clima de totalitarismo riguroso, al central y libérrimo París; el París en el que ocurrirían poco después de su instalación los sucesos de Mayo de 1968. Todorov vive, pues, con agudeza, la contraposición entre «nosotros» y «los otros» propia de todo exilio.

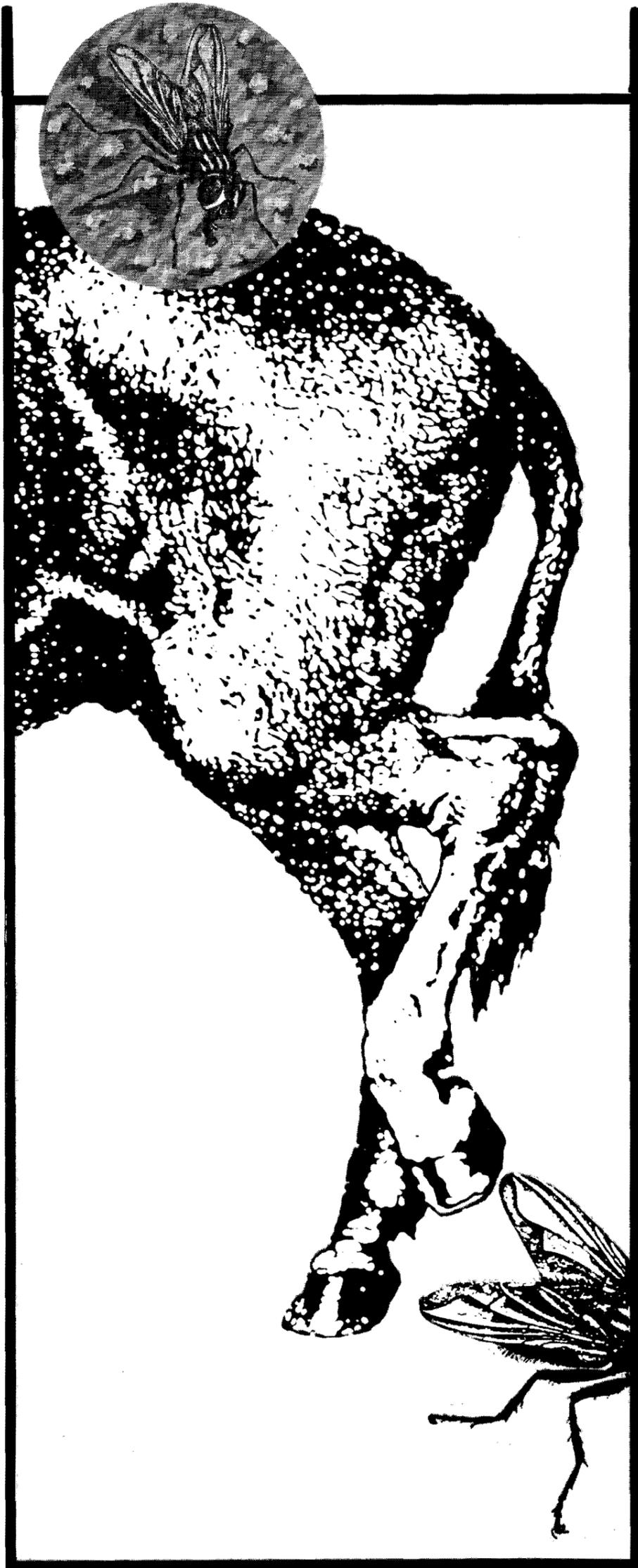
No digo que se vea a sí mismo como salido de «Málaga» y entrado en «Malagón», al modo de otros escritores eslavos también huidos de los regímenes comunistas y decepcionados luego por los regímenes de Occidente (así los rusos Solhenitsin y Tatiana Góritcheva, etc...). Al fin y al cabo se acomoda y arraiga en su país de adopción y acaba profesando (luego volveré sobre este punto) un discreto y académico humanismo que no tiene, como el de los autores antes mentados, fervores proféticos. Simplemente, su dualidad biográfica le sitúa, como hipnotizado, ante el tema antropológico de la diversidad de las culturas humanas y del análisis de sus encuentros y de sus choques. A tal tema consagra durante los últimos años un tríptico de importantes libros que recogen muy heterogéneos estudios: *La conquête de l'Amérique* (1982), *Nous et les autres* (1989) y el que sirve ahora de pie a mi comentario.

La raíz común

Toda esta fronda descriptiva (imposible de resumir por su carácter misceláneo) remite a una raíz común que Todorov pone al desnudo en su tercer libro. Se trata de una determinada concepción de las ciencias humanas; de ella vienen a ser aplicación las tres mentadas obras y a ella me atenderé en mi comentario, que será en parte expositivo y en parte crítico.

Empiezo por la conclusión, titulada «Los tábanos modernos». El lector adivina enseguida la referencia al viejo Sócrates, que como tábano de Atenas («el Dios me ha atado al flanco de la ciudad, como a un caballo», para clavarle el aguijón y despertarla) se autodefine en la *Apología* platónica. Idéntica a esta función socrática sería, según Todorov, la propia del «intelectual» de nuestros días. Pero Todorov comprende que con sólo esta equiparación no quedan las cosas claras, pues el término «intelectual» tiene un campo semántico muy ancho. De aquí que lo introduzca, por de pronto, dentro de un trío. La verdad moral y política sería para el «sabio» pura adecuación a los hechos y abstención de juzgarlos; para el «político militante», materia de fe; y en fin, para el «intelectual», sólo para él, objeto de crítica y de diálogo.

Esta suerte de despique o trinchado que hace Todorov nos suscita reparos. Quizá debamos partir de otra premisa más simple: el hombre que se ocupa (sea cual fuere su inmediato propósito, práctico o teórico) del mundo social y cultural siempre actúa y siempre valora, esto es, está alojado en algún punto de la escala continua que va desde la estricta practicidad del prudente que resuelve sobre la marcha un problema concreto



ALFONSO RUANO

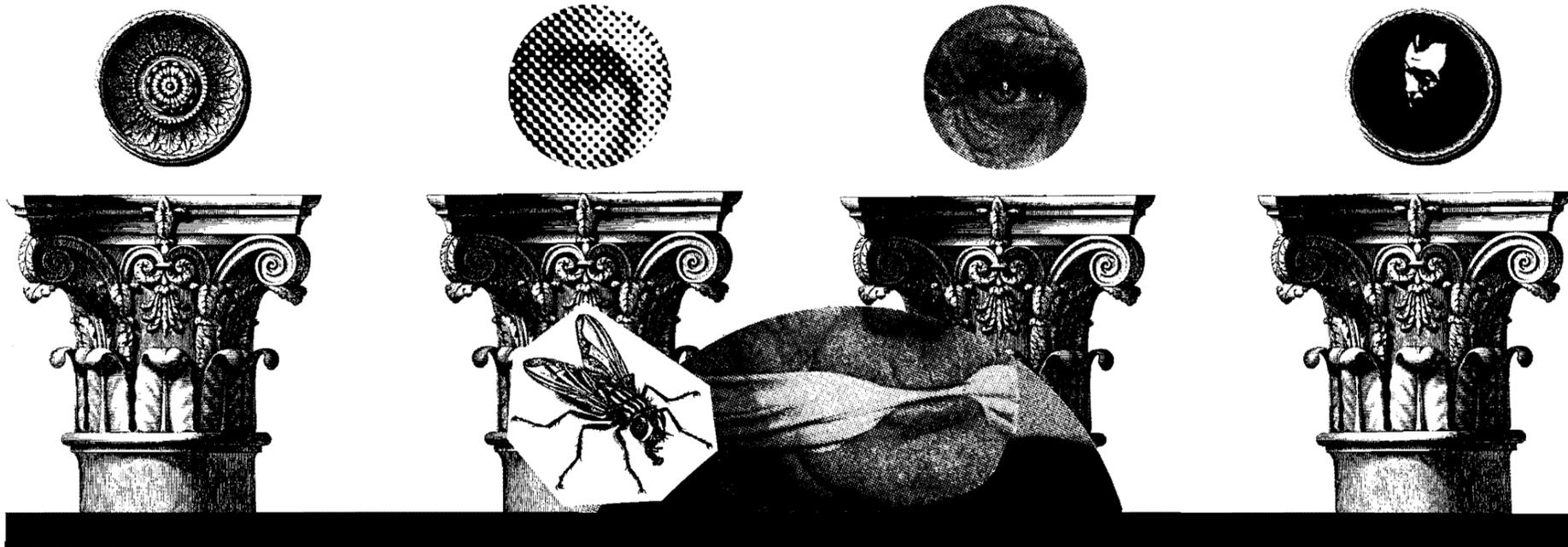
hasta la «cuasiteoría» del filósofo que edifica una grandiosa filosofía de la historia (digo «cuasiteoría» porque el propio Hegel, en cuanto filósofo de la historia, cultiva una pura filosofía de la «praxis», bien que comprimida en un solo y magno objeto: la historia universal deificada). El «sabio» (historiador, sociólogo, politólogo) que «observa y comprueba» no es moralmente abstemio; pone todo su empeño en evitar el vicio de la precipitación (con lo que rinde homenaje a la virtud de la objetividad) y aplaza el juicio, pero inexorablemente lo prepara y pretermina, y como el juez que instruye un sumario no deja propiamente de ser juez; su hablar es ya actuar, puesto que modifica, e incluso crea de nuevas, la conciencia que la sociedad tiene de sí misma. El «político militante» se lanza a la acción movido por el resorte de una opción axiológica inicial que asume e interioriza y de la que extrae determinadas consecuencias; y a esa opción vuelve (sea para afirmarla o para traicionarla) una y otra vez siempre que actúa (o deja de actuar). En fin, es cierto que el «intelectual» se aparta (en cuanto tal) de la vida política activa. Pero el apartamiento del que Todorov estima su arquetípica encarnación, Sócrates, no es un apartamiento «crítico», sino pedagógico; ¡el tábano no zumba sobre Atenas para aclarar problemas políticos próximos o remotos, sino que zumba sobre cada ateniense en particular, y ejerce respecto a él una tarea de educación y de cura de almas!

En suma, la identificación del intelectual moderno con Sócrates que propone Todorov es harto discutible. El intelectual, dice Todorov, «critica la realización imperfecta de los principios democráticos» e intenta que éstos se realicen limpiamente. Pero el Sócrates histórico (nada democrático) buscaba otra cosa: la conversión individual de cada alma al bien, la «metanoia». Apresurémonos a aclarar que este arbitrario autorrevestimiento con el manto de Sócrates no es una particularidad de Todorov, sino estrabismo propio de mucha parte de la cultura moderna y de toda la Universidad occidental desde mediados del siglo XIX. Werner Jaeger (*Paideia*, ed. esp., 1990, pág. 592) caracterizaba hacia 1944 el espíritu de esta última en unas líneas que no tienen pérdida, y cuya actualidad ha acrecido, sin duda, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX: «la ciencia que, partiendo de la sabiduría académica del humanismo, se había remontado a una altura orgullosa, era ya [en torno a 1850], por su desprecio hacia todo lo pedagógico —desprecio que se tenía por elegante—, incapaz de comprender su propio origen. No sabía enfrentarse con el problema de la educación del hombre». El ideal de la impersonalidad y de la suma objetivación propio de las ciencias naturales (de la «science») contagia así a las ciencias humanas; primero, a la filología, que se vuelve ciega para comprender sus propias raíces, y luego a todas las demás. ¿Qué historiador o politólogo se atreve hoy a erigir la formación humana (es decir, el cultivo de las excelencias intelectuales y morales perfeccionadoras y dignificadoras de la humanidad) en meta expresa y última de su ciencia? Entre los contemporáneos más conspicuos quizá sólo podríamos citar a Leo Strauss y a algún otro aristotélico (los demás autores, claro está, también educan o forman, pero sin saberlo ni quererlo; «forman» como subproducto de la información más o menos brillante y sofisticada que nos brindan, o del proyecto de emancipación de la humanidad —así la «teoría crítica» de la Escuela de Frankfurt— que nos proponen).

Sentadas estas primeras precisiones veamos el replanteamiento que hace Todorov



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

de una vieja polémica, a la que llama el «Debate de los Valores». Se trata de la dura crítica a la que Leo Strauss somete en 1953 las tesis de Max Weber (fallecido en 1920) sobre el papel de los valores en las ciencias sociales, crítica a la que daría réplica Raymond Aron en 1959. Tres autores en juego de gran autoridad a los que Todorov suma en 1992 (fecha de la aparición de la versión original del libro que comento) sus apreciaciones personales, coincidentes en grandes líneas con Aron. Parece claro que Todorov es hombre valiente; se atreve, en nuestros tiempos de novomanía bibliográfica, a reabrir un debate de hace cuarenta años dejando de lado la ingente literatura sobre la teoría de las ciencias del hombre florecida en las últimas décadas.

Paradigma de la ciencia natural

A mi juicio hace bien, porque esta literatura no se ha despegado totalmente del paradigma de la ciencia natural, pese a sus proclamaciones en contrario; no se ha remontado desde la acepción objetiva del término «ciencia» —conjunto sistemático de conocimientos demostrados y coherentes— a la subjetiva y primordial —cualidad o virtud intelectual que nos hace aptos para razonar (y potencialmente para actuar razonablemente) en los diversos campos de la realidad—. Claro está que en toda ciencia, sea natural o del espíritu, importa el «opus» —vale decir, la suma de conocimientos conseguidos hasta el momento—, pero tan sólo en la medida en que sirva para poner en marcha dentro de cada espíritu la «operatio» —esto es, el hábito de obtener nuevas conclusiones, o cuando menos de repetir y personalizar por propia cuenta las ya logradas.

Un genio como Blas Pascal puede prescindir de la ciencia geométrica como «opus» —de los *Elementos* de Euclides— y reencender en sí, sin contacto con ninguna otra candela anterior, la ciencia geométrica como «operatio» (sabido es que Pascal, llamando «redondel» al círculo y «barra» a la línea, llegó a demostrar a los doce años parte de los que luego supo que eran los teoremas del padre de la geometría). Pero un niño Pascal es impensable en las ciencias morales y políticas. La sabiduría de la vida es mucho más opaca e inaccesible al hombre falto de experiencia que el saber abstracto, como vio Aristóteles. La meta a la que idealmente deberían aspirar las ciencias humanas, y con la que lograrían su plenitud como auténticas ciencias, es una operación virtuosa y perfecta que presupone desde luego el «opus» de lo ya averiguado y sabido antes por otras generaciones (dicho de modo más llano: la ciencia que «viene en los libros»). Ahora bien, la magnificación de este imprescindible «opus» (y sobre todo su pretenciosa elevación a un plano abstracto: «gran teoría» de Parsons, «cuantofrenia» de tantos sociólo-

gos, «holismos» marxistas o antimarxistas, etc.) ha hecho que los especialistas de las ciencias humanas se recreen en él y en procurar incrementarlo; que no juzguen misión suya, sino de los pedagogos, el cultivo de la «operatio», la formación de hábitos en sus lectores. Los historiadores no apuntan a educar el sentido histórico, los sociólogos no desarrollan el sentido social, los politólogos descuidan como algo ajeno a su cometido la formación ciudadana, etc.; piensan unos y otros que el afrontamiento directo y confesado, no «in oblicuo», de estas tareas les degradaría en maestros de escuela. Aquí me remito a la anterior cita de Jaeger.

El «Debate de los Valores»

Voy a arriesgarme ahora a resumir el «Debate de los Valores» como una coral de tres voces discordantes:

1.ª Max Weber entra en escena y dice: cuando se trata de hacer ciencia social es menester separar los «hechos» de los «valores». Concedo que la ciencia social no puede construirse sin alguna relación con los mismos, pues forman parte insoslayable de la acción humana; pero ésta es una cuestión que nada tiene que ver con la emisión de «juicios de valor», esto es, de opciones preferenciales que reputen determinados actos de buenos o de malos. Tales opciones no son científicas, pues la ciencia requiere neutralidad ética.

2.ª Leo Strauss replica: la distinción misma entre «hecho» y valor es insostenible; pensar que no puede haber un auténtico conocimiento científico del «deber ser» lleva inexorablemente al nihilismo. La ofuscación weberiana nace de un mal planteamiento del problema: no se trata de saber si el científico social debe o no formular juicios de valor, sino de que los formule sabiamente, teniendo a la vista los siete tópicos que la ética y la retórica tradicionales llamaban «circunstancias»: quién, qué cosa, dónde, con qué medios, por qué, cómo, cuándo. Liszt decía: «Tocar el piano es dar la nota justa, en el momento justo y con la fuerza justa». Las ciencias sociales deben comportarse de modo semejante. Valorar es para ellas decir que algo es malo o bueno (condenable o laudable) allí donde proceda, cuando proceda, por quien proceda, etc. No caben, pues, suspensiones indefinidas del juicio preferencial; ¡todo cuanto se diga acerca «del» hombre se dice «al» hombre! No cabe, en consecuencia, escindir entre «filosofía» y «ciencia» cuando se trata de cosas humanas. En el «continuum» que va desde la más humilde práctica a la más grandiosa teoría hay sazones de recolección y organización de datos en las que la sabiduría aconseja aplazar el juicio y sazones en las que la misma sabiduría aconseja y aun obliga a formularlo. Pensar, como Weber, que estas últimas sazones no advienen nunca, sino que toda ciencia

aboca a una final y dramática antinomia de elecciones irracionales, es atribuir una primacía absoluta al conflicto. El punto clave es, pues, sentar una doctrina distinta: no negadora, por supuesto, de la realidad del conflicto, pero afirmadora de que, al cabo, los conflictos pueden englobarse y resolverse dentro de una doctrina de paz. Doctrina identificable con la «solución clásica» de Platón y Aristóteles.

3.ª Aquí entra en el coro Raymond Aron (con el que se identifica Todorov). Aron adopta de entrada la tesis antiweberiana de Strauss: hay una jerarquía objetiva de valores, y no vale negarla (como Weber hace) bajo pretexto de la impotencia de la razón para resolver las antinomias de la condición humana, desgarrada en conflictos y librada a la «guerra de los dioses». Ahora bien, esta tesis jerárquica la asienta Aron sobre fundamentos discrepantes de los de Strauss. No es ella un producto de la naturaleza constante de las cosas políticas tal como la conciben Platón y Aristóteles, sino del siempre reiterado debate humano, esto es, de «la discusión razonable y la solución negociada»; pero discusión y solución presididas por una idea de moral universal, cristiana o kantiana. La universalidad nos salva, pues, del escepticismo trágico y plantea la paz sobre el consenso de la humanidad.

Vuelta a Todorov

Hasta aquí nuestros tres coreutas. Ahora señalaré cuáles son, quizá, sus respectivos talones de Aquiles. 1.º En lo que toca a Weber es claro que trabajaba con un concepto demasiado naturalista y positivista de «ciencia»; concepto rígido que arrojaba a las tinieblas de la irracionalidad todo el mundo de lo aproximativo, humano y prudencial (estribillo frecuente en él era la frase «yo soy un científico», según nos cuenta su discípulo Honigsheim). 2.º En lo que respecta a Strauss (autor magnífica y desesperadamente conciso) bastará con la crítica que le hace Aron: «no expone claramente ni cuál es en sí el régimen mejor ni cómo llega la razón a precisar sus caracteres y a demostrar su validez universal». 3.º En lo que toca a Aron, su muy subrayada inhibición ante el

problema último de las ciencias sociales no pretende, nos dice, aclarar «el destino natural del hombre y de la sociedad». Reducidos los tres a fórmulas: relativismo nihilista (Weber), dogmatismo suprahistórico (Strauss) y afilosófico silencio (Aron).

Todorov se inclina por la solución de Aron, que es, en definitiva, la que inspira las variadas exploraciones sobre el tema del encuentro y choque de las culturas humanas recogidas en el tríptico de libros que comento. La llama «doctrina humanista» y la califica de «doctrina de mediación». Tal doctrina intenta, efectivamente, mediar entre exigencias diversas; «no define el contenido de los valores, pero afirma la necesidad de aspirar a ellos; no proporciona respuestas, pero enseña a buscarlas; no procura dogmas ni creencias; cultiva el camino, no el punto de llegada» (página 241).

Pero el problema está en si la inhibición afilosófica de la que Todorov hace virtud puede llegar a ser verdaderamente fecunda, y si un uso tan tímido de la razón es suficiente para promover la justicia en la comprensión recíproca de las culturas humanas. No tiene por qué ser violenta una doctrina que «defina valores», que dé «instrucciones precisas», que procure «dogmas» y que esclarezca el «punto de llegada», y no sólo el camino. Es más: únicamente una doctrina así aplaca la violencia. No hay violencia en una vara de medir mientras ésta se ciña a su propia función y no se use para azotar. Y violencia hay (contra lo que al pronto pudiera pensarse) si la vara en cuestión se hinca de pie apuntando al vacío, convertida en ambiguo poste indicador. Al quedarse en la «indefinición de valores» y en el «cultivo del camino», ese poste no nos orienta para arribar al «punto de llegada». Deja, pues, a los actores y a los pensadores «morales y políticos» entregados a cualquier coacción ideológica que les salga al paso, venga ella de sus prejuicios y pasiones íntimos o del medio social circundante. Las «tentativas de mediación» son aconsejables, y muchísimas veces necesarias, en el plano de la vida cotidiana, pero contraproducentes si se aplican al plano de los principios. Las filosofías siempre pueden dialogar entre sí; nunca los apaños. Por eso decía Etienne Gilson: «Más vale un buen desacuerdo que un mal com-

RESUMEN

Todorov, lingüista y antropólogo de la cultura nacido en Bulgaria y asentado en Francia, ha dedicado hasta ahora tres libros al tema del contacto y de la recíproca interpenetración de las culturas humanas. Toda

esta saga es reflejo de una determinada concepción acerca del sentido y alcance de las ciencias del hombre, y sobre ella hace ciertas puntualizaciones críticas Fernández-Carvajal.

Tzvetan Todorov

Las morales de la historia

Paidós, Barcelona, 1993. 278 páginas. 2.200 pesetas.

Un pulso entre las dos culturas

Por Miguel Angel Alario

Miguel Angel Alario (Madrid, 1942) es catedrático de Química Inorgánica y decano de la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Complutense de Madrid. Es académico de número de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Premio de Investigación «Rey Jaime I», su línea de investigación se centra en el estudio de noestequiometría y defectos extensos en materiales inorgánicos.

Quizá una de las más celebradas ideas de este siglo es la contenida en el análisis de «las dos culturas» hecho por C. P. Snow en 1958. Este físico, procedente del laboratorio de Rutherford en Cambridge (Gran Bretaña), se percató —y quizá no fue él el primero que lo hizo, pero sí que fue quien con más claridad lo expuso—, se percató, decía, de la creciente separación entre Ciencia y Cultura. Ya la propia existencia de una doble denominación para los dos campos esenciales del saber humano implica una disociación que Snow, al señalarla, intentaba recombinar, incluso fundir.

Efectivamente, aunque «todo el mundo» —léase los intelectuales— conocen quiénes fueron —en realidad, ¡son!— Miguel de Cervantes y Galileo Galilei, o Newton y Goethe o, por supuesto, Thomas Mann y Einstein, pocos hombres cultos son capaces de entender con facilidad las teorías científicas de éste.

Los descubrimientos de Galileo son, sin embargo, bien conocidos, aunque es quizá mejor conocida la gran polémica que mantuvo con la Iglesia y que, como a Giordano Bruno, quemado en la hoguera en 1600, pudo costarle la vida, y todo el triste episodio inquisitorial que eliminaba a los disidentes en cantidades espeluznantes: Schwarz cita la cifra de más de 50.000 mujeres —entre ellas la madre de Kepler—, acusadas de brujería y ajusticiadas sólo en el siglo XVI (pág. 15). También, gracias quizá a la fabulosa historia de la manzana y, digámoslo ya, a la relativa sencillez de la Mecánica Clásica, todo el mundo conoce a Newton y su modelo físico del Universo; por cierto que sus velocidades químicas son, sin embargo, menos cono-

cidas y sobre todo menos divulgadas, como para no empañar la imagen de sabio puro que de él se tiene.

La contribución científica de Albert Einstein a la cultura es, sin embargo, más difícil de digerir. Así, cuando a alguien le preguntan acerca de la relatividad del tiempo, casi siempre responde describiendo la, por lo demás auténtica, sensación de que unas cuantas horas pasadas con un ser querido se nos antojan mucho más breves que unos cuantos minutos esperándole, lo que tiene poco que ver con la relatividad generalizada y con la velocidad de la luz como límite natural.

Causas de la separación

El libro de Schwarz que comentamos intenta profundizar en las causas de la separación entre las dos culturas y encuentra la respuesta, podemos decir que prontamente, ya en tiempos de Galileo, en la complejidad del aparato matemático de la ciencia, especialmente de la física, la ciencia por antonomasia en la primera mitad del siglo XX, y que poco a poco va cediendo el paso a la biología molecular en el último tercio del mismo. Uno de los aspectos más originales del tratamiento de Schwarz es, sin duda, el que atribuye ese aparato matemático a un cierto camuflaje para obviar las críticas de los inquisidores que, sin embargo, estaban dispuestos a admitir el «universo» heliocéntrico como una conveniencia matemática (pág. 9). Aunque esto es, más que probablemente, válido en lo que se refiere al asunto Galileo, y más válido aún puesto que probablemente contribuyó a salvar la vida del sabio de Pisa, el modelo electrodinámico de Feynman o la teoría de Bardeen, Cooper y Schrieffer de la superconductividad, por no citar sino un par de ejemplos, conllevan una complejidad matemática intrínseca que nada tiene que ver con la, afortunadamente, ya superada Inquisición.

Ello no obstante, *The creative moment* es un libro muy interesante que recoge la antorcha encendida por Snow y realiza un balance de lo que ha sido la revolución científica desde los tiempos de Galileo hasta nuestros días a través de un análisis compa-

rativo de algunos momentos históricos cruciales en el desarrollo de la ciencia moderna.

No es, pues, un libro de historia de la ciencia, por más que haya mucho de histórico en el bien cimentado análisis. La bibliografía es abundantísima y excelente, aunque no haya prácticamente referencias directas como requiere el estilo científico habitual. Las notas son tan interesantes como el texto, aunque no aparecen correlacionadas con las partes del discurso a que se refieren; a veces son, en realidad, trozos del texto simplemente extraídas del mismo para aligerarlo un poco de erudición. Así ocurre claramente en la descripción de la poco conocida «revolución científica» de Mayo del 68 en los Centros de Estudios Nucleares franceses, que aparece casi enterrada en nada menos que cuatro páginas de las anotaciones al capítulo quinto.

Schwarz ha escogido una serie de casos paradigmáticos en el desarrollo científico, especialmente, en realidad casi exclusivamente, de la física y de la biología, desde Galileo —como él mismo dice, desde la contrarreforma— hasta el SSC (superacelerador superconductor) que quizá se llegue a construir en Tejas, aunque últimamente no soplan buenos vientos para lo que constituiría, de lejos, la máquina más costosa de la Historia; aunque quizá no la más útil...

Entente poco cordial

Los ejemplos incluyen tanto aspectos tecnológicos, como en la descripción del desarrollo de la máquina de vapor por Watt, como otros puramente científicos, sin aplicación «directa» inmediata, como al tratar —en el quizá mejor capítulo del libro— el problema del espín del electrón, o asuntos referentes a las complejas interrelaciones entre ciencia y estrategia militar. En este sentido, es admirable el lúcido análisis de las —malas— relaciones de coexistencia entre militares y científicos en el desarrollo del proyecto Manhattan. La consecución de un fin común de inmensa trascendencia —la victoria sobre el nazismo— fue la única razón de ser de una entente poco «cordial» entre científicos y militares, entente que, por la astucia y ambición de éstos, se mantuvo bastante más allá

de lo que el real peligro nazi supuso. En efecto, como describe bien Schwarz, ya a finales del 42 estaba claro que los alemanes no podrían construir «la bomba», único instrumento que les hubiera permitido quizá ganar la guerra. Que ¿cómo sabían los servicios de inteligencia —espionaje— aliados que los nazis no podían construir una bomba atómica? Bueno, pues por diferentes fuentes. Una de las más curiosas, el conocimiento de que cuando Speer y los comandantes nazis ofrecieron un millón de marcos de apoyo económico a Heisenberg y Von Weizsacker para desarrollar el proyecto, ellos se contentaron con simplemente cien mil. Estaba claro que en esas condiciones la bomba atómica no sería alemana... (pág. 77).

No obstante, el «peligro soviético» que ya se imaginaba por todos los aliados, y especialmente por Churchill, a principios de los cuarenta, iba a suceder al peligro nazifascista al final de la segunda Gran Guerra mantuvo —¿mantiene?— al estado mayor norteamericano, casi obsesionado con el poderío nuclear, hasta su utilización repetida cuando, como recoge Schwarz, era obvio que el Japón estaba a punto de rendirse...

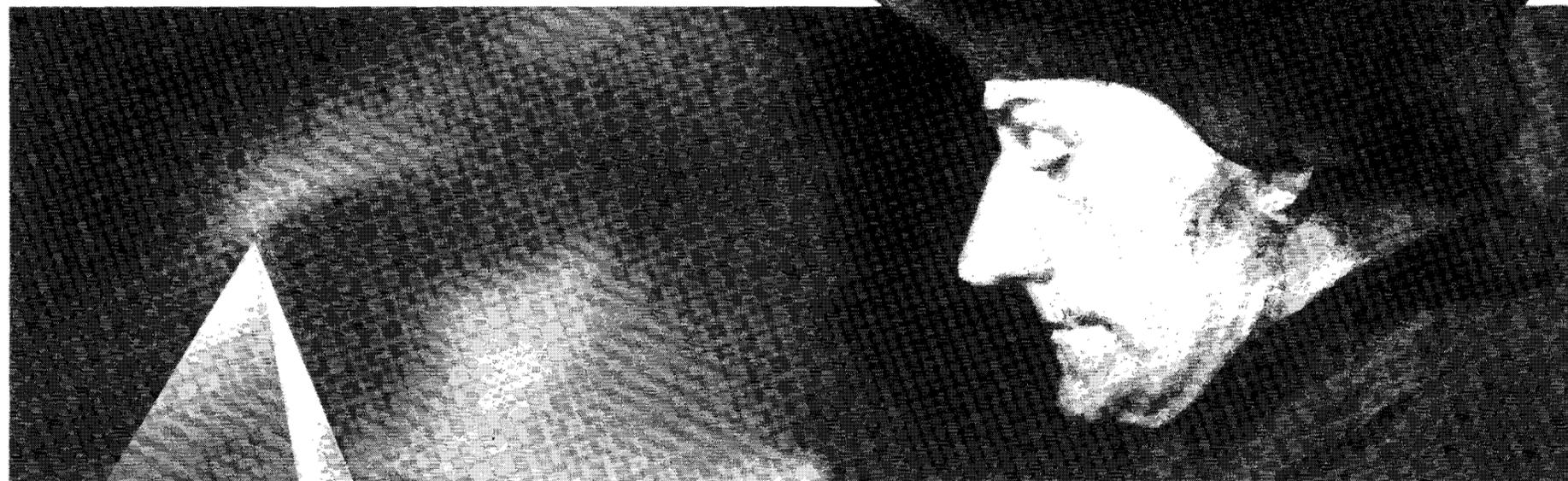
La lucha por el conocimiento y por que éste no cayera en manos del «aliado-enemigo» está bien descrita en la obra de Schwarz, como cuando cuenta la captura de Heisenberg, quien junto con Von Laue estaba desarrollando en Hechingen un reactor nuclear, y la desconfianza que Joliot-Curie y «todos» los científicos franceses inspiraban al general Groves, director del proyecto. Este Leslie Richard Groves fue, además, responsable en gran medida del mal ambiente presente entre las dos partes del Proyecto Manhattan, y ello es explicable si se tiene en cuenta su lema: «Cada uno debe saber todo lo que necesita para hacer bien su trabajo, pero nada más...».

Por cierto que se ha escrito bastante en otros textos acerca del colaboracionismo de muchos de los más grandes científicos alemanes con el régimen que quiso colonizar Europa entre los años 39 y 45, y que posteriormente han tratado —¿con éxito?— de justificar su acción con el patriotismo: «se trataba de Alemania...», dijo Heisenberg.



JUAN RAMON ALONSO

Viene de la página anterior



JUAN RAMÓN ALONSO

Esta parte del libro, que si no fuera porque la realidad supera a la ficción parece una novela de Le Carré, resulta apasionante. En ella se aporta gran cantidad de datos sobre la persecución de los científicos americanos por parte del macarthismo y su brazo legal, el Comité de Actividades Antiamericanas (CAA), en la que, como en todos los casos anteriores —uno esperaría que por última vez en la historia, pero... ¡vana esperanza!—, además de las injustas persecuciones por motivos ideológicos, se producen delaciones y difamaciones que permiten a algunos, ¿a muchos?, medrar y escalar peldaños.

En esta «novela» se echan de menos algunos comentarios sobre la figura, para muchos nefasta, y cuando menos controvertida, de Edward Teller, que se ha mantenido en primera línea hasta la «Guerra de las Galaxias», y que sale muy bien parado en las breves menciones que de él se hacen en las páginas 77 y 84. Pero lo que más choca es la ausencia de un análisis análogo y comparativo del caso de los científicos soviéticos, y de la censura, no sólo intelectual, ejercida por ese nefasto sistema sobre sus científicos. Quizá tras la caída del muro de Berlín sea posible hacer ese análisis de manera rigurosa. Sería, desde luego, fundamental para el conocimiento de la historia científica; o sea, sobre la base de unificar las dos culturas, sería fundamental para la historia del siglo XX.

Nacimiento de la biología molecular

Pero volvamos al «momento creativo». Schwarz se ocupa, a continuación, del nacimiento de la biología molecular y del estupendo papel jugado por la Fundación Rockefeller en ese principio. La misma Fundación por cierto que, en gran medida, echó a andar la ciencia moderna en España al crear el Instituto que, tras muchos avatares, constituye hoy el C.S.I.C. En esa época, sin embargo, la Fundación Rockefeller financió sobre todo las ciencias físico-químicas y es un físico, Max Mason, presidente de la Fundación en 1932, quien, por razones personales bastante dramáticas, decide apoyar la biología.

Aunque la biología es otra de las ramas «clásicas» de la ciencia, su despegue de lo morfológico se produce cuando adopta el método y los hábitos, en particular la competitividad, característicos de la física y la química, lo que ocurre en los primeros años cincuenta, de la mano de Max Delbrück, otro físico converso, pero éste a biólogo. Gracias a ese impulso pudo decirse que, en-

tre los años 50 y 70 del siglo XX, la biología creció más que en los veinte siglos anteriores (pág. 123). El primer hito de esta auténtica nueva época lo constituyó, desde luego, el celeberrimo trabajo de Crick y Watson llevado a cabo en el Cavendish, y en éste, como en muchos otros avances, hay que destacar las aportaciones de físicos y químicos en la aplicación de los métodos difractivos a la determinación de estructuras; de entre ellos cabe citar a, por lo menos, Linus Pauling y Max Perutz.

En el penúltimo capítulo de su libro, titulado, como los demás, con los nombres asociados a los descubrimientos y avances científicos que en él se comentan: Berkeley 1963/Ginebra 1984, Schwarz elabora en torno a la excesiva teorización de la física y comenta que, especialmente al terminar la Segunda Guerra Mundial, muchos estudiantes sacaban la conclusión de que la física sale de las ecuaciones más que de los experimentos. En este sentido es ilustrativa la respuesta de Dirac, un físico «de los de antes» con formación de ingeniero y bien consciente de la importancia de los experimentos, a la pregunta de ¿cómo aparecieron los términos del espín —del electrón— en sus ecuaciones? Pues aparecieron ¡porque yo los había puesto al principio!; y eso dijo el mismo Dirac, que es célebre por lo oscuro de sus últimos trabajos. Sobre este asunto y con referencia a Feynman, Schwarz retoma su argumento de la dificultad de la técnica matemática para poco después ocuparse de la física de partículas y de la teoría cuántica de campos, las cuales no son demasiado sencillas ni fáciles de entender por el hombre de la calle, expresión que en este contexto equivale a casi la entera población de la Tierra menos un puñado de privilegiados científicos especialistas.

Siguen un curso

En esta línea de dificultades crecientes de comprender, incluso dentro de la propia comunidad científica y, a menudo, dentro del mismo campo de especialidad, Schwarz se entretiene con amenidad en el comentario acerca de algunos de los más ilustres físicos, que se movían con soltura en ambos terrenos y, en particular, en el más paradigmático, quizá el último de ellos, Enrico Fermi.

Este capítulo termina con una nota pesimista en relación con el SSC, al que Schwarz critica como un proyecto poco imaginativo... (pág. 183).

Parece pues que las dos culturas siguen sus cursos y ¡cada vez más separadas! Y, peor aún, dice Schwarz, dado que la ciencia se ha convertido en un arcano cada vez más

inescrutable para el ciudadano corriente, se utiliza como objeto —a menudo ¡ilícito!— de propaganda en la imperante sociedad de consumo. Más aún, Schwarz extiende la zanja entre las dos culturas ideales «Humanidades» y «Ciencias», a las dificultades para comprender la manufactura, y el funcionamiento, de los cientos de objetos de «alta tecnología» que facilitan nuestras vidas al final del segundo milenio de nuestra era. Sin embargo, dado que muchos de ellos pasan de superfluos a imprescindibles en el espacio de una generación, uno se pregunta si lo de facilitar es tan evidente...

¿Soluciones?

La educación como acercamiento

Dejando un poco de lado el argumento inicial, y muy real, de la complejidad matemática, pero no sólo matemática, de las actuales fronteras de las «ciencias duras», el autor de *El momento creativo* preconiza una especie de integración en nuestras vidas del proceso productivo, ya que no del de invención, siempre aleatorio, de esos «maravillosos cacharros». Naturalmente que, además, Schwarz, como todos los científicos que no quieren vivir en una «Turrís Eburnea», preconiza la educación como medio de acercamiento entre las dos culturas. Un bello deseo...

La separación entre las dos culturas de Snow es, pues, un hecho manifiesto y que aunque naciera como dice, como demuestra, Schwarz, para salvar a Galileo de la hoguera, (lo que resultó maravilloso tanto para él como para nosotros), al terminar el siglo XX la separación ha crecido. Si se nos permite la ironía, esa separación ya forma parte de nuestro patrimonio cultural y la tendencia a la super-especialización no parece que vaya a decrecer en el futuro, más bien al contrario. El triunfo de las revistas de divulgación «especializadas» para científicos de

otros campos, tipo «Scientific American» o «La Recherche», indican precisamente eso. Se trata, pues, de establecer pasarelas entre ambas culturas, y si los científicos tenemos la obligación moral de divulgar de manera asequible a «todo el mundo», los humanistas no deben poner un biombo delante de las ciencias, incluso si éstas son inevitablemente duras en el momento actual y en los por venir.

Papel de los medios de comunicación

Por lo demás, en los tiempos que corren, uno de los vehículos más adecuados para tender esos puentes son los medios de comunicación; en este sentido es gratificante que los más importantes diarios y semanarios de los países avanzados dedican ya un espacio definido a la comunicación científica, y lo mismo pasa, aunque en menor medida, con los medios hertzianos.

El que haya dos culturas, sin embargo, no debe significar que una sea preeminente y, en todo caso, casi todos los científicos estaríamos de acuerdo en aceptar la creatividad del humanista como un título de gloria al que es difícil —pero, desde luego, no imposible— llegar en las ciencias duras.

Así, puesto que la gravitación es uno de los ingredientes básicos del Universo, si Newton no la hubiera descubierto, comprendido e interpretado matemáticamente, otro lo hubiera hecho, inevitablemente; tarde o temprano, pero inevitablemente. Sin embargo, quién, fuera del Dante, podría haber escrito:

Drizza, disse, ver me l'acute luci / dello intelletto, e fieti manifesto / l'error de ciechi che si fanno duci.

(«Vuelve, dijo, hacia mí la penetrante luz de tu inteligencia y se te pondrá de manifiesto el error de los que guían a los demás.»)

Dante Alighieri: *El Purgatorio*, canto decimotercero. □

RESUMEN

Desde que el físico C. P. Snow estableciera, en un célebre ensayo, la separación entre las dos culturas, la científica y la humanística, muchos han sido los que, desde una u otra orilla, se han acercado a esta cuestión. Uno de estos acercamientos es el que comenta Mi-

guel Angel Alario: un libro que intenta profundizar en las causas de dicha separación y que es algo más, por otro lado, que una historia de la ciencia, aunque haya mucho de histórico en lo que, para Alario, es un bien fundamentado análisis.

J. Schwarz

The creative moment: How Science made itself alien to modern culture

Jonathan Cape, Londres, 1992, 252 páginas. 16.90 libras.

¿Una especie como tú en un lugar como éste?

Por José Antonio Melero

José Antonio Melero (*Fuentes de Nava, Palencia, 1948*) es doctor en Ciencias Químicas y actualmente es director del Centro de Biología Celular y Retrovirus del Instituto de Salud Carlos III. Los principales temas de investigación que ha abordado han sido la transformación de células en cultivo y la variabilidad genética y antigénica de distintos virus implicados en patologías humanas.

Esta es, en definitiva, la pregunta que trata de responder Lewis Thomas en su último libro *The Fragile Species*. Tratándose, como se trata, de un distinguido investigador, y sin embargo médico, no resulta sorprendente que la especie a la que hace mención el título sea la especie humana. Su pregunta (mi pregunta) tiene mucho que ver con la metafísica. El libro no es un simple tratado divulgativo sobre la biología humana, sino una interpretación desde un punto de vista científico y biológico de la realidad y sentido actuales del hombre en su entorno natural, el planeta Tierra (descartamos, mientras no se demuestre lo contrario, que pueda haber una especie similar a la humana en algún confín del mundo sideral). Hay precedentes, como *El mamífero dominante*, de M. Burnet (Alianza Editorial, 1973), pero el libro de L. Thomas tiene el valor añadido de su fácil y amena prosa, que llega a rozar, en algunos momentos, las expresiones poéticas. Por ello, L. Thomas no se jacta de utilizar el rigor científico para llegar a muchas de sus conclusiones. Después de todo, en toda actividad científica hay también un componente intuitivo, o de inspiración.

En primer lugar, ¿por qué referirse a la especie humana como la «frágil»? Pues porque en términos evolutivos somos la última novedad entre las especies que viven en este planeta. Representamos la especie más infantil y, por tanto, la más frágil. Nos encontramos en una fase temprana de nuestro aprendizaje y desarrollo. Quizás empezando nuestra juventud. Por ello también nuestra arrogancia y muchos de nuestros problemas. Pero tenemos que aprender a superarlos con

las herramientas de que disponemos. En nuestros genes, como en los de las distintas especies vivas, están determinadas las bases de la cooperación, la comunicación y el altruismo.

¿Qué somos y de dónde venimos?

L. Thomas trata de responder a estas preguntas en términos evolutivos. Somos el resultado de una larga evolución biológica. Una evolución que empieza hace aproximadamente 3.700 millones de años y en la que nosotros aparecemos tan sólo hace unos instantes (medio millón de años). El hombre tiene en su «memoria» esa evolución. Individualmente, empieza siendo una sola célula que se ha formado por el apareamiento fortuito de otras dos (los gametos), pero como especie, si retrocede en el tiempo, «recuerda» a sus antepasados «Homo sapiens» y en tiempos aún más pretéritos a las primeras células bacterianas.

Se trata, por supuesto, de una memoria genética. Impresa en nuestros genes está esa carga experimental. No podemos escapar a ella. Determinando nuestro ser, como individuo y como especie, está esa experiencia acumulada durante miles de millones de años. Y en esa experiencia están las bases genéticas para el altruismo y la cooperación. Aquí hay una afirmación rotunda de L. Thomas: «En términos evolutivos, a largo plazo, la selección natural escoge aquellos individuos, y después aquellas especies, cuyos genes provean de los medios más inventivos y eficaces de convivencia». Multitud de ejemplos nos permiten observar con frecuencia fenómenos de simbiosis entre las especies vivas (tema casi obsesivo en L. Thomas, como en el libro *The Medusa and the Snail*, The Viking Press, 1979). Pero también existen multitud de ejemplos en los que la cooperación entre y dentro de una misma especie es un factor genético determinante. Las termitas y las abejas, pero también los mantos de bacterias en los que las distintas capas van creando los metabolitos que son utilizados como alimento por las siguientes. Como de-

mostración «anecdótica» de la afirmación anterior hay una referencia al trabajo de R. Axelrod, de la Universidad de Michigan, quien diseñó un juego de ordenador basado en «El dilema del prisionero». Se trata de saber qué pasaría cuando dos contendientes egoístas se enfrentasen durante largos períodos de tiempo por ciertos recursos limitados. En cada enfrentamiento, cada contendiente tiene dos posibilidades: cooperar, en cuyo caso cada uno recibe un beneficio limitado, o huir, en cuyo caso uno recibe un gran beneficio a expensas del otro. Cuando se prueban distintos programas y distintas posibilidades, la estrategia que gana siempre es la siguiente: cooperar en el primer movimiento y, a partir de ahí, hacer lo que el otro contendiente haga. Si huye, tú huyes y si coopera, tú cooperas.

La mente humana

Pero la especie humana dispone de algo único entre los seres vivos: la mente humana, basada en un cerebro más desarrollado que el de otras especies. Con ella el hombre adquiere la capacidad de comunicación a través del lenguaje y su nivel de consciencia. Es así como dispone de una capacidad de aprendizaje y de evolución cultural mucho más rápida que la mera evolución biológica. Su mente le permite ser consciente (muchas veces también inconsciente, añado) de sí mismo y del mundo que le rodea (ver también *Mind from Matter?*, de M. Delbrück, Blackwell Scientific Publications, 1986; libro comentado en el número 15 de *SABER/Leer*). A nivel colectivo, la consciencia basada en el lenguaje genera la cultura y su evolución. A nivel individual, la consciencia genera características de conducta distintas a las de otras especies animales (ver también: *Life: the unfinished experiment*, de S. Luria, Carles Scribner's Sons, 1973). Aunque es posible que otras especies tengan también un grado de consciencia, en el hombre ésta genera la capacidad de la elección.

Por tanto, somos la especie «benjamín» de las que pueblan el planeta Tierra. Resultado de una larga evolución en la que se han

ido ensayando distintos mecanismos de subsistencia. Algunos resultaron fracasos estrepitosos, otros confirieron nuevas ventajas y se incorporaron para generar estadios más complejos de vida. Entre estos últimos mecanismos están los que determinan el altruismo y la cooperación biológica que caracterizan a una especie social como la nuestra. En este momento representamos la especie con el mayor grado de libertad jamás alcanzado, pero al mismo tiempo somos la más inmadura y, también, la más frágil.

¿Dónde vivimos?

Esta pregunta es fácil de responder: en el planeta Tierra. Pero también aquí L. Thomas trata de plantearnos una visión evolutiva de la Tierra, como organismo vivo, en el que cada parte tiene su relación con las demás en el espacio y en el tiempo. Nuestra existencia en este planeta es posible gracias a la acción de un número enorme de otras especies que, primero, crearon las condiciones habitables de oxígeno atmosférico y, actualmente, las mantienen de forma precisa (por poner sólo un ejemplo). En este sistema complejo surge el concepto de «caos» (no desorden), donde cualquier pequeño cambio de una de sus partes se transmite de forma impredecible a todo el sistema.

¿Cuál es nuestra relación con ese organismo vivo llamado Tierra? Quizás al tratar de contestar esta pregunta, L. Thomas tenga sus momentos más pesimistas de reflexión. Nuestro comportamiento con respecto a la Tierra no es todo lo correcto que debiera. Las demás especies parecen haberse acomodado mejor a su lugar de existencia. Quizás, porque son más adultas, están mejor integradas en ese sistema complejo e interconectado. Nosotros, la especie frágil infantil o juvenil, no hemos aprendido aún a convivir con nuestro mundo. Actualmente amenazamos su propia existencia con el consumo creciente de energía obtenida a partir de carburantes fósiles y madera, y con la amenaza de una gran guerra termonuclear (o quizá aún peor, muchas guerras nucleares pequeñas).

Supervivencia en peligro

Diversos estudios avalan la conclusión de que, al ritmo que vamos de deforestación y de aumento de polución, las condiciones de habitabilidad para la especie humana se acabarán pronto en la Tierra (pocos centenares de años). También distintos estudios ratifican la imposibilidad de supervivencia por el hombre a una guerra termonuclear. Pero en cualquiera de esas circunstancias la vida en la Tierra no desaparecería. Algunas especies bacterianas y otras retomarían el camino iniciado hace miles de millones de años. Para llegar ¿adónde? No lo sabemos, pero la Tierra no sería la misma sin nuestra especie y otras muchas. No sería nunca más este mundo.

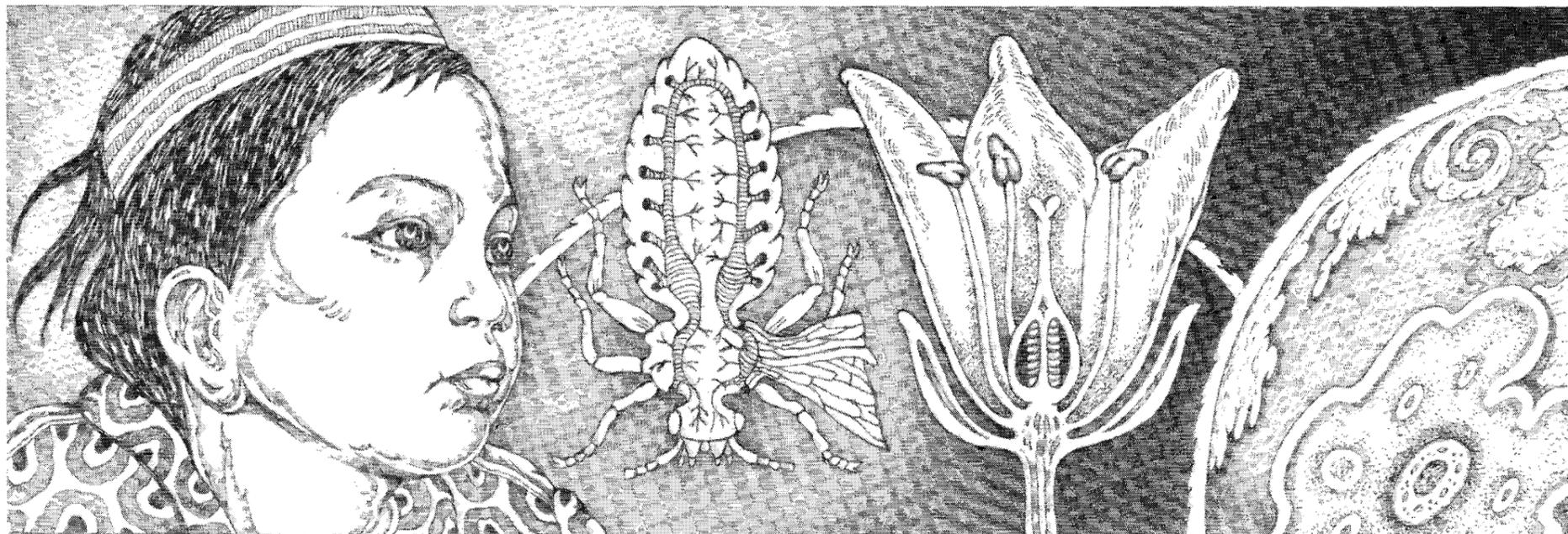
Y a pesar de todo ello, la especie humana, en vez de comportarse como una única parte de un complicado sistema, se divide artificialmente en naciones-estado, enfrentadas en muchos casos las unas a las otras. Por ello, han de crearse mecanismos de conexión y colaboración. Nuestra destrucción como consecuencia de una guerra termonuclear no es un tema exclusivo de las naciones que posean armas de ese tipo. La ciencia, como fuente de conocimiento y como experiencia colectiva de colaboración, debe ser un factor importante en la creación de esos lazos de conexión en la especie humana y de con-



JORGE WERFFELL



Viene de la página anterior



JORGE WERFFELI

vivencia en el planeta Tierra. Habrá que inventar nuevas fórmulas. Pero, en definitiva, hay un motivo de esperanza porque L. Thomas cree que «la humanidad como un todo, teniendo presente los riesgos que la amenazan, sabrá lo que debe hacer con las armas nucleares» (y con otras cosas, añadido).

¿Adónde vamos?

La respuesta a esta pregunta es difícil de saber. Depende en gran medida de nosotros mismos. El hombre, como cerebro del mundo en que vivimos, puede pensar, planificar y determinar en gran medida el futuro de la Tierra. Tendremos que aprender a ser una parte integrante, e integrada, de ese organismo vivo. En algún lugar de nuestro cerebro debe haber un centro de «placer», capacitado para captar el sentido de «estar vivo». Con él, y olvidándonos de los malos momentos ya pasados, encontraremos nuestro sentido en la Tierra para otros muchos años.

Algunas cuestiones ¿menores?

¿Cómo es posible que hoy en día dos tercios de la población mundial esté aún viviendo (o muriendo) bajo mínimos? Una cosa es decir que algunos de nosotros seamos más listos, o más ágiles, o más dotados para el enriquecimiento de nuestras sociedades, y otra que sea natural el que dos tercios de la población no tenga la oportunidad de una vida humana y volvamos la cabeza para no verlo. ¿Cuáles son las obligaciones de los 1.500 millones de individuos que viven saludablemente para poner a los otros 3.000 millones en este siglo (o en el que viene)? ¿Cómo mejorar, por ejemplo, el nivel de salud de los países en desarrollo? ¿Exportando hospitales diseñados con la mentalidad de los países desarrollados? Sería un gran fra-

caso. Entre otras razones porque esos hospitales están orientados principalmente a tratar los problemas de las enfermedades crónicas que se dan en la vejez. Pero los principales problemas de salud en los países en desarrollo son otros. Las enfermedades parasitarias y otras infecciosas son únicas (y predominantes) en muchos de esos países. Se necesita, por tanto, desarrollar departamentos locales de salud, pero también mejorar las condiciones de higiene, de manera análoga a como se hizo en los países desarrollados a partir del siglo pasado. Hay que recordar aquí que la disminución entre nosotros de muchas de las enfermedades infecciosas que antiguamente causaban grandes estragos (fiebre tifoidea, cólera, disentería, etc.) se debe más a la acción de los fontaneros e ingenieros que a la de los médicos. Además, habrá que mejorar las condiciones nutritivas de esas poblaciones. Los países occidentales, donde la investigación científica está concentrada, deberían desarrollar nuevos métodos de producción agrícola aplicables en los países del Tercer Mundo y dedicar parte de sus recursos a la investigación biomédica sobre enfermedades endémicas en esos países. Estas cuestiones se convierten así en obligaciones debido a nuestra carga genética altruista y cooperativa.

Papel de la investigación biomédica, hoy

Según L. Thomas, la medicina tiene una triste historia, en gran medida impresentable. Desde Galeno hasta mediados del siglo XVIII, el médico tenía la obligación de hacer algo, sin saber muy bien qué y para qué. La teoría general era que habían de eliminarse los excesos de fluido que congestionaban algunos de nuestros órganos, causa de todos los males. Se hacían sangrías hasta el límite de la vida (a veces sobrepasándolo), o se hacían succiones para eliminar los excesos de

linfa, o se administraban grandes dosis de mercurio y otros venenos para purgar. Casi como una herejía, algunos médicos de mediados del siglo XVIII empezaron a cuestionar esas prácticas ¿terapéuticas? Observaron que aquellos pacientes con fiebre tifoidea o delirium tremens, a los que se les trataba simplemente con descanso en la cama, alimentación adecuada y observación, tenían mejores perspectivas de recuperarse que aquellos tratados con sangrías y purgas. Este pudo ser uno de los primeros ejemplos de ciencia aplicada a la medicina.

Hoy en día, la investigación biomédica se puede plantear problemas importantes de salud, con el convencimiento de poder resolverlos en un futuro más o menos cercano. Dejando a un lado los problemas de salud de los países del tercer mundo, cuya resolución está más en manos de otros profesionales y políticos, los grandes desafíos para la investigación biomédica actual, según L. Thomas, son el SIDA y las enfermedades crónicas (incluyendo el cáncer). Desconocemos en gran medida cuáles son los mecanismos etiopatogénicos del SIDA, pero en sólo diez años hemos aprendido cuál es el agente causal y muchas de sus propiedades, algo incomparable a lo que sucedía en épocas pretéritas. Lo mismo podemos decir del cáncer; hoy empezamos a entender los mecanismos que convierten a una célula normal en tumoral. ¿Qué grado de conocimiento tendríamos de esos problemas sin el desarrollo de ciencias tales como la Biología Molecular, la Biología Celular, la Genética, la Inmunología, etc.? Pero éstas no se han desarrollado de forma rectilínea para resolver los problemas anteriormente planteados. La ciencia nace como un método (o métodos) para intentar explicar cuestiones que no entendemos. Además, el desarrollo científico es, en gran medida, imprevisible. Nadie en su sano juicio (tampoco ningún comité) habría previsto hace veinticinco años los descubrimientos que derivaron en tecnologías tales como el DNA recombinante, los anticuerpos monoclonales o la PCR («polimerase chain reaction»). A buen seguro, muchas de esas investigaciones no fueron planificadas, sino que se hicieron en contra de los planificadores. Recuerdo ahora, con gracia, la anécdota que oí en cierta ocasión a Bruce Ames: cuando este investigador pidió a principios de los años 70 una ayuda económica al National Cancer Institute, se la denegaron porque sus investigaciones carecían de interés para el tema del cáncer; afortunadamente, por alguna extraña razón, consiguió convencer a la NASA para que finan-

ciase esas investigaciones y así se pudo desarrollar el primer test de detección «in vitro» de sustancias cancerígenas.

Sin embargo, los adelantos científicos deben trasplantarse a la práctica médica con una fuerte dosis de sentido común. Hoy en día la medicina se ha tecnificado hasta límites insoportables, incluidos los económicos. En vez de historias clínicas y exámenes completos del paciente, nuestros hospitales se llenan de ordenadores donde se introducen un sin fin de datos de costosísimos análisis, junto con una evaluación de la capacidad económica del paciente para hacerse cargo de los mismos (esto último es aplicable fundamentalmente al sistema americano). Incluso muchos de los términos empleados por la profesión médica tienen connotaciones economicistas: «El Sistema de Salud» y «sus consumidores» son términos que reemplazan a los más antiguos de médico y enfermo.

Conclusiones

Llegado a este punto me doy cuenta de que el orden en el que he expuesto los temas es precisamente el contrario que L. Thomas emplea en su libro. Es igual; no se trata de hacer un estudio meticuloso del mismo, sino de poner de relieve algunas de las cuestiones que se plantean en *The Fragile Species*. A partir de su propia experiencia como investigador y como médico, L. Thomas nos plantea (se plantea) algunas de las preguntas que siempre nos han inquietado, quizás, porque somos esa especie frágil cuyo infantilismo manifiesto nos hace particularmente vulnerables a los avatares del organismo vivo al que pertenecemos: la Tierra. La adquisición de una madurez necesaria, basada en una consciencia colectiva, nos ayudará en el futuro. La ciencia, como método, deberá desempeñar un papel fundamental para aliviar nuestros males e irnos enseñando qué somos y dónde estamos. Mientras tanto sigamos ayudándonos. □

En el próximo número

Artículos de Antonio García Berrio, Pedro Martínez Montávez, Luciano García Lorenzo, Salvador Giner, José Manuel Sánchez Ron y José María Torroja.

RESUMEN

El libro de Lewis Thomas contiene una serie de reflexiones personales, desde su experiencia de investigador y médico, sobre diversos temas con un fondo común: cuál es la relación del hombre como especie viva con

su entorno. De manera lúcida y amena, escribe José Antonio Melero, nos cuenta anécdotas y presenta argumentos para defender su tesis de que la Tierra es un organismo vivo en el que nosotros representamos una de sus partes.

Lewis Thomas

The Fragile Species

Collier Books, MacMillan Publishing Co., Nueva York, 1993. 193 páginas.

AGRICULTURA

GARCIA OLMEDO, Francisco
«Milgranos e figueras», sobre *Flora agrícola*, de Enrique Sánchez-Monge. N.º 61. Enero. Pág. 12.

ANTROPOLOGIA

GARCIA-SABELL, Domingo
«La posesión de la realidad», sobre *Creer, esperar, amar*, de Pedro Lain Entralgo. N.º 69. Noviembre. Págs. 4-5.

ARQUITECTURA

FERNANDEZ ALBA, Antonio
«Materia y memoria en arquitectura», sobre *El fuego y la memoria*, de Luis Fernández-Galiano, y *Construir lo construido*, de Francisco de Gracia. N.º 65. Mayo. Págs. 1-2.

ARTE

BARRIO-GARAY, José Luis
«Matisse: perspectivas en el tiempo», sobre *Henri Matisse: A retrospective*, de John Elderfield. N.º 64. Abril. Págs. 6-7.
CARNERO, Guillermo
«De Pulgarcío a Luis XIV», sobre *La Peinture*, de Charles Perrault. N.º 66. Junio-julio. Págs. 8-9.
GALLEGO, Julián
«Felipe II y las Bellas Artes», sobre *Felipe II, mecenas de las Artes*, de Fernando Checa. N.º 63. Marzo. Págs. 4-5.
«El Park Güell, 'hortus conclusus'», sobre *Hacia la arquitectura de un paraíso. Park Güell*, de Conrad Kent y Dennis Prindle. N.º 69. Noviembre. Pág. 3.
MARTIN GONZALEZ, Juan José
«Madrid y el arte cortesano», sobre *Giovan Domenico Olivieri y el Taller de Escultura del Palacio Real*, de María Luisa Tarraga Baldó. N.º 68. Octubre. Págs. 10-11.

BIOLOGIA

MELERO, José Antonio
«¿Una especie como tú en un lugar como éste?», sobre *The Fragile Species*, de Lewis Thomas. N.º 70. Diciembre. Págs. 10-11.

CIENCIA

ALARIO, Miguel Angel
«Un pulso entre las dos culturas», sobre *The creative moment: How Science made itself alien to modern culture*, de J. Schwarz. N.º 70. Diciembre. Págs. 8-9.
CAMPOS-ORTEGA, José Antonio
«Ciencia: desconfianza y desconocimiento», sobre *The unnatural nature of science*, de Lewis Wolpert. N.º 69. Noviembre. Págs. 10-11.
CERDA OLMEDO, Enrique
«Ciencia para dar y ciencia para vender», sobre *Wissenschaft für den Markt. Die Geschichte des forschenden Unternehmens Boehringer Mannheim*, de Ernst Peter Fischer. N.º 66. Junio-julio. Págs. 10-11.
GARCIA OLMEDO, Francisco
«Severo Ochoa: notas para una biografía», sobre *Severo Ochoa. La emoción de descubrir*, de Marino Gómez-Santos. N.º 67. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.
LAIN ENTRALGO, Pedro
«Saber es poder», sobre *El poder de la ciencia*, de José Manuel Sánchez Ron. N.º 61. Enero. Pág. 3.
ORTIN, Juan
«El método científico y el ser humano», sobre *Understanding the present: Science and the soul of modern man*, de Bryan Appleyard. N.º 64. Abril. Págs. 4-5.
PASCUAL, Ramón
«El fenómeno Stephen Hawking», sobre *A Brief History or Time: A Reader's Companion*, de Stephen Hawking. N.º 65. Mayo. Págs. 10-11.

COMUNICACION

GUBERN, Román
«Crónica sentimental de la radio española», sobre *La radio en España. 1923-1993*, de Lorenzo Díaz. N.º 66. Junio-julio. Págs. 6-7.

CULTURA

LLEDO, Emilio
«El papel actual de las Humanidades», sobre *Geisteswissenschaften Heute*, de autores varios. N.º 62. Febrero. Págs. 8-9.

DERECHO

TOHARIA, José Juan
«La Sociología del Derecho en España», sobre *Introducción a la Sociología del Derecho*, de Roger Cotterrell. N.º 63. Marzo. Pág. 3.
TOMÁS Y VALIENTE, Francisco
«Misión cumplida», sobre *Obras completas*, de Manuel García Pelayo. N.º 62. Febrero. Págs. 1-2-3.

ECONOMIA

VELARDE FUERTES, Juan
«Urbanización económica actual en España», sobre *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, de J. L. García Delgado (ed.). N.º 65. Mayo. Págs. 8-9.

FILOLOGIA

MARSA, Francisco
«Judíos españoles: política y filología», sobre *Los israelitas españoles y el idioma castellano*, de Angel Pulido, y *El judezmo. El dialecto sefardí y su historia*, de Coloma Lleal. N.º 66. Junio-julio. Pág. 3.
QUILIS, Antonio
«Política lingüística de España en América», sobre *Documentos sobre política lingüística en Hispanoamérica (1492-1800)*, de Francisco de Solano (ed.). N.º 67. Agosto-septiembre. Pág. 12.

FILOSOFIA

CEREZO GALAN, Pedro
«El caso Althusser», sobre *L'avenir dure longtemps*, de Louis Althusser. N.º 67. Agosto-septiembre. Págs. 1-2-3.
DÍAZ, Elías
«Política para Savater», sobre *Política para Amador*, de Fernando Savater. N.º 67. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.
RODRIGUEZ ADRADOS, Francisco
«Una meditación sobre el tiempo», sobre *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, de Emilio Lledó. N.º 64. Abril. Págs. 1-2.
VALVERDE, José María
«Algo más de Kierkegaard», sobre *Diario íntimo*, de Sören Kierkegaard. N.º 68. Octubre. Págs. 1-2.

FISICA

DURAN, Armando
«Qué se ve y qué se sabe del Universo», sobre *The Origins of our Universe*, de Malcolm S. Longair. N.º 67. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.

GEOGRAFIA

LOPEZ GOMEZ, Antonio
«Paisajes de Castilla-La Mancha», sobre *Guía de los espacios naturales de Castilla-La Mancha*, de J. A. González Martín y A. Vázquez González (coords.). N.º 64. Abril. Págs. 8-9.

HISTORIA

ALVAR, Manuel
«Gracias a la vida que me ha dado tanto», sobre *Medio milenio del Nuevo Mundo*, de José Prat. N.º 69. Noviembre. Págs. 1-2.
AYALA, Francisco
«La historia a través de una biografía», sobre *Il Duce's other woman*, de Philip V. Cannistraro y Brian L. Sullivan. N.º 70. Diciembre. Págs. 4-5.
BENITO RUANO, Eloy
«Todos a una (y algunos más)», sobre *Fuenteovejuna. La violencia antiseñorial en el siglo XV*, de Emilio Cabrera y Andrés Moros. N.º 61. Enero. Págs. 1-2.
DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio
«El Islam de Al-Andalus. Historia y estructura de su realidad social», de Miguel Cruz Hernández. N.º 69. Noviembre. Págs. 6-7.
MAINER, José-Carlos
«Para la historia del nacionalismo español», sobre *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, de G. J. F. Cheyne (ed.). N.º 68. Octubre. Págs. 8-9.

LITERATURA

ALVAR, Manuel
«García Lorca y Freud», sobre *Lorca y sus símbolos. Interpretación psicoanalítica de la obra dramática y dibujística*, de Inés Marful Amor. N.º 62. Febrero. Págs. 4-5.
FRAILE, Medardo
«Gorbals, palabra contra martillo», sobre *Swing hammer swing!*, de Jeff Torrington. N.º 69. Noviembre. Pág. 12.
GARCIA-SABELL, Domingo
«Un joven encolerizado», sobre *Bajo el signo de Marte*, de Fritz Zorn. N.º 63. Marzo. Págs. 8-9.
LOPEZ ESTRADA, Francisco
«Huellas árabes en el Siglo de Oro español», sobre *Relatos pios y profanos del manuscrito aljamiado de Urrea de Jalón*, de Federico Corrientes (ed.), y *Un Kama Sutra español*, de Luce López-Baralt (ed.). N.º 70. Diciembre. Págs. 1-2.
LORENZO, Emilio
«Una traducción imposible», sobre *Anna Livia Plurabelle*, de James Joyce. N.º 66. Junio-julio. Págs. 1-2.
LLOVET, Enrique
«La irresistible tentación de escribir teatro», sobre *Teatro completo, y Judit y el tirano*, de Pedro Salinas. N.º 64. Abril. Págs. 10-11.
MARTINEZ CACHERO, José María
«Todos los cuentos de Medardo Fraile», sobre *Cuentos completos*, de Medardo Fraile. N.º 62. Febrero. Págs. 6-7.
MARTINEZ MONTAVEZ, Pedro
«¡España, Marruecos!... ¡Marruecos, España!», sobre *Dos relatos (El huevo del gallo. El zorro que viene y va)*, de Muhammad Zafaf. N.º 61. Enero. Págs. 6-7.
PERUCHO, Juan
«La ocasión del gozo», sobre *Amigos y maestros*, de José Antonio Muñoz Rojas. N.º 64. Abril. Pág. 12.
RICO, Francisco
«Los caminos de Petrarca», sobre *Letters of Old Age (Rerum Senilium libri I-XVIII)*, de Francis Petrarch. N.º 68. Octubre. Págs. 6-7.
RODRIGUEZ ADRADOS, Francisco
«Horacio, un poeta moderno», sobre *Horazische Lyrik*, de Viktor Pöschl. N.º 70. Diciembre. Pág. 3.
VILLANUEVA, Darío
«La nueva sociología literaria», sobre *Les règles de Part. Genèse et structure du champ littéraire*, de Pierre Bourdieu. N.º 66. Junio-julio. Págs. 4-5.

YNDURAIN, Francisco
«Francisco Ayala, tempestivo y mundano», sobre *El tiempo y yo, o el mundo a la espalda*, de Francisco Ayala. N.º 63. Marzo. Págs. 6-7.

MATEMATICAS

GALINDO, Alberto
«Número y diosa», sobre *The man who knew infinity: a life of the genius Ramanujan*, de Robert Kanigel. N.º 61. Enero. Págs. 10-11.
GUZMAN, Miguel de
«El sentido de la historia de la matemática», sobre *El pensamiento matemático de la Antigüedad a nuestros días*, de Morris Kline. N.º 64. Abril. Pág. 3.
RIOS, Sixto
«La revolución probabilística», sobre *La domesticación del azar*, de Ian Hacking. N.º 63. Marzo. Pág. 12.
SANCHEZ DEL RIO, Carlos
«Filosofía de la matemática», sobre *Pi in the sky*, de John D. Barrow. N.º 65. Mayo. Pág. 12.

MEDICINA

LAIN ENTRALGO, Pedro
«Medicina y razón científica», sobre *La corona de las ciencias naturales. La medicina en el tránsito del siglo XVIII al XIX*, de Elvira Arquiola y Luis Montiel. N.º 68. Octubre. Pág. 3.
LOPEZ PIÑERO, José María
«La terminología médica y las "dos culturas"», sobre *Diccionario enciclopédico ilustrado de medicina Dorland*, de E. J. Taylor (ed.). N.º 69. Noviembre. Págs. 8-9.

MUSICA

BARCE, Ramón
«Alienación y música contemporánea», sobre *L'opposizione musicale*, de Luigi Pestalozza. N.º 63. Marzo. Págs. 1-2.
FERNANDEZ DE LA CUESTA, Ismael
«El Padre Soler, un músico excelsa», sobre *Villancicos (1720-1783)*, del Padre Antonio Soler. N.º 68. Octubre. Págs. 4-5.
PRIETO, Claudio
«La música como "cuarto poder"», sobre *Música, poder, armonía*, de R. J. Stewart. N.º 66. Junio-julio. Pág. 12.

PENSAMIENTO

FERNANDEZ-CARVAJAL, Rodrigo
«Uso de la razón en las ciencias del hombre», sobre *Las morales de la historia*, de Tzvetan Todorov. N.º 70. Diciembre. Págs. 6-7.
PINILLOS, José Luis
«Modernos contra postmodernos», sobre *Post-modernism and the Social Sciences. Insights, Inroads and Intrusions*, de Pauline Marie Rosenau. N.º 63. Marzo. Pág. 10-11.

POLITICA

ARTOLA, Miguel
«El camino de vuelta», sobre *The Great Market Debate in Soviet Economics*, de Anthony Jones y William Moskoff. N.º 65. Mayo. Págs. 6-7.
SIGUAN, Miquel
«Actualidad de las fronteras», sobre *Fronts et frontières*, de Michel Foucher. N.º 61. Enero. Págs. 4-5.
TUSELL, Javier
«La transición ingresa en la historia», sobre *Transición y democracia (1973-1985)*, de autores varios. N.º 62. Febrero. Pág. 12.

QUIMICA

MATO, José María
«Comprender la vida desde la química», sobre *Pasión por las enzimas*, de Arthur Kornberg. N.º 68. Octubre. Pág. 12.

RELIGION

GONZALEZ DE CARDEDAL, Olegario
«Mística y metafísica en el cristianismo», sobre *San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística*, de Jean Baruzi. N.º 61. Enero. Págs. 8-9.

SOCIEDAD

GARCIA VELARDE, Manuel
«¡Oh, fortuna, cruel, injusta y voluble!», sobre *La roue de la fortune*, de Christian Morin. N.º 62. Febrero. Págs. 10-11.
VERDU, Vicente
«La escoria interminable», sobre *L'illusion de la fin*, de Jean Baudrillard. N.º 65. Mayo. Pág. 3.

SOCIOLOGIA

CAMPS, Victoria
«Más Estado y más sociedad», sobre *Yo, el Estado*, de Nicolás López Calera, y *La sociedad necesaria*, de Antonio Sáenz de Miera. N.º 67. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.

TEOLOGIA

GONZALEZ DE CARDEDAL, Olegario
«Tomás de Aquino y Hegel», sobre *Dieu et l'Étre d'après Thomas d'Aquin et Hegel*, de Emilio Brito. N.º 65. Mayo. Págs. 4-5.